

CUENTOS

Edgar Allan Poe

InfoLibros.org



SINOPSIS DE CUENTOS EDGAR ALLAN POE

Es una de las obras clásicas de Edgar Allan Poe y su colección más completa de cuentos. Los cuentos se presentan en el orden cronológico en el que fueron publicados y, según Julio Cortázar, los cuentos se clasifican en diferentes apartados o géneros, entre los cuales destaca el terror, el relato sobrenatural, los cuentos satíricos y la metafísica.

Buena parte de los cuentos están narrados en primera persona. Para la crítica, esta colección de relatos reflejan que Poe era un autor adelantado a su tiempo. Parte de las obras que encontrarás en este libro forjaron el estilo narrativo del autor y le permitieron convertirse en uno de los padres de la novela detectivesca.

Si deseas leer más acerca de esta obra puedes visitar el siguiente enlace

[Cuentos Edgar Allan Poe por Edgar Allan Poe en InfoLibros.org](#)

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Works author Edgar Allan Poe](#)
- Portugués InfoLivros.org: [Contos autor Edgar Allan Poe](#)

Si quieres leer y descargar más libros de Edgar Allan Poe en formato PDF te invitamos a que visites esta página:

- [Libros de Edgar Allan Poe en formato PDF](#) en InfoLibros.org

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF](#) en InfoLibros.org

VOLUMEN I

EL HUNDIMIENTO DE LA CASA DE USHER

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío, silencioso, en que las nubes se cernían pesadas y opresoras en los cielos, había yo cruzado solo, a caballo, a través de una extensión singularmente monótona de campiña, y al final me encontré, cuando las sombras de la noche se extendían, a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo sucedió; pero, a la primera ojeada sobre el edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu. Digo insufrible, pues aquel sentimiento no estaba mitigado por esa emoción semiagradable, por ser poético, con que acoge en general el ánimo hasta la severidad de las naturales imágenes de la desolación o del terror. Contemplaba yo la escena ante mí —la simple casa, el simple paisaje característico de la posesión, los helados muros, las ventanas parecidas a ojos vacíos, algunos juncos alineados y unos cuantos troncos blancos y enfermizos— con una completa depresión de alma que no puede compararse apropiadamente, entre las sensaciones terrestres, más que con ese ensueño posterior del opiómano, con esa amarga vuelta a la vida diaria, a la atroz caída del velo. Era una sensación glacial, un abatimiento, una náusea en el corazón, una irremediable tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la

imaginación podía impulsar a lo sublime. ¿Qué era aquello —me detuve a pensarlo—, qué era aquello que me desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Era un misterio de todo punto insoluble; no podía luchar contra las sombrías visiones que se amontonaban sobre mí mientras reflexionaba en ello. Me vi forzado a recurrir a la conclusión insatisfactoria de que existen, sin lugar a dudas, combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos de este modo, aunque el análisis de ese poder se base sobre consideraciones en que perderíamos pie. Era posible, pensé, que una simple diferencia en la disposición de los detalles de la decoración, de los pormenores del cuadro, sea suficiente para modificar, para aniquilar quizá, esa capacidad de impresión dolorosa. Obrando conforme a esa idea, guié mi caballo hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía con tranquilo brillo ante la casa, y miré con fijeza hacia abajo —pero con un estremecimiento más aterrador aún que antes— las imágenes recompuestas e invertidas de los juncos grisáceos, de los lívidos troncos y de las ventanas parecidas a ojos vacíos.

Sin embargo, en aquella mansión lóbrega me proponía residir unas semanas. Su propietario, Roderick Usher, fue uno de mis joviales compañeros de infancia; pero habían transcurrido muchos años desde nuestro último encuentro. Una carta, empero, habíame llegado recientemente a una alejada parte de la comarca —una carta de él—, cuyo carácter de vehemente apremio

no admitía otra respuesta que mi presencia. La letra mostraba una evidente agitación nerviosa. El autor de la carta me hablaba de una dolencia física aguda —de un trastorno mental que le oprimía— y de un ardiente deseo de verme, como a su mejor y en realidad su único amigo, pensando hallar en el gozo de mi compañía algún alivio a su mal. Era la manera como decía todas estas cosas y muchas más, era la forma suplicante de abrirme su pecho, lo que no me permitía vacilación, y, por tanto, obedecí desde luego, lo que consideraba yo, pese a todo, como un requerimiento muy extraño.

Aunque de niños hubiéramos sido camaradas íntimos, bien mirado, sabía yo muy poco de mi amigo. Su reserva fue siempre excesiva y habitual. Sabía, no obstante, que pertenecía a una familia muy antañona que se había distinguido desde tiempo inmemorial por una peculiar sensibilidad de temperamento, desplegada a través de los siglos en muchas obras de un arte elevado, y que se manifestaba desde antiguo en actos repetidos de una generosa aunque recatada caridad, así como por una apasionada devoción a las dificultades, quizá más bien que a las bellezas ortodoxas y sin esfuerzo reconocibles de la ciencia musical. Tuve también noticia del hecho muy notable de que del tronco de la estirpe de los Usher, por gloriosamente antiguo que fuese, no había brotado nunca, en ninguna época, rama duradera; en otras palabras: que la familia entera se había perpetuado siempre en línea directa,

salvo muy insignificantes y pasajeras excepciones. Semejante deficiencia, pensé —mientras revisaba en mi imaginación la perfecta concordancia de aquellas aseeraciones con el carácter proverbial de la raza, y mientras reflexionaba en la posible influencia que una de ellas podía haber ejercido, en una larga serie de siglos, sobre la otra—, era acaso aquella ausencia de rama colateral y de consiguiente transmisión directa, de padre a hijo, del patrimonio del nombre, lo que había, a la larga, identificado tan bien a los dos, uniendo el título originario de la posesión a la arcaica y equívoca denominación de «Casa de Usher», denominación empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia y la casa solariega.

Ya he dicho que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril — contemplar abajo el estanque— fue hacer más profunda aquella primera impresión. No puedo dudar que la conciencia de mi acrecida superstición —

¿por qué no definirla así?— sirvió para acelerar aquel crecimiento. Tal es, lo sabía desde larga fecha, la paradójica ley de todos los sentimientos basados en el terror. Y aquélla fue tal vez la única razón que hizo, cuando mis ojos desde la imagen del estanque se alzaron hacia la casa misma, que brotase en mi mente una extraña visión, una visión tan ridícula, en verdad, que si hago mención de ella es para demostrar la viva fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto, que creía realmente que en torno a la casa y la posesión enteras flotaba una atmósfera peculiar, así como en

las cercanías más inmediatas; una atmósfera que no tenía afinidad con el

aire del cielo, sino que emanaba de los enfermizos árboles, de los muros grisáceos y del estanque silencioso; un vapor pestilente y místico, opaco, pesado, apenas discernible, de tono plumizo.

Sacudí de mi espíritu lo que no podía ser más que un sueño, y examiné más minuciosamente el aspecto real del edificio. Su principal característica parecía ser la de una excesiva antigüedad. La decoloración ocasionada por los siglos era grande. Menudos hongos se esparcían por toda la fachada, tapizándola con la fina trama de un tejido, desde los tejados. Por cierto que todo aquello no implicaba ningún deterioro extraordinario. No se había desprendido ningún trozo de la mampostería, y parecía existir una violenta contradicción entre aquella todavía perfecta adaptación de las partes y el estado especial de las piedras desmenuzadas. Aquello me recordaba mucho la espaciosa integridad de esas viejas maderas labradas que han dejado pudrir durante largos años en alguna olvidada cueva, sin contacto con el soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina extensiva, el edificio no presentaba el menor síntoma de inestabilidad. Acaso la mirada de un observador minucioso hubiera descubierto una grieta apenas perceptible que, extendiéndose desde el tejado de la fachada, se abría

paso, bajando en zigzag por el muro, e iba a perderse en las téntricas aguas del estanque.

Observando estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hacia la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo desde allí, en silencio, a través de muchos corredores oscuros e intrincados, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en mi camino contribuyeron, no sé por qué, a exaltar esas vagas sensaciones de que he hablado antes. Los objetos que me rodeaban —las molduras de los techos, los sombríos tapices de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban con mis zancadas— eran cosas muy conocidas para mí, a las que estaba acostumbrado desde mi infancia, y aunque no vacilase en reconocerlas todas como familiares, me sorprendió lo insólito que eran las visiones que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las escaleras me encontré al médico de la familia. Su semblante, pensé, mostraba una expresión mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azoramiento, y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me condujo a presencia de su señor.

La habitación en que me hallaba era muy amplia y alta; las ventanas, largas, estrechas y ojivales, estaban a tanta distancia del negro piso de roble, que eran en absoluto inaccesibles desde dentro. Débiles rayos de una luz roja abríanse paso a través de los cristales enrejados, dejando lo bastante en claro

los principales objetos de alrededor; la mirada, empero, luchaba en vano por alcanzar los rincones lejanos de la estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El

mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Numerosos libros e instrumentos de música yacían esparcidos en torno, pero no bastaban a dar vitalidad alguna a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Un aire de severa, profunda e irremisible melancolía se cernía y lo penetraba todo.

A mi entrada, Usher se levantó de un sofá sobre el cual estaba tendido por completo, y me saludó con una calurosa viveza que se asemejaba mucho, tal vez fue mi primer pensamiento, a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo ennuyé. Con todo, la ojeada que lancé sobre su cara me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos momentos, mientras él callaba, le miré con un sentimiento mitad de piedad y mitad de pavor. ¡De seguro, jamás hombre alguno había cambiado de tan terrible modo y en tan breve tiempo como Roderick Usher! A duras penas podía yo mismo persuadirme a admitir la identidad del que estaba frente a mí con el compañero de mis primeros años. Aun así, el carácter de su fisonomía había sido siempre notable.

Un cutis cadavérico, unos ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación; unos labios algo finos y muy pálidos, pero de una curva incomparablemente bella; una nariz de un delicado tipo hebraico, pero de una anchura desacostumbrada en semejante forma; una barbilla moldeada con finura, en la que la falta de prominencia revelaba una falta de energía; el cabello, que por su tenuidad suave parecía tela de araña; estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo, componían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, en la simple exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y en la expresión que mostraban, se notaba un cambio tal, que dudaba yo del hombre a quien hablaba. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos me sobrecogían sobre toda ponderación, y hasta me aterraban. Además, había él dejado crecer su sedoso cabello sin preocuparse, y como aquel tejido arácnico flotaba más que caía en torno a la cara, no podía yo, ni haciendo un esfuerzo, relacionar a aquella expresión arabesca con idea alguna de simple humanidad.

Me chocó lo primero cierta incoherencia, una contradicción en las maneras de mi amigo, y pronto descubrí que aquello procedía de una serie de pequeños y fútiles esfuerzos por vencer un azaramiento habitual, una excesiva agitación nerviosa.

Estaba yo preparado para algo de ese género, no sólo por su carta, sino por los recuerdos de ciertos rasgos de su infancia, y

por las conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y de su temperamento. Sus actos eran tan pronto vivos como indolentes. Su voz variaba rápidamente de una indecisión trémula (cuando su ardor parecía caer en completa inacción) a esa especie de concisión enérgica, a esa enunciación abrupta, pesada, lenta —una

enunciación hueca—, a ese habla gutural, plúmbea, muy bien modulada y equilibrada, que puede observarse en el borracho perdido o en el incorregible comedor de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Así, pues, habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme, y de la alegría que esperaba de mí. Se extendió bastante rato sobre lo que pensaba acerca del carácter de su dolencia. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual desesperaba de encontrar un remedio; una simple afección nerviosa, añadió acto seguido, que, sin duda, desaparecería pronto. Se manifestaba en una multitud de sensaciones extranaturales... Algunas, mientras me las detallaba, me interesaron y confundieron, aunque quizá los términos y gestos de su relato influyeron bastante en ello. Sufría él mucho de una agudeza morbosa de los sentidos; sólo toleraba los alimentos más insípidos; podía usar no más que prendas de cierto tejido; los aromas de todas las flores le sofocaban; una luz, incluso débil, atormentaba sus ojos, y exclusivamente algunos sonidos

peculiares, los de los instrumentos de cuerda, no le inspiraban horror.

Vi que era el esclavo forzado de una especie de terror anómalo.

—Moriré —dijo—, debo morir de esta lamentable locura. Así, así y no de otra manera, debo morir. Temo los acontecimientos futuros, no en sí mismos, sino en sus consecuencias. Tiemblo al pensamiento de cualquier cosa, del más trivial incidente que pueden actuar sobre esta intolerable agitación de mi alma. Siento verdadera aversión al peligro, excepto en su efecto absoluto: el terror. En tal estado de excitación, en tal estado lamentable, presiento que antes o después llegará un momento en que han de abandonarme a la vez la vida y la razón, en alguna lucha con el horrendo fantasma, con el miedo.

Supe también a intervalos, por insinuaciones interrumpidas y ambiguas, otra particularidad de su estado mental. Estaba él encadenado por ciertas impresiones supersticiosas, relativas a la mansión donde habitaba, de la que no se había atrevido a salir desde hacía muchos años, relativas a una influencia cuya supuesta fuerza expresaba en términos demasiado sombríos para ser repetidos aquí, una influencia que algunas particularidades en la simple forma y materia de su casa solariega habían, a costa de un largo sufrimiento, decía él, logrado sobre su espíritu un efecto que lo físico de los muros y de las torres grises, y del oscuro estanque en que todo se reflejaba, había al final creado sobre lo moral de su existencia.

Admitía él, no obstante, aunque con vacilación, que gran parte de la especial tristeza que le afligía podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable, a la cruel y ya antigua dolencia, a la muerte —sin duda cercana— de una hermana tiernamente amada, su sola compañera durante largos años, su última y única parienta en la tierra.

—Su fallecimiento —dijo él con una amargura que no podré nunca olvidar

— me dejará (a mí, el desesperanzado, el débil) como el último de la antigua raza de los Usher.

Mientras hablaba, lady Madeline (así se llamaba) pasó por la parte más distante de la habitación, y sin fijarse en mi presencia, desapareció. La miré con un enorme asombro no desprovisto de terror, y, sin embargo, me pareció imposible darme cuenta de tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía conforme mis ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al fin se cerró una puerta tras ella, mi mirada buscó instintiva y ansiosamente la cara de su hermano, pero él había hundido el rostro en sus manos, y sólo pude observar que una palidez mayor que la habitual se había extendido sobre los descarnados dedos, a través de los cuales goteaban abundantes lágrimas apasionadas.

La enfermedad de lady Madeline había desconcertado largo tiempo la ciencia de sus médicos. Una apatía constante, un

agotamiento gradual de su persona, y frecuentes, aunque pasajeros ataques de carácter cataléptico parcial, eran el singular diagnóstico. Hasta entonces había ella soportado con firmeza la carga de su enfermedad, sin resignarse, por fin, a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a la casa, sucumbió (como su hermano me dijo por la noche con una inexpresable agitación) al poder postrador del mal, y supe que la mirada que yo le había dirigido sería, probablemente, la última, que no vería ya nunca más a aquella dama, viva al menos.

En varios días consecutivos no fue mencionado su nombre ni por Usher ni por mí, y durante ese período hice esfuerzos ardorosos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o si no, escuchaba yo, como un sueño, sus fogosas improvisaciones en su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me admitía con mayor franqueza en las reconditeces de su alma, percibía yo más amargamente la inutilidad de todo esfuerzo para alegrar un espíritu cuya negrura, como una cualidad positiva que le fuese inherente, derramaba sobre todos los objetos del universo moral y físico una irradiación incesante de tristeza.

Conservaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el dueño de la Casa de Usher. A pesar de todo, intentaría en balde expresar el carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que me complicaba o cuyo camino me mostraba. Una idealidad ardiente, elevada, enfermiza, arrojaba

su luz sulfúrea por doquiera. Sus largas improvisaciones fúnebres resonarán siempre en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente cierta singular perversión, amplificada, del aria impetuosa del último vals de Weber. En cuanto a las pinturas que incubaba su laboriosa fantasía —que llegaba, trazo a trazo, a una vaguedad que me hacía estremecer con mayor conmoción, pues temblaba sin saber por qué—, en cuanto a aquellas pinturas

(de imágenes tan vivas, que las tengo aún ante mí), en vano intentaría yo extraer de ellas la más pequeña parte que pudiese estar contenida en el ámbito de las simples palabras escritas. Por la completa sencillez, por la desnudez de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si alguna vez un mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos, en las circunstancias que me rodeaban, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se ingeniaba en lanzar sobre su lienzo, se alzaba un terror intenso, intolerable, cuya sombra no he sentido nunca en la contemplación de los sueños, sin duda, refulgentes, aunque demasiado concretos, de Fuseli.

Una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el espíritu de abstracción no participaba con tanta rigidez, puede ser esbozada, aunque apenas, con palabras. Era un cuadro que representaba el interior de una cueva o túnel intensamente largo y rectangular, de muros bajos, lisos, blancos y sin interrupción ni adorno. Ciertos detalles accesorios del

dibujo servían para hacer comprender la idea de que aquella excavación estaba a una profundidad excesiva bajo la superficie de la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni se divisaba antorcha u otra fuente artificial de luz, y, sin embargo, una oleada de rayos intensos, rodaba de parte a parte, bañándolo todo en un lívido e inadecuado esplendor.

Acabo de hablar de ese estado morboso del nervio auditivo que hacía toda música intolerable para el paciente, excepto ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran, quizá, los límites estrechos en los cuales se había confinado él mismo al tocar la guitarra los que habían dado en gran parte aquel carácter fantástico a sus interpretaciones. Pero en cuanto a la férvida facilidad de sus *impromptus*, no podía uno darse cuenta así. Tenían que ser, y lo eran, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues él las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), el resultado de ese intenso recogimiento, de esa concentración mental a los que he aludido antes, y que se observan sólo en los momentos especiales de la más alta excitación artificial. Recuerdo bien las palabras de una de aquellas rapsodias. Me impresionó acaso más fuertemente cuando él me la dio, porque bajo su sentido interior o místico me pareció percibir por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, que sentía cómo su sublime razón se tambaleaba sobre su trono. Aquellos versos,

titulados El palacio hechizado, eran, poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

I

En el más verde de nuestros valles, habitado por los ángeles buenos, antaño un bello y majestuoso palacio

—un radiante palacio —alzaba su frente. En los dominios del rey Pensamiento,

¡allí se elevaba!

Jamás un serafín desplegó el ala sobre un edificio la mitad de bello.

II

Banderas amarillas, gloriosas, doradas, sobre su remate flotaban y ondeaban (esto, todo esto, sucedía hace mucho, muchísimo tiempo);

y a cada suave brisa que retozaba, en aquellos gratos días,

a lo largo de los muros pálidos y empenachados se elevaba un aroma alado.

III

Los que vagaban por ese alegre valle,

a través de dos ventanas iluminadas, veían espíritus moviéndose musicalmente

a los sones de un laúd bien templado, en torno a un trono
donde, sentado (¡Porfirogénito!)

con un fausto digno de su gloria, aparecía el señor del reino.

IV

Y refulgente de perlas y rubíes era la puerta del bello palacio,
por la que salía a oleadas, a oleadas, a oleadas, y centelleaba
sin cesar,

una turba de Ecos cuya grata misión era sólo cantar,

con voces de magnífica belleza, el talento y el saber de su rey.

V

Pero seres malvados, con ropajes de luto, asaltaron la elevada
posición del monarca; (¡ah, lloremos, pues nunca el alba
despuntará sobre él, el desolado!).

Y en torno a su mansión, la gloria que rojeaba y florecía

es sólo una historia oscuramente recordada de las viejas
edades sepultadas.

VI

Y ahora los viajeros, en ese valle, a través de las ventanas
rojizas, ven

amplias formas moviéndose fantásticamente en una desacorde
melodía;

mientras, cual un rápido y horrible río, a través de la pálida
puerta

una horrenda turba se precipita eternamente, riendo, mas sin
sonreír nunca más.

Recuerdo muy bien que las sugerencias suscitadas por esta
balada nos sumieron en una serie de pensamientos en la que se
manifestó una opinión de Usher que menciono aquí, no tanto en
razón de su novedad (pues otros hombres han pensado lo
mismo), sino a causa de la tenacidad con que él la mantuvo.
Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de
todos los seres vegetales. Pero en su trastornada imaginación
la idea había asumido un carácter más atrevido aún, e invadía,
bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras
para expresar toda la extensión o el serio abandono de su
convencimiento. Esta creencia, empero, se relacionaba (como
ya antes he sugerido) con las piedras grises de la mansión de
sus antepasados. Aquí las condiciones de la sensibilidad
estaban cumplidas, según él imaginaba, por el método de
colocación de aquellas piedras, por su disposición, así como por
los numerosos hongos que las cubrían y los árboles enfermizos
que se alzaban alrededor, pero sobre todo por la inmutabilidad
de

aquella disposición y por su desdoblamiento en las quietas
aguas del estanque. La prueba —la prueba de aquella

sensibilidad— estaba, decía él (y yo le oía hablar, sobresaltado), en la gradual, pero evidente condensación, por encima de las aguas y alrededor de los muros, de una atmósfera que les era propia. El resultado se descubría, añadía él, en aquella influencia muda, aunque importuna y terrible, que desde hacía siglos había moldeado los destinos de su familia, y que le hacía a él tal como le veía yo ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan comentarios, y no lo haré.

Nuestros libros —los libros que desde hacía años formaban una parte no pequeña de la existencia espiritual del enfermo— estaban, como puede suponerse, de estricto acuerdo con aquel carácter fantasmal. Estudiábamos minuciosamente obras como el *Vertvert et Chartreuse*, de Gresset; el *Belphegor*, de Maquiavelo; *El cielo y el infierno*, de Swedenborg; el *Viaje subterráneo*, de Nicolas Klimm de Holberg; la *Quiromancia*, de Roberto Flaud, de Jean d’Indaginé y de De la Chambre; el *Viaje por el espacio azul*, de Tieck, y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición in octavo del *Directorium Inquisitorium*, por el dominico Eymeric de Gironne; y había pasajes, en Pomponius Mela, acerca de los antiguos sátiros africanos o egipcios, sobre los cuales Usher soñaba durante horas enteras. Su principal delicia, con todo, la encontraba en la lectura atenta de un raro y curioso libro gótico in-quarto —el manual de una iglesia olvidada —, las *Vigiliae Mortuorum Secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

Pensaba a mi pesar en el extraño ritual de aquel libro, y en su probable influencia sobre el hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente de que lady Madeline ya no existía, anunció su intención de conservar el cuerpo durante una quincena (antes de su enterramiento final) en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del edificio. La razón profana que daba sobre aquella singular manera de proceder era de esas que no me sentía yo con libertad para discutir. Como hermano, había adoptado aquella resolución (me dijo él) en consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, a cierta curiosidad importuna e indiscreta por parte de los hombres de ciencia, y a la alejada y expuesta situación del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del hombre con quien me había encontrado en la escalera el día de mi llegada a la casa, no sentí deseo de oponerme a lo que consideraba todo lo más como una precaución inocente, pero muy natural.

A ruego de Usher, le ayudé personalmente en los preparativos de aquel entierro temporal. Pusimos el cuerpo en el féretro, y entre los dos lo transportamos a su lugar de reposo. La cripta en la que lo dejamos (y que estaba cerrada hacía tanto tiempo, que nuestras antorchas, semiapagadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación) era

pequeña, húmeda y no dejaba penetrar la luz; estaba situada a una gran profundidad, justo debajo de aquella parte de la casa

donde se encontraba mi dormitorio. Había sido utilizada, al parecer, en los lejanos tiempos feudales, como mazmorra, y en días posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia inflamable, pues una parte del suelo y todo el interior de una larga bóveda que cruzamos para llegar hasta allí estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, estaba también protegida de igual modo. Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un ruido singular, agudo y chirriante.

Depositamos nuestro lúgubre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror, apartamos un poco la tapa del féretro, que no estaba aún atornillada, y miramos la cara del cadáver. Un parecido chocante entre el hermano y la hermana atrajo enseguida mi atención, y Usher, adivinando tal vez mis pensamientos, murmuró unas palabras, por las cuales supe que la difunta y él eran gemelos, y que habían existido siempre entre ellos unas simpatías de naturaleza casi inexplicable. Nuestras miradas, entretanto, no permanecieron fijas mucho tiempo sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin espanto. El mal que había llevado a la tumba a lady Madeline en la plenitud de su juventud había dejado, como suele suceder en las enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, la burla de una débil coloración sobre el seno y el rostro, y en los labios, esa sonrisa equívoca y morosa que es tan terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillamos la tapa, y después de haber asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo

nuestro camino hacia las habitaciones superiores de la casa, que no eran menos tristes.

Y entonces, después de un lapso de varios días de amarga pena, tuvo lugar un cambio visible en los síntomas de la enfermedad mental de mi amigo. Sus maneras corrientes desaparecieron. Sus ocupaciones ordinarias eran descuidadas u olvidadas. Vagaba de estancia en estancia con un paso precipitado, desigual y sin objeto. La palidez de su fisonomía había adquirido, si es posible, un color más lívido; pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. No oía ya aquel tono de voz áspero que tenía antes en ocasiones, y un temblor que se hubiera dicho causado por un terror sumo, caracterizaba de ordinario su habla. Me ocurría a veces, en realidad, pensar que su mente, agitada sin tregua, estaba torturada por algún secreto opresor, cuya divulgación no tenía el valor para efectuar. Otras veces me veía yo obligado a pensar, en suma, que se trataba de rarezas inexplicables de la demencia, pues le veía mirando al vacío durante largas horas en una actitud de profunda atención, como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que su estado me aterrara, que incluso sufriese yo su contagio. Sentía deslizarse dentro de mí, en una gradación lenta, pero segura, la violenta influencia de sus fantásticas, aunque impresionantes supersticiones.

Fue en especial una noche, la séptima o la octava desde que depositamos a lady Madeline en la mazmorra, antes de

retirarnos a nuestros lechos, cuando experimenté toda la potencia de tales sensaciones. El sueño no quería acercarse a mi lecho, mientras pasaban y pasaban las horas. Intenté buscar un motivo al nerviosismo que me dominaba. Me esforcé por persuadirme de que lo que sentía era debido, en parte al menos, a la influencia trastornadora del mobiliario opresor de la habitación, a los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que se iniciaba, vacilaban de un lado a otro sobre los muros y crujían penosamente en torno a los adornos del lecho. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. Un irreprimible temblor invadió poco a poco mi ánimo, y a la larga una verdadera pesadilla vino a apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con violencia, hice un esfuerzo, logré sacudirla, e incorporándome sobre las almohadas, y clavando una ardiente mirada en la densa oscuridad de la habitación, presté oído —no sabría decir por qué me impulsó una fuerza instintiva— a ciertos ruidos vagos, apagados e indefinidos que llegaban hasta mí a través de las pausas de la tormenta. Dominado por una intensa sensación de horror, inexplicable e insufrible, me vestí de prisa (pues sentía que no iba a serme posible dormir en toda la noche) y procuré, andando a grandes pasos por la habitación, salir del estado lamentable en que estaba sumido.

Apenas había dado así unas vueltas, cuando un paso ligero por una escalera cercana atrajo mi atención. Reconocí muy pronto que era el paso de Usher. Un instante después llamó

suavemente en mi puerta, y entró, llevando una lámpara. Su cara era, como de costumbre, de una palidez cadavérica; pero había, además, en sus ojos una especie de loca hilaridad, y en todo su porte, una histeria evidentemente contenida. Su aspecto me aterró; pero todo era preferible a la soledad que había yo soportado tanto tiempo, y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto esto? —dijo él bruscamente, después de permanecer algunos momentos en silencio, mirándome—. ¿No ha visto usted esto? ¡Pues espere! Lo verá.

Mientras hablaba así, y habiendo resguardado cuidadosamente su lámpara, se precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la ráfaga nos levantó casi del suelo. Era, en verdad, una noche tempestuosa; pero espantosamente bella, de una rareza singular en su terror y en su belleza. Un remolino había concentrado su fuerza en nuestra proximidad, pues había cambios frecuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de las nubes (tan bajas, que pesaban sobre las torrecillas de la casa) no nos impedía apreciar la viva velocidad con la cual acudían unas contra otras desde todos los puntos, en vez de perderse a distancia. Digo que su excesiva densidad no nos impedía percibir aquello, y

aun así, no divisábamos ni la luna ni las estrellas, ni relámpago alguno proyectaba su resplandor. Pero las superficies inferiores de aquellas vastas masas de agitado vapor, lo mismo que todos los objetos terrestres muy cerca alrededor nuestro, reflejaban la claridad sobrenatural de una emanación gaseosa que se cernía sobre la casa y la envolvía en una mortaja luminosa y bien visible.

—¡No debe usted, no contemplará usted esto! —dije, temblando, a Usher, y le llevé con suave violencia desde la ventana a una silla—. Esas apariciones que le trastornan son simples fenómenos eléctricos, nada raros, o puede que tengan su horrible origen en los fétidos miasmas del estanque. Cerremos esta ventana; el aire es helado y peligroso para su organismo. Aquí tiene usted una de sus novelas favoritas. Leeré, y usted escuchará: y así pasaremos esta terrible noche, juntos.

El antiguo volumen que había yo cogido era el *Mad Trist*, de sir Launcelot Canning; pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste chanza, pues, en verdad, con su tosca y pobre prolijidad, poco atractivo podía ofrecer para la elevada y espiritual idealidad de mi amigo. Era, sin embargo, el único libro que tenía inmediatamente a mano, y me entregué a la vaga esperanza de que la excitación que agitaba al hipocondríaco podría hallar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está llena de anomalías semejantes) hasta en la exageración de las locuras que iba yo a leerle. A juzgar por el gesto de predominante y ardiente interés con que escuchaba o

aparentaba escuchar las frases de la narración, hubiese podido congratularme del éxito de mi propósito.

Había llegado a esa parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del Trist, habiendo intentado en vano penetrar pacíficamente en la morada del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, como se recordará, dice lo siguiente la narración:

«Y Ethelredo, que era por naturaleza de valeroso corazón, y que ahora sentíase, además, muy fuerte, gracias a la potencia del vino que había bebido, no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño, quien tenía de veras el ánimo propenso a la obstinación y a la malicia: pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el desencadenamiento de la tempestad, levantó su maza, y con unos golpes abrió pronto un camino, a través de las tablas de la puerta, a su mano enguantada de hierro; y entonces, tirando con ella vigorosamente hacia sí, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo, que el ruido de la madera seca y sonando a hueco repercutió de una parte a otra de la selva».

Al final de esta frase me estremecí e hice una pausa, pues me había parecido (aunque pensé enseguida que mi excitada imaginación me engañaba)

que de una parte muy alejada de la mansión llegaba confuso a mis oídos un ruido que se hubiera dicho, a causa de su exacta

semejanza de tono, el eco (pero sofocado y sordo, ciertamente) de aquel ruido real de crujido y de arrancamiento descrito con tanto detalle por sir Launcelot. Era, sin duda, la única coincidencia lo que había atraído tan sólo mi atención, pues entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y los ruidos mezclados de la tempestad creciente, el sonido en sí mismo no tenía, de seguro, nada que pudiera intrigarme o turbarme.

Continué la narración:

«Pero el buen campeón Ethelredo, franqueando entonces la puerta, se sintió dolorosamente furioso y asombrado al no percibir rastro alguno del malicioso ermitaño, sino, en su lugar, un dragón de una apariencia fenomenal y escamosa, con una lengua de fuego, y que estaba de centinela ante un palacio de oro, con el suelo de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo brillante de bronce, con esta leyenda encima:

El que entre aquí, vencedor será;

el que mate al dragón, el escudo ganará.

»Y Ethelredo levantó su maza y golpeó sobre la cabeza del dragón, que cayó ante él y exhaló su aliento pestilente con un ruido tan horrendo, áspero y penetrante a la vez, que Ethelredo tuvo que taparse los oídos con las manos para resistir del terrible estruendo como no lo había él oído nunca antes».

Aquí hice de súbito una nueva pausa, y ahora con una sensación de violento asombro, pues no cabía duda de que había yo oído esta vez (érame imposible decir de qué dirección

venía) un ruido débil y como lejano, pero áspero, prolongado, singularmente agudo y chirriante, la contrapartida exacta del grito sobrenatural del dragón descrito por el novelista y tal cual mi imaginación se lo había ya figurado.

Oprimido como lo estaba, sin duda, por aquella segunda y muy extraordinaria coincidencia, por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales predominaban un asombro y un terror extremos, conservé, empero, la suficiente presencia de ánimo para tener cuidado de no excitar con una observación cualquiera la sensibilidad nerviosa de mi compañero. No estaba seguro en absoluto de que él hubiera notado los ruidos en cuestión, siquiera, a no dudar, una extraña alteración habíase manifestado, desde hacía unos minutos, en su actitud. De su posición primera enfrente de mí había él hecho girar gradualmente su silla de modo a encontrarse sentado con la cara vuelta hacia la puerta de la habitación; así, sólo podía yo ver parte de sus rasgos, aunque noté que sus labios temblaban como si dejasen escapar un murmullo inaudible. Su cabeza estaba caída sobre su pecho, y, no obstante, yo sabía que

no estaba dormido, pues el ojo que entreveía de perfil permanecía abierto y fijo. Además, el movimiento de su cuerpo contradecía también aquella idea, pues se balanceaba con suave, pero constante y uniforme oscilación. Noté, desde luego, todo eso, y reanudé el relato de sir Launcelot, que continuaba así:

«Y ahora el campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, y recordando el escudo de bronce, y que el encantamiento que sobre él pesaba estaba roto, apartó la masa muerta de delante de su camino y avanzó valientemente por el suelo de plata del castillo hacia el sitio del muro de donde colgaba el escudo; el cual, en verdad, no esperó a que estuviese él muy cerca, sino que cayó a sus pies sobre el pavimento de plata, con un pesado y terrible ruido».

Apenas habían pasado entre mis labios estas últimas sílabas, y como si en realidad hubiera caído en aquel momento un escudo de bronce pesadamente sobre un suelo de plata, oí el eco claro, profundo, metálico, resonante, si bien sordo en apariencia.

Excitado a más no poder, salté sobre mis pies, en tanto que Usher no había interrumpido su balanceo acompasado. Sus ojos estaban fijos ante sí, y toda su fisonomía, contraída por una pétrea rigidez. Pero cuando puse la mano sobre su hombro, un fuerte estremecimiento recorrió todo su ser, una débil sonrisa tembló sobre sus labios, y vi que hablaba con un murmullo apagado, rápido y balbuciente, como si no se diera cuenta de mi presencia. Inclinéme sobre él, absorbí al fin el horrendo significado de sus palabras.

—¿No oye usted? Sí, yo oigo, y he oído. Durante mucho, mucho tiempo, muchos minutos, muchas horas, muchos días, he oído; pero no me atrevía.

¡Oh, piedad para mí, misero desdichado que soy! ¡No me atrevía, no me atrevía a hablar! ¡La hemos metido viva en la

tumba! ¿No le he dicho que mis sentidos están agudizados? Le digo ahora que he oído sus primeros débiles movimientos dentro del ataúd. Los he oído hace muchos, muchos días, y, sin embargo, ¡no me atrevía a hablar! Y ahora, esta noche, Ethelredo, ¡ja, ja! ¡La puerta del ermitaño rota, el grito de muerte del dragón y el estruendo del escudo, diga usted mejor el arrancamiento de su féretro, y el chirrido de los goznes de hierro de su prisión, y su lucha dentro de la bóveda de cobre! ¡Oh!

¿Adónde huir? ¿No estará ella aquí enseguida? ¿No va a aparecer para reprocharme mi precipitación? ¿No he oído su paso en la escalera? ¿No percibo el pesado y horrible latir de su corazón? ¡Insensato! —y en ese momento se alzó furiosamente de puntillas y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo exhalase su alma—: Insensato. ¡Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!

En el mismo instante, como si la energía sobrehumana de sus palabras hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y antiguas hojas que él señalaba entreabrieron pausadamente sus pesadas mandíbulas de ébano. Era

aquello obra de una furiosa ráfaga, pero en el marco de aquella puerta estaba entonces la alta y amortajada figura de lady Madeline de Usher. Había sangre sobre su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba las señales evidentes de una

enconada lucha. Durante un momento permaneció trémula y vacilante sobre el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó a plomo hacia delante sobre su hermano, y en su violenta y ahora definitiva agonía le arrastró al suelo, ya cadáver y víctima de sus terrores anticipados.

Huí de aquella habitación y de aquella mansión, horrorizado. La tempestad se desencadenaba aún en toda su furia cuando franqueé la vieja calzada. De pronto una luz intensa se proyectó sobre el camino y me volví para ver de dónde podía brotar claridad tan singular, pues sólo tenía a mi espalda la vasta mansión y sus sombras. La irradiación provenía de la luna llena, que se ponía entre un rojo de sangre, y que ahora brillaba con viveza a través de aquella grieta antes apenas visible, y que, como ya he dicho al principio, se extendía zigzagueando, desde el tejado del edificio hasta la base. Mientras la examinaba, aquella grieta se ensanchó con rapidez; hubo de nuevo una impetuosa ráfaga, un remolino; el disco entero del satélite estalló de repente ante mi vista; mi cerebro se alteró cuando vi los pesados muros desplomarse, partidos en dos; resonó un largo y tumultuoso estruendo, como la voz de mil cataratas, y el estanque profundo y fétido, situado a mis pies, se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la Casa de Usher.

EL ESCARABAJO DE ORO

Hace muchos años trabé amistad íntima con un mister William Legrand. Era de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había sido rico; pero una serie de infortunios habíanle dejado en la miseria. Para evitar la humillación consiguiente a sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es una de las más singulares. Se compone únicamente de arena de mar, y tiene, poco más o menos, tres millas de largo. Su anchura no excede de un cuarto de milla. Está separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que fluye a través de un yermo de cañas y légamo, lugar frecuentado por patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre, o, por lo menos, enana. No se encuentran allí árboles de cierta magnitud. Cerca de la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por las gentes que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse,

es cierto, el palmito erizado; pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental, y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. El arbusto

alcanza allí con frecuencia una altura de quince o veinte pies, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido él mismo una pequeña cabaña, que ocupaba cuando por primera vez, y de un modo simplemente casual, trabamos conocimiento. Éste pronto acabó en amistad, pues había muchas cualidades en el recluso que atraían el interés y la estimación. Le encontré bien educado, de una singular inteligencia, aunque infestado de misantropía, y sujeto a perversas alternativas de entusiasmo y de melancolía. Tenía consigo muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de conchas o de ejemplares entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdamm. En estas excursiones iba, por lo general, acompañado de un negro sirviente, llamado Júpiter, que había sido manumitido antes de los reveses de la familia, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, a abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven massa Will. No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, se dedicaran a infundir aquella obstinación en Júpiter, con intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan son rara vez rigurosos, y al finalizar el año resulta un verdadero acontecimiento que se requiera encender fuego. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Aquella fecha, antes de la puesta del sol subí por el camino entre la maleza hacia la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a una distancia de nueve millas de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menos grandes que hoy día. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre, y no recibiendo respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa, y, por cierto, de las agradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños chisporroteantes y aguardé con paciencia el regreso de mis huéspedes.

Poco después de la caída de la tarde llegaron y me dispensaron una acogida muy cordial. Júpiter, riendo de oreja a oreja, bullía preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques —¿con qué otro término podría llamarse aquello?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género, y, más aún, había cazado

y cogido un escarabajo que creía totalmente nuevo, pero respecto al cual deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté, frotando mis manos ante el fuego y enviando al diablo toda la especie de los escarabajos.

—¡Ah, si hubiera yo sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no le había visto, y ¿cómo iba yo a adivinar que iba usted a visitarme precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré al teniente G***, del fuerte, y sin más ni más, le he dejado el escarabajo: así que le será a usted imposible verlo hasta mañana. Quédese aquí esta noche, y mandaré a Júpiter allí abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿El qué? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! ¡No! El escarabajo. Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca de la punta posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

—No hay estaño en él; massa Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, dentro y por todas partes, salvo las alas; no he visto nunca un escarabajo la mitad de pesado.

—Bueno; supongamos que sea así —replicó Legrand, algo más vivamente, según me pareció, de lo que exigía el caso—. ¿Es esto una razón para dejar que se quemen las aves? El color —y se volvió hacia mí— bastaría casi para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá usted juzgarlo hasta mañana... Entretanto, intentaré darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó un momento en un cajón, sin encontrarlo.

—No importa —dijo, por último—; esto bastará.

Y sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo pergamino muy sucio, e hizo encima una especie de dibujo con la pluma. Mientras lo hacía, permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta, Júpiter abrió, y un enorme terranova, perteneciente a Legrand, se precipitó dentro, y echándose sobre mis hombros me abrumó a caricias, pues yo le había prestado mucha atención en mis visitas anteriores. Cuando acabó de dar brincos, miré el papel, y a decir verdad, me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—; esto es un extraño escarabajo, lo confieso, nuevo para mí: no he visto nunca nada parecido antes, a menos que sea un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa que haya caído bajo mi observación.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí! Bueno; tiene ese aspecto indudablemente en el papel. Las dos manchas negras parecen unos ojos, ¿eh? Y la más larga de abajo parece una boca; además, la forma entera es ovalada.

—Quizá sea así —dije—; pero temo que usted no sea un artista, Legrand.

Debo esperar a ver el insecto mismo para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—: dibujo regularmente, o, al menos, debería dibujar, pues he tenido buenos maestros, y me jacto de no ser del todo tonto.

—Pero entonces, mi querido compañero, usted bromea —dije—: esto es un cráneo muy pasable, puedo incluso decir que es un cráneo excelente, conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su escarabajo será el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante sobre ello. Presumo que va usted a llamar a este insecto *scaraboeus caput hominis* o algo por el estilo; hay en las

historias naturales muchas denominaciones semejantes. Pero ¿dónde están las antenas de que usted habló?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe usted de ver las antenas. Las he hecho tan claras cual lo son en el propio insecto, y presumo que es muy suficiente.

—Bien, bien —dije—; acaso las haya hecho usted y yo no las veo aún.

Y le tendí el papel sin más observaciones, no queriendo irritarle; pero me dejó muy sorprendido el giro que había tomado la cuestión: su mal humor me intrigaba, y en cuanto al dibujo del insecto, allí no había en realidad antenas visibles, y el conjunto se parecía enteramente a la imagen ordinaria de una calavera.

Recogió el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de estrujarlo, y de tirarlo, sin duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. En un instante su cara enrojeció intensamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con minuciosidad el dibujo. A la larga se levantó, cogió una vela de la mesa, y fue a sentarse sobre un arca de barco, en el rincón más alejado de la estancia. Allí se puso a examinar con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, empero, y su actitud me dejó muy asombrado;

pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Luego sacó de su bolsillo una cartera, metió con cuidado en ella el papel, y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Aun así, parecía mucho más abstraído que malhumorado. A medida que avanzaba la tarde, se mostraba más absorto en un sueño del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Al principio había yo pensado pasar la noche en la cabaña, como hacía con frecuencia antes; pero, viendo a mi huésped en aquella actitud, juzgué más conveniente marcharme. No me instó a que me quedase; pero, al partir, estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Un mes o cosa así después de esto (y durante ese lapso de tiempo no volví a ver a Legrand), recibí la visita, en Charleston, de su criado Júpiter. No había yo visto nunca al viejo y buen negro tan decaído, y temí que le hubiera sucedido a mi amigo algún serio infortunio.

—Bueno, Júpiter —dije—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—¡Vaya! A decir verdad, massa, no está tan bien como debiera.

—¡Que no está bien! Siento de verdad la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, caramba! ¡Ahí está la cosa! No se queja nunca de nada; pero, de todas maneras, está muy malo.

—¡Muy malo, Júpiter! ¿Por qué no lo has dicho enseguida? ¿Está en la cama?

—No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte, y ahí le aprieta el zapato. Tengo la cabeza trastornada con el pobre massa Will.

—Júpiter, quisiera comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—Bueno, massa; es inútil romperse la cabeza pensando en eso. Massa Will dice que no tiene nada; pero entonces ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda curvada, mirando al suelo, más blanco que una oca? Y haciendo garabatos todo el tiempo...

—¿Haciendo qué?

—Haciendo números con figuras sobre una pizarra; las figuras más raras que he visto nunca. Le digo que voy sintiendo miedo. Tengo que estar siempre con un ojo sobre él. El otro día se me escapó antes de amanecer y estuvo fuera todo el santo día. Había yo cortado un buen palo para darle una tunda de las que duelen cuando volviese a comer; pero fui tan tonto, que no tuve valor:

¡parece tan desgraciado!

—¿Eh? ¡Cómo! ¡Ah, sí! Después de todo has hecho bien en no ser demasiado severo con el pobre muchacho. No hay que pegarle,

Júpiter; no está bien, seguramente. Pero ¿no puedes formarte una idea de lo que ha ocasionado esa enfermedad o más bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que no le veo?

—No, massa, no ha ocurrido nada desagradable desde entonces, sino antes; sí, eso temo: el mismo día en que usted estuvo allí.

—¿Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Pues... quiero hablar del escarabajo, y nada más.

—¿De qué?

—Del escarabajo... Estoy seguro de que massa Will ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y qué motivos tienes tú, Júpiter, para hacer tal suposición?

—Tiene ese bicho demasiadas uñas para eso, y también boca. No he visto nunca un escarabajo tan endiablado; coge y pica todo lo que se le acerca. Massa Will le había cogido..., pero enseguida le soltó, se lo aseguro... Le digo a usted que entonces es, sin duda, cuando le ha picado. La cara y la boca de ese escarabajo no me gustan; por eso no he querido cogerlo con mis dedos; pero he buscado un trozo de papel para meterlo. Le envolví en un trozo de papel con otro pedacito en la boca; así lo hice.

—¿Y tú crees que tu amo ha sido picado realmente por el escarabajo, y que esa picadura le ha puesto enfermo?

—No lo creo, lo sé. ¿Por qué está siempre soñando con oro, sino porque le ha picado el escarabajo de oro? Ya he oído hablar de esos escarabajos de oro.

—Pero ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de ello hasta durmiendo; por eso lo sé.

—Bueno, Júpiter; quizá tengas razón, pero ¿a qué feliz circunstancia debo hoy el honor de tu visita?

—¿Qué quiere usted decir, massa?

—¿Me traes algún mensaje de mister Legrand?

—No, massa; le traigo este papel.

Y Júpiter me entregó una esquila que decía lo siguiente:

«Querido amigo: ¿Por qué no le veo hace tanto tiempo? Espero que no cometerá usted la tontería de sentirse ofendido por aquella pequeña brusquedad mía; pero no, no es probable.

»Desde que le vi, siento un gran motivo de inquietud. Tengo algo que decirle; pero apenas sé cómo decírselo, o incluso no sé si se lo diré.

»No estoy del todo bien desde hace unos días, y el pobre viejo Jup me aburre de un modo insoportable con sus buenas intenciones y cuidados. ¿Lo creerá usted? El otro día había preparado un garrote para castigarme por haberme escapado

y pasado el día solus en las colinas del continente. Creo de veras que sólo mi mala cara me salvó de la paliza.

»No he añadido nada a mi colección desde que no nos vemos.

»Si puede usted, sin gran inconveniente, venga con Júpiter.

Venga. Deseo verle esta noche para un asunto de importancia.

Le aseguro que es de la más alta importancia. Siempre suyo,

WILLIAM LEGRAND».

Había algo en el tono de esta carta que me produjo una gran inquietud. El estilo difería en absoluto del de Legrand. ¿Con qué podía él soñar? ¿Qué nueva chifladura dominaba su excitable mente? ¿Qué «asunto de la más alta importancia» podía él tener que resolver? El relato de Júpiter no presagiaba nada bueno.

Temía yo que la continua opresión del infortunio hubiese a la larga trastornado por completo la razón de mi amigo. Sin un momento de vacilación, me dispuse a acompañar al negro.

Al llegar al fondeadero, vi una guadaña y tres azadas, todas evidentemente nuevas, que yacían en el fondo del barco donde íbamos a navegar.

—¿Qué significa todo eso, Jup? —pregunté.

—Es una guadaña, massa, y unas azadas.

—Es cierto; pero ¿qué hacen aquí?

—Massa Will me ha dicho que comprase eso para él en la ciudad, y lo he pagado muy caro; nos cuesta un dinero de mil demonios.

—Pero, en nombre de todo lo que hay de misterioso, ¿qué va a hacer tu

«massa Will» con esa guadaña y esas azadas?

—No me pregunte más de lo que sé; que el diablo me lleve si lo sé yo tampoco. Pero todo eso es cosa del escarabajo.

Viendo que no podía obtener ninguna aclaración de Júpiter, cuya inteligencia entera parecía estar absorbida por el escarabajo, bajé al barco y desplegué la vela. Una agradable y fuerte brisa nos empujó rápidamente hasta la pequeña ensenada al norte del fuerte Moultrie, y un paseo de unas dos millas nos llevó hasta la cabaña. Serían alrededor de las tres de la tarde cuando

llegamos. Legrand nos esperaba preso de viva impaciencia. Asió mi mano con nervioso empressement que me alarmó, aumentando mis sospechas nacientes. Su cara era de una palidez espectral, y sus ojos, muy hundidos, brillaban con un fulgor sobrenatural. Después de algunas preguntas sobre mi salud, quise saber, no ocurriéndoseme nada mejor que decir, si el teniente G*** le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —replicó, poniéndose muy colorado—. Lo recogí a la mañana siguiente. Por nada me separaría de ese escarabajo. ¿Sabe usted que Júpiter tiene toda la razón respecto a eso?

—¿En qué? —pregunté con un triste presentimiento en el corazón.

—En suponer que el escarabajo es de oro de veras.

Dijo esto con un aire de profunda seriedad que me produjo una indecible desazón.

—Ese escarabajo hará mi fortuna —prosiguió él, con una sonrisa triunfal

— al reintegrarme mis posesiones familiares. ¿Es de extrañar que yo lo aprecie tanto? Puesto que la Fortuna ha querido concederme esa dádiva, no tengo más que usarla adecuadamente, y llegaré hasta el oro del cual ella es indicio. ¡Júpiter, trae ese escarabajo!

—¡Cómo! ¿El escarabajo, massa? Prefiero no tener jaleos con el escarabajo; ya sabrá cogerlo usted mismo.

En este momento Legrand se levantó con un aire solemne e imponente, y fue a sacar el insecto de un fanal, dentro del cual le había dejado. Era un hermoso escarabajo desconocido en aquel tiempo por los naturalistas, y por supuesto, de un gran valor desde un punto de vista científico. Ostentaba dos manchas negras en un extremo del dorso, y en el otro, una más alargada. El caparazón era notablemente duro y brillante, con

un aspecto de oro bruñido. Tenía un peso notable, y, bien considerada la cosa, no podía yo censurar demasiado a Júpiter por su opinión respecto a él; pero érame imposible comprender que Legrand fuese de igual opinión.

—Le he enviado a buscar —dijo él, en un tono grandilocuente, cuando hube terminado mi examen del insecto—; le he enviado a buscar para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de los designios del Destino y del escarabajo...

—Mi querido Legrand —interrumpí—, no está usted bien, sin duda, y haría mejor en tomar algunas precauciones. Váyase a la cama, y me quedaré con usted unos días, hasta que se restablezca. Tiene usted fiebre y...

—Tómeme usted el pulso —dijo él.

Se lo tomé, y a decir verdad, no encontré el menor síntoma de fiebre.

—Pero puede estar enfermo sin tener fiebre. Permítame esta vez tan sólo que actúe de médico con usted. Y después...

—Se equivoca —interrumpió él—; estoy tan bien como puedo esperar estarlo con la excitación que sufro. Si realmente me quiere usted bien, aliviará esta excitación.

—¿Y qué debo hacer para eso?

—Es muy fácil. Júpiter y yo partimos a una expedición por las colinas, en el continente, y necesitamos para ella la ayuda de

una persona en quien podamos confiar. Es usted esa persona única. Ya sea un éxito o un fracaso, la excitación que nota usted en mí se apaciguará igualmente con esa expedición.

—Deseo vivamente servirle a usted en lo que sea —repliqué—; pero

¿pretende usted decir que ese insecto infernal tiene alguna relación con su expedición a las colinas?

—La tiene.

—Entonces, Legrand, no puedo tomar parte en tan absurda empresa.

—Lo siento, lo siento mucho, pues tendremos que intentar hacerlo nosotros solos.

—¡Intentarlo ustedes solos! (¡Este hombre está loco, seguramente!) Pero veamos, ¿cuánto tiempo se propone usted estar ausente?

—Probablemente, toda la noche. Vamos a partir enseguida, y en cualquiera de los casos, estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me promete por su honor que, cuando ese capricho haya pasado y el asunto del escarabajo (¡Dios mío!) esté arreglado a su satisfacción, volverá usted a casa y seguirá con exactitud mis prescripciones como las de su médico?

—Sí, se lo prometo; y ahora, partamos, pues no tenemos tiempo que perder.

Acompañé a mi amigo, con el corazón apesadumbrado. A cosa de las cuatro nos pusimos en camino Legrand, Júpiter, el perro y yo, Júpiter cogió la guadaña y las azadas. Insistió en cargar con todo ello, más bien, me pareció, por temor a dejar una de aquellas herramientas en manos de su amo que por un exceso de celo o de complacencia. Mostraba un humor de perros, y estas palabras, «condenado escarabajo», fueron las únicas que se escaparon de sus labios durante el viaje. Por mi parte estaba encargado de un par de linternas, mientras Legrand se había contentado con el escarabajo, que llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda; lo hacía girar de un lado para otro, con un aire de nigromante, mientras caminaba. Cuando observaba yo aquel último y

supremo síntoma del trastorno mental de mi amigo, no podía apenas contener las lágrimas. Pensé, no obstante, que era preferible acceder a su fantasía, al menos por el momento, o hasta que pudiese yo adoptar algunas medidas más enérgicas con una probabilidad de éxito. Entretanto, intenté, aunque en vano, sondearle respecto al objeto de la expedición. Habiendo conseguido inducirme a que le acompañase, parecía mal dispuesto a entablar conversación sobre un tema de tan poca importancia, y a todas mis preguntas no les concedía otra respuesta que un «Ya veremos».

Atravesamos en una barca la ensenada en la punta de la isla, y trepando por los altos terrenos de la orilla del continente,

seguimos la dirección noroeste, a través de una región sumamente salvaje y desolada, en la que no se veía rastro de un pie humano. Legrand avanzaba con decisión, deteniéndose solamente algunos instantes, aquí y allá, para consultar ciertas señales que debía de haber dejado él mismo en una ocasión anterior.

Caminamos así cerca de dos horas, e iba a ponerse el sol, cuando entramos en una región infinitamente más triste que todo lo que habíamos visto antes. Era una especie de meseta cerca de la cumbre de una colina casi inaccesible, cubierta de espesa arboleda de la base a la cima, y sembrada de enormes bloques de piedra que parecían esparcidos en mezcolanza sobre el suelo, y muchos de los cuales se hubieran precipitado a los valles inferiores sin la contención de los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, que se abrían en varias direcciones, daban un aspecto de solemnidad más lúgubre al paisaje.

La plataforma natural sobre la cual habíamos trepado estaba tan repleta de zarzas, que nos dimos cuenta muy pronto de que sin la guadaña nos hubiera sido imposible abrirnos paso.

Júpiter, por orden de su amo, se dedicó a despejar el camino hasta el pie de un enorme tulípero que se alzaba, entre ocho o diez robles, sobre la plataforma, y que los sobrepasaba a todos, así como a los árboles que había yo visto hasta entonces, por la belleza de su follaje y forma, por la inmensa expansión de su ramaje y por la majestad general de su aspecto. Cuando

hubimos llegado a aquel árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si se creía capaz de trepar por él. El viejo pareció un tanto azarado por la pregunta, y durante unos momentos no respondió. Por último, se acercó al enorme tronco, dio la vuelta a su alrededor y lo examinó con minuciosa atención. Cuando hubo terminado su examen, dijo simplemente:

—Sí, massa; Jup no ha encontrado en su vida árbol al que no pueda trepar.

—Entonces, sube lo más deprisa posible, pues pronto habrá demasiada oscuridad para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde debo subir, massa? —preguntó Júpiter.

—Sube primero por el tronco, y entonces te diré qué camino debes seguir... ¡Ah, detente ahí! Lleva contigo este escarabajo.

—¡El escarabajo, massa Will, el escarabajo de oro! —gritó el negro, retrocediendo con terror—. ¿Por qué debo llevar ese escarabajo conmigo sobre el árbol? ¡Que me condene si lo hago!

—Si tienes miedo, Jup, tú, un negro grande y fuerte como pareces, a tocar un pequeño insecto muerto e inofensivo, puedes llevarlo con esta cuerda; pero si no quieres cogerlo de ningún modo, me veré en la necesidad de abrirte la cabeza con esta azada.

—¿Qué le pasa ahora, massa? —dijo Jup, avergonzado, sin duda, y más complaciente—. Siempre ha de tomarla con su viejo negro. Era sólo una broma y nada más. ¡Tener yo miedo al escarabajo! ¡Pues sí que me preocupa a mí el escarabajo!

Cogió con precaución la punta de la cuerda, y manteniendo al insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, se dispuso a subir al árbol.

En su juventud, el tulípero o Liriodendron Tulipiferum, el más magnífico de los árboles selváticos americanos, tiene un tronco liso en particular y se eleva con frecuencia a gran altura, sin producir ramas laterales; pero cuando llega a su madurez, la corteza se vuelve rugosa y desigual, mientras pequeños rudimentos de ramas aparecen en gran número sobre el tronco. Por eso la dificultad de la ascensión, en el caso presente, lo era mucho más en apariencia que en la realidad. Abrazando lo mejor que podía el enorme cilindro con sus brazos y sus rodillas, asiendo con las manos algunos brotes y apoyando sus pies descalzos sobre los otros, Júpiter, después de haber estado a punto de caer una o dos veces, se izó al final hasta la primera gran bifurcación y pareció entonces considerar el asunto como virtualmente realizado. En efecto, el riesgo de la empresa había ahora desaparecido, aunque el escalador estuviese a unos sesenta o setenta pies de la tierra.

—¿Hacia qué lado debo ir ahora, massa Will? —preguntó él.

—Sigue siempre la rama más ancha, la de ese lado —dijo Legrand.

El negro le obedeció con prontitud, y en apariencia, sin la menor inquietud; subió, subió cada vez más alto, hasta que desapareció su figura encogida entre el espeso follaje que la envolvía. Entonces se dejó oír su voz lejana gritando:

—¿Debo subir mucho todavía?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Estoy tan alto —replicó el negro—, que puedo ver el cielo a través de la copa del árbol.

—No te preocupes del cielo, pero atiende a lo que te digo. Mira hacia abajo el tronco y cuenta las ramas que hay debajo de ti por ese lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco. He pasado cinco ramas por ese lado, massa.

—Entonces sube una rama más.

Al cabo de unos minutos la voz se oyó de nuevo, anunciando que había alcanzado la séptima rama.

—Ahora, Jup —gritó Legrand, con una gran agitación—, quiero que te abras camino sobre esa rama hasta donde puedas. Si ves algo extraño, me lo dices.

Desde aquel momento las pocas dudas que podía yo haber tenido sobre la demencia de mi pobre amigo se disiparon por completo. No me quedaba otra alternativa que considerarle como atacado de locura, y me sentí seriamente preocupado con la manera de hacerle volver a casa.

Mientras reflexionaba sobre qué sería preferible hacer, volvió a oírse la voz de Júpiter.

—Tengo miedo de avanzar más lejos por esta rama; es una rama muerta en casi toda su extensión.

—¿Dices que es una rama muerta, Júpiter? —gritó Legrand con voz trémula.

—Sí, massa, muerta como un clavo de puerta, eso es cosa sabida; no tiene ni pizca de vida.

—¿Qué debo hacer, en nombre del Cielo? —preguntó Legrand, que parecía sumido en una gran desesperación.

—¿Qué debe hacer? —dije, satisfecho de que aquella oportunidad me permitiese colocar una palabra—. Volver a casa y meterse en la cama.

¡Vámonos ya! Sea usted amable, compañero. Se hace tarde; y además, acuérdesese de su promesa.

—¡Júpiter! —gritó él, sin escucharme en absoluto—, ¿me oyes?

—Sí, massa Will, le oigo perfectamente.

—Entonces tantea bien con tu cuchillo, y dime si crees que está muy podrida.

—Podrida, massa, podrida, sin duda —replicó el negro después de unos momentos—; pero no tan podrida como cabría creer. Podría avanzar un poco más, si estuviese yo solo sobre la rama, eso es verdad.

—¡Si estuvieras tú solo! ¿Qué quieres decir?

Hablo del escarabajo. Es muy pesado el tal escarabajo. Supongo que, si lo dejase caer, la rama soportaría bien, sin romperse, el peso de un negro.

—¡Maldito bribón! —gritó Legrand, que parecía muy reanimado—. ¿Qué tonterías estás diciendo? Si dejas caer el insecto, te retuerzo el pescuezo. Mira hacia aquí, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, massa; no hay que tratar así a un pobre negro.

—Bueno; escúchame ahora. Si te arriesgas sobre la rama todo lo lejos que puedas hacerlo sin peligro y sin soltar el insecto, te regalaré un dólar de plata tan pronto como hayas bajado.

—Ya voy, massa Will; ya voy allá —replicó el negro con prontitud—.

Estoy al final ahora.

—¡Al final! —chilló Legrand, muy animado—. ¿Quieres decir que estás al final de esa rama?

—Estaré muy pronto al final, massa... ¡Ooooh! ¡Dios mío, misericordia!

¿Qué es eso que hay sobre el árbol?

—¡Bien! —gritó Legrand, muy contento—, ¿qué es eso?

—Pues sólo una calavera; alguien dejó su cabeza sobre el árbol, y los cuervos han picoteado toda la carne.

—¡Una calavera, dices! Muy bien... ¿Cómo está atada a la rama? ¿Qué la sostiene?

—Seguramente, se sostiene bien; pero tendré que ver. ¡Ah! Es una cosa curiosa, palabra... hay un clavo grueso clavado en esta calavera, que la retiene al árbol.

—Bueno; ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy a decirte, ¿me oyes?

—Sí, massa.

—Fíjate bien, y luego busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Hum! ¡Oh, esto sí que es bueno! No tiene ojo izquierdo ni por asomo.

—¡Maldita estupidez la tuya! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu mano derecha?

—Sí que lo sé, lo sé muy bien; mi mano izquierda es con la que parto la leña.

—¡Seguramente! Eres zurdo. Y tu ojo izquierdo está del mismo lado de tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás encontrar el ojo izquierdo de la

calavera, o el sitio donde estaba ese ojo. ¿Lo has encontrado?

Hubo una larga pausa. Y finalmente, el negro preguntó:

—¿El ojo izquierdo de la calavera está del mismo lado que la mano izquierda del cráneo también?... Porque la calavera no tiene mano alguna...

¡No importa! Ahora he encontrado el ojo izquierdo, ¡aquí está el ojo izquierdo! ¿Qué debo hacer ahora?

—Deja pasar por él el escarabajo, tan lejos como pueda llegar la cuerda; pero ten cuidado de no soltar la punta de la cuerda.

—Ya está hecho todo, massa Will; era cosa fácil hacer pasar el escarabajo por el agujero... Mírelo cómo baja.

Durante este coloquio no podía verse ni la menor parte de Júpiter; pero el insecto que él dejaba caer aparecía ahora visible al extremo de la cuerda y brillaba, como una bola de oro bruñido a los últimos rayos del sol poniente, algunos de los cuales iluminaban todavía un poco la eminencia sobre la que estábamos colocados. El escarabajo, al descender, sobresalía visiblemente de las ramas, y si el negro le hubiese soltado, habría caído a nuestros pies. Legrand cogió enseguida la guadaña y despejó un espacio circular, de tres o cuatro yardas

de diámetro, justo debajo del insecto. Una vez hecho esto, ordenó a Júpiter que soltase la cuerda y que bajase del árbol.

Con gran cuidado clavó mi amigo una estaca en la tierra sobre el lugar preciso donde había caído el insecto, y luego sacó de su bolsillo una cinta para medir. La ató por una punta al sitio del árbol que estaba más próximo a la estaca, la desenrolló hasta ésta y siguió desenrollándola en la dirección señalada por aquellos dos puntos —la estaca y el tronco— hasta una distancia de cincuenta pies; Júpiter limpiaba de zarzas el camino con la guadaña. En el sitio así encontrado clavó una segunda estaca, y tomándola como centro, describió un tosco círculo de unos cuatro pies de diámetro, aproximadamente. Cogió entonces una de las azadas, dio la otra a Júpiter y la otra a mí, y nos pidió que cavásemos lo más deprisa posible.

A decir verdad, yo no había sentido nunca un especial agrado con semejante diversión, y en aquel momento preciso, renunciaría a ella, pues la noche avanzaba, y me sentía muy fatigado con el ejercicio que hube de hacer; pero no veía modo alguno de escapar de aquello, y temía perturbar la ecuanimidad de mi pobre amigo con una negativa. De haber podido contar efectivamente con la ayuda de Júpiter, no hubiese yo vacilado en llevar a la fuerza al lunático a su casa; pero conocía demasiado bien el carácter del viejo negro para esperar su ayuda en cualquier circunstancia, y más en el caso de una lucha personal con su amo. No dudaba yo que Legrand estaba

contaminado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur referentes

a los tesoros escondidos, y que aquella fantasía hubiera sido confirmada por el hallazgo del escarabajo, o quizá por la obstinación de Júpiter en sostener que era «un escarabajo de oro de verdad». Una mentalidad predispuesta a la locura podía dejarse arrastrar por tales sugerencias, sobre todo si concordaban con sus ideas favoritas preconcebidas; y entonces recordé el discurso del pobre muchacho referente al insecto que iba a ser «el indicio de su fortuna». Por encima de todo ello, me sentía enojado y perplejo; pero al final decidí hacer ley de la necesidad y cavar con buena voluntad para convencer lo antes posible al visionario, con una prueba ocular, de la falacia de las opiniones que él mantenía.

Encendimos las linternas y nos entregamos a nuestra tarea con un celo digno de una causa más racional; y como la luz caía sobre nuestras personas y herramientas, no pude impedirme pensar en el grupo pintoresco que formábamos, y en que si algún intruso hubiese aparecido, por casualidad, en medio de nosotros, habría creído que realizábamos una labor muy extraña y sospechosa.

Cavamos con firmeza durante dos horas. Oíanse pocas palabras, y nuestra molestia principal la causaban los ladridos del perro, que sentía un interés excesivo por nuestros trabajos.

A la larga se puso tan alborotado, que temimos diese la alarma a algunos merodeadores de las cercanías, o más bien era el gran temor de Legrand, pues, por mi parte, me habría regocijado cualquier interrupción que me hubiera permitido hacer volver al vagabundo a su casa. Finalmente, fue acallado el alboroto por Júpiter, quien, lanzándose fuera del hoyo con un aire resuelto y furioso, embozaló el hocico del animal con uno de sus tirantes y luego volvió a su tarea con una risita ahogada. Cuando expiró el tiempo mencionado, el hoyo había alcanzado una profundidad de cinco pies, y aun así, no aparecía el menor indicio de tesoro. Hicimos una pausa general, y empecé a tener la esperanza de que la farsa tocaba a su fin. Legrand, sin embargo, aunque a todas luces muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió a empezar. Habíamos cavado el círculo entero de cuatro pies de diámetro, y ahora superamos un poco aquel límite y cavamos dos pies más. No apareció nada. El buscador de oro, por el que sentía yo una sincera compasión, saltó del hoyo al cabo, con la más amarga desilusión grabada en su cara, y se decidió, lenta y pesarosamente, a ponerse la chaqueta, que se había quitado al empezar su labor. En cuanto a mí, me guardé de hacer ninguna observación. Júpiter, a una señal de su mano, comenzó a recoger las herramientas. Hecho esto, y una vez quitado el bozal al perro, volvimos en un profundo silencio hacia la casa. Habríamos dado acaso una docena de pasos, cuando, con un tremendo juramento, Legrand se arrojó sobre Júpiter y le

agarró del cuello. El negro, atónito, abrió los ojos y la boca en todo su tamaño, soltó las azadas y cayó de

rodillas.

—¡Eres un bergante! —dijo Legrand, haciendo silbar las sílabas entre sus labios apretados—, ¡un malvado negro! ¡Habla, te digo! ¡Contéstame al instante y sin mentir! ¿Cuál es... cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, misericordia, massa Will! ¿No es, seguramente, éste mi ojo izquierdo? —rugió, aterrorizado, Júpiter, poniendo su mano sobre el órgano derecho de su visión, y manteniéndola allí con la tenacidad de la desesperación, como si temiese que su amo fuese a arrancárselo.

—¡Lo sospechaba! ¡Lo sabía! ¡Hurra! —vociferó Legrand, soltando al negro y dando una serie de corvetas y cabriolas, ante el gran asombro de su criado, quien, alzándose sobre sus rodillas, miraba en silencio a su amo y a mí, a mí y a su amo.

—¡Vamos! Debemos volver —dijo éste—. No está aún perdida la partida

—y se encaminó de nuevo hacia el tulípero—. Júpiter —dijo, cuando llegamos al pie del árbol—, ¡ven aquí! ¿Estaba la calavera clavada a la rama con la cara vuelta hacia fuera, o hacia la rama?

—La cara está vuelta hacia afuera, massa; así es que los cuervos han podido comerse muy bien los ojos, sin la menor dificultad.

—Bueno; entonces, ¿has dejado caer el insecto por este ojo o por este otro?

—y Legrand tocaba alternativamente los ojos de Júpiter.

—Por este ojo, massa, por el ojo izquierdo, exactamente como usted me dijo.

Y el negro volvió a señalar su ojo derecho.

Entonces mi amigo, en cuya locura veía yo, o me imaginaba ver, ciertos indicios de método, trasladó la estaca que marcaba el sitio donde había caído el insecto, unas tres pulgadas hacia el oeste de su primera posición. Colocando ahora la cinta de medir desde el punto más cercano del tronco hasta la estaca, como antes hiciera, y extendiéndola en línea recta a una distancia de cincuenta pies, donde señalaba la estaca, la alejó varias yardas del sitio donde habíamos estado cavando.

Alrededor del nuevo punto trazó ahora un círculo, un poco más ancho que el primero, y volvimos a manejar la azada. Estaba yo atrozmente cansado; pero, sin darme cuenta de lo que había ocasionado aquel cambio en mi pensamiento, no sentía ya gran aversión por aquel trabajo impuesto. Me interesaba de un modo inexplicable; más aún, me excitaba. Tal vez había en todo el extravagante comportamiento de Legrand cierto aire de presciencia, de deliberación, que me impresionaba. Cavaba con

ardor, y de cuando en cuando me sorprendía buscando, por decirlo así, con los ojos, movidos de un

sentimiento que se parecía mucho a la espera, aquel tesoro imaginario, cuya visión había trastornado a mi infortunado compañero. En uno de esos momentos en que tales fantasías mentales se habían apoderado más a fondo de mí, y cuando llevábamos trabajando quizá una hora y media, fuimos de nuevo interrumpidos por los violentos ladridos del perro. Su inquietud, en el primer caso, era, sin duda, el resultado de un retozo o de un capricho; pero ahora asumía un tono más áspero y más serio. Cuando Júpiter se esforzaba por volver a ponerle un bozal, ofreció el animal una furiosa resistencia, y saltando dentro del hoyo, se puso a cavar, frenético, con sus uñas. En unos segundos había dejado al descubierto una masa de osamentas humanas, formando dos esqueletos íntegros, mezclados con varios botones de metal y con algo que nos pareció ser lana podrida y polvorienta. Uno o dos azadonazos hicieron saltar la hoja de un ancho cuchillo español, y al cavar más, surgieron a la luz tres o cuatro monedas de oro y de plata. Al ver aquello, Júpiter no pudo apenas contener su alegría; pero la cara de su amo expresó una extraordinaria desilusión. Nos rogó, con todo, que continuásemos nuestros esfuerzos, y apenas había dicho aquellas palabras, tropecé y caí hacia delante, al engancharse la punta de mi bota en una ancha argolla de hierro que yacía medio enterrada en la tierra blanda.

Nos pusimos a trabajar ahora con gran diligencia, y nunca he pasado diez minutos de más intensa excitación. Durante este intervalo desenterramos por completo un cofre oblongo de madera que, por su perfecta conservación y asombrosa dureza, había sido sometido a algún procedimiento de mineralización, acaso por obra del bicloruro de mercurio. Dicho cofre tenía tres pies y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba asegurado con firmeza por unos flejes de hierro forjado, remachados, y que formaban alrededor una especie de enrejado. De cada lado del cofre, cerca de la tapa, había tres argollas de hierro —seis en total—, por medio de las cuales seis personas podían asirla. Nuestros esfuerzos unidos sólo consiguieron moverlo ligeramente de su lecho. Vimos enseguida la imposibilidad de transportar un peso tan grande. Por fortuna, la tapa estaba sólo asegurada con dos tornillos movibles. Los sacamos, trémulos y palpitantes de ansiedad. En un instante, un tesoro de incalculable valor apareció refulgente ante nosotros. Los rayos de las linternas caían en el hoyo, haciendo brotar de un montón confuso de oro y de joyas destellos y brillos que cegaban del todo nuestros ojos.

No intentaré describir los sentimientos con que contemplaba aquello. El asombro, naturalmente, predominaba sobre los demás. Legrand parecía exhausto por la excitación, y no profirió más que algunas palabras. En cuanto a Júpiter, su rostro durante unos minutos adquirió la máxima palidez que

puede tomar la cara de un negro en tales circunstancias.

Parecía estupefacto,

fulminado. Pronto cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo sus brazos hasta el codo en el oro, los dejó allí, como si gozase del placer de un baño. A la postre exclamó con un hondo suspiro, como en un monólogo:

—¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Del pobre escarabajito, al que yo insultaba y calumniaba! ¿No te avergüenzas de ti mismo, negro? ¡Anda, contéstame!

Fue menester, por último, que despertase a ambos, al amo y al criado, ante la conveniencia de transportar el tesoro. Se hacía tarde y teníamos que desplegar cierta actividad, si queríamos que todo estuviese en seguridad antes del amanecer. No sabíamos qué determinación tomar, y perdimos mucho tiempo en deliberaciones, de lo trastornadas que teníamos nuestras ideas. Por último, aligeramos de peso al cofre quitando las dos terceras partes de su contenido, y pudimos, en fin, no sin dificultad, sacarlo del hoyo. Los objetos que habíamos extraído fueron depositados entre las zarzas, bajo la custodia del perro, al que Júpiter ordenó que no se moviera de su puesto bajo ningún pretexto, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos presurosamente en camino con el cofre; llegamos sin accidente a la cabaña, aunque después de tremendas penalidades, y a la una de la madrugada.

Rendidos como estábamos, no hubiese habido naturaleza humana capaz de reanudar la tarea acto seguido.

Permanecimos descansando hasta las dos; luego cenamos, y enseguida partimos hacia las colinas, provistos de tres grandes sacos que, por una suerte feliz, habíamos encontrado antes.

Llegamos al filo de las cuatro a la fosa, nos repartimos el botín, con la mayor igualdad posible y dejando el hoyo sin tapar, volvimos hacia la cabaña, en la que depositamos por segunda vez nuestra carga de oro, a tiempo que los primeros débiles rayos del alba aparecían por encima de las copas de los árboles hacia el este.

Estábamos completamente destrozados, pero la intensa excitación de aquel momento nos impidió todo reposo. Después de un agitado sueño de tres o cuatro horas de duración, nos levantamos, como si estuviéramos de acuerdo, para efectuar el examen de nuestro tesoro.

El cofre había sido llenado hasta los bordes, y empleamos el día entero y gran parte de la noche siguiente en escudriñar su contenido. No mostraba ningún orden o arreglo. Todo había sido amontonado allí, en confusión. Habiéndolo clasificado cuidadosamente, nos encontramos en posesión de una fortuna que superaba todo cuanto habíamos supuesto. En monedas había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares, estimando el valor de las piezas con tanta exactitud como pudimos, por las tablas de cotización de la época. No había allí una sola partícula de plata. Todo era oro de una fecha muy antigua y de

una gran variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, con algunas guineas inglesas y varios discos de los que no habíamos visto antes ejemplar

alguno. Había varias monedas muy grandes y pesadas, pero tan desgastadas, que nos fue imposible descifrar sus inscripciones. No se encontraba allí ninguna americana. La valoración de las joyas presentó muchas más dificultades. Había diamantes, algunos de ellos muy finos y voluminosos, en total ciento diez, y ninguno pequeño; dieciocho rubíes de un notable brillo, trescientas diez esmeraldas hermosísimas, veintiún zafiros y un ópalo. Todas aquellas piedras habían sido arrancadas de sus monturas y arrojadas en revoltijo al interior del cofre. En cuanto a las monturas mismas, que clasificamos aparte del otro oro, parecían haber sido machacadas a martillazos para evitar cualquier identificación. Además de todo aquello, había una gran cantidad de adornos de oro macizo: cerca de doscientas sortijas y pendientes de orejas, de extraordinario grosor; ricas cadenas, en número de treinta, si no recuerdo mal; noventa y tres grandes y pesados crucifijos; cinco incensarios de oro de gran valía; una prodigiosa ponchera de oro, adornada con hojas de parra muy bien engastadas, y con figuras de bacantes; dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas, y otros muchos objetos más pequeños que no puedo recordar. El peso de todo ello excedía de las trescientas cincuenta libras avoirdupois, y en esta

valoración no he incluido ciento noventa y siete relojes de oro soberbios, tres de los cuales valdrían cada uno quinientos dólares. Muchos eran viejísimos y desprovistos de valor como tales relojes: sus maquinarias habían sufrido más o menos de la corrosión de la tierra; pero todos estaban ricamente adornados con pedrerías, y las cajas eran de gran precio. Valoramos aquella noche el contenido total del cofre en un millón y medio de dólares, y cuando más tarde dispusimos de los dijes y joyas (quedándonos con algunos para nuestro uso personal), nos encontramos con que habíamos hecho una tasación muy por debajo del tesoro.

Cuando terminamos nuestro examen, y al propio tiempo se calmó un tanto aquella intensa excitación, Legrand, que me veía consumido de impaciencia por conocer la solución de aquel extraordinario enigma, entró a pleno detalle en las circunstancias relacionadas con él.

—Recordará usted —dijo— la noche en que le mostré el tosco bosquejo que había hecho del escarabajo. Recordará también que me molestó mucho el que insistiese en que mi dibujo se parecía a una calavera. Cuando hizo usted por primera vez su afirmación, creí que bromeaba; pero después pensé en las manchas especiales sobre el dorso del insecto, y reconocí en mi interior que su observación tenía en realidad cierta ligera base. A pesar de todo, me irritó su burla respecto a mis facultades gráficas, pues estoy considerado como un buen artista, y por

eso, cuando me tendió usted el trozo de pergamino, estuve a punto de estrujarlo y de arrojarlo, enojado, al fuego.

—Se refiere usted al trozo de papel —dije.

—No; aquello tenía el aspecto de papel, y al principio yo mismo supuse

que lo era; pero, cuando quise dibujar sobre él, descubrí enseguida que era un trozo de pergamino muy viejo. Estaba todo sucio, como recordará. Bueno; cuando me disponía a estrujarlo, mis ojos cayeron sobre el esbozo que usted había examinado, y ya puede imaginarse mi asombro al percibir realmente la figura de una calavera en el sitio mismo donde había yo creído dibujar el insecto. Durante un momento me sentí demasiado atónito para pensar con sensatez. Sabía que mi esbozo era muy diferente en detalle de éste, aunque existiese cierta semejanza en el contorno general. Cogí enseguida una vela y, sentándome al otro extremo de la habitación, me dediqué a un examen minucioso del pergamino. Dándole vueltas, vi mi propio bosquejo sobre el reverso, ni más ni menos que como lo había hecho. Mi primera impresión fue entonces de simple sorpresa ante la notable semejanza efectiva del contorno; y resulta una coincidencia singular el hecho de aquella imagen, desconocida para mí, que ocupaba el otro lado del pergamino debajo mismo de mi dibujo del escarabajo, y de la calavera aquella que se parecía con tanta exactitud a dicho

dibujo no sólo en el contorno, sino en el tamaño. Digo que la singularidad de aquella coincidencia me dejó pasmado durante un momento. Es éste el efecto habitual de tales coincidencias. La mente se esfuerza por establecer una relación (una ilación de causa y efecto), y siendo incapaz de conseguirlo, sufre una especie de parálisis pasajera. Pero cuando me recobré de aquel estupor, sentí surgir en mí poco a poco una convicción que me sobrecogió más aún que aquella coincidencia. Comencé a recordar de una manera clara y positiva que no había ningún dibujo sobre el pergamino cuando hice mi esbozo del escarabajo. Tuve la absoluta certeza de ello, pues me acordé de haberle dado vueltas a un lado y a otro buscando el sitio más limpio... Si la calavera hubiera estado allí, la habría yo visto, por supuesto. Existía allí un misterio que me sentía incapaz de explicar; pero desde aquel mismo momento me pareció ver brillar débilmente, en las más remotas y secretas cavidades de mi entendimiento, una especie de luciérnaga de la verdad de la cual nos había aportado la aventura de la última noche una prueba tan magnífica. Me levanté al punto, y guardando con cuidado el pergamino dejé toda reflexión ulterior para cuando pudiese estar solo.

»En cuanto se marchó usted, y Júpiter estuvo profundamente dormido, me dediqué a un examen más metódico de la cuestión. En primer lugar, quise comprender de qué modo aquel pergamino estaba en mi poder. El sitio en que descubrimos el escarabajo se hallaba en la costa del continente, a una milla

aproximada al este de la isla, pero a corta distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando le cogí, me picó con fuerza, haciendo que le soltase. Júpiter, con su acostumbrada prudencia, antes de agarrar el insecto, que había volado hacia él, buscó a su alrededor una hoja o algo parecido con que apresarle. En ese momento sus ojos, y también los míos, cayeron sobre el trozo de pergamino que supuse era un papel. Estaba medio sepultado en la arena, asomando una

parte de él. Cerca del sitio donde lo encontramos vi los restos del casco de un gran barco, según me pareció. Aquellos restos de un naufragio debían de estar allí desde hacía mucho tiempo, pues apenas podía distinguirse su semejanza con la armazón de un barco.

»Júpiter recogió, pues, el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Poco después volvimos a casa y encontramos al teniente G***. Le enseñé el ejemplar y me rogó que le permitiese llevárselo al fuerte. Accedí a ello y se lo metió en el bolsillo de su chaleco sin el pergamino en que iba envuelto y que había conservado en la mano durante su examen. Quizá temió que cambiase de opinión y prefirió asegurar enseguida su presa; ya sabe usted que es un entusiasta de todo cuanto se relaciona con la historia natural. En aquel momento, sin darme cuenta de ello, debí de guardarme el pergamino en el bolsillo.

»Recordará usted que cuando me senté ante la mesa a fin de hacer un bosquejo del insecto no encontré papel donde habitualmente se guarda. Miré en el cajón, y no lo encontré allí. Rebusqué mis bolsillos, esperando hallar en ellos alguna carta antigua, cuando mis dedos tocaron el pergamino. Le detallo a usted de un modo exacto cómo cayó en mi poder, pues las circunstancias me impresionaron con una fuerza especial.

»Sin duda alguna, usted me creyó un soñador; pero yo había establecido ya una especie de conexión. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Allí había un barco que naufragó en la costa, y no lejos de aquel barco, un pergamino, no un papel, con una calavera pintada sobre él. Va usted, naturalmente, a preguntarme: ¿dónde está la relación? Le responderé que la calavera es el emblema muy conocido de los piratas. Llevan izado el pabellón con la calavera en todos sus combates.

»Como le digo, era un trozo de pergamino, y no de papel. El pergamino es de una materia duradera casi indestructible. Rara vez se consignan sobre uno cuestiones de poca monta, ya que se adapta mucho peor que el papel a las simples necesidades del dibujo o de la escritura. Esta reflexión me indujo a pensar en algún significado, en algo que tenía relación con la calavera. No dejé tampoco de observar la forma del pergamino. Aunque una de las esquinas aparecía rota por algún accidente, podía verse bien que la forma original era oblonga. Se trataba precisamente de una de esas tiras que se escogen como

memorándum, para apuntar algo que desea uno conservar largo tiempo y con cuidado.

—Pero —le interrumpí— dice usted que la calavera no estaba sobre el pergamino cuando dibujó el insecto. ¿Cómo entonces establece una relación entre el barco y la calavera, puesto que esta última, según su propio aserto, debe de haber sido dibujada (Dios únicamente sabe cómo y por quién) en

algún período posterior a su apunte del escarabajo?

—¡Ah! Sobre eso gira todo el misterio, aunque he tenido, en comparación, poca dificultad en resolver ese extremo del secreto. Mi marcha era segura y no podía conducirme más que a un solo resultado. Razoné así, por ejemplo: al dibujar el escarabajo, no aparecía la calavera sobre el pergamino. Cuando terminé el dibujo, se lo di a usted y le observé con fijeza hasta que me lo devolvió. No era usted, por tanto, quien había dibujado la calavera, ni estaba allí presente nadie que hubiese podido hacerlo. No había sido, pues, realizado por un medio humano. Y, sin embargo, allí estaba.

»En este momento de mis reflexiones, me dediqué a recordar, y recordé, en efecto, con entera exactitud, cada incidente ocurrido en el intervalo en cuestión. La temperatura era fría (¡oh raro y feliz accidente!) y el fuego llameaba en la chimenea. Había yo entrado en calor con el ejercicio y me senté junto a la mesa. Usted, empero, tenía vuelta su silla, muy cerca de la

chimenea. En el momento justo de dejar el pergamino en su mano, y cuando iba usted a examinarlo, Wolf, el terranova, entró y saltó hacia sus hombros. Con su mano izquierda usted le acariciaba, intentando apartarle, cogido el pergamino con la derecha, entre sus rodillas y cerca del fuego. Hubo un instante en que creí que la llama iba a alcanzarlo, y me disponía a decírselo; pero antes de que hubiese yo hablado la retiró usted y se dedicó a examinarlo. Cuando hube considerado todos estos detalles, no dudé ni un segundo que aquel calor había sido el agente que hizo surgir a la luz sobre el pergamino la calavera cuyo contorno veía señalarse allí. Ya sabe que hay y ha habido en todo tiempo preparaciones químicas por medio de las cuales es posible escribir sobre papel o sobre vitela caracteres que así no resultan visibles hasta que son sometidos a la acción del fuego. Se emplea algunas veces el zafre, digerido en agua regia y diluido en cuatro veces su peso de agua; de ello se origina un tono verde. El régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, da el rojo. Estos colores desaparecen a intervalos más o menos largos, después de que la materia sobre la cual se ha escrito se enfría, pero reaparecen a una nueva aplicación de calor.

»Examiné entonces la calavera con toda meticulosidad. Los contornos, los más próximos al borde del pergamino, resultaban mucho más claros que los otros. Era evidente que la acción del calor había sido imperfecta o desigual. Encendí inmediatamente el fuego y sometí cada parte del pergamino al

calor ardiente. Al principio no tuvo aquello más efecto que reforzar las líneas débiles de la calavera; pero, perseverando en el ensayo, se hizo visible, en la esquina de la tira diagonalmente opuesta al sitio donde estaba trazada la calavera, una figura que supuse de primera intención era la de una cabra. Un examen más atento, no obstante, me convenció de que habían intentado representar un cabritillo.

—¡Ja, ja! —exclamé—. No tengo, sin duda, derecho a burlarme de usted (un millón y medio de dólares es algo muy serio para tomarlo a broma). Pero no iré a establecer un tercer eslabón en su cadena; no querrá encontrar ninguna relación especial entre sus piratas y una cabra; los piratas, como sabe, no tienen nada que ver con las cabras; eso es cosa de los granjeros.

—Pero si acabo de decirle que la figura no era la de una cabra.

—Bueno, la de un cabritillo, entonces; viene a ser casi lo mismo.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Debe usted de haber oído hablar de un tal capitán Kidd. Consideré enseguida la figura de ese animal como una especie de firma logográfica o jeroglífica. Digo firma porque el sitio que ocupaba sobre el pergamino sugería esa idea. La calavera, en la esquina diagonal opuesta, tenía así el aspecto de un sello, de una estampilla. Pero me hallé dolorosamente desconcertado ante la ausencia de todo lo demás del cuerpo de mi imaginado documento, del texto de mi contexto.

—Supongo que esperaba usted encontrar una carta entre el sello y la firma.

—Algo por el estilo. El hecho es que me sentí irresistiblemente impresionado por el presentimiento de una buena fortuna inminente. No podría decir por qué. Tal vez, después de todo, era más bien un deseo que una verdadera creencia; pero ¿no sabe que las absurdas palabras de Júpiter, afirmando que el escarabajo era de oro macizo, hicieron un notable efecto sobre mi imaginación? Y luego, esa serie de accidentes y coincidencias era, en realidad, extraordinaria. ¿Observa usted lo que había de fortuito en que esos acontecimientos ocurriesen el único día del año en que ha hecho, ha podido hacer, el suficiente frío para necesitarse fuego, y que, sin ese fuego, o sin la intervención del perro en el preciso momento en que apareció, no habría podido yo enterarme de lo de la calavera, ni habría entrado nunca en posesión del tesoro?

—Pero continúe... Me consume la impaciencia.

—Bien; habrá usted oído hablar de muchas historias que corren, de esos mil vagos rumores acerca de tesoros enterrados en algún lugar de la costa del Atlántico por Kidd y sus compañeros. Esos rumores deben de tener algún fundamento real. Y si existían desde hace tanto tiempo y con tanta persistencia, ello se debía, a mi juicio, tan sólo a la circunstancia de que el tesoro enterrado permanecía enterrado. Si Kidd hubiese escondido un botín durante cierto tiempo y lo hubiera recuperado después, no habrían llegado tales rumores hasta

nosotros en su invariable forma actual. Observe que esas historias giran todas alrededor de buscadores, no de descubridores de tesoros. Si el pirata hubiera recuperado su botín, el asunto habría terminado allí. Parecíame que algún accidente (por ejemplo, la pérdida de la nota que

indicaba el lugar preciso) debía de haberle privado de los medios para recuperarlo, llegando ese accidente a conocimiento de sus compañeros, quienes, de otro modo, no hubiesen podido saber nunca que un tesoro había sido escondido y que con sus búsquedas infructuosas, por carecer de guía al intentar recuperarlo, dieron nacimiento primero a ese rumor, difundido universalmente por entonces, y a las noticias tan corrientes ahora. ¿Ha oído usted hablar de algún tesoro importante que haya sido desenterrado a lo largo de la costa?

—Nunca.

—Pues es muy notorio que Kidd los había acumulado inmensos. Daba yo así por supuesto que la tierra seguía guardándolos, y no le sorprenderá mucho si le digo que abrigaba una esperanza que aumentaba casi hasta la certeza: la de que el pergamino tan singularmente encontrado contenía la última indicación del lugar donde se depositaba.

—Pero ¿cómo procedió usted?

—Expuse de nuevo la vitela al fuego, después de haberlo avivado; pero no apareció nada. Pensé entonces que era

posible que la capa de mugre tuviera que ver en aquel fracaso: por eso lavé con esmero el pergamino vertiendo agua caliente encima, y una vez hecho esto, lo coloqué en una cacerola de cobre, con la calavera hacia abajo, y puse la cacerola sobre una lumbre de carbón. A los pocos minutos, estando ya la cacerola calentada a fondo, saqué la tira de pergamino; y fue inexpresable mi alegría al encontrarla manchada, en varios sitios, con signos que parecían cifras alineadas. Volví a colocarla en la cacerola, y la dejé allí otro minuto. Cuando la saqué, estaba enteramente igual a como va usted a verla.

Y al llegar aquí, Legrand, habiendo calentado de nuevo el pergamino, lo sometió a mi examen. Los caracteres siguientes aparecían de manera toscamente trazada, en color rojo, entre la calavera y la cabra:

—Pero —dije, devolviéndole la tira— sigo estando tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda esperasen de mí la solución de este enigma, estoy en absoluto seguro de que sería incapaz de obtenerlas.

—Y el caso es —dijo Legrand— que la solución no resulta tan difícil como cabe imaginarla tras del primer examen apresurado de los caracteres. Estos caracteres, según pueden todos adivinarlo fácilmente, forman una cifra, es decir, contienen un significado; pero por lo que sabemos de Kidd, no podía suponerle capaz de construir una de las más abstrusas criptografías. Pensé, pues, lo primero, que ésta era de una clase sencilla, aunque tal, sin embargo, que pareciese absolutamente

indescifrable para la tosca inteligencia del marinero, sin la clave.

—¿Y la resolvió usted, en verdad?

—Fácilmente; había yo resuelto otras diez mil veces más complicadas. Las circunstancias y cierta predisposición mental me han llevado a interesarme por tales acertijos, y es, en realidad, dudoso que el genio humano pueda crear un enigma de ese género que el mismo ingenio humano no resuelva con una aplicación adecuada. En efecto, una vez que logré descubrir una serie de caracteres visibles, no me preocupó apenas la simple dificultad de desarrollar su significación.

»En el presente caso, y realmente en todos los casos de escritura secreta, la primera cuestión se refiere al lenguaje de la cifra, pues los principios de solución, en particular tratándose de las cifras más sencillas, dependen del genio peculiar de cada idioma y pueden ser modificadas por éste. En general no hay otro medio para conseguir la solución que ensayar (guiándose por las probabilidades) todas las lenguas que os sean conocidas, hasta encontrar la verdadera. Pero en la cifra de este caso toda dificultad quedaba resuelta por la firma. El retruécano sobre la palabra Kidd sólo es posible en lengua inglesa. Sin esa circunstancia hubiese yo comenzado mis ensayos por el español y el francés, por ser las lenguas en las cuales un pirata de mares españoles hubiera debido, con más

naturalidad, escribir un secreto de ese género. Tal como se presentaba, presumí que el criptograma era inglés.

»Fijese usted en que no hay espacios entre las palabras. Si los hubiese habido, la tarea habría sido fácil en comparación. En tal caso hubiera yo comenzado por hacer una colación y un análisis de las palabras cortas, y de haber encontrado, como es muy probable, una palabra de una sola letra (a o I- uno, yo, por ejemplo), habría estimado la solución asegurada. Pero como no había espacios allí, mi primera medida era averiguar las letras predominantes, así como las que se encontraban con menos frecuencia. Las conté todas y formé la siguiente tabla:

»Ahora bien: la letra que se encuentra con mayor frecuencia en inglés es la

e. Después, la serie es la siguiente: a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z. La e predomina de un modo tan notable, que es raro encontrar una frase sola de cierta longitud de la que no sea el carácter principal.

»Tenemos, pues, nada más comenzar, una base para algo más que una simple conjetura. El uso general que puede hacerse de esa tabla es obvio; pero para esta cifra particular sólo nos serviremos de ella muy parcialmente. Puesto que nuestro signo predominante es el 8, empezaremos por ajustarlo a la e del alfabeto natural. Para comprobar esta suposición, observemos si el 8 aparece a menudo por pares, pues la e se dobla con gran frecuencia en inglés, en palabras como, por ejemplo, meet,

speed, seen, been, agree, etcétera. En el caso presente, vemos que está doblado lo menos cinco veces, aunque el

criptograma sea breve.

»Tomemos, pues, el 8 como e. Ahora, de todas las palabras de la lengua, the es la más usual; por tanto, debemos ver si no está repetida la combinación de tres signos, siendo el último de ellos el 8. Si descubrimos repeticiones de tal letra, así dispuestas, representarán, muy probablemente, la palabra the. Una vez comprobado esto, encontraremos no menos de siete de tales combinaciones, siendo los signos 48 en total. Podemos, pues, suponer que; representa t, 4 representa h, y 8 representa e, quedando este último así comprobado. Hemos dado ya un gran paso.

»Acabamos de establecer una sola palabra; pero ello nos permite establecer también un punto más importante; es decir, varios comienzos y terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que aparece la combinación ; 48 casi al final de la cifra. Sabemos que el; que viene inmediatamente después es el comienzo de una palabra, y de los seis signos que siguen a ese the, conocemos, por lo menos, cinco. Sustituyamos, pues, esos signos por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth.

»Debemos, lo primero, desechar el th como no formando parte de la palabra que comienza por la primera t, pues vemos, ensayando el alfabeto entero para adaptar una letra al hueco, que es imposible formar una palabra de la que ese th pueda formar parte. Reduzcamos, pues, los signos a t ee.

»Y volviendo al alfabeto, si es necesario, como antes, llegamos a la palabra tree (árbol), como la única que puede leerse. Ganamos así otra letra, la r, representada por (, más las palabras yuxtapuestas the tree (el árbol).

»Un poco más lejos de estas palabras, a poca distancia, vemos de nuevo la combinación ;48 y la empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así esta distribución:

o sustituyendo con letras naturales los signos que conocemos, leeremos esto:

»Ahora, si sustituimos los signos desconocidos por espacios blancos o por puntos leeremos:

the tree thr... h the,

y, por tanto, la palabra through (por, a través) resulta evidente por sí misma. Pero este descubrimiento nos da tres nuevas

»Buscando ahora cuidadosamente en las cifras combinaciones de signos

conocidos, encontraremos no lejos del comienzo esta disposición: 83 (88, o agree,

que es, evidentemente, la terminación de la palabra degree (grado), que nos

da otra letra, la d, representada por +.

»Cuatro letras más lejos de la palabra degree, observamos la combinación, cuyos signos conocidos traducimos, representando el desconocido por

puntos, como antes; y leemos: th. rtea.

»Arreglo que nos sugiere acto seguido la palabra thirteen (trece) y que nos vuelve a proporcionar dos letras nuevas, la i y la n, representadas por 6 y *.

»Volviendo ahora al principio del criptograma, encontramos la combinación.

»Traduciendo como antes, obtendremos

. good.

»Lo cual nos asegura que la primera letra es una A, y que las dos primeras palabras son A good (un bueno, una buena).

»Sería tiempo ya de disponer nuestra clave, conforme a lo descubierto, en forma de tabla, para evitar confusiones. Nos dará lo siguiente:

»Tenemos así no menos de diez de las letras más importantes representadas, y es inútil buscar la solución con esos detalles.

Ya le he dicho lo suficiente para convencerle de que cifras de ese género son de fácil solución, y para darle algún conocimiento de su desarrollo razonado. Pero tenga la seguridad de que la muestra que tenemos delante pertenece al tipo más sencillo de la criptografía. Sólo me queda darle la traducción entera de los signos escritos sobre el pergamino, ya descifrados. He aquí:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh, limb east side shoot from the left eye of the death'shead a bee-line from the tree throught the shot fifty feet out.

—Pero —dije— el enigma me parece de tan mala calidad como antes.

¿Cómo es posible sacar un sentido cualquiera de toda esa jerga referente a «la silla del diablo», «la cabeza de muerto» y «el hostel o la hostería del obispo»?

—Reconozco —replicó Legrand— que el asunto presenta un aspecto serio cuando echa uno sobre él una ojeada casual. Mi primer empeño fue separar lo escrito en las divisiones naturales que había intentado el criptógrafo.

—¿Quiere usted decir, puntuarlo?

—Algo por el estilo.

—Pero ¿cómo le fue posible hacerlo?

—Pensé que el rasgo característico del escritor había consistido en agrupar sus palabras sin separación alguna, queriendo así aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien: un hombre poco agudo, al perseguir tal objeto, tendrá, seguramente, la tendencia a superar la medida. Cuando en el curso de su composición llegaba a una interrupción de su tema que requería, naturalmente, una pausa o un punto, se excedió, en su tendencia a agrupar sus signos, más que de costumbre. Si observa usted ahora el manuscrito le será fácil descubrir cinco de esos casos de inusitado agrupamiento. Utilizando ese indicio hice la consiguiente división:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat —forty one degrees and thirteen minutes —northeast and by north —main branch seventh limb east side —shoot from the left eye of the death's-head —a bee line from the tree through the shot fifty feet ou.

—Aun con esa separación —dije—, sigo estando a oscuras.

—También yo lo estuve —replicó Legrand— por espacio de algunos días, durante los cuales realicé diligentes pesquisas en las cercanías de la isla de Sullivan, sobre una casa que llevase el nombre de Hotel del Obispo, pues, por supuesto, deseché la palabra anticuada «hostal, hostería». No logrando ningún informe sobre la cuestión, estaba a punto de extender el campo de mi búsqueda y de obrar de un modo más sistemático,

cuando una mañana se me ocurrió de repente que aquel «Bishop's Hostel» podía tener alguna relación con una antigua familia apellidada Bessop, la cual, desde tiempo inmemorial, era dueña de una antigua casa solariega a unas cuatro millas, aproximadamente, al norte de la isla. De acuerdo con lo cual fui a la plantación, y comencé de nuevo mis pesquisas entre los negros más viejos del lugar. Por último, una de las mujeres de más edad me dijo que ella había oído hablar de un sitio como Bessop's Castle (castillo de Bessop), y que creía poder conducirme hasta él, pero que no era un castillo, ni mesón, sino una alta roca.

»Le ofrecí retribuirle bien por su molestia, y después de alguna vacilación, consintió en acompañarme hasta aquel sitio. Lo descubrimos sin gran dificultad; entonces la despedí y me dediqué al examen del paraje. El “castillo” consistía en una agrupación irregular de macizos y rocas, una de éstas muy notable tanto por su altura como por su aislamiento y su aspecto artificial. Trepé a la cima, y entonces me sentí perplejo ante lo que debía hacer después.

»Mientras meditaba en ello, mis ojos cayeron sobre un estrecho reborde en

la cara oriental de la roca, a una yarda quizá por debajo de la cúspide donde estaba colocado. Aquel reborde sobresalía unas dieciocho pulgadas, y no tendría más de un pie de anchura; un

entrante en el risco, justamente encima, le daba una tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo que usaban nuestros antepasados. No dudé que fuese aquello la “silla del diablo” a la que aludía el manuscrito, y me pareció descubrir ahora el secreto entero del enigma.

»El “buen vaso”, lo sabía yo, no podía referirse más que a un catalejo, pues los marineros de todo el mundo rara vez emplean la palabra “vaso” en otro sentido. Comprendí ahora enseguida que debía utilizarse un catalejo desde un punto de vista determinado que no admitía variación. No dudé un instante en pensar que las frases “cuarenta y un grado y trece minutos” y “nordeste cuarto de norte” debían indicar la dirección en que debía apuntarse el catalejo. Sumamente excitado por aquellos descubrimientos, marché, presuroso, a casa, cogí un catalejo y volví a la roca.

»Me dejé escurrir sobre el reborde y vi que era imposible permanecer sentado allí, salvo en una posición especial. Este hecho confirmó mi preconcebida idea. Me dispuse a utilizar el catalejo. Naturalmente, los “cuarenta y un grados y trece minutos” podían aludir sólo a la elevación por encima del horizonte visible, puesto que la dirección horizontal estaba indicada con claridad por las palabras “nordeste cuarto de norte”. Establecí esta última dirección por medio de una brújula de bolsillo; luego, apuntando el catalejo con tanta exactitud como pude con un ángulo de cuarenta y un grados de elevación, lo moví con cuidado de arriba abajo, hasta que

detuvo mi atención una grieta circular u orificio en el follaje de un gran árbol que sobresalía de todos los demás, a distancia. En el centro de aquel orificio divisé un punto blanco; pero no pude distinguir al principio lo que era. Graduando el foco del catalejo, volví a mirar, y comprobé ahora que era un cráneo humano.

»Después de este descubrimiento, consideré con entera confianza el enigma como resuelto, pues la frase “rama principal, séptimo vástago, lado este” no podía referirse más que a la posición de la calavera sobre el árbol, mientras lo de “soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto” no admitía tampoco más que una interpretación con respecto a la busca de un tesoro enterrado. Comprendí que se trataba de dejar caer una bala desde el ojo izquierdo, y que una línea recta (línea de abeja), partiendo del punto más cercano al tronco por “la bala” (o por el punto donde cayese la bala), y extendiéndose desde allí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el sitio preciso, y debajo de este sitio juzgué que era, por lo menos, posible que estuviese allí escondido un depósito valioso.

—Todo eso —dije— es harto claro, y asimismo ingenioso, sencillo y explícito. Y cuando abandonó usted el Hotel del Obispo, ¿qué hizo?

—Pues habiendo anotado escrupulosamente la orientación del árbol, me volví a casa. Sin embargo, en el momento de

abandonar «la silla del diablo», el orificio circular desapareció, y de cualquier lado que me volviese érame ya imposible divisarlo. Lo que me parece el colmo del ingenio en este asunto es el hecho (pues, al repetir la experiencia, me he convencido de que es un hecho) de que la abertura circular en cuestión resulta sólo visible desde un punto que es el indicado por esa estrecha cornisa sobre la superficie de la roca.

»En esta expedición al Hotel del Obispo fui seguido por Júpiter, quien observaba, sin duda, desde hacía unas semanas, mi aire absorto, y ponía un especial cuidado en no dejarme solo. Pero al día siguiente me levanté muy temprano, conseguí escaparme de él, y corrí a las colinas, en busca del árbol. Me costó mucho trabajo encontrarlo. Cuando volví a casa por la noche, mi criado se disponía a vapulearme. En cuanto al resto de la aventura, creo que está usted tan enterado como yo.

—Supongo —dije— que equivocó usted el sitio en las primeras excavaciones, a causa de la estupidez de Júpiter dejando caer el escarabajo por el ojo derecho de la calavera en lugar de hacerlo por el izquierdo.

—Exactamente. Esa equivocación originaba una diferencia de dos pulgadas y media, poco más o menos, en relación con la bala, es decir, en la posición de la estaca junto al árbol, y si el tesoro hubiera estado bajo la «bala», el error habría tenido poca importancia; pero «la bala», y al mismo tiempo el punto más cercano al árbol, representaban simplemente dos puntos para establecer una línea de dirección; claro está que el error,

aunque insignificante al principio, aumentaba al avanzar siguiendo la línea, y cuando hubimos llegado a una distancia de cincuenta pies, nos había apartado por completo de la pista. Sin mi idea arraigada a fondo de que había allí algo enterrado, todo nuestro trabajo hubiera sido inútil.

—Pero su grandilocuencia, su actitud balanceando el insecto, ¡cuán excesivamente estrambóticas! Tenía yo la certeza de que estaba usted loco. ¿Y por qué insistió en dejar caer el escarabajo desde la calavera, en vez de una bala?

—¡Vaya! Para serle franco, me sentía algo molesto por sus claras sospechas respecto a mi sano juicio, y decidí castigarle algo, a mi manera, con un poquito de serena mistificación. Por esa razón balanceaba yo el insecto, y por esa razón también quise dejarlo caer desde el árbol. Una observación que hizo usted acerca de su peso me sugirió esta última idea.

—Sí, lo comprendo; y ahora no hay más que un punto que me desconcierta. ¿Qué vamos a decir de los esqueletos encontrados en el hoyo?

—Ésa es una pregunta a la cual, lo mismo que usted, no sería yo capaz de

contestar. No veo, por cierto, más que un modo plausible de explicar eso; pero mi sugerencia entraña una atrocidad tal, que resulta horrible de creer. Parece claro que Kidd (si fue verdaderamente Kidd quien escondió el tesoro, lo cual no

dudo), parece claro que él debió de hacerse ayudar en su trabajo. Pero, una vez terminado éste, pudo juzgar conveniente suprimir a todos los que compartían su secreto. Acaso un par de azadonazos fueron suficientes, mientras sus ayudantes estaban ocupados en el hoyo; acaso necesitó una docena. ¿Quién nos lo dirá?

EL REY PESTE

(HISTORIA QUE CONTIENE UNA ALEGORÍA)

Alrededor de las doce, una noche del mes de octubre, durante el reinado caballeresco del tercero de los Eduardos, dos marineros pertenecientes a la tripulación de la Free and Easy (Libre y Feliz), goleta mercante que navegaba entre la Esclusa (Sluis en holandés) y el Támesis, anclada entonces en ese río, se quedaron muy sorprendidos de encontrarse sentados en el local de una taberna de la parroquia de San Andrés, en Londres, taberna que tenía por muestra el retrato del Marinero Alegre.

El local, aunque mal arreglado, ennegrecido por el humo, bajo de techo, y muy de acuerdo bajo todos conceptos con el carácter general de tales lugares en aquella época, estaba, a juicio de los grupos grotescos dispersos aquí y allá, bastante bien adaptado a su finalidad.

De aquellos grupos, nuestros dos marineros formaban, creo, el más interesante, si no el más sobresaliente.

El que parecía de más edad, y a quien su compañero se dirigía con el nombre característico de Legs (piernas, patas), era al mismo tiempo con mucho el más alto de los dos. Podría medir seis pies y medio, y una habitual inclinación de hombros parecía ser la consecuencia natural de tan enorme estatura. Su exceso en altura estaba, sin embargo, más que compensado por deficiencias en otros conceptos. Era sumamente flaco, y hubiese podido, como lo afirmaban sus compañeros, servir, cuando estaba borracho, de banderola de un palo mayor, o, encontrándose sereno, de botalón de bauprés. Pero estas chanzas y otras por el estilo no habían producido, por lo visto, ningún efecto jamás sobre los músculos faciales de la risa del marinero. Con sus pómulos salientes, su ancha nariz aguileña, su mentón deprimido y sus grandes ojos claros y protuberantes, la expresión de su fisonomía, aunque teñida de una especie de obstinada indiferencia por todos los asuntos y cosas en general, no

por eso era menos de todo punto solemne y sería más allá de toda imitación o descripción.

El marinero joven era en todo su aspecto exterior la inversa de su compañero. Su estatura no excedería de los cuatro pies.

Unas piernas arqueadas y regordetas soportaban su rechoncha

y pesada persona, mientras sus brazos, singularmente cortos y gruesos, terminados en unos puños extraordinarios, se movían colgantes a sus costados como aletas de una tortuga marina. Unos ojillos de un color indefinido centelleaban, muy hundidos en sus órbitas. Su nariz quedaba sepultada en la masa de carne que envolvía su cara redonda, llena y colorada, y su grueso labio superior descansaba sobre el inferior, más grueso aún, con un aire de satisfacción personal, hartamente aumentada por la costumbre que tenía su propietario de chupárselos de cuando en cuando. Miraba, por supuesto, a su alto camarada con un sentimiento mitad de admiración y mitad de burla, y a veces, cuando le contemplaba, su cara parecía el sol rojizo poniéndose sobre las rocas de Ben Nevis.

Pues bien: las peregrinaciones de la digna pareja por las diferentes tabernas de las cercanías habían sido variadas y llenas de acontecimientos. Pero los fondos, hasta los más amplios, no son siempre eternos, y nuestros amigos se habían aventurado con los bolsillos vacíos en la taberna de ahora.

En el momento preciso en que comienza propiamente esta historia, Legs y su compañero Hugh Tarpaulin estaban sentados, cada cual acodado sobre la ancha mesa de roble en medio del local, y apoyada la mejilla sobre una mano. Desde detrás de una gran botella de humming-stuff miraban las ominosas palabras «Nada de yeso», que, no sin indignación y asombro por su parte, estaban escritas sobre la puerta con tiza, la impudente arcilla cuya presencia se atrevían aquéllas a

negar. No es que la facultad de descifrar los caracteres escritos —facultad considerada entre la comunidad de aquel tiempo como un poco menos cabalística que el arte de redactarlos— pudiese, en estricta justicia, ser imputada a los dos discípulos del mar; pero había, a decir verdad, un cierto retorcimiento en la formación de las letras, y en el conjunto no sé qué indescriptible cabeceo, que presagiaban, en opinión de los marineros, una larga singladura de tiempo cochino y que los decidieron enseguida, según frase alegórica de Legs, «a darle a las bombas, arriar todo el velamen y correr viento en popa».

Por consiguiente, habiendo consumido lo que quedaba de ale, y después de abrocharse bien sus cortos chaquetones, salieron al fin presurosos a la calle. Aunque Tarpaulin rodó dos veces hacia la chimenea, confundiéndola con la puerta, por último, su fuga se realizó con felicidad, y a las doce y media de la noche hallamos a nuestros héroes preparados a todo evento, y bajando a la carrera una oscura callejuela en dirección a la escalera de San Andrés, encarnizadamente perseguidos por la dueña del Marinero Alegre.

Muchos años antes y después de la época en que sucede esta memorable historia, con periodicidad, toda Inglaterra, pero más en especial la metrópoli, resonaba con el grito espantoso de «¡La Peste!». La ciudad estaba en gran parte despoblada, y en los horribles parajes cercanos al Támesis, entre aquellos pasajes y callejuelas sombríos, estrechos y sucios, que el

Demonio de la Plaga había escogido, según se suponía, como lugar de nacimiento, se encontraba únicamente y se pavoneaban en público el Miedo, el Terror y la Superstición.

Por decreto del rey, tales barrios estaban proscritos, y se prohibía a toda persona, bajo pena de muerte, penetrar en su lúgubre soledad. Sin embargo, ni la orden del monarca, ni las enormes barreras levantadas a la entrada de las calles, ni la perspectiva de aquella repugnante muerte que casi con plena seguridad aniquilaba al desgraciado a quien ningún peligro podía disuadir de la aventura, impedían que las casas desamuebladas y vacías fuesen saqueadas, por la mano de una nocturna rapiña, de toda clase de objetos, como hierro, bronce o plomo, que podían reportar de cualquier modo algún lucro.

Era corriente, sobre todo, encontrar, al abrir anualmente en invierno las barreras, cómo las cerraduras, los cerrojos y las cuevas secretas habían protegido muy mal aquellos ricos almacenes de vinos y licores que, dados los riesgos y dificultades del transporte, muchos de los numerosos comerciantes con tiendas en la vecindad habían confiado, durante el período del destierro, a tan insuficiente garantía.

Pero, entre la gente sobrecogida por el terror, muy pocos atribuían aquellos hechos a la acción de unas manos humanas. Los espíritus y los duendes de la peste, los demonios de la fiebre eran para el vulgo los trastos dañinos; y se contaban a todas horas relatos que helaban la sangre de tal modo, que la masa entera de las casas prohibidas quedó a la larga envuelta

en terror como un sudario, y el propio ladrón, espantado con frecuencia por el horror que sus mismos saqueos habían creado, abandonaban el vasto círculo del barrio prohibido a las tinieblas, al silencio, a la pestilencia y a la muerte.

Una de esas terroríficas barreras antes mencionadas, y que indicaba cómo la parte situada más allá era de las que condenaba el edicto de la peste, fue por la que Legs y el digno Hugh Tarpaulin, quienes bajaban corriendo una callejuela, vieron su avance cortado de repente. No había que pensar en retroceder ni podían perder el tiempo, pues sus perseguidores iban pisándoles los talones. Para unos marineros de pura raza trepar por aquella armazón toscamente ensamblada era una bagatela, y enloquecidos por la doble excitación de la carrera y del licor, saltaron con resolución dentro del recinto y reanudaron su huida ebria con gritos y aullidos, perdiéndose pronto en aquellos parajes recónditos, intrincados y malolientes.

De no haber tenido trastornado su sentido moral, sus pasos vacilantes hubiesen quedado paralizados por el horror de la situación. El aire era frío y brumoso. Entre la hierba alta y espesa que se les enroscaba a los tobillos, yacían las losas desencajadas en bárbaro desorden. Las casas derruidas obstruían las calles. Los más fétidos y venenosos miasmas flotaban por todas partes, y debido a esa débil luz que aún a medianoche emana siempre de una atmósfera vaporosa y pestilencial, hubiera podido vislumbrarse, yacente en los

pasajes, y en las callejuelas, o pudriéndose en las casas sin ventanas, la carroña de algún saqueador nocturno, detenido por la mano de la peste cuando perpetraba su latrocinio.

Pero no tenían poder unas imágenes, sensaciones u obstáculos como aquellos para detener la carrera de dos hombres valerosos por naturaleza, y sobre todo en aquel momento, que, rebosantes de arrojo y de humming-stuff se habrían metido, tan en derechura como su estado lo hubiese permitido, intrépidamente, entre las auténticas mandíbulas de la Muerte. Adelante, siempre hacia delante marchaba el formidable Legs, haciendo resonar los ecos y los dobles ecos de aquella desolada solemnidad con aullidos semejantes al terrorífico alarido de guerra de los indios, y adelante, siempre adelante, rodaba el rechoncho Tarpaulin, cogido al chaquetón de su compañero, más ágil, y superando los más enérgicos esfuerzos de este último en aquel género de música vocal, con mugidos in basso lanzados desde la profundidad de sus pulmones estentóreos.

Evidentemente, habían llegado ahora a la ciudadela de la peste. A cada paso o a cada caída su camino hacía más infecto y más horrible, la ruta más estrecha e intrincada. Grandes piedras y vigas caían de cuando en cuando de los tejados derruidos, demostrando con sus caídas pesadas y tétricas la enorme altura de las casas circunvecinas; y cuando se les hacía preciso realizar un esfuerzo enérgico para abrirse paso entre los frecuentes montones de basura, no era raro que sus manos

cayesen sobre un esqueleto o se apoyasen en carnes cadavéricas.

De repente, los marineros tropezaron contra la entrada de un gran edificio de aspecto lúgubre. Un grito más agudo que de costumbre salió de la garganta del excitado Legs, y fue contestado desde dentro por una rápida sucesión de chillidos salvajes, diabólicos, parecidos a carcajadas. Sin arredrarse por tales sonidos, que por su naturaleza, en tal lugar y en tal momento, hubiesen helado la sangre en corazones menos irrevocablemente incendiados, la pareja de borrachos se precipitaron con la cabeza baja contra la puerta, la echaron abajo y cayeron en medio de las cosas con una andanada de maldiciones.

La habitación en la que se hallaron resultó ser el local de una empresa de pompas fúnebres; pero una trampa, abierta en un rincón del piso junto a la puerta, daba sobre una larga hilera de bodegas, cuyas profundidades, como lo

proclamó un ruido de botellas que se rompen, estaban bien surtidas de su apropiado contenido. En medio de la habitación se levantaba una mesa, en cuyo centro había una enorme ponchera, al parecer. Botellas de vinos y licores diversos, con cacharros, jarros y frascos de todas las formas y clases, estaban esparcidos profusamente sobre el tablero. Alrededor,

sobre soportes de ataúdes, sentábase una tertulia de seis personas. Intentaré describirlas una por una.

Enfrente de la puerta, y un poco más en alto que sus compañeros, sentábase un personaje que parecía presidir la mesa. Era delgado, de alta estatura, y Legs se quedó atónito viendo un ser más flaco que él. Su cara era tan amarilla como el azafrán; pero ninguno de sus rasgos, a excepción de uno solo, estaba lo bastante marcado para merecer una descripción especial. Ese rasgo único consistía en una frente tan inusitada y a tal punto alta, que tenía el aspecto de un bonete o de una corona de carne añadidos a su cabeza natural. Su boca estaba fruncida y curvada por una expresión de horrenda afabilidad, y sus ojos, como los de todas las personas sentadas ante la mesa, brillaban con los vapores de la embriaguez. Aquel gentleman iba vestido de pies a cabeza con un paño mortuorio ricamente bordado de terciopelo de seda negro, arrollado al desgaire en torno a su cuerpo a la manera de una capa española. Su cabeza estaba cubierta a porfía de negros penachos de carroza fúnebre que él balanceaba de un lado a otro con aire garboso y engreído, y en su mano derecha tenía un enorme fémur humano con el cual acababa de golpear a uno de los miembros de la compañía para que cantase.

Frente a él, y de espaldas a la puerta, se hallaba una dama de un aspecto no menos extraordinario. Aunque tan alta como el personaje descrito, no tenía ella ningún derecho a quejarse de una delgadez sobrenatural. Estaba, por las trazas, en el último

período de la hidropesía, y su figura se parecía mucho a la enorme pipa de cerveza de octubre que se alzaba, con la tapa hundida, muy cerca de ella, en un rincón de la estancia. Su cara era sobrado redonda, roja y llena, y ofrecía la misma particularidad o más bien la ausencia de particularidad que he mencionado antes en el caso del presidente, es decir, que un solo rasgo de su fisonomía requería una descripción por separado: realmente, el agudo Tarpaulin notó enseguida que aquella misma observación podía aplicarse a todos los componentes de la reunión; cada uno de ellos parecía tener el monopolio de una sola parte especial de fisonomía. En la dama en cuestión esa parte era la boca. Comenzaba en la oreja derecha y se extendía con rapidez hasta la izquierda, como un abismo terrorífico; los pendientes cortos desaparecían sin cesar dentro de la abertura. Ella, no obstante, hacía todos los esfuerzos posibles para conservar la boca cerrada y tener un aire digno. Su vestido consistía en un sudario recién almidonado y planchado que le subía hasta la barbilla, con un cuello plisado de muselina de batista.

A su derecha estaba sentada una diminuta damisela, a la que parecía proteger. Aquella delicada y pequeña criatura presentaba, por el temblor de sus descarnados dedos, el tono lívido de sus labios y la leve mancha héctica que teñía su cutis también plomizo, indicios evidentes de una tisis galopante. Un aire de extraordinario haut ton, empero, se difundía por toda su

persona. Llevaba de una manera graciosa y degagé un largo y lindo sudario de fino linón de la India; sus cabellos caían en bucles sobre su cuello, y una suave sonrisa jugueteaba sobre su boca; pero su nariz, sumamente larga, delgada, sinuosa, flexible y pustulosa, pendía más baja que su labio inferior, y a pesar de la manera delicada con que la movía de cuando en cuando de un lado a otro con su lengua, daba a su fisonomía una expresión un tanto equívoca.

Frente a ella, a la izquierda de la dama hidrópica, estaba sentado un viejecillo hinchado, asmático y gotoso, cuyas mejillas descansaban sobre sus hombros como dos enormes odres de vino de Oporto. Con sus brazos cruzados y una de sus piernas vendada, puesta sobre la mesa, parecía contemplarse a sí mismo como teniendo derecho a cierta consideración. Le enorgullecía mucho, sin duda, cada pulgada de su persona; pero sentía un especial deleite en atraer la atención con su sobretodo, de un color llamativo. En verdad, dicha prenda debía de haberle costado no poco dinero, y le sentaba muy bien; estaba hecho con una de esas fundas de seda curiosamente bordadas, pertenecientes a esos gloriosos escudos de armas que en Inglaterra y en otras partes se suelen colgar en algún sitio visible, sobre la fachada de las casas de la aristocracia ausente.

Junto a él, y a la derecha del presidente, estaba un gentleman con largas medias blancas y calzones de algodón. Toda su persona aparecía agitada de una manera ridícula por un

ataque de lo que Tarpaulin llamaba «los horrores». Sus mandíbulas, recién afeitadas, se apretaban con una venda de muselina, y sus brazos, atados de igual modo, por las muñecas, le impedían servirse con demasiada libertad de los licores que había sobre la mesa; precaución que hacía necesaria, en opinión de Legs, el aspecto embotado de su cara de borracho. Mientras, un par de orejas prodigiosas, que era, sin duda, imposible aprisionar, sobresalían en el espacio de la estancia, y se erguían de cuando en cuando con un espasmo al ruido de cada taponazo.

Enfrente de él, sexto y último, estaba colocado un personaje de aspecto extrañamente rígido y que, atacado de parálisis, debía de sentirse, hablando en serio, muy poco a gusto dentro de sus incómodas ropas. Iba ataviado, traje singularísimo, con un hermoso ataúd nuevo de caoba. El remate pesaba sobre el cráneo del interesado como un casco, y se extendía sobre aquél a modo de un capuchón, dando a la faz entera un aire de indescriptible interés. Habían sido abiertas unas escotaduras a los dos lados, tanto por elegancia como por comodidad; pero semejante atuendo impedía a su propietario mantenerse recto en su silla, como sus compañeros, y reclinado sobre su soporte en un ángulo

de cuarenta y cinco grados, sus grandes ojos saltones giraban en sus horribles globos blancos hacia el techo, asombrados por completo de su enormidad.

Ante cada uno de ellos había la mitad de un cráneo, que era usado a guisa de copa. Por encima de sus cabezas pendía un esqueleto humano por medio de una cuerda atada alrededor de una de las piernas y fija en un anillo del techo. La otra pierna, no retenida por semejante ligadura, sobresalía del cuerpo en ángulo recto, haciendo bailar y entrechocar la osamenta entera, suelta y bamboleante, a cada ráfaga de viento que penetraba en la estancia. El cráneo de aquella cosa horrenda contenía cierta cantidad de carbón encendido que lanzaba sobre toda la escena una luz vacilante, pero viva, y los féretros y demás objetos pertenecientes a una tienda de pompas fúnebres, amontonados hasta arriba alrededor de la habitación y contra las ventanas, impedían que se escapara ningún rayo de luz a la calle.

A la vista de tan extraordinaria reunión y de sus no menos extraordinarios atavíos, nuestros dos marineros no se comportaron con todo el decoro que debía esperarse de ellos. Legs, apoyándose contra la pared junto a la cual se hallaba casualmente, dejó caer su mandíbula inferior más de lo acostumbrado y abrió de par en par sus ojos, mientras Hugh Tarpaulin, bajándose hasta poner su nariz al nivel de la mesa y apoyando sus manos sobre las rodillas, prorrumpió en un largo, fuerte y estrepitoso rugido que era una inmoderada e intempestiva risotada.

Pese a lo cual, sin sentirse ofendido por una conducta tan grosera, el alto presidente sonrió con gentileza a los intrusos,

inclinó ante ellos con dignidad su cabeza adornada de plumas negras, y, levantándose, cogió a cada uno de un brazo y los condujo hacia un asiento que algunos de los otros compañeros de la reunión habían apercibido entretanto para que se acomodasen. Legs no ofreció a todo aquello la más leve resistencia, y tomó asiento donde le condujeron, mientras el galante Hugh, trasladando su soporte funerario desde la cabecera de la mesa, lo colocó junto a la damisela física con sudario, se desplomó a su lado con gran alegría, y echándose un cráneo de vino rojo, se lo bebió por su mejor amistad. Pero, ante esta presunción, el tieso gentleman revestido con el ataúd pareció sumamente irritado, y aquello hubiese podido acarrear graves consecuencias, de no haber golpeado el presidente con su bastón de mando sobre la mesa, desviando la atención de todos los presentes hacia el discurso que sigue:

—La feliz ocasión que se presenta nos crea el deber de...

—¡Basta ya! —interrumpió Legs, con aire muy adusto—. ¡Párate una pizca, digo! ¡Y dinos quiénes diablos sois todos vosotros, y de qué asuntos tratáis aquí, aparejados como puercos demonios y trasegando el vino agrio que tiene estibado aquí mi honrado piloto, Will Wimble, el enterrador!

Ante esta imperdonable muestra de mala crianza, toda la original reunión se levantó a medias y profirió la misma rápida serie de chillidos diabólicos que antes habían atraído la

atención de los marineros. El presidente, con todo, fue el primero en recobrar su serenidad, y al cabo, volviéndose hacia Legs con una gran dignidad, replicó:

—Con mucho gusto satisfaremos toda curiosidad razonable por parte de tan ilustres huéspedes, aunque no hayan sido invitados. Sabed, pues, que soy el monarca de estos dominios, y que reino aquí con imperio indiviso bajo el título del «Rey Peste I».

»Este salón que profanáis, sin duda suponiendo que es la tienda de Will Wimble el enterrador, un hombre a quien no conocemos y cuyo plebeyo nombre no había herido nunca hasta esta noche nuestros reales oídos; este salón, digo, es el del trono de nuestro palacio, dedicado a los consejos de nuestro reino, y a otras finalidades sagradas y excelsas.

»La noble dama que se sienta enfrente es la reina Peste, nuestra serenísima consorte. Los otros altos personajes que contempláis pertenecen todos a nuestra familia, y llevan la marca de la sangre real bajo sus respectivos títulos de “su gracia el archiduque Pest-Ifero”, “su gracia el duque Pest-Ilencial”, “su gracia el duque Tem-Pestuoso” y “su alteza serenísima la archiduquesa Ana Peste”.

»En lo que concierne —prosiguió él— a vuestra pregunta referente a los asuntos que tratamos aquí en consejo, podría dispensársenos el responder, ya que atañen a nuestro privado y real interés, y tan sólo a él, y por tanto, no tienen importancia

para nadie más que para nosotros mismos. Pero, en consideración a esos derechos de que os podríais creer investidos como huéspedes y extranjeros, nos dignaremos, además, explicaros que estamos aquí esta noche, preparados por profundas búsquedas y exactas investigaciones, a fin de examinar, analizar y determinar a fondo el espíritu indefinible, las incomprensibles cualidades y la naturaleza de estos inestimables tesoros del paladar, los vinos, cervezas y licores de esta hermosa metrópoli, para, obrando así, no sólo alcanzar nuestro propósito, sino el verdadero bienestar de este sobrenatural soberano que reina sobre todos nosotros, cuyos dominios son ilimitados y cuyo nombre es “la Muerte”.

—¡Cuyo nombre es David Jones! —exclamó Tarpaulin, sirviendo a la dama que tenía al lado un cráneo lleno de licor y llenando otro para él.

—¡Profano bergante! —dijo el presidente, volviendo ahora su atención hacia el digno Hugh—. ¡Profano y odioso miserable! Hemos dicho que, en consideración a esos derechos que ni por tu sucia persona nos sentimos inclinados a violar, condescendíamos a dar una respuesta a tus groseras e insensatas preguntas. Aun así, creemos que, dada vuestra profana intrusión en

nuestros consejos, es deber nuestro imponeros a ti y a tu compañero una falta de un galón de Black Strap, que beberéis

a la prosperidad de nuestro reino de un solo trago y de rodillas, y acto seguido podréis continuar libremente vuestro camino o quedaros y compartir los privilegios de nuestra mesa, de acuerdo con vuestro gusto personal y respectivo.

—Sería una cosa materialmente imposible —replicó Legs, a quien la arrogancia y dignidad del rey Peste habían inspirado, de fijo, ciertos sentimientos respetuosos, y que se había levantado, manteniéndose apoyado en la mesa mientras aquél hablaba—; sería, si le place a vuestra majestad, una cosa de todo punto imposible estibar en mi bodega ni siquiera un cuarto de ese mismo licor que vuestra majestad acaba de mencionar. Aun no hablando para nada de las mercancías que hemos cargado a nuestro bordo esta mañana a modo de lastre, y sin mencionar los diversos licores y cervezas embarcados esta noche en diferentes puertos, llevo en este momento un gran cargamento de humming-stuff tomado y pagado con decoro en la taberna del Marinero Alegre. Acepte, por tanto, vuestra majestad, si le place, la buena voluntad por el hecho, pues no puedo ni quiero en manera alguna trasegar una gota más, y menos una gota de esa asquerosa agua de pantoque que responde al nombre de Black Strap.

—¡Amarra eso! —interrumpió Tarpaulin, no menos asombrado de la extensión del discurso de su compañero que de la naturaleza de su negativa—.

¡Amarra eso, marinero de agua dulce! Y yo te digo, Legs, que te dejes de palabrería. Mi casco es aún ligero, aunque confieso

que tú me pareces un poco cargado sobre la línea de flotación, y en cuanto a tu parte de cargamento, antes que levantar una turbonada, encontraré para ella estiba; pero...

—Tal arreglo —interrumpió el presidente— está en completo desacuerdo con los términos del fallo o sentencia, que es por naturaleza Meda, y no puede ser alterado o conmutado. Las condiciones que hemos impuesto deben ser cumplidas al pie de la letra, y ello sin un minuto de vacilación; a falta de cuyo cumplimiento decretamos que seáis atados juntos por el cuello y los talones ¡y debidamente ahogados como rebeldes en ese tonel de cerveza de octubre que está ahí!

—¡Qué sentencia, qué sentencia; una recta y justa sentencia; un glorioso decreto; una muy digna, equitativa y santa condena! — exclamaron a la vez todos los componentes de la familia Peste.

El rey frunció su alta frente en innumerables arrugas; el viejecillo gotoso resopló como un par de fuelles; la dama de la mortaja de linón movió su nariz de un lado para otro; el caballero del calzón de algodón levantó las orejas; la dama del sudario abrió la boca como un pez agonizante, y el individuo del ataúd pareció todavía más rígido y reviró los ojos.

—¡Ja, ja, ja! —cacareó Tarpaulin, sin fijarse en la excitación general—.

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Decía yo, estaba diciendo, cuando el señor rey Peste metió su pasador, que, en cuanto a la

cuestión de dos o tres galones más o menos, era una broma para un sólido y estanco barco como soy yo, no estando muy cargado; pero cuando se trata de beber a la salud del Diablo (a quien Dios perdone) y de caer de rodillas ante esta fea majestad que yo sé, tan bien como que soy un pecador, que no es nadie en el mundo entero más que Tim Hurlygurly el cómico de tablado. ¡Oh! En cuanto a eso, ya es cosa distinta y que supera en absoluto mis cortos alcances.

No le permitieron acabar tranquilamente su discurso. Al oír el nombre de Tim Hurlygurly, todos los de la reunión saltaron en sus asientos.

—¡Traición! —exclamó su majestad el rey Peste I.

—¡Traición! —dijo el hombrecillo gotoso.

—¡Traición! —gritó la archiduquesa Ana Peste.

—¡Traición! —farfulló el gentleman de las mandíbulas atadas.

—¡Traición! —gruñó el del ataúd.

—¡Traición, traición! —chilló su majestad la dama de la boca, y cogiendo por los fondillos de los calzones al infortunado Tarpaulin, que había comenzado justamente a servirse un cráneo de licor, lo levantó muy alto en el aire y lo dejó caer sin ceremonia dentro del enorme tonel hundido, repleto de su cerveza preferida.

Empujado de un lado para otro durante unos segundos, como una manzana en una ponchera, desapareció, por último, en el

remolino de espuma que sus esfuerzos habían originado fácilmente en el ya efervescente licor.

Por su parte, el alto marinero no vio resignadamente la derrota de su compañero. Empujando al rey Peste por la trampa abierta, el valiente Legs cerró con violencia la puerta sobre él con un juramento, y avanzó a grandes zancadas hacia el centro de la estancia. Allí, arrancando el esqueleto colgado sobre la mesa, tiró de él hacia sí con tanta energía y buena voluntad, que logró, al mismo tiempo que los últimos rayos de luz se extinguían en la sala, saltar la tapa de los sesos al viejecillo gotoso.

Precipitándose entonces con toda su fuerza contra el fatídico tonel lleno de cerveza de octubre y de Hugh Tarpaulin, lo volcó en un instante. Brotó un diluvio de licor tan furioso, tan impetuoso, tan arrollador, que la habitación quedó inundada de una pared a la otra, la mesa volcada con cuanto estaba encima, los soportes derribados hacia atrás, la ponchera disparada hacia la chimenea, y las damas sufrieron ataques de nervios. Pilas de accesorios fúnebres caían alrededor. Los cacharros, los frascos y los garrafones se

mezclaban sin distinción en aquella mêlé, y los frascos revestidos de mimbre chocaban desesperadamente con las botellas forradas de cordel. El hombre de

«los horrores» se ahogó en el sitio, el pequeño gentleman paralítico flotaba fuera de su féretro, y el victorioso Legs, agarrando por el talle a la gruesa dama del sudario, se precipitó con ella a la calle, y puso proa en derechura hacia la Free and Easy, seguido, viento en popa, por el temible Hugh Tarpaulin, quien, habiendo estornudado tres o cuatro veces, jadeaba y resoplaba detrás de él en unión de la archiduquesa Ana Peste.

HOP-FROG

No he conocido nunca a nadie tan agudamente animado a la chanza como aquel rey. Parecía vivir sólo para las bromas. Contar una buena historia del género chusco, y contarla bien, era el medio más seguro de conseguir su favor. Por eso ocurría que sus siete ministros se distinguían por sus cualidades como bromistas. Seguían todos el ejemplo del rey, que era un hombre grande, corpulento, grueso, tal como son los guasones inimitables. Que la gente engorde por las bromas o que haya en la grasa algo que predisponga a la chanza, no he sido nunca capaz de decidirlo; pero es indudable que un bromista flaco es rara avis in terris.

Respecto a los refinamientos, o fantasmas del ingenio como él los llamaba, al rey le preocupaban muy poco. Sentía una

especial admiración por la broma de resuello, y la soportaba con frecuencia en su longitud, por amor a ella. Los melindres le aburrían. Hubiera él preferido el Gargantúa, de Rabelais, al Zadig, de Voltaire, y por encima de todo, las chanzas efectivas se ajustaban a su gusto mejor que las de palabra.

En la fecha de mi relato, los bufones de profesión no habían pasado por completo de moda en la corte. Varias de las grandes «potencias» continentales conservaban aún sus «locos», quienes iban vestidos de un modo abigarrado con gorros de cascabeles, y debían estar siempre prontos a lanzar en todo momento dichos agudos, en compensación a las migajas que caían de la mesa real.

Nuestro rey, como era natural, conservaba su «loco». El hecho es que él necesitaba algo en el sentido de la locura, aunque sólo fuese para contrapesar la pesada sabiduría de los siete sabios que eran sus ministros, sin mencionarle a él.

Su «loco» o bufón profesional era, además, no sólo un loco. Su valía aparecía triplicada a los ojos del rey por el hecho de ser también enano y

cojitranco. En aquellos tiempos los enanos eran tan corrientes en la corte como los locos, y muchos monarcas hubieran encontrado difícil pasarse los días (días que son más largos en la corte que en cualquier otra parte) sin un bufón para reírse con él, y sin un enano para reírse de él. Pero, como he indicado

ya antes, sus bufones, en noventa y nueve casos de ciento, son gordos, redondos y pesados; de modo que era un motivo no pequeño de personal satisfacción para nuestro rey poseer en Hop-Frog (éste era el nombre del «loco») un triple tesoro en una misma persona.

Creo que el nombre de Hop-Frog no era el que le habían puesto al bautizarle sus padrinos, sino que le fue conferido, con el asentimiento unánime de los siete ministros, dada su torpeza para andar como los otros hombres. En realidad, Hop-Frog podía avanzar únicamente con una especie de paso interjeccional, algo entre el salto y la reptación, un movimiento que producía al rey una diversión ilimitada, y por supuesto, un consuelo, pues (no obstante la protuberancia de su panza y una hinchazón constitucional de su cabeza) el monarca era considerado por toda su corte como un tipo magnífico.

Pero aunque Hop-Frog, a causa de la distorsión de sus piernas, podía moverse tan sólo con mucho trabajo y dificultad por un camino o por el suelo, la prodigiosa potencia muscular con que la naturaleza parecía haber dotado a sus brazos, a modo de compensación por la deficiencia de sus miembros inferiores, le hacía capaz de realizar muchos actos de una maravillosa destreza cuando se trataba de árboles, cuerdas o cualquier otra cosa por donde trepar. En tales ejercicios se parecía mucho más a una ardilla que a un mono pequeño o que a una rana.

No podría yo decir con exactitud de qué país procedía Hop-Frog. Debía de ser de alguna comarca bárbara de la que nadie

había oído hablar muy alejada de la corte de nuestro rey. Hop-Frog y una joven mucho menos enana que él (pero de exquisitas proporciones y maravillosa danzarina) habían sido arrebatados con violencia de sus respectivos hogares, en unas provincias contiguas, y enviados como presentes al rey por uno de sus generales siempre victoriosos.

En tales circunstancias no era nada sorprendente que una estrecha intimidad uniese a los dos pequeños cautivos. En realidad, llegaron a ser muy pronto dos amigos juramentados. Hop-Frog que, pese a dedicarse mucho a la broma, era poco popular, no podía prestar grandes servicios a Tripetta; pero ella, merced a su gracia y exquisita belleza (aun siendo enana), era universalmente admirada y mimada; poseía, por tanto, mucha influencia, y no dejaba nunca de emplearla, siempre que podía, en beneficio de Hop-Frog.

En una gran ocasión fastuosa —no recuerdo ya cuál— el rey decidió dar una mascarada, y siempre que se celebraba una mascarada o cualquier fiesta

por el estilo en su corte, los talentos de Hop-Frog y de Tripetta tenían una intervención segura en ello. Hop-Frog especialmente poseía tal inventiva en materia de espectáculos, sugiriendo nuevos personajes y creando trajes para los bailes de disfraces que parecía que nada podía hacerse sin su concurso.

Había llegado la noche señalada para la fiesta. Se había decorado un magnífico salón, bajo la dirección de Tripetta, con toda la ingeniosidad posible para dar éclat a la mascarada. La corte entera vivía en una espera febril. En cuanto a los trajes y prestancias, cada cual, como puede suponerse, había hecho su elección en semejante materia, Muchos los habían decidido (así como los rôles que iban a adoptar) con una semana y hasta con un mes de anticipación, y al fin y al cabo, no existía la menor indecisión en ningún participante, excepto en lo que concernía al rey y a sus siete ministros. No podría yo decir por qué vacilaban, como no se tratase de otro género de bromas. Era muy probable que la dificultad en adoptar su decisión tuviera por causa su gordura. Sea como fuere, transcurría el tiempo, y como último recurso enviaron a buscar a Tripetta y a Hop-Frog.

Cuando los dos amiguitos obedecieron el requerimiento del rey, le encontraron tomando su vino en compañía de los siete miembros de su consejo de ministros; pero el monarca parecía estar de muy mal humor. Sabía que Hop-Frog no era aficionado al vino, pues la bebida excitaba al pobre cojitranco hasta la locura, y la locura no es un sentimiento grato. Pero al rey le agradaban sus propias chanzas y hallaba placer en forzar a Hop-Frog a beber y (según la expresión real) «en que estuviese alegre».

—Ven aquí, Hop-Frog —dijo, cuando el bufón y su amiga entraron en el salón—; tómate este vaso lleno a la salud de

vuestros amigos ausentes —al oírlo Hop-Frog suspiró—, y luego préstanos el concurso de tu imaginación. Necesitamos papeles (papeles que representar, hombre), algo nuevo, fuera de lo corriente. Estamos aburridos de esta eterna monotonía. ¡Vamos, bebe! El vino iluminará tu ingenio.

Hop-Frog se esforzó, como de costumbre, por replicar con una chanza a los requerimientos del rey; pero el esfuerzo fue excesivo. Era casualmente el cumpleaños del pobre enano, y la orden de beber por sus «amigos ausentes» hizo brotar lágrimas de sus ojos. Gruesas y amargas gotas cayeron abundantes en el vaso que con humildad había cogido de la mano de su tirano.

—¡Ja, ja, ja! —rugió este último, mientras el enano vaciaba con repugnancia el vaso—. ¡Mira lo que puede hacer un vaso de buen vino! ¡Vaya, tus ojos ya brillan!

¡Pobre muchacho! Sus grandes ojos centelleaban más que brillaban, pues el efecto del vino sobre su excitable mentalidad era tan poderoso como instantáneo. Dejó el vaso nerviosamente sobre la mesa y miró a su alrededor a

los presentes con una fijeza de semidemencia. Parecían todos ellos muy divertidos con el éxito de la broma regia.

—Y ahora, al trabajo —dijo el primer ministro, un hombre muy grueso.

—Sí —dijo el rey—. Vamos, Hop-Frog, préstanos tu ayuda. Papeles, mi buen mozo; necesitamos papeles, los necesitamos todos nosotros. ¡Ja, ja, ja!

Y como aquello significaba una seria broma, las siete risas hicieron coro a la del rey.

Hop-Frog rió también, aunque débilmente, como algo distraído.

—¡Vamos, vamos! —dijo el rey, impaciente—. ¿No se te ocurre nada?

—Intento encontrar algo nuevo —replicó el enano, absorto, pues se sentía de todo punto trastornado por el vino.

—¡Cómo que intentas! —gritó el tirano con ferocidad—. ¿Qué quieres decir con eso? ¡Ah! Ya comprendo. Estás malhumorado y necesitas más vino.

¡Vamos, tómate esto!

Llenó hasta el borde otro vaso y se lo ofreció al cojitranco, que lo miró, atónito, y respiró entrecortado.

—¡Bebe, te digo —gritó el monstruo—, o por los demonios...!

El enano titubeaba. El rey se puso rojo de rabia. Los cortesanos sonreían estúpidamente. Tripetta, pálida como un cadáver, avanzó hasta el asiento del monarca, y arrodillándose ante él, le suplicó que perdonase a su amigo.

El tirano la miró durante unos instantes, asombrado, sin duda, de su audacia. Parecía no saber qué hacer ni qué decir, ni cómo

expresar dignamente su indignación. Por último, sin pronunciar una sílaba, la empujó con violencia lejos de él y le arrojó el contenido del vaso lleno a la cara.

La pobre muchacha se levantó como pudo, y no atreviéndose siquiera a suspirar, volvió a ocupar su puesto junto a la mesa. Hubo como medio minuto de silencio de muerte, durante el cual hubiese podido oírse caer una hoja o una pluma. Fue interrumpido por el sonido de un rechinamiento bajo, pero ronco y prolongado, que pareció salir de repente de todos los rincones de la estancia.

—¿Por qué, por qué, por qué haces ese ruido? —preguntó el rey, volviéndose, furioso, hacia el enano.

Este último parecía haberse repuesto en gran parte de su embriaguez, y mirando fija, pero tranquilamente a la cara del tirano, exclamó con sencillez:

—¿Yo, yo? ¿Cómo puedo haberlo hecho yo?

—El ruido me pareció venir de fuera —observó uno de los cortesanos—.

Me figuro que es el loro en la ventana afilándose el pico sobre los barrotes de su jaula.

—Es cierto —confirmó el monarca, como sintiendo un gran alivio ante aquella idea—; pero por mi honor de caballero hubiese jurado que era el rechinar de los dientes de este vagabundo.

A lo cual el enano se echó a reír (el rey era un bromista harto inveterado para hacer ninguna objeción a nadie que riese) y mostró una ancha, potente y muy repulsiva dentadura. Además, declaró que bebería gustoso cuanto vino quisieran. El monarca se apaciguó; y Hop-Frog, habiendo ingerido otro vaso lleno, sin notarse que le hiciera ningún mal efecto, entró inmediatamente en el plan de la mascarada.

—No puedo decir por qué asociación de ideas —observó, muy tranquilo y como si no hubiese probado vino en su vida—, precisamente después que vuestra majestad golpease a esta muchacha y le tirase el vino a la cara, y mientras el loro hacía ese extraño ruido por fuera de la ventana, uno de los juegos de mi país que figuran con frecuencia en nuestras mascaradas, pero que aquí resultará nuevo en absoluto. Por desgracia, no obstante, requiere un grupo de ocho personas y...

—¡Aquí somos ocho! —gritó el rey, riendo de su agudo descubrimiento de aquella coincidencia—, ocho en un grupo. Yo y mis siete ministros. ¡Vamos!

¿Cuál es esa diversión?

—Nosotros la llamamos —explicó el cojitranco— los «Ocho orangutanes encadenados», y es, de veras, un juego soberbio cuando se realiza bien.

—Lo realizaremos así —dijo el rey, levantándose y frunciendo el ceño.

—La belleza del juego —prosiguió Hop-Frog— consiste en el espanto que produce en las mujeres.

—¡Magnífico! —rugieron a coro el monarca y su gobierno.

—Os vestiré yo de orangutanes —continuó el enano—; confiad en mí. El parecido será tan sorprendente, que todos los compañeros de la mascarada os tomarán por verdaderos animales, y naturalmente, se quedarán aterrados y atónitos.

—¡Oh, eso es delicioso! —exclamó el rey—. ¡Hop-Frog, haré de ti un hombre!

—Las cadenas tienen por objeto aumentar la confusión con su ruido discordante. Se supondrá que habéis escapado, en masse, a vuestros guardianes. Vuestra majestad no puede concebir el efecto que producen en una mascarada ocho orangutanes encadenados, que la mayoría de los asistentes se imaginan son de verdad, precipitándose con gritos salvajes entre una multitud

de hombres y mujeres delicada y suntuosamente vestidos. El contraste es inimitable.

—Lo será —dijo el rey; y el consejo se levantó enseguida (pues se hacía tarde) para poner en ejecución el plan de Hop-Frog.

Su manera de disfrazar a todo aquel grupo de orangutanes era muy sencilla, pero eficaz prácticamente para su propósito. En la época de mi relato se veían muy rara vez los animales en

cuestión en cualquiera de las partes del mundo civilizado, y como las imitaciones hechas por el enano eran lo bastante semejantes a unas bestias, y más que bastante horrorosas, su parecido a las verdaderas estaba asegurado.

El rey y sus ministros fueron, ante todo, embutidos en camisas y calzoncillos muy ajustados, de elástica. Luego los untaron de brea. En este momento de la operación alguien de la partida sugirió el empleo de plumas; pero la sugestión fue al punto rechazada por el enano, que convenció pronto a los ocho, por medio de una demostración ocular, de que el pelo de unos animales como los orangutanes se representaba mucho mejor con lino. Por consiguiente, pusieron una espesa capa encima de la brea. Buscaron luego una larga cadena. Primero la pasaron alrededor de la cintura del rey, y la remacharon; después, alrededor de otro miembro del grupo, y la remacharon también; luego, sucesivamente, alrededor de cada uno, de la misma manera. Cuando estuvo terminado este encadenamiento, separándose unos de otros lo más posible, formaron un círculo, y para hacer mayor el parecido, Hop-Frog pasó el resto de la cadena de un lado a otro del círculo, en dos diámetros, conforme a la manera adoptada hoy día por los cazadores del chimpancé u otros grandes simios en Borneo.

El gran salón, donde se iba a celebrar la mascarada, era una pieza circular, muy alta, que recibía la luz solar por una sola claraboya en el techo. De noche (que era la hora en que se utilizaba en particular aquella estancia) estaba iluminada

principalmente por una gran araña colgada de una cadena en el centro de la claraboya, y que bajaba o subía por medio de un contrapeso ordinario; pero (con objeto de no afear su aspecto) este último pasaba por fuera de la cúpula y por encima del techo.

El arreglo del salón había sido confiado a la dirección de Tripetta, si bien en algunos detalles estuvo guiada, al parecer, por el criterio tranquilo de su amigo el enano. Por sugerencia de éste, en aquella ocasión habían quitado la araña. El goteo de la cera (que hubiera sido imposible evitar en una atmósfera tan caldeada) habría causado un serio detrimento en los ricos trajes de los invitados, quienes, dado el amontonamiento de la gente en el salón, no hubiesen podido todos mantenerse apartados del centro, es decir, de debajo de la araña. Candelabros adicionales fueron instalados en varias partes del salón,

fuera del sitio destinado a la gente, y una antorcha, que exhalaba un grato olor, fue colocada en la mano derecha de cada una de las cariátides, que se erguían contra el muro en número de cincuenta o sesenta en total.

Los ocho orangutanes, siguiendo el consejo de Hop-Frog, esperaron pacientemente hasta medianoche (cuando el salón estaba lleno de máscaras) para hacer su aparición. Pero apenas el reloj acababa de dar las campanadas, cuando se precipitaron, o más bien rodaron todos juntos, adentro, pues la

traba de sus cadenas hizo caer a muchos de ellos, y tropezar a todos al entrar.

La excitación entre las máscaras resultó prodigiosa y llenó de alegría el corazón del rey. Como se esperaba, fue grande el número de invitados que supusieron que aquellos feroces seres eran efectivos animales de cierta especie, si no orangutanes de verdad. Muchas damas se desmayaron de terror, y si el rey no hubiese tenido la precaución de prohibir toda clase de armas en el salón, él y su banda habrían pagado la broma con su sangre. En suma, hubo una carrera general hacia las puertas; pero el rey había mandado que las cerrasen inmediatamente después de su entrada, y por indicación del enano, habían depositado las llaves en sus manos.

Cuando el tumulto estaba en su apogeo, y cada máscara no atendía más que a su propia salvación (pues, en realidad, con aquellas apreturas y con aquella excitación de la multitud existía un gran peligro real), pudo verse la cadena que servía de costumbre para colgar la araña y que había sido también retirada, descender gradualmente hasta que su extremo ganchudo estuvo a tres pies del suelo.

Pocos instantes después, el rey y sus siete amigos habiendo rodado por la sala en todas direcciones, se hallaron, por último, juntos en el centro, y por de contado, en contacto inmediato con la cadena. Mientras estaban en aquella posición, el enano, que les había ido pisando, sin ruido, los talones, incitándolos a preservarse del choque, asió la cadena por la unión de las dos

partes que cruzaban el círculo diametralmente y en ángulos rectos. Entonces, con la rapidez del pensamiento, encajó en ella el gancho que servía para colgar la araña; y en un instante como por un agente invisible, la araña encadenada se elevó lo bastante alta para poner el gancho fuera de todo alcance, y como consecuencia inevitable, arrastró a los orangutanes juntos en apretada unión y cara cara.

Las máscaras, entretanto, se habían repuesto en cierto modo de su alarma, y empezando a considerar todo aquello como una broma bien preparada, lanzaron una fuerte carcajada ante la posición de los monos.

—¡Dejádmelos! —gritó entonces Hop-Frog; y su voz penetrante se oía fácilmente entre el estrépito—. Dejádmelos a mí. Creo que los conozco. Con sólo que pueda verlos bien, podré deciros enseguida quiénes son.

Entonces, gateando sobre las cabezas de la multitud, se las compuso para llegar al muro; luego cogiendo una antorcha de una de las cariátides, volvió como había venido hacia el centro del salón, saltó con la agilidad de un mono sobre la cabeza del rey, y desde allí trepó unos cuantos pies por la cadena, bajando la antorcha para examinar el grupo de orangutanes, gritando sin cesar:

—¡Pronto descubriré quiénes son!

Y entonces, mientras la reunión entera (incluyendo los monos) se retorció de risa, el bufón lanzó de pronto un agudo silbido, al tiempo que la cadena subió violentamente cerca de treinta pies, arrastrando con ella a los aterrados y forcejeantes orangutanes, y dejándolos suspendidos en mitad del aire entre la claraboya y el suelo. Hop-Frog, aferrado a la cadena, se elevó con ella manteniendo aún su posición con respecto a los ocho disfrazados y bajando siempre su antorcha hacia ellos, como si intentase descubrir quiénes eran.

Toda la reunión quedóse tan atónita ante aquella ascensión, que hubo después un silencio de muerte, que duró unos minutos. Fue interrumpido precisamente por un ruido de rechinar bajo, ronco, como el que antes había atraído la atención del rey y de sus consejeros cuando aquél arrojó el vino a la cara de Tripetta. Pero en la presente ocasión no se trataba de buscar de dónde salía aquel ruido. Salía de los agudos dientes del enano, quien los hacía rechinar como si los triturase en la espuma de su boca, y clavaba sus ojos, con una expresión de rabia enloquecida, en el rey y sus siete compañeros, cuyas caras estaban vueltas hacia él.

—¡Ja, ja, ja! —dijo, por último, el furibundo enano—. ¡Ja, ja, ja! ¡Empiezo a ver ahora quiénes son estas gentes!

Y entonces, con el pretexto de examinar al rey desde más cerca, aproximó la antorcha al vestido de lino que envolvía a aquél y que ardía al instante como una sábana de llama viva. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían todos

furiosamente, en medio de los chillidos de la multitud que los contemplaba desde abajo, sobrecogida de horror y sin poder prestarles la menor ayuda.

Finalmente, las llamas, aumentando de pronto en virulencia, obligaron al bufón a trepar más arriba por la cadena, fuera de su alcance, y al hacer este movimiento la multitud volvió a quedar sumida durante un segundo en el silencio. El enano aprovechó la oportunidad y habló de nuevo:

—Ahora veo claramente —dijo— qué clase de gentes son estas máscaras. Veo un gran rey y sus siete ministros, un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una muchacha indefensa, y sus siete ministros que le incitan a ese ultraje. En cuanto a mí, soy no más que Hop-Frog, el bufón, y ésta es mi última bufonada.

A causa de la gran combustibilidad del lino y de la brea a que estaba adherido, apenas terminó el enano su breve discurso cuando se había consumado la obra vindicadora. Los ocho cadáveres se balanceaban en sus cadenas, masa fétida, negruzca, horrenda y confusa. El cojitranco arrojó su antorcha sobre ellos, trepó despacio hacia el techo, y desapareció por la claraboya.

Se supone que Tripetta, apostada sobre el tejado del salón, sirvió de cómplice a su amigo en aquella venganza incendiaria, y que huyeron juntos hacia su país, pues a ninguno de los dos se los volvió a ver nunca más.

LA AVENTURA SIN PAR DE UN TAL HANS PFAALL

Según las últimas noticias de Rotterdam, parece ser que esa ciudad se halla en un estado de alta excitación filosófica. Realmente, han ocurrido allí fenómenos de un género tan absolutamente inesperado, tan por entero nuevos, tan en total desacuerdo con las opiniones preconcebidas, que no me cabe la menor duda de que dentro de poco toda Europa estará alborotada, toda la física alterada, y la razón y la astronomía, en abierta pugna.

Parece ser que el día... del mes de... (no estoy seguro de la fecha) una enorme multitud se había congregado, con una finalidad que no está específicamente mencionada, en la gran plaza de la Bolsa, en la bien acondicionada ciudad de Rotterdam. El día era caluroso —cosa desusada en la estación— : apenas soplaba una ráfaga de aire, y a la multitud no le desagradaba sentirse rociada de cuando en cuando por un chubasco amistoso de momentánea duración que caía de las grandes masas de nubes blancas profusamente esparcidas por la bóveda azul del firmamento. Sin embargo, alrededor del mediodía se hizo perceptible en la asamblea una ligera, pero notable agitación, seguida de la algarabía de diez mil lenguas; y un instante después, diez mil caras se volvieron hacia el cielo,

diez mil pipas bajaron, simultáneas, de las comisuras de diez mil bocas, y un grito, que sólo podría ser comparado con el rugido del Niágara, resonó larga, fuerte y furiosamente a través de toda la ciudad y de todos los alrededores de Rotterdam.

El origen de este alboroto se hizo pronto lo bastante evidente. Desde detrás del enorme volumen de una de aquellas masas de nubes recortadas con vigor que antes se mencionan, se vio emerger, pausada, por una de las abiertas extensiones de espacio azul, una sustancia extraña, heterogénea, pero, al parecer, sólida, tan singularmente configurada, y al mismo tiempo tan caprichosamente conformada, que la multitud de robustos burgueses que permanecían allí con la boca abierta no podían comprender ni por asomo nada

de aquello ni cansarse de admirarlo. ¿Qué podía ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam, ¿qué podía presagiar? Nadie lo sabía, nadie podía imaginarlo; nadie, ni siquiera el burgomaestre Mynheer Superbus von Underduk, tenía el menor indicio para aclarar el misterio; de modo que, sin cosa mejor que hacer, cada uno de aquellos hombres colocó de nuevo con cuidado la pipa en la comisura de su boca, y manteniendo siempre sus ojos fijos en el fenómeno, arrojaron el humo, hicieron una pausa, se pavonearon alrededor, gruñeron de un modo significativo, hicieron otra pausa, y por último, volvieron a expeler el humo.

Entretanto, iba descendiendo y descendiendo hacia la hermosa ciudad el objeto de tanta curiosidad y la causa de tanto humo.

En pocos minutos aquello se acercó lo bastante para que pudiesen distinguirlo con exactitud. Parecía ser,

¡sí!, era, indudablemente, una especie de globo; pero con seguridad un globo tal no había sido visto nunca antes en Rotterdam. Porque ¿quién —pregunto yo— ha oído hablar jamás de un globo hecho por entero con periódicos sucios? Nadie en Holanda, por cierto, y con todo allí, bajo las narices del pueblo, o mejor dicho, a alguna distancia por encima de sus narices, estaba el objeto en cuestión, hecho —puedo decirlo con la mejor autoridad— de la susodicha materia que nadie había pensado nunca antes en emplear para semejante propósito. Era un tremendo insulto al buen sentido de los burgueses de Rotterdam.

En cuanto a la forma del fenómeno, resultaba aún más censurable. No era más que un enorme gorro de bufón vuelto hacia abajo. Y esta semejanza estuvo lejos de disminuir cuando examinándola desde más cerca, la multitud vio una gran borla colgando de la punta, y alrededor del borde superior o de la base del cono, un círculo de pequeños instrumentos, parecidos a esquilas de ovejas, que tintineaban sin cesar al son de la tonada de Betty Martin. Pero había algo peor: colgando de cintas azules al extremo de aquella fantástica máquina, se balanceaba, a la manera de una barquilla, un enorme sombrero gris de castor, de alas superlativamente anchas, una copa

hemisférica con faja negra y hebilla de plata. Era cosa bastante notable, empero, que muchos ciudadanos de Rotterdam jurasen haber visto repetidas veces antes aquel sombrero, y en realidad, la asamblea entera parecía mirarlo con ojos familiares, mientras la señora Grettel Pfaall lanzó, al verlo, una exclamación de alegre sorpresa, y declaró que aquél era el propio sombrero de su buen esposo. Ahora bien: se trataba de una circunstancia más importante de observar, ya que Pfaall, con tres compañeros suyos, había desaparecido de Rotterdam, desde hacía unos cinco años, de una manera repentina y rara, y hasta la fecha de este relato habían fallado todos los esfuerzos para obtener noticias referentes a ellos. Verdad era que se habían descubierto poco antes en un lugar apartado al este de la ciudad varios huesos humanos, mezclados con cierta cantidad de restos de extraño aspecto, y algunas gentes llegaron a pensar

que había sido cometido un vil asesinato en aquel sitio, y que Hans Pfaall y sus compañeros eran, por lo visto, las víctimas. Pero volvamos a nuestro relato.

El globo (pues era un globo, sin duda) había descendido ahora a cien pies de la tierra, mostrando con la suficiente claridad a la multitud el personaje que lo ocupaba. Era, en verdad, un singularísimo individuo. No tendría más de dos pies de alto; pero su estatura, por pequeña que fuese, no le hubiese impedido perder el necesario equilibrio y volcarse sobre el

extremo de su reducida barquilla, sin la intervención de un reborde circular que subía hasta su pecho y se unía a las cuerdas del globo. El cuerpo del hombrecillo era descomedido, más allá de toda proporción, dando a su figura entera un aspecto de redondez muy absurdo. Sus pies, naturalmente, no podían verse en absoluto. Sus manos eran enormes. Sus cabellos, grises y recogidos detrás de una coleta. Su nariz, prodigiosa por lo larga, ganchuda y roja; sus ojos, grandes, brillantes y penetrantes; su barbilla y sus mejillas, aunque arrugadas por la edad, eran anchas, hinchadas, dobles; pero en ninguna parte de su cabeza existía la menor apariencia de oreja. Este extraño y pequeño caballero iba vestido con un holgado gabán de raso azul celeste y con unos calzones ajustados haciendo juego, asegurados en las rodillas con hebillas de plata. Su chaleco era de una tela brillante y amarilla; un gorro de tafetán blanco estaba puesto con garbo a un lado de su cabeza, y para completar este atavío, un pañuelo rojo sangre envolvía su cuello y caía con aire elegante sobre su pecho en una fantástica lazada de extraordinario tamaño.

Habiendo descendido, como he dicho antes, a unos cien pies de la superficie de la tierra, el caballero viejecillo se encontró sobrecogido de repente por un temblor y pareció poco dispuesto a acercarse más a la terra firma. Arrojó, pues, cierta cantidad de arena de un saco de lona que levantó con gran trabajo, y permaneció estacionario durante un momento. Se dedicó entonces, de un modo agitado y presuroso, a extraer del

bolsillo lateral de su gabán una gran cartera de tafilete. La sopesó con recelo en su mano, luego la examinó con un gesto de extraordinaria sorpresa, asombrado, sin duda, de su peso. Por último, la abrió y sacó de ella una enorme carta sellada con cera roja y atada cuidadosamente con un bramante del mismo color, y la dejó caer a los mismos pies del burgomaestre, Superbus von Underduk. Su excelencia se inclinó para recogerla. Pero el aeronauta, siempre muy descompuesto, y no teniendo, al parecer, otros asuntos que le detuvieran en Rotterdam, comenzaba en aquel momento a hacer con premura los preparativos de partida; y siéndole necesario descargar una porción de lastre para poder ascender de nuevo, una media docena de sacos que arrojó uno tras otro, sin preocuparse de vaciarlos, fueron cayendo, por desgracia, sobre la espalda del burgomaestre e hicieron rodar a éste lo menos seis veces a la vista de todo Rotterdam. No por eso hay que suponer que el gran Underduk dejó pasar impune esta impertinencia por

parte del viejecillo. Se dice, bien al contrario, que durante cada uno de sus seis tumbos lanzó no menos de media docena de bocanadas, furiosas y visibles, de su pipa, que sostuvo apretada sin interrupción con todas sus fuerzas, y que se propone sostener así (Dios lo quiera) hasta el día de su muerte.

Mientras, el globo subió como una alondra, y cerniéndose sobre la ciudad, acabó por desaparecer tranquilamente detrás de una

nube parecida a aquella de donde había salido de una manera tan extraña, perdiéndose ante los ojos maravillados de los buenos ciudadanos de Rotterdam.

Toda la atención se dirigió entonces a la carta cuya caída, con las consecuencias que luego la siguieron, había estado a punto de ser tan fatal a la persona y a la dignidad personal de su excelencia Von Underduk. A pesar de todo, aquel funcionario no se había olvidado, durante sus movimientos giratorios, de poner en seguridad el importante objeto, la epístola, que según se vio, después de examinada, había caído en las manos más apropiadas, puesto que iba dirigida a él mismo y al profesor Rubadub, en sus calidades respectivas de presidente y de vicepresidente del Colegio de Astronomía de Rotterdam. Por lo cual fue abierta en aquel mismo sitio, encontrándose dentro la comunicación siguiente, extraordinaria y muy seria en realidad:

«A SUS EXCELENCIAS VON UNDERDUK Y RUBADUB

presidente y vicepresidente

del Colegio Nacional de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam

»Vuestras excelencias podrán quizá acordarse de un humilde artesano llamado Hans Pfaall, remendón de fuelles, de oficio, desaparecido de Rotterdam hace unos cinco años, con otros tres hombres, de una manera que debió de considerarse inexplicable. Sin embargo, con permiso de vuestras excelencias, soy yo, el propio Hans Pfaall, el autor de esta comunicación. Bien sabido es por la mayoría de mis conciudadanos que

durante un período de cuatro años he venido ocupando la casita de ladrillos en la entrada del callejón llamado Sauerkraut, en la cual vivía a raíz de mi desaparición. Mis abuelos han residido también allí siempre desde tiempo inmemorial, y lo mismo que yo, ejercieron de continuo la respetable y ciertamente lucrativa profesión de remendones de fuelles; pues a decir verdad, hasta estos últimos años en que todas las cabezas del pueblo se han visto perturbadas con la política, nunca mejor industria había sido ejercida por un honrado ciudadano de Rotterdam, y nadie era más digno de ella que yo. El crédito era bueno, el trabajo no escaseaba nunca, y no faltaban ni dinero ni buena voluntad. Pero, como ya he dicho, empezamos a sentir los efectos de la libertad, de los largos discursos, del radicalismo y de toda esa clase de cosas. Las gentes, que habían sido hasta

entonces los mejores parroquianos del mundo, no tenían un momento libre para pensar en nosotros. Apenas lo tenían para leer cosas acerca de las revoluciones y para vigilar la marcha de la inteligencia y del espíritu de la época... Si necesitaban soplar el fuego, se hacían un fuelle con un periódico; y a medida que el gobierno se debilitaba, resultaba indudable para mí que el cuero y el hierro adquirirían una duración proporcional, pues en muy poco tiempo no hubo en todo Rotterdam un par de fuelles que tuviesen necesidad de un remiendo o que requiriesen la ayuda de un martillo. Era un estado de cosas

insoponible. Me encontré pronto tan pobre cual una rata, y como tenía una mujer y unos hijos que alimentar, mi carga resultó a la larga intolerable, y gasté horas y horas en meditar sobre el modo más conveniente de quitarme la vida. Mis acreedores, ensañados, no me dejaban, entretanto, ni un rato de ocio para la meditación. Mi casa estaba materialmente asediada de la mañana a la noche. Había en especial tres mozos que me acosaban más allá de lo soportable, acechando sin cesar ante mi puerta y amenazándome con la ley. Prometí vengarme con crueldad de los tres, si tenía alguna vez la dicha de atraparlos en mis garras, y creo que el placer de esta esperanza anticipada fue lo que me impidió poner en ejecución inmediata mi plan de suicidio, que era saltarme la tapa de los sesos de un trabucazo. No obstante, juzgué preferible disimular mi rabia, y tratarlos con promesas y buenas palabras hasta que, por algún cambio del Destino, se ofreciese a mí la oportunidad de la venganza.

»Un día que había logrado escaparme de ellos y me sentía más decaído que de costumbre, seguí vagando largo rato sin rumbo por las calles más oscuras, hasta que al fin tropecé por casualidad contra la esquina del tenderete de un librero. Viendo cerca de mi mano una silla para uso de los parroquianos, me dejé caer en ella a plomo, y sin saber por qué, abrí el primer volumen que vi a mi alcance. Resultó ser un pequeño folleto que trataba de astronomía especulativa, escrito en colaboración por el profesor Encke, de Berlín, y por un francés de un apellido

análogo. Poseía yo una ligera noción de aquellas materias, y pronto me encontré cada vez más absorto en el contenido de aquel libro, que leí dos veces antes de recobrar el sentimiento de lo que pasaba a mi alrededor. A todo esto, empezaba a anochecer, y encaminé mis pasos hacia mi casa. Pero aquel tratado (coincidiendo con un descubrimiento neumático que me había sido comunicado recientemente como un secreto importante por un primo mío de Nantes) había producido una indeleble impresión sobre mi espíritu, y mientras vagaba por las oscuras calles, daba vueltas minuciosas en mi memoria a los un tanto fogosos y a veces ininteligibles razonamientos del autor. Había en especial algunos pasajes que impresionaban de un modo extraordinario mi imaginación. Cuanto más meditaba sobre aquello, más intenso era el interés que excitaba en mí. El limitado carácter de mi educación, y más en particular, mi ignorancia sobre los temas relacionados con la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi propia capacidad para comprender

lo que había leído, o inducirme a dudar de las muy vagas nociones que habían surgido como consecuencia de dicha lectura, servían sólo de mayor estímulo a mi imaginación; y era yo lo bastante vano o acaso lo bastante razonable para dudar de si esas crudas ideas que brotan en las mentes trastornadas no poseen en efecto, con frecuencia en sí mismas, como en su

total apariencia muestran, toda la fuerza, la realidad y demás propiedades inherentes al instinto o a la intuición.

»Era ya tarde cuando llegué a mi casa, y me metí desde luego en la cama. Mi mente, sin embargo, estaba demasiado preocupada para dormir, y pasé la noche entera sumido en la meditación. Me levanté temprano, marché presuroso a la tienda del librero y gasté allí el poco dinero que tenía en la adquisición de algunos volúmenes de mecánica y de astronomía práctica. Al llegar a mi casa felizmente con ellos, dediqué todos mis momentos de ocio a su lectura cuidadosa, e hice pronto los suficientes progresos en estudios de ese género para llevar a cabo cierto proyecto que me había inspirado el Diablo o mi buen genio. Durante aquel período de tiempo, hice todos mis esfuerzos para apaciguar a los tres acreedores que me habían proporcionado tantos disgustos. Por último, lo conseguí un tanto vendiendo una parte bastante grande del mobiliario de mi casa para satisfacer a medias sus reclamaciones, y otro tanto con la promesa de pagar la diferencia después de realizar un pequeño proyecto que tenía pensado, y para ayuda del cual solicité sus servicios. Gracias a esos medios (pues eran unos ignorantes), no encontré gran dificultad en tornarles propicios a mi propósito.

»Una vez arregladas así las cosas, me dediqué, con ayuda de mi mujer y adoptando el mayor secreto y toda clase de precauciones, a disponer del caudal que me quedaba y a reunir, por medio de pequeños préstamos y con diferentes pretextos,

una suma considerable de dinero en efectivo, sin preocuparme en absoluto (lo confieso avergonzado) de mis futuros medios de reembolso. Gracias a dichos medios acrecidos, pude conseguir, en varias veces, muselina de batista muy buena, en piezas de doce yardas cada una, guita, una provisión de barniz de caucho, una amplia y honda cesta de mimbre hecha de encargo y varios otros artículos necesarios para la construcción y el equipo de un globo de unas dimensiones extraordinarias. Encargué a mi mujer de confeccionarlo lo antes posible, y le di todas las instrucciones oportunas para el modo especial de efectuarlo. Al mismo tiempo fabriqué con la guita una red del tamaño suficiente, le adapté un cerco y las cuerdas necesarias, y adquirí numerosos instrumentos y materias para hacer experimentos en las altas regiones de la atmósfera superior. Por la noche transporté prudentemente a un sitio apartado, al este de Rotterdam, cinco barricas con flejes de hierro, que podían contener cada una unos cincuenta galones, y una sexta de mayor tamaño; seis tubos de cobre de tres pulgadas de diámetro y de cuatro pies de largo, forjados adecuadamente; cierta cantidad de una sustancia metálica

especial o de semimetal, que no nombraré, y una docena de garrafones de un ácido muy vulgar. El gas que debía resultar de estas últimas materias es un gas que no ha sido fabricado nunca hasta ahora por nadie más que por mí, o que, al menos, no ha sido nunca aplicado a semejante objeto. Lo único que

puedo aventurarme a decir aquí es que forma una de las partes constituyentes del ázoe, considerado durante tanto tiempo como irreducible, y que su densidad es unas 37,4 décimas menor que la del hidrógeno. Es insípido, pero no inodoro; arde, cuando es puro, con una llama verdosa, y es instantáneamente funesto para la vida animal. No tendría yo ningún inconveniente en revelar el secreto entero, pero pertenece en derecho (como ya he indicado antes) a un ciudadano de Nantes, en Francia, por quien me ha sido comunicado sub-conditione. Este mismo individuo me ha confiado, sin estar enterado de mis intenciones, un método para construir globos con la membrana de cierto animal, a través de cuya sustancia resulta casi imposible todo escape de gas. Aun así, me pareció ese método demasiado costoso, y, sobre todo, no era seguro, ya que la muselina de batista con una capa de caucho podía ser igualmente buena. Menciono esta circunstancia porque creo probable que el individuo en cuestión intentará en días próximos una ascensión en globo con el nuevo gas y la materia de que he hablado, y no quiero privarle del honor de un invento muy original.

»Sobre cada uno de los sitios que debía ir ocupado por las pequeñas barricadas hice en secreto un pequeño agujero; los orificios formaban de este modo un círculo de veinticinco pies de diámetro. En el centro de este círculo, que era el sitio señalado para la barrica mayor, abrí también un agujero más profundo. En cada uno de los cinco pequeños agujeros deposité

un bote conteniendo cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el grande un barrilito en el que había ciento cincuenta. Éstos — el barrilito y los botes— los uní adecuadamente por unas regueros cubiertos, y habiendo introducido en uno de los botes la punta de una mecha de unos cuatro pies de largo, tapé el agujero y coloqué la barrica encima, dejando sobresalir la otra punta de la mecha como cosa de una pulgada, apenas visible detrás de la barrica. Luego tapé los otros agujeros y puse las barricas en el sitio que les estaba destinado.

»Además de los artículos enumerados antes, transporté al dépôt y escondí allí uno de los aparatos perfeccionados de mister Grimm para la condensación del aire atmosférico. Sin embargo, descubrí que esta máquina requería una notable modificación antes de poder ser adaptada al empleo a que pretendía yo aplicarla. Pero, gracias a un duro trabajo y a una incesante perseverancia, conseguí un éxito completo en todos mis preparativos. Mi globo estuvo muy pronto terminado. Podía contener más de cuarenta mil pies cúbicos de gas; podía elevarme con facilidad, según calculé, a mí con mis utensilios, y, manejándolo convenientemente, transportar ciento setenta y cinco libras de lastre, por añadidura. Le había dado tres capas de barniz, y comprobé que la

muselina de batista sustituía perfectamente a la seda, era muy fuerte y bastante menos costosa.

»Estando todo preparado, exigí de mi mujer que me jurase guardar un secreto absoluto en relación con todos mis actos desde el día de mi primera visita a la tienda del librero, y le prometí, por mi parte, volver tan pronto como las circunstancias lo permitieran; le di algún dinero que me quedaba y me despedí de ella. En realidad, no temía nada por su lado. Era lo que la gente llama una mujer hacendosa, y podía arreglárselas sin mi ayuda en el mundo. Creo, para ser franco, que me había considerado siempre como un haragán — un simple contrapeso— que sólo servía para hacer castillos en el aire, y que no le disgustaba verse libre de mí. Era de noche oscura cuando le dije adiós, y llevando conmigo como aides-de-camp a los tres acreedores que me habían ocasionado tanta preocupación, transportamos el globo, con la barquilla y los accesorios, por un camino apartado al lugar donde estaban depositados los otros objetos. Los encontramos todos intactos, y me puse inmediatamente a la tarea.

»Estábamos a 1 de abril. La noche, como ya he dicho antes, era oscura; no se veía ni una estrella, y caía a intervalos una llovizna que nos molestaba mucho. Pero mi principal inquietud era el globo, que a pesar del barniz que lo protegía, empezaba a ponerse pesado con la humedad; la pólvora también estaba expuesta a estropearse. Hice, pues, trabajar a mis tres acreedores con gran diligencia, los mandé apilar hielo alrededor de la barrica central y agitar el ácido en las otras. A pesar de eso, no cesaban de importunarme sus preguntas para saber

qué intentaba yo hacer con todos aquellos aparatos, y manifestaban sumo descontento ante la terrible labor a que los condenaba. No comprendían (dijeron) qué iba a resultar de bueno con hacerlos mojar el pellejo sólo para que tomaran parte en tan horribles embrujos. Empecé a sentirme inquieto, y adelanté el trabajo con todas mis fuerzas, pues, en verdad, aquellos idiotas habían creído, supongo, que tenía yo firmado un pacto con el diablo, y que en cuanto ejecutaba ahora no había nada bueno. Sentía yo, por ende, un gran temor de que me abandonasen todos. Por si acaso, procuré apaciguarlos prometiendo pagarles hasta el último céntimo, no bien hubiera yo llevado a buen término aquel trabajo. Naturalmente, interpretaron a su antojo aquellos discursos, imaginándose, sin duda, que, de todas maneras, iba yo a entrar en posesión de grandes cantidades de moneda contante y sonante, y con tal de que les pagase mi deuda y un poco más, en consideración a sus servicios, me atrevo a decir que les preocupaba muy poco lo que pudiera ser de mi alma o de mis huesos.

»Al cabo de cuatro horas y media, poco más o menos, el globo estuvo suficientemente inflado. Até, pues, la barquilla a él y metí dentro todos mis utensilios: un telescopio, un barómetro con algunas modificaciones

importantes, un termómetro, un electrómetro, un compás, una brújula, un reloj con minuterio, una campana, un megáfono, etcétera, etcétera, etcétera, y también un globo de vidrio en el

que había hecho el vacío, cerrándolo con cuidado, sin olvidar el aparato condensador, un poco de cal viva, una barra de cera para sellar, una abundante provisión de agua y una gran cantidad de víveres, tales como pemmican, que contiene muchos elementos nutritivos en relación con su pequeño volumen. También coloqué en la barquilla un par de pichones y una gata.

»Estábamos cerca del amanecer, y pensé que era ya tiempo de efectuar la partida. Dejé caer, como por casualidad, un cigarro encendido sobre la tierra, y al bajarme para recogerlo aproveché la oportunidad para prender fuego a la mecha, cuya punta, como ya he dicho, sobresalía un poco por detrás del borde inferior de una de las pequeñas barricas. Esta maniobra pasó totalmente inadvertida para los tres acreedores, y saltando dentro de la barquilla corté enseguida la única cuerda que me retenía a la tierra, y vi con toda felicidad que me elevaba con una inconcebible rapidez; el globo subía con toda facilidad las ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, y hubiera sido capaz de transportar muchas más. Cuando abandoné la tierra, el barómetro marcaba treinta pulgadas, y el termómetro centígrado, diecinueve grados.

»Había yo ascendido apenas a una altura de cincuenta yardas, cuando llegó por detrás de mí, con un rugido y un estruendo espantosos, un huracán tan denso de fuego y grava, de madera y de metal ardiendo, mezclados con miembros humanos destrozados, que sentí desfallecer mi corazón y me arrojé al

fondo de la barquilla, temblando de terror. Al cabo, comprendí ahora que había cargado por completo la mina, y debía de sufrir aún las principales consecuencias de la sacudida. En efecto, en menos de un segundo sentí toda mi sangre afluir hacia mis sienes, e inmediata e inopinadamente, una conmoción, que no olvidaré nunca, estalló a través de las tinieblas, pareciendo desgarrar en dos el propio firmamento. Más tarde, cuando tuve tiempo de reflexionar, no dejé de atribuir la extraordinaria violencia de la explosión, respecto a mí, a su verdadera causa, es decir, a mi posición encima mismo de la mina y en la línea de su acción más poderosa. Pero en aquel momento no pensé más que en salvar mi vida. Primero el globo se aplastó, luego se dilató de un modo furioso, después se puso a dar saltos con una velocidad vertiginosa, y, por último, vacilando y rodando como un hombre borracho, me lanzó por el borde de la barquilla, dejándome colgado, a una altura espantosa y con la cabeza hacia abajo, de un trozo de cuerda muy delgada que tendría unos tres pies de largo y que pendía, por casualidad, entre una ranura cerca del fondo de la cesta de mimbre, y en la cual mi pie izquierdo se enganchó providencialmente en mi caída. Es imposible, de todo punto imposible, hacerse una idea exacta del horror de mi situación. Abría yo una boca convulsa para respirar; un temblor parecido a un acceso de fiebre sacudió

todos los nervios y todos los músculos de mi ser; sentí mis ojos salirse de las órbitas, una horrible náusea me invadió, y a la postre me desmayé y perdí el conocimiento en absoluto.

»Me sería imposible decir cuánto tiempo permanecí en aquel estado. Sin embargo, debió de transcurrir bastante, pues cuando recobré en parte el uso de los sentidos vi que despuntaba el día; el globo se encontraba a una prodigiosa altura sobre la inmensidad del océano, y en los límites de aquel vasto horizonte, hasta donde podía alcanzar mi vista, no divisaba yo ni rastro de tierra. Mis sensaciones, empero, después de haber vuelto en mí, no eran tan extrañamente dolorosas como yo esperaba. En realidad, había mucho de locura en la contemplación plácida con que examiné al principio mi situación. Puse mis manos ante mis ojos una tras otra, y me pregunté con asombro qué accidente podía haber hinchado mis venas y ennegrecido de tan horrible manera mis uñas. Luego examiné con cuidado mi cabeza, la moví varias veces, y la palpé con minuciosa atención hasta estar seguro de que, por fortuna, no era, tal como había sido mi horrible idea, más gruesa que el globo. Luego, con la costumbre de un hombre que sabe dónde están sus bolsillos, palpé los dos de mis calzones, y al notar que había perdido mi cuadernito y mi estuche de mondadientes, me esforcé por darme cuenta de su desaparición, y no pudiendo conseguirlo, experimenté una pena indecible. Parecióme entonces que sentía un vivo dolor en el

tobillo del pie izquierdo, y una oscura conciencia de mi situación comenzó a despuntar en mi espíritu.

»Pero, ¡cosa extraña!, no sentí ni asombro ni terror. Si algo experimenté fue una especie de satisfacción o de alivio al pensar en la habilidad que me sería necesario desplegar para salir de aquella singular alternativa, y no dudé un segundo de mi salvación definitiva. Durante algunos minutos permanecí sumido en la más profunda meditación. Recuerdo con precisión que apreté a menudo los labios, que puse el índice sobre un lado de mi nariz, y que realicé los gestos y muecas habituales en las gentes que, instaladas muy a gusto en su sillón, meditan sobre materias embrolladas o importantes. Cuando creí haber reagrupado lo suficiente mis ideas, llevé con la mayor cautela y deliberación mis manos a la espalda y desabroché la gruesa hebilla de hierro en que terminaba la cintura de mi pantalón. Aquella hebilla tenía tres dientes que, por estar un poco mohosos, giraban con dificultad sobre su eje. No obstante, a fuerza de paciencia, los puse en ángulo recto con el núcleo de la hebilla, y vi con alegría que permanecían firmes en aquella posición. Sosteniendo entre mis dientes aquella especie de instrumento, me dediqué a desatar el lazo de mi corbata. Me vi obligado a descansar más de una vez antes de haber efectuado esa maniobra; pero, finalmente, lo conseguí. En una de las puntas de la corbata sujeté la hebilla, y para mayor seguridad até apretada la otra punta alrededor de mi puño. Estirando entonces mi cuerpo hacia arriba, con un prodigioso esfuerzo

muscular, logré a la primera prueba lanzar la hebilla por encima de la

barquilla y engancharla, como preveía, en el reborde circular del mimbre.

»Mi cuerpo estaba ahora torcido hacia el costado de la barquilla, formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados; pero no debe entenderse que por eso estuviese yo sólo a cuarenta y cinco grados por debajo de la perpendicular. Lejos de ello, estaba colocado aún casi al nivel del plano del horizonte, pues el cambio de posición que había conseguido hizo forzosamente alejarse mucho el fondo de la barquilla de mi posición, que era, por tanto, de inminente y gran peligro. Pero debe recordarse que, cuando caía de la barquilla al principio, caí con la cara vuelta hacia el globo en vez de volverla al lado opuesto, como la tenía ahora, o, en segundo lugar, que la cuerda de la que colgaba hubiese pendido por casualidad sobre el reborde superior, en vez de pasar por una hendidura del fondo de la barquilla; y así, digo, puede concebirse sin esfuerzo que, en ambas hipótesis, me habría sido imposible realizar lo que luego efectué, y las revelaciones presentes se habrían perdido por completo para la posteridad. Tenía yo así todas las razones para estar agradecido, aunque, en realidad, me sentía harto estupefacto para hacer nada, y permanecí colgado un cuarto de hora acaso en aquella extraordinaria situación, sin intentar de nuevo el más ligero esfuerzo, y en un singular y

tranquilo estado de placentera idiotez. Pero este sentimiento se disipó al punto, siendo sustituido por el horror y la congoja, y por una sensación de absoluta impotencia y de perdición. El caso era que la sangre acumulada tanto tiempo en los vasos de mi cabeza y garganta, y que había mantenido hasta el momento mi estado de ánimo en un delirio, empezaba ya a retirarse a sus propios conductos, y la clarividencia que iba yo recobrando aumentaba mi percepción del peligro, sirviendo no más para privarme de la serenidad y del valor de afrontarlo. Pero, por fortuna para mí, aquel decaimiento no fue de larga duración. Sentí a tiempo la energía de la desesperación, y con gritos y esfuerzos frenéticos, di sacudidas hacia arriba, hasta que por fin, asiéndome al borde tan deseado con garras como tornillos, retorcí mi cuerpo por encima y caí de cabeza y palpitante dentro de la barquilla.

»Sólo después de algún tiempo tuve el suficiente dominio de mí mismo para dedicar mis cuidados al globo. Entonces lo examiné con atención y lo encontré, para mayor alivio mío, incólume. Todos mis utensilios estaban a salvo, y, por suerte, no había yo perdido ni lastre ni provisiones. Claro que los había sujetado tan bien en sus sitios, que estaba fuera de toda posibilidad un accidente parecido. Miré mi reloj: marcaba las seis. Seguí elevándome rápido, y el barómetro señalaba a la sazón una altura de tres millas y tres cuartos. Debajito de mí aparecía en el océano un pequeño objeto negro, de forma un tanto oblonga, en apariencia del tamaño de una ficha de

dominó y muy parecido en todos los aspectos a una pieza de éstas. Dirigí mi telescopio hacia él, y vi con claridad que era un barco inglés de noventa y cuatro cañones, navegando de bolina, cabeceando pesadamente en el mar con la proa hacia el

oeste-sur-oeste. Excepto ese barco, no vi nada más que el océano y el cielo, y el sol, que había salido mucho antes.

»Es ya hora de que explique a vuestras excelencias el objeto de mi viaje. Vuestras excelencias se dignarán recordar que mi angustiosa situación en Rotterdam me había impulsado por fin a decidir suicidarme. No era, con todo, que sintiese una repugnancia positiva por la vida misma, sino que estaba acosado indeciblemente por las miserias accidentales de mi situación. En tal estado de ánimo, deseando vivir, y a la par cansado de la vida, el tratado que encontré en la tienda del librero, apoyado por el descubrimiento oportuno de mi primo de Nantes, abrió un recurso a mi imaginación. Adopté el cabo una resolución. Decidí partir, pero vivir; abandonar el mundo, pero seguir existiendo; en una palabra, suprimiendo enigmas, decidí, sin preocuparme del resto, abrirme paso, si podía, hasta la Luna. Ahora, para que no se me suponga más loco de lo que soy, voy a detallar lo mejor que pueda las consideraciones que me indujeron a creer que una hazaña de esa naturaleza, aunque difícil, sin duda, y llena de peligros, no estaba, para un espíritu osado, totalmente fuera de los límites de lo posible.

»Lo primero a considerar era la distancia verdadera de la Luna a la Tierra. Ahora bien: el espacio medio o aproximativo entre los centros de los dos planetas es 599.643 veces el radio ecuatorial de la Tierra, o sea alrededor de unas 237.000 millas. Digo el espacio medio o aproximativo; pero debe tenerse en cuenta que, al ser la forma de la órbita lunar una elipse de una excentricidad que asciende a no menos de 0,05484 milésimas del mayor semieje de esa misma elipse, y como el centro de la Tierra está situado en ese foco, si podía yo de alguna manera ingeniármelas para encontrar la Luna en su perigeo, la distancia antes mencionada disminuiría de un modo notable. Pero, dejando por ahora esa posibilidad, era indudable que, en todo caso, tenía yo que deducir de las 237.000 millas el radio de la Tierra, es decir, 4.000, y el radio de la Luna, es decir, 1.080; en total, 5.080, quedando por franquear un espacio aproximado de 231.920 millas. Pensé entonces que no era ésta una distancia tan extraordinaria. Se han hecho varias veces sobre la Tierra viajes a una velocidad de sesenta millas por hora, y en realidad podría llegarse a una velocidad mucho mayor. Pero, aun a esa velocidad, no necesitaría yo más de ciento sesenta y un días para alcanzar la superficie de la Luna. Había, sin embargo, muchas circunstancias que me inducían a creer que la velocidad aproximada de mi viaje excedería posiblemente en mucho de la de sesenta millas por hora, y como esas consideraciones produjeron en mí una profunda impresión, las mencionaré con más amplitud después.

»El siguiente punto a examinar era de mucha mayor importancia. Conforme a las indicaciones proporcionadas por el barómetro, sabemos que, en las ascensiones desde la superficie de la Tierra, a una altura de 1.000 pies,

dejamos debajo de nosotros como cosa de una trigésima parte de masa entera de aire atmosférico; que a los 10.600 pies llegamos, poco más o menos, a un tercio, y que a los 18.000, que casi es la altura del Cotopaxi, hemos superado la mitad de esa masa, o en todo caso, la mitad de lo ponderable, es decir, de la masa de aire situada sobre nuestro globo. Se ha calculado también que a una altura que no exceda de la centésima parte del diámetro terrestre —es decir, que no sobrepase las ochenta mil millas— la rarefacción será tan excesiva, que la vida animal no podrá mantenerse de ningún modo, y, además, que los medios más delicados que tenemos de averiguar la presencia de la atmósfera resultarán inadecuados para que comprobemos su existencia. Pero no dejé de observar que estos últimos cálculos estaban por entero basados sobre nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire, y sobre las leyes mecánicas que regulan su dilatación y compresión en lo que puede llamarse, hablando comparativamente, la proximidad inmediata de la propia Tierra; y al mismo tiempo se considera comprobado que la vida animal es y debe ser, en lo esencial, incapaz de modificación a una distancia cualquiera dada, inaccesible desde la superficie. Ahora bien: todo

razonamiento semejante, y conforme a tales datos, debe, por supuesto, ser sólo analógico. La mayor altura alcanzada por el hombre es la de 25.000 pies, a la que llegó la expedición aeronáutica de los señores Gay-Lussac y Biot. Es una altura mediana aún, comparada con las ochenta millas en cuestión, y yo no podía impedirme de pensar que el tema permitía un lugar para la duda y una gran amplitud para la especulación.

»Pero, en verdad, suponiendo una ascensión realizada a una altura cualquiera dada, la cantidad de aire ponderable superada en cualquier otra ascensión ulterior no está de ningún modo en proporción con la altura adicional alcanzada (como se puede ver bien claro por lo expuesto antes), sino en una razón que disminuye sin cesar. Es, por tanto, evidente que, al elevarnos a la mayor altura posible, no podemos, literalmente hablando, llegar al límite más allá del cual no existe atmósfera. Debe existir, opiné, aunque pueda existir en un estado de rarefacción infinita.

»Por otra parte, sabía yo que no faltan argumentos para probar la existencia de un límite real y determinado de la atmósfera, más allá del cual no hay en absoluto aire alguno. Pero una circunstancia ha sido desechada por quienes sostienen la existencia de semejante límite, que me parecía no sólo una refutación positiva de sus doctrinas, sino un punto digno de una seria investigación. Comparando los intervalos entre las sucesivas llegadas del cometa Encke a su perihelio, después de reconocer de la manera más exacta todas las perturbaciones

debidas a la atracción de los planetas, vemos que los períodos disminuyen poco a poco, es decir, que el eje mayor de la elipse del cometa va reduciéndose con un lento pero muy regular decrecimiento. Ahora bien: éste es el caso preciso que debe ser, si suponemos que el cometa sufre una resistencia por un medio etéreo sumamente raro que penetra las regiones

de su órbita. Porque es obvio que un medio tal debe, retardando la velocidad del cometa, aumentar su fuerza centrípeta y debilitar su fuerza centrífuga. En otras palabras, la atracción del Sol llegaría a alcanzar una potencia sin cesar mayor, y el cometa se acercaría más a cada revolución. Al fin y al cabo, no hay otro medio de darse cuenta de la variación en cuestión.

»Pero, además, se ha observado que el diámetro real de la nebulosa de dicho cometa se contrae rápido al acercarse al Sol, y se dilata con igual rapidez en su partida hacia su afelio. ¿No tenía yo razón al suponer, con el señor Valz, que esa aparente condensación de volumen debe su origen a la compresión de ese medio etéreo del que hablé antes y cuya densidad está en proporción con la proximidad al Sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, llamado también luz zodiacal, era un tema digno de atención. Esta radiación, tan visible en los trópicos, y que no puede confundirse con ninguna otra luz meteórica, se extiende oblicua desde el horizonte y sigue en general la dirección del ecuador del Sol. Parecíame evidente que era de la

naturaleza de una rara atmósfera que se extendía desde fuera del Sol hasta más allá de la órbita de Venus por lo menos, e incluso, creía yo, infinitamente más lejos. En realidad, no podía yo suponer que ese medio estuviese limitado por la línea de la elipse del cometa, o por la inmediata proximidad del Sol. Era fácil, por el contrario, imaginar que penetraba todas las regiones de nuestro sistema planetario, condensado alrededor de los planetas en lo que llamamos atmósfera, y quizá modificado en alguno de ellos por consideraciones de puro carácter geológicas, es decir, modificado o variado en sus proporciones (o en su naturaleza esencial) por las materias volatilizadas desde sus respectivos globos.

»Habiendo adoptado esta opinión sobre el tema, no tenía ya que sentir ninguna vacilación. Suponiendo que en mi paso encontrase una atmósfera esencialmente igual a la de la superficie de la Tierra, pensé que, por medio del muy ingenioso aparato de mister Grimm, me sería fácil condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración. Esto apartaba el principal obstáculo en un viaje a la Luna. Había yo gastado de hecho algún dinero y un gran esfuerzo en adaptar el aparato al fin propuesto, y consideraba, confiado, su satisfactoria aplicación, si podía efectuar el viaje en un período de tiempo razonable. Esto me lleva de nuevo a hablar de la velocidad en que era posible hacer dicho viaje.

»Es sabido que los globos, en la primera etapa de sus ascensiones desde la Tierra, se elevan a una velocidad

comparativamente moderada. Ahora bien: el poder de elevación consiste por entero en la pesadez superior del aire atmosférico comparado con el gas del globo, y a primera vista, no parece probable que el globo, a medida que alcanza altura y llega, por tanto, sucesivamente a las capas atmosféricas de densidades que disminuyen con

rapidez, no parece en absoluto razonable, repito, que en su marcha ascendente pueda acelerar su velocidad original. Por otra parte, no recordaba yo que en ninguna ascensión registrada se hubiera comprobado una disminución aparente en la velocidad absoluta de ascenso, aunque hubiese podido ser ése el caso, a causa nada más que de la fuga de gas a través de globos mal confeccionados y barnizados con una materia no mejor que el barniz ordinario. Parecía, por ende, que el efecto de ese escape era tan sólo suficiente para compensar el efecto de la aceleración adquirida por el globo al disminuir la distancia desde el centro de gravitación. Consideré entonces que, con tal que en mi trayectoria encontrase el medio que había imaginado, y con tal que resultase esencialmente igual al del que denominamos aire atmosférico, importaba poco, en cierto modo, que lo encontrase en un estado extremo de rarefacción, es decir, en relación con mi fuerza ascensional, pues el gas en el globo no sólo estaría sometido a una rarefacción semejante (y en este caso no tendría yo más que dejar escapar una cantidad suficiente para prevenir una

explosión), sino que, siendo como era, debía, en todo caso, resultar siempre específicamente más ligero que cualquier compuesto de puro nitrógeno y oxígeno. Tenía, pues, una probabilidad —bien mirado, una gran probabilidad

— de no alcanzar en ninguna etapa de mi ascensión un punto en que los pesos

reunidos de mi inmenso globo, del gas inconcebiblemente raro que encerraba, de la barquilla con su contenido, fuesen iguales al peso de la masa de atmósfera circundante desplazada, y se comprende sin trabajo que era ésta la única condición que podía detener mi vuelo ascensional. Pero, si alcanzaba yo alguna vez ese punto, podría utilizar el lastre y otros pesos, que sumaban cerca de trescientas libras. Al mismo tiempo, la fuerza de gravitación debía disminuir sin cesar en razón al cuadrado de las distancias, y así, con una velocidad prodigiosamente acelerada, debía yo, por último, llegar a esas lejanas regiones en que la fuerza de atracción de la Tierra sería sustituida por la de la Luna.

»Había otra dificultad, empero, que me causaba una ligera inquietud. Se ha observado que en las ascensiones en globo a una altura considerable, además de la molestia de la respiración, se experimenta un gran malestar en la cabeza y en el cuerpo, acompañado con frecuencia de epistaxis y de otros síntomas alarmantes por el estilo, estado que se hace más y más molesto cuanto mayor altura se alcanza. Era una reflexión de un carácter un tanto sobrecogedor, ¿no sería probable que

esos síntomas aumentasen hasta terminar en la muerte misma? Pensé, por último, que no. Había que buscar su origen en la desaparición progresiva de la acostumbrada presión atmosférica sobre la superficie del cuerpo, y en la consiguiente distensión de los vasos sanguíneos superficiales, y no en una real desorganización del sistema animal, como en el caso de dificultad de respiración, en que la densidad atmosférica es químicamente insuficiente para la renovación debida de la sangre en un

ventrículo del corazón. Salvo en el caso de que faltase esa renovación, no veía yo razón, por consiguiente, para que la vida no se mantuviera hasta en el vacío, pues la expansión y la compresión del pecho vulgarmente llamada respiración, es un puro acto muscular, y la causa y no el efecto de la respiración. En una palabra: imaginaba yo que, al acostumbrarse el cuerpo a la carencia de presión atmosférica, esas sensaciones dolorosas debían disminuir poco a poco, y para soportarlas mientras durasen, confiaba en la férrea temeridad de mi constitución.

»He detallado, pues, si les place a vuestras excelencias, algunas —de ningún modo todas— de las consideraciones que me indujeron a idear el proyecto de un viaje a la Luna. Voy ahora a exponerles el resultado de una tentativa cuya concepción es en apariencia tan audaz, y en todo caso, enteramente sin igual en los anales de la Humanidad.

»Habiendo alcanzado la altura antes indicada —es decir, tres millas y tres cuartos—, arrojé desde la barquilla una cantidad de plumas, y vi por ellas que seguía subiendo con la suficiente rapidez; no había, pues, necesidad de descargar lastre alguno. Esto me alegró, pues deseaba conservar en mi poder tanto lastre como pudiera llevar, por la razón obvia de que no poseía ninguna certeza acerca de la gravitación o de la densidad atmosférica de la Luna. No sentía, sin embargo, ningún malestar, respiraba con gran libertad y no experimentaba dolor alguno en la cabeza. La gata estaba acostada, muy formal, sobre mi chaqueta, que me había quitado, y miraba a los pichones con un aire de nonchalance. Estos últimos, atados por una pata para evitar que se escapasen, estaban ocupados con diligencia en picotear algunos granos de arroz esparcidos para ellos en el fondo de la barquilla.

»A las seis y veinte minutos el barómetro marcaba una altura de 26.400 pies, o sea cinco millas, poco más o menos. La perspectiva parecía infinita. Realmente, érame muy fácil calcular, por medio de la geometría esférica, la gran extensión del área terrestre que contemplaba yo ahora. La superficie convexa de cualquier segmento de la esfera es a la superficie entera de la esfera misma como el senoverso del segmento al diámetro de la esfera. Ahora bien: en mi caso, el senoverso —es decir, el espesor del segmento situado debajo de mí— era, como quien dice, igual a mi elevación o a la elevación del punto de mira sobre la superficie. La proporción de cinco millas a

ocho mil podría expresar, por tanto, el área terrestre que veía yo. En otras palabras: divisaba como la dieciseisava parte de la superficie del globo. El mar aparecía bruñido como un espejo, aunque con ayuda del telescopio pude percibir que se hallaba en un estado de violenta agitación. El barco ya no se veía, habiendo ido a la deriva, al parecer, hacia el este. Comencé entonces a experimentar un agudo dolor en la cabeza, sobre todo alrededor de los oídos, aun respirando con mediana libertad. La gata y los pichones no parecían sentir molestia alguna.

»A las siete menos veinte el globo penetró en unas largas series de nubes densas que me causaron un gran trastorno, por alterar mi aparato condensador y mojar mi piel; aquello era, con seguridad, una singular rencontre, pues no creía yo que una nube de tal naturaleza pudiese mantenerse a una altura tan grande. Pensé, no obstante, que lo mejor era arrojar dos piezas de lastre de cinco libras cada una, conservando aún ciento sesenta y cinco libras. Gracias a lo cual superé pronto aquella dificultad y noté inmediatamente que había logrado un gran aumento en mi velocidad de ascensión. Segundos después que salí de la nube, un relámpago de viva luz la traspasó de punta a cabo y la inflamó en su vasta extensión, como si fuese una masa de carbón ígneo. Debe recordarse que esto sucedió en pleno día. No puede imaginarse con ninguna descripción la sublimidad de semejante fenómeno desplegándose en la

oscuridad de la noche. El propio infierno hubiera encontrado allí una imagen adecuada. Tal como era, me puso los cabellos de punta, mientras contemplaba yo a lo lejos los abismos abiertos; dejé sumirse mi imaginación y vagar en torno a extrañas bóvedas, simas purpúreas y grietas rojizas y lívidas de un horrendo e insondable fuego. De buena me había librado en realidad. Si el globo hubiese permanecido un poco más dentro de la nube, es decir, si el malestar no me hubiera decidido a arrojar el lastre, mi destrucción debería ser

—y, probablemente, habría sido consecuencia de aquello. Tales peligros,

aunque se tomen en poca consideración, son acaso los mayores que pueden encontrarse en globo. Había yo, con todo, alcanzado entre tanto una altura tan grande, que no podía ya sentir inquietud sobre este punto.

»Me elevaba entonces con rapidez, y a las siete el barómetro marcaba una altura no menor de nueve millas y media. Empecé a experimentar una gran dificultad para respirar. Mi cabeza me hacía también sufrir mucho, y habiendo sentido desde hacía algún tiempo humedad sobre mis mejillas, descubrí al cabo que era sangre que manaba sin cesar del tímpano de mis oídos. Mis ojos también me producían una gran inquietud. Al pasar la mano sobre ellos, parecióme que se habían salido de sus órbitas hasta un grado bastante considerable, y todos los objetos de la barquilla, y hasta el globo mismo, aparecían deformados ante mi vista. Estos síntomas superaban los que yo

esperaba, y me causaban cierta alarma. En semejante coyuntura, con notoria imprudencia y sin reflexionar, arrojé fuera de la barquilla tres piezas de lastre de cinco libras cada una. La velocidad de ascensión que logré me llevó con demasiada rapidez, sin la suficiente gradación, a una alta y enrarecida capa de atmósfera, lo cual estuvo a punto de tener un resultado fatal para mi expedición y para mí mismo. Me sentí invadido de repente por un espasmo que duró más de cinco minutos, y hasta cuando hubo cesado en parte, no pude recobrar la respiración sino a largos intervalos y de una manera entrecortada, sangrando copiosamente por nariz y oídos, y hasta ligeramente por los ojos.

Los pichones parecían presa de una angustia suma y pugnaban por escapar, mientras la gata maullaba de lastimoso modo, y con la lengua fuera, se tambaleaba de una parte a otra en la barquilla como bajo los efectos de un veneno. Descubrí entonces demasiado tarde la gran imprudencia que había cometido al descargar el lastre, y mi agitación se hizo excesiva. Preveía yo nada menos que la muerte dentro de unos minutos. El sufrimiento físico que experimentaba contribuía también a hacerme casi incapaz de cualquier esfuerzo para salvar mi vida. En realidad, me quedaba apenas fuerza para reflexionar, y la violencia del dolor que sentía en la cabeza parecíame aumentar en grande. Noté que mis sentidos iban pronto a abandonarme, y cogía ya una de las cuerdas de la válvula, cuando el recuerdo

de la mala pasada que había jugado a los tres acreedores, y las posibles consecuencias que podía tener para mí mismo si volvía, me asustaron y detuvieron por el momento. Me tendí en el fondo de la barquilla y me esforcé por reunir mis facultades. Lo conseguí en parte, y decidí intentar el experimento de una sangría. Aun así, no teniendo lanceta, me vi obligado a realizar la operación lo mejor que pude, y por último lo logré, abriéndome una vena en el brazo izquierdo con la hoja de mi cortaplumas. Apenas había comenzado a manar la sangre, cuando experimenté un sensible alivio y después, cuando hube perdido como la mitad de una jofaina de tamaño corriente, llena, muchos de los peores síntomas habían desaparecido por completo. Con todo, no creí prudente ponerme desde luego en pie; pero, habiendo vendado mi brazo lo mejor que pude, permanecí tumbado cerca de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo me levanté, y me sentí más libre de todo dolor del que lo había estado durante la última hora y cuarto de mi ascensión. La dificultad para respirar, sin embargo, había disminuido muy poco, y pensé que pronto iba a ser de todo punto necesario hacer uso de mi condensador. Entretanto, al mirar hacia la gata, que se había vuelto a colocar cómodamente sobre mi gabán, descubrí con infinita sorpresa que había aprovechado la oportunidad para dar a luz una camada de tres gatitos. Era, por mi parte, una cosa inesperada aquel aumento del número de pasajeros; pero el incidente me complació. Me proporcionaba una ocasión de comprobar la verdad de una conjetura que me había impulsado más que

ninguna otra a intentar aquella ascensión. Había yo imaginado que la resistencia habitual a la presión atmosférica en la superficie de la Tierra era la causa, o poco menos, del dolor que ataca la existencia animal a cierta distancia sobre esa superficie. Si los gatitos sufrían ese malestar en un grado igual que su madre, debía yo considerar mi teoría falsa; pero podía considerar lo contrario como una poderosa confirmación de mi idea.

»A las ocho había yo alcanzado ya una altura de diecisiete millas sobre la superficie de la Tierra. Por eso me pareció evidente que no sólo había aumentado mi velocidad ascensional, sino que tal aumento hubiera sido perceptible en cierto modo, aunque no hubiese yo descargado el lastre como

había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos volvían por intervalos con violencia, y hasta seguí a ratos sangrando por la nariz; pero, en general, sufría mucho menos de lo que esperaba. No obstante, de minuto en minuto mi respiración se hacía más difícil, y cada inhalación iba seguida de un penoso movimiento espasmódico del pecho. Desempaqueté entonces el aparato condensador y lo preparé para que funcionase inmediatamente.

»El aspecto de la Tierra, en aquel período de mi ascensión, era de veras magnífico. Al oeste, al norte y al sur, tan lejos como alcanzaba mi vista, extendíase una sábana infinita de mar

tranquilo en apariencia, que a cada momento tomaba un tono azul más intenso. A una gran distancia al este, aunque perfectamente visible, se alargaban las islas Británicas, las costas enteras atlánticas de Francia y España, así como una pequeña parte del norte del continente africano. No se descubría señal de los edificios particulares, y las orgullosas ciudades de la Humanidad habían desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

»Lo que me asombró sobre todo en el aspecto de las cosas por debajo de mí era la aparente concavidad de la superficie del globo. Esperaba yo, de bastante irreflexiva manera, ver su convexidad real manifestarse con evidencia al ir ascendiendo; pero una ligera reflexión fue suficiente para explicar esa contradicción. Una línea, tirada desde mi posición perpendicularmente a la Tierra, hubiese formado la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base se habría extendido desde el ángulo recto al horizonte, y la hipotenusa, desde el horizonte a mi posición. Pero la altura a que me encontraba era poco o nada en comparación con mi perspectiva. En otras palabras: la base y la hipotenusa del supuesto triángulo eran tan largas comparadas con la perpendicular, que las dos podían ser consideradas como casi paralelas. De este modo el horizonte del aeronauta parece siempre estar al nivel de su barquilla. Pero como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece, y está, en efecto, a una gran distancia por debajo de él, le parece, por

supuesto, también a una gran distancia por debajo del horizonte. De aquí la impresión de concavidad, y esta impresión durará hasta que la elevación se encuentre en relación con la perspectiva en una proporción tal, que el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa desaparezca.

»Los pichones parecían sufrir muchísimo; decidí ponerlos en libertad. Desaté uno de ellos primero, un soberbio pichón gris asalmonado, y le coloqué sobre el borde de la barquilla. Parecía sumamente desasosegado, miraba con ansiedad a su alrededor, aleteaba, exhalaba un arrullo muy acentuado, pero no podía decidirse a lanzarse fuera de la barquilla. Por último le cogí y le arrojé a una media docena de yardas del globo. Sin embargo, lejos de descender como yo esperaba, hizo esfuerzos vehementes para volverse atrás, lanzando al mismo tiempo chillidos muy agudos y penetrantes. Al fin consiguió recobrar

su primera posición sobre el borde de la cesta; pero, apenas se hubo posado allí, inclinó la cabeza sobre la pechuga y cayó muerto al fondo de la barquilla. El otro no tuvo una suerte tan desgraciada. Para impedir que siguiese el ejemplo de su compañero y que retrocediera, le arrojé hacia abajo con toda mi fuerza, y vi con placer que seguía bajando a una gran velocidad, haciendo uso de sus alas con facilidad y de un modo normal por completo. En muy poco tiempo estuvo fuera del alcance de mi vista, y no dudo que llegase salvo a buen puerto. En cuanto a la gata, que parecía haberse recobrado en gran

parte de su mal, se daba ahora una sabrosa comilona con el ave muerta, y luego se durmió con gran satisfacción aparente. Los gatitos estaban llenos de vida y no manifestaban la más pequeña señal de malestar.

»A las ocho y cuarto, no pudiendo ya respirar sin un dolor intolerable, comencé enseguida a ajustar alrededor de la barquilla el aparato perteneciente al condensador. Este aparato requiere una ligera explicación, y vuestras excelencias se dignarán recordar que mi finalidad, en primer término, era encerrarme por entero, yo y la barquilla, y parapetarme contra la atmósfera enrarecida con exceso en el seno de la cual existía, con el propósito de introducirme dentro de aquella barricada, por medio de mi condensador, una cantidad de aquella misma atmósfera lo bastante condensada para las necesidades de la respiración. Con este objeto había yo preparado un amplio saco de caucho muy flexible y sólido, impermeable en absoluto. La barquilla entera se encontraba en cierto modo colocada dentro de aquel saco, cuyas dimensiones habían sido calculadas para ese fin. Es decir, que pasaba (el saco) por debajo del fondo de la barquilla, se extendía sobre sus bordes y subía por fuera a lo largo de las cuerdas hasta el cerco o aro en que la red estaba sujeta. Habiendo desplegado así el saco y después de cerrarlo herméticamente por todos lados, había ahora que sujetar su parte alta o abertura, haciendo pasar el tejido de caucho por encima del aro, o en otras palabras, entre la red y el aro. Pero, si desprendía la red del cerco para abrir ese paso, ¿cómo podría

sostenerse la barquilla? Ahora bien: la red no estaba ajustada al aro de una manera permanente, sino atada por una serie de abrazaderas movibles o de nudos corredizos. No deshice, pues, más que un corto número de dichas abrazaderas a la vez, dejando la barquilla suspendida por las otras. Habiendo hecho pasar lo que pude de la parte superior del saco, até de nuevo las abrazaderas, no al cerco, pues la interposición de la envoltura de caucho hacía eso imposible, sino a una serie de gruesos botones fijados en la envoltura misma, a tres pies, o cosa así, por debajo de la abertura del saco, los intervalos entre los botones correspondiendo a los intervalos entre las abrazaderas. Hecho esto, desaté del aro algunas abrazaderas más, introduje una nueva porción de la envoltura, y las abrazaderas desatadas quedaron a su vez sujetas a sus botones respectivos. De este modo podía yo hacer pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro. Es evidente que el aro debía desde aquel

momento caer en la barquilla, puesto que todo el peso de la barquilla y de su contenido estaba ya sólo soportado por la fuerza de los botones. A primera vista, este sistema podía no ofrecer suficiente garantía; pero no había razón alguna para desconfiar de él, pues no sólo los botones eran sólidos por sí mismos, sino que, además, estaban tan juntos, que cada uno no soportaba, en realidad, más que una parte muy ligera del peso total. Aunque la barquilla y su contenido hubiesen pesado tres

veces más, no me habría preocupado ni por asomo. Levanté entonces el aro a lo largo de la envoltura de caucho y lo sostuve en tres pértigas ligeras, preparadas para ese objeto. Esto lo hacía, naturalmente, para mantener el saco distendido por arriba, conservando la parte inferior de la red en la posición deseada. No me quedaba ya más que atar la abertura del saco, lo cual realicé con facilidad reuniendo los pliegues del caucho y retorciéndolos con fuerza juntos por medio de una especie de torniquete fijo.

»Sobre los lados de la envoltura así desplegada alrededor de la barquilla había yo hecho adaptar tres hojas de vidrio redondas, muy gruesas, pero muy transparentes, a través de las cuales podía ver bien alrededor mío en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que formaba el fondo había una cuarta ventana análoga, correspondiendo a una pequeña abertura hecha en el fondo de la barquilla misma. Ésta me permitía mirar perpendicularmente por debajo de mí. Pero me había sido imposible adaptar una invención semejante encima de mi cabeza, a causa de la manera especial con que me veía obligado a cerrar la abertura y los numerosos pliegues que en ella se formaban; renuncié, pues, a ver los objetos situados en dirección de mi cenit. Pero era aquélla una cosa sin importancia, pues aunque hubiese podido colocar una ventana encima de mí, el globo mismo me habría impedido utilizarla.

»A un pie, aproximadamente, por debajo de una de las ventanas laterales, había una abertura circular de tres pulgadas

de diámetro con un reborde de cobre, preparada por dentro para adaptarse a la espiral de un tornillo. En dicho reborde se atornillaba el ancho tubo del condensador; el cuerpo de la máquina estaba, por supuesto, colocado en la cámara de caucho. Haciendo el vacío en el cuerpo de la máquina, se atraía a ese tubo una masa de atmósfera circunvecina, enrarecida, que desde allí era descargada en estado de condensación y mezclada con el aire sutil contenido ya en la cámara. Esta operación, repetida varias veces, llenaba por fin la cámara de una atmósfera suficiente para las necesidades de la respiración. Pero en un espacio tan estrecho como aquél debía necesariamente, al cabo de muy breve tiempo, viciarse y hacerse inadecuada a la vida por su contacto frecuente con los pulmones. Era entonces expulsada por una pequeña válvula puesta en el fondo de la barquilla, precipitándose con rapidez el aire denso en la atmósfera enrarecida. Para evitar en un momento dado el inconveniente de un vacío total en la cámara, esa depuración no debía realizarse nunca de una sola vez, sino

por grados, no permaneciendo abierta la válvula sino unos segundos, volviendo a cerrarse luego, hasta que uno o dos golpes de bomba del condensador habían sustituido la atmósfera expulsada. Por afición a los experimentos había yo metido a la gata y sus crías en un cestillo, colgándolos por fuera de la barquilla con un botón, colocado junto al fondo, muy cerca de la válvula, a través de la cual podía pasarles el

alimento cuando era menester. Hice esto antes de cerrar la abertura de la cámara, y no sin un pequeño riesgo, pues me fue preciso, para llegar a la parte de debajo de la barquilla, emplear una de las pértigas de que he hablado, en la cual había fijado un gancho. No bien el aire condensado hubo penetrado en la cámara, el arco y las pértigas resultaron inútiles; la expansión de la atmósfera allí encerrada distendió fuertemente el caucho.

»Cuando hube terminado todos esos arreglos y llenado la cámara de aire condensado, eran las nueve menos diez. Durante todo el tiempo empleado en esas operaciones, me había hecho sufrir de un modo horrible la dificultad para respirar, y me arrepentí con amargura de la negligencia o más bien de la increíble imprudencia de la cual era culpable al dejar para el último momento una cuestión de tanta importancia. Pero, habiéndola realizado al fin, comencé a recoger muy pronto los beneficios de mi invención. Respiré de nuevo con una libertad y una facilidad perfectas; y en resumidas cuentas, ¿por qué no iba a ser así? Me sentí también gratamente sorprendido de encontrarme muy aliviado de los vivos dolores que me habían atormentado hasta entonces. Un ligero dolor de cabeza, acompañado de una sensación de plenitud o de distensión alrededor de las muñecas, los tobillos y la garganta, era, poco más o menos, de cuanto podía quejarme ahora. Parecía evidente, por tanto, que una gran parte del malestar originado por la eliminación de la presión atmosférica se había disipado

en absoluto, y casi todos los dolores que yo sólo había sufrido durante las dos últimas horas debían ser atribuidos sólo a los efectos de la respiración insuficiente.

»A las nueve menos veinte —es decir, poco tiempo después de haber cerrado la abertura de mi cámara— el mercurio alcanzó su límite extremo y cayó otra vez en la cubeta del barómetro, que, como he indicado antes, era de buen tamaño. Marcaba entonces una altura de 132.000 pies, o sea veinticinco millas, y, por consiguiente, mi morada en aquel momento abarcaba no menos de la trescientos vigésima parte de la superficie total de la Tierra. A las nueve perdí de nuevo la Tierra de vista hacia el este, no sin antes haber visto que el globo derivaba rápidamente hacia el norte-noroeste. El océano, debajo de mí, conservaba siempre su aparente concavidad, aunque mi vista estaba interrumpida a menudo por las masas de nubes que flotaban de una parte a otra.

»A las nueve y media volví a efectuar el experimento de las plumas,

lanzando un puñado a través de la válvula. No revolotearon como esperaba yo, sino que cayeron perpendiculares como una bala, en masse, y a una gran velocidad, desapareciendo de mi vista en pocos segundos. No sabía yo al principio qué pensar de aquel extraordinario fenómeno; no podía creer que mi velocidad de ascensión se hubiese acelerado de súbito tan

prodigiosamente. Pero pronto reflexioné que la atmósfera estaba ahora demasiado enrarecida para sostener ni siquiera unas plumas —que caían en realidad, como me había parecido, con una excesiva rapidez—, y que mi sorpresa se debía sólo a las velocidades combinadas de su caída y de mi ascensión.

»A las diez sucedió que no tenía nada que hacer que ocupase mi atención inmediata. Mis asuntos iban como sobre ruedas, y creía yo que el globo subía con una velocidad sin cesar acrecida, aunque no tuviese medio alguno para apreciar aquel aumento de velocidad. No sentía dolor ni malestar de ninguna clase, y gozaba de un humor mejor que en ningún momento desde mi partida de Rotterdam; me entretenía unas veces en examinar el estado de mis diversos aparatos, y otras, en renovar la atmósfera de la cámara. En cuanto a este último punto, resolví dedicarme a él a intervalos regulares de cuarenta minutos, más bien para preservar mi salud que por absoluta necesidad. Entretanto, no podía impedirme forjar conjeturas anticipadas. Mi imaginación se recreaba libre en las regiones soñadas de la Luna. Mi fantasía, sintiéndose, una vez al menos, sin trabas, vagaba a su antojo entre las maravillas de una tierra sombría e inestable. Unas veces eran selvas canosas y venerables, precipicios rocosos y cascadas cayendo con estrépito en abismos sin fondo. Luego, llegaba yo de pronto a tranquilas soledades inundadas de un sol de mediodía en que no penetraba ningún viento del cielo, y donde se extendían hasta perderse de vista vastas praderas de amapolas y largas

flores esbeltas; parecidas a lirios, todas silenciosas e inmóviles para siempre. Después viajaba yo largo tiempo y penetraba en una comarca que constituía toda ella un lago tenebroso y vago, con una frontera de nubes. Pero aquellas imágenes no eran las únicas que se adueñaban de mi cerebro. Horrores de una naturaleza más dura y más aterradora se introducían con gran frecuencia en mi espíritu y removían las profundidades más recónditas de mi alma con la simple suposición de su posibilidad. Sin embargo, no podía yo permitir a mis pensamientos pensar demasiado tiempo sobre estas últimas especulaciones; creía sensatamente que los reales y palpables peligros de mi viaje bastaban para absorber mi atención.

»A las cinco de la tarde, mientras estaba ocupado en renovar la atmósfera de la cámara, aproveché la ocasión para observar a la gata y sus crías a través de la válvula. La gata parecía volver a sufrir mucho, y no dudé en atribuir su malestar en particular a la dificultad para respirar; pero mi experimento con los gatitos había tenido un resultado muy extraño. Esperaba yo, por de contado, verlos manifestar una sensación de dolor, aunque en un grado menor

que su madre, y esto hubiera sido suficiente para confirmar mi opinión concerniente a la resistencia habitual a la presión atmosférica. Pero no esperaba yo encontrarlos, después de un minucioso examen, gozando evidentemente de una magnífica salud, respirando con gran facilidad y con perfecta regularidad,

y sin revelar el menor signo de malestar. Sólo podía comprender todo aquello ampliando mi teoría y suponiendo que la atmósfera circundante, hartamente enrarecida, podía quizá no ser, en contra de lo que había supuesto, químicamente insuficiente para las funciones vitales, y que una persona nacida en un medio semejante podría ignorar toda molestia respiratoria, mientras que, traída de nuevo a las capas más densas cercanas a la Tierra, sufriría, sin duda, dolores análogos a los que había yo padecido poco antes. Ha sido para mí desde entonces motivo de una profunda pena que un accidente desgraciado me privase de mi pequeña familia de gatos, quitándome el medio de profundizar en esta cuestión por medio de un experimento continuo. Al pasar mi mano a través de la válvula con una taza llena de agua para la vieja gata, la manga de mi camisa se enganchó en el aro que sostenía el cestillo y con el golpe lo desprendió del botón. Si todo el cestillo se hubiese evaporado en el aire, no habría sido escamoteado a mi vista de una manera más brusca e instantánea. En realidad, no transcurrió ni una décima de segundo entre el instante en que el cestillo se desprendió y aquel en que desapareció por completo con todo lo que contenía. Mis votos de mayor felicidad lo acompañaron hacia la Tierra, aunque, naturalmente, no esperaba yo en absoluto que la gata y sus gatitos sobreviviesen para contar su odisea.

»A las seis vi una gran parte de la superficie de la Tierra, hacia el este, sumida en una espesa sombra, que avanzaba sin cesar

con una gran rapidez; por fin, a las siete menos cinco toda la superficie visible quedó envuelta en las tinieblas de la noche. Con todo, hasta algunos instantes después los rayos del Sol no dejaron de iluminar el globo, y esta circunstancia, que yo esperaba sin vacilar, no dejó de causarme un inmenso placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el cuerpo luminoso a su salida varias horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, aunque éstos se hallasen situados mucho más lejos que yo al este, y que así, día tras día, a medida que estuviera colocado a mayor altura en la atmósfera, gozaría de la luz solar durante un período cada vez más largo. Decidí entonces redactar un diario de mi viaje contando los días por veinticuatro horas consecutivas, sin tener en cuenta los intervalos de oscuridad.

»A las diez, sintiendo llegar el sueño, resolví acostarme durante el resto de la noche; pero aquí se presentó una dificultad que, aun siendo tan obvia como para saltar a la vista, había escapado a mi atención hasta el último momento. Si me ponía a dormir, cual pensaba, ¿cómo renovar el aire de la cámara en el ínterin? Respirar aquella atmósfera más de una hora, como máximo, era algo completamente imposible, y aun ampliando ese plazo hasta una hora y cuarto,

podían resultar de ello las consecuencias más deplorables. La consideración del dilema me causó no poca inquietud, y apenas se creó que, después de los peligros que había yo pasado,

tomase la cosa tan en serio, que desesperé de realizar mi ultimado propósito, y por último, me resigné a la necesidad de un descenso.

»Pero esta indecisión fue sólo momentánea. Pensé que el hombre es el más perfecto esclavo de la costumbre, y que mil casos de la rutina de su existencia son considerados como esencialmente importantes, aun no siendo en realidad todos sino por haberlos hecho él necesidades de esa rutina. Era evidente que no podía yo dormirme; pero podía muy bien habituarme a despertarme sin inconveniente de hora en hora durante todo el tiempo dedicado a mi descanso. No necesitaba más de cinco minutos para renovar por completo la atmósfera, y la única dificultad real era inventar un procedimiento para despertarme en el momento apropiado. Era aquél un problema cuya solución, lo confieso, me producía no poco embarazo.

»Había yo ciertamente, oído hablar del estudiante que para evitar el caer dormido sobre sus libros, sostenía en una mano una bola de cobre cuya caída ruidosa en una jofaina de ese mismo metal colocada en el suelo, junto a una silla, servía para despertarle sobresaltado, si alguna vez se dejaba invadir por el sopor. Mi caso, empero, era muy diferente del suyo, y no me dejaba lugar para semejante idea, pues yo no deseaba permanecer despierto, sino despertarme a intervalos regulares. A la postre imaginé el medio siguiente que, por sencillo que parezca, fue saludado por mí, en el momento de su descubrimiento, como una invención de todo punto comparable

a la del telescopio, las máquinas de vapor, o el arte mismo de imprimir.

»Es preciso hacer observar, ante todo, que el globo a la altura alcanzada entonces por mí, seguía subiendo en línea recta con una ascensión regular, y que la barquilla lo seguía, por tanto, tan perfectamente, que era imposible notar la más ligera oscilación. Esta circunstancia me favoreció mucho para la ejecución del plan que había adoptado. Mi provisión de agua había sido embarcada en barriles que contenían cada uno cinco galones, y que estaban sólidamente estibados en el interior de la barquilla. Separé uno de aquellos barriles, y cogiendo dos cuerdas, las até apretadas al reborde de mimbre, de modo que cruzasen la barquilla paralelas y a una distancia de un pie la una de la otra; formaban así una especie de estante sobre el cual coloqué el barril y lo sujeté en una posición horizontal.

»A unas ocho pulgadas por debajo de esas cuerdas y a cuatro pies del fondo de la barquilla, fijé otro tablero, pero hecho de una tablita delgada, la única de esa naturaleza de que disponía. Sobre este último, y justo debajo de uno de los bordes del barril, puse un pequeño cántaro de barro. Hice entonces un agujero en el fondo del barril, encima del cantarillo, en el que metí una

cuña de madera cortada en forma de cono o de vela. Empujé y saqué esa cuña más o menos hasta que se adaptara, después de varios tanteos, lo bastante para que el agua que se filtrase

por el agujero y cayese en el cántaro lo llenara hasta el borde en un intervalo de sesenta minutos. En cuanto a esto, me fue fácil comprobarlo en poco tiempo: no tuve más que observar hasta qué punto se llenaba el cántaro en un tiempo determinado. Una vez dispuesto todo eso debidamente, el resto del plan se adivina.

»Mi lecho estaba colocado sobre el fondo de la barquilla de tal manera, que mi cabeza, acostado, se hallaba inmediatamente debajo de la boca del cántaro. Era evidente que al cabo de una hora el cántaro lleno debía rebosar, y el sobrante fluir por la boca, que estaba un poco más abajo del nivel del borde. Era también evidente que el agua, cayendo así de una altura de más de cuatro pies, no podía dejar de caer sobre mi cara, y que el resultado seguro tenía que ser un despertar instantáneo, aunque hubiera yo dormido con el sueño más profundo del mundo.

»Eran lo menos las once cuando terminé aquella instalación, y me acosté acto seguido, confiando del todo en la eficacia de mi invención. Y no quedé defraudado. De sesenta en sesenta minutos me despertó puntualmente mi fiel cronómetro; vaciaba yo el contenido del cántaro por el agujero del fondo del barril, hacía funcionar el condensador y volvía a meterme en el lecho. Aquellas interrupciones regulares en mi sueño me produjeron incluso menos fatiga de la que yo esperaba, y cuando, por último, me levanté en definitiva, eran las siete, y el sol había

alcanzado ya muchos grados encima de la línea de mi horizonte.

3 de abril

»Comprobé que mi globo había llegado a una altura inmensa, y que la convexidad de la Tierra se manifestaba al fin de una manera notable. Por debajo de mí, en el océano, aparecía un semillero de puntos negros, que debían de ser, sin duda, islas. Sobre mi cabeza el cielo era de un negro azabache, y las estrellas brillaban visibles; en realidad, siempre me habían aparecido así desde el primer día de mi ascensión. Muy lejos, hacia el norte, divisaba yo al borde del horizonte una línea o delgada faja blanca y en exceso brillante, y supuse desde luego que debía de ser el límite sur del mar Polar. Mi curiosidad se sintió muy excitada, pues tenía yo la esperanza de avanzar mucho más hacia el norte, y acaso, en un cierto momento, encontrarme directamente encima del Polo mismo. Entonces deploré que la gran altura a que estaba situado me impidiese hacer un examen tan exacto como hubiese querido. Sin embargo, quedaban aún muchas observaciones por descubrir.

»No me ocurrió, por otra parte, nada extraordinario durante este día. Mi aparato funcionaba con mucha regularidad, y el globo subía siempre sin

ninguna variación perceptible. El frío era intenso y me obligó a envolverme cuidadosamente con un paletó. Cuando las

tinieblas cubrieron la Tierra, me acosté, aunque debía estar algunas horas aún rodeado de la luz de pleno día. Mi reloj de agua cumplió con puntualidad su deber, y dormí a pierna suelta hasta la mañana siguiente, salvo las interrupciones periódicas.

4 de abril

»Me he levantado con perfecta salud y de alegre humor, y me ha sorprendido el singular cambio operado en el aspecto del mar. Había perdido en gran parte el tono azul intenso que mostraba hasta ahora y era de un blanco grisáceo y de un brillo cegador. La convexidad del océano resultaba tan evidente, que la masa entera de sus aguas lejanas parecía precipitarse en el abismo del horizonte, y estuve prestando oído y buscando los ecos de la potente catarata.

»Las islas ya no eran visibles, bien fuese porque hubieran pasado detrás del horizonte hacia el sudeste, bien porque mi elevación creciente las hubiera arrojado más allá del alcance de mi vista; me sería imposible decirlo. No obstante, me incliné hacia esta última opinión. La faja de hielo, al norte, hacía cada vez más visible. El frío había perdido mucho de su intensidad. No sucedió nada importante, y pasé el día leyendo, pues no había olvidado llevar conmigo una provisión de libros.

5 de abril

»He contemplado el singular fenómeno del Sol saliendo mientras casi toda la superficie visible de la Tierra seguía envuelta en tinieblas. Aun así, la luz comenzó a esparcirse sobre

todas las cosas, y vi de nuevo la línea de hielos al norte. Era ahora muy clara, y parecía de un tono más oscuro que las aguas del océano. Evidentemente, me acercaba a ella, y con gran rapidez. Me imaginé que divisaba aún una faja de tierra hacia el este, y otra hacia el oeste; pero no pude comprobarlo. Temperatura moderada. Nada importante me aconteció este día. Me acosté muy temprano.

6 de abril

»Me ha sorprendido mucho encontrar la faja de hielo a una distancia bastante moderada, y un inmenso campo también de hielo extendiéndose en el horizonte hacia el norte. Era evidente que, si el globo conservaba su dirección actual, debería llegar muy pronto a estar sobre el océano Polar, y ahora ya no tenía yo la menor duda de que venía finalmente el Polo. Durante todo el día, seguí acercándome a los hielos.

»Al anochecer, los límites de mi horizonte se agrandaron muy repentina y sensiblemente, lo cual se debía, sin duda, a la forma de nuestro planeta, que es la de un esferoide aplastado, y porque llegaba encima de las regiones

aplastadas en la proximidad del círculo ártico. Por último, cuando las tinieblas me invadieron, me acosté con verdadera ansiedad, temiendo pasar por encima del objeto de tanta curiosidad sin tener ocasión de observarlo.

7 de abril

»Me levanté temprano, y con sumo contento por mi parte contemplé lo que no vacilé en suponer era el Polo mismo. Allí lo tenía, sin duda alguna, e inmediatamente bajo mis pies; pero, ¡ay!, estaba yo situado ahora a una altura tan grande, que no podía distinguir nada con claridad. Por lo visto, a juzgar por la progresión de las cifras que indicaban mis diversas alturas, respectivamente, en diferentes momentos, desde las seis de la mañana del 2 de abril hasta las nueve menos veinte de esa misma mañana (momento en que el mercurio cayó en la cubeta del barómetro) podía suponerse con claridad que el globo ahora —cuatro de la mañana del 7 de abril— debía de haber alcanzado una altura que era, por lo menos, de 7.254 millas sobre el nivel del mar. Esta elevación puede parecer inmensa; pero el cálculo sobre el cual está basada daba con toda probabilidad un resultado muy inferior a la realidad. En todo caso, tenía yo, indudablemente, bajo mis ojos la totalidad del mayor diámetro terrestre; todo el hemisferio norte se extendía por debajo de mí como un mapa en proyección orográfica, y hasta el gran círculo del ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. Vuestras excelencias pueden, pues, concebir con facilidad que las regiones inexploradas hasta ahora y confinadas en los límites del círculo ártico, aunque situadas directamente debajo de mí, y, por tanto, vistas sin ninguna apariencia de escorzo, estaban demasiado empequeñecidas y situadas a una distancia demasiado larga del punto de vista para admitir un examen exacto de veras.

»Aun así, lo que de ellas podía verse era de una naturaleza singular e interesante. Al norte de ese inmenso borde antes mencionado y que se puede definir, salvo una ligera restricción, como el límite de la exploración humana en esas regiones, continúa extendiéndose sin ininterrupción, o casi, una sábana de hielo. En los primeros grados de ese avance, su superficie se aplasta sensiblemente; más lejos queda deprimida hasta parecer llana, y, por último, se hace bastante cóncava y termina en el Polo mismo en una cavidad central y circular cuyos bordes están definidos con precisión y cuyo diámetro aparente subtendía entonces, en relación con mi globo, un ángulo de sesenta y cinco segundos o cosa así; en cuanto al color, era oscuro, variando de intensidad, siempre más sombrío que ningún otro punto del hemisferio visible, e intensificándose a veces hasta el negro absoluto. Más allá era difícil distinguir algo. A mediodía la circunferencia de aquel orificio central había decrecido a mis ojos, y a las siete de la tarde la había yo perdido por completo de vista; el globo pasaba hacia el borde oeste de los hielos y avanzaba rápido en dirección del ecuador.

8 de abril

»He notado una sensible disminución en el diámetro visible de la Tierra, además de una alteración efectiva de su color y de su aspecto general. Toda la superficie de manifiesto participaba entonces, en diferentes grados, del tono amarillo pálido, y en algunas partes había adquirido un brillo casi doloroso para los

ojos. Mi perspectiva hacia abajo estaba también obstaculizada por la densidad de la atmósfera y los montones de nubes que circundaban esa superficie; apenas si entre esas masas podía yo de cuando en cuando divisar la Tierra. Desde las últimas cuarenta y ocho horas mi vista había estado más o menos entorpecida por aquellos obstáculos; pero mi enorme elevación actual acercaba y confundía aquellas masas flotantes de vapores, y el inconveniente hacía, naturalmente, cada vez más perceptible a medida que ascendía. Sin embargo, percibía fácilmente que el globo se cernía ahora por encima del grupo de los grandes lagos en el continente de Norteamérica, y corría en derechura hacia el sur, lo cual debía llevarme muy pronto hacia los trópicos.

»Esta circunstancia no dejó de causarme la mayor satisfacción íntima, y la saludé con un presagio feliz de mi éxito final. En verdad, la dirección que había yo tomado hasta entonces me tenía muy inquieto, pues era evidente que si la hubiera seguido mucho tiempo aún, no habría llegado jamás a la Luna, cuya órbita está sólo inclinada hacia la eclíptica con un pequeño ángulo de cinco grados ocho minutos y cuarenta y ocho segundos. Por extraño que esto pueda parecer, únicamente en ese último período empecé a comprender el gran error que había cometido al no efectuar mi partida desde algún punto terrestre situado en el plano de la elipse lunar.

9 de abril

»Hoy el diámetro de la Tierra aparecía sumamente disminuido, y el color de la superficie adquiría de hora en hora un tono amarillo más intenso. El globo sigue sin cesar su carrera hacia el sur, y ha llegado, a las nueve de la noche, a estar situado sobre la costa norte del golfo de México.

10 de abril

»Alrededor de las cinco de esta mañana me ha despertado de repente un fuerte estallido, un estruendo aterrador, del que no he podido en modo alguno darme cuenta. Ha sido de muy breve duración, pero mientras ha durado no se parecía a ningún ruido terrestre de los que he conocido antes. Inútil es decir que me dejó enormemente alarmado, habiéndolo atribuido en el primer momento a un desgarrón del globo. Pero examiné todos mis aparatos con gran atención, y no pude descubrir en ellos ninguna avería. He pasado gran parte del día meditando sobre tan extraordinario incidente; mas no he podido encontrarle ninguna explicación. Me he acostado descontento y en un estado de gran ansiedad y agitación.

11 de abril

»Noto una disminución sensible en el diámetro aparente de la Tierra, y un considerable aumento, observable ahora por primera vez, en el de la Luna, a la que le faltaban sólo pocos días para ser llena. Ha requerido una larga y excesiva labor el

condensar en la cámara el suficiente aire atmosférico para el mantenimiento de la vida.

12 de abril

»Un cambio singular ha tenido lugar con respecto a la dirección del globo, y aunque lo previese yo por entero, me causó el más sincero placer. Había aquél llegado en su primera carrera al vigésimo paralelo de latitud sur, poco más o menos, cuando giró de pronto y en ángulo agudo hacia el este, siguiendo así durante todo el día, manteniéndose aproximadamente, si no del todo, en el plano exacto de la elipse lunar. Era digna de observarse una muy perceptible oscilación de la barquilla, oscilación que ha durado, en mayor o menor grado, varias horas.

13 de abril

»He vuelto a sentirme muy alarmado por la repetición del fuerte ruido de desgarrón que me había aterrado el 10. He meditado largo tiempo sobre ello, aunque sin poder llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Gran decrecimiento en el diámetro aparente de la Tierra, que no subtendía ahora con relación al globo sino en un ángulo de muy poco más de veinticinco grados. La Luna no podía verse en absoluto, por estar casi en mi cenit. Continuaba yo en el plano de la elipse, pero avanzando un poco hacia el este.

14 de abril

»Disminución sobrado rápida del diámetro de la Tierra. Hoy me ha impresionado mucho la idea de que el globo corría ahora sobre la línea de los ápsides hacia el perigeo, o en otras palabras: manteniéndose en la ruta directa que debía llevarlo enseguida hacia la Luna en esa parte de su órbita más cercana a la Tierra. La Luna estaba justo encima de mi cabeza, y, por consiguiente, oculta a mi vista. Grande y persistente labor necesaria para la condensación de la atmósfera.

15 de abril

»No podía distinguir yo ahora con claridad sobre la Tierra el contorno de los continentes y de los mares. Alrededor de mediodía percibí por tercera vez ese ruido espantoso que me había sorprendido antes. Ahora, empero, duró algunos momentos y aumentó sin cesar en intensidad. Finalmente, aunque sobrecogido de asombro y de terror, permanecí en espera de no sé qué terrible destrucción, cuando la barquilla fue sacudida con una violencia excesiva, y

una gigantesca y llameante masa de una materia que no pude discernir pasó, con el estruendo de mil truenos, rugiendo y bramando, junto al globo. Cuando mis terrores y mi asombro decrecieron un tanto, supuse lógicamente que sería algún enorme fragmento volcánico expelido desde aquel mundo al cual me acercaba con tanta rapidez, y según toda probabilidad,

un trozo de esas sustancias recogidas a veces sobre la Tierra y que son llamadas aerolitos, a falta de mejor denominación.

16 de abril

»Hoy, mirando por debajo de mí como podía, desde cada una de las ventanas laterales, vi con gran contento una pequeñísima porción del disco lunar, sobresaliendo, por decirlo así, hacia todos lados, más allá de la inmensa circunferencia del globo. Me sentí harto agitado, pues no tenía ahora la menor duda de que me acercaba al final de mi peligroso viaje. Realmente, la faena que requería ahora el condensador había aumentado hasta el grado más abrumador, no permitiendo apenas tregua a mis esfuerzos. No había casi que pensar en dormir. Me sentía indispuerto a más no poder, y todo mi ser temblaba de extenuación. Era imposible que la naturaleza humana soportase aquel estado de intenso sufrimiento durante mucho tiempo más. Durante el intervalo, ahora breve, de oscuridad, un nuevo aerolito pasó por mis cercanías, y la frecuencia de aquel fenómeno me produjo una gran inquietud.

17 de abril

»Esta mañana ha hecho época en mi viaje. Como se recordará, el 13, la Tierra subtendía un ángulo de veinticinco grados de latitud. El 14, había éste disminuido mucho; el 15, observé un decrecimiento aún mayor, y cuando me acosté la noche del 16, estimé que el ángulo no era ya más que de siete grados y quince minutos. ¡Cuál no fue, por tanto, mi asombro cuando, al

despertarme en la mañana de ese día después de un breve y agitado sueño, me encontré con que la superficie de la Tierra situada debajo de mí había de modo tan repentino y pasmoso aumentado de volumen, que su diámetro aparente subtendía en un ángulo no menor de treinta y nueve grados! Me quedé estupefacto. Ninguna palabra puede expresar una idea adecuada del horror sumo, absoluto, y del asombro que me sobrecogió, invadió y anonadó. Vacilaron mis rodillas, castañetearon mis dientes, se me erizó el cabello. “¡El globo ha estallado!” Éstas fueron las primeras ideas tumultuosas que se agitaron en mi mente: “¡El globo ha estallado, por lo visto! ¡Caeré, voy a caer con la velocidad más impetuosa e incomparable! A juzgar por la inmensa distancia que he recorrido tan rápidamente, chocaré con la superficie de la Tierra dentro de diez minutos todo lo más, ¡me precipitaré, quedaré aniquilado!”. Pero, por último, la reflexión vino en mi ayuda. Hice una pausa, medité y empecé a dudar. Aquello era imposible. No podía de modo alguno haber caído tan deprisa. Además, aunque me acercase, en efecto, a la superficie situada debajo de mí, no era a

una velocidad que estuviese en proporción con la que había yo imaginado al principio. Esta consideración sirvió para calmar la agitación de mi espíritu, y logré al cabo considerar el fenómeno desde su apropiado punto de vista. En realidad, el asombro debía haberme privado en gran manera del uso de mis

sentidos, cuando no podía ver la enorme diferencia que había en apariencia entre la superficie situada debajo de mí y la superficie de la madre Tierra. Esta última estaba realmente sobre mi cabeza y oculta en absoluto por el globo, mientras que la Luna —la Luna misma en toda su gloria— se extendía por debajo de mí, a mis pies.

»El estupor y la sorpresa producidos en mi mente por este cambio extraordinario en la situación de las cosas, eran quizá, después de todo, la parte de la aventura menos susceptible de explicación. Pues el bouleversement en sí mismo era no sólo natural e inevitable, sino que desde hacía largo tiempo lo había yo previsto en realidad como una circunstancia esperada siempre, cuando llegase al punto exacto de mi viaje en que la atracción del planeta fuera sustituida por la del satélite, o, con mayor precisión, cuando la gravitación del globo hacia la Tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la Luna. Era cierto que salía yo de un profundo sueño, con todos mis sentidos trastornados ante la contemplación de un fenómeno muy aterrador y esperado, aunque no en aquel momento. La revolución misma debía tener lugar, naturalmente, de una manera más suave y gradual, y no era en modo alguno seguro que, aunque hubiese sido yo despertado en el momento de ocurrir, hubiera tenido conciencia de ello por una prueba interior cualquiera de la inversión, es decir, por cualquier molestia o desarreglo, ya fuera en mi persona o en mi aparato.

»Es casi inútil decir que, al recobrar el justo sentido de mi situación y al salir del terror que había absorbido todas las facultades de mi alma, mi atención se dirigió por entero, en primer lugar, a la contemplación del aspecto general de la Luna. Se extendía ante mí como un mapa, y aunque juzgase yo que estaba aún a distancia bastante considerable, los salientes de su superficie se mostraban bien definidos a mi vista, con una sorprendente y al mismo tiempo inexplicable claridad. La ausencia completa de océano o mar y hasta de todo lago, río o extensión de agua, me impresionó a primera vista como el signo más extraordinario de su condición geológica. Sin embargo, cosa extraña de decir, veía yo vastas regiones llanas de un carácter evidentemente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estaba cubierto de innumerables montañas volcánicas de forma cónica, y que tenían el aspecto de protuberancias más bien artificiales que naturales. La más alta de ellas no excedía de las tres millas y tres cuartos de elevación perpendicular; pero un mapa de las regiones volcánicas de los Campi Phlegraei daría a vuestras excelencias una idea mejor de su superficie que cualquier torpe descripción que me creyese yo en el deber de intentar. La mayor parte de aquellas

montañas estaban, por lo visto, en erupción, y me daban una idea aterradora de su furia y de su potencia por los repetidos lanzamientos tonantes de los mal llamados aerolitos, que ahora

se precipitaban por debajo del globo con una frecuencia cada vez más espantosa.

18 de abril

»Hoy he encontrado un enorme acrecimiento en el volumen aparente de la Luna, y la velocidad evidentemente acelerada de mi descenso comienza a alarmarme. Se recordará que en la primera fase de mis especulaciones sobre la posibilidad de un paso hacia la Luna, la existencia en su proximidad de una atmósfera, densa en proporción con el volumen del planeta, entró con amplitud en mis cálculos y esto a despecho de muchas teorías contrarias, y puedo añadir que a despecho de la general incredulidad en la existencia de una atmósfera lunar cualquiera. Pero, además de lo que antes he indicado en relación con el cometa de Encke y con la luz zodiacal, lo que consolidaba en mi opinión eran ciertas observaciones de mister Schroeter, de Lilienthal. Ha observado él la Luna cuando tiene dos días y medio, por la noche, poco después de la puesta del Sol, antes de que la parte oscura sea visible, y ha seguido observándola hasta que esa parte se hizo visible. Los dos cuernos parecían afilarse en una especie de prolongación, cuya extremidad estaba débilmente iluminada por los rayos solares, antes de que ninguna parte del hemisferio oscuro fuera visible. Poco tiempo después, todo el limbo oscuro quedó iluminado. Esta prolongación de los cuerpos más allá del semicírculo creí que se debía a la refracción de los rayos solares por la atmósfera de la Luna. Calculé también que la altura de esa

atmósfera (que podía refractar la suficiente luz en su hemisferio oscuro para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la Tierra cuando la Luna está a unos treinta y dos grados de su plenitud era de 1.356 pies de rey; por lo cual supuse que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5.376 pies. Mis ideas sobre esta cuestión se encontraban también confirmadas por un pasaje del volumen ochenta y dos de las Transacciones filosóficas, en el cual se declara que, a raíz de una ocultación de los satélites de Júpiter, el tercero desapareció después de haberse mostrado confuso durante uno o dos segundos, y el cuarto se hizo imperceptible al aproximarse al limbo.

»Sobre la resistencia, o más exactamente, sobre la sustentación de una atmósfera existente en un estado de densidad imaginado, había yo, sin duda, basado por entero mi confianza de llegar sano y salvo en mi último descenso. Después de todo, habría entonces demostrado mi equivocación, y no me quedaba nada mejor que hacer sino esperar, como final de mi aventura, a ser pulverizado en átomos contra la rugosa superficie del satélite. Y, en verdad, tenía ahora toda clase de razones para sentirme aterrado. Mi distancia de la Luna era relativamente insignificante, mientras que la labor requerida por el

condensador no había decrecido en absoluto, y no descubría yo ningún indicio de disminución de rareza en el aire.

19 de abril

»Esta mañana, con gran alegría por mi parte, alrededor de las nueve, hallándome espantosamente cerca de la superficie de la Luna y estando mis inquietudes exasperadas hasta el máximo, la bomba del condensador dio muestras evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez tenía yo motivos para creer que su densidad había aumentado de considerable modo. A las once el aparato requería muy poco trabajo, y al mediodía, con cierta vacilación, me aventuré a desatornillar el torniquete; al no encontrar inconveniente para hacerlo, abrí la cámara de caucho, y desaparejé la barquilla a la redonda. Como era de esperar, una violenta jaqueca acompañada de espasmos fue la consecuencia inmediata de un ensayo tan precipitado y lleno de peligro. Pero aquellas y otras dificultades referentes a la respiración no eran aún lo bastante grandes para poner mi vida en peligro; me resigné a soportarlas lo mejor que pude, tanto más cuanto que tenía muchas razones para esperar que desaparecerían paulatinamente, pues a cada momento me acercaba más a las capas densas próxima a la Luna. Con todo, aquel acercamiento era aún sumamente impetuoso, y pronto me sentí muy alarmado, pues aunque con toda probabilidad no estuviese equivocado al esperar una atmósfera cuya densidad debía de estar en proporción con el volumen del satélite, era un error suponer que esa densidad, aun en la superficie, resultase adecuada en modo alguno para soportar el gran peso contenido en la barquilla de mi globo. No obstante, éste hubiera

debido ser el caso en un grado igual que en la superficie de la Tierra, suponiendo la gravedad real de los cuerpos en uno y otro planeta en razón de la condensación atmosférica; pero no lo era: bien lo demostraba mi caída precipitada. ¿Por qué no lo era? Únicamente podía explicarse esto teniendo en cuenta esas posibles perturbaciones geológicas a las que he aludido antes. En todo caso, estaba yo muy cerca del planeta y caía con la impetuosidad más terrible. Sin perder un momento, arrojé por encima de la borda todo mi lastre, luego mis barriles de agua, después mi aparato condensador y mi saco de caucho, y, por último, los demás objetos contenidos en la barquilla. Pero todo esto no sirvió de nada. Seguía cayendo con una horrible rapidez, y estaba ahora a menos de una media milla de la superficie. Como último recurso, me quité el paletó, el sombrero y las botas; desprendí del globo la propia barquilla, que era de un peso considerable, y asiéndome entonces a la red con mis dos manos, tuve apenas tiempo de observar que toda la comarca, hasta donde mis ojos podían alcanzar, estaba sembrada de casas apretadas, diminutas, antes de caer como una bala en el corazón mismo de una ciudad de aspecto fantástico y en medio de unos seres muy feos, ninguno de los cuales pronunció una sola sílaba ni se tomó la menor molestia en prestarme ayuda. Todos, en cambio, permanecían con los brazos

en jarras, como un montón de idiotas, gesticulando de una manera ridícula y mirando de soslayo, a mí y a mi globo. Me aparté de ellos con desprecio, y alzando los ojos hacia la Tierra, que había abandonado no hacía mucho, y de la cual me había desterrado acaso para siempre, la vi como un enorme y oscuro broquel de cobre de un diámetro aproximado de dos grados, fija e inmóvil en los cielos, y mostrando en uno de sus bordes una media luna del oro más brillante. No se podían descubrir indicios de tierra o de agua, y el conjunto estaba moteado de manchas variables y atravesado por las zonas tropicales y ecuatoriales.

»Así, con el permiso de vuestras excelencias, después de una serie de grandes angustias, de peligros inauditos y de salvamentos sin par, llegué diecinueve días después de mi partida de Rotterdam, sano y salvo al final de un viaje que era, sin duda, el más extraordinario y el más importante que se haya efectuado, emprendido o incluso concebido por un habitante cualquiera de la Tierra. Y en realidad, vuestras excelencias pueden imaginar sin esfuerzo que, después de una residencia de cinco años en un planeta que es ya bastante interesante en su peculiar carácter, y lo es doblemente por su íntima relación, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, pueda yo guardar para el Colegio Nacional de Astrónomos informes secretos de mucha mayor importancia que los detalles, por maravillosos que sean, del simple viaje, tan a satisfacción terminado. Éste es, en suma, el caso. Tengo

muchas, muchas cosas que contar y sería para mí un gran placer comunicárselas. Tengo mucho que decir del clima del planeta, de sus asombrosas alternativas de calor y de frío, de esa claridad solar que dura quince días, implacable y ardorosa, y de esa temperatura más que polar que ocupa la otra quincena; de esa traslación constante de humedad que se realiza por destilación como en el vacío desde el punto situado debajo del Sol hasta el que está más alejado, de la zona variable de aguas corrientes, de aquel pueblo mismo, de sus maneras, costumbres e instituciones políticas; de su contextura física peculiar, de su fealdad, de su carencia de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan extrañamente modificada; de su ignorancia resultante del uso y de las propiedades del lenguaje, del método singular de comunicación entre ellos, que sustituye a la palabra; de la incomprensible relación entre cada individuo de la Luna con algún habitante de la Tierra, una relación análoga y dependiente de la que rige las órbitas del planeta y del satélite, y por medio de la cual las vidas y destinos de los habitantes del uno están enlazados con las vidas y los destinos de los habitantes del otro; y por encima de todo, si les place a vuestras excelencias, de esos sombríos y horribles misterios relegados a las otras regiones de la Luna, regiones que, a causa de la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su propio eje con la revolución sideral alrededor de la Tierra, no se han mostrado, sin embargo, nunca, y, gracias a Dios, no se mostrarán jamás al examen de los telescopios humanos. Todo esto, y más, mucho más,

hubiera yo querido narrar con mucho gusto y detalladamente. Pero, para ser breve, debo reclamar mi recompensa. Aspiro a regresar al seno de mi familia y de mi hogar, y como premio a toda comunicación ulterior por mi parte, en consideración a la luz que puedo dar sobre muchas ramas importantes de las ciencias físicas y metafísicas, solicito, por mediación de vuestra honorable cooperación, el perdón por el crimen del que soy culpable con la muerte de mis acreedores a raíz de mi partida de Rotterdam. Éste es, por tanto, el objeto del presente documento. El portador, un habitante de la Luna, a quien he convencido y dado las instrucciones pertinentes para que sea mi mensajero en la Tierra, esperará lo que les plazca hacer a vuestras excelencias, y volverá a mí con el perdón solicitado, si de algún modo puede ser obtenido.

»Tiene el honor de quedar como muy humilde servidor de vuestras excelencias,

HANS PFAALL».

Al terminar la lectura cuidadosa de este documento tan extraordinario, el profesor Rubadub, según dicen, dejó caer su pipa al suelo en el colmo de la sorpresa, y Mynheer Superbus von Underduk, habiéndose quitado, limpiado y guardado en su bolsillo sus antiparras; se olvidó de él y de su dignidad hasta el punto de girar tres veces sobre sus talones en la quintaesencia

de la estupefacción y del asombro. Era indudable que se lograría el perdón.

Al menos, con un rotundo juramento lo prometió el profesor Rubadub, y así pensó, por último, el ilustre Von Underduk, que cogió del brazo a su hermano en ciencia y recorrió la mayor parte del camino hacia su casa sin decir una palabra, para deliberar sobre las medidas a adoptar. No obstante, llegado a la puerta de la morada del burgomaestre, el profesor se aventuró a sugerir que, como el mensajero había creído conveniente desaparecer — aterrado, sin duda, hasta la muerte por el aspecto salvaje de los ciudadanos de Rotterdam—, el perdón serviría de poco, puesto que no había más que un hombre de la Luna que pudiese emprender un viaje a tan larga distancia. Ante lo evidente de esta observación, el burgomaestre asintió, y el asunto, por tanto, terminó allí. No ocurrió así, empero, con los rumores y conjeturas. Habiendo sido publicada la carta, dio origen a una gran variedad de hablillas y opiniones. Algunos de los supersabios llevaron su ridiculez hasta querer rebajar el asunto entero y considerarlo sólo como un engaño. Pero creo que engaño es entre esa clase de gentes un término general que aplican a todas las materias que superan su comprensión. Por mi parte, no puedo concebir sobre qué datos han basado semejante acusación. Veamos lo que dicen:

En primer lugar. Que ciertos guasones de Rotterdam tienen una especial antipatía a ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo. Que un extraño enanito y nigromante, cuyas dos orejas habían

sido, a causa de alguna fechoría, cortadas al ras de la cabeza, había faltado varios días de la ciudad de Brujas, que está en las cercanías.

Tercero. Que los periódicos pegados alrededor del pequeño globo eran periódicos holandeses, y, por ende, no podían haber sido impresos en la Luna. Eran unos papeles sucios, muy sucios, y Gluck, el impresor, podía jurar sobre su Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto. Que el propio Hans Pfaall, el mísero borracho, y los tres ociosos caballeros llamados acreedores suyos, habían sido vistos juntos, dos o tres días antes todo lo más, en una taberna de los suburbios, precisamente cuando volvían, con dinero en el bolsillo, de una travesía marítima.

Y último. Que la opinión más generalmente admitida, o que debe serlo así, es que el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, lo mismo que todos los demás colegios de todas las partes del mundo, sin mencionar a los colegios y a los astrónomos en general, no es, para dejar ya el tema, ni mejor, ni más insigne, ni más sabio de lo que éstos deben ser.

NOTA. —Hablando con exactitud hay una pequeña semejanza entre la chanza que acaba de ser bosquejada y la célebre Historia lunar, de mister Locke; pero como ambas tienen el

carácter de obras burlescas —aunque la una tenga un tono de zumba y la otra de absoluta seriedad—, y como ambas son sobre el mismo tema: la Luna; como además, ambas también intentan ser verosímiles por medio de detalles científicos, el autor de Hans Pfaall cree necesario decir, en defensa propia, que su propio jeu d’esprit se publicó en el Southern Literary Messenger, aproximadamente tres semanas antes de dar comienzo a la publicación del suyo mister Locke en el New York Sun. Imaginando un parecido que quizá no existe, algunos diarios de Nueva York transcribieron Hans Pfaall, cotejándolo con dicha burlesca Historia lunar, a fin de descubrir al autor de una el autor de la otra.

Como muchas personas, actualmente engañadas por esa burlesca Historia lunar, quisieran conocer la realidad, ésta puede proporcionarles alguna ligera diversión al mostrarles por qué ninguno quedará defraudado e indicarles esos detalles del relato que deberían ser suficientes para establecer su carácter veraz. Ciertamente, pese a la riqueza imaginativa desplegada en esta ingeniosa ficción, se necesitaría emplear mucha de la fuerza de aquélla en una más escrupulosa atención a los hechos y a la analogía general. Que el público sea engañado, aunque de momento demuestra tan sólo la ignorancia crasa que impera, por lo general, en los temas de carácter astronómico.

La distancia entre la Tierra y la Luna es, en números redondos, de 240.000 millas. Si deseamos averiguar cuánto acerca, al parecer, una lente al satélite, tendremos, naturalmente, que

dividir la distancia por el aumento, o, con mayor exactitud, por la potencia penetrante del espacio del cristal. Mister Locke hace

que sus lentes tengan una potencia de 42.000 veces. Por eso, si dividimos

240.000 (la distancia real de la Luna) por esa potencia, tendremos cinco millas y cinco séptimos como distancia aparente. Ningún animal podría en absoluto ser visto desde tan lejos, y mucho menos los minuciosos puntos detallados en dicho relato. Mister Locke habla de que sir John Herschel percibió flores (el *Papaver rheas*, etc.), y hasta descubre el color y la forma de los ojos de los pajarillos. Momentos antes también había él mismo observado que la lente no hace perceptibles los objetos de menos de 18 pulgadas de diámetro; pero aun éstos, como ya he dicho, los permiten ver los cristales de muchísima potencia. Puede hacerse observar de paso que esas lentes prodigiosas se dice que han sido fabricadas en la cristalería de los señores Hartley & Grant, en Dumbarton; pero el establecimiento de dichos señores cesó en sus trabajos muchos años antes de la publicación de esta obra burlesca.

En la página 13 del folleto editado, hablando de un «velo velludo» sobre los ojos de cierta especie de bisonte, el autor dice: «Se le ocurrió acto seguido a la sagaz mente del doctor Herschel que aquello era una invención providencial para proteger los ojos del animal de los grandes extremos de luz y de

oscuridad a los cuales están sometidos de un modo periódico todos los habitantes de nuestro lado de la Luna». Pero esto puede ser considerado como una «agudísima» observación del doctor. Los habitantes de nuestro lado de la Luna no tienen, evidentemente, una oscuridad absoluta, así como ninguno de los «extremos» mencionados. En la ausencia del Sol, tienen ellos una luz desde la Tierra equivalente a la de trece lunas llenas y despejadas.

La topografía en todas partes, hasta cuando se manifiesta de acuerdo con la carta lunar de Blunt, es completamente distinta de la de otros mapas lunares, y hasta está toscamente en desacuerdo con ella misma. Los puntos de la brújula, además, se hallan en confusión inextricable; el autor parece ignorar que sobre un mapa lunar aquélla no está de acuerdo con los puntos terrestres: el este aparece a la izquierda, etcétera.

Defraudados quizá por los títulos vagos, Mare Nubium, Mare Tranquillitatis, Mare Fecunditatis, etcétera, dados a los lugares oscuros por los primitivos astrónomos, mister Locke ha entrado en detalles referentes a océanos y a otras grandes superficies de agua en la Luna, siendo así que allí no hay punto astronómico positivamente que descubra que tales superficies existan allí. Examinando los cruces limítrofes entre la luz y la oscuridad (en luna creciente es convexa) donde esos cruces limítrofes surcan cualquiera de los sitios oscuros, la línea divisoria se ve erizada y dentada; pero, si existiesen dichos sitios oscuros líquidos, estarían, sin duda, aún.

La descripción de las alas del hombre-murciélago, en la página 21, no es sino una copia literal del relato de Peter Wilkin de las alas de sus isleños voladores. Este simple hecho podría suscitar, al menos, recelos, de fijarse en

él.

En la página 23 encontramos lo siguiente: «¡Qué prodigiosa influencia

debe de haber ejercido nuestro globo, trece veces mayor, sobre este satélite cuando era un embrión en el seno del tiempo, el sujeto pasivo de una afinidad química!».

Esto es muy bello; pero podría objetarse que ningún astrónomo hubiera hecho tal observación, especialmente en una publicación científica cualquiera, pues la Tierra, en el sentido determinado, no es sólo trece, sino cuarenta y nueve veces mayor que la Luna. Una objeción parecida, aplicada a la totalidad de las páginas finales, donde, a modo de introducción a ciertos descubrimientos en Saturno, el filósofo corresponsal entra en un minucioso relato de ese planeta, para colegiales; ¡esto en el Edinburgh Journal of Science!

Pero hay un punto en particular que revelaría la ficción.

Imaginemos la potencia de visión que poseen actualmente los animales en la superficie de la Luna. ¿Qué sería lo que primero atraería en ellos la atención de un observador desde la Tierra? En verdad, ni su forma, tamaño, ni cualquier otra particularidad

semejante, tanto como su notable situación. Aparecerían ellos caminando con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo, a la manera de las moscas sobre un techo. El observador real lanzaría al instante una exclamación de sorpresa —aunque estuviese preparado a ello por un conocimiento previo— ante la singularidad de su posición. El observador ficticio no hubiera mencionado la cuestión; pero ¿hablaría de la vista de los cuerpos enteros de tales seres, cuando ha quedado demostrado que él no podría haber visto más que el diámetro de sus cabezas?

Puede asimismo hacerse observar, en conclusión, que el tamaño y, sobre todo, las facultades de los hombres-murciélagos (por ejemplo, su destreza para volar en una atmósfera tan enrarecida, si es que realmente hay alguna atmósfera en la Luna), con muchas otras de las fantasías referentes a la vida animal y vegetal, están en desacuerdo de ordinario con todos los razonamientos analógicos sobre estos temas, y esa analogía valdría con frecuencia de prueba concluyente. ¿Es quizá necesario añadir que todas las sugerencias atribuidas a Brewster y a Herschel, al comienzo del artículo, acerca de «una transfusión de luz artificial a través del objeto focal de la visión», etcétera, etcétera, pertenecen a ese género de obras metafóricas que aparecen más propiamente bajo la denominación de galimatías?

Hay un auténtico y muy definido límite al descubrimiento óptico entre las estrellas, un límite cuya naturaleza necesita sólo ser

expresada para ser comprendida. Si, en realidad, el vaciado de grandes lentes que todo eso requiere, la ingeniosidad del hombre demostrase, por último, que era igual a la

tarea, podríamos hacerlas de cualquier tamaño deseado. Pero, desgraciadamente, en proporción al aumento de tamaño de las lentes, y, por consiguiente, a la potencia penetrante de espacio está la disminución de luz del objeto por la difusión de sus rayos. Y para ese mal no hay remedio dentro de la habilidad humana, pues un objeto se ve por medio de esa sola luz que proviene de él mismo, ya sea directa o refleja. Así, la única luz «artificial» que pudo aprovechar mister Locke sería alguna luz artificial que él pudiese arrojar no sobre «el objeto de la visión focal», sino el objeto real; visto, a saber: sobre la Luna.

Se calcula fácilmente que, cuando la luz procede de una estrella, llega tan difusa y débil como la luz natural procedente del conjunto de las estrellas en una noche clara y de luna, cuando la estrella está visible de cerca para cualquier fin práctico.

El telescopio del conde de Ross, construido recientemente en Inglaterra, tiene un speculum con una superficie de refracción de 4.071 pulgadas cuadradas; el telescopio de Herschel tiene uno de 1.811 solamente. El metal del conde de Ross tiene seis pies de diámetro, es decir, cinco pulgadas y media de grueso en

los bordes y cinco en el centro. Su peso es de tres toneladas; la distancia focal es de 50 pies.

He leído últimamente un singular y bastante ingenioso librito cuya portada dice así: «L'Homme dans le lune ou le Voyage chimerique fait au Monde de la Lune, nouvellement decouvert par Dominique Gonzales, Aduanturier Espagnol autrement dit le Courier volant. Mis en notre langue par J. B. D. A Paris chex François Piot, près la Fontaine de Saint-Benoist. Et chez J. Goignard, au premier pilier de la grand'salle du Palais, proche les Consulations. MDCXLVII». Página 176.

El autor declara haber traducido su libro del inglés de un mister D'Avisson (¿Davidson?), aunque hay una terrible ambigüedad en el relato. «J'en al eu — dice él— l'original de Monsieur D'Avisson, médecin des mieux verses qui soient aujourd'hui dans la connaissance des Belles Letres et sur tout de la Philosophie Naturelle. Je lui al cette obligation entre les autres de m'avoir non seulement mis en main ce Livre en anglais, mais encore le manuscrit du Sieur Thomas D'Anan, gentilhomme Eccossois, recommandable pour sa vertu, sur la version duquel j'advoue que j'ay tiré le plan de la mienne».

Después de algunas aventuras inadecuadas, muy a la manera de Gil Blas, y que ocupan las primeras treinta páginas, el autor refiere que, cuando realizaba un viaje por mar, la tripulación le abandonó, junto con un esclavo negro, en la isla de Santa Elena. A fin de aumentar las posibilidades de obtener alimentos, los dos se separaron y vivieron lo más aparte que les fue posible.

Esto los llevó a amaestrar unas aves que les sirvieron de palomas mensajeras entre ellos.

Pronto les enseñaron a transportar paquetes de cierto peso, peso que fue aumentando gradualmente. Al final, se les ocurrió la idea de unir las fuerzas de un gran número de aquellas aves, con intención de que transportaran al propio autor. Idearon una máquina a ese fin, y encontramos una minuciosa descripción de ella, que está materialmente ilustrada por un grabado en acero. Vemos en éste al señor Gonzales con traje de encajes y una voluminosa peluca, montado a horcajadas sobre algo muy parecido a un palo de escoba y sostenido en el aire por una multitud de cisnes silvestres (ganzas) atados de sus colas a la máquina.

El principal suceso detallado por el señor Gonzales en su relato proviene de un hecho muy importante que el autor deja que ignore el lector hasta casi el final del libro. Los ganzas con quienes él tiene tanta familiaridad no son, en realidad, habitantes de Santa Elena, sino de la Luna. Desde allí tienen la costumbre, desde tiempo inmemorial, de emigrar cada año a alguna parte de la Tierra. En la estación adecuada, naturalmente, quieren regresar a su país, y ocurre que un día, al requerir el autor sus servicios para un breve viaje, es elevado de improviso en derechura, y en un corto lapso de tiempo llega al satélite. Allí ve, entre otras cosas singulares, que las gentes se divierten con extraordinaria alegría, que no tienen leyes, que

mueren sin dolor, que son de diez a trece pies de altura, que viven cinco mil años, que tienen un emperador llamado Irdonozur y que pueden dar saltos a una altura de sesenta pies, cuando, por estar libres de la influencia de la ley de gravedad, vuelan alrededor con abanicos.

No puedo abstenerme de transcribir una muestra de la filosofía general del volumen:

«Debo ahora manifestaros —dice el señor Gonzales— la naturaleza del lugar en que me encuentro. Todas las nubes están a mis pies, o, si lo permitís, esparcidas entre la Tierra y yo. En cuanto a las estrellas, como no existe noche donde estoy, tienen siempre el mismo aspecto; no brillante, como es lo habitual, sino pálido y muy arcano, como la Luna de una mañana. Pero pocas veces se ven desde allí, y éstas, diez veces mayores (por lo que he podido juzgar) de lo que parecen a los habitantes de la Tierra. La Luna, que necesita dos días para ser llena, es de un tamaño terrible.

»No debo olvidar aquí que las estrellas aparecen sólo por el lado del globo vuelto hacia la Luna, y que a la proximidad con ésta se debe el que parezcan tan grandes. Debo asimismo manifestaros que, ya sea el tiempo tranquilo o tempestuoso, yo me encuentro siempre inmediato entre la Luna y la Tierra. Estoy persuadido de esto por dos razones: porque mis aves vuelan siempre en línea, y porque cuantas veces intentamos asentarnos somos arrastrados insensiblemente alrededor del globo de la Tierra. Pues yo acepto la opinión de Copérnico,

quien sostiene que el tal no deja nunca de girar del Este al Oeste,

no sobre los polos de la equinoccial, vulgarmente llamados los polos del mundo, sino sobre los del Zodíaco, cuestión esta sobre la que me propongo hablar por extenso en el futuro, cuando tenga tiempo libre para refrescar mi memoria en lo que atañe a la astrología que he aprendido en Salamanca de joven, y que he olvidado después».

A pesar de los errores subrayados, el libro no deja de reclamar cierta atención, por proporcionar una ingenua muestra de las nociones astronómicas corrientes de aquel tiempo. Una de éstas pretende que «la fuerza de la gravitación» se extiende a corta distancia de la superficie de la Tierra, y, por consiguiente, vemos a nuestro viajero «arrastrado insensiblemente alrededor del globo», etcétera.

Hay otros «viajes a la Luna», pero ninguno de tan alto mérito como el que acabamos de mencionar. Pues el de Bergerac carece por completo de sentido. En el volumen tercero de la *American Quaterly Review* se inserta íntegra una detallada crítica en la cual resulta difícil decir si el crítico expone más la estupidez del libro o su propia ridícula ignorancia de la astronomía. He olvidado el título de la obra; pero los medios para efectuar el viaje están más deplorablemente concebidos que los mismos ganzas de nuestro amigo el señor Gonzales. Al

aventurero le sucede que, al cavar la tierra, descubre un metal especial sobre el cual ejerce la Luna una poderosa atracción, y desde luego construye un cajón de ese metal que, al desprenderse de sus ataduras terrestres, vuela, transportándole a él acto seguido hacia el satélite. El Vuelo de Thomas O'Rourke es un jeu d'esprit no desdeñable del todo, y ha sido traducido al alemán. Thomas, el héroe, es en realidad el guardabosques de un par irlandés, cuyas excentricidades dan origen a la historia. El «vuelo» se realiza sobre el lomo de un águila, desde la Montaña Húngara, unas sierras enormes, al final de la bahía de Bautry.

En estas diversas brochures la intención es siempre satírica, y el asunto, una descripción de las costumbres lunares, comparadas con las nuestras. En ninguna hay el menor intento de verosimilitud en los detalles del viaje mismo. Los autores parecen ser, en cada caso, completamente incultos respecto a astronomía. En Hans Pfaall el propósito es original en lo que se refiere al intento de dar verosimilitud al relato, con la aplicación de principios científicos —hasta donde la naturaleza caprichosa del tema lo permite— al actual viaje de la Tierra a la Luna.

LA CARTA ROBADA

En París, justamente después de una oscura y tormentosa noche, en el

otoño de 18..., gozaba yo de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Augusto Dupin, en su pequeña biblioteca privada o gabinete de lectura, situada en el troisième del número 33 de la rue Dunôt, en el faubourg Saint-Germain. Durante una hora, por lo menos, habíamos permanecido en un profundo silencio; cada uno de nosotros, para cualquier casual observador, hubiese parecido intensa y exclusivamente atento a las volutas de humo que adensaban la atmósfera de la habitación. En lo que a mí respecta, sin embargo, discutía mentalmente ciertos temas que habían constituido nuestra conversación en la primera parte de la noche; me refiero al asunto de la rue Morgue y al misterio relacionado con el asesinato de María Roget. Consideraba yo aquello, por lo tanto, como algo coincidente, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió dando paso a nuestro antiguo conocido monsieur G***, prefecto de la policía parisiense.

Le dimos una cordial bienvenida, pues aquel hombre tenía su lado divertido, así como su lado despreciable, y no le habíamos visto hacía varios años. Como estábamos sentados en la oscuridad, Dupin se levantó entonces para encender una lámpara; pero volvió a sentarse, sin hacer nada, al oír decir a G*** que había venido para consultarnos o más bien para pedir

su opinión a mi amigo sobre un asunto oficial que le había ocasionado muchos trastornos.

—Si es un caso que requiere reflexión —observó Dupin, absteniéndose de encender la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Ésta es otra de sus extrañas ideas —dijo el prefecto, quien tenía la costumbre de llamar «extrañas» a todas las cosas que superaban su comprensión, y que vivía así entre una legión completa de «extrañezas».

—Es muy cierto —dijo Dupin, ofreciendo a su visitante una pipa y arrastrando hacia él un cómodo sillón.

—Y ahora, ¿cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea nada relacionado con el género asesinato.

—¡Oh, no! Nada de eso. El hecho, el asunto es muy sencillo en realidad, y no dudo que podríamos arreglárnoslas bastante bien nosotros solos; pero luego he pensado que a Dupin le agradaría oír los detalles de esto, porque es sumamente extraño.

—Sencillo y extraño —dijo Dupin.

—Pues sí, y no es exactamente ni una cosa ni otra. El hecho es que nos ha traído buenos quebraderos de cabeza ese asunto por ser tan sencillo y a la par tan desconcertante.

—Quizá sea la gran sencillez de la cosa la que los induce al error —dijo mi amigo.

—¡Qué insensatez está usted diciendo! —replicó el prefecto, riendo de buena gana.

—Quizá el misterio sea un poco demasiado sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios misericordioso! ¿Quién ha oído nunca semejante idea?

—Un poco demasiado evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —gritaba nuestro visitante, enormemente divertido—. ¡Oh, Dupin, quiere usted hacerme morir de risa!

—¿De qué se trata, en fin de cuentas? —pregunté.

—Pues voy a decírselo —replicó el prefecto, lanzando una larga, densa y contemplativa bocanada, y arrellanándose en su asiento—. Voy a decírselo en pocas palabras; pero antes de comenzar, me permito advertirle que se trata de un asunto que requiere el mayor secreto, y que perdería yo, muy probablemente, el puesto que ocupo en la actualidad, si se supiera que se lo había confiado a alguien.

—Empiece ya —dije.

—O no empiece —dijo Dupin.

—Bueno; empezaré. Estoy informado personalmente, por fuente muy elevada, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. Se sabe

quién es el individuo que lo ha robado, esto no admite duda; le han visto robarlo. Y se sabe también que lo tiene en su poder.

—¿Cómo se ha sabido? —preguntó Dupin.

—Se infiere claramente —replicó el prefecto— de la naturaleza del documento, y de la no aparición de ciertos resultados que habrían tenido lugar enseguida, si no estuviese el documento en poder del ladrón, es decir, si fuera utilizado para el fin que debe él proponerse.

—Sea usted un poco más explícito —dijo.

—Pues bien: me arriesgaré a decir que ese papel confiere a su poseedor cierto poder en cierto lugar, poder que es de una valía inmensa.

El prefecto era muy aficionado a la jerga diplomática.

—Sigo sin entender absolutamente nada —dijo Dupin.

—¿No? Bueno; la revelación de ese documento a una tercera persona, cuyo nombre silenciaré, pondría en entredicho el honor de alguien del más alto rango, y esto daría al poseedor del documento un ascendiente sobre esa ilustre personalidad cuyo honor y tranquilidad se hallan así comprometidos.

—Pero ese ascendiente —interrumpí— depende de que el ladrón sepa que

la persona robada le conoce. ¿Quién se atrevería...?

—El ladrón —dijo G***— es el ministro D***, que se atreve a todo, lo mismo a lo que es indigno que a lo que es digno de un hombre. El procedimiento del robo es tan ingenioso como audaz. El documento en cuestión (una carta, para ser franco) ha sido recibido por la persona robada estando a solas en el regio boudoir. Mientras lo leía cuidadosamente, fue interrumpida de pronto por la entrada del otro ilustre personaje, a quien ella deseaba especialmente ocultarlo. Después de precipitados y vanos esfuerzos para meterlo en un cajón, se vio obligada a dejarlo, abierto como estaba, sobre una mesa. La dirección, no obstante, estaba vuelta y el contenido, por tanto, era ilegible; de modo que la carta pasó inadvertida. En ese momento entra el ministro D***. Sus ojos de lince ven enseguida el papel, reconoce la letra y la dirección, observa la confusión de la persona a quien iba dirigido, y penetra su secreto. Después de despachar algunos asuntos, con la celeridad en él acostumbrada, saca una carta un tanto parecida a la misiva en cuestión, la abre, finge leerla, y luego la coloca muy cerca de la otra. Vuelve a conversar durante unos quince minutos sobre los asuntos públicos. Y por último se despide y coge de la mesa la carta a la que no tiene derecho. La legítima poseedora lo ve; pero, naturalmente, no se atreve a llamar la atención sobre aquel acto en presencia del tercer personaje que está junto a ella. El ministro se marcha, dejando su propia carta (una carta sin importancia) sobre la mesa.

—Ahí tiene usted —me dijo Dupin—, ahí tiene usted precisamente lo que se requería para que el ascendiente fuese completo: el ladrón sabe que la persona robada le conoce.

—Sí —asintió el prefecto—, y el poder alcanzado así lo ha usado con amplitud desde hace algunos meses para sus fines políticos, hasta un punto muy peligroso. La persona robada está cada día más convencida de la necesidad de recuperar su carta. Pero esto, sin duda, no puede hacerse abiertamente. Al fin, impulsada por la desesperación, me ha encargado del asunto.

—Era imposible, supongo —me dijo Dupin, entre una perfecta voluta de humo—, elegir e incluso imaginar un agente más sagaz.

—Usted me adula —replicó el prefecto—; pero es posible que hayan tenido en cuenta esa opinión.

—Está claro —dije—, como usted ha hecho observar, que la carta se halla aún en posesión del ministro, puesto que es esa posesión y no el uso de la carta lo que le confiere su poder. Con el uso ese poder desaparece...

—Es cierto —dijo G***—, y con esa convicción he procedido. Mi primer cuidado ha sido efectuar una pesquisa en el hotel del ministro, y allí mi primer

apuro ha consistido en la necesidad de buscar sin que él lo supiese. Por encima de todo estaba yo prevenido contra el peligro existente en darle motivo para que sospechase nuestro propósito.

—Pero —dije— se halla usted completamente au fait en esas investigaciones. La policía parisiense ha hecho eso más de una vez.

—¡Oh, sí! Y por esa razón no desespero. Las costumbres del ministro me proporcionan, además, una gran ventaja. Está ausente con frecuencia de su casa por la noche. No tiene muchos criados. Duermen éstos a cierta distancia de la habitación de su amo, y como son principalmente napolitanos, están siempre dispuestos a emborracharse. Poseo, como usted sabe, llaves con las cuales puedo abrir todos los cuartos o gabinetes de París. Durante tres meses no ha pasado una noche cuya mayor parte no la haya dedicado en persona a registrar el hotel de D***. Mi honor está en juego, y para confiarle un gran secreto, la recompensa es muy crecida. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta estar por completo convencido de que ese hombre es más astuto que yo. Creo que he registrado cada escondrijo y cada rincón de la casa en los cuales podía estar oculto el papel.

—Pero ¿no sería posible —sugerí— que, aunque la carta estuviera en posesión del ministro (y lo está, indudablemente), la hubiera escondido él en otra parte que en su propia casa?

—Eso no es posible en absoluto —dijo Dupin—. La situación peculiar actual de los asuntos de la corte, y en especial de esas intrigas en las que D*** está, como se sabe, envuelto, hacen de la eficacia inmediata del documento (de la posibilidad de ser presentado en el momento) un punto de una importancia casi igual a su posesión.

—¿La posibilidad de ser presentado? —dije.

—Es decir, de ser destruido —dijo Dupin.

—De seguro —observé—, ese papel está en la casa. En cuanto a que lo lleve encima el ministro, podemos considerar esta hipótesis de todo punto como ajena a la cuestión.

—De todo punto —dijo el prefecto—. Le he hecho atracar dos veces por dos maleantes, y su persona ha sido rigurosamente registrada bajo mi propia inspección.

—Pudo usted haberse ahorrado esa molestia —dijo Dupin—.

D***, por lo que presumo, no está loco rematado, y por tanto, ha debido prever esos atracos como cosa natural.

—No está loco rematado —dijo G***—; pero es un poeta, por lo cual, para mí, se halla muy cerca de la locura

—Es cierto —dijo Dupin, después de lanzar larga y pensativamente bocanadas de humo de su pipa de espuma—, aunque sea yo mismo culpable de ciertas aleluyas.

—Denos usted —dijo— detalles precisos de su busca.

—Pues bien: el hecho es que nos hemos tomado tiempo y hemos buscado por todas partes. Tengo una larga experiencia en estos asuntos. Hemos recorrido la casa entera, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada uno. Hemos examinado primero el mobiliario de cada habitación y abierto todos los cajones posibles, y supongo que sabrá usted que, para un agente de policía convenientemente adiestrado, un cajón secreto no resulta una cosa imposible. Es un mastuerzo todo hombre que en una pesquisa de ese género permite que un cajón secreto escape a su búsqueda. ¡La cosa es tan sencilla! Hay en cada estancia cierta cantidad de volumen —de espacio— del cual puede uno darse cuenta. Tenemos para eso reglas exactas. Ni la quincuagésima parte de una línea puede escapárse nos. Después de las habitaciones nos hemos dedicado a las sillas. Los almohadones han sido sondeados con esos finos agujones que me ha visto usted emplear. Hemos quitado los tableros de las mesas.

—¿Y eso para qué?

A veces el tablero de una mesa, o de cualquier otra pieza semejante del mobiliario, es levantado por la persona que desea esconder un objeto; ahueca entonces la pata, deposita el objeto dentro de la cavidad y vuelve a colocar el tablero. Los fondos y remates de las columnas de las camas son utilizados para el mismo fin.

—Pero ¿no puede descubrirse ese hueco por el sonido? — pregunté.

—No hay manera, si ha sido depositado el objeto envuelto en un relleno de algodón suficiente. Además, en nuestro caso, nos veíamos obligados a actuar sin hacer ruido.

—Pero ustedes no han podido quitar, desmontar todas las piezas de moblaje en las cuales hubiera sido factible depositar un objeto de la manera que usted ha indicado. Una carta puede ser enrollada en una espiral muy fina, parecidísima en su forma a una aguja de hacer punto, y ser así introducida dentro del palo de una silla, por ejemplo. ¿Han desmontado ustedes las piezas de todas las sillas?

—Ciertamente que no; pero hemos hecho algo mejor: hemos examinado los palos de cada silla en el hotel, e incluso las juntas de toda clase de muebles, con ayuda de un potente microscopio. Si hubiese habido un indicio cualquiera de una alteración reciente, no hubiéramos dejado de descubrirlo al punto. Un solo grano de polvo de berbiquí, por ejemplo, habría aparecido tan

visible como una manzana. Cualquier alteración en la cola —una simple grieta en las juntas— hubiese bastado para asegurar su descubrimiento.

—Supongo que habrán ustedes examinado los espejos, entre la luna y la chapa, y que habrán registrado las camas y sus ropas, lo mismo que las cortinas y alfombras.

—Naturalmente, y cuando hubimos examinado cada partícula del mobiliario de ese modo, examinamos la propia casa.

Dividimos su superficie entera en compartimientos que numeramos, para que así no se nos olvidase ninguno; después examinamos cada pulgada cuadrada por todas partes, incluyendo las dos casas contiguas, con el microscopio, como antes.

—¡Las dos casas contiguas! —exclamé—. Ha debido usted de soportar grandes molestias.

—En efecto, pero la recompensa ofrecida es prodigiosa.

—¿Incluye usted los suelos de las casas?

—Todos los suelos son de ladrillo. En comparación eso nos ha dado poco trabajo. Hemos examinado el musgo entre los ladrillos, encontrándolo intacto.

—¿Habrá usted mirado entre los papeles de D***, naturalmente, y dentro de los libros de su biblioteca?

—Por supuesto, hemos abierto cada paquete y cada bulto; no sólo hemos abierto todos los libros, sino que hemos pasado hoja por hoja cada volumen, no contentándonos con una simple sacudida, según suelen hacer algunos de nuestros oficiales de policía. Hemos medido también el espesor de cada pasta de libro con la más exacta minuciosidad, aplicando a cada una el más celoso escudriñamiento del microscopio. Si se hubiera introducido algo en una de las encuadernaciones, habría sido del todo imposible que el hecho escapase a nuestra

observación. Unos cinco o seis volúmenes, que acababan de salir de manos del encuadernador, fueron cuidadosamente sondeados, en sentido longitudinal, con las agujas.

—¿Han explorado ustedes los suelos por debajo de las alfombras?

—Sin duda alguna. Hemos quitado todas las alfombras y examinado las tablas con el microscopio.

—¿Y los papeles de las paredes?

—Sí.

—¿Han registrado las cuevas?

—Lo hemos hecho.

—Entonces —dije— han incurrido ustedes en un error, y la carta no está

en la casa, como usted supone.

—Temo que tenga usted razón en eso —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin,

¿qué me aconseja que haga?

—Una investigación concienzuda en la casa...

—Eso es completamente inútil —replicó G***—. No estoy tan seguro de que respiro como de que la carta no se halla en el hotel.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. ¿Posee usted, supongo, una descripción exacta de la carta?

—¡Oh, sí!

Y aquí el prefecto, sacando una cartera de apuntes, se puso a leernos en voz alta una minuciosa reseña del aspecto interno, y en especial del externo, del documento perdido. Al poco rato de terminar la lectura de aquella descripción, se despidió el buen señor, más decaído de ánimo que le había yo visto nunca hasta entonces.

Un mes después, aproximadamente, nos hizo otra visita, encontrándonos casi en la misma ocupación que la otra vez. Cogió una pipa y una silla, e inició una conversación usual. Por último, le dije:

—Bueno, G***; pero ¿qué hay de la carta robada? Supongo que al final se habrá usted resignado a pensar que no es cosa sencilla ganar en listeza al ministro.

—¡Que el diablo le confunda! —dijo él—. Sí, realicé, a pesar de todo, ese nuevo examen que Dupin sugería; pero fue labor perdida, como yo preveía.

—¿A cuánto asciende la recompensa ofrecida, de que usted habló? — preguntó Dupin.

—Pues a una gran cantidad...; es una recompensa muy generosa... No sé a cuánto asciende exactamente; pero le diré una cosa, y es que me comprometería yo a entregar por mi

cuenta un cheque de cincuenta mil francos a quien pudiese conseguirme esa carta. El hecho es que la cosa adquiere cada día mayor importancia, y la recompensa ha sido doblada recientemente. Sin embargo, aunque la tripliquen, no podría yo hacer más de lo que he hecho.

—Pues sí —dijo Dupin, arrastrando las palabras, entre las bocanadas de su pipa de espuma—, realmente... creo, G***, que no se ha esforzado usted... todo lo que podía en este asunto. Yo creo que podría hacer un poco más, ¿no?

—¡Cómo!... ¿En qué sentido?

—Pues —dos bocanadas— podría usted —otras dos bocanadas— aplicar

el consejo sobre esta cuestión, ¿eh? —tres bocanadas—. ¿Recuerda usted la historia que cuentan de Abernethy?

—¡No, maldito Abernethy!

—Con seguridad, al diablo y buen viaje. Pues una vez, cierto hombre rico concibió el propósito de obtener gratis una consulta médica de Abernethy. Con tal fin entabló con él en una casa particular una conversación corriente, a través de la cual insinuó su caso al galeno, como si se tratase de un individuo imaginario. «Supongamos —dijo el avaro— que sus síntomas son tales y cuales; y ahora, doctor, ¿qué le mandaría usted que

tomase?» «Pues le mandaría que tomase... el consejo de un médico, seguramente».

—Pero —dijo el prefecto, un poco desconcertado— estoy por completo dispuesto a buscar consejo y a pagarlo. Daría realmente cincuenta mil francos a quien quisiera ayudarme en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando un talonario de cheques—, puede usted llenarme un cheque por esa suma. Cuando lo haya usted firmado, le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. El prefecto parecía enteramente fulminado. Durante unos minutos permaneció callado e inmóvil, mirando con aire incrédulo a mi amigo, con la boca abierta y los ojos como fuera de las órbitas; luego pareció volver en sí algún tanto, cogió una pluma y, después de varias vacilaciones y miradas vagas, acabó por llenar y firmar un cheque de cincuenta mil francos, y se lo tendió por encima de la mesa a Dupin. Este último lo examinó cuidadosamente y se lo guardó en la cartera; después, abriendo un escritorio sacó de él una carta y se la dio al prefecto. El funcionario la asió con un positivo espasmo de alegría, la abrió con mano trémula, echó una rápida ojeada a su contenido, y luego, aferrando la puerta y forcejeando con ella, se precipitó por fin, sin más ceremonia, fuera de la habitación y de la casa, no habiendo pronunciado una sílaba desde que Dupin le había pedido que llenase el cheque.

Cuando hubo salido, mi amigo entró en algunas explicaciones.

—La policía parisiense —dijo— es sumamente hábil en su oficio. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos, astutos y están versados a fondo en los conocimientos que requieren, sobre todo, sus funciones. Por eso, cuando G*** nos detalló la manera de efectuar las pesquisas en el hotel de D***, tenía yo entera confianza en que habían realizado una investigación satisfactoria, hasta donde alcanza su labor.

—¿Hasta donde alcanza su labor? —repetí.

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas eran no sólo las mejores en

su género, sino realizadas con una perfección absoluta. Si la carta hubiera sido depositada dentro del radio de sus investigaciones, esos mozos la habrían encontrado, sin la menor duda.

Reí simplemente, pero él parecía haber dicho aquello muy en serio.

—Las medidas, pues —prosiguió—, eran buenas en su género, y habían sido bien ejecutadas; su defecto estaba en ser inaplicables al caso de ese hombre. Hay una serie de recursos muy ingeniosos que son para el prefecto una especie de lecho de Procusto al cual adapta al cabo todos sus planes. Pero yerra a todas horas por excesiva profundidad o por demasiada

superficialidad en el caso en cuestión, y muchos colegiales razonan mejor que él. He conocido uno de ocho años de edad, cuyo éxito como adivinador en el juego de «pares y nones» causaba la admiración universal. Este juego es sencillo y se juega con bolas. Uno de los participantes tiene en la mano cierto número de esas bolas y pregunta a otro si ese número es par o impar. Si éste lo adivina con exactitud, el adivinador gana una; si yerra, pierde una. El muchacho a quien aludo ganaba todas las bolas de la escuela. Naturalmente, tenía un sistema de adivinación que consistía en la simple observación y en la apreciación de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, supongamos que su adversario sea un bobalicón y que alzando su mano cerrada le pregunta: «¿Nones o pares?». Nuestro colegial replica: «Nones» y pierdes; pero en la segunda prueba, gana, porque se dice a sí mismo: «El bobalicón había puesto pares la primera vez, y toda su astucia le va a impulsar a poner nones en la segunda; diré, por tanto: “Nones”»; dice «Nones», y gana. Ahora bien; este sistema de razonamiento del colegial, con un adversario un poco menos simple, lo variaría él razonando así: «Este chico ve que en el primer caso he dicho “Nones”, y en el segundo se propondrá (es la primera idea que se le ocurrirá) efectuar una ligera variación de “pares” a “nones” como hizo el bobalicón; pero una segunda reflexión le dirá que es ésa una variación demasiado sencilla, y por último, se decidirá a poner “pares” como la primera vez. Diré, por tanto: “Pares”». Dice «Pares», y gana. Pues bien: este sistema de

razonamiento de nuestro colegial, que sus camaradas llaman suerte, en último análisis, ¿qué es?

—Es sencillamente —dije—, una identificación del intelecto de nuestro razonador con el de su contrario.

—Eso es —dijo Dupin—, y cuando pregunté al muchacho de qué manera efectuaba él esa perfecta identificación en la cual consistía su éxito, me dio la siguiente respuesta: «Cuando quiero saber hasta qué punto es alguien listo o tonto, hasta qué punto es bueno o malo, o cuáles son en el momento presente sus pensamientos, modelo la expresión de mi cara, lo más exactamente que puedo, de acuerdo con la expresión de la suya, y espero entonces para saber qué pensamientos o qué sentimientos nacerán en mi mente o en mi corazón, como para emparejarse o corresponder con la expresión». Esta respuesta del

colegial supera en mucho toda la profundidad sofística atribuida a La Rochefoucauld, a La Bruyère, a Maquiavelo y a Campanella.

—Y la identificación —deduje— del intelecto del razonador con el de su adversario depende, si le comprendo a usted bien, de la exactitud con que el intelecto de su contrincante sea estimado.

—En la evaluación práctica depende de eso —confirmó Dupin—, y si el prefecto y toda su cohorte se han equivocado con tanta frecuencia, ha sido, primero, por carencia de esa identificación,

y en segundo lugar, por una apreciación inexacta o más bien por la no apreciación de la inteligencia con la que se miden. No ven ellos más que sus propias ideas ingeniosas, y cuando buscan algo escondido, sólo piensan en los medios que hubieran empleado para ocultarlo. Tienen mucha razón en lo de que su propia ingeniosidad es una fiel representación de la de la multitud; pero, cuando la astucia del malhechor es diferente de la de ellos, ese malhechor, naturalmente, los embauca... No deja eso nunca de suceder cuando su astucia está por encima de la de ellos, lo cual ocurre muy a menudo, incluso cuando está por debajo. No varían su sistema de investigación; todo lo más, cuando se encuentran incitados por algún caso insólito, por alguna recompensa extraordinaria, exageran y llevan a ultranza sus viejas rutinas; pero no modifican en nada sus principios. En el caso de D***, por ejemplo, ¿qué se ha hecho para cambiar el sistema de actuar? ¿Qué son todas esas perforaciones, esas búsquedas, esos sondeos, ese examen al microscopio, esa división de las superficies en pulgadas cuadradas y numeradas? ¿Qué es todo eso sino exageración, al aplicarlo, de uno de los principios de investigación que están basados sobre un orden de ideas referente a la ingeniosidad humana, y al que el prefecto se ha habituado en la larga rutina de sus funciones? ¿No ve usted que él considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren esconder una carta utilizan, si no precisamente un agujero hecho con berbiquí en la pata de una silla, al menos alguna cavidad, algún rincón muy extraño, cuya inspiración han tomado del mismo registro de ideas que el

agujero hecho con un berbiquí? ¿Y no ve usted también que escondites tan recherchés sólo son empleados en ocasiones ordinarias y sólo son adoptados por inteligencias ordinarias? Porque, en todos los casos de objetos escondidos, esa manera ambiciosa y tortuosa de ocultar el objeto es, en principio, presumible y presumida; así, su descubrimiento no depende en modo alguno de la perspicacia, sino sólo del cuidado, de la paciencia y de la decisión de los buscadores. Pero cuando se trata de un caso importante, o lo que es igual a los ojos de la policía, cuando la recompensa es considerable, ve uno cómo todas esas buenas cualidades fracasan indefectiblemente. Comprenderá usted ahora lo que quería yo decir al afirmar que, si la carta robada hubiera estado escondida en el radio de investigación de nuestro prefecto (en otras palabras, si el principio inspirador hubiera estado comprendido en los principios del prefecto, —la habría él

descubierto de un modo infalible. Sin embargo, ese funcionario ha sido engañado por completo, y la causa primera, original de su derrota, estriba en la suposición de que el ministro es un loco, porque ha conseguido hacerse una reputación como poeta. Todos los locos son poetas (es la manera de pensar del prefecto), y tan sólo es él culpable de una falsa distribución del término medio al inferir de eso que todos los poetas están locos.

—¿Pero es realmente poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos, y que ambos han logrado fama en la literatura. El ministro, según creo, ha escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial e integral. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted; le conozco muy bien: es poeta y matemático. Como poeta y matemático ha debido de razonar con exactitud; como simple matemático no hubiese razonado en absoluto, y habría quedado a merced del prefecto.

—Semejante opinión —dije— tiene que asombrarme; está desmentida por la voz del mundo entero. No intentará usted aniquilar una idea madurada por varios siglos. La razón matemática está desde hace largo tiempo considerada como la razón par excellence.

—«Il y a à parier —replicó Dupin, citando a Chamfort que toute idée publique, toute convention reçue, est une sottise, car elle a convenue au plus grand nombre» («Puede apostarse que toda idea pública, toda convención admitida, es una necesidad, porque ha convenido a la mayoría»). Los matemáticos —le concedo esto— han hecho cuanto han podido por propagar el error popular a que usted alude, el cual, aun habiendo sido propagado como verdad, no por eso deja de ser un error. Por ejemplo, nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a aplicar el término análisis a las operaciones algebraicas. Los franceses son los culpables originarios de ese engaño particular, pero, si se reconoce que los términos de la lengua poseen una importancia real, si las palabras cobran su

valor por su aplicación, ¡oh!, entonces concedo que análisis significa álgebra, poco más o menos como en latín ambitus significa ambición, religio, religión, u homines honesti la clase de hombres honorables.

—Veo que va usted a tener un choque con algunos de los algebristas de París, pero continúe.

—Impugno la validez, y, por consiguiente, los resultados de una razón cultivada por medio de cualquier forma especial que no sea la lógica abstracta. Impugno especialmente el razonamiento sacado del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas y de las cantidades; el razonamiento matemático no es más que la simple lógica aplicada a la forma y a la cantidad. El gran error A consiste en suponer que las verdades que

se llaman puramente algebraicas son verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme, que me maravilla la unanimidad con que es acogido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que es cierto en una relación de forma o de cantidad, resulta a menudo un error craso con relación a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, suele ser falso que la suma de las fracciones sea igual al todo. De igual modo en química el axioma yerra. En la apreciación de una fuerza motriz, yerra también, pues dos motores, que son cada cual de una potencia dada, no poseen

necesariamente, cuando están asociados, una potencia igual a la suma de sus potencias tomadas por separado. Hay una gran cantidad de otras verdades matemáticas que no son verdades sino en los límites de relación. Pero el matemático argumenta, incorregible, conforme a sus verdades finitas, como si fueran de una aplicación general y absoluta, valor que, por lo demás, el mundo las atribuye. Bryant, en su muy notable Mitología, menciona una fuente análoga de errores cuando dice que, aun cuando nadie cree en las fábulas del paganismo, lo olvidamos nosotros mismos sin cesar, hasta el punto de inferir de ellas deducciones, como si fuesen realidades vivas. Hay, por otra parte, en nuestros algebristas, que son también paganos, ciertas fábulas paganas a las cuales se presta fe, y de las que se han sacado consecuencias, no tanto por una falta de memoria como por una incomprendible perturbación del cerebro. En suma, no he encontrado nunca un matemático puro en quien se pudiera tener confianza, fuera de sus raíces y de sus ecuaciones; no he conocido uno solo que no tuviera por artículo de fe que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionadamente igual a q . Diga a uno de esos señores, en materia de experiencia, si esto le divierte, que cree usted en la posibilidad del caso en que $x^2 + px$ no sea absolutamente igual a q ; y cuando le haya hecho comprender lo que quiere usted decir, póngase fuera de su alcance, y con la mayor celeridad posible, pues, sin duda alguna, intentará acogotarle.

»Quiero decir —continuó Dupin, mientras yo me contentaba con reírme de sus últimas observaciones— que, si el ministro no hubiera sido más que un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de firmarme ese cheque. Le conocía yo como matemático y poeta, y había adoptado mis medidas en razón a su capacidad, y teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaba colocado. Sabía yo que era un hombre de corte y un intrigante osado. Pensé que un hombre así debía de estar, sin duda, al corriente de los manejos policíacos. Por supuesto, debía de haber previsto, y los acontecimientos lo han demostrado, las asechanzas a que estaba sometido. Me dije que habría previsto las investigaciones secretas en su hotel. Esas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen prefecto había acogido como ayudas positivas de su futuro éxito, yo las consideraba como simples tretas para facilitar la libre búsqueda de la policía y para persuadirla con mayor facilidad de que la carta no estaba en el hotel. Sentía yo también que toda esa

serie de ideas referentes a los principios invariables de la acción policíaca en los casos de busca de objetos escondidos, idea que le expliqué hace un momento no sin cierta dificultad; sentía yo que toda esa serie de pensamientos debieron de desplegarse en la mente del ministro llevándole imperativamente a desdeñar todos los escondrijos usuales. Pensé que aquel hombre no podía ser tan cándido que no adivinase que el escondite más

intrincado y remoto de su hotel resultaría tan visible como un arma para los ojos, las pesquisas, los berbiquíes y los microscopios del prefecto. Veía yo, en fin, que él debía de haber tendido por instinto a la sencillez, si no había sido inducido a ello por su propia elección. Recordará usted acaso con qué carcajadas desesperadas acogió el prefecto mi sugerencia, expresada en nuestra primera entrevista, de que si este misterio le perturbaba tanto, ello se debía quizá a ser tan patente.

—Sí —dije—, recuerdo muy bien su hilaridad. Creí realmente que le iba a dar un ataque de nervios.

—El mundo material —prosiguió— está lleno de analogías muy exactas con el inmaterial, y esto es lo que da cierto tono de verdad a ese dogma retórico de que una metáfora o una comparación pueden fortalecer un argumento e igualmente embellecer una descripción. El principio de la vis inertiae o fuerza de la inercia, por ejemplo, parece idéntico en lo físico y en lo metafísico. No es menos cierto, en cuanto a lo primero, que un cuerpo voluminoso se pone en movimiento más difícilmente que uno pequeño, y, por consecuencia, su momentum, o cantidad de movimiento, está en proporción con esa dificultad, y que, en cuanto a lo segundo, los intelectuales de amplia capacidad son al mismo tiempo más impetuosos, más constantes y más accidentados en sus movimientos que los de un grado inferior; son los que se mueven con menos facilidad, los más cohibidos y vacilantes al iniciar su avance.

Aun más: ¿ha observado usted alguna vez cuáles son las muestras de tiendas en las calles que atraen más la atención?

—No me he fijado nunca en eso —dije.

—Hay un juego de acertijos —replicó él— que se realiza sobre un mapa. Uno de los jugadores pide a alguien que encuentre un nombre dado (el nombre de una ciudad, de un río, de un Estado o de un imperio), cualquier palabra, en suma, comprendida en la extensión abigarrada e intrincada del mapa. Una persona novata en el juego procura, en general, embrollar a sus adversarios indicándoles nombres impresos en letras diminutas; pero los acostumbrados al juego escogen nombres impresos en gruesos caracteres que se extienden desde una punta a la otra del mapa. Estas palabras, como las muestras y los carteles en letras grandes de la calle, escapan a la observación por el hecho mismo de su excesiva evidencia, y aquí el olvido material es precisamente análogo a la inatención moral de una inteligencia que deja pasar las consideraciones demasiado palpables, demasiado patentes. Pero es éste un punto, al parecer,

que supera un poco la comprensión del prefecto. No ha creído nunca probable o posible que el ministro haya depositado la carta precisamente ante las narices del mundo entero, como medio mejor de impedir que lo perciba cualquier habitante de ese mundo.

»Pero cuanto más reflexionaba yo en la atrevida, arrojada y brillante ingeniosidad de D*** en el hecho de que debía de tener siempre a mano el documento para intentar utilizarlo de acuerdo con su propósito, y también sobre la evidencia decisiva lograda por el prefecto de que ese documento no estaba escondido dentro de los límites de una investigación ordinaria y en regla, más convencido me sentía de que el ministro había recurrido, para esconder su carta, al modo más amplio y sagaz, que consistía en no intentar esconderla en absoluto.

»Convencido de tales ideas, me puse unas gafas verdes, y llamé una mañana, como por casualidad, en el hotel del ministro. Encontré a D*** bostezando, holgazaneando y perdiendo el tiempo, como de costumbre, pretendiendo estar aquejado del más abrumador ennu. Es él, tal vez, el hombre más enérgico que existe hoy, pero únicamente cuando no le ve nadie.

»Para ponerme a tono con él, me lamenté de la debilidad de mis ojos y de la necesidad en que me encontraba de usar gafas; pero a través de aquellas gafas examiné cuidadosa y minuciosamente la habitación entera, aunque pareciendo estar atento tan sólo a la conversación del dueño de la casa.

»Dediqué una atención especial a una amplia mesa de escritorio junto a la cual estaba él sentado, y sobre cuyo tablero veíanse reunidas en una mezcla varias cartas y otros papeles, con uno o dos instrumentos de música y algunos libros. Después de aquel largo y cauto examen, no vi allí nada que excitase una especial sospecha.

»Por último, mis ojos, al recorrer en torno la habitación, cayeron sobre un tarjetero de cartón con filigrana de baratija, colgado por una cinta azul sucia de una anilla, encima justamente de la chimenea. Aquel tarjetero con tres o cuatro compartimientos contenía cinco o seis tarjetas de visita y una carta solitaria. Esta última estaba muy sucia y arrugada y casi partida por la mitad, como si hubieran tenido el propósito en un primer impulso de romperla por completo como un papel inútil y hubiesen luego cambiado de opinión. Tenía un ancho sello negro con la inicial D*** muy a la vista, y estaba dirigida, con una letra pequeña, al propio ministro. La habían puesto allí al descuido e incluso, al parecer, con desprecio, dentro de uno de los compartimientos superiores del tarjetero.

»Apenas eché una ojeada sobre aquella carta llegué a la conclusión de que era la que yo buscaba. Evidentemente, resultaba en su aspecto por completo distinta de aquella de la cual nos había leído el prefecto una descripción tan

minuciosa. En ésta, el sello era ancho y negro, con la cifra de D***; en la otra, era pequeño y rojo, con el escudo ducal de la familia S***. En ésta, la dirección al ministro estaba escrita con una letra diminuta y femenina; en la otra, la dirección a una persona regia, aparecía trazada con una letra a todas luces resuelta y personal. El tamaño era su único punto de semejanza. Pero el carácter excesivo de estas diferencias, fundamentales en realidad, la suciedad, el estado deplorable del papel,

arrugado y roto, que estaban en oposición con las verdaderas costumbres de D***, tan metódicas, y que revelaban el propósito de desconcertar a un indiscreto, presentándole las apariencias de un documento sin valor; todo esto, a lo que debe añadirse la colocación descarada del documento, puesto de lleno ante los ojos de todos los visitantes y ajustándose con tanta exactitud a mis conclusiones anteriores; todo esto, repito, corroboraba con ahínco las sospechas de alguien que acudiese con intención de sospechar.

»Prolongué mi visita el mayor tiempo posible, y mientras sostenía una discusión muy animada con el ministro sobre un tema que sabía yo que le interesaba en grado sumo, mantuve mi atención fija sobre la carta. Durante ese examen, recordaba yo su aspecto exterior y la manera de estar colocada en el tarjetero; y al final, hice también un descubrimiento que disipó la ligera duda que podía quedarme aún. Al examinar los bordes del papel, observé que estaban más deteriorados de lo que parecía necesario. Presentaban el aspecto roto de un papel duro, que habiendo sido doblado y aplastado por la plegadera, es doblado en sentido contrario, aunque por los mismos pliegues que constituían su primera forma. Este descubrimiento me bastó. Era evidente para mí que la carta había sido vuelta como un guante, plegada de nuevo y lacrada otra vez. Di los buenos días al ministro y me despedí inmediatamente de él, dejando una tabaquera de oro sobre la mesa.

»A la mañana siguiente volví a buscar la tabaquera y reanudamos desde luego la conversación del día anterior. Mientras la sosteníamos, una fuerte detonación, como de un pistoletazo, se oyó debajo mismo de las ventanas del hotel, seguida de los gritos y vociferaciones de una multitud aterrada. D*** se precipitó hacia una ventana, la abrió y miró hacia abajo. Al propio tiempo fui hacia el tarjetero, cogí la carta, la guardé en mi bolsillo, y la sustituí por un facsímil (en cuanto al aspecto exterior) que había yo preparado con todo cuidado en mi casa, imitando la cifra de D***, fácilmente, por medio de un sello de miga de pan.

»El alboroto en la calle había sido causado por el capricho insensato de un hombre armado de una escopeta. Había éste disparado en medio de un gentío de mujeres y de niños. Pero, como no estaba cargada con bala, el individuo fue tomado por loco o por borracho, y le permitieron seguir su camino. Cuando se marchó, D*** se retiró de la ventana, adonde le había yo seguido sin tardanza

después de haberme asegurado de que tenía la carta en cuestión. A los pocos instantes me despedí de él. El presunto loco era un hombre pagado por mí.

—Pero ¿qué se proponía usted —pregunté— al sustituir la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor cogerla simplemente a raíz de su primera visita y haberse ido?

—D*** —replicó Dupin— es un hombre decidido y de gran temple. Además, tiene en su hotel criados fieles a sus intereses. De haber efectuado yo esa tentativa violenta que usted sugiere, no habría salido con vida de su casa. El buen pueblo de París no hubiera oído hablar más de mí. Pero, aparte de estas consideraciones, tenía yo un fin. Ya conoce usted mis simpatías políticas. En este asunto obré como partidario de la dama en cuestión. Hacía dieciocho meses que el ministro la tenía en su poder. Es ella ahora quien le tiene cogido, ya que él ignora que la carta no está ya en su posesión, y querrá utilizarla para su chantaje habitual. Va a buscarse él mismo, y en breve, su ruina política. Su caída será tan precipitada como embarazosa. Se habla sin más ni más del *facilis descensus Avernii*; pero en materia de ascensiones, como decía la Catalani del canto, es más fácil subir que bajar. En el caso presente no tengo simpatía alguna, ni siquiera piedad, por el que baja. D*** es el *monstrum horrendum*, un hombre genial sin principio. Le confieso, con todo; que me gustaría mucho conocer el carácter exacto de sus pensamientos cuando, retado por la que el prefecto llama «cierta persona», se vea reducido a abrir la carta que dejé para él en su tarjetero.

—¡Cómo! ¿Es que ha puesto usted algo especial en ella?

—¡Ya lo creo! No he creído conveniente dejar el interior en blanco: eso habría parecido un insulto. D*** me jugó una vez, en Viena, una mala pasada, y le dije en tono de buen humor que me acordaría de aquello. Por eso, como yo estaba seguro de

que él sentiría cierta curiosidad por identificar a la persona que le había ganado en listeza, pensé que era una lástima no dejarle algún indicio. Conoce él muy bien mi letra y copié, exactamente en mitad de la página en blanco, estas palabras:

... Un dessein si funeste,

S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.

»Las encontrará usted en la Atrée de Crébillon.

UN DESCENSO DENTRO DEL «MAELSTROM»

Habíamos alcanzado la cima del peñasco más alto. Durante algunos

minutos el viejo pareció sentirse harto extenuado para hablar:

—No hace mucho tiempo —dijo, por último— le hubiera guiado a usted por este camino tan bien como el más joven de mis hijos; pero hace tres años me sucedió una aventura como no había sucedido antes a ningún mortal, o al menos, como no había sucedido a ningún hombre que sobreviviese para contarla, y las seis horas de terror mortal que entonces pasé han destrozado mi cuerpo y mi alma. Creerá usted que soy muy viejo, pero no lo soy. Bastó un solo día para convertir este pelo

de un negro azabache en blanco, para debilitar mis miembros y trastornar mis nervios hasta el punto de que me deja tembloroso el menor esfuerzo y me asusta una sombra. ¿Sabe usted que no puedo apenas mirar hacia esa pequeña escollera sin sentir el vértigo?

La «pequeña escollera» al borde de la cual se había él tendido con tanta negligencia para descansar, de manera que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía, y sólo le preservaba de una caída el punto de apoyo que tenía su codo sobre la arista final y escurridiza; aquella «pequeña escollera» se elevaba a unos quinientos o seiscientos pies de un amontonamiento de rocas negras y brillantes sobre un gran precipicio. Por nada del mundo hubiese yo querido arriesgarme a una docena de yardas de aquel borde. En realidad, estaba tan excitado por la peligrosa situación de mi compañero, que me dejé caer cuan largo soy sobre el suelo, agarrándome a unos arbustos de alrededor, sin atreverme siquiera a levantar los ojos al cielo, mientras luchaba en vano por librarme de la obsesión de que la furia del viento hacía peligrar la base misma de la montaña. Necesité previamente largo tiempo para poder razonar y encontrar el suficiente valor para mirar hacia la lejanía.

—Debe usted desechar esas fantasías —dijo el guía—, pues le he traído aquí para que vea lo mejor posible la escena del suceso que antes mencioné, y para contarle la historia entera teniendo el auténtico paraje bajo sus ojos.

»Estamos ahora —prosiguió con aquella minuciosa manera que le caracterizaba—, estamos ahora encima de la costa misma de Noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el triste distrito de Lofoden. La montaña sobre la cual nos hallamos es Helseggen, la Nubosa. Ahora, levántese usted un poco, así, y mire más allá de esa faja de vapores que hay debajo de nosotros, en el mar.

Miré con vértigo, y vi una inmensa extensión de océano, cuyas aguas color tinta me recordaron enseguida al Nubio geógrafo de que se habla en el Mare tenebrarum. La imaginación humana no puede concebir un panorama más deplorablemente desolado. A derecha e izquierda, hasta donde podía alcanzar la mirada, se extendían, como las murallas del mundo, las líneas de un horrible acantilado negro en forma de escollera saliente, cuyo carácter lúgubre estaba reforzado a fondo por la resaca que llegaba hasta su cresta blanca y lívida,

aullando y mugiendo siempre. Enfrente mismo del promontorio sobre el cual estábamos situados, a una distancia de cinco o seis millas mar adentro, veíase una isla pequeña que parecía desierta, o mejor dicho, se percibía su posición a través del impetuoso oleaje que la envolvía. A unas dos millas de la tierra se alzaba otro islote de lo más pedregoso y yermo, rodeado de grupos interrumpidos de rocas negras.

El aspecto del océano, en el espacio comprendido entre la orilla y la isla más distante, tenía algo extraordinario de veras. En aquel mismo momento, soplabá del lado de tierra un ventarrón tan fuerte, que un bergantín, en alta mar, estaba al paio con la vela mayor doblemente arrizada, y su casco se sumergía sin cesar por completo, hasta desaparecer de la vista, aunque no había nada a su alrededor que se pareciese a una marejada regular, sino tan sólo, y a despecho del viento, un chapoteo de agua, corto, rápido y agitado en todos los sentidos. Veíase poca espuma, excepto en la proximidad inmediata de las rocas.

—A la isla que ve usted allá lejos —prosiguió el viejo— la llaman los noruegos Vurrgh. La que está a mitad del camino es Moskoe. La que se halla a una milla al norte es Ambaaren. Allí están Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven y Buckholm. Más lejos, entre Moskoe y Vurrgh, están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Estocolmo. Éstos son los verdaderos nombres de estos lugares; pero es algo que no puedo comprender por qué he creído necesario nombrárselos todos. ¿Oye usted algo? ¿Ve algún cambio en el agua?

Estábamos hacia unos diez minutos en lo alto del Helseggen, adonde subimos desde el interior de Lofoden; de modo que no habíamos podido contemplar el mar, hasta que se nos apareció de pronto desde la cumbre. Mientras el viejo hablaba percibí un ruido fuerte que iba aumentando gradualmente, como el mugido de una numerosa manada de búfalos por una pradera americana; y en el mismo momento vi eso que los marineros

llaman mar picada transformarse de súbito en una corriente que derivaba hacia el este. Mientras la contemplaba yo, aquella corriente adquirió una velocidad monstruosa. A cada segundo aumentaba su rapidez, su impetuosidad desordenada. En cinco minutos el mar entero, hasta Vurrgh, estuvo azotado por una furia indomable; pero era entre Moskoe y la costa donde predominaba el estruendo. Allí el vasto lecho de las olas, cosido y surcado por mil corrientes contrarias, estallaba, repentino, en convulsiones frenéticas, jadeando, hirviendo, silbando, girando en gigantescos e innumerables remolinos, y rizándose y precipitándose todo hacia el este con una rapidez que no se manifiesta nunca en el agua, salvo en las cataratas.

En pocos minutos sufrió otro cambio radical la escena. La superficie general se hizo algo más lisa, y desaparecieron los remolinos uno por uno, mientras surgieron unas prodigiosas fajas de espuma allí donde antes no había

yo visto ninguna. Aquellas fajas, finalmente, se extendieron a una gran distancia, y combinándose entre ellas, adoptaron el movimiento giratorio de los remolinos calmados y parecieron formar el germen de otro más vasto. De repente —muy de repente— adquirió éste una clara y definida existencia en un círculo de más de una milla de diámetro. El borde del remolino estaba marcado por una ancha faja de espuma brillante; pero ni una parcela de esta última se deslizaba en la boca del terrible embudo, cuyo interior, hasta donde alcanzaba la vista, estaba

formado por un muro de agua, pulido, brillante, de un negro azabache, inclinado hacia el horizonte en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, girando, vertiginoso, a influjos de un movimiento oscilatorio, hirviente y proyectando por los aires una voz aterradora, mitad chillido, mitad rugido, tal como la poderosa catarata del Niágara no ha elevado nunca en sus conmociones hacia el cielo.

La montaña temblaba en su base misma, y se bamboleaba la roca. Me tiré al suelo de bruces, y en un exceso de agitación nerviosa, me agarré a la escasa hierba.

—Esto —dije, por último, al viejo—, esto no puede ser más que el gran remolino del Maelstrom.

—Así lo llaman algunas veces —dijo él—. Nosotros los noruegos lo llamamos el Moskoe-strom, por la isla de Moskoe, que está situada a mitad de camino.

Las descripciones corrientes de este remolino no me habían preparado para lo que veía. La de Jonás Ramus, que es quizá más detallada que ninguna, no da la menor idea de la magnificencia y del horror del cuadro, ni de la violenta y perturbadora sensación de novedad que confunde al espectador. No sé con seguridad desde qué punto de vista ni a qué hora lo ha contemplado el mencionado escritor; pero no puede ser en modo alguno ni desde la cumbre de Heselggen, ni durante una borrasca. Hay, empero, algunos pasajes de su descripción que pueden citarse, aunque su efecto resulte

sumamente débil comparado con la impresión que produce el espectáculo.

—Entre Lofoden y Moskoe —dijo él— la profundidad del agua oscila de las treinta y seis a las cuarenta brazas; pero en el otro lado, hacia Ver (Vurrgh), esa profundidad disminuye hasta el punto de que un navío no podría hallar paso sin correr el riesgo de destrozarse contra las rocas, lo cual puede ocurrir hasta con el tiempo más tranquilo. Cuando sube la marea, la corriente se precipita en el espacio comprendido entre Lofoden y Moskoe con una turbulenta rapidez; pero apenas iguala al rugido de su impetuoso reflujó el de las más fuertes y terribles cataratas. Se deja oír el ruido a varias leguas, y son los remolinos u hoyas tan extensos y profundos, que si un barco entra en su zona de atracción, es absorbido inevitablemente y arrastrado al fondo,

quedando allí hecho pedazos contra las rocas, y cuando la corriente se calma, los restos son arrojados de nuevo a la superficie. Pero esos intervalos de tranquilidad sólo tienen lugar entre el reflujó y la pleamar, con tiempo de calma, y no duran más de un cuarto de hora, pasado el cual reaparece su violencia. Cuando la corriente es más tumultuosa y aumenta su furia a causa de una borrasca, es peligroso acercarse a una milla noruega de ella. Barcas, yates y navíos han sido arrastrados adentro por no haber tenido cuidado antes de encontrarse cerca de su atracción. Sucede con frecuencia que algunas ballenas llegan demasiado cerca de la corriente y son

dominadas por su violencia, y es imposible describir sus aullidos y bramidos en sus inútiles esfuerzos para libertarse por sí mismas. En cierta ocasión, un oso, al intentar cruzar a nado de Lofoden a Moskoe, fue atrapado por la corriente y arrastrado al fondo, mientras rugía tan espantosamente que se le oía desde la orilla. Grandes troncos de pinos y de abetos, después de haber sido absorbidos por la corriente, reaparecen rotos y desgarrados hasta tal punto, que parecen haberles crecido cerdas. Esto demuestra a las claras que el fondo está formado de rocas puntiagudas, entre las cuales han rodado de un lado para otro. Dicha corriente está regulada por el flujo y reflujo del mar, que tiene lugar con regularidad cada seis horas. En el año 1645, próxima la mañana del domingo de Sexagésima, se alborotó con tal estruendo e impetuosidad, que se desprendían las piedras de las casas junto a la costa.

Por lo que concierne a la profundidad del agua, no comprendo cómo se ha podido comprobar en la proximidad inmediata del remolino. Las «cuarenta brazas» deben referirse sólo a las partes del estrecho que se hallan cercanas a la orilla, ya sea de Moskoe o ya sea de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-strom debe de ser conmensurablemente mayor, y la mejor prueba de este hecho consiste en echar un vistazo de soslayo hacia el abismo del remolino cuando está uno sobre la cumbre más elevada de Helseggen. Mirando desde lo alto de este pico hacia abajo, al mugiente Phlegethon, no podía yo dejar de sonreír a la sencillez con que el honrado Jonás Ramus

relata, como una cosa difícil de creer, las anécdotas de las ballenas y de los osos, pues me parecía en realidad una cosa evidente por sí misma que el mayor barco de línea existente, al llegar a la zona de atracción mortal, debía de resistir allí tan poco como una pluma al huracán, y desaparecer por entero y de repente.

Las explicaciones dadas del fenómeno —algunas de las cuales recuerdo que me parecían bastante plausibles al leerlas con atención— presentaban ahora un aspecto muy distinto y nada satisfactorio. La idea generalmente admitida es que, como los tres pequeños remolinos de las islas Feroe, éste «no tiene otra causa que el choque de las olas alzándose y volviendo a caer, en el flujo y en el reflujo, contra unos escollos y bajíos que confinan las aguas y las lanzan así, como una catarata; y por eso, cuanto más se eleva la marea, más profunda es la caída, y el resultado natural de todo ello supone un remolino o

vórtice, cuya prodigiosa succión es lo bastante conocida por experimentos menores». Éstas son las palabras de la Enciclopedia Británica. Kircher y otros imaginan que en el centro del canal del Maelstrom hay un abismo que atraviesa el globo y desemboca en alguna región muy distante: el golfo de Botnia ha sido designado alguna vez de un modo categórico. Esta opinión, poco razonable en sí misma, era la que admitía con más facilidad mi imaginación mientras yo contemplaba aquello; y al indicársela al guía, me sorprendió no poco oírle

decir que, aun cuando fuese aquella la idea generalmente admitida por los noruegos a este respecto, no era la suya. En cuanto a la tal primera opinión, se confesó incapaz de comprenderla, pues, por concluyente que sea sobre el papel, se hace de todo punto ininteligible y hasta absurda, en medio del trueno del abismo.

—Ahora que ha visto usted bien el remolino —dijo el viejey si quiere que nos deslicemos detrás de esa peña, a sotavento, amortiguando así el rugir del agua, le contaré una historia que le convencerá que conozco algo del Moskoe- strom.

Me coloqué como él deseaba, y comenzó:

—Yo y mis hermanos poseíamos en otro tiempo una goleta aparejada en queche, de unas setenta toneladas, con la cual pescábamos de costumbre entre las islas más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. En todos los violentos remolinos de ese mar hay buena pesca, si se aprovechan las oportunidades y se tiene el valor de intentarlo; pero, entre las gentes todas de la costa de Lofoden, nosotros tres únicamente hacíamos de modo regular la travesía a las islas, como le he dicho. Los lugares de pesca habituales se hallan mucho más lejos hacia el sur. Allí se pesca a todas horas sin mucho peligro, y, por tanto, son preferidos esos lugares. Pero los sitios escogidos aquí, entre las tocas, dan no ya el pescado de más fina calidad, sino en mucha mayor abundancia, hasta el punto de que a menudo cogíamos nosotros en un solo día lo que los más tímidos del oficio no hubieran podido coger juntos en una semana. En suma,

convertíamos aquello en una especulación desesperada; el riesgo de la vida hacía las veces del trabajo, y el desnudo equivalía al capital.

»Resguardábamos el queche en una caleta a unas cinco millas en la costa por encima de ésta, y era nuestra costumbre, con buen tiempo, aprovechar la tregua de cinco minutos para avanzar por el canal principal del Moskoe-strom, muy lejos de la hoya, echando luego el ancla en algún sitio cerca de Otterholm o de Sandflesen, donde los remolinos no son tan violentos como en otras partes. Allí solíamos permanecer hasta levar anclas y volver a casa, aproximadamente, en esa hora en que el agua se calmaba. No nos aventurábamos nunca en esa expedición sin un viento constante para la ida y el regreso (un viento del que estuviésemos seguros para nuestro retorno), y rara vez nos equivocamos sobre ese punto. Dos veces en seis años nos vimos

obligados a pasar toda la noche anclados a causa de una calma chicha, lo cual es cosa rara allí precisamente, y en otra ocasión permanecimos en tierra cerca de una semana, muertos de hambre, a causa un ventarrón que empezó a soplar poco después de nuestra llegada, haciendo el canal demasiado borrascoso para atravesarlo. En esa ocasión hubiéramos sido arrastrados mar adentro, a pesar de todo (pues los remolinos nos hacían dar vueltas y vueltas con tal violencia, que al final se nos enredó el ancla y la fuimos rastreando), si no nos hubiera

impelido una de esas innumerables corrientes, que se forman hoy aquí y mañana allá, y que nos llevó a sotavento de Flimen, adonde, por fortuna, pudimos arribar.

»No le contaré ni la vigésima parte de las dificultades con que tropezamos en las pesquerías (es ése un mal paraje hasta con buen tiempo); pero encontramos siempre manera de desafiar el propio Moskoe-strom sin accidente, aunque a ratos me subía el corazón a la boca cuando nos sucedía retrasarnos o adelantarnos un minuto a la calma. Algunas veces el viento no era tan fuerte como creíamos al partir, y entonces avanzábamos menos de prisa que hubiéramos querido, mientras la corriente hacía el queche ingobernable. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años, y yo, por mi parte, dos mocetones. Nos hubieran prestado una gran ayuda en tales casos, lo mismo cogiendo los remos que pescando atrás; pero, realmente, aunque corriésemos peligro nosotros mismos, no teníamos valor para dejar que se arriesgasen aquellos jóvenes, pues, bien considerado todo, era un peligro horrible, y ésta es la verdad.

»Hará ahora, dentro de unos días, tres años que ocurrió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18..., un día que la gente de esta parte del mundo no olvidará jamás, pues fue de esos en que sopló el más terrible huracán que ha venido nunca de los cielos. Y, sin embargo, durante toda la mañana y hasta muy avanzada la tarde, tuvimos una fina y suave brisa del sudoeste,

y el sol lució espléndidamente de tal modo, que el más viejo de los marineros no hubiese podido prever lo que iba a ocurrir.

»Habíamos atravesado los tres, mis dos hermanos y yo, entre las islas a las dos de la tarde, poco más o menos, y cargamos pronto el queche con soberbio pescado, el cual, como habíamos observado muy bien, era más abundante que nunca hasta entonces. Eran las siete en punto, por mi reloj, cuando levamos el ancla y partimos hacia nuestra casa, para pasar lo peor del Strom con el agua en calma, lo cual sabíamos que sucedería a las ocho.

»Salimos con una brisa fresca a estribor, y durante algún tiempo navegamos veloces, sin pensar en el peligro, pues realmente no veíamos el menor motivo de preocupación. De repente nos sorprendió una brisa que venía de Helseggen. Era aquello muy desusado (algo que no nos había sucedido nunca antes), y empezaba yo a sentir una leve inquietud, sin saber de cierto

por qué. Dejamos ir al barco con el viento; pero no pudimos nunca hender los remolinos, y estaba yo a punto de proponer que volviéramos al lugar del anclaje, cuando, al mirar atrás, vimos todo el horizonte cubierto por una nube singular de un tono cobrizo, que ascendía con la velocidad más pasmosa.

»Al mismo tiempo la brisa que nos había cogido de proa cesó, y sorprendidos entonces por una calma chicha, nos arrastraba en

todas direcciones. Pero semejante estado de cosas no duró lo suficiente para darnos tiempo a pensar en ello. En menos de un minuto la borrasca estuvo sobre nosotros; en menos de dos el cielo se puso completamente encapotado, y volviéndose de repente tan oscuro, que, con la espuma pulverizada que nos saltaba a los ojos, no podíamos vernos unos a otros en el queche.

»Intentar describir semejante huracán sería una locura. El más viejo marinero de Noruega no ha pasado nunca una cosa parecida. Habíamos arriado nuestras velas antes de que el ventarrón nos cogiese; pero desde la primera ráfaga nuestros dos palos se vinieron abajo como si hubiesen sido aserrados por su base: el mayor se llevó a mi hermano pequeño, que se había asido a él para salvarse.

»Nuestro barco era el más ligero juguete que hubiese nunca flotado sobre el agua. Tenía un puente casi a nivel, con una sola pequeña escotilla a proa, que acostumbábamos siempre a cerrar sólidamente al cruzar el Strom, a modo de precaución contra la mar picada. Pero en aquella ocasión nos hubiéramos hundido enseguida, pues durante unos instantes estuvimos sepultados bajo el agua por completo. No podría decir cómo escapó mi hermano mayor de la muerte, ni he tenido nunca oportunidad de explicármelo. Por mi parte, tan pronto como hube soltado el trinquete, me tiré de bruces sobre cubierta, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos agarradas a un cáncamo o armella, junto a la base del palo de

trinquete. El simple instinto me impulsó a obrar así; era, sin duda, lo mejor que podía hacer, pues estaba demasiado aturdido para pensar.

»Durante unos momentos nos encontramos materialmente inundados, como le digo, y en todo ese tiempo contuve la respiración y me aferré a la armella. Cuando no pude ya permanecer más tiempo así me levanté sobre las rodillas, sin soltar las manos, y alcé del todo la cabeza. Luego nuestro barquito dio una sacudida, exactamente como un perro al salir del agua, y se elevó por sí mismo, en parte, fuera del mar. Intenté ahora salir lo mejor que pude del estupor que me invadía y recobrar mis sentidos para ver lo que podía hacer, cuando sentí que alguien me agarraba del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón brincó de alegría, ya que tenía la certeza de que había caído por la borda; pero un momento después toda mi alegría se convirtió en horror, pues acercando su boca a mi oído gritó esta palabra: “¡El Moskoestrom!”

»Nadie sabrá nunca lo que sentí en aquel momento. Me estremecí de la cabeza a los pies como en el más violento acceso de fiebre. Sabía yo muy bien lo que entendía él por esa sola palabra; sabía lo que quería darme a entender.

¡Con el viento que nos empujaba ahora, estábamos condenados al remolino del Strom, y nada podía salvarnos!

»Habr  usted comprendido que, al cruzar el canal del Strom, naveg bamos siempre lejos, por encima del remolino, hasta con el tiempo de mayor calma, y luego teníamos que esperar y acechar cuidadosamente el repunte de la marea; pero ahora corríamos en derecha hacia la hoya misma,  y entre un huracán como aquí! «Con toda seguridad», pens , «llegaremos a ella justo en el momento de calma, y nos queda por eso una pequeña esperanza». Pero un minuto después me maldije por haber sido tan loco al soñar con esperanza alguna. Sabía yo muy bien que estábamos condenados, aunque hubiésemos navegado en un barco de noventa cañones.

»En aquel momento la primera furia de la tempestad había cesado, o quizá nosotros no la sentíamos tanto, porque corríamos delante de ella; pero, en todo caso, el mar, que el viento había dominado al principio, liso y espumeante, se levantaba ahora en verdaderas mont as. Un cambio singular había tenido lugar también en los cielos. Alrededor en todas direcciones seguía siendo negro como la pez; pero casi encima de nosotros se había abierto una grieta circular de cielo claro, tan claro como no le he visto nunca, de un azul intenso y brillante, y a través de ella resplandecía la luna llena con un brillo que no le había yo conocido antes nunca. Lo iluminaba todo a nuestro alrededor con la mayor claridad; mas  oh Dios mío, qué escena la que iluminaba!

»Hice entonces uno o dos esfuerzos para hablar a mi hermano pero el estruendo había aumentado de tal modo, sin que

pudiese explicarme cómo, que no conseguí que él oyese una sola palabra, aunque grité con toda la fuerza de mi voz en su mismo oído. De pronto sacudió su cabeza, palideciendo mortalmente, y levantó uno de sus dedos, como para indicar: “¡Escucha!”.

»Al principio no entendí lo que quería decir; pero pronto un pensamiento espantoso relampagueó en mí. Saqué el reloj del bolsillo. No funcionaba. Miré la esfera a la luz de la luna, y luego prorrumpí en llanto. Y lo tiré lejos al océano. ¡Se había parado a las siete! ¡Habíamos dejado pasar el momento de la calma, y el remolino del Strom estaba en plena furia!

»Cuando un barco está bien construido, adecuadamente aparejado y no excesivamente cargado, las olas, con un viento fuerte, si se halla en alta mar, parecen siempre deslizarse por debajo de su quilla (lo cual encuentra extraño el hombre de tierra), y es lo que se llama cabalgar, en términos marinos.

»Bueno, la cosa marchaba bien mientras cabalgamos hábilmente sobre el oleaje; pero a la sazón un mar gigantesco nos apresaba por detrás,

arrastrándonos consigo (hacia arriba, hacia arriba) como para empujarnos al cielo. No hubiera yo nunca creído que una ola pudiese subir tanto. Y luego descendíamos con una curva un deslizamiento, una zambullida que me producían náuseas y vértigo, como si cayese en sueños desde lo alto de una enorme

montaña. Pero desde la cima de la ola había yo lanzado un rápido vistazo alrededor, y aquella sola ojeada fue suficiente. Vi nuestra posición exacta en un instante. El remolino de Moskoestrom estaba a un cuarto de milla o cosa así en proa; pero se parecía tan poco al Moskoestrom de todos los días como ese remolino que ve usted ahora se parece al que se forma en un molino. De no haber sabido yo dónde estábamos y lo que teníamos que esperar, no hubiera reconocido en absoluto aquel lugar. Tal como era, cerré involuntariamente los ojos con horror. Mis párpados se juntaron como en un espasmo.

»Menos de dos minutos después, sentimos de repente calmarse el oleaje, y la espuma nos envolvió. El barco dio una brusca semivirada a babor y partió en esa nueva dirección como un rayo. En el mismo momento el rugido del agua quedó completamente sofocado por una especie de grito agudo, un ruido que puede usted imaginar representándose las válvulas de escape de mil buques lanzando su vapor a la vez. Estábamos ahora en la faja agitada que circunda siempre el remolino, y yo creía, por supuesto, que en un instante íbamos a hundirnos en el abismo, cuyo fondo no podíamos ver más que de un modo confuso a causa de la pasmosa velocidad con que éramos arrastrados. El barco no parecía sumergirse en el agua ni por asomo, sino rozarla como una burbuja de aire sobre la superficie de la ola. Teníamos el remolino a estribor, y a babor se levantaba el vasto océano que acabábamos de dejar. Se elevaba como un enorme muro entre nosotros y el horizonte.

»Puede esto parecer extraño; pero entonces al encontrarnos en las verdaderas fauces de la sima, me sentí más sosegado que cuando no hacía más que acercarme a ella. Habiendo desechado de mí toda esperanza, me sentí liberado de gran parte de aquel terror que se adueñó de mí al principio. Supongo que era la desesperación lo que ponía en tensión mis nervios.

»Tomará usted acaso esto por una jactancia; pero lo que digo es la verdad: empecé a pensar qué cosa tan magnífica era morir de aquella manera, y cuán necio era en mí tomar en consideración mi propia vida ante una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando cruzó esta idea mi mente. Poco después me sentí poseído de la más ardiente curiosidad relacionada con el remolino mismo. Sentí en realidad el deseo de explorar sus profundidades, aunque tuviese para ello que sacrificarme; mi pena mayor era pensar que no podría nunca contar a mis antiguos compañeros los misterios que iba a contemplar. Eran, sin duda, éstas unas singulares fantasías para ocupar la mente de un hombre en semejante extremo, y he

pensado después con frecuencia que los giros de la barca alrededor de la hoya, habían trastornado un poco mi cabeza.

»Hubo otra circunstancia que contribuyó a hacerme recobrar el dominio de mí mismo, y fue la cesación del viento, que no podía alcanzarnos en nuestra actual situación, pues, como usted

mismo puede ver, la faja de espuma queda considerablemente por debajo del nivel general del océano, y este último nos dominaba ahora como la cresta de una alta y negra montaña. Si no se ha encontrado usted nunca en el mar durante un huracán, no podrá hacerse una idea del trastorno mental ocasionado por el viento y la lluvia de espuma conjuntamente. Le ciega a uno, le aturde, le estrangula y le quita todo poder de acción o de reflexión. Pero nos sentíamos ahora muy aliviados de aquellas molestias, como esos reos condenados a muerte a quienes conceden en la prisión favores insignificantes que les prohibían mientras su sentencia no era firme.

Cuántas veces dimos la vuelta a la faja, me sería imposible decirlo. Corrimos alrededor de ella durante una hora tal vez, volando más que flotando, y aproximándonos gradualmente al centro del remolino, cada vez más cerca, más cerca de su horrible borde interior. Durante todo este tiempo yo no me solté de la armella. Mi hermano estaba en la parte de atrás aferrado a una pequeña barrica vacía, atada con solidez bajo la bovedilla, y era así el único objeto de cubierta que no había sido barrido al embestirnos el huracán. Cuando nos acercábamos al borde del pozo, soltó el barril y quiso asir la argolla que, en la agonía de su terror, se esforzaba por arrancar de mis manos, y que no era lo bastante ancha para proporcionarnos a los dos un asidero seguro. No he experimentado nunca una pena tan profunda como viéndole intentar aquel acto, aunque comprendí que estaba trastornado, que el sumo terror le había convertido

en un loco furioso. Con todo, no me preocupé de disputarle el sitio. Sabía yo bien que era lo mismo estar agarrado o no; le dejé la armella, y me fui al barril de atrás. No había gran impedimento para hacerlo, pues el queche se deslizaba alrededor con bastante facilidad, aplomado sobre su quilla, impulsado tan sólo de un lado para otro por las inmensas olas y el hervor del remolino. Apenas me había asegurado en mi nueva posición, cuando dimos un bandazo a estribor y nos precipitamos de cabeza en el abismo. Murmuré una rápida plegaria al Señor y pensé que todo había terminado.

»Cuando sentía la nauseabunda succión del descenso, me agarré instintivamente al barril y cerré los ojos. Durante unos segundos no me atreví a abrirlos mientras esperaba una destrucción instantánea de mi ser, asombrado de no estar ya luchando a muerte con el agua. Pero pasaban los minutos. Vivía aún. La sensación de caída había cesado y el movimiento del barco se parecía mucho al que tuvo antes cuando estábamos apresados por la faja de espuma,

con la diferencia de que ahora se inclinaba más de costado. Reuní todo mi valor y contemplé una vez más aquella escena.

»Nunca olvidaré las sensaciones de espanto, de horror y de admiración con que miré fijamente alrededor mío. El barco parecía suspendido, como por magia, a mitad del camino, sobre la superficie interior de un embudo de amplia

circunferencia y prodigiosa profundidad, y cuyas paredes perfectamente lisas podían haber sido tomadas por ébano, sin la pasmosa rapidez con que giraban, y la refulgente y lívida claridad que reflejaban bajo los rayos de la luna llena que, desde aquel hoyo circular que he descrito antes, fluían en un río de oro glorioso a lo largo de los negros muros y se adentraban en las más profundas reconditeces del abismo.

»Al principio, estaba yo demasiado aturdido para observar nada con exactitud. La explosión general de aterradora grandeza era todo lo que podía yo ver. Sin embargo, cuando me repuse un poco, mi mirada se dirigió instintivamente hacia abajo. En aquella dirección podía hundir mi vista sin obstáculos a causa de la situación de nuestro queche, que estaba suspendido sobre la superficie inclinada de la sima. Corría siempre sobre su quilla, es decir, que su puente formaba un plano paralelo al del agua; pero este último se inclinaba en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, de modo que parecíamos sostenernos sobre nuestro costado. No podía yo dejar de observar, empero, que no me costaba más trabajo sostenerme con las manos y los pies, en aquella situación, que si hubiéramos estado en un plano horizontal, lo cual se debía, supongo, a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían buscar el verdadero fondo del profundo abismo; pero no podía yo percibir nada claramente, a causa de una espesa bruma que lo envolvía todo, y sobre la cual estaba suspendido un magnífico arco iris, parecido a ese

punte estrecho y vacilante que los musulmanes dicen que es el único paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella bruma o espuma, estaba, sin duda, originada por la colisión de los grandes muros del embudo cuando se encontraban en el fondo; pero en cuanto al aullido que ascendía de aquella bruma hacia los cielos, no intentaré describirlo.

»Nuestro primer deslizamiento dentro del abismo, desde la faja de espuma de arriba, nos había arrastrado a una gran distancia por la pendiente abajo; pero, posteriormente, nuestro descenso fue mucho mas pausado. Girábamos y girábamos, no con un movimiento uniforme, sino con sacudidas y vertiginosos vaivenes que a veces nos lanzaban tan sólo a un centenar de yardas, y otras nos hacían efectuar el circuito completo del remolino. A cada vuelta, nuestro avance hacia abajo era lento, aunque muy perceptible.

»Miré a mi alrededor el vasto desierto de ébano líquido que nos arrastraba, y noté que nuestro barco no era el único objeto apresado en el abrazo del

remolino. Por encima y por debajo de nosotros veíanse restos de navíos, gruesos maderos de construcción y troncos de árboles juntamente con muchos otros objetos más pequeños, tales como piezas de mobiliario, bitácoras rotas, barriles y duelas. He descrito antes la curiosidad innatural que había sustituido a mis terrores primitivos. Parecióme que aumentaba

a medida que me acercaba más y más a mi espantoso destino. Empecé entonces a espiar, con un extraño interés, las innúmeras cosas que flotaban en nuestra compañía. Debía yo de estar delirando, pues encontraba amusement en calcular las velocidades relativas de sus diversos descensos hacia el espumeante fondo. “Ese abeto”, me sorprendí una vez diciendo, “será, de seguro, lo primero que hará la aterradora zambullida, y desaparecerá”. Y después me sentí defraudado al ver que los restos de un barco mercante holandés se abismaron antes. Por último, tras de haber hecho varias conjeturas de ese género, equivocándome siempre, este hecho (el hecho de mi invariable error) me llevó a un orden de reflexiones que hicieron temblar otra vez mis miembros y palpar mi corazón más abrumadoramente.

»No era un nuevo terror el que me afectaba así, sino el resurgir de una esperanza más emocionante. Esta esperanza brotaba en parte de la memoria y en parte de la actual observación. Recordé la gran variedad de restos flotantes que sembraban la costa de Lofoden, habiendo sido absorbidos y luego vomitados por el Moskoe-strom. La mayoría de aquellos restos aparecían destrozados de la manera más extraordinaria, tan deshechos y desmenuzados, que tenían el aspecto de estar formados todos de picos y astillas; pero recordaba yo con claridad que había algunos que no estaban desfigurados del todo. No podía explicarme aquella diferencia más que suponiendo que los fragmentos astillados eran los únicos que habían sido

absorbidos por completo, y que los otros entraron en el remolino en un período bastante avanzado de la marea, o después de entrar en él descendieron, por una razón o por otra, con la suficiente lentitud para no llegar al fondo antes de la vuelta del flujo o del reflujo según los casos. Concebía yo que era posible en ambos que hubiesen remontado, remolineando de nuevo hasta el nivel del océano, sin correr la suerte de los que habían sido arrastrados antes o absorbidos más deprisa. Hice también tres importantes observaciones: la primera, que por regla general, cuanto más gruesos eran los cuerpos, más rápido era su descenso; la segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y la otra de una forma cualquiera, la velocidad mayor en el descenso correspondía a la esférica, y la tercera, que entre dos masas de igual volumen, una cilíndrica y otra de una forma cualquiera, la cilíndrica era absorbida más despacio. Desde mi liberación he tenido varias conversaciones sobre este tema con un viejo maestro de escuela del distrito, y de él he aprendido a emplear las palabras «cilindro» y «esfera». Me ha explicado, aunque haya olvidado la explicación, que lo que había yo observado era, en realidad, la consecuencia

natural de las formas de los fragmentos flotantes, demostrándome cómo un cilindro, al girar en un remolino, ofrece más resistencia a la succión y es atraído con mayor dificultad que un cuerpo de un volumen igual y de una forma cualquiera.

»Había una circunstancia sobrecogedora que daba gran fuerza a esas observaciones y hacía me estar ansioso de comprobarlas, y era que en cada revolución pasábamos ante algo parecido a un barril, o bien ante la verga del mástil de un barco, y que muchos de aquellos objetos, flotando a nuestro nivel cuando abrí los ojos por primera vez ante las maravillas del remolino, estaban ahora situados muy por encima de nosotros y parecían haberse movido poco de su posición original.

»No vacilé más tiempo sobre lo que debía hacer. Decidí atarme confiadamente a la barrica a la cual estaba agarrado, y lanzarme con ella al agua. Llamé la atención de mi hermano por signos, señalándole los barriles flotantes que pasaban junto a nosotros, e hice todo cuanto estaba en mí por que comprendiese lo que iba yo a intentar. Creí a la larga que había entendido mi propósito; pero, tanto si fue así como si no lo fue, movió él la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su sitio junto a la armella. Érame imposible cogerle: el trance no admitía demora, y así, con una amarga angustia, le abandoné a su destino; me até yo mismo a la barrica con la amarra que la sujetaba a la bovedilla, y sin más vacilación me arrojé con ella al mar.

»El resultado fue precisamente el que yo esperaba. Puesto que soy yo mismo quien le cuenta a usted ahora esta historia (y según puede ver me salvé, y como conoce usted el modo de salvación que empleé, y puede, por tanto, prever todo lo que

voy a decirle más adelante) quiero llegar pronto a la conclusión de mi relato.

»Habría transcurrido una hora, aproximadamente, desde que abandoné el queche, cuando, después de descender a gran distancia debajo de mí, dio tres o cuatro vueltas en rápida sucesión, y llevándose a mi amado hermano, se hundió de proa, enseguida y para siempre, en el caos de espuma del fondo. El barril al cual estaba yo atado flotaba casi a mitad de camino de la distancia entre el fondo del abismo y el sitio desde donde me había yo arrojado por la borda, y entonces tuvo lugar un gran cambio en el carácter del remolino. La pendiente de los lados del amplio embudo se hizo por momentos menos y menos empinada. Las vueltas del remolino se tornaron gradualmente menos violentas. Poco a poco la espuma y el arco iris desaparecieron, y el fondo de la sima pareció levantarse con lentitud. El cielo era claro, el viento había cesado, y la luna llena se ponía con esplendor al oeste, cuando me encontré sobre la superficie del océano, justo a la vista de las costas de Lofoden, encima del lugar donde había estado la hoya del Moskoe-strom. Era la hora de la calma; pero el mar se levantaba aún en olas montañosas por los efectos del huracán.

Fui arrastrado violentamente al canal del Strom, y en pocos minutos arrojado hacia la costa, entre las pesquerías de los marineros. Un barco me recogió extenuado de fatiga, y entonces que había pasado el peligro, el recuerdo de aquel

horror me privó del habla. Los que me izaron a bordo eran mis viejos compañeros de todos los días; pero no me reconocían, como no hubieran reconocido a un viajero que volviese del mundo de los espíritus. Mi pelo, que el día anterior era negro como el plumaje del cuervo, se había quedado tan blanco como lo ve usted ahora. Dijeron ellos también que toda la expresión de mi cara había cambiado. Les conté mi historia, y no la creyeron. Se la cuento ahora a usted, y no me atrevo apenas a esperar que le preste más fe que los festivos pescadores de Lofoden.

EL MÉTODO DEL DOCTOR ALQUITRÁN Y DEL PROFESOR TRAPAZA

Durante el otoño de 18..., en el curso de una excursión por las provincias de la parte más meridional de Francia, mi ruta me condujo a pocas millas de cierta maison de santé o manicomio particular, del que había yo oído hablar mucho en París a mis amigos médicos. Como no había visitado nunca un lugar de ese género, pensé que era aquella una ocasión demasiado buena para desaprovecharla; propuse, pues, a mi compañero de viaje (un señor con quien había trabado conocimiento por casualidad unos días antes) que nos desviásemos una hora o dos para ver aquel establecimiento. A esto objetó él, como motivos en

contra, la prisa en primer término, y en segundo lugar, su gran horror habitual a la vista de un loco. Me suplicó, con todo, que no dejase, por mera cortesía, de satisfacer mi curiosidad, y dijo que seguiría la ruta despacio, para que pudiera yo reunirme con él aquel mismo día, o en todo caso, al siguiente. Al despedirse, pensé que tropezaría yo con algunas dificultades para conseguir la entrada en el edificio, y expresé mis temores sobre este punto. Él contestó que, en efecto, como no conociese personalmente al director, monsieur Maillard, o no contase con alguna carta de presentación, no dejaría de encontrar algún obstáculo, pues los reglamentos de esos manicomios particulares son más rígidos que los de un hospital público. Añadió que había trabado conocimiento unos años antes con Maillard, y que me acompañaría gustoso hasta la puerta y me introduciría allí, aunque sus sentimientos con relación a los dementes no le permitieran entrar en aquella casa.

Le di las gracias, y torciendo por la carretera real, tomamos un camino transversal, alfombrado de hierba, que al cabo de media hora se perdía casi en

una espesa selva que cubría la falda de una montaña.

Cruzamos aquel húmedo y sombrío bosque, caminando unas dos millas, y entonces se presentó a nuestra vista la maison de santé. Era un fantástico château muy deteriorado y realmente apenas habitable por su vetustez y abandono. Su aspecto me inspiró un completo pavor, y deteniendo mi caballo, decidí

volver atrás. Pronto, empero, me avergoncé de mi flaqueza, y seguí avanzando.

Al llegar a la puerta de entrada noté que estaba entreabierta, y que asomaba por ella la cara de un hombre. Un momento después este hombre vino hacia nosotros, llamó a mi compañero por su nombre, le estrechó la mano cordialmente, y le rogó que se apease. Se trataba del propio monsieur Maillard. Era un majestuoso y apuesto caballero de la vieja época, de corteses modales y con cierto aire de serio, digno y autoritario, que resultaba muy impresionante.

Habiéndome presentado mi amigo, le indicó mi deseo de visitar el establecimiento, y aquel señor le dio la seguridad de que me atendería en todo; entonces mi compañero se despidió de nosotros, y no le he vuelto a ver más.

Cuando se hubo marchado, el director me hizo entrar en un pequeño y limpio locutorio, que contenía, entre otros objetos de refinado gusto, muchos libros, dibujos, búcaros de flores e instrumentos musicales. Un fuego alegre ardía en la chimenea. Ante el piano, cantando un aria de Bellini, estaba sentada una joven muy bella, quien, a mi entrada, interrumpió su canto y me acogió con graciosa cortesía. Su voz era baja, y todas sus maneras, suaves. Creí también percibir ciertas huellas de tristeza en su rostro, que no por ser excesivamente pálido carecía de encanto. Iba vestida de luto riguroso, y suscitó en mi pecho un sentimiento mezclado de respeto, interés y admiración.

Había yo oído decir en París que la institución de monsieur Maillard se hallaba organizada conforme a lo que se llama vulgarmente el «método calmante», que estaban suprimidos allí toda clase de castigos, que incluso se recurría raras veces al confinamiento, que los pacientes, aun siendo vigilados con reserva, gozaban de una aparente libertad, y que a muchos de ellos se les permitía pasear alrededor de la casa y por los terrenos contiguos con el traje corriente de las personas de sano juicio.

Teniendo en cuenta tales indicaciones, fui cauto en lo que dije delante de aquella señorita, pues no podía yo tener la seguridad de que estuviese cuerda, y, en realidad, había en sus ojos cierto brillo inquieto que me hacía imaginar que no lo estaba. Limité mis observaciones, por tanto, a los temas generales que pensé no podían irritar o excitar ni siquiera a un loco. Ella contestó de un modo perfectamente razonable a todo lo que dije, y hasta sus originales observaciones estaban marcadas de un sano y buen sentido; pero conocía yo de antiguo la psicología de la demencia y sabía que no debía prestar crédito a

tales apariencias de cordura, por lo cual seguí empleando en la entrevista la cautela del comienzo.

Al poco rato un elegante lacayo de librea trajo en una bandeja frutas, vino y otros refrescos, que probé; la damisela abandonó

al punto la habitación. Cuando salía, mis ojos se volvieron significativamente hacia mi anfitrión.

—No —dijo él—. ¡Oh, no! Es una persona de mi familia, mi sobrina, una muchacha perfecta.

—Le pido perdón por mis sospechas —repliqué—; pero, naturalmente, ahora que las sabe, discúlpeme. La excelente organización de su establecimiento es muy apreciada en París, y pensé si sería posible, que, ya sabe usted...

—Sí, sí... No diga usted más... Soy yo más bien quien debería darle las gracias por la encomiable prudencia que ha mostrado. Rara vez se encuentra tanta previsión en los jóvenes, y más de una vez hemos tenido algún lamentable contretemps, ocurrido a consecuencia de una ligereza por parte de nuestros visitantes. Cuando mi primer método estaba en vigor, y mis pacientes gozaban del privilegio de ir de un lado para otro, provocaban en ellos con frecuencia ataques peligrosos algunas personas imprudentes, autorizadas para visitar la casa. Por eso me vi obligado a adoptar un sistema riguroso de exclusión, y ahora no obtiene permiso para entrar en los edificios nadie en cuya discreción no pueda yo confiar.

—¡Cuando su primer método estaba en vigor! —dije, repitiendo sus palabras—. ¿Debo entender entonces que eso quiere decir que el «método calmante», del cual he oído hablar tanto, no está ya en vigor?

—Hace ahora —contestó él— varias semanas que hemos decidido prescindir de él para siempre.

—¿De veras? ¡Me deja usted asombrado!

—Hemos comprobado —dijo con un suspiro— que era absolutamente necesario volver a las viejas costumbres. El peligro del método calmante era siempre espantoso, y sus ventajas habían sido exageradas. Creo, señor, que si se ha realizado en algún sitio un ensayo leal de ese método, ha sido en esta casa. Hemos hecho todo cuanto la humanidad racional podía sugerirnos. Lamento que no haya usted podido visitarnos en una época anterior, pues hubiera juzgado por sí mismo. Pero supongo que estará usted versado en la práctica de ese método, con sus detalles...

—No del todo. Mis noticias son de segunda mano.

—Puedo, pues, enunciar ese método, en términos generales, como aquel en que los pacientes son ménagés, mimados. No contradecíamos esos caprichos

que penetran en la mente del loco. Por el contrario, no sólo éramos indulgentes con ellos, sino que los alentábamos, y muchas de nuestras curaciones más duraderas han sido realizadas así. No hay argumento que impresione tanto la débil razón del loco como la *reductio ad absurdum*. Hemos tenido, por ejemplo, pacientes que se imaginaban pollos. La curación consistía (insisto sobre esto como sobre un hecho) en persuadir

al paciente de que era un estúpido al no percibir con la suficiente claridad que aquello era un hecho, negándole así durante una semana todo alimento que no fuese el adecuadamente indicado para un pollo. De esta manera, con un poco de grano y de grava hemos realizado maravillas.

—Pero ¿era ésa una aquiescencia en todo?

—De ningún modo. Contábamos mucho con diversiones de un género sencillo, tales como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas y cierta clase de libros, etcétera. Fingíamos tratar a cada individuo como si padeciese algún trastorno puramente físico, y la palabra «loco» no se empleaba nunca. Un punto esencial era que cada demente vigilase los actos de todos los demás. Al poner una entera confianza en la inteligencia o en la discreción de un loco, se adueña uno de él en cuerpo y alma. Este medio nos ha permitido prescindir del costoso personal de guardianes.

—¿Y no hacía usted uso de ninguna clase de castigos?

—De ninguna.

—¿Ni encerraba nunca a sus pacientes?

—Muy rara vez. De cuando en cuando, la enfermedad de algún paciente originaba un ataque, o le acometía de repente un acceso furioso; se le conducía entonces a una celda secreta, por temor de que su trastorno pudiese contagiar al resto de los enfermos, y allí se le encerraba hasta que pudiese ser entregado a sus amigos, pues no nos encargábamos de los

locos furiosos. Esos, por lo general, son llevados a los hospitales públicos.

—¿Conque ahora han cambiado todo eso, y cree usted que resulta mejor?

—Terminantemente. El método tenía sus desventajas, y hasta sus peligros. Hoy día, por fortuna, ha sido desechado en todas las maisons de santé de Francia.

—Me sorprende muchísimo —dije— lo que usted me dice, pues tenía la seguridad de que en este momento no existía ningún otro método de tratamiento de la locura en todo el país.

—Es usted joven aún, amigo mío —repuso el director—; pero llegará un día en que aprenderá a juzgar por usted mismo lo que sucede en el mundo, sin dar crédito a los chismes de los demás. No crea nada de lo que oiga, y sólo la

mitad de lo que vea. En lo que se refiere a nuestras maisons de santé, es evidente que algún ignorante le ha inducido a error. Después de cenar, sin embargo, cuando esté usted lo suficientemente descansado de las fatigas de su viaje a caballo, tendré mucho gusto en llevarle a recorrer la casa y en exponerle el método que, a mi juicio, y al de todos los que han presenciado su aplicación, es, sin comparación, el más eficaz de los ideados hasta hoy.

—¿Es un método suyo? —pregunté—. ¿De su propia invención?

—Estoy orgulloso —confirmó— de reconocer que es así; al menos, hasta cierto punto.

De este modo conversé con monsieur Maillard una o dos horas, durante las cuales me enseñó los jardines y los invernaderos del establecimiento.

—No puedo enseñarle mis pacientes —dijo— en este momento. Por poco sensible que usted sea, tales exhibiciones impresionan siempre más o menos y no quiero quitarle el apetito para la cena. Cenará usted con nosotros. Podré darle ternera a la Saint-Menehault, con coliflores en salsa veloutée, y después, una copa de Clos de Vougeot; así estarán sus nervios lo suficientemente asentados.

A las seis anunciaron la cena, y mi anfitrión me condujo a una amplia salle à manger, donde se hallaba congregado un numeroso grupo de veinticinco o treinta personas en total. Eran, al parecer, gente de categoría —ciertamente, de modales escogidos—, aunque su indumentaria me pareció de una riqueza extravagante que conservaba mucho de la ostentosa elegancia de la vieille cour. Observé que lo menos las dos terceras partes de aquellos invitados eran señoras, y algunas no iban en modo alguno ataviadas conforme a lo que un parisiense consideraría buen gusto en la actualidad. Por ejemplo, varias damas, que no tendrían menos de setenta años, estaban adornadas con una profusión de joyas tales como sortijas, brazaletes, pendientes, y mostraban el pecho y los brazos descaradamente al aire. Noté también que muy pocos

vestidos estaban bien hechos, o al menos, que muy pocos se adaptaban a los tipos que los lucían. Al mirar alrededor, descubrí a la interesante joven a quien monsieur Maillard me había presentado en el pequeño locutorio; pero me sorprendió mucho ver que llevaba ahora un vestido de miriñaque, zapatos de tacón alto y un gorro sucio de encaje de Bruselas, tan grande para su cabeza, que le hacía una cara de un tamaño ridículo. Cuando la vi por primera vez, iba vestida de luto riguroso mucho más decorosamente. En suma, tenía un aire tan extravagante la indumentaria de la reunión entera, que al principio me hizo volver a mi primitiva idea sobre el «método calmante», imaginándome que monsieur Maillard había querido engañarme hasta después de la cena, para evitarme toda impresión de malestar durante la comida, cuando me encontrase en la mesa entre locos; pero recordé que me habían dicho en París que los

meridionales eran gente excéntrica, con muchas nociones anticuadas; aunque luego, al conversar con varios miembros de la reunión, mis inquietudes se disiparon en seguida y por completo.

El comedor mismo, si bien era quizá de suficiente comodidad y buenas dimensiones, carecía de cierta elegancia. El suelo, por ejemplo, estaba sin alfombrar; en Francia, no obstante, se prescinde con frecuencia de la alfombra. Las ventanas asimismo no tenían cortinas; las maderas estaban cerradas y

aseguradas con barras de hierro, colocadas en diagonal, conforme al sistema de cierre adoptado por nuestros tenderos. Observé que la habitación formaba por sí sola un ala del château, y así, las ventanas se abrían sobre tres lados del paralelogramo, del que la puerta constituía el otro. No había menos de diez ventanas en total.

La mesa estaba soberbiamente puesta, cargada de platos y, más aún, de golosinas. Era una profusión bárbara en realidad. Había viandas suficientes para saciar a los Anakim. Jamás en mi vida había yo presenciado tanta prodigalidad, un derroche tal de cosas exquisitas de comer. Se observaba, aun así, muy poco gusto en la disposición, y mis ojos, acostumbrados a las luces suaves, sentíanse heridos crudamente por el prodigioso fulgor de las bujías que en candelabros de plata estaban colocadas sobre la mesa y alrededor de toda la habitación, dondequiera que había un sitio. Se encargaban del servicio varios criados diligentes, y sobre una ancha mesa, al fondo de la estancia, estaban sentados siete u ocho músicos con violines, pífanos, trombones y un tambor. A ratos, durante la comida, aquellos mozos me molestaron mucho con una infinita variedad de ruidos que intentaban ser música, y que parecían proporcionar una gran diversión a todos los presentes, con la sola excepción mía.

En general, no podía yo impedirme de pensar que había mucho de bizarre en cuanto veía a mi alrededor; pero el mundo está compuesto de toda clase de personas con todo género de

pensamientos y toda suerte de costumbres convencionales. Había yo viajado mucho, demasiado, para no ser un adepto del nihil admirari; por eso me senté con toda tranquilidad a la derecha de mi anfitrión, y como sentía un excelente apetito, hice honor a los ricos platos que tenía ante mí.

La conversación, entretanto, era animada y general. Las señoras, como de costumbre, hablaban mucho. Pronto observé que casi todos los componentes de la reunión estaban muy bien educados, y mi anfitrión era, por sí solo, un mundo de graciosas anécdotas. Me pareció que deseaba con ansiedad hablar de su puesto como director de una maison de santé, y, realmente, el tema de la locura, ante mi gran sorpresa, era el preferido de todos los presentes. Se contaron muchas historias divertidas referentes a las chifladuras de los enfermos.

—Hemos tenido aquí un muchacho —dijo un grueso y pequeño caballero que estaba sentado a mi derecha—, un muchacho que se imaginaba ser una tetera; y entre paréntesis, ¿no es una particularidad sorprendente la frecuencia con que penetran esas rarezas en la mente de los locos? Apenas si existe un manicomio en Francia que no suministre una tetera humana. Nuestro gentleman era una tetera inglesa, y tenía el cuidado de bruñirse a sí mismo todas las mañanas con una piel de ante y blanco de España.

—Y luego —dijo un hombre de alta estatura sentado precisamente delante

— tuvimos no hace mucho un personaje a quien se le había metido en la cabeza que era un asno, lo cual, hablando en sentido figurado, dirá usted era completamente cierto. Se trataba de un paciente muy turbulento, y nos costaba gran trabajo impedir que diese aquí dentro saltos. Durante mucho tiempo no quiso comer más que cardos, pero le curamos de esta manía insistiendo en que no tomase más que eso. Y luego estaba sin cesar dando coces con los pies... así..., así...

—¡Monsieur De Kock! Le agradeceré que guarde compostura — interrumpió en aquel momento una señora vieja que estaba junto al orador—. Tenga la bondad de cocear hacia usted mismo. Ha echado a perder mi brocado. ¿Es necesario acaso ilustrar sus observaciones de este modo tan práctico? Nuestro amigo, aquí presente, podía haberle entendido, de seguro, sin nada de eso. A fe mía, es usted casi un asno tan grande como se imaginaba serlo ese pobre desdichado. ¡Sus patadas eran auténticas coces, por mi vida!

—Mille pardons, ma'm'selle —replicó monsieur De Kock así apostrofado

—. ¡Mil perdones! No tenía intención de ofenderla. Ma'm'selle Laplace, monsieur De Kock solicita el honor de beber con usted.

Y aquí monsieur De Kock se inclinó profundamente, besó su propia mano muy ceremonioso, y bebió con ma'm'selle Laplace.

—Permítame, mon ami —dijo entonces monsieur Maillard, dirigiéndose a mí—, permítame que le sirva un trozo de esta ternera a la Saint-Menehault—; la encontrará usted especialmente fina.

En este instante tres recios criados habían logrado depositar sin novedad sobre la mesa una enorme fuente, casi un lebrillo, conteniendo lo que supuse era el «monstrum, horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum». Sin embargo, un minucioso examen me descubrió que se trataba únicamente de una ternerilla asada entera, y colocada de rodillas, con una manzana entre los dientes, como se hace en Inglaterra al preparar una liebre.

—No, gracias —respondí—. A decir verdad, no siento una predilección especial por la ternera a la Saint... ¿Cómo es eso? Pues no creo que me siente bien. Prefiero cambiar de plato y tomar un poco de ese conejo.

Había varias fuentes a los lados de la mesa, conteniendo, según me pareció, siempre conejo a la francesa, un morceau muy delicioso, que me permito recomendar.

—Pedro —gritó mi anfitrión—: cambia el plato de este señor y tráele una fuente de ese conejo au chat.

—¿De ese qué? —pregunté.

—De ese conejo au chat.

—¡Bueno! Después de pensarlo mejor, se lo agradezco; pero no quiero. Me serviré yo mismo una loncha de jamón.

«No sabe uno nunca lo que come —pensé— en la mesa de esta gente provinciana. No quiero en absoluto su conejo au chat ni nada parecido, como tampoco del cat-au-rabbit (o gato al estilo de conejo)».

—Y también —dijo un personaje de aspecto cadavérico, reanudando la conversación en el punto en que había sido interrumpida—, y también, entre otras rarezas, hemos tenido cierto tiempo un enfermo que sostenía con toda insistencia que era un queso de Córdoba, y que iba siempre con un cuchillo en la mano, invitando a sus amigos a que probasen un trocito de la mitad de su pierna.

—Era un perfecto tonto, sin duda —interrumpió otro invitado—; pero no puede compararse con cierto individuo a quien todos conocemos, excepto este señor forastero. Me refiero a ese hombre que se creía una botella de champagne, y que estaba siempre haciendo ¡pum! y ¡fiss! de esta manera.

Y aquí el narrador, muy bruscamente, a mi juicio, se metió el pulgar derecho en su carrillo izquierdo y lo sacó lanzando un ruido semejante al de un corcho que salta, y luego, con un hábil movimiento de lengua sobre los dientes, emitió un agudo silbido, que duró varios minutos, imitando la irrupción espumosa del champagne. Esta conducta, lo noté claramente, no agradó mucho a monsieur Maillard; pero no dijo nada, y la

conversación fue reanudada por un hombrecillo muy flaco con una gran peluca.

—Hubo luego un ignorante —recordó— que se confundía a sí mismo con una rana, a la cual, dicho sea de paso, se parecía no poco. Siento que no le haya usted visto, caballero —aquí el orador se dirigió a mí—, pues le hubiera divertido de corazón observar la naturalidad con que desempeñaba su papel. Ya ve usted; si ese hombre no era una rana, yo sólo puedo decir que resultaba una lástima que no lo fuese. Croaba así: «¡Ooooej, ooooej!». Era la nota más encantadora del mundo, en si bemol; y cuando se acodaba sobre la mesa así después de haberse tomado una o dos copas de vino, y distendía su boca así, y reviraba los ojos así, y parpadeaba con excesiva rapidez así, entonces,

caballero, le aseguro bajo palabra y puedo decir positivamente que se hubiera usted extasiado de admiración ante el genio de ese hombre.

—No me cabe la menor duda —corroboré.

—Y, además —dijo otro de los comensales—, hemos tenido también un Pulgarcito, que creía ser una mota de rapé, y que se sentía verdaderamente apesadumbrado de no poderse coger a sí mismo entre el índice y el pulgar.

—Y hubo después Jules Desoulières, genio muy singular, en verdad, a quien le volvió loco la idea de que era una calabaza.

Perseguía al cocinero para que le picase y le metiese en una empanada, cosa que el cocinero se negaba, indignado, a hacer. Por mi parte, no tengo la seguridad de que una empanada de calabaza a la Desoulières no hubiera resultado un plato magnífico de veras.

—¡Me deja asombrado! —dije, y miré inquisitivamente a monsieur Maillard.

—Ja, ja, ja! —exclamó este último—. ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju, ju! ¡Ésta sí que es buena! No debe usted asombrarse, mon ami; nuestro amigo, aquí presente, es un hombre chusco, un drôle. No debe usted tomar lo que dice al pie de la letra.

—Y, además —dijo algún otro miembro de la reunión—, hubo también Bouffon Le Grand, otro personaje extraordinario a su manera. Le había trastornado el amor, y se creía poseedor de dos cabezas. Sostenía que una de ellas era la de Cicerón, e imaginaba que la otra era compuesta y pertenecía a Demóstenes desde lo alto de la frente hasta la boca, y a lord Brougham desde la boca hasta el mentón. No sería imposible que estuviese equivocado; pero le habría convencido a usted de que estaba en lo cierto, pues era un hombre de gran elocuencia. Sentía una pasión avasalladora por la oratoria, y no podía abstenerse de lucirla. Por ejemplo, tenía la costumbre de saltar sobre la mesa del comedor así..., y así..., y así...

Y aquí otro amigo, que estaba junto al que hablaba, le puso una mano sobre el hombro y musitó unas palabras a su oído;

inmediatamente cesó el hombre en sus saltos y se dejó caer de nuevo sobre su silla.

—Y, además —dijo aquel comensal que había musitado las palabras al oído del otro—, hubo también Boullard, la perinola. Si le llamo perinola es porque, en realidad, le dio la chifladura jocosa, pero en modo alguno irracional, de que se había convertido en una perinola. Hubiera usted estallado de risa viéndole dar vueltas. Giraba sobre un solo talón durante una hora de este modo..., así...

Aquí el amigo a quien él había interrumpido precisamente realizó el mismo

manejo con este último.

—Pero entonces —gritó una señora vieja con su voz más fuerte— su monsieur Boullard era un loco, y un loco necio, por añadidura. Pues ¿quiere usted decirme quién ha oído hablar nunca de un hombre perinola? Es una cosa absurda. Madame Joyeuse, como ustedes saben, era una persona más sensible. Adolecía de una chifladura, pero llena de sentido común, y que gustaba a todo el que tenía el honor de trabar conocimiento con ella. Se dio ella cuenta, después de madura reflexión, de que, por una casualidad, se había convertido en un gallo joven, aunque como tal, se comportaba con decoro. Agitaba sus alas con un estilo prodigioso..., así..., así..., así..., y en cuanto a su canto,

¡era delicioso! ¡Kikirikí, kikirikí, kikirikí, kikirikiiii!

—Madame Joyeuse, le agradecería que se reportase —
interrumpió entonces nuestro anfitrión, muy enojado—. Puede
usted optar entre comportarse como una señora o marcharse
de la mesa inmediatamente: usted elegirá.

La señora (a quien me sorprendió mucho oír que la llamaban
madame Joyeuse después de la descripción de madame
Joyeuse que ella misma había hecho) enrojeció hasta las cejas,
y pareció sumamente avergonzada ante aquella reprimenda.
Bajó la cabeza y no pronunció una sílaba en contestación. Pero
otra señora más joven reanudó aquel tema.

Era mi bella muchacha del locutorio.

—¡Oh! Madame Joyeuse era una loca —exclamó—; pero había,
en cambio, mucho sentido firme, después de todo, en la opinión
de Eugenia Salsafette. Era ésta una joven muy bella y
pudorosamente modesta, a quien le parecía el actual modo de
vestirse indecente, y que por eso quería siempre ataviarse
poniéndose al exterior de sus vestidos en lugar de meterse
dentro de ellos. Es una cosa muy fácil, después de todo. Hay
sólo que hacer así..., y luego así..., así..., así..., y después...

—Mon Dieu! Ma'm'selle Salsafette! —gritaron una docena de
voces a coro—. ¿Qué hace usted? ¡Deténgase! ¡Es bastante!
¡Vemos ya de sobra cómo hay que hacerlo! ¡Basta, basta!

Y varias personas se levantaron de sus sillas para impedir a
ma'm'selle Salsafette que se quedase a la par de la Venus de

Médicis, cuando la tentativa se llevó a cabo de repente por una serie de gritos agudos o de aullidos que venían de alguna parte del cuerpo principal del château.

Mis nervios se pusieron materialmente de punta con aquellos aullidos; pero el resto de la reunión producía verdadera lástima. Jamás en mi vida había visto un grupo de gentes razonables tan aterradas. Todos palidecieron como cadáveres, y encogiéndose en sus sillas, permanecían trémulos y balbucientes

de terror, como para escuchar la repetición de aquellos ruidos. Volvieron a oírse más fuertes y más cercanos, según me pareció; luego, por tercera vez, muy fuertes, y después una cuarta, con un vigor a todas luces menor. Ante aquella aparente cesación del ruido, los ánimos de los comensales se sosegaron desde luego, y todo volvió a ser animación y anécdotas como antes. Me aventuré a preguntar la causa del alboroto.

—Una simple bagatelle —dijo monsieur Maillard—. Estamos acostumbrados a estas cosas, y, en verdad, nos preocupamos muy poco de ellas. De cuando en cuando los locos se ponen a aullar a coro; uno excita al otro, como sucede con una manada de perros en la noche. Da la casualidad, no obstante, de que el concierto de aullidos sirve de preludio a una tentativa de evasión; entonces, naturalmente, es de temer algún leve peligro.

—¿Y cuántos tiene usted bajo su custodia?

—Por el momento no tenemos más que diez, en total.

—¿Principalmente mujeres, supongo?

—¡Oh, no! Son todos ellos hombres, y mozos fuertes, se lo aseguro.

—¿De veras? Había creído yo entender que la mayoría de esos locos eran del sexo débil.

—Y así es en general, pero no siempre. No hace mucho hemos tenido aquí alrededor de veintisiete pacientes, y en ese número, lo menos dieciocho eran mujeres; pero últimamente la cosa ha cambiado mucho como usted ve.

—Sí..., ha cambiado mucho, como usted ve —interrumpió aquí el caballero que le había destrozado las espinillas a ma'm'selle Laplace.

—¡Sí..., ha cambiado mucho, como usted ve! —campanearon a coro los allí reunidos.

—¡Retengan sus lenguas todos! —dijo mi anfitrión, con gran furia.

Después de lo cual, todos los comensales guardaron un silencio mortal durante casi un minuto. Hubo incluso una señora que obedeció al pie de la letra a monsieur Maillard, y sacando su lengua, que era sumamente larga, la cogió a dos manos, con gesto resignado, hasta el final del convite.

—Y esa buena señora —dije a monsieur Maillard, inclinándome hacia él y en un murmullo—, esa buena señora que acaba de

hablar y que nos ha regalado con su kikirikí, es, supongo, inofensiva, de todo punto inofensiva, ¿verdad?

—¡Inofensiva! —exclamó él con sincera sorpresa—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿Está sólo un poco tocada? —dije, barrenándome la sien con el índice

—. Me figuro que no está especialmente, que no está peligrosamente atacada, ¿eh?

—Mon Dieu! ¿Qué se figura usted? Esa señora es una antigua e íntima amiga mía. Madame Joyeuse está tan cuerda en absoluto como yo. Tiene sus pequeñas excentricidades, con seguridad; pero ya sabe usted que todas las mujeres viejas, todas las mujeres muy viejas, son más o menos excéntricas.

—Seguramente —dije—, seguramente... Y entonces, el resto de esas señoras y de esos caballeros...

—Son mis amigos y mis guardianes —interrumpió monsieur Maillard, irguiéndose con hauteur—, mis buenos amigos y ayudantes.

—¡Cómo! ¿Todos ellos, todas las mujeres?

—Pues claro —dijo él—; no se podría hacer nada sin las mujeres: son las mejores enfermeras de locos que hay en el mundo.

Tienen su manera propia,

¿sabe usted? Sus ojos brillantes poseen un maravilloso efecto..., algo así como la fascinación de la serpiente, ¿sabe?

—Sin duda —dije—, ¡sin duda! Tienen algo raro, ¿verdad? Algo un poco estrambótico, ¿eh? ¿No cree usted?

—¡Raro..., estrambótico! ¿Qué quiere usted insinuar ahora? No somos muy remilgados, ciertamente, aquí en el sur... Hacemos lo que nos parece... Llevamos una vida alegre, y toda esa clase de cosas, ¿sabe?...

—Con seguridad —dije—, con seguridad.

—Y también quizá este Clos de Vougeot es un poquito pesado, ¿sabe?... Un poquito fuerte..., ¿comprende?

—¡Por supuesto —dije—, por supuesto! Y a propósito, monsieur, he creído oírle decir que el método que había usted adoptado en sustitución del famoso

«método calmante» era un método muy severo.

—Ni por asomo. Nuestro confinamiento es necesariamente total; pero el tratamiento, el tratamiento médico, quiero decir, es más bien agradable para los pacientes que otra cosa.

—¿Y ese nuevo método es invención suya?

—No del todo. Algunas de sus partes se deben al profesor Alquitrán, de quien habrá usted oído hablar, de fijo; y, además, existen modificaciones en mi plan que me complazco en reconocer pertenecen por derecho propio al célebre Trapaza, con quien, si no me equivoco, tuvo usted el honor de entablar una íntima amistad.

—Me avergüenza confesar —contesté— que no he oído nunca hasta ahora los nombres de ninguno de esos dos caballeros.

—¡Dios mío! —exclamó mi anfitrión, haciendo retroceder su silla bruscamente y alzando las manos—. ¡No he entendido bien, por lo visto! ¿No intentará usted decir que no ha oído nunca hablar del sabio doctor Alquitrán o del famoso profesor Trapaza?

—Me veo obligado a reconocer mi ignorancia —insistí—; pero la verdad debe ser respetada por encima de todo. No obstante, me siento humillado hasta el polvo de no conocer las obras de esos hombres, a no dudar, extraordinarios. Voy a buscar sus libros sin tardanza, y los leeré con mi más atento cuidado. Monsieur Maillard, me ha hecho usted realmente, debo confesarlo, ¡me ha hecho avergonzarme de mí mismo!

Y era la pura verdad.

—No hablemos más de ello, mi joven y buen amigo —dijo él amablemente, estrechándome la mano—. Beba usted ahora conmigo una copa de Sauterne.

Bebimos. Los comensales siguieron nuestro ejemplo sin moderación. Charlaban, bromeaban, reían, hacían mil locuras; rechinaban los violines, redoblaba el tambor, mugían los trombones como los toros de bronce de Falaris, y la escena entera, que se ponía cada vez peor a medida que el vino aumentaba su ascendiente, llegó a convertirse, por último, en una especie de pandemónium, in petto. Entretanto, monsieur Maillard y yo, con muchas botellas de Sauterne y de Vougeot entre los dos, proseguíamos nuestra conversación con voces desaforadas. Una palabra pronunciada en el tono ordinario tenía la misma probabilidad de ser oída allí que el grito de un pez en el fondo del Niágara.

—Dígame, caballero —indagué vociferando en su oído—: ha aludido usted antes al peligro que entrañaba el antiguo «método calmante». ¿Cuál es ese peligro?

—Sí —contestó él—, había, por cierto, a veces, un grandísimo peligro. No se pueden prever los caprichos de los locos, y en mi opinión, que es también la del doctor Alquitrán y la del profesor Trapaza, no es nunca prudente permitirles ir de un lado para otro solos. Un demente puede estar en período de «calma», como se dice, durante determinado tiempo; pero al final es muy propenso a volverse furioso. Además, su astucia es grande y proverbial. Cuando tiene un plan en la cabeza, disimula sus propósitos con una listeza maravillosa, y la habilidad con que imita la cordura ofrece para el psicólogo uno de los problemas más singulares en el estudio de la mentalidad

humana. Cuando un loco parece completamente cuerdo, es el momento indicado de

ponerle la camisa de fuerza.

—Pero el peligro, mi querido director, de que hablaba usted (según su propia experiencia desde que dirige esta casa), ¿le ha proporcionado alguna razón positiva para creer que la libertad es peligrosa en el caso de un loco?

—¿Aquí..., mi experiencia propia? Pues bien: puedo decir que sí. Por ejemplo, no hace mucho tiempo ocurrió un singular incidente en esta misma casa. El «método calmante», como usted sabe, estaba entonces en vigor, y los pacientes andaban sueltos. Se comportaban notablemente bien, tan bien, que una persona cuerda hubiese comprendido que estaba tramándose algún plan diabólico, por el hecho especial de comportarse los muchachos tan notablemente bien. En efecto, una buena mañana, los guardianes se encontraron atados de pies y manos, encerrados en las celdas, y vigilados, como si estuviesen locos, por los propios dementes, que habían usurpado el oficio de guardianes.

—¡Calle usted! ¡No he oído nada tan absurdo en mi vida!

—Es un hecho. Todo ello fue por culpa de un estúpido sujeto, un loco, a quien, no sé por qué, se le metió en la cabeza que había inventado el método mejor de que se había oído hablar jamás antes, un método de loco, se sobrentiende. Quería poner en

práctica su invención, supongo, y convenció al resto de los pacientes de que se uniesen a él en una conspiración para derribar los poderes reinantes.

—¿Y lo consiguió, efectivamente?

—Ya lo creo. Los guardianes y los guardados cambiaron de puesto. Aunque no sucedió así al pie de la letra, pues los locos habían estado en libertad; pero los guardianes fueron al momento encerrados en sus celdas, y tratados, sienta decirlo, de una manera demasiado caballerosa.

—Pero supongo que habría una contrarrevolución enseguida. Ese estado de cosas no podía durar mucho tiempo. La gente de las cercanías, los visitantes que viniesen a ver el establecimiento, darían la voz de alarma.

—No acierta usted. El cabecilla de la sublevación era demasiado astuto para eso. A partir de entonces no admitió un visitante más, a excepción, un día, de un caballero de aspecto muy estúpido, de quien no tenía por qué temer. Le dejó visitar la casa, con objeto de variar, de divertirse un poco a costa suya. Y una vez que se burló de él lo suficiente, le dejó marchar y volver a sus asuntos.

—¿Y cuánto duró el reinado de los locos?

—¡Oh! Duró mucho tiempo, en realidad un mes, cuando menos, o mucho más; no podría decirlo con exactitud. Entretanto, los locos se dieron una buena temporada, puede usted creerme. Se quitaron sus ropas muy deterioradas y

usaron con entera libertad del guardarropa y de las joyas de familia. Las bodegas del château estaban bien surtidas de vinos, y los locos son los demonios que mejor entienden de bebidas. Vivieron bien, se lo aseguro.

—¿Y el tratamiento, cuál era el tratamiento especial que aplicaba el jefe de los rebeldes?

—En cuanto a eso, un loco no es forzosamente tonto, como ya he dicho; y en mi honrada opinión, su tratamiento era mucho mejor que el empleado antes. Era un método magnífico, en verdad... sencillo..., limpio..., nada molesto..., en suma, delicioso... Era...

Y aquí las observaciones de mi anfitrión fueron interrumpidas por otra serie de aullidos del mismo carácter de los que ya nos habían desconcertado. Esta vez, sin embargo, parecía venir de personas que se acercaban rápidamente.

—¡Santo Dios! —exclamé—, los locos han debido, sin duda alguna, de evadirse...

—Mucho me temo que así sea —corroboró monsieur Maillard, poniéndose ahora muy pálido.

Apenas había terminado su frase, cuando unos gritos penetrantes resonaron bajo las ventanas, y acto seguido fue evidente que unas personas se esforzaban desde fuera por penetrar en la habitación. Aporreaban la puerta con algo que

debía de ser un martillo, y las maderas eran arrancadas y sacudidas con prodigiosa violencia.

A continuación tuvo lugar una escena de terrible confusión. Monsieur Maillard, ante mi enorme asombro, se precipitó debajo del aparador. Hubiera yo esperado más decisión por parte suya. Los componentes de la orquesta, quien durante los últimos quince minutos parecían de tal modo borrachos, que no cumplían su misión, al presente saltaron todos de pronto sobre sus pies y sobre sus instrumentos, subiéndose a la mesa, y atacaron al unísono el Yankee Doodle, la marcha nacional americana, que ejecutaron, si no en el tono exacto, al menos con una energía sobrehumana, en tanto que duró el tumulto.

A todo esto, sobre la mesa del banquete, entre las botellas y las copas, saltaba el señor a quien con mucho trabajo se le había impedido hacerlo antes. No bien estuvo cómodamente instalado allí, comenzó un discurso que, sin duda, debía de ser muy importante, con sólo que se hubiese podido oír. En el mismo momento, el hombre que sentía predilección por la perinola, se puso a dar vueltas alrededor de la estancia, con una energía enorme, estirando los brazos en ángulo recto con su cuerpo, de tal modo, que parecía una auténtica perinola, y chocando y derribando cuanto encontraba en su camino. Y luego también, cuando oía yo una serie increíble de «¡pum!» y «¡fiss!» del

champagne descorchado, descubrí al cabo que provenían del individuo que había desempeñado con tanta delicadeza el papel de una botella durante la cena.

Y, mientras, el hombre-rana croaba como si dependiese la salvación de su alma de cada nota que lanzaba. Y en medio de aquello, un continuo rebuzno lo dominaba todo. Por lo que atañe a mi vieja amiga madame Joyeuse, parecía tan terriblemente perpleja, que me dieron verdaderas ganas de llorar por la pobre señora. Permanecía, con todo, erguida en un rincón junto a la chimenea y cantaba sin cesar con su voz más fuerte: «¡Kikirikí, kikirikiiiiii!».

Y entonces llegó el colmo, la catástrofe del drama. Como la resistencia se limitaba a gritos, aullidos y cacareos, sin otros excesos en los de fuera, las diez ventanas fueron rápida y casi simultáneamente hundidas. Pero no podré olvidar nunca mis emociones de asombro y horror cuando vi que, escalando las ventanas y cayendo sobre nosotras en mezclanza, luchando, pataleando, arañando y aullando, se precipitó allí una perfecta cuadrilla que me pareció ser de chimpancés, orangutanes o enormes mandriles negros del Cabo de Buena Esperanza.

Recibí un terrible golpe que me hizo rodar debajo de un sofá, donde me quedé quieto. A la postre, después de haber permanecido allí unos quince minutos, durante los cuales escuché con todos mis oídos lo que ocurría en la habitación, tuvo para mí un satisfactorio dénouement o desenlace aquella tragedia. Monsieur Maillard, según parece, al contarme lo del

loco que había excitado a sus compañeros a la rebelión, había relatado ni más ni menos que sus propias hazañas. Este señor había sido, en efecto, algunos años antes, director de aquel establecimiento; pero se volvió loco él también, pasando a ser un paciente más. Este hecho era desconocido por mi compañero de viaje al introducirme allí. Los guardianes, en número de diez, fueron repentinamente atacados primero, bien embreados luego, cuidadosamente emplumados después, y, por último, encerrados en las celdas subterráneas. Habían estado allí enclaustrados más de un mes, durante el cual monsieur Maillard les había dado con generosidad no sólo breca y plumas (que constituían su «método»), sino alimentos y agua en abundancia. Esta última la sacaban a diario con una bomba. Por último, uno de ellos escapó por una alcantarilla y puso en libertad a todos los demás.

El «método calmante», con serias modificaciones, ha sido puesto en vigor de nuevo en el château; sin embargo, no puedo dejar de coincidir con monsieur Maillard en que su «tratamiento» era el más magnífico de todos los de ese género. Como observaba él con justicia, era sencillo, claro y no molestaba en absoluto; era el que menos molestaba.

Me resta sólo añadir que, a pesar de haber buscado por todas las librerías

de Europa las obras del doctor Alquitrán y del profesor Trapaza, han fracasado hasta el día mis esfuerzos por conseguir un ejemplar de ellas.

UNA HISTORIA DE LAS MONTAÑAS RAGGED

A finales del año 1827, cuando residía yo cerca de Charlottesville (Virginia), trabé conocimiento por casualidad con el señor Augusto Bedloe. Este joven gentleman era notable bajo todos los aspectos y provocaba en mí un interés y una curiosidad profundos. Juzgué imposible comprender su persona tanto moral como física. De su familia no conseguí obtener ningún informe positivo. Nunca pude averiguar de dónde venía. Hasta en su edad — aunque le he llamado joven gentleman— había algo que me dejaba perplejo en alto grado. Parecía, por cierto, joven —y se daba importancia hablando de su juventud—, si bien había momentos en que no hubiese yo tenido el menor inconveniente en imaginar que tenía cien años. Pero nada tan peculiar como su aspecto exterior. Era singularmente alto y delgado. Iba muy encorvado. Tenía unos miembros con exceso largos y descarnados. La frente, ancha y baja. Una complexión exangüe por completo. La boca, grande y flexible, y los dientes, aunque sanos, tan atrozmente desiguales como no los he visto nunca en una boca humana. La expresión de su sonrisa, sin

embargo, no era nada desagradable, como pudiera suponerse; pero carecía de toda variación. Mostraba una profunda melancolía, una tristeza sin fases e incesante. Sus ojos eran, por lo general, grandes y redondos como los de un gato. Las pupilas, además, sufrían una contracción o una dilatación ante cualquier aumento o disminución de luz, ni más ni menos que las que se observan en la familia de los felinos. En los momentos de excitación los ojos adquirían un brillo casi inconcebible, y parecían emitir rayos de un fulgor no reflejado, sino interno; con todo, en su estado ordinario aparecían tan en absoluto apagados, nebulosos e inertes, que daban la sensación de los ojos de un cadáver enterrado desde hacía largo tiempo.

Estas particularidades personales parecían causarle un gran fastidio, y siempre aludía a ellas en una especie de esfuerzo semiexplicativo, semijustificativo, que al oírlo por primera vez, me impresionó de modo muy penoso. No obstante, pronto me acostumbré, y desapareció mi malestar. Aparentaba él tener más bien el propósito de insinuar que de afirmar de un modo terminante que físicamente no siempre había sido lo que era, que una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido de un estado de apostura personal nada corriente al que veía yo. Desde hacía varios años le prestaba asistencia un médico llamado Templeton, un señor viejo que tendría quizá setenta años, a quien había conocido en Saratoga, y en cuyos cuidados había

encontrado o creído encontrar un gran beneficio. El resultado fuese que Bedloe, que era rico, concertó un arreglo con el doctor Templeton, por el cual este último, a cambio de una generosa remuneración anual, consintió en dedicar su tiempo y su experiencia exclusivamente al cuidado del enfermo.

El doctor Templeton había viajado mucho en su juventud, y en París se convirtió con gran ardor en un adepto de la doctrina de Mesmer. Únicamente por medio de remedios magnéticos había conseguido aliviar los agudos dolores de su paciente, y este éxito había inspirado, por supuesto, al último cierto grado de confianza en las opiniones que daban origen a aquellos remedios. El doctor, entretanto, como todos los entusiastas, se esforzó por hacer un prosélito completo, de su pupilo, y al cabo lo consiguió hasta el punto de inducirle a que se sometiese a numerosos experimentos. Repitiendo éstos con frecuencia, produjeron resultados que desde hace largo tiempo se han hecho tan vulgares, que atraen muy poca o ninguna atención, pero que en la época en que escribo eran apenas conocidos en América. Quiero decir que entre el doctor Templeton y Bedloe se había creado poco a poco una clara, poderosa y marcada afinidad o relación magnética. No sostengo, empero, la afirmación de que esa afinidad se extendiese más allá de los límites del simple poder productor del sueño; pero este poder mismo había alcanzado una gran intensidad. En la primera tentativa para producir el sueño magnético, el mesmeriano

fracasó de lleno. A la quinta o sexta, no triunfó sino muy parcialmente y después de un prolongado esfuerzo. Hasta la duodécima no logró un éxito rotundo. Después de ésta, la voluntad del paciente sucumbió con rapidez a la del médico de tal modo, que cuando conocí a ambos el sueño sobrevinía casi al instante por la simple volición del operador, hasta cuando el enfermo no se daba cuenta de su presencia. Y sólo ahora, en el año de 1845, cuando tales milagros son atestiguados a diario por miles de hombres, me atrevo a citar esa aparente imposibilidad como un acto serio.

El temperamento de Bedloe era en el más alto grado sensitivo, excitable y entusiasta. Su imaginación, de lo más vigorosa y creadora, y sin duda, extraía una fuerza adicional del uso habitual de la morfina, que consumía en gran cantidad y sin la cual le hubiera sido imposible vivir. Tenía la costumbre de ingerir una amplia dosis a raíz del desayuno, o más bien a raíz de una taza de café cargado, pues él no tomaba nada al mediodía, y entonces se marchaba solo, o acompañado nada más de un perro, a dar un largo paseo por la cadena de las selváticas y tristes montañas que se extienden al oeste y al sur de Charlottesville, y que están dignificadas allí con el nombre de Ragged Mountains.

En un día sombrío, cálido y brumoso, hacia finales de noviembre, y durante el extraño interregnum de estaciones que en América se llama el

«verano indio», el señor Bedloe partió, como de costumbre, hacia las alturas.

Pasó el día y él no volvió.

Hacia las ocho de la noche, bastante alarmados por su prolongada ausencia, íbamos a salir en su busca, cuando apareció inesperadamente en el mismo estado de salud que de costumbre y más animado que de ordinario. El relato que nos hizo de su excursión y de los sucesos que le habían retenido, fue extraño en verdad.

—Recordarán ustedes —dijo— que eran cerca de las nueve de la mañana cuando salí de Charlottesville. Dirigí desde luego mis pasos a las montañas, y alrededor de las diez, entré en un desfiladero que era de todo punto nuevo para mí. Seguí las revueltas de aquel paso con mucho interés. El escenario que se presentaba por todos lados, aunque no podría uno llamarle grandioso, tenía un aspecto indescriptible, y para mí delicioso; de triste desolación. La soledad parecía absolutamente virgen. No podía yo impedirme de creer que los verdes céspedes y las rocas grises que pisaba no habían sido holladas nunca antes por un pie humano. La entrada del barranco está tan apartada, y es, en realidad, tan inaccesible, excepto a través de una serie de accidentes, que no parecía imposible que fuese yo, en suma, el primer aventurero, el primero y el único, que hubiese penetrado nunca en aquellos lugares recónditos.

»La densa y peculiar niebla o humo que distingue el verano indio, y que envolvía ahora pesadamente todos los objetos, servía, sin duda, para ahondar las vagas impresiones que aquellos objetos creaban en mí. Tan espesa era aquella grata niebla, que no podía yo ver a más de una docena de yardas el camino ante mí. Este camino era muy sinuoso, y como resultaba imposible ver el sol, pronto perdí toda idea de la dirección en que avanzaba. Entretanto, la morfina había producido su acostumbrado efecto, que es revestir todo el mundo exterior de un intenso interés. En el temblor de una hoja, en el matiz de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el soplo del viento, en los suaves olores que venían de la selva, se formaba un mundo entero de sugestión, una serie de alegres y abigarrados pensamientos rapsódicos y desordenados.

»Preocupado por ellos, caminé varias horas, durante las cuales la niebla se espesaba a mi alrededor con tal extensión, que al final me vi obligado a buscar a tientas el camino. Y entonces, un indescriptible malestar se apoderó de mí, una especie de nerviosa vacilación y de temblor. Temí seguir andando por temor de precipitarme en alguna sima. Recordé también extrañas historias oídas acerca de aquellas Ragged Hills o altura melladas, escabrosas, y de razas primitivas y feroces de hombres que habitaban en sus bosques y cavernas. Me oprimían y desconcertaban mil vagas fantasías, pensamientos

más penosos aún por su vaguedad. De repente se detuvo mi atención ante un fuerte redoble de tambor.

»Mi asombro fue, naturalmente, extraordinario. Un tambor en aquellas alturas era cosa desconocida. No me hubiera dejado más sorprendido el sonido de la trompeta del arcángel. Pero surgió una nueva y más pasmosa causa de interés y de perplejidad. Oía yo acercarse un salvaje cascabeleo o tintineo, como si chocasen grandes llaves de un manojo, y en el mismo instante un hombre de atezado rostro y medio desnudo pasó presuroso ante mí con un grito. Llegó a estar tan cerca de mi persona, que sentí su cálido aliento sobre mi cara. Llevaba en una mano un instrumento compuesto de una serie de anillos de hierro y los sacudía vigorosamente al correr. Apenas había desaparecido en la niebla, cuando jadeando detrás de él, con la boca abierta y los ojos centelleantes, se precipitó un enorme animal. No podía equivocarme sobre su especie. Era una hiena.

»La vista de aquel monstruo alivió más que aumentó mis terrores, pues estaba yo ahora seguro de que soñaba, y me esforcé, me excité a mí mismo para despertar mi conciencia. Caminé audaz y rápidamente hacia delante. Me froté los ojos. Llamé con fuerza. Me pellizqué los miembros. Un pequeño arroyo se presentó ante mi vista, y allí me detuve. Me lavé las manos, la cabeza y el cuello. Esto pareció disipar las sensaciones equívocas que me habían inquietado hasta

entonces. Me pareció ser, al levantarme, un nuevo hombre, y proseguí con firmeza y complacencia mi camino desconocido.

»A la postre, todo rendido por el esfuerzo, y por cierta pesadez atmosférica, me senté debajo de un árbol. En aquel momento apareció un débil rayo de sol, y la sombra del follaje cayó sobre la hierba, leve, pero claramente definida. Miré con fijeza aquella sombra durante unos minutos. Su forma me dejó estupefacto. Miré hacia arriba. Era una palmera.

»Me levanté entonces deprisa y en un estado de terrible agitación, pues ya no era suficiente el imaginar que soñaba. Vi, sentí que poseía un perfecto dominio de mis sentidos, y éstos traían ahora a mi alma un mundo de sensaciones nuevas y raras. El calor se hizo de pronto intolerable. Un extraño olor adensaba la brisa. Un murmullo profundo y continuo, semejante al que se eleva de un río crecido, pero que corre suavemente, llegó a mis oídos, mezclado con el zumbido peculiar de una multitud de voces humanas.

»Mientras escuchaba en el colmo de un asombro que no necesito describir, una fuerte y leve racha de viento se llevó la niebla como con la varita de un mago.

»Me encontré al pie de una alta montaña, dominando una amplia llanura por la cual corría un majestuoso río. A la orilla de aquel río se elevaba una ciudad de aspecto oriental, tal como esas a que se refieren los cuentos árabes, pero de un carácter todavía más singular que el de ninguna de las que allí se

describen. Desde mi sitio, que estaba sobre el nivel de la ciudad, podía yo

divisar todos sus rincones y ángulos, como si estuviesen dibujados sobre un plano. Las calles parecían innumerables y se cruzaban con irregularidad en todas direcciones; pero eran más bien avenidas tortuosas que calles, y hormigueaban materialmente de gentes. Las casas eran extrañas y pintorescas. A cada lado había una profusión de balcones, de galerías, de minarettes, de hornacinas y de miradores esculpidos de manera fantástica. Abundaban los bazares, y en ellos se desplegaban ricos objetos en infinita variedad y abundancia: sedas, muselinas, la más deslumbradora cuchillería, o las joyas y las gemas más magníficas. Junto a aquellas cosas se veían por todos sitios, estandartes y palanquines, literas en que estaban mujeres veladas, elefantes fastuosamente engualdrapados, ídolos grotescamente tallados, tambores, banderas, batintines, lanzas, mazas plateadas y doradas. Y en medio de la multitud del clamor, de la mezcolanza y la confusión generales, entre el millón de hombres negros y amarillos, enturbantados y con túnica, con las barbas flotantes, circulaba una multitud innumerable de bueyes sagrados, adornados de cintas, mientras nutridas legiones de monos sucios, pero sagrados también, trepaban, parlando y chillando, por las cornisas de las mezquitas, o se colgaban de los minarettes y de los miradores. Desde las calles hormigueantes a

las orillas del río descendían innumerables escaleras que conducían a los baños, mientras el río mismo parecía un paso a través de las nutridas flotas de barcos muy cargados que se apretaban a lo lejos sobre su superficie. Más allá de los límites de la ciudad, se elevaban a menudo en grupos majestuosos la palmera y el cocotero, con otros árboles añosos, gigantescos y misteriosos; aquí y allá podían verse un arrozal, la cabaña de bálago de un campesino, una cisterna, un templo perdido, un campamento de gitanos, o una doncella solitaria y graciosa que emprendía su camino, con un cántaro sobre su cabeza, hacia las orillas del magnífico río.

»Dirán ustedes ahora, claro está, que yo soñaba; pero no era así. Lo que veía, lo que oía, lo que sentía, lo que pensaba, no tenía nada de la inequívoca idiosincrasia del sueño. Todo era rigurosamente consistente por sí propio. Al principio, dudando de que estuviese despierto de veras, me sometí a una serie de pruebas que me convencieron pronto de que lo estaba en efecto. Ahora bien: cuando alguien sueña y en su sueño sospecha que sueña, esta sospecha no deja nunca de confirmarse, y el durmiente se despierta casi enseguida. Por eso Novalis no yerra al decir que «estamos próximos al despertar cuando soñamos que soñamos». Si la visión se me hubiese aparecido conforme describo ese sueño, habría podido ser un completo sueño; pero al presentarse tal como he dicho, y sospechada y comprobada tal como fue, me veo obligado a clasificarla entre otros fenómenos.

—En eso no estoy seguro de que se hallara usted equivocado — observó el doctor Templeton—; pero continúe. Se levantó usted y bajó a la ciudad.

—Me levanté —prosiguió Bedloe, mirando al doctor con un aire de profundo asombro—, me levanté, como usted dice, y bajé a la ciudad. En mi camino caí entre un inmenso populacho que obstruía todas las avenidas en un mismo sentido y mostrando en todos sus actos una ardiente excitación. De súbito, y por un inexplicable impulso, me sentí profundamente penetrado de un interés por lo que iba a suceder. Parecíame presentir que tenía yo un importante papel que desempeñar, sin comprender con precisión cuál era. Contra la multitud que me rodeaba experimentaba yo, sin embargo, un hondo sentimiento de animosidad. Me arranqué de entre ella, y rápido, por un sendero circular, llegué a la ciudad, y entré. Todo era allí tumulto y contienda. Un pequeño grupo de hombres, vestidos con ropas medio indias, medio europeas, y mandados por unos gentlemen con uniforme en parte inglés, luchaban en condiciones de gran desigualdad con el hormigueante populacho de las avenidas. Me uní a aquel débil grupo, cogiendo las armas de un oficial que había caído, y peleé, sin saber contra quién, con la nerviosa ferocidad de la desesperación. Pronto fuimos vencidos por el número y obligados a buscar refugio en una especie de quiosco. Allí nos atrincheramos, y de momento estuvimos seguros. Por una tronera cercana al remate del quiosco divisé

una amplia multitud, furiosamente agitada, rodeando y asaltando un alegre palacio que dominaba el río. Entonces desde una ventana alta de aquel palacio descendió un individuo de afeminado aspecto, por medio de una cuerda hecha con los turbantes de sus criados. En la orilla había un barco, en el que escapó él hacia la orilla opuesta.

»Y entonces una nueva decisión se apoderó de mi alma. Dirigí a mis compañeros unas breves, pero enérgicas palabras, y habiendo logrado atraer a unos cuantos a mi propósito, hice una salida frenética del quiosco. Nos precipitamos entre la multitud que nos rodeaba. Ellos se retiraron al principio ante nosotros. Se reagruparon, después combatieron frenéticamente, y volvieron a retirarse. Entretanto, habíamos sido arrastrados lejos del quiosco, y estábamos perdidos y embrollados en las estrechas calles de altas y sobresalientes casas, en cuyos recovecos no había penetrado nunca la luz del sol. La chusma se apretaba, impetuosa, sobre nosotros, hostigándonos con sus lanzas y abrumándonos con sus bandadas de flechas. Estas últimas eran muy notables y se parecían en ciertos aspectos al cris retorcido de los malayos. Querían imitar el cuerpo de una serpiente arrastrándose, y eran largas y negras, con la punta envenenada. Una de ellas me dio en la sien derecha. Me tambaleé y caí. Un vértigo instantáneo y terrible se apoderó de mí. Luché, emití unos estertores y fenecí.

—¿No querrá usted insistir ahora —dije sonriendo— en que toda su aventura no es un sueño? ¿Está usted dispuesto a sostener que ha muerto?

Cuando hube pronunciado estas palabras, esperé, naturalmente, alguna

ingeniosa réplica de Bedloe; pero ante mi estupefacción, él vaciló, tembló, se puso pálido hasta la lividez y permaneció callado. Miré a Templeton. Estaba tieso y rígido en su silla, le castañeteaban los dientes, y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Continúe usted! —dijo, por último, el doctor Templeton con voz ronca.

—Durante varios minutos —prosiguió éste— mi única impresión, mi sola sensación fue la de la oscuridad y la nada, con la conciencia de la muerte. Por fin, me pareció que una violenta y repentina sacudida atravesaba mi alma como la electricidad. Con ella vino el sentido de la elasticidad y de la luz. Esta última la sentí, no la vi. En un instante me pareció que me elevaba sobre la tierra. Pero no poseía presencia visible, audible o palpable. La multitud se había marchado y cesado el tumulto. La ciudad estaba en un relativo reposo. Debajo de mí yacía mi cadáver, con la flecha en la sien, y la cabeza muy hinchada y desfigurada. Pero todas aquellas cosas yo las sentía, no las veía. No tenía interés por nada. Hasta el cadáver se me figuraba un objeto que no me concernía... No tenía voluntad

alguna; pero me pareció que me ponía en movimiento y que volaba ligeramente fuera de la ciudad, rehaciendo el camino sinuoso por el cual había entrado en ella. Cuando alcancé el punto, en el barranco de las montañas, donde me había encontrado a la hiena, sentí de nuevo una sacudida como si me aplicasen una pila galvánica; el sentido de la pesadez, de la volición, de la materia, volvió a mí. Fui otra vez mi propio ser original, y dirigí, presuroso, mis pasos hacia mi casa; pero el pasado no había perdido la fuerza de la realidad, y ahora no puedo obligar a mi inteligencia ni por un segundo a considerar esto como un sueño.

—No lo era —dijo Templeton, con un aire de profunda serenidad—, y, a pesar de todo, sería difícil decir cómo podría llamarse de otra manera. Supongamos simplemente que el alma del hombre de hoy está al borde de algunos estupendos descubrimientos psíquicos. Contentémonos con esta suposición. En cuanto al resto, he de dar cierta explicación. He aquí una pintura a la acuarela que les hubiese enseñado antes si un inexplicable sentimiento de espanto no me hubiera impedido hacerlo.

Miramos la pintura que nos mostraba. No vi en ella nada que tuviese un carácter extraordinario; pero su efecto sobre Bedloe fue prodigioso. Al verla, estuvo a punto de desmayarse. Y, en resumen, no era sino un retrato en miniatura — maravillosamente parecido, eso sí— de su propia fisonomía, tan notable. Al menos éste fue mi pensamiento al examinarla.

—Observen ustedes —dijo Templeton— la fecha de esta pintura; está aquí, apenas visible, en este canto: mil setecientos ochenta. En ese año fue pintado este retrato. Es el de un amigo muerto, un señor Oldeb, con quien estuve muy unido en Calcuta durante el gobierno de Warren Hastings. No tenía yo

entonces más que veinte años. Cuando le vi a usted por primera vez, señor Bedloe, en Saratoga, fue la milagrosa semejanza que existía entre usted y la miniatura la que me indujo a abordarle, a buscar su amistad y a concertar estos arreglos gracias a los cuales llegué a ser su compañero constante. A obrar así me impulsaba en parte, y acaso principalmente, la añorada memoria del difunto; pero también en parte una curiosidad inquieta y no del todo desprovista de horror respecto a usted mismo.

»En su relato de la visión que se le presentó en las montañas ha descrito usted con la más minuciosa exactitud la ciudad india de Benarés, junto al río sagrado. Los tumultos, el combate, la matanza eran los sucesos reales de la insurrección de Cheyte Sing, que tuvo lugar en mil setecientos ochenta, cuando la vida de Hastings estuvo en inminente peligro. El hombre que escapó por la cuerda de turbantes era el propio Cheyte Sing. El grupo del quiosco estaba compuesto de soldados y oficiales británicos, capitaneados por Hastings. Formaba yo parte de ese grupo, e hice cuanto pude por impedir aquella temeraria y fatal salida del oficial que cayó en las avenidas atestadas,

herido mortalmente por la flecha envenenada de un bengalí. Aquel oficial era mi más querido amigo. Era Oldeb. Verá usted por este manuscrito —y aquí el narrador mostró un cuaderno de notas, algunas de cuyas páginas parecían escritas recientemente— que, en el período en que imaginaba usted estas cosas en las montañas, estaba yo dedicado, aquí en casa, a detallarlas sobre el papel.

A cosa de una semana después de esta conversación apareció el siguiente comunicado en un periódico de Charlottesville:

«Es para nosotros un doloroso deber anunciar la muerte del señor Augustus Bedlo, un gentleman, quien por sus afables maneras y sus numerosas virtudes se había hecho querer de los ciudadanos de Charlottesville.

»El señor Bedlo desde hace varios años padecía una neuralgia que amenazaba a menudo con tener un fin fatal; pero esto no puede considerarse más que como la causa indirecta de su muerte. La causa directa ha sido de una especial singularidad. En una excursión a las Mountain Ragged, hace unos días, contrajo el señor Bedlo un ligero enfriamiento, acompañado de fiebre, que le produjo una congestión a la cabeza. Para combatir ésta, el doctor Templeton recurrió a la sangría local. Le fueron aplicadas sanguijuelas en las sienes. En un plazo atrozmente breve el paciente falleció, viéndose entonces que en el frasco que contenían las sanguijuelas había sido introducida por casualidad una de las más venenosas sanguijuelas vermiculares que se encuentran de cuando en cuando en las

charcas de los alrededores. Este anélido se adhirió a una pequeña arteria de la sien derecha. Su absoluta semejanza con las sanguijuelas usadas en medicina fue causa del error, descubierto demasiado tarde.

»N. B. —La sanguijuela venenosa de Charlottesville puede distinguirse siempre de la sanguijuela medicinal por su negrura y especialmente por sus contorsiones o movimientos vermiculares, que se parecen mucho a los de una serpiente».

Estaba yo hablando con el director del periódico en cuestión de este notable accidente, cuando se me ocurrió preguntarle cómo era que había aparecido el nombre del difunto escrito Bedlo.

—Supongo —dije— que tendrá alguna razón para emplear esa ortografía; pero yo creí siempre que ese apellido se escribía con una e final.

—¿Razón? Ninguna —contestó él—. Ha sido una simple errata tipográfica. El apellido es Bedloe, con esa e final; todo el mundo lo sabe, y nunca en mi vida lo he visto escrito de otra manera.

—Entonces —dije entre dientes, mientras giraba sobre mis talones—, entonces, ¿es posible que una verdad sea más extraña que todas las ficciones, pues Bedlo, sin la e, no es sino Oldeb al revés! ¡Y dice ese hombre que es una errata tipográfica!

EL ENTERRAMIENTO PREMATURO

Hay ciertos temas cuyo interés es de lo más absorbente, pero que son demasiado horribles en su integridad para la legítima finalidad de la obra de ficción. Deben evitar estos temas los simples novelistas si no quieren desagradar o causar repulsión. Sólo pueden ser manejados adecuadamente cuando la severidad y la majestad de la verdad los santifica y sustenta. Nos estremecemos, por ejemplo, sintiendo la más intensa de las «voluptuosidades dolorosas», con los relatos del paso de la Beresina, del terremoto de Lisboa, de la peste de Londres, de la matanza de la noche de San Bartolomé, o con la muerte por asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en la Caverna Negra de Calcuta. Pero en esos relatos es el hecho —la realidad—, la historia, lo que nos excita. Como invenciones, los consideraríamos con una simple aversión.

He citado algunas de las más salientes y augustas calamidades registradas; pero en esos ejemplos es la extensión no menos que el carácter de la catástrofe lo que impresiona tan vivamente la imaginación. No necesito recordar al lector que en la larga y horripilante lista de las miserias humanas tendría yo que seleccionar muchos casos individuales más henchidos de sufrimientos esenciales que la mayor parte de esos desastres colectivos. La verdadera desgracia —el colmo de las

calamidades— personal y no general. ¡Que las angustias postreras de la agonía sean soportadas por el hombre solo, y nunca

por el hombre en masa, es algo por lo que deben darse gracias a la misericordia de Dios!

Ser enterrado vivo es, indiscutiblemente, la más terrorífica de las agonías que puede sufrir el hombre por el hecho de ser mortal. No puede negar ninguna persona reflexiva que resulte eso frecuente, muy frecuente. Los límites que separan la Vida de la Muerte son muy tenebrosos y vagos. ¿Quién puede decir dónde termina la una y dónde comienza la otra? Sabemos que hay enfermedades en las que sobreviene una total cesación de todas las funciones aparentes de la vitalidad, y en ellas no supone, sin embargo, esa cesación, sino una simple suspensión, debiendo llamarse así con propiedad. Es únicamente una pausa pasajera en el incomprensible mecanismo. Transcurre cierto tiempo, y un misterioso e invisible principio pone en movimiento los piñones y los engranajes mágicos. La cuerda de plata no estaba desatada para siempre, ni el vaso dorado irreparablemente roto. Pero, entretanto, ¿dónde estaba el alma?

Aparte, empero, de la inevitable conclusión a priori de que tales causas deben producir tales efectos —y que, al ocurrir tales casos, bien conocidos, de suspensión de la vida, deben

ocasionar, por supuesto, de cuando en cuando, enterramientos prematuros—, aparte de esta consideración, tenemos el testimonio directo de experiencias médicas y ordinarias que prueban cómo tienen lugar en la actualidad un gran número de esos enterramientos. Puedo referir enseguida, si es necesario, cien ejemplos de éstos, perfectamente comprobados. Hay uno de un carácter muy notable, y cuyas circunstancias pueden estar aún frescas en la memoria de algunos de mis lectores, acaecido no hace mucho tiempo en la cercana ciudad de Baltimore, donde ocasionó una agitación penosa, intensa y propagada con amplitud. La esposa de uno de los más respetables ciudadanos —abogado eminente y miembro del Congreso— fue atacada por una repentina e inexplicable enfermedad que desconcertó por completo la pericia de sus médicos. Después de grandes sufrimientos, falleció o se supuso que había fallecido. Nadie, en verdad, sospechó o tuvo motivos para sospechar que no hubiese ella muerto todavía. Presentaba todas las apariencias habituales de la muerte. La cara mostraba el contorno contraído y hundido, acostumbrado. Los labios tenían la palidez marmórea usual. Los ojos carecían de brillo. Había desaparecido todo calor. El pulso estaba paralizado. Durante tres días dejaron el cuerpo sin enterrar, adquirió éste una rigidez pétrea. En resumen, se apresuró el funeral a causa del rápido progreso de lo que se suponía ser la descomposición.

La señora fue depositada en el panteón de familia, que durante tres años consecutivos nadie visitó. Al expirar este plazo, fue abierto para acoger un sarcófago; pero ¡ay cuán espantosa impresión esperaba al marido, quien vino en persona a abrir la puerta! Al tirar de la hoja de aquella puerta, algo vestido de blanco cayó en sus brazos. Era el esqueleto de su mujer en su sudario

intacto.

Una minuciosa investigación probó de modo evidente que había ella vuelto a la vida en los dos días siguientes al del enterramiento, y que en su lucha dentro del ataúd había caído con éste sobre el suelo, donde se había roto, lo cual le permitió escapar. Encontraron vacía una lámpara que dejaron por casualidad, llena de aceite, en el sepulcro, y pudo haberse agotado por evaporación. Sobre el escalón más alto de los que bajaban hacia la cámara mortuoria había una ancha madera del féretro, con la cual, al parecer, habíase ella esforzado por atraer la atención golpeando sobre la puerta de hierro. Mientras estaba ocupada en eso, se desmayaría pronto, o posiblemente murió, invadida por el terror, y cuando iba a desplomarse, su sudario se enganchó en algún saliente férreo del interior. Así permaneció, y así se descompuso en pie.

En el año 1810 ocurrió en Francia un caso de inhumación acompañado de circunstancias que constituyen una garantía

de esa afirmación de que la verdad es más extraña que la ficción. La heroína de la historia fue una mademoiselle Victorine Lafourcade, una joven de ilustre familia, dueña de una fortuna y de una gran belleza personal. Entre sus numerosos cortejadores se contaba Julien Bossuet, un pobre littérateur o periodista de París. Su talento y su general afabilidad le recomendaban a la atención de la heredera, por quien parecía él sentir un sincero enamoramiento; pero su orgullo de cuna la decidió a rechazarle y a casarse con monsieur Renelle, un banquero y diplomático de cierta valía. Después de casados, no obstante, aquel caballero la fue apartando de él y llegó quizá a maltratarla. Tras de unos dolorosos años de convivencia murió ella, o al menos, su estado se parecía de tal modo a la muerte, que engañó a cuantos la vieron. Fue enterrada no en una cripta, sino en una tumba ordinaria, en el cementerio de su pueblo natal. Lleno de desesperación e inflamado aún por el recuerdo de su profundo sentimiento, el enamorado abandonó la capital, marchando a la alejada provincia en que estaba situado aquel pueblo, con el romántico propósito de desenterrar el cadáver para adueñarse de sus espléndidas trenzas. Se encaminó a la tumba. A medianoche desenterró el ataúd, lo abrió, y en el momento de ir a despojarla del cabello se interrumpió al ver que se abrían los ojos de su amada. En efecto, la joven había sido enterrada viva. No la había abandonado por completo la vitalidad, y las caricias de su adorador la sacaron del letargo que había sido confundido con la muerte. La llevó, frenético, a su morada del pueblo. Empleó ciertos poderosos revulsivos que le sugirieron

sus grandes conocimientos médicos. Al fin revivió ella. Reconoció entonces a su salvador y permaneció junto a él hasta que poco a poco, por grados, recobró totalmente la salud. Su corazón de mujer no era de diamante, y aquella suprema lección de amor bastó para ablandarlo. Se lo concedió a Bossuet. Lejos de volver con su marido, ocultó su resurrección y huyó a América con su amante. Veinte años después volvieron los dos a Francia, persuadidos de que el tiempo había modificado lo suficiente

la fisonomía de la dama para que sus amigos no pudieran reconocerla. Aun así, se equivocó, pues en el primer encuentro monsieur Renelle reconoció y reclamó a su esposa. Se resistió ella a semejante demanda, y el fallo del tribunal la confirmó en su resistencia, decidiendo que la singularidad de las circunstancias y el largo número de años transcurrido, habían hecho prescribir, no sólo por equidad, sino legalmente, la autoridad del marido.

El Diario de Cirugía, de Leipzig, una publicación de alta autoridad y mérito, y que debería ser traducido y reeditado por algún editor americano, recoge en uno de sus últimos números un suceso muy impresionante de esas mismas características.

Un oficial de artillería, hombre de estatura gigantesca y de salud robusta, fue despedido de la silla por un caballo de poca doma y sufrió una grave herida en la cabeza que le dejó

insensible de repente; el cráneo estaba ligeramente fracturado, pero no se temía un inmediato peligro. Efectuaron la trepanación con todo éxito. El herido fue sangrado, y se emplearon otros medios ordinarios para reanimarle. Sin embargo, cayó él poco a poco en un estado de embotamiento cada vez más desesperado, y por fin se creyó que había fallecido.

Como el tiempo era caluroso, lo enterraron con una indecorosa precipitación en uno de los cementerios públicos. Se celebraron los funerales en jueves. Al domingo siguiente, el recinto del cementerio estuvo, como de costumbre, atestado de visitantes, y alrededor del mediodía, suscitó una intensa emoción la declaración de un hombre del país diciendo que, cuando estaba sentado sobre la tumba del oficial, había percibido con claridad una conmoción en la tierra, como si alguien luchase allí debajo. Al principio se prestó poco crédito a la declaración de aquel hombre; pero su visible terror y la obstinación furiosa con que persistía en su relato produjeron al cabo su natural efecto en la multitud. Fueron traídos a toda prisa unos azadones, y la tumba, de una profundidad vergonzosamente pequeña, fue vaciada en unos minutos, dejando enseguida aparecer la cabeza de su ocupante. Tenía éste entonces todo el aspecto de un muerto; pero estaba casi de pie en la caja, cuya tapa había levantado en parte. Fue transportado desde luego al hospital más próximo, donde declararon que vivía aún, aunque en estado de asfixia. Algunas horas después volvió a la vida, y con

palabras entrecortadas refirió su agonía en el fondo de la tumba.

Según su relato, aparece evidente que antes de caer en la insensibilidad tuvo, mientras le enterraban, que permanecer consciente de que vivía más de una hora. Habían llenado con descuido la tumba de una tierra que resultó ser sumamente permeable, gracias a lo cual pudo infiltrarse por ella un poco de aire. Oyó pasos sobre su cabeza y se esforzó por hacerse oír a su vez. Según él, el ruido de la multitud sobre el suelo del cementerio fue el que le despertó

de su profundo letargo. Pero, no bien estuvo despierto, se dio plena cuenta del espantoso horror de su situación.

Habiendo mejorado su estado, según dicen, el enfermo parecía en vías de completa curación, cuando sucumbió víctima del charlatanismo de un experimento médico. Le fue aplicada una batería eléctrica y expiró de repente en uno de esos paroxismos estáticos que ocasiona a veces ese procedimiento.

Al mencionar la batería eléctrica, vuelve a mi memoria un caso muy conocido y realmente extraordinario, en que su acción demostró eficacia haciendo volver a la vida a un joven procurador de Londres, enterrado desde hacía dos días. Ocurrió esto en 1831 y produjo en aquella época una gran sensación en todos los sitios donde se habló del asunto.

El paciente, mister Edward Stapleton, murió aparentemente de fiebre tifoidea, acompañada de ciertos síntomas anormales que despertaron la curiosidad de los médicos que le atendían.

Cuando le creyeron muerto, rogaron a los amigos del difunto que autorizasen un examen post mórtem; pero les fue negado.

Como sucede con frecuencia cuando se reciben tales negativas, los profesionales decidieron exhumar el cuerpo y practicar la autopsia despacio y en privado. Se llegó a un acuerdo fácilmente con una de esas numerosas empresas dedicadas a tal género de trabajos que abundan en Londres y la tercera noche después del funeral, el supuesto cadáver fue desenterrado de una tumba de ocho pies de profundidad y depositado en la sala de operaciones de un hospital particular.

Acababan de practicar una incisión de cierta extensión en el abdomen, cuando el aspecto fresco e inalterable del sujeto sugirió la idea de una aplicación de la batería. Los experimentos se sucedieron, produciéndose los efectos habituales, sin ocurrir nada característico bajo ningún concepto, excepto en una o dos ocasiones en grado mayor de apariencia de vida que de ordinario en la acción convulsiva.

Se hacía tarde. Despuntaba el día, y había que pensar, por último, en algún medio para realizar al punto la disección. A todo esto, un estudiante se mostraba deseoso en sumo grado de comprobar una teoría suya, e insistió en aplicar la batería a uno de los músculos pectorales. Se hizo una gran incisión previa y colocaron enseguida un alambre en contacto con ella;

entonces el paciente, con un rápido, aunque nada convulsivo movimiento, se levantó de la mesa, dio unos pasos por en medio de la estancia, miró a su alrededor, desasosegado, durante unos segundos, y luego habló. Lo que dijo era ininteligible; pero pronunció unas palabras: silabeaba con precisión. Después de haber hablado, se desplomó pesadamente sobre el suelo.

Durante algunos instantes permanecieron todos paralizados de terror; pero la urgencia del caso los hizo recobrar pronto su presencia de ánimo. Se vio que

mister Stapleton estaba vivo, aunque desmayado. Le dieron éter a oler, y revivió, recobrando rápidamente la salud y siendo devuelto a la compañía de sus amigos, quienes no tuvieron conocimiento de su resurrección hasta quedar descartado todo temor de una recaída. Puede imaginarse su asombro, su arrebatada estupefacción al saberlo.

La más emocionante particularidad de este suceso, sin embargo, va unida a las afirmaciones del propio mister Stapleton. Declaró que en ningún momento había estado completamente insensible, y que, de un modo sordo y confuso, se dio cuenta de cuanto le sucedió, desde el instante en que los médicos pronunciaron la palabra muerto hasta que cayó desmayado sobre el suelo del hospital. «Estoy vivo», eran las

palabras incomprensibles que, al reconocer la sala de disección, procuró emitir, angustiado.

Sería cosa fácil multiplicar relatos como éstos; pero me abstengo de hacerlo, pues en realidad no es necesario para afirmar el hecho de que ocurren tales enterramientos prematuros. Cuando pensamos lo raro que es, debido a la naturaleza de los casos, que esté en nuestro poder descubrirlos, debemos admitir que pueden suceder con mayor frecuencia sin conocimiento nuestro. Entre los cementerios cuya monda se realiza con algún fin, y en bastante extensión, hay en verdad muy pocos donde no se encuentren esqueletos en posturas que sugieren las más espantosas sospechas.

¡Espantosa es, por cierto, la sospecha; pero es más espantosa aún esa sentencia de muerte! Puede afirmarse sin vacilación que no existe hecho tan apropiado para inspirar la suprema angustia corporal y mental como el de un enterramiento en vida. La insoportable opresión de los pulmones, los vapores sofocantes de la tierra húmeda, lo ajustado del sudario, el rígido abrazo de la estrecha morada, las tinieblas de la Noche absoluta, el silencio parecido a un mar arrollador, la invisible, pero palpable presencia del Gusano Triunfante, estas cosas, con el pensamiento del aire y de la hierba de encima, unido al recuerdo de los amigos queridos que volarían a salvarnos si tuviesen noticia de nuestro destino; la conciencia de que ese destino no podrán conocerlo nunca, y de que nuestra fatalidad sin esperanza es la muerte efectiva; estas consideraciones,

digo, aportan al corazón, que todavía late, un horror tan espantoso e insufrible, que la más intrépida imaginación tiene que retroceder ante él. No conocemos nada tan angustioso sobre la Tierra, ni podemos soñar nada que sea la mitad de horrendo en las regiones más profundas del Infierno. Y por eso todos los relatos acerca de dicho tema tienen un hondo interés, un interés que, aun así, a través del sagrado terror del tema mismo, proviene de un modo propio y peculiar de nuestra convicción respecto a la verdad del tema relatado. Lo que voy ahora a contar está tomado de mi propio conocimiento, de mi experiencia positiva y personal.

Durante varios años he sufrido ataques de ese trastorno singular que los

médicos coinciden en denominar catalepsia, a falta de un nombre más concreto. Aunque las causas inmediatas y preparatorias, y hasta el actual diagnóstico de esa dolencia, sean misteriosos, todavía su claro y manifiesto carácter es lo bastante conocido. Sus variaciones parecen ser sobre todo de intensidad. A veces el paciente permanece durante un solo día o hasta un lapso de tiempo más breve aún, en una especie de letargo exagerado. Está en apariencia insensible e inmóvil; pero el latido del corazón es todavía débilmente perceptible, quedan vestigios de calor, un leve color perdura en el centro de las mejillas, y la leve aplicación de un espejo sobre los labios puede revelarnos un funcionamiento embotado, desigual y vacilante

de los pulmones. Otras veces la duración del trance es de unas semanas, hasta de unos meses; durante ese tiempo el más atento examen, las más rigurosas pruebas médicas no podrían determinar ninguna diferencia material entre el estado del paciente y lo que concebimos como muerte absoluta. Muy a menudo el enfermo se salva de ese enterramiento prematuro no más que porque sus amigos saben que ha estado sujeto antes a la catalepsia, a consecuencia de lo cual se suscitan sus sospechas, y sobre todo ante la ausencia de descomposición. Los progresos de la enfermedad son, por fortuna, graduales. Las primeras manifestaciones, siquiera notables, son inequívocas. El ataque va haciéndose paulatinamente más claro, y dura cada vez más que el anterior. En esto reside para el paciente la principal seguridad de librarse de la inhumación. El infortunado cuyo primer ataque presentase ese carácter extremo que a veces tiene, estaría, casi sin remedio, condenado a ser enterrado vivo.

Mi propio caso no diferencia en ningún detalle importante de los mencionados en las obras de medicina. En ocasiones, sin ninguna causa aparente, me sumía poco a poco en un estado de semidesmayo o de semisíncope, y permanecía en ese estado, sin dolor, sin poder moverme, o para hablar con exactitud, sin poder pensar, pero con una embotada y letárgica conciencia de la vida y de la presencia de los que rodeaban mi lecho, hasta que, al hacer crisis la enfermedad, recobraba de repente mi sensibilidad perfecta. Otras veces la dolencia me

atacaba rápida e impetuosamente. Me daba un vértigo, sentíame entumecido, helado, privado de conocimiento y me desplomaba acto seguido. Entonces, durante semanas, todo era vacío, tiniebla, silencio, y la Nada se convertía en el universo. El aniquilamiento total no podía ser mayor. De esos ataques me despertaba de un modo lentamente gradual que estaba en proporción con lo repentino del acceso. Ni más ni menos que despunta el alba para el mendigo sin amigos ni hogar, errante por las calles en la larga desolación de una noche invernal, con la misma lentitud y el mismo cansancio, con idéntico júbilo volvía a mí la luz del Alma.

Por lo demás, aparte de esa tendencia a la catalepsia, mi salud general parecía ser excelente; no podía yo percibir que estaba toda ella afectada por una dolencia predominante, a no ser, realmente, que una idiosincrasia en mi

sueño ordinario pueda ser considerada como promotora de aquélla. Al despertar de un sueño normal, no podía yo nunca recobrar en el acto la completa posesión de mis sentidos, y permanecía siempre durante varios minutos en un aturdimiento y una perplejidad grandes, con las facultades mentales en general, pero en particular la memoria, interrumpidas por completo.

En todo lo que experimentaba no había sufrimiento físico, sino una infinita angustia moral. Mi imaginación tendía a lo fúnebre.

Hablaba yo de «gusanos, de tumbas, de epitafios». Me perdía en sueños de muerte, y la idea de un enterramiento prematuro se adueñaba sin cesar de mi espíritu. El horrible Peligro a que estaba expuesto me alucinaba día y noche. Durante el primero, la tortura de esa idea era excesiva; durante la última, suprema. Cuando la horrenda Oscuridad se difundía sobre la Tierra, entonces, con un total horror de pensamiento, me estremecía, me estremecía como tiemblan los penachos de plumas sobre la carroza fúnebre. Cuando la Naturaleza no podía soportar el estar despierta más tiempo, consentía yo, no sin lucha, en dormir, pues temblaba pensando que, al despertarme, podía encontrarme ocupando una tumba. Y cuando, por último, me hundía en el sueño, era únicamente para precipitarme en un mundo de fantasmas por encima del cual, con amplias, tenebrosas y sombrías alas, se cernía predominante, la Idea única y sepulcral.

Entre las innumerables imágenes lúgubres que me oprimían así en sueños, escogeré para mi relato una sola visión. Me parecía estar sumido en un trance cataléptico de mayor duración y profundidad que de costumbre. De pronto, una mano helada se posaba sobre mi frente, y una voz impaciente y entrecortada murmuraba la palabra «¡Levántate!» en mi oído.

Me incorporé. La oscuridad era total. No podía yo ver la figura de quien me había hecho levantar. No podía recordar el momento en que había caído en trance, ni el lugar donde me hallaba entonces. Mientras permanecía inmóvil, esforzándome

por coordinar mis pensamientos, la mano helada me cogió brutalmente de la muñeca, sacudiéndola con aspereza, en tanto que la voz entrecortada volvía a decir:

—¡Levántate! ¿No te he dicho ya que te levantes?

—¿Y quién eres tú? —pregunté.

—No tengo nombre en las regiones donde habito —replicó la voz lúgubrementemente—. Fui mortal, pero ahora soy un demonio. Fui inexorable, pero ahora soy compasivo. Debes de sentir cómo tiemblo. Mis dientes castañetean cuando hablo, y sin embargo, no es por el frío de la noche, de la noche interminable. Pero este horror es insufrible. ¿Cómo puedes tú dormir tranquilamente? El grito de esas infinitas angustias me impide reposar. No puedo soportar más esa visión. ¡Levántate! Ven conmigo fuera a la Noche, y

déjame descubrirte las tumbas. ¿No es un espectáculo doloroso? ¡Mira!

Miré, y la figura invisible que me asía aún de la muñeca, hacía que se abriesen las tumbas de toda la Humanidad, y de cada una de ellas emanaba la débil irradiación fosforescente de la podredumbre; de tal modo que pude sondear los más recónditos escondrijos, y he aquí que vislumbré los cuerpos enterrados en su sombrío y solemne sueño, con el gusano. Pero, ¡ay!, los verdaderos durmientes eran muchos menos, muchos millones menos, que los que no dormían en absoluto; y había allí

una débil lucha, y había allí una inquietud general y triste, y desde el fondo de las innumerables fosas subía el melancólico estrujamiento de los sudarios. Y entre los que parecían reposar tranquilamente, vi que un gran número de ellos habían cambiado, más o menos, de la rígida e incómoda postura que tenían al ser enterrados. Y la voz me dijo, cuando yo miraba:

—¿No es ésta, no es, di, una visión lamentable?

Pero, antes de que pudiese yo encontrar palabras que contestar, la figura cesó de aferrar mi muñeca, la luz fosforescente se extinguió y las tumbas se cerraron con violencia repentina, mientras de ellas se elevaba un tumulto de gritos desesperados, diciendo de nuevo: «¿No es, ¡oh Dios!, no es una visión lamentable?».

Fantasías como éstas, presentándose por la noche, extendían su terrorífica influencia hasta a mis horas de vigilia. Mis nervios llegaron a estar de todo punto trastornados, y era yo presa de un horror perpetuo. Vacilaba en montar a caballo, en pasear o en realizar un ejercicio cualquiera que me obligase a salir de mi casa. En realidad, no me atrevía a arriesgarme a ir a ninguna parte lejos de la presencia inmediata de los que conocían mi propensión cataléptica, por temor a caer en uno de mis habituales accesos y a ser enterrado antes de que se pudiesen dar cuenta de mi verdadero estado. Dudaba de los cuidados, de la fidelidad de mis amigos más queridos. Temía que, en algún ataque de mayor duración que la acostumbrada, se persuadiesen de que debían considerarme como

irremediablemente perdido. Llegaba yo incluso a temer que, como les ocasionase mucho trastorno, podían ellos alegrarse de considerar algún ataque prolongado como cumplida disculpa para desembarazarse de mí ad perpetuam. En vano intentaban ellos tranquilizarme con las promesas más solemnes. Les exigí los más sagrados juramentos de que en ninguna circunstancia me enterrasen hasta que la descomposición material estuviera tan avanzada, que hiciese imposible toda conservación ulterior. Y aun entonces mis terrores mortales no atendieron a mi razón ni quisieron admitir consuelo. Ideé una serie de precauciones meditadas. Entre otras cosas, hice reformar el panteón de familia para que pudiera ser abierto con facilidad desde dentro. La menor presión sobre una larga palanca que se prolongaba hasta dentro de la tumba debía hacer girar las puertas de hierro. Mandé hacer también ciertas

reparaciones para la libre entrada del aire y de la luz, y colocar unos recipientes apropiados para el alimento y el agua en la inmediata proximidad del féretro preparado para recibirme. Este féretro estaba cálida y muellemente guateado, y provisto de una tapa, confeccionada según el sistema de la puerta de la cripta, con la añadidura de unos resortes dispuestos de tal modo, que el más débil movimiento del cuerpo bastase para dejarme en libertad. Además de todo esto, hice colgar del techo del panteón una gran campana, cuya cuerda, según había ideado, pasaría por un orificio hecho en la caja, y que estaría

atada a una de las manos del cadáver. Pero ¡ay! ¿De qué puede servir la vigilancia del hombre contra su destino? ¡Todas aquellas precauciones tan bien pensadas serían insuficientes para salvar de las supremas angustias de un enterramiento en vida a un infeliz predestinado a esas angustias!

Llegó una vez —como había ocurrido antes tantas otras en que me encontré saliendo de una inconsciencia total con un primer sentimiento débil e indefinido de mi existencia. Lentamente —a paso de tortuga— se acercó la tímida aurora del día psíquico. Un torpe malestar, un sufrimiento apático de sordo dolor. Ni inquietud, ni esperanza, ni esfuerzo. Tras de un largo intervalo, un zumbido en los oídos; tras de un lapso mayor aún, una punzante u hormigueante sensación en las extremidades; después, un período que me pareció eterno de plácida quietud, durante el cual los sentimientos se despiertan y luchan por transformarse en pensamiento; luego, una breve y nueva zambullida en la nada; después, una repentina vuelta a la vida. Por último, un ligero temblor de los párpados, y sin tardanza, una conmoción eléctrica de horror, espantosa e indefinida, que hace refluir la sangre a torrentes desde las sienas al corazón. Y entonces, el primer esfuerzo positivo por pensar. Y entonces, un éxito parcial y desvanecedor. Y entonces, la memoria que ha recobrado su dominio para que, en cierta medida, tenga yo conciencia de mi estado. Siento que no me despierto de un sueño ordinario. Recuerdo que soy propenso a la catalepsia. Y a la postre, como por el oleaje de un océano, mi espíritu

estremecido es arrollado por el horrendo Peligro, por la única, espectral y predominante Idea.

Durante algunos minutos después de que esta fantasía se adueñaba de mí, permanecía sin movimiento. ¿Y por qué? No podía acopiar valor para moverme. No me atrevía a hacer un esfuerzo para darme cuenta de mi suerte, y aun así, había algo en mi corazón que me murmuraba que era seguro. Una desesperación —como no existe en ninguna clase de infortunio ni ha podido recordarse nunca— me apremiaba, después de larga vacilación, para que levantase las pesadas cortinas de mis ojos. Estaba todo oscuro. Supe entonces que la crisis había pasado. Supe que aquella crisis de mi dolencia había cesado hacía largo tiempo. Supe que había recobrado ahora en absoluto el uso de mis facultades visuales, y no obstante, que todo estaba oscuro, que era la Noche intensa y totalmente desprovista de rayos que durará siempre.

Intenté gritar, y mis labios y mi lengua, reseca, se agitaban convulsivamente en la tentativa; pero ninguna voz brotaba de mis pulmones cavernosos, que, oprimidos como por el peso aplastante de una montaña, jadeaban y palpitaban, lo mismo que mi corazón, a cada penosa y dificultosa inspiración.

El movimiento de mis mandíbulas, en el esfuerzo para gritar con fuerza, me probó que las tenía atadas, como se suele hacer con los muertos. Sentí también que estaba tendido sobre alguna

materia dura, y que mis costados estaban asimismo fuertemente comprimidos por algo semejante. Hasta entonces no me había arriesgado aún a mover mis miembros; pero ahora alcé con violencia mis brazos, estirados a lo largo de mi cuerpo, con las muñecas cruzadas. Chocaron contra un sólido obstáculo de madera que se extendía por encima de mi persona a sólo unas seis pulgadas de mi cara. Ya no podía dudar por más tiempo de que reposaba dentro de un ataúd para la eternidad.

Y a la sazón, en medio de mis infinitas miserias, se me apareció el querubín Esperanza, al pensar en mis precauciones. Me retorcí e hice esfuerzos espasmódicos para abrir la tapa: no se movió. Palpé mis muñecas para asir la cuerda de la campana: no la encontré. Y luego voló el Consuelo sin retorno, y una Desesperación más cruel aún reinó, triunfante, pues noté la falta del guateado que preparara yo tan cuidadosamente, y además, llegó de repente hasta mi nariz el fuerte olor peculiar de la tierra húmeda. La conclusión era irresistible. Yo no estaba dentro de la cripta. Debía de haber caído en trance cataléptico fuera de mi casa, entre extraños —no podía recordar cuándo ni cómo—, y éstos me habían enterrado como a un perro, clavándome en un ataúd vulgar y metiéndome hondo, hondo, para siempre, en una tumba ordinaria y común.

Cuando esta convicción espantosa irrumpió así en la cámara más recóndita de mi alma, me esforcé de nuevo por gritar. Y en este segundo esfuerzo tuve éxito. Un largo, salvaje y continuo

grito o más bien un aullido de agonía, resonó a través de los reinos de la Noche subterránea.

—¡Hola, hola! ¿Qué es esto? —dijo una voz áspera, en respuesta.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo una segunda voz.

—¡Sal de ahí! —dijo una tercera.

—¿Qué quiere usted significar con unos alaridos de ese estilo, que parecen los de una gata en enero? —dijo una cuarta voz.

Y en este momento fui agarrado y sacudido sin consideraciones durante varios minutos por una cuadrilla de individuos de aspecto muy ordinario. No me despertaron de mi sueño, pues estaba bien despierto cuando grité; pero me hicieron recobrar la posesión completa de mi memoria.

Esta aventura sucedió cerca de Richmond, en Virginia.

Acompañado de un amigo, había yo caminado, durante una excursión de caza, algunas millas a lo largo de las orillas del río James. Se acercaba la noche, y fuimos sorprendidos por una tormenta. El camarote de una pequeña chalupa anclada en la corriente, y que estaba cargada de mantillo, nos proporcionó el único refugio aprovechable. Nos acomodamos lo mejor que pudimos y pasamos la noche a bordo. Dormí en una de las dos únicas literas del barco, y las literas de una chalupa de sesenta o setenta toneladas no necesitan descripción. La que yo ocupaba carecía de ropa de cama. Tenía una anchura máxima

de dieciocho pulgadas. Y había exactamente la misma distancia entre su fondo y la cubierta encima de mi cabeza. Luché con las mayores dificultades para comprimirme allí dentro. A pesar de lo cual me dormí a pierna suelta, y mi visión entera — pues no era aquello un sueño ni una pesadilla— surge con naturalidad de las circunstancias de mi postura, de la predisposición habitual de mi pensamiento y de la dificultad, a que he aludido, de concentrar mis sentidos y sobre todo de recobrar mi memoria largo rato después de despertar del sueño. Los hombres que me sacudieron formaban la tripulación de aquella chalupa, con algunos otros trabajadores contratados para la descarga. Del propio cargamento venía aquel olor a tierra húmeda. El vendaje alrededor de las mandíbulas era un pañuelo de seda que me había yo atado alrededor de la cabeza, a falta de mi acostumbrado gorro de dormir.

Sin embargo, las torturas sufridas eran indudable y completamente iguales, salvo en su duración, a las del enterramiento auténtico. Fueron espantosas, de un horror inconcebible; pero Dios actúa por medio del Diablo, pues en su exceso provocaron una inevitable reacción de mi espíritu. Mi alma se tonificó, adquirió temple. Me marché fuera del país. Hice vigorosos ejercicios. Respiré al aire libre del cielo. Pensé en temas diferentes que el de la Muerte. Dejé a un lado mis obras de medicina. No me quemé las cejas sobre el libro de Buchan. No releí las Noches de Meditación, ni esos libros pavorosos sobre los cementerios, ni más historias amedrentadoras como

éstas. Desde esa memorable noche deseché mis preocupaciones sepulcrales, y con ellas desaparecieron mis trastornos catalépticos, de los que habían sido aquéllas menos la consecuencia que la causa.

Hay momentos en que hasta para la serena mirada de la Razón, el mundo de nuestra triste Humanidad puede parecer un infierno; pero la imaginación del hombre no es Carathis, para explorar con impunidad sus cavernas. ¡Ay! La triste legión de terrores sepulcrales puede ser considerada como enteramente fantástica; pero, semejante a los demonios en compañía de los cuales hizo Afrasiab su viaje bajando por el Oxus, deben ellos dormir o devorarnos, deben soportarse como un sueño, porque, si no, nos harán perecer.

LIGEIA

No puedo, por mi alma, recordar ahora cómo, cuándo, ni exactamente dónde trabé por primera vez conocimiento con lady Ligeia. Largos años han transcurrido desde entonces, y mi memoria es débil porque ha sufrido mucho. O quizá no puedo ahora recordar aquellos extremos porque, en verdad, el carácter de mi amada, su raro saber, la singular aunque plácida clase de su belleza, y la conmovedora y dominante elocuencia de su hondo lenguaje musical se han abierto camino en mi corazón con paso tan constante y cautelosamente progresivo,

que ha sido inadvertido y desconocido. Creo, sin embargo, que la encontré por vez primera, y luego con mayor frecuencia, en una vieja y ruinoso ciudad cercana al Rin. De seguro, le he oído hablar de su familia. Está fuera de duda que provenía de una fecha muy remota. ¡Ligeia, Ligeia! Sumido en estudios que por su naturaleza se adaptan más que cualesquiera otros a amortiguar las impresiones del mundo exterior, me bastó este dulce nombre —Ligeia— para evocar ante mis ojos, en mi fantasía, la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, ese recuerdo centellea sobre mí, que no he sabido nunca el apellido paterno de la que fue mi amiga y mi prometida, que llegó a ser mi compañera de estudios y al fin, la esposa de mi corazón. ¿Fue aquello una orden mimosa por parte de mi Ligeia?

¿O fue una prueba de la fuerza de mi afecto lo que me llevó a no hacer

investigaciones sobre ese punto? ¿O fue más bien un capricho mío, una vehemente y romántica ofrenda sobre el altar de la más apasionada devoción? Si sólo recuerdo el hecho de un modo confuso, ¿cómo asombrarse de que haya olvidado tan por completo las circunstancias que le originaron o le acompañaron? Y en realidad, si alguna vez el espíritu que llaman novelesco, si alguna vez la brumosa y alada Ashtophet del idólatra Egipto, preside, según dicen los matrimonios fatídicamente adversos, con toda seguridad presidió el mío.

Hay un tema dilecto, empero, sobre el cual no falla mi memoria. Es éste la persona de Ligeia. Era de alta estatura, algo delgada, e incluso en los últimos días muy demacrada. Intentaría yo en vano describir la majestad, la tranquila soltura de su porte o la incomprensible ligereza y flexibilidad de su paso. Llegaba y partía como una sombra. No me daba cuenta jamás de su entrada en mi cuarto de estudio, salvo por la amada música de su apagada y dulce voz, cuando posaba ella su marmórea mano sobre mi hombro. En cuanto a la belleza de su faz, ninguna doncella la ha igualado nunca. Era el esplendor de un sueño de opio, una visión aérea y encantadora, más ardorosamente divina que las fantasías que revuelan alrededor de las almas dormidas de las hijas de Delos. Con todo, sus rasgos no poseían ese modelado regular que nos han

enseñado falsamente a reverenciar en las obras clásicas del paganismo. «No hay belleza exquisita —dice Bacon, lord Verulam—, hablando con certidumbre de todas las formas y genera de belleza, sin algo extraño en la proporción». No obstante, aunque yo veía que los rasgos de Ligeia no poseían una regularidad clásica, aunque notaba que su belleza era realmente

«exquisita», y sentía que había en ella mucho de «extraño», me esforzaba en vano por descubrir la irregularidad y por perseguir los indicios de mi propia percepción de «lo extraño». Examinaba el contorno de la frente alta y pálida

—una frente irreprochable: ¡cuán fría es, en verdad, esta palabra cuando se aplica a una majestad tan divina!—, la piel que competía con el más puro marfil, la amplitud imponente, la serenidad, la graciosa prominencia de las regiones que dominaban las sienes; y luego aquella cabellera de un color negro como plumaje de cuervo, brillante, profusa, naturalmente rizada, y que demostraba toda la potencia del epíteto homérico, «¡jacintina!». Miraba yo las líneas delicadas de la nariz, y en ninguna parte más que en los graciosos medallones hebraicos había contemplado una perfección semejante. Era la misma tersura de superficie, la misma tendencia casi imperceptible a lo aguileño, las mismas aletas curvadas con armonía que revelaban un espíritu libre. Contemplaba yo la dulce boca. Encerraba el triunfo de todas las cosas celestiales: la curva magnífica del labio superior, un poco corto, el aire suave y voluptuosamente reposado del interior, los hoyuelos que se marcaban y el color que hablaba, los dientes reflejando en una especie de relámpago cada rayo de luz bendita que caía sobre ellos en sus sonrisas serenas y plácidas, pero siempre radiantes y triunfadoras. Analizaba la forma del mentón, y allí también encontraba la gracia, la anchura, la dulzura, la majestad, la plenitud y la espiritualidad griegas, ese contorno que el dios Apolo reveló sólo en sueños a Cleómenes, el hijo del ateniense. Y luego miraba yo los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no encuentro modelos en la más remota antigüedad. Acaso era en aquellos ojos de mi amada donde

residía el secreto al que lord Verulam alude. Eran, creo yo, más grandes que los ojos ordinarios de nuestra propia raza. Más grandes que los ojos de la gacela de la tribu del valle de Nourjahad. Aun así, a ratos era —en los momentos de intensa excitación— cuando esa particularidad se hacía más notablemente impresionante en Ligeia. En tales momentos su belleza era —al menos, así parecía quizá a mi imaginación inflamada— la belleza de las fabulosas huríes de los turcos. Las pupilas eran del negro más brillante y bordeadas de pestañas de azabache muy largas; sus cejas, de un dibujo ligeramente irregular, tenían ese mismo tono. Sin embargo, lo extraño que encontraba yo en los ojos era independiente de su forma, de su color y de su brillo, y debía atribuirse, en suma, a la expresión. ¡Ah, palabra sin sentido, puro sonido, vasta latitud en que se atrinchera nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he

meditado en ello; cuántas veces, durante una noche entera de verano, me he esforzado en sondearlo! ¿Qué era aquello, aquel lago más profundo que el pozo de Demócrito que yacía en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era aquello? Se adueñaba de mí la pasión de descubrirlo. ¡Aquellos ojos!

¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Habían llegado a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y era yo para ellas el más devoto de los astrólogos.

No existe hecho, entre las muchas incomprensibles anomalías de la ciencia psicológica, que sea más sobrecogedoramente emocionante que el hecho — nunca señalado, según creo, en las escuelas— de que, en nuestros esfuerzos por traer a la memoria una cosa olvidada desde hace largo tiempo, nos encontremos con frecuencia al borde mismo del recuerdo, sin ser al fin capaces de recordar. Y así, ¡cuántas veces, en mi ardiente análisis de los ojos de Ligeia, he sentido acercarse el conocimiento pleno de su expresión! ¡Lo he sentido acercarse, y a pesar de ello, no lo he poseído del todo, y por último, ha desaparecido en absoluto! Y ¡extraño, oh, el más extraño de todos los misterios!) he encontrado en los objetos más vulgares del mundo una serie de analogías con esa expresión. Quiero decir que, después del período en que la belleza de Ligeia pasó por mi espíritu y quedó allí como en un altar, extraje de varios seres del mundo material una sensación análoga a la que se difundía sobre mí, en mí, bajo la influencia de sus grandes y luminosas pupilas. Por otra parte, no soy menos incapaz de definir aquel sentimiento, de analizarlo o incluso de tener una clara percepción de él. Lo he reconocido, repito, algunas veces en el aspecto de una viña crecida deprisa, en la contemplación de una falena, de una mariposa, de una crisálida, de una corriente de agua presurosa. Lo he encontrado en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en las miradas de algunas personas de edad desusada. Hay en el cielo una o dos estrellas (en particular, una estrella de sexta magnitud, doble y cambiante, que se puede encontrar junto a la gran estrella de la

Lira) que, vistas con telescopio, me han producido un sentimiento análogo. Me he sentido henchido de él con los sonidos de ciertos instrumentos de cuerda, y a menudo en algunos pasajes de libros. Entre otros innumerables ejemplos, recuerdo muy bien algo en un volumen de Joseph Glanvill que (tal vez sea simplemente por su exquisito arcaísmo, ¿quién podría decirlo?) no ha dejado nunca de inspirarme el mismo sentimiento: «Y allí se encuentra la voluntad que no fenece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, y su vigor? Pues Dios es una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su atención. El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo únicamente por la flaqueza de su débil voluntad».

Durante el transcurso de los años, y por una sucesiva reflexión, he logrado trazar, en efecto, alguna remota relación entre ese pasaje del moralista inglés y una parte del carácter de Ligeia. Una intensidad de pensamiento, de acción, de

palabra era quizá el resultado, o por lo menos, el indicio de una gigantesca volición que, durante nuestras largas relaciones, hubiese podido dar otras y más inmediatas pruebas de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, la tranquila al exterior, la siempre plácida Ligeia, era la presa más desgarrada por los tumultuosos buitres de la cruel pasión. Y no podía yo evaluar aquella pasión, sino por la milagrosa expansión de aquellos ojos que me deleitaban y me espantaban

al mismo tiempo, por la melodía casi mágica, por la modulación, la claridad y la placidez de su voz muy profunda, y por la fiera energía (que hacía el doble de efectivo el contraste con su manera de pronunciar) de las vehementes palabras que profería ella habitualmente.

He hablado del saber de Ligeia: era inmenso, tal como no lo he conocido nunca en una mujer. Sabía a fondo las lenguas clásicas, y hasta donde podía apreciarlo mi propio conocimiento, los dialectos modernos europeos, en los cuales no la he sorprendido nunca en falta. Bien mirado, sobre cualquier tema de la erudición académica tan alabada, sólo por ser más abstrusa, ¿he sorprendido en falta nunca a Ligeia? ¡Cuán singularmente, cuán emocionantemente, había impresionado mi atención en este último período sólo aquel rasgo en el carácter de mi esposa! He dicho que su cultura superaba la de toda mujer que he conocido; pero ¿dónde está el hombre que haya atravesado con éxito todo el amplio campo de las ciencias morales, físicas y matemáticas? No vi entonces lo que ahora percibo con claridad; que los conocimientos de Ligeia eran gigantescos, pasmosos; por mi parte, me daba la suficiente cuenta de su infinita superioridad para resignarme, con la confianza de un colegial, a dejarme guiar por ella a través del mundo caótico de las investigaciones metafísicas, del que me ocupé con ardor durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué vasto triunfo, con qué vivas delicias, con qué esperanza etérea la sentía inclinada sobre mí en medio de

estudios tan poco explorados, tan poco conocidos. Y veía ensancharse en lenta graduación aquella deliciosa perspectiva ante mí, aquella larga avenida, espléndida y virgen, a lo largo de la cual debía yo alcanzar al cabo la meta de una sabiduría harto divinamente preciosa para no estar prohibida!

Por eso, ¡con qué angustioso pesar vi, después de algunos años, mis esperanzas tan bien fundadas abrir las alas juntas y volar lejos! Sin Ligeia, era yo nada más que un niño a tientas en la noche. Sólo su presencia, sus lecturas podían hacer vivamente luminosos los múltiples misterios del trascendentalismo en el cual estábamos sumidos. Privado del radiante esplendor de sus ojos, toda aquella literatura alígera y dorada, volvíase insulsa, de una plúmbea tristeza. Y ahora aquellos ojos iluminaban cada vez con menos frecuencia las páginas que yo estudiaba al detalle. Ligeia cayó enferma. Los ardientes ojos refulgieron con un brillo demasiado glorioso; los pálidos dedos tomaron el tono de la cera, y las azules venas de su ancha frente latieron impetuosamente vibrantes en la más dulce emoción. Vi que debía ella morir, y

luché desesperado en espíritu contra el horrendo Azrael. Y los esfuerzos de aquella apasionada esposa fueron, con asombro mío, aún más enérgicos que los míos. Había mucho en su firme naturaleza que me impresionaba y hacía creer que para ella llegaría la muerte sin sus terrores; pero no fue así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la ferocidad de resistencia

que ella mostró en su lucha con la Sombra. Gemía yo de angustia ante aquel deplorable espectáculo. Hubiese querido calmarla, hubiera querido razonar; pero en la intensidad de su salvaje deseo de vivir —de vivir; sólo de vivir—, todo consuelo y todo razonamiento habrían sido el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último instante, en medio de las torturas y de las convulsiones de su firme espíritu, no flaqueó la placidez exterior de su conducta. Su voz se tornaba más dulce —más profunda—, ¡pero yo no quería insistir en el vehemente sentido de aquellas palabras proferidas con tanta calma! Mi cerebro daba vueltas cuando prestaba oído a aquella melodía sobrehumana y a aquellas arrogantes aspiraciones que la Humanidad no había conocido nunca antes.

No podía dudar de que me amaba, y érame fácil saber que en un pecho como el suyo el amor no debía de reinar como una pasión ordinaria. Pero sólo en la muerte comprendí toda la fuerza de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, desplegaba ante mí su corazón rebotante, cuya devoción más que apasionada llegaba a la idolatría. ¿Cómo podía yo merecer la beatitud de tales confesiones? ¿Cómo podía yo merecer estar condenado hasta el punto de que mi amada me fuese arrebatada en la hora de mayor felicidad? Pero no puedo extenderme sobre este tema. Diré únicamente que en la entrega más que femenina de Ligeia a un amor, ¡ay!, no merecido, otorgado a un hombre indigno de él, reconocí por fin el principio de su ardiente, de su vehemente y serio deseo de

vivir aquella vida que huía ahora con tal rapidez. Y es ese ardor desordenado, esa vehemencia en su deseo de vivir —sólo de vivir—, lo que no tengo vigor para describir, lo que me siento por completo incapaz de expresar.

A una hora avanzada de la noche en que ella murió, me llamó perentoriamente a su lado, y me hizo repetir ciertos versos compuestos por ella pocos días antes. La obedecí. Son los siguientes:

¡Mirad! ¡Ésta es noche de gala después de los postreros años tristes!

Una multitud de ángeles alígeros, ornados de velos, y anegados en lágrimas,

siéntase en un teatro, para ver

un drama de miedos y esperanzas,

mientras la orquesta exhala, a ratos, la música de los astros.

Mimos, a semejanza del Altísimo, murmuran y rezongan quedamente, volando de un lado para otro; meros muñecos que van y vienen

a la orden de grandes seres informes que trasladan la escena aquí y allá,

¡sacudiendo con sus alas de cóndor el Dolor invisible!

¡Qué abigarrado drama! ¡Oh, sin duda, jamás será olvidado!

Con su Fantasma, sin cesar acosado, por un gentío que
apresarle no puede, en un círculo que gira eternamente sobre sí
propio y en el mismo sitio;

¡mucho Locura, más Pecado aún y el Horror, son alma de la
trama!

Pero mirad: ¡entre la chusma mímica una forma rastrera se
entremete!

¡Una cosa roja de sangre que llega retorciéndose de la soledad
escénica!

¡Se retuerce y retuerce! Con jadeos mortales los mimos son
ahora su pasto,

los serafines lloran viendo los dientes del gusano chorrear
sangre humana.

¡Fuera, fuera todas las luces! Y sobre cada forma trémula, el
telón cual paño fúnebre,

baja con tempestuoso ímpetu...

Los ángeles, pálidos todos, lívidos, se levantan, descúbrense,
afirma que la obra es la tragedia Hombre, y su héroe, el Gusano
triunfante.

—¡Oh, Dios mío! —gritó casi Ligeia, alzándose de puntillas y
extendiendo sus brazos hacia lo alto con un movimiento
espasmódico, cuando acabé de recitar estos versos—. ¡Oh, Dios

mío! ¡Oh, Padre Divino! ¿Sucederán estas cosas irremisiblemente? ¿No será nunca vencido ese conquistador? ¿No somos nosotros una parte y una parcela de Ti? ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? El hombre no se rinde a los ángeles ni a la muerte por completo, salvo por la flaqueza de su débil voluntad.

Y entonces, como agotada por la emoción, dejó caer sus blancos brazos con resignación, y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Y cuando exhalaba sus postreros suspiros se mezcló a ellos desde sus labios un murmullo confuso. Agucé el oído y distinguí de nuevo las terminantes palabras del pasaje de Glanvill: «El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad».

Ella murió: y yo, pulverizado por el dolor, no pude soportar más tiempo la solitaria desolación de mi casa en la sombría y ruinoso ciudad junto al Rin. No carecía yo de eso que el mundo llama riqueza. Ligeia me había aportado más; mucho más de lo que corresponde comúnmente a la suerte de los mortales. Por eso, después de unos meses perdidos en vagabundeos sin objeto, adquirí y me encerré en una especie de retiro, una abadía cuyo nombre no diré, en una de las regiones más selváticas y menos frecuentadas de la bella Inglaterra.

La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la posesión, los melancólicos y venerables recuerdos que con ella se relacionaban, estaban, en verdad, al unísono con el sentimiento de total abandono que me había desterrado a

aquella distante y solitaria región del país. Sin embargo, aunque dejando a la parte exterior de la abadía su carácter primitivo y la verdeante vetustez que tapizaba sus muros, me dediqué con una perversidad infantil, y quizá con la débil esperanza de aliviar mis penas, a desplegar por dentro magnificencias más que regias. Desde la infancia sentía yo una gran inclinación por tales locuras, y ahora volvían a mí como en una chochez del dolor. ¡Ay, siento que se hubiera podido descubrir un comienzo de locura en aquellos suntuosos y fantásticos cortinajes, en aquellas solemnes esculturas egipcias, en aquellas cornisas y muebles raros, en los extravagantes ejemplares de aquellos tapices granjeados de oro! Me había convertido en un esclavo forzado de las ataduras del opio, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis sueños. Pero no me detendré en detallar

aquellos absurdos. Hablaré sólo de aquella estancia maldita para siempre, donde en un momento de enajenación mental conduje al altar y tomé por esposa —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a lady Róvena Trevanion de Tremaine, de rubios cabellos y ojos azules.

No hay una sola parte de la arquitectura y del decorado de aquella estancia nupcial que no aparezca ahora visible ante mí. ¿Dónde tenía la cabeza la altiva familia de la prometida para permitir, impulsada por la sed de oro, a una joven tan querida que franqueara el umbral de una estancia adornada así? Ya he

dicho que recuerdo minuciosamente los detalles de aquella estancia, aunque olvide tantas otras cosas de aquel extraño período; y el caso es que no había, en aquel lujo fantástico, sistema que pudiera imponerse a la memoria. La habitación estaba situada en una alta torre de aquella abadía, construida como un castillo; era de forma pentagonal y muy espaciosa. Todo el lado sur del pentágono estaba ocupado por una sola ventana —una inmensa superficie hecha de una luna entera de Venecia, de un tono oscuro—, de modo que los rayos del sol o de la luna que la atravesaban proyectaban sobre los objetos interiores una luz lúgubre. Por encima de aquella enorme ventana se extendía el enrejado de una añosa parra que trepaba por los muros macizos de la torre. El techo, de roble que parecía negro, era excesivamente alto, abovedado y curiosamente labrado con las más extrañas y grotescas muestras de un estilo semigótico y semidruídico. En la parte central más escondida de aquella melancólica bóveda colgaba, a modo de lámpara de una sola cadena de oro con largos anillos, un gran incensario del mismo metal, de estilo árabe, y con muchos calados caprichosos, a través de los cuales corrían y se retorcían con la vitalidad de una serpiente una serie continua de luces policromas.

Unas otomanas y algunos candelabros dorados, de forma oriental, se hallaban diseminados alrededor; y estaba también el lecho —el lecho nupcial

— de estilo indio, bajo y labrado en recio ébano, coronado por un dosel parecido a un paño fúnebre. En cada uno de los ángulos de la estancia se alzaba un gigantesco sarcófago de granito negro, copiado de las tumbas de los reyes frente a Luxor, con su antigua tapa cubierta toda de relieves inmemoriales. Pero era en el tapizado de la estancia, ¡ay!, donde se desplegaba la mayor fantasía. Los muros, altísimos — de una altura gigantesca, más allá de toda proporción—, estaban tendidos de arriba abajo de un tapiz de aspecto pesado y macizo, tapiz hecho de la misma materia que la alfombra del suelo, y de la que se veía en las otomanas, en el lecho de ébano, en el dosel de éste y en las suntuosas cortinas que ocultaban parcialmente la ventana. Aquella materia era un tejido de oro de los más ricos. Estaba moteado, en espacios irregulares, de figuras arabescas, de un pie de diámetro, aproximadamente, que hacían resaltar sobre el fondo sus dibujos de un negro de azabache. Pero aquellas figuras no participaban del verdadero carácter del arabesco más que cuando se las examinaba desde un solo punto de vista. Por un procedimiento

hoy muy corriente, y cuyos indicios se encuentran en la más remota antigüedad, estaban hechas de manera que cambiaban de aspecto. Para quien entrase en la estancia, tomaban la apariencia de simples monstruosidades; pero, cuando se avanzaba después, aquella apariencia desaparecía

gradualmente, y paso a paso el visitante, variando de sitio en la habitación, se veía rodeado de una procesión continua de formas espantosas, como las nacidas de la superstición de los normandos o como las que se alzan en los sueños pecadores de los frailes. El efecto fantasmagórico aumentaba en gran parte por la introducción artificial de una fuerte corriente de aire detrás de los tapices, que daba al conjunto una horrenda e inquietante animación.

Tal era la mansión, tal era la estancia nupcial en donde pasé, con la dama de Tremaine, las horas impías del primer mes de nuestro casamiento, y las pasé con una leve inquietud. Que mi esposa temiese las furiosas extravagancias de mi carácter, que me huyese y me amase apenas, no podía yo dejar de notarlo; pero aquello casi me complacía. La odiaba con un odio más propio del demonio que del hombre. Mi memoria se volvía (¡oh, con qué intensidad de dolor!) hacia Ligeia, la amada, la augusta, la bella, la sepultada. Gozaba recordando su pureza, su sabiduría, su elevada y etérea naturaleza, su apasionado e idólatra amor. Ahora mi espíritu ardía plena y libremente con una llama más ardiente que la suya propia. Con la excitación de mis sueños de opio (pues estaba apresado de ordinario por las cadenas de la droga), gritaba su nombre en el silencio de la noche, o durante el día en los retiros escondidos de los valles, como si con la energía salvaje, la pasión solemne, el ardor devorador de mi ansia por la desaparecida, pudiese yo volverla

a los caminos de esta tierra que había ella abandonado —¡ah!, ¿era posible?— para siempre.

A principios del segundo mes de matrimonio, lady Róvena fue atacada de una dolencia repentina, de la que se repuso lentamente. La fiebre que la consumía hacía sus noches penosas, y en la inquietud de un semisopor, hablaba de ruidos y de movimientos que se producían en un lado y en otro de la torre, y que atribuía yo al trastorno de su imaginación o acaso a las influencias fantasmagóricas de la propia estancia. Al cabo entró en convalecencia, y por último, se restableció. Aun así, no había transcurrido más que un breve período de tiempo, cuando un segundo y más violento ataque la volvió a llevar al lecho del dolor, y de aquel ataque no se restableció nunca del todo su constitución, que había sido siempre débil. Su dolencia tuvo desde esa época un carácter alarmante y unas recaídas más alarmantes aún que desafiaban toda ciencia y los denodados esfuerzos de sus médicos. A medida que se agravaba aquel mal crónico, que desde entonces, sin duda, se había apoderado por demás de su constitución para ser factible que lo arrancasen medios humanos, no pude impedirme de observar una irritación nerviosa creciente y una excitabilidad en su temperamento por las causas más triviales de miedo. Volvió ella a hablar, y ahora, con mayor frecuencia e insistencia, de

ruidos —de ligeros ruidos— y de movimientos insólitos en los tapices, a los que había ya aludido.

Una noche, hacia finales de septiembre, me llamó la atención sobre aquel tema angustioso en un tono más desusado que de costumbre. Acababa ella de despertarse de un sueño inquieto, y había yo espiado, con un sentimiento medio de ansiedad, medio de vago terror, las muecas de su demacrado rostro. Hallábame sentado junto al lecho de ébano en una de las otomanas indias. Se incorporó ella a medias y habló en un excitado murmullo de ruidos que entonces oía, pero que yo no podía oír, y de movimientos que entonces veía, aunque yo no los percibiese. El viento corría veloz por detrás de los tapices, y me dediqué a demostrarle (lo cual debo confesar que no podía yo creerlo del todo) que aquellos rumores apenas articulados y aquellos cambios casi imperceptibles en las figuras de la pared eran tan sólo los efectos naturales de la corriente de aire habitual. Pero una palidez mortal que se difundió por su cara probó que mis esfuerzos por tranquilizarla eran inútiles. Pareció desmayarse, y no tenía yo cerca criados a quienes llamar. Recordé el sitio donde estaba colocada una botella de un vino suave, recetado por los médicos, y crucé, presuroso, por la estancia para cogerla. Pero al pasar bajo la luz del incensario, dos detalles de una naturaleza impresionante atrajeron mi atención. Había yo sentido algo palpable, aunque invisible, que pasaba cerca de mi persona, y vi sobre el tapiz de oro, en el centro mismo de la viva luz que proyectaba el incensario, una

sombra, una débil e indefinida sombra de angelical aspecto, tal como se puede imaginar la sombra de una forma. Pero como estaba yo vivamente excitado por una dosis excesiva de opio, no concedí más que una leve importancia a aquellas cosas ni hablé de ellas a Róvena. Encontré el vino, crucé de nuevo la habitación y llené un vaso que acerqué a los labios de mi desmayada mujer. Entretanto; se había repuesto en parte, y cogió ella misma el vaso, mientras me dejaba yo caer sobre una otomana cerca del lecho, con los ojos fijos en su persona. Fue entonces cuando oí claramente un ligero rumor de pasos sobre la alfombra junto al lecho, y un segundo después, cuando Róvena hacía ademán de alzar el vino hasta sus labios, vi o pude haber soñado que veía caer dentro del vaso, como de alguna fuente invisible que estuviera en el aire de la estancia, tres o cuatro anchas gotas de un líquido brillante color rubí. Si yo lo vi, Róvena no lo vio. Bebió el vino sin vacilar, y me guardé bien de hablarle de aquel incidente que tenía yo que considerar, después de todo, como sugerido por una imaginación sobreexcitada a la que hacían morbosamente activa el terror de mi mujer, el opio y la hora.

A pesar de todo, no pude ocultar a mi propia percepción que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, un rápido cambio

—pero a un estado peor— tuvo lugar en la enfermedad de mi esposa; de tal modo, que a la tercera noche, las manos de sus servidores la preparaban para

la tumba, y la cuarta estaba yo sentado solo, ante el cuerpo de ella envuelto en un sudario, en aquella fantástica estancia que la había recibido como a mi esposa. Extrañas visiones, engendradas por el opio, revoloteaban como sombras ante mí. Miraba con ojos inquietos los sarcófagos en los ángulos de la estancia, las figuras cambiantes de los tapices y las luces serpentinas y policromas del incensario, sobre mi cabeza. Mis ojos cayeron entonces, cuando intentaba recordar los incidentes de la noche anterior, en aquel sitio, bajo la claridad del incensario, donde había yo visto las huellas ligeras de la sombra. Sin embargo, ya no estaba allí, y respirando con gran alivio, volví la mirada a la pálida y rígida figura tendida sobre el lecho. Entonces se precipitaron sobre mí los mil recuerdos de Ligeia, y luego refluyó hacia mi corazón con la violenta turbulencia de un oleaje todo aquel indecible dolor con que la había contemplado amortajada. La noche iba pasando, y siempre con el pecho henchido de amargos pensamientos de ella, de mi solo y único amor, permanecí con los ojos fijos en el cuerpo de Róvena.

Sería medianoche o tal vez más temprano, pues no había tenido yo en cuenta el tiempo, cuando un sollozo quedo, ligero, pero muy claro, me despertó, sobresaltado, de mi ensueño. Sentí que venía del lecho de ébano, el lecho de muerte. Escuché con la angustia de un terror supersticioso, pero no se repitió aquel ruido. Forcé mi vista para descubrir un movimiento

cualquiera en el cadáver, pero no se oyó nada. Con todo, no podía haberme equivocado. Había yo oído el ruido, siquiera ligero, y mi alma estaba muy despierta en mí. Mantuve resuelta y tenazmente concentrada mi atención sobre el cuerpo.

Pasaron varios minutos antes de que ocurriese algún incidente que proyectase luz sobre el misterio. Por último resultó evidente que una coloración leve y muy débil, apenas perceptible, teñía de rosa y se difundía por las mejillas y por las sutiles venas de sus párpados. Aniquilado por una especie de terror y de horror indecibles, para los cuales no posee el lenguaje humano una expresión lo suficientemente enérgica, sentí que mi corazón se paralizaba y que mis miembros se ponían rígidos sobre mi asiento. No obstante, el sentimiento del deber me devolvió, por último, el dominio de mí mismo. No podía dudar ya por más tiempo que habíamos efectuado prematuros preparativos fúnebres, ya que Róvena vivía aún. Era necesario realizar desde luego alguna tentativa; pero la torre estaba completamente separada del ala de la abadía ocupada por la servidumbre, no había cerca ningún criado al que pudiera llamar ni tenía yo manera de pedir auxilio, como no abandonase la estancia durante unos minutos, a lo cual no podía arriesgarme. Luché, pues, solo, haciendo esfuerzos por reanimar aquel espíritu todavía en suspenso. A la postre, en un breve lapso de tiempo, hubo una recaída evidente; desapareció el color de los párpados y de las mejillas, dejando una palidez más que marmórea; los labios se apretaron con doble fuerza y se

contraieron con la expresión lívida de la muerte; una frialdad y una viscosidad repulsiva cubrieron enseguida la superficie del

cuerpo, y la habitual rigidez cadavérica sobrevino al punto. Me dejé caer, trémulo, sobre el canapé del que había sido arrancado tan de súbito, y me abandoné de nuevo, trasoñando, a mis apasionadas visiones de Ligeia.

Una hora transcurrió así, cuando (¿sería posible?) percibí por segunda vez un ruido vago que venía de la parte del lecho. Escuché, en el colmo del horror. El ruido se repitió; era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi —vi con toda claridad— un temblor sobre los labios. Un minuto después se abrieron, descubriendo una brillante hilera de dientes perlinos. El asombro luchó entonces en mi pecho con el profundo terror que hasta ahora lo había dominado. Sentí que mi vista se oscurecía, que mi razón se extraviaba, y gracias únicamente a un violento esfuerzo, recobré al fin valor para cumplir la tarea que el deber volvía a imponerme. Había ahora un color cálido sobre la frente, sobre las mejillas y sobre la garganta; un calor perceptible invadía todo el cuerpo, e incluso el corazón tenía un leve latido. Mi mujer vivía. Con un ardor redoblado, me dediqué a la tarea de resucitarla; froté y golpeé las sienes y las manos, y utilicé todos los procedimientos que me sugirieron la experiencia y numerosas lecturas médicas. Pero fue en vano. De repente el color desapareció, cesaron los latidos, los labios volvieron a adquirir la expresión de la muerte, y un instante

después, el cuerpo entero recobró su frialdad de hielo, aquel tono lívido, su intensa rigidez, su contorno hundido, y todas las horrendas peculiaridades de lo que ha permanecido durante varios días en la tumba.

Y me sumí otra vez en las visiones de Ligeia, y otra vez (¿cómo asombrarse de que me estremezca mientras escribo?), otra vez llegó a mis oídos un sollozo sofocado desde el lecho de ébano. Pero ¿para qué detallar con minuciosidad los horrores indecibles de aquella noche? ¿Para qué detenerme en relatar ahora cómo, una vez tras otra, casi hasta que despuntó el alba, el horrible drama de la resurrección se repitió; cómo cada aterradora recaída se transformaba tan sólo en una muerte más rígida y más irremediable, cómo cada angustia tomaba el aspecto de una lucha con un adversario invisible, y cómo ahora cada lucha era seguida por no sé qué extraña alteración en la apariencia del cadáver? Me apresuraré a terminar.

La mayor parte de la espantosa noche había pasado, y la que estaba muerta se movió de nuevo, al presente con más vigor que nunca, aunque despertándose de una disolución más aterradora y más totalmente irreparable que ninguna. Había yo, desde hacía largo rato, interrumpido la lucha y el movimiento y permanecía sentado rígido sobre la otomana, presa impotente de un torbellino de violentas emociones, de las cuales la menos terrible quizá, la menos aniquilante, constituía un supremo espanto. El cadáver, repito, se movía, y al presente con más

vigor que antes. Los colores de la vida se difundían con una inusitada energía por la cara, se distendían los miembros, y

salvo que los párpados seguían apretados fuertemente, y que los vendajes y los tapices comunicaban aún a la figura su carácter sepulcral, habría yo soñado que Róvena se libertaba por completo de las cadenas de la Muerte. Pero si no acepté esta idea por entero, desde entonces no pude ya dudar por más tiempo, cuando, levantándose del lecho, vacilante, con débiles pasos, a la manera de una persona aturdida por un sueño, la forma que estaba amortajada avanzó osada y palpablemente hasta el centro de la estancia.

No temblé, no me moví, pues una multitud de fantasías indecibles, relacionadas con el aire, la estatura, el porte de la figura, se precipitaron velozmente en mi cerebro, me paralizaron, me petrificaron. No me movía, sino que contemplaba con fijeza la aparición. Había en mis pensamientos un desorden loco, un tumulto inaplacable. ¿Podía ser de veras la Róvena viva quien estaba frente a mí? ¿Podía ser de veras Róvena en absoluto, la de los cabellos rubios y los ojos azules, lady Róvena Trevanion de Tremaine? ¿Por qué, sí, por qué lo dudaba yo? El vendaje apretaba mucho la boca; pero

¿entonces podía no ser aquélla la boca respirante de lady de Tremaine? Y las mejillas eran las mejillas rosadas como en el

mediodía de su vida; sí, aquéllas eran de veras las lindas mejillas de lady de Tremaine, viva. Y el mentón, con sus hoyuelos de salud, ¿podían no ser los suyos? Pero ¿había ella crecido desde su enfermedad? ¿Qué inexpresable demencia se apoderó de mí ante este pensamiento? ¡De un salto estuve a sus pies! Evitando mi contacto, sacudió ella su cabeza, aflojó la tiesa mortaja en que estaba envuelta, y entonces se desbordó por el aire agitado de la estancia una masa enorme de largos y despeinados cabellos; ¡eran más negros que las alas del cuervo de medianoche! Y entonces, la figura que se alzaba ante mí abrió lentamente los ojos.

—¡Por fin los veo! —grité con fuerza—. ¿Cómo podía yo nunca haberme equivocado? ¡Éstos son los grandes, los negros, los ardientes ojos, de mi amor perdido, de lady, de Lady Ligeia!

EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

No pretenderé, naturalmente, opinar que no exista motivo alguno para asombrarse de que el caso extraordinario del señor Valdemar haya promovido una discusión. Sería un milagro que no hubiera sucedido así, especialmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas es mantener el asunto oculto al público, al menos hasta el presente o hasta que haya alguna oportunidad ulterior para otra investigación, y nuestros

esfuerzos a ese efecto han dado lugar a un relato mutilado o exagerado que se ha abierto camino

entre la gente, y que llegará a ser el origen de muchas falsedades desagradables, y, como es natural, de un gran descrédito.

Se ha hecho hoy necesario que exponga los hechos, hasta donde los comprendo yo mismo. Helos sucintamente aquí:

Durante estos tres últimos años ha sido repetidamente atraída mi atención por el tema del mesmerismo o magnetismo animal, y hace nueve meses, aproximadamente, se me ocurrió de pronto que en la serie de experimentos efectuados hasta ahora existía una muy notable y muy inexplicable omisión: nadie había sido aún magnetizado in articulo mortis. Quedaba por ver, primero, si en semejante estado existía en el paciente alguna sensibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso afirmativo, estaba atenuada o aumentada por ese estado; en tercer lugar, cuál es la extensión y por qué período de tiempo pueden ser detenidas las intrusiones de la muerte con ese procedimiento. Había otros puntos que determinar; pero eran éstos los que más excitaban mi curiosidad; el último en particular, dado el carácter enormemente importante de sus consecuencias.

Buscando a mi alrededor algún sujeto por medio del cual pudiese comprobar esas particularidades, acabé por pensar en

mi amigo el señor Ernesto Valdemar, compilador muy conocido de la Biblioteca Forensica y autor (bajo el nom de plume de Issachar Marx) de las traducciones polacas de Wallenstein y de Gargantúa. El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem, N. Y., desde el año de 1839, es (o era) notable sobre todo por la excesiva delgadez de su persona — sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph— y también por la blancura de sus cabellos, que, a causa de esa blancura, se confundían de ordinario con una peluca. De marcado temperamento nervioso, esto le hacía ser un buen sujeto para las experiencias magnéticas. En dos o tres ocasiones le había yo dormido sin dificultad; pero me sentí defraudado en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me había hecho, por supuesto, esperar. Su voluntad no quedaba bajo mi influencia, y respecto a la clairvoyance, no pude realizar con él nada digno de mención. Había yo atribuido siempre mi fracaso a esas cuestiones relacionadas con la alteración de su salud. Algunos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado una tisis comprobada. Era, en realidad, costumbre suya hablar con toda tranquilidad de su cercano fin como de una cuestión que no podía ni evitarse ni lamentarse.

Respecto a esas ideas a que he aludido antes, cuando se me ocurrieron por primera vez, pensé, como era natural, en el señor Valdemar. Conocía yo la firme filosofía de aquel hombre para temer cualquier clase de escrúpulos por su parte, y no tenía él

parientes en América que pudiesen, probablemente, intervenir. Le hablé con toda franqueza del asunto, y ante mi sorpresa, su interés pareció muy excitado. Digo ante mi sorpresa, pues aunque hubiese él

cedido siempre su persona por libre albedrío para mis experimentos, no había demostrado nunca hasta entonces simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de las que no admiten un cálculo exacto con respecto a la época de su término mortal. Quedó, por último, convenido entre nosotros que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos como el de su muerte.

Hace más de siete meses que recibí la siguiente esquela del propio señor Valdemar:

«Mi querido P***:

»Puede usted venir ahora. D*** y F*** están de acuerdo en que no llegaré a las doce de la noche de mañana y creo que han acertado con el plazo exacto o poco menos.

VALDEMAR»

Recibí esta esquela una media hora después de haber sido escrita, y a los quince minutos todo lo más, me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto en diez días, y me quedé aterrado de la espantosa alteración que en tan breve lapso se había producido en él. Su cara tenía un color plomizo,

sus ojos estaban completamente apagados, y su delgadez era tan extremada, que los pómulos habían perforado la piel. Su expectoración era excesiva. El pulso, apenas perceptible. Conservaba, sin embargo, de una manera muy notable sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba algunas medicinas calmantes sin ayuda de nadie, y cuando entré en la habitación, se ocupaba en escribir a lápiz unas notas en un cuadernillo de bolsillo. Estaba incorporado en la cama gracias a unas almohadas. Los doctores D*** y F*** le prestaban asistencia.

Después de haber estrechado la mano del señor Valdemar, llevé a aquellos caballeros aparte y obtuve un minucioso informe del estado del paciente. El pulmón izquierdo se hallaba desde hacía ocho meses en un estado semióseo o cartilaginoso y era, por consiguiente, de todo punto inútil para cualquier función vital. El derecho, en su parte superior, estaba también parcial, si no totalmente osificado, mientras la región inferior era sólo una masa de tubérculos purulentos, conglomerados. Existían varias perforaciones extensivas, y en cierto punto había una adherencia permanente de las costillas. Estas manifestaciones en el lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación había avanzado con una inusitada rapidez; no se había descubierto ningún signo un mes antes, y la adherencia no había sido observada hasta tres días antes. Con independencia de la tisis, se sospechaba un aneurisma de la aorta, en el paciente; pero sobre este punto, los síntomas de

osificación hacían imposible un diagnóstico exacto. En opinión de los dos médicos, el señor Valdemar moriría alrededor de medianoche del día siguiente

(domingo). Eran entonces las siete de la noche del sábado.

Al separarse de la cabecera del doliente para hablar conmigo, los doctores D*** y F*** le dieron un supremo adiós. No tenían intención de volver; pero, a requerimiento mío, consintieron en venir a visitar de nuevo al paciente hacia las diez de la noche inmediata.

Cuando se marcharon hablé libremente con el señor Valdemar sobre su cercana muerte, así como en especial del experimento proyectado. Se mostró decidido a ello con la mejor voluntad, ansioso de efectuarlo, y me apremió para que comenzase enseguida. Estaban allí para asistirle un criado y una sirvienta; pero no me sentí bastante autorizado para comprometerme en una tarea de aquel carácter sin otros testimonios de mayor confianza que el que pudiesen aportar aquellas personas en caso de accidente repentino. Iba a aplazar, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de Medicina, con quien tenía yo cierta amistad (el señor Teodoro L***I), me sacó por completo de apuros. Mi primera intención fue esperar a los médicos; pero me indujeron a obrar enseguida, en primer lugar, los apremiantes ruegos del señor Valdemar, y en segundo lugar, mi convicción de que no

podía perder un momento, pues aquel hombre se iba por la posta.

El señor L***I fue tan amable, que accedió a mi deseo de que tomase notas de todo cuanto ocurriese, y gracias a su memorándum puedo ahora relatarlo en su mayor parte, condensando o copiando al pie de la letra.

Faltarían unos cinco minutos para las ocho, cuando cogiendo la mano del paciente, le rogué que manifestase al señor L***I, lo más claramente que le permitiera su estado, que él (el señor Valdemar) tenía un firme deseo de que realizara yo el experimento de magnetización sobre su persona en aquel estado.

Replicó él, débilmente, pero de un modo muy audible:

—Sí, deseo ser magnetizado —añadiendo al punto—: Temo que lo haya usted diferido demasiado.

Mientras hablaba así, comencé a dar los pases que sabía ya eran los más eficaces para dominarle. Estaba él, sin duda, influido por el primer pase lateral de mi mano de parte a parte de su cabeza; pero, aunque ejercité todo mi poder, no se manifestó ningún efecto hasta unos minutos después de las diez, en que los doctores D*** y F*** llegaron, de acuerdo con la cita. Les expliqué en pocas palabras lo que me proponía hacer, y como ellos no opusieron ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, proseguí, sin vacilación, cambiando, no obstante, los pases laterales por otros hacia

abajo, dirigiendo exclusivamente mi mirada a los ojos del paciente.

Durante ese rato era imperceptible su pulso, y su respiración estertorosa y con intervalos de medio minuto.

Aquel estado continuó inalterable casi durante un cuarto de hora. Al terminar este tiempo, empero, se escapó del pecho del moribundo un suspiro natural, aunque muy hondo, y cesó la respiración estertorosa, es decir, no fue ya sensible aquel estertor; no disminuían los intervalos. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

A las once menos cinco percibí signos inequívocos de la influencia magnética. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos se convirtió en esa expresión de desasosegado examen interno que no se ve nunca más que en los casos de sonambulismo, y que no se puede confundir. Con unos pocos pases laterales rápidos hice estremecerse los párpados, como en un sueño incipiente, y con otros cuantos más se los hice cerrar. No estaba yo satisfecho con esto, a pesar de todo, por lo que proseguí mis manipulaciones de manera enérgica y con el más pleno esfuerzo de voluntad, hasta que hube dejado bien rígidos los miembros del durmiente, después de colocarlos en una postura cómoda, al parecer. Las piernas estaban estiradas por entero; los brazos, casi lo mismo, descansando sobre el

lecho a una distancia media de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Cuando hube realizado esto eran las doce dadas, y rogué a los caballeros allí presentes que examinasen el estado del señor Valdemar. Después de varias pruebas, reconocieron que se hallaba en un inusitado y perfecto estado de trance magnético. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D*** decidió enseguida permanecer con el paciente toda la noche, mientras el doctor F*** se despidió, prometiendo volver al despuntar el día. El señor L***I y los criados se quedaron allí.

Dejamos al señor Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él, y le encontré en el mismo estado que cuando el doctor F*** se marchó, es decir, tendido en la misma posición. Su pulso era imperceptible; la respiración, suave (apenas sensible, excepto al aplicarle un espejo sobre la boca); los ojos estaban cerrados con naturalidad, y los miembros, tan rígidos y fríos como el mármol. A pesar de todo, el aspecto general no era en modo alguno el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar hice una especie de semiesfuerzo para que su brazo derecho siguiese el mío durante los movimientos que éste ejecutaba sobre uno y otro lado de su persona. En experimentos semejantes con el paciente no había tenido nunca un éxito absoluto, y de seguro no pensaba tenerlo ahora tampoco; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la

mayor facilidad, aunque débilmente, todas las direcciones que le indicaba yo con el mío. Decidí arriesgar unas cuantas palabras de conversación.

—Señor Valdemar —dije—, ¿duerme usted?

No respondió, pero percibí un temblor en sus labios, y eso me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, todo su ser se agitó con un ligero estremecimiento; los párpados se levantaron por sí mismos hasta descubrir una línea blanca del globo; los labios se movieron perezosamente, y por ellos, en un murmullo apenas audible, salieron estas palabras:

—Sí, duermo ahora. ¡No me despierte!... ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano... Pregunté al sonámbulo de nuevo:

—¿Sigue usted sintiendo dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta fue ahora inmediata, pero menos audible que antes:

—No siento dolor... ¡Estoy muriendo!

No creí conveniente molestarle más, por el momento, y no se dijo ni se hizo ya nada hasta la llegada del doctor F***, que precedió un poco a la salida del sol; manifestó su asombro sin límites al encontrar al paciente todavía vivo. Después de

tomarle el pulso y de aplicar un espejo a sus labios, me rogó que hablase de nuevo al sonámbulo. Así lo hice, diciendo:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Como antes, pasaron algunos minutos hasta que llegó la respuesta, y durante ese intervalo el yacente pareció reunir sus energías para hablar. Al repetirle por cuarta vez la pregunta, dijo él muy débilmente, de un modo casi ininteligible:

—Sí, duermo aún... Muero.

Fue entonces opinión o más bien deseo de los médicos que se dejase al señor Valdemar permanecer sin molestarle en su actual y, al parecer, tranquilo estado, hasta que sobreviniese la muerte, lo cual debía de tener lugar, a juicio unánime de ambos, dentro de escasos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, repitiéndole simplemente mi pregunta anterior.

Cuando lo estaba haciendo se produjo un marcado cambio en la cara del sonámbulo. Los ojos giraron en sus órbitas despacio, las pupilas desaparecieron hacia arriba, la piel tomó un tinte general cadavérico, pareciendo no tanto un pergamino como un papel blanco, y las manchas héticas circulares, que antes estaban muy marcadas en el centro de cada mejilla, se disiparon de súbito. Empleo esta expresión porque lo repentino de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. El labio superior al mismo tiempo se retorció, alzándose sobre los dientes, que hacía un

instante cubría por entero, mientras la mandíbula inferior cayó con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta por completo y al descubierto, a simple vista, la lengua hinchada y negruzca. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto del señor Valdemar era en aquel momento tan espantoso y tan fuera de lo imaginable, que hubo un retroceso general alrededor del lecho.

Noto ahora que he llegado a un punto de este relato en que todo lector, sobrecogido, me negará crédito. Es mi tarea, no obstante, proseguir haciéndolo.

No había ya en el señor Valdemar el menor signo de vitalidad, y llegando a la conclusión de que había muerto, le dejábamos a cargo de los criados, cuando observamos un fuerte movimiento vibratorio en la lengua. Duró esto quizá un minuto. Al transcurrir, de las separadas e inmóviles mandíbulas salió una voz tal, que sería locura intentar describirla. Hay, en puridad, dos o tres epítetos que podrían serle aplicados en cierto modo: puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era áspero, desgarrado y hueco; pero el espantoso conjunto era indescriptible, por la sencilla razón de que sonidos análogos no han hecho vibrar nunca el oído de la Humanidad. Había, sin embargo, dos particularidades que —así lo pensé entonces, y lo sigo pensando— pueden ser tomadas justamente como características de la entonación, como apropiadas para dar una idea de su espantosa peculiaridad. En primer lugar la voz

parecía llegar a nuestros oídos —por lo menos, a los míos— desde una gran distancia o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo lugar, me impresionó (temo realmente que me sea imposible hacerme comprender) como las materias gelatinosas o viscosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido era de un silabeo claro, o aún más, asombrosa, espeluznantemente claro. El señor Valdemar hablaba, sin duda, respondiendo a la pregunta que le había yo hecho minutos antes. Le había preguntado, como se recordará, si seguía dormido. Y él dijo ahora:

—Sí, no; he dormido..., y ahora, ahora estoy muerto.

Ninguno de los presentes fingió nunca negar o intentó reprimir el indescriptible y estremecido horror que esas pocas palabras, así proferidas, tan bien calculadas, le produjeron. El señor L***I (el estudiante) se desmayó. Los criados huyeron inmediatamente de la habitación, y no pudimos inducirles a volver a ella. No pretendo hacer inteligibles para el lector mis propias impresiones. Durante una hora casi nos afanamos juntos, en silencio —sin pronunciar una palabra— nos esforzamos en hacer revivir al señor L***I. Cuando volvió en sí proseguimos juntos de nuevo el examen del estado del señor Valdemar.

Seguía bajo todos los aspectos tal como he descrito últimamente, a excepción de que el espejo no recogía ya señal de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo falló. Debo mencionar también que ese miembro no estaba ya sujeto a mi voluntad. Me esforcé en balde por que siguiera la dirección de mi mano. La única señal real de influencia magnética se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que dirigía yo una pregunta al señor Valdemar.

Parecía él hacer un esfuerzo para contestar, pero no tenía ya la suficiente voluntad. A las preguntas que le hacía cualquier otra persona que no fuese yo, parecía absolutamente insensible, aunque procuré poner a cada miembro de aquella reunión en relación magnética con él. Creo que he relatado cuanto es necesario para hacer comprender el estado del sonámbulo en aquel período. Buscamos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y del señor L***I.

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente. Su estado seguía siendo exactamente el mismo. Tuvimos entonces una discusión sobre la conveniencia y la posibilidad de despertarle, pero nos costó poco trabajo ponernos de acuerdo en que no serviría de nada hacerlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que suele designarse con el nombre de muerte) había sido detenida por la operación magnética. Nos pareció claro a todos que el despertar al señor Valdemar sería, sencillamente, asegurar su instantáneo o, por lo menos, su rápido fin.

Desde ese período hasta la terminación de la semana última — en un intervalo de casi siete meses— seguimos reuniéndonos todos los días en casa del señor Valdemar, de cuando en cuando acompañados de médicos y otros amigos. Durante todo ese tiempo, el sonámbulo seguía estando exactamente tal como he descrito ya. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el viernes último cuando decidimos, por fin, efectuar el experimento de despertarle, o de intentar despertarle, y es acaso el deplorable resultado de este último experimento el que ha dado origen a tantas discusiones en los círculos privados, en muchas de las cuales no puedo por menos de ver una credulidad popular injustificable.

A fin de sacar al señor Valdemar del estado de trance magnético, empleé los acostumbrados pases. Durante un rato resultaron infructuosos. La primera señal de su vuelta a la vida se manifestó por un descenso parcial del iris. Observamos como algo especialmente notable que ese descenso de la pupila iba acompañado de un derrame abundante de un licor amarillento (por debajo de los párpados) con un olor acre muy desagradable.

Me sugirieron entonces que intentase influir sobre el brazo del paciente, como en los pasados días. Lo intenté y fracasé. El doctor F*** expresó su deseo de que le dirigiese una pregunta. Lo hice del modo siguiente:

—Señor Valdemar, ¿puede usted explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones o deseos?

Hubo una reaparición instantánea de los círculos héticos sobre sus mejillas; la lengua se estremeció, o más bien se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes), y, por último, la misma horrenda voz que ya he descrito antes prorrumpió:

—¡Por amor de Dios!... Deprisa..., deprisa..., hágame dormir o despiérteme deprisa..., ¡deprisa!... ¡Le digo que estoy muerto!

Estaba yo acobardado a más no poder, y durante un momento permanecí indeciso sobre lo que debía hacer. Intenté primero un esfuerzo para calmar al paciente, pero al fracasar, en vista de aquella total suspensión de la voluntad, cambié de sistema, y luché denodadamente por despertarle. Pronto vi que esta tentativa iba a tener un éxito completo, o, al menos, me imaginé que sería completo mi éxito, y estoy seguro de que todos los que permanecían en la habitación se preparaban a ver despertar al paciente.

Sin embargo, es de todo punto imposible que ningún ser humano estuviera preparado para lo que ocurrió en la realidad.

Cuando efectuaba yo los pases magnéticos, entre gritos de «¡Muerto, muerto!», que hacían por completo explosión sobre la lengua, y no sobre los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso en menos

tiempo, se contrajo, se desmenuzó, se pudrió terminantemente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de aborrecible podredumbre.

BREVE CHARLA CON UNA MOMIA

El symposium de la noche anterior había fatigado un poco mis nervios. Tenía un atroz dolor de cabeza y estaba desesperadamente soñoliento. Por eso, en vez de pasar fuera la noche, como tenía intención, se me ocurrió que no podía hacer nada más sensato que tomar cualquier cosa de cena y meterme al punto en la cama.

Una cena ligera, naturalmente. Soy aficionado con exceso a las tostadas untadas de queso derretido, con cerveza. Comer más de una libra de una vez puede no ser, empero, del todo aconsejable. Aunque no cabe hacer objeción material a la cifra dos. Y, en realidad, entre dos y tres hay, en suma, una sola unidad de diferencia. Me arriesgué, quizá, hasta engullir cuatro. Mi mujer sostiene que fueron cinco; pero, a no dudar, ha confundido ella dos cuestiones muy distintas. El número abstracto cinco estoy dispuesto a admitirlo; pero,

concretamente, ella se refiere a las botellas de Brown Stout, sin las cuales, en materia de condimento, hay que huir de las tostadas de queso.

Habiendo así despachado una comida frugal, y ya puesto el gorro de dormir, abrigando la sincera esperanza de gozar de él hasta las doce del día siguiente, apoyé mi cabeza sobre la almohada, y con la ayuda de una conciencia excelente me sumí en un profundo sueño desde luego.

Pero ¿cuándo se realizan por completo las esperanzas de la Humanidad? Apenas había acabado mi tercer ronquido, sonaron unos furiosos campanillazos en la puerta de la calle, y luego, unos aldabonazos impacientes que me despertaron enseguida. Un minuto después, y mientras me restregaba todavía los ojos, mi mujer me metió en la cara una esquila de mi viejo amigo el doctor Ponnonner. Rezaba así:

«Venga a casa sin falta, mi querido y buen amigo, tan pronto como reciba ésta. Venga a compartir mi alegría. Al fin, merced a una perseverante diplomacia, he obtenido el consentimiento de los directores del Museo de la ciudad para que examine la momia, y ya sabe usted a cuál me refiero. Tengo permiso para desfajarla y abrirla, si quiero. Sólo unos cuantos amigos estarán presentes, usted entre ellos, por supuesto. La momia se encuentra ahora en mi casa, y comenzaremos a desfajarla a las nueve de la noche.

»Siempre suyo, PONNONNER».

Antes de llegar al PONNONNER me convencí de que estaba tan despierto como un hombre necesita estarlo. Salté del lecho, extasiado, derribando todo en mi camino; me vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa, y saliendo a la calle me dirigí a toda velocidad hacia la casa del doctor.

Encontré allí una reunión muy agitada. Me habían esperado con mucha impaciencia. La momia estaba tendida sobre la mesa del comedor; en el momento de entrar habían comenzado su examen.

Aquella momia era una de las dos traídas unos años antes por el capitán Arturo Sabretash, un primo de Ponnonner, de una tumba cercana a Eleithias, en las montañas libias, a una distancia considerable, más arriba de Tebas, junto al Nilo. Los sepulcros, en ese lugar, aunque menos magníficos que los tebanos, son de mayor interés, pues ofrecen numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. La cámara, de donde había sido cogido nuestro ejemplar era, según decían, muy rica en tales ilustraciones: los muros estaban completamente cubiertos de pinturas al fresco y de bajorrelieves; a trechos, estatuas, vasos y una obra de mosaico de excelente modelo atestiguaban la crecida fortuna de los difuntos.

El tesoro fue depositado en el Museo, precisamente en el mismo estado en que el capitán Sabretash lo había encontrado, es

decir, con el féretro intacto. Durante ocho años permaneció allí expuesta, sometida sólo en su exterior a las miradas públicas. Teníamos, por tanto, ahora, la momia completa a nuestra disposición, y a los que saben cuán raro es que lleguen a nuestras costas antigüedades sin saquear les resultará evidente enseguida que teníamos muchas razones para congratularnos de nuestra buena suerte.

Al acercarme a la mesa vi sobre ella un cajón o arca de cerca de siete pies de largo y quizá de tres pies de ancho por dos pies y medio de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. Al principio supusimos que la materia de que estaba hecho era madera de sicomoro (*Acer pseudoplatanus*); pero al cortarla nos encontramos con que era cartón, o, con más propiedad, papier mâché, compuesto de papiro. Estaba toscamente adornado de pinturas representando escenas funerarias y otros temas lúgubres, con las cuales se entremezclaban en todos sentidos ciertas series de caracteres jeroglíficos que significaban, sin duda, el nombre del difunto. Por fortuna, mister Gliddon formaba parte de la reunión, y no tuvo dificultad en traducirnos las letras, que eran sólo fonéticas y componían la palabra «Allamistakeo».

Nos costó algún trabajo abrir el arca sin estropearla; pero, efectuada al cabo la tarea, encontramos una segunda, ésta en forma de ataúd y de un tamaño mucho menor que la externa, aunque parecida a aquélla con exactitud en todo lo demás. El

espacio entre las dos estaba relleno de resina, que había, hasta cierto punto, deteriorado los colores de la caja interna.

Después de haber abierto ésta (lo cual nos fue muy fácil), llegamos a una tercera caja, también en forma de ataúd y que no se diferenciaba de la segunda en ningún detalle, salvo en su materia, que era cedro, y, desprendía aún el peculiar y altamente aromático olor de esa madera. Entre la segunda y la tercera caja no quedaba espacio alguno.

Al sacar la tercera caja descubrimos y sacamos el propio cuerpo. Esperábamos encontrarlo, como es costumbre, envuelto en numerosas tiras o vendas de lino; pero en lugar de ello hallamos una especie de vaina hecha de papiro y cubierta de una capa de yeso burdamente pintada y dorada. Las pinturas representaban temas relacionados con los diversos supuestos deberes del alma y su presentación a las diferentes divinidades, entre numerosas figuras humanas idénticas, puestas allí, con toda probabilidad, como retratos de las personas embalsamadas. De la cabeza a los pies extendíase una inscripción columnaria o perpendicular en jeroglíficos fonéticos, indicando de nuevo el nombre y los títulos del difunto y los nombres y títulos de sus parientes.

Alrededor del cuello así desfajado estaba el collar de cuentas de vidrio

cilíndricas de diversos colores y dispuesto como para formar imágenes de deidades, del escarabajo, etcétera, con el globo alado. En torno a la parte estrecha de la cintura había un collar o cinturón parecido.

Habiendo quitado el papiro, encontramos la carne en excelente conservación, sin ningún olor perceptible. El color era rojizo. La piel, dura, lisa y satinada. Los dientes y los cabellos se hallaban en buen estado. Los ojos (al parecer) habían sido arrancados, sustituyéndolos con otros de vidrio, muy bellos, que imitaban a maravilla la vida, salvo en su fijeza, demasiado acentuada. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

Mister Gliddon opinaba, dada la rojez de la epidermis, que el embalsamamiento había sido efectuado enteramente con asfalto; pero al raspar la superficie con un instrumento de acero, y habiendo echado al fuego un poco del polvo así obtenido se hizo evidente el olor de alcanfor y de otras gomas aromáticas.

Examinamos el cadáver con sumo cuidado para descubrir las incisiones acostumbradas, por las cuales eran extraídas las entrañas; pero, para sorpresa nuestra, no encontramos una sola. Ningún miembro de la reunión sabía en aquel momento que es frecuente encontrar momias enteras o sin incisiones. El cerebro solía vaciarse por la nariz; los intestinos; por una incisión en el costado. El cuerpo era entonces afeitado, lavado y salado; luego lo dejaban reposar aparte durante varias

semanas, y después comenzaba la operación del embalsamamiento propiamente dicho.

Como no se podía encontrar ninguna huella de incisión, el doctor Ponnonner preparaba sus instrumentos de disección cuando hice notar que eran ya, las dos dadas. Al llegar aquí se acordó aplazar el examen interno hasta la noche próxima, y cuando íbamos a separarnos, alguien sugirió la idea de un experimento o dos con la pila de Volta.

La aplicación de la electricidad a una momia que tendría tres o cuatro mil años era una idea, si no muy sensata, al menos bastante original, y todos la cogimos al vuelo. Con una décima parte de seriedad y nueve décimas partes de broma dispusimos una batería en el gabinete del doctor, y transportamos allí al egipcio.

Sólo después de mucho trabajo conseguimos descubrir un trozo del músculo temporal que parecía presentar menor rigidez pétrea que las otras partes del cuerpo, pero que, como esperábamos, no dio, claro está, señal de susceptibilidad galvánica al ponerlo en contacto con el alambre. Al tercer ensayo nos pareció decisivo esto, y riéndonos con ganas de nuestro propio desatino, nos deseábamos las buenas noches mutuamente cuando mis ojos, cayendo por casualidad sobre los de la momia, se quedaron allí clavados de asombro. Aquel breve vistazo me bastó, en realidad, para tener la completa

certeza de que los globos que todos habíamos supuesto eran de vidrio, y que al principio se distinguían por una extraña fijeza, estaban ahora tan bien cubiertos por los párpados, que sólo era visible una pequeña porción de la túnica albugínea.

Llamé la atención con un grito sobre aquel hecho, que fue enseguida evidente para todos.

No diré que me sentí alarmado por el fenómeno, porque «alarmado» no es, en mi caso, la palabra exacta. Es posible, sin embargo, que, a causa del Brown Stout, estuviese un poco nervioso. En cuanto al resto de los reunidos, no intentaron, por cierto, ocultar el claro miedo que los invadía. El doctor Ponnonner era un hombre que daba lástima. Mister Gliddon, por algún procedimiento especial, se hizo invisible. E imagino que mister Silk Buckingham no tendrá la osadía de negar que se metió a cuatro patas debajo de la mesa.

Pasada la primera conmoción de estupor, decidimos, empero, ni qué decir tiene, efectuar inmediatamente otro experimento. Nuestras operaciones se dirigieron ahora contra el dedo pulgar del pie derecho. Hicimos una incisión en la parte externa del os sesamoideum pollicis pedis y llegamos así a la raíz del músculo abductor. Adaptando de nuevo la batería, aplicamos ahora el fluido a los nervios bisectores, cuando, con un movimiento que superaba al de la vida natural, la momia levantó la rodilla derecha como para ponerla en estrecho contacto con el abdomen, y luego, enderezando aquel miembro con una fuerza inconcebible, largó un puntapié al doctor Ponnonner, que tuvo

por efecto disparar a dicho gentleman como el proyectil de una catapulta y lanzarle a la calle por una ventana.

Nos precipitamos fuera en masse para recoger los destrozados restos de la víctima; pero tuvimos la dicha de encontrárnoslo en la escalera que subía con una inexplicable celeridad, henchido de la más ardiente filosofía y más convencido que nunca de la necesidad de proseguir nuestro experimento con vigor y celo.

Por consejo suyo, en efecto, hicimos, acto seguido, una profunda incisión en la punta de la nariz del paciente mientras el propio doctor, cogiéndola con ímpetu, la puso en violento contacto con el alambre.

Moral y físicamente —metafórica y literalmente— el efecto fue eléctrico. Primero el cadáver abrió los ojos y parpadeó muy deprisa durante unos minutos, como hace mister Barnes en su pantomima; en segundo lugar, estornudó; en tercer lugar, se incorporó, quedando sentado; en cuarto, colocó su puño ante la cara del doctor Ponnonner, y en quinto lugar, volviéndose hacia los señores Giddon y Buckingham, se dirigió a ellos, en el egipcio más puro, de este modo:

—Debo decirles, caballeros, que estoy tan sorprendido como mortificado por su conducta. Del doctor Ponnonner no podía esperarse otra cosa. Es un desdichado y gordo mentecatuelo que no sabría hacer nada mejor. Le compadezco y le perdono. Pero usted, mister Gliddon, y usted, Silk, que han viajado y

residido en Egipto hasta el punto de que podría imaginarse que han nacido en aquellas tierras; usted, digo, que ha vivido tanto tiempo entre nosotros, que habla el egipcio tan bien, creo, como escribe su lengua materna; de usted, a quien había yo considerado siempre como el más fiel amigo de las momias, esperaba realmente un comportamiento más caballeroso. ¿Qué debo pensar de su actitud impasible al verme tratado de un modo tan brutal? ¿Qué debo suponer cuando permite a Juan y a Pedro que me despojen de mi féretro y de mis ropas en este clima detestablemente frío? ¿Desde qué punto de vista (para terminar) debo considerar su ayuda y complicidad a ese miserable y pequeño bellaco del doctor Ponnonner al tirarme de la nariz?

Se supondrá, de fijo, que después de oír aquel discurso en tales circunstancias salimos todos por la puerta, o caímos presa de violentos ataques de nervios, o sufrimos un desmayo general. Una de estas tres cosas era, digo yo, de esperar. Al fin y al cabo, cada una de esas tres líneas de conducta pudo haber sido seguida muy plausiblemente. Y, bajo palabra, no he logrado saber cómo o por qué no seguimos ninguna de las tres. Aunque acaso haya que buscar la verdadera razón en el espíritu de este tiempo, que actúa siempre conforme a la regla de los contrarios, la cual se admite ahora como solución de lo que sea por medio de paradojas e imposibles. O tal vez, después de todo, era tan sólo el aire hartado natural y familiar de la momia lo que quitaba a sus palabras todo sentido terrorífico.

Comoquiera que fuese, los hechos son evidentes, y ningún miembro de nuestra reunión reveló un azaramiento especial o pareció creer que había ocurrido algo del orden más irregular.

Por mi parte, estaba convencido de que todo era natural, y me situé simplemente a un lado, fuera del alcance del puño del egipcio. El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos, miró, iracundo, a la momia y se puso muy colorado. Mister Gliddon se acariciaba las patillas y estiraba el cuello de su camisa. Mister Buckingham bajó la cabeza y se metió el pulgar derecho en la comisura izquierda de la boca.

El egipcio le miró con cara severa durante unos minutos, y por último dijo con un gesto despreciativo:

—¿Por qué no habla, mister Buckingham? ¿Ha oído usted, o no, lo que le he preguntado? ¿Quiere quitarse de la boca ese dedo?

Mister Buckingham, al oír esto, tuvo un ligero sobresalto, se sacó el pulgar derecho de la comisura izquierda de la boca y, a modo de compensación, introdujo su pulgar izquierdo en la comisura derecha de la abertura antes

mencionada.

No pudiendo obtener una respuesta de mister B***, la momia se volvió, malhumorada, hacia mister Gliddon, y en tono perentorio le pidió que explicase en términos generales qué era lo que deseábamos todos.

Mister Gliddon respondió extensamente en fonética, y de no ser por la insuficiencia de tipos jeroglíficos en las imprentas americanas, tendría yo mucho gusto en transcribir aquí, en el original, su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar que toda la conversación subsiguiente, en que tomó parte la momia, tuvo lugar en egipcio primitivo, por mediación (en lo que respecta a mí mismo y a los otros miembros de la reunión que no habían viajado), por mediación, repito, de los señores Gliddon y Buckingham como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la momia con fluidez y gracia inimitables; pero no podía yo dejar de observar que (a causa, sin duda, de la introducción de imágenes enteramente modernas y, por contado, enteramente nuevas para el extranjero) los dos viajeros se vieron a veces precisados a emplear formas sensibles, a fin de darles un sentido especial. Hubo un momento, por ejemplo, en que mister Gliddon no pudo hacer comprender al egipcio el vocablo «política» hasta que trazó sobre la pared, con un trozo de carbón, un caballere de nariz granujienta, con los codos al aire, erguido hacia atrás, el brazo derecho proyectado hacia delante, el puño cerrado, los ojos alzados hacia el cielo, y la boca abierta en un ángulo de noventa grados. De igual modo, mister Buckingham no conseguía hacerle entender la idea, por completo moderna, de whig, hasta que (por indicación del doctor Ponnonner), palideciendo a fondo, accedió a quitarse la suya.

Era, en verdad, muy comprensible que el discurso de mister Gliddon versara principalmente sobre los grandes beneficios que la ciencia podía obtener del desfajamiento y desentrañamiento de las momias, disculpando a este respecto cualquier molestia que le hubieran podido causar a él en particular, a la momia llamada Allamistakeo; terminó con la simple insinuación (pues apenas fue más) de que como aquellas pequeñas cuestiones estaban ahora ya explicadas, podíase en el acto proseguir la investigación proyectada. Al llegar aquí, el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Con relación a las últimas sugerencias del orador, parece ser que Allamistakeo sintió ciertos escrúpulos de conciencia, sobre la naturaleza de los cuales no he sido claramente informado, pero se mostró satisfecho de las disculpas ofrecidas, y bajándose de la mesa dio la mano a toda la reunión a la redonda.

Cuando hubo terminado esta ceremonia nos ocupamos sin demora de reparar los daños que el escalpelo había causado al paciente. Cosimos la

herida de su sien, le vendamos el pie y aplicamos una pulgada de tafetán negro sobre la punta de su nariz.

Observamos entonces que el conde (éste era el título, al parecer, de Allamistakeo) sentía un ligero temblor, motivado por el frío, de seguro. El doctor fue acto seguido a su

guardarropa y volvió a muy poco con un frac negro del mejor corte hecho por Jennings, un pantalón de tartán azul cielo con trabillas, una chemisse de guinga rosada, un chaleco de brocado con solapas, un gabán saco claro, un bastón de cayada, un sombrero sin alas, unas botas de charol, unos guantes de gamuza color paja, unas antiparras y una corbata de plastrón. A causa de la diferencia de talla entre el conde y el doctor (la proporción era como de dos a uno), costó cierto trabajo adaptar aquellas prendas a la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado podía él decir, por lo menos, que estaba bien vestido. Mister Gliddon, pues, le dio el brazo y le condujo hacia un cómodo sillón junto al fuego, mientras el doctor tocó la campanilla, presuroso, y mandó que trajesen cigarros y vino.

Se animó la conversación muy pronto. Existía, naturalmente, mucha curiosidad con respecto al hecho, bastante notable, de que Allemistakeo estuviera vivo.

—Yo hubiera pensado —observó mister Buckingham— que hacía ya mucho tiempo que había usted muerto.

—¡Cómo —replicó el conde, muy asombrado—. ¡Si no tengo más que setecientos años! Mi padre vivió mil, y no chocheaba en absoluto cuando murió.

Siguió a esto una serie de preguntas y de cálculos, por medio de los cuales resultó patente que la antigüedad de la momia había sido muy torpemente evaluada. Hacía cinco mil cincuenta

años y unos meses que había sido depositada en las catacumbas de Eleithias.

—Pero mi observación —prosiguió mister Buckinghamno se refería a su edad en la época de su entierro (no deseo, de todas veras, sino reconocer que aún es usted joven); yo aludía a la inmensidad de tiempo durante el cual, según su propia manifestación, debe usted de haber estado envuelto en asfalto.

—¿En qué? —preguntó el conde.

—En asfalto —insistió mister Buckingham.

—¡Ah, sí! Tengo una vaga noción de lo que quiere usted decir; eso puede servir, aunque en mi tiempo no empleábamos apenas más que el bicloruro de mercurio.

—Pero lo que nos resulta más difícil de comprender —dijo el doctor Ponnonner— es cómo puede ocurrir que, habiendo usted muerto y sido

enterrado en Egipto hace cinco mil años, esté aquí hoy perfectamente vivo y con un aspecto tan deliciosamente saludable.

—Si yo hubiese, como usted dice, muerto —replicó el conde—, es muy probable que muerto seguiría, pues noto que están ustedes aún en la infancia del galvanismo y que no pueden realizar con él lo que era cosa corriente entre nosotros en los antiguos días. Pero el hecho es que sufrí un ataque de

catalepsia y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto o que debía estarlo, y decidieron embalsamarme enseguida. Supongo que conocerán ustedes el principio capital del método de embalsamamiento.

—¡Cómo! Ni una palabra.

—¡Ah, ya lo veo! ¡Deplorable estado de ignorancia! Bien; no puedo entrar en detalles, por ahora; pero es necesario explicarles que, en Egipto, embalsamar (hablando con propiedad) era suspender por tiempo indefinido todas las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Empleo la palabra «animal» en su sentido más amplio abarcando el ser tanto moral como vital. Repito que el principio capital del embalsamamiento consistía entre nosotros en paralizar inmediatamente y en mantener perpetuamente en suspenso todas las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Para ser breve, cualquiera que fuese el estado en que se encontrara el individuo en el período de embalsamamiento, en ese mismo estado permanecía. Ahora bien: como tenía yo la buena suerte de ser de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado vivo, tal como me ven ustedes actualmente.

—¡La sangre del Escarabajo! —exclamó el doctor Ponnonner.

—Sí. El Escarabajo era la insignium, las «armas» de una familia noble muy distinguida y muy poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa, en fin, ser uno de los miembros de esa

familia que tenían el Escarabajo como emblema. Hablo en sentido figurado.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo ahora?

—Pues verán ustedes: era costumbre general en Egipto quitar al cadáver, antes del embalsamamiento, los intestinos y el cerebro; sólo la estirpe de los Escarabajos no estaba sujeta a esa costumbre. Por tanto, de no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin intestinos y sin cerebro, y resulta bastante incómodo vivir sin esas dos cosas.

—Lo comprendo —dijo mister Buckingham—, y supongo que todas las momias enteras que llegan a nuestras manos son de la raza de los Escarabajos.

—Sin ningún género de duda.

—Yo creía —dijo mister Gliddon con mucha humildad que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

—¿Uno de los qué egipcios? —exclamó la momia, poniéndose en pie de un salto.

—¡Dioses! —repitió el viajero.

—Mister Gliddon, estoy muy asombrado de oírle hablar de ese modo — dijo el conde, sentándose de nuevo—. Ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido nunca más que un dios. El Escarabajo, el Ibis, etcétera, eran para nosotros (lo mismo que unas criaturas semejantes lo han sido para otros) los

símbolos, o media, o intermediarios, con ayuda de los cuales ofrendamos culto al Creador, demasiado augusto para que nos acerquemos a Él directamente.

Hubo aquí una pausa. Al fin reanudó el coloquio el doctor Ponnonner.

—No es, pues, improbable, por lo que usted ha explicado —dijo—, que en las catacumbas próximas al Nilo puedan existir otras momias de la raza del Escarabajo en condiciones de vitalidad.

—Eso es incuestionable —confirmó el conde—; todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente estando vivos, vivos siguen. Incluso algunos de los embalsamados deliberadamente así, pueden haber sido olvidados por sus albaceas testamentarios, y permanecer aún en la tumba.

—¿Tendría usted la bondad de explicar —dije— qué entiende usted por

«embalsamados deliberadamente así»?

—Con mucho gusto —respondió la momia, después de examinarme despacio a través de sus antiparras, pues era la primera vez que me atrevía a hacerle una pregunta directa—. Con mucho gusto —repitió—. La duración ordinaria de la vida del hombre en mi tiempo era de ochocientos años, aproximadamente. Pocos hombres morían, salvo a consecuencia de un accidente extraordinario, antes de los seiscientos, y pocos vivían más de diez siglos; pero ocho siglos

eran considerados como el término natural. Después de descubrirse el principio de embalsamamiento, como ya se lo he descrito antes, se les ocurrió a nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad, y al mismo tiempo hacer progresar en grande los intereses de la ciencia, viviendo ese término natural en plazos. Por lo que atañe a la Historia, la experiencia ha demostrado a las claras cuán indispensable sería algo así. Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro después de una ímproba labor, y luego sería embalsamado con esmero, dejando el encargo a sus albaceas pro tempore de que le hicieran resucitar pasado cierto lapso de tiempo: pongamos quinientos o seiscientos años. Cuando volviera a la vida al expirar ese plazo, encontraría indefectiblemente su gran obra convertida en una especie de cuaderno de notas escritas al azar, es decir en una especie de liza literaria abierta a las conjeturas

antagónicas, a los enigmas y disputas personales de toda la chusma de exasperados comentadores. Esas conjeturas, etcétera, pasando bajo el nombre de anotaciones o enmiendas, habrían envuelto, deformado y aniquilado el texto, hasta el punto de que el autor tendría que ir dando vueltas con una linterna para descubrir su propio libro. Cuando lo descubriese no merecería la pena que se hubiera tomado ninguna molestia en buscarlo. Después de reescribirlo desde el principio hasta el

fin, consideraría el historiador un deber ineludible ponerse sin tardanza a corregir, conforme a su ciencia y experiencia propias, las tradiciones actuales referentes a la época en que hubiera él vivido antes. Ahora bien: este procedimiento de reescritura y de rectificación personales, proseguido de cuando en cuando por diferentes sabios, tendría como efecto impedir que nuestra historia degenerare en una completa fábula.

—Le pido que me perdone —dijo el doctor Ponnonner en este momento, poniendo suavemente su mano sobre el brazo del egipcio—, le pido que me perdone, conde; pero, ¿me permite que le interrumpa un momento?

—Sin duda alguna, caballero —accedió el conde, retirando el brazo.

—Quisiera nada más que hacerle una pregunta —repuso el doctor—. Ha aludido usted a correcciones personales del historiador de tradiciones relativas a su época. Como promedio, se lo ruego, ¿en qué proporción se encontraba generalmente mezclada la verdad a esa cábala?

—La cábala, como usted la llama apropiadamente, caballero, estaba, por regla general, a la par con los hechos registrados en la historia misma no reescrita; es decir, que no se conoció nunca ni una simple tilde de la una o de la otra, en ninguna circunstancia, que no fuese total y radicalmente falsa.

—Pero ya que resulta absolutamente claro —prosiguió el doctor— que han transcurrido lo menos cinco mil años desde su

entierro, doy por supuesto que su historia, si no sus tradiciones, en ese período, era lo bastante explícita sobre un tema de interés universal, la creación, que tuvo lugar, como sabe usted, sin duda, sólo unos diez siglos antes.

—¡Caballero! —exclamó Allamistakeo.

El doctor repitió su observación, pero únicamente después de muchas explicaciones adicionales pudo hacer que comprendiese el extranjero. Al cabo, este último dijo, vacilando:

—Las ideas que ha indicado usted son para mí, lo confieso, totalmente nuevas. En mi tiempo no he conocido nunca a nadie que tomara en consideración una fantasía tan peregrina como la de que el universo (o este mundo, si usted lo prefiere) pueda haber tenido un comienzo. Recuerdo, que una vez, sólo una vez, oí algo vagamente insinuado por un hombre de mucha ciencia, concerniente al origen de la raza humana; y este hombre empleaba,

como usted, la palabra Adán (o Tierra Roja). La empleaba, no obstante, en un sentido genérico, refiriéndose a la generación espontánea sobre la tierra fértil (ni más ni menos que como un millar de minúsculas especies germinadas), a la generación espontánea, digo, de cinco vastas hordas de hombres, creciendo simultáneas en cinco partes distintas del globo, casi iguales.

Aquí la reunión, en general, se encogió de hombros, y uno o dos miembros se barrenaron la sien con un gesto significativo.

Mister Silk Buckingham, lanzando una rápida ojeada primero sobre el occipucio y luego sobre el sincipucio de Allamistakeo, habló del siguiente modo:

—La larga duración de la vida animal en su tiempo, unida a la práctica ocasional de pasarla, como nos ha explicado usted, en plazos, debió de haber contribuido realmente a fortalecer el desarrollo general y la acumulación de la ciencia. Presumo, pues, que debemos atribuir en absoluto la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todas las especialidades de la ciencia, comparados con los hombres modernos y más en particular con los yanquis, al mayor espesor del cráneo egipcio.

—Confieso de nuevo —replicó el conde con mucha afabilidad— que me cuesta algún trabajo comprenderle. ¿Quiere decirme, se lo ruego, a qué partes de la ciencia alude usted?

Aquí la reunión entera, uniendo sus voces, detalló extensamente las teorías de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Habiéndonos escuchado hasta el final, el conde se puso a contarnos algunas anécdotas, por la cuales resultó evidente que los prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y fenecido en Egipto hacía tanto tiempo, que estaban casi olvidados, y que los procedimientos de Mesmer eran, si bien se mira, despreciables tretas en comparación con los positivos

milagros realizados por los sabios tebanos, que creaban piojos y otros muchos seres semejantes.

Pregunté al conde si su raza había sido capaz de calcular los eclipses.

Sonrió con cierto desdén y dijo que sí.

Esto me azaró un poco; pero iba yo a hacerle otras preguntas referentes a su ciencia astronómica, cuando un miembro de la reunión, que no había abierto aún la boca, murmuró a mi oído que, si necesitaba una información sobre aquello, haría mejor en consultar a Tolomeo (quienquiera que fuese) y también a un tal Plutarco en su obra *De facie lunae*.

Interrogué entonces a la momia sobre los vidrios ardientes y las lentes, y en suma, acerca de la fabricación del vidrio; pero no había terminado de hacer mis preguntas, cuando aquel miembro silencioso me dio suavemente con el codo, rogándome por amor de Dios que echase una ojeada sobre Diodoro de

Sicilia. En cuanto al conde, sólo me preguntó, a manera de réplica, si nosotros los modernos teníamos microscopios que nos permitiesen tallar camafeos al estilo de los egipcios.

Mientras pensaba yo cómo podría contestar aquella pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se aventuró por un camino muy extraordinario.

—¡Vea usted nuestra arquitectura! —ponderó, con gran indignación de los dos viajeros, que le pellizcaban hasta ponerle negro y morado en vano—. ¡Vea usted —gritó, entusiasmado— la Fuente Verde del juego de Bolos en Nueva York! O si ésa es una visión demasiado abrumadora, ¡contemple un monumento al Capitolio de Washington, D.C.!

Y el bueno del hombrecillo médico se puso a detallar con mucha minuciosidad las proporciones del edificio mencionado. Explicó que el pórtico sólo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas de cinco pies de diámetro y a diez pies de distancia unas de otras.

El conde dijo que lamentaba no poder acordarse con precisión en aquel momento de las dimensiones exactas de algunos de los principales edificios de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos se perdían en la noche del Tiempo, pero cuyas ruinas estaban aún en pie, por la época de su entierro, en una amplia llanura de arena al oeste de Tebas. Recordaba, sin embargo (hablando de pórticos) que uno de ellos, erigido en un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, se componía de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete pies de circunferencia y veinticinco de separación. Se llegaba a aquel pórtico desde el Nilo por una avenida de dos millas de largo, formada con esfinges, estatuas y obeliscos de veinte, sesenta y cien pies de altura. El propio palacio (hasta donde él podía recordar) tenía, en una sola dirección, dos millas de largo, y podría tener en total cerca de siete de circuito. Los muros

estaban ricamente pintados todos, por fuera y por dentro, con jeroglíficos. Él no pretendía afirmar que no se hubiesen podido edificar cinco o seis de aquellos Capitolios del doctor entre sus muros; pero no estaba demostrado que doscientos o trescientos de ellos no hubiesen podido estibarse allí sin demasiado trastorno. Aquel palacio de Carnac era un pequeño, un insignificante edificio, después de todo. Él (el conde), con todo, no podía en conciencia negarse a admitir la ingeniosidad, la magnificencia y la superioridad de la Fuente Verde del juego de Bolos, tal como la describía el doctor. Nada parecido, se veía obligado a confesarlo, se había visto nunca en Egipto ni en ninguna otra parte.

Pregunté entonces al conde qué podía decir de nuestros ferrocarriles.

—Nada —replicó— de particular. Son un tanto endebles, un tanto mal ideados y toscamente ensamblados. No pueden, pues, compararse, naturalmente, con las calzadas amplias, llanas, directas, de rodadas de hierro

sobre los cuales los egipcios transportaban templos enteros y obeliscos macizos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Convino en que sabíamos algo en ese género; pero me preguntó cómo nos compondríamos hoy para levantar las impostas sobre los dinteles del más pequeño palacio en Carnac.

Decidí dar por no oído aquello, y le pregunté si tenía alguna idea de los pozos artesianos; pero se limitó a levantar las cejas, mientras mister Gliddon me guiñaba con mucha insistencia los ojos y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de los sondeos para buscar agua en el Gran Oasis habían descubierto uno recientemente. Mencioné entonces nuestro acero, pero el extranjero alzó la nariz y me preguntó si nuestro acero hubiera podido nunca ejecutar la talla de las figuras que se ven en los obeliscos, y que habían sido esculpidas por entero con instrumentos de filo de cobre.

Esto nos desconcertó tanto, que juzgamos prudente desviar nuestro ataque hacia la metafísica. Enviamos a buscar un ejemplar de una obra titulada el Dial, y leímos un capítulo o dos acerca de algo no muy claro que los bostonianos llaman el Gran Movimiento Progresivo.

El conde dijo simplemente que los grandes movimientos eran cosas muy corrientes en sus días, y en cuanto al Progreso, fue en una determinada época una completa calamidad, pero no progresó jamás.

Le hablamos después de la gran belleza e importancia de la Democracia, y nos costó mucho trabajo hacer comprender al conde el verdadero sentido de las ventajas que gozábamos viviendo en un país donde el sufragio era ad libitum y no había rey.

Nos escuchó con marcado interés y, en realidad, pareció divertirse mucho. Cuando terminamos, dijo él que mucho tiempo atrás había sucedido allí algo muy parecido. Trece provincias egipcias decidieron de pronto ser libres, dando así un magnífico ejemplo al resto de la Humanidad. Reunieron a sus sabios y confeccionaron la más ingeniosa constitución que sea posible concebir. Durante algún tiempo se manejaron muy bien, sólo que su habitual fanfarronería seguía siendo prodigiosa. La cosa, no obstante, terminó con la unión de los trece Estados, a los que se agregaron algo así como otros quince o veinte, para el más odioso e insoportable despotismo de que se haya oído hablar sobre la faz de la Tierra.

Pregunté cuál era el nombre de aquel tirano usurpador. Por lo que el conde podía recordar, se llamaba Chusma.

No sabiendo qué decir a eso, levanté la voz y deploré la ignorancia de los

egipcios sobre el vapor.

El conde me miró con gran asombro pero no contestó. Sin embargo, el caballero silencioso me dio un violento codazo en el costado, diciéndome que ya me había comprometido lo bastante una vez, y me preguntó si era yo de veras tan inculto, que ignoraba que la moderna máquina de vapor provenía del invento de Hero a través de Salomón de Caus.

Estábamos en inminente peligro de ser derrotados; pero la buena suerte hizo que el doctor Ponnonner, reanimado, acudiese en socorro nuestro y preguntase si el pueblo egipcio podía pretender seriamente competir con los modernos en el importantísimo arte de la indumentaria.

El conde, a esto, lanzó un vistazo hacia las trabillas de sus pantalones, y, luego, cogiendo por la punta uno de los faldones de su frac, lo mantuvo ante sus ojos unos minutos. Dejándolo caer, por fin, se abrió su boca gradualmente, de oreja a oreja; pero no recuerdo que dijese nada a manera de contestación.

En este momento recobramos nuestro ánimo, y el doctor, acercándose a la momia con gran dignidad, quiso que nos dijese, con sinceridad, por su honor de caballero, si los egipcios habían concebido en cualquier época la fabricación, bien de las pastillas Ponnonner o bien de las píldoras Brandreth.

Esperamos con profunda ansiedad una respuesta, aunque en vano. Aquella respuesta no llegaba. El egipcio se puso colorado y bajó la cabeza. No hubo nunca triunfo más cabal, no hubo nunca derrota sufrida con peor gracia. Realmente, no podía yo soportar el espectáculo de aquella humillación de la pobre momia. Cogí mi sombrero, me incliné con tiesura ante él y me marché.

Al volver a mi casa vi que eran las cuatro dadas, y me metí al momento en la cama. Son ahora las diez de la mañana. Estoy levantado desde las siete, escribiendo estas notas en beneficio

de mi familia y de la Humanidad. A la primera no la veré más. Mi mujer es una arpía. La verdad es que estoy francamente harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo marcha de la peor manera. Además, siento una gran impaciencia por saber quién será presidente en el año 2045. Por eso, en cuanto me haya afeitado, y sorbido una taza de café, voy a subir a casa de Ponnonner y a hacerme embalsamar por un par de siglos.

METZENGERSTEIN

El horror y la fatalidad han aparecido libremente en público en todas las edades. ¿Para qué señalar una fecha a la historia que voy a contar? Basta con decir que en la época de que hablo existía en el interior de Hungría una

arraigada, aunque oculta, creencia en las doctrinas de la metempsicosis. De esas doctrinas mismas —esto es, de su falsedad o de su probabilidad— no diré nada. Afirmo, sin embargo, que gran parte de nuestra incredulidad (como dice La Bruyère de toda nuestra infelicidad) viét de no pouvoir être seul.

Pero había algunos puntos en la superstición húngara que tendían por completo a lo absurdo. Ellos —los húngaros—

diferían muy esencialmente de sus autoridades de Oriente. Por ejemplo, el alma —dicen aquéllos y cito las palabras de un agudo e inteligente parisiense—: ne demeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux.

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein habían estado desavenidas durante siglos. No hubo nunca antes dos casas tan ilustres agriadas mutuamente por una hostilidad tan mortal. El origen de esta enemistad parece hallarse en las palabras de una antigua profecía: «Un elevado nombre caerá con espantosa caída cuando, como el jinete sobre su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlifitzing».

Seguramente estas palabras en sí tenían escaso o nulo significado. Pero causas más triviales han dado origen —y esto sin remontarse mucho— a consecuencias igual de memorables. Además, los estados sitio contiguos habían ejercido largo tiempo una influencia rival en los asuntos de un gobierno bullicioso. Por otra parte, vecinos tan cercanos son rara vez amigos; y los moradores del castillo de Berlifitzing podían ver desde sus elevados contrafuertes hasta por dentro de las ventanas del palacio de Metzengerstein. Y no era en absoluto la magnificencia más que feudal así ostentada la que intentaba apaciguar los irritables sentimientos de los Berlifitzing, menos antiguos y menos ricos. ¿Cómo extrañarse, entonces, de que las palabras, aunque necias, de aquella predicción, pueden haber creado y mantenido la discordia entre dos familias ya

predispuestas a las contiendas por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía entrañar —si es que entrañaba algo— un triunfo final del lado de la casa más poderosa ya, y que, naturalmente, vivía en la memoria de la más débil y menos influyente, con la más amarga animosidad.

Guillermo, conde de Berlifitzing, aunque de altísima estirpe, era en el tiempo de esta narración un viejo chocho y achacoso, notable tan sólo por una loca e inveterada antipatía personal hacia la familia de su rival, y con una pasión tan loca por los caballos y la caza, que ni aquella debilidad corporal ni su incapacidad mental le impedían tomar parte a diario en los peligros de la montería.

Por otro lado, Federico, barón de Metzengerstein, no era aún mayor de edad. Su padre, el ministro G***, había muerto joven. Su madre, lady María,

le siguió muy pronto. Federico tenía a la sazón dieciocho años. En una ciudad, dieciocho años no son mucho tiempo; pero en una soledad, y en una soledad tan magnífica como la de aquella vieja soberanía, el péndulo vibra con más hondo significado.

A consecuencia de algunas circunstancias especiales derivadas de la administración de su padre, el joven barón, al morir, entró inmediatamente en posesión de sus vastos dominios. Rara vez se había visto antes gozar de un patrimonio tal a un noble

húngaro. Sus castillos eran innumerables. El primero en cuanto a magnificencia y extensión era el palacio de Metzengerstein. La línea fronteriza de sus dominios estaba claramente definida, pero su parque principal abarcaba un circuito de cincuenta millas.

Sobre la herencia de un propietario tan joven y de un carácter muy bien conocido, de una fortuna tan incomparable, circulaban pocos rumores en relación con su probable línea de conducta. Y realmente, en el espacio de tres días, la conducta del heredero excedió la de Herodes y superó en magnificencia la expectación de sus más entusiastas admiradores.

Vergonzosos libertinajes, flagrantes felonías, atrocidades inauditas, hicieron comprender enseguida a sus temblorosos vasallos que ni la servil sumisión por parte de éstos ni los escrúpulos de conciencia por la de él, les garantizarían de allí en adelante la menor seguridad contra las garras sin remordimientos de aquel pequeño Calígula. La noche del cuarto día se descubrió que había estallado un incendio en las cuadras del castillo de Berlifitzing, y la opinión unánime del vecindario añadió el crimen del incendiario a la ya horrenda lista de delitos y enormidades del barón.

Pero durante el tumulto ocasionado por aquel accidente, el joven noble ocupaba —sumido, al parecer, en meditación— una amplia y solitaria estancia enclavada en la parte alta del palacio familiar de Metzengerstein. Los tapices ricos, aunque ajados, que colgaban de los muros con languidez,

representaban las vagas y majestuosas figuras de mil ilustres antecesores. Allí, sacerdotes revestidos de rico armiño, dignatarios pontificales, sentábanse familiarmente con el autócrata y el soberano, ponían el veto a los deseos de un rey temporal o contenían con el fiat de la supremacía papal el cetro rebelde del Enemigo Malo. Allí las oscuras y altas figuras de los príncipes de Metzengerstein —sus musculosos caballos de guerra pisoteando los cadáveres de los enemigos caídos— sobrecogían los nervios más firmes con su vigorosa expresión, y allí también, las figuras voluptuosas y blancas como cisnes de las damas de los pasados días flotaban lejos, en los laberintos de una danza irreal, a los sonos de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón escuchaba o fingía escuchar el alboroto que aumentaba gradualmente en las cuadras de Berlifitzing —o meditaba quizá algún acto de audacia más nuevo o más decidido—, sus ojos se volvieron, sin

querer, hacia la figura de un enorme caballo de color innatural, representado en el tapiz como perteneciente a un sarraceno, antepasado de la familia de su rival. El caballo aparecía en el primer plano del cuadro, inmóvil como una estatua, mientras detrás, más allá, su jinete derrotado parecía bajo el puñal de un Metzengerstein.

Sobre los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si se diera cuenta de la dirección que había tomado su

mirada inconscientemente. Con todo, no la apartó. Por el contrario, no podía dominar la ansiedad abrumadora que parecía caer sobre sus sentidos como un paño mortuorio. Conciliaba a duras penas sus sueños y sus sentimientos incoherentes con la certeza de hallarse despierto. Cuanto más lo contemplaba, más absorbente era el hechizo, más imposible le parecía el poder arrancar su mirada de la fascinación del tapiz. Pero el tumulto del exterior se hizo de repente más violento, y con un esfuerzo forzado dirigió su atención hacia una explosión de luz rojiza proyectada de lleno desde las cuadras llameantes sobre las ventanas de la estancia.

El acto, empero, sólo fue momentáneo; su mirada se volvió maquinalmente hacia el muro. Ante su extremado horror y su gran asombro, la cabeza del gigantesco corcel había cambiado de posición durante aquel intervalo. El cuello del animal, al principio curvado como compasivamente sobre el abatido cuerpo de su señor, estaba ahora estirado con toda su largura en dirección al barón. Los ojos, antes invisibles, mostraban ahora una expresión enérgica y humana, y brillaban con un rojo ardiente y desusado, y los belfos separados del caballo, furioso en apariencia, dejaban ver por completo sus dientes sepulcrales y repulsivos.

Estupefacto de terror, el joven noble se dirigió, tambaleante, hacia la puerta. Cuando iba a abrirla, un relámpago de luz roja flameó dentro de la habitación, proyectando su sombra con un claro contorno sobre el agitado tapiz, y mientras vacilaba él un

instante en el umbral, se estremeció al ver que la sombra tomaba la postura exacta y llenaba exactamente el contorno del implacable y triunfador matador del Berlifitzing sarraceno.

Para aliviar la depresión de su ánimo, el barón salió, presuroso, al aire libre. En la puerta principal del palacio se encontró a tres caballerizos. Con gran dificultad y un inminente peligro de sus vidas, contenían ellos los saltos convulsivos de un caballo gigantesco color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó el joven en tono pendenciero y ronco, reconociendo inmediatamente que el misterioso corcel del tapiz era la copia exacta del furioso animal que tenía ante los ojos.

—Es de vuestra pertenencia, señor —replicó uno de los caballerizos—; al

menos, no ha sido reclamado por ningún otro dueño. Lo hemos cogido cuando huía, todo humeante, espumeando de rabia, de las cuadras incendiadas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que pertenecía a las cuadras de caballos extranjeros del viejo conde, lo hemos traído aquí como descarriado. Pero los mozos niegan toda propiedad sobre este ejemplar, lo cual es extraño, puesto que muestra señales evidentes del fuego, que prueban que se ha librado de él de milagro.

—Las iniciales W. V. B. están también marcadas muy claras sobre su frente

—interrumpió el segundo caballero—. He supuesto, por eso, que eran las iniciales de Wilhelm von Berlifitzing; pero todos en el castillo niegan terminantemente conocer este caballo.

—¡Es muy raro! —dijo el joven barón, con aire meditabundo, y al parecer inconsciente del sentido de sus palabras—. Como decís, se trata de un caballo notable, ¡de un caballo prodigioso!, aunque, según has hecho notar con certeza, tiene un carácter receloso e indomable. Bien; accedo a que sea mío — añadió después—: quizá un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al mismísimo diablo de las cuadras de Berlifitzing.

—Estáis en un error, monseñor; el caballo, como creo haber indicado, no pertenece a las cuadras del conde. Ya que en tal caso, sabemos muy bien cuál sería nuestro deber, para traerlo a presencia de una noble persona de vuestra familia.

—¡Es cierto! —observó el barón secamente.

En aquel momento un ayuda de cámara llegó del palacio, todo sofocado y presuroso. Musitó al oído de su señor la noticia de la repentina desaparición de un pequeño trozo del tapiz, en una pieza que señaló con el dedo, entrando al mismo tiempo en detalles de un orden minucioso y circunstancial; pero como le comunicó todo aquello en un tono de voz muy bajo, no se escapó nada que pudiera satisfacer la excitada curiosidad de los caballeros.

El joven Federico, durante la conversación parecía agitado por muy diversas emociones. No obstante, pronto recobró su

calma, y una expresión de resuelta perversidad se fijaba ya en su rostro cuando dio órdenes perentorias para que la estancia en cuestión fuese al punto cerrada, quedando la llave en su poder.

—¿Habéis sabido la muerte desgraciada del viejo cazador Berlifitzing? — dijo uno de sus vasallos al barón cuando, después de marcharse el ayuda de cámara, el enorme corcel que el noble había adoptado como suyo saltaba, haciendo corvetas con redoblado furor, mientras bajaba la larga avenida que se extendía del palacio a las cuadras de Metzengerstein.

—¡No! —dijo el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba—:

¿Que ha muerto, dices?

—Es la pura verdad, monseñor, y deseo, imagino que para un noble de vuestro nombre no sea ésta una mala noticia.

Una rápida sonrisa surgió sobre el rostro del oyente.

—¿Cómo ha muerto?

—En sus esfuerzos imprudentes por salvar la parte favorita de sus caballos de caza, ha perecido de un modo miserable entre las llamas.

—¿In... du... da... ble... mente? —exclamó el barón como impresionado de una manera lenta y premeditada por la verdad de alguna idea estremecedora.

—Indudablemente —repitió el vasallo.

—¡Espantoso! —dijo el joven, con calma, y volvió tan tranquilo al palacio.

Desde aquella fecha una marcada alteración tuvo lugar en la conducta exterior del disoluto joven barón Federico von Metzengerstein. Realmente, aquella conducta defraudaba todas las esperanzas, y estaba poco en consonancia con los manejos de más de una madre, conforme sus hábitos y maneras mostraban menos todavía que antes, una analogía con los de la aristocracia de la vecindad. No se le veía nunca allende los límites de su dominio, y en su vasto mundo social carecía en absoluto de compañero, a menos que aquel innatural e impetuoso caballo color de fuego, que montaba continuamente desde el suceso, tuviese algún derecho al título de amigo del joven.

A pesar de lo cual, le llegaban periódicamente numerosas invitaciones por parte de la vecindad, «¿Querría el barón honrar nuestra fiesta con su presencia?» «¿Querría el barón unirse a nosotros para una cacería de jabalíes?» «Metzengerstein no caza». «Metzengerstein no asistirá», eran las altivas y lacónicas respuestas.

Estos insultos repetidos no podían ser tolerados por una nobleza arrogante. Las invitaciones se hicieron menos cordiales, menos frecuentes, y, con el tiempo, cesaron por completo. Se oyó a la viuda del infortunado conde de Berlifitzing expresar su

esperanza de «que el barón estuviese en su casa cuando no quisiera estar en ella, puesto que desdeñaba la compañía de sus iguales, y que estuviese montado a caballo cuando no quisiera estarlo, puesto que prefería la compañía de un caballo a la de aquéllos». Esto era, con seguridad, la necia explosión de una rencilla hereditaria, y probaba simplemente cuán faltas de sentido llegan a ser nuestras palabras cuando deseamos darles una energía inusitada.

Aun así, las gentes caritativas atribuían la alteración en la conducta del

joven noble al natural dolor de un hijo que ha perdido prematuramente a sus padres; pero olvidaban su atroz y despreocupada conducta durante el breve período que siguió de cerca a aquella sensible pérdida. Algunos insinuaron que tenía realmente una idea exagerada de su importancia y de su dignidad. Otros a su vez (entre los cuales habría que mencionar al médico de la familia) hablaron sin vacilación de una melancolía morbosa y de un mal hereditario, mientras corrían entre la multitud unas insinuaciones más tenebrosas.

En verdad, el cariño perverso del barón por su caballo de reciente adquisición —un cariño que parecía cobrar nueva fuerza a cada nueva muestra que daba el animal de sus feroces y demoníacas inclinaciones— llegó a ser a la larga, a los ojos de los hombres sensatos, un fervor horrible y contra natura. En el

deslumbramiento del mediodía, en las horas muertas de la noche, enfermo o saludable, en la calma o en la borrasca, el joven Metzengerstein parecía estar clavado a la silla de aquel caballo colosal, cuyas indomables audacias armonizaban tan bien con su propio espíritu.

Había, por añadidura, circunstancias que, unidas a los últimos acontecimientos, daban un carácter sobrenatural y portentoso a la manía del jinete y a las capacidades del corcel. El espacio que franqueaba éste de un solo salto había sido cuidadosamente medido, resultando que superaba con una diferencia asombrosa los cálculos más amplios y fantásticos. El barón, además, no usaba ningún nombre especial para llamar al animal, aunque el resto de su caballeriza se distinguiera por denominaciones características. Su cuadra estaba situada también a cierta distancia de las otras, y respecto a la limpieza y a todos los servicios necesarios, nadie, excepto el propietario en persona, se hubiera arriesgado a cuidarle o a entrar siquiera en el recinto donde se encontraba su cuadra especial. Se observó asimismo que, aunque los tres mozos que le habían cogido cuando huía del incendio de Berlifitzing hubiesen logrado detener su carrera por medio de una cadena y de un lazo, ninguno de los tres podía afirmar con certeza que durante aquella peligrosa lucha o en otro momento cualquiera desde entonces, hubiesen puesto luego sus manos sobre el cuerpo del animal. Esas pruebas de una inteligencia especial en la conducta de un noble caballo lleno de ardor no habrían

bastado, con seguridad, a excitar una atención tan irrazonable; pero había ciertas circunstancias que hubiesen forzado los espíritus más escépticos y flemáticos, y decíase que a veces, cuando el animal hacía retroceder de horror a la multitud curiosa ante la profunda e impresionante significación de su terrible pateo, a veces el joven Metzengerstein palidecía y escapaba ante la expresión repentina y penetrante de aquella mirada casi humana de su corcel.

Entre todo el séquito del barón, nadie dudó, sin embargo, del ardiente y extraordinario afecto que sentía el joven noble por las fogosas cualidades de su caballo; nadie, excepto tan sólo un insignificante y desdichado pajecillo, cuyas

deformidades eran absolutas y cuyas opiniones poseían muy poca importancia. Tenía él (si es que sus ideas merecen la pena de ser mencionadas) el descaro de afirmar que su señor no había saltado nunca a la silla sin un inexplicable y casi imperceptible estremecimiento, y que, al volver de cada una de sus interminables y habituales correrías a caballo, una expresión de maldad triunfante deformaba todos los músculos de su rostro.

Una noche tempestuosa, Metzengerstein, despertándose de un pesado sueño, bajó de su estancia como un loco, y montando a caballo a toda prisa, se precipitó a brincos en el laberinto de la selva. Un hecho tan corriente no llamó en particular la atención;

pero su regreso fue esperado con una intensa ansiedad por parte de sus criados, cuando, después de algunas horas de ausencia, los estupendos y magníficos muros del palacio de Metzengerstein empezaron a crujiir y a oscilar hasta sus cimientos bajo la acción de una masa densa y lívida de indomable fuego.

Como las llamas, cuando fueron vistas por primera vez, habían hecho ya tan terribles progresos, que todos los esfuerzos por salvar una parte cualquiera del edificio eran evidentemente inútiles, la atónita vecindad permanecía ociosa alrededor, con una estupefacción silenciosa, si no patética. Pero un nuevo y pavoroso objeto atrajo la atención de la multitud y demostró hasta qué punto es más intensa la excitación producida en los sentimientos de una multitud por la contemplación de una agonía humana que la causada por los más aterradores espectáculos de la materia inanimada.

En la larga avenida de añosos robles que formaba el comienzo de la selva, y que conducía a la entrada del palacio de Metzengerstein, apareció un corcel, llevando sobre la silla a un jinete destocado y todo trastornado, con un ímpetu que superaba al del propio Demonio de la Tempestad.

No dominaba el jinete, indiscutiblemente, aquella carrera desenfrenada. La angustia de su cara, los esfuerzos convulsivos de todo su ser, patentizaban una lucha sobrehumana; pero ningún sonido, excepto un solo grito, se escapaba de sus labios desgarrados, que se mordía de cuando en cuando entre la

magnitud de su terror. Por un momento resonó el golpeteo de los cascos, agudo y penetrante, sobresaliendo del mugido de las llamas y del aullido del viento; un instante después, franqueado de un solo salto el portón y el foso, el corcel se precipitó escaleras arriba del palacio y desapareció con su jinete entre el torbellino del caótico fuego.

Cesó la furia de la tempestad acto seguido, y la sucedió una calma mortal de sombrío aspecto. Una llamarada blanca envolvía aún el edificio, como un sudario, y relampagueando a lo lejos en la atmósfera tranquila, brotó cierta luz de un brillo sobrenatural, mientras caía pesadamente sobre los muros una nube de humo bajo la forma colosal de un caballo.

LA CITA

¡Hombre infortunado y misterioso!... ¡Deslumbrado por el esplendor de tu propia imaginación, cayendo en las llamas de tu propia juventud! ¡Te veo de nuevo con el pensamiento! ¡Una vez más ha surgido tu figura ante mí! No —

¡oh, no!— tal como eres en el helado y sombrío valle, sino tal como deberías ser, derrochando una vida de magníficos soliloquios en esa ciudad de lúgubres visiones, en tu Venecia, que es la estrella amada de ese Elíseo junto al mar, y las amplias ventanas de cuyos palacios paladianos miran hacia abajo, en profundas y amargas meditaciones, los secretos de

sus aguas silenciosas. ¡Sí! Lo repito, tal como deberías ser. Hay, seguramente, otros mundos además de éste, otras ideas que las de la multitud, otras especulaciones que las de los sofistas. ¿Quién, entonces, podría poner en duda tu conducta en esta cuestión, quién te reprocharía tus horas contemplativas o quién calificaría esas ocupaciones en las que gastabas el exceso de tus incansables energías disipadoras de vida?

Fue en Venecia, cerca de las arcadas cubiertas que se llaman el Ponte di Sospiri, donde me encontré por tercera o cuarta vez al personaje de quien hablo. Recuerdo confusamente las circunstancias de este encuentro. No obstante, recuerdo también —¡ah!, ¿cómo podría olvidarlo?— la medianoche profunda, el Puente de los Suspiros, la belleza de la mujer y aquel genio novelesco que se paseaba de arriba abajo sobre el estrecho canal.

Era la noche de una oscuridad desusada. El gran reloj de la Piazza había dado las cinco de la madrugada italiana. La plaza del Campanile se extendía silenciosa y desierta y estaban apagadas las luces del antiguo Palacio Ducal. Volví a mi casa desde la Piazzetta, por el Gran Canal. Pero, cuando llegaba mi góndola frente a la desembocadura del canal de San Marcos, una voz de mujer surgió repentinamente de las profundidades de la noche en un grito salvaje, histérico y prolongado. Me sobrecogió aquel sonido, y me puse en pie de un salto, mientras el gondolero soltó su único remo, perdido en aquellas tinieblas sin esperanza de recuperación, y nos dejamos, por tanto, llevar

de la corriente que se dirige desde el grande hasta el pequeño canal. Como un vasto cóndor de negro plumaje, nuestra embarcación iba despacio a la deriva hacia el Puente de los Suspiros, cuando llamearon un millar de antorchas en las ventanas y por las escaleras del Palacio Ducal, transformando aquella profunda oscuridad en una sobrenatural luz del día.

Un niño, escurriéndose de los brazos de su madre, había caído desde una de las ventanas superiores del elevado edificio en el hondo y sombrío canal.

Las quietas aguas se cerraron plácidamente sobre su víctima, y aunque mi góndola era la única a la vista, más de un decidido nadador se había arrojado ya a la corriente y buscaba en vano por la superficie el tesoro que se encontraba, ¡ay!, solo en el abismo. Sobre el ancho rellano de losas de mármol negro, en la entrada del palacio, y a pocos pies sobre el agua, se erguía una figura que ninguno de los que la hayan visto podrá nunca olvidar. Era la marquesa Afrodita, la adoración de toda Venecia, la más alegre entre las alegres, la más encantadora allí donde todas son bellas, aunque fuese la joven esposa del viejo intrigante Mentoni. Era la madre de aquel lindo niño, su primero y único hijo, hundido bajo las lóbregas aguas, aquel en cuyas dulces caricias pensaba su amargado corazón, y que consumía su delicada vida en esfuerzos para llamarla.

Está ella erguida. Sus pies pequeños y desnudos, blancos como la plata, se reflejan en el negro espejo de mármol debajo de ella. Su cabello, medio suelto para el tocado de noche al salir del salón de baile, se enrolla entre una lluvia de brillantes, circundando su clásica cabeza en rizos parecidos a los del jacinto. Un ropaje blanco como la nieve y tenue como la gasa parece ser la única envoltura de su delicado cuerpo; pero el solsticio estival y el aire de la media noche son cálidos, pesados, tranquilos, y no mueven la estatuaria forma ni agitan siquiera los pliegues de aquel ropaje, tan vaporoso, que cae alrededor de ella como ese otro pesado ropaje marmóreo cae en torno a la Níobe. Sin embargo —¡cosa extraña de decir!—, sus grandes y brillantes ojos no se vuelven hacia abajo, a la tumba en que yace sepultada su más luminosa esperanza, sino que están fijos ¡en una dirección muy singular! La prisión de la Vieja República es, creo yo, el edificio más imponente de toda Venecia; pero ¿por qué la dama lo mira tan fija, cuando debajo yace ahogado su propio hijo? Allá en la oscuridad se abre, precisamente enfrente de la ventana de su estancia, como un nicho lóbrego. ¿Qué puede haber allí, en sus ventanas, en su arquitectura, en sus cornisas solemnes y enguirnaldadas de hiedra, que no haya admirado mil veces antes la marquesa de Mentoni? ¡Qué tontería! ¿Quién no recuerda que en muchas circunstancias como ésta el ojo, cual un espejo roto, multiplica las imágenes de su pena y busca a lo lejos en sitios innumerables lo que está al alcance de la mano?

Algunas gradas más arriba que la marquesa y bajo el arco de la puerta que da al desembarcadero, se alza, semejante a un sátiro, la figura del propio Mentoni. En aquel momento está ocupado en rasguear una guitarra, y parece sumamente ennuyé, mientras a ratos da consejos a los que intentan encontrar a su hijo. Asombrado y despavorido, yo mismo no tenía fuerzas para moverme de la postura envarada que había tomado al oír el primer grito, y debí de presentar a los ojos de los inquietos grupos un aspecto espectral y siniestro, cuando pasé entre ellos sobre aquella fúnebre góndola, con la cara muy pálida y los brazos rígidos.

Todas las tentativas resultaron infructuosas. Varios de los más enérgicos buscadores aflojaron sus esfuerzos, cediendo a un sombrío desaliento. Parecía no quedar más que una leve esperanza respecto al niño (¡cuánto menor para la madre!), cuando, desde el interior de aquel oscuro nicho que he mencionado antes, y que formaba parte de la vetusta prisión republicana, frente a la celosía de la marquesa, una silueta envuelta en una capa salió a la luz y, deteniéndose un instante en la orilla cortada a pico, se arrojó de cabeza al canal. Un momento después, cuando reapareció con el niño, aún vivo y respirando, sobre las losas de mármol junto a la marquesa, su capa, con el peso del agua que la empapaba, se desprendió, cayendo plegada a sus pies, y los espectadores, asombrados,

descubrieron la graciosa persona de un hombre muy joven, cuyo nombre sonaba mucho en la mayor parte de Europa.

El salvador no dijo una palabra. Pero ¡la marquesa! Va ella a coger ahora a su hijo, a apretarle contra su corazón, a estrechar su pequeña forma y a ahogarle con sus caricias. ¡Ay! ¡Otros brazos le han cogido del extranjero, otros brazos inadvertidos se le han llevado lejos, dentro del palacio! ¡Y la marquesa! Sus labios, sus bellos labios tiemblan; las lágrimas afluyen a sus ojos, aquellos ojos que, como el acento de Plinio, son «suaves y casi líquidos».

¡Sí! ¡Las lágrimas afluyen a aquellos ojos, y ved! ¡La mujer entera se estremece hasta lo más hondo de su alma, y la estatua recobra vida! La marmórea palidez de su rostro, la turgencia de su pecho mórbido, la auténtica pureza de su pie de mármol, todo su ser se tiñe de repente de un rubor incontenible, y un ligero estremecimiento conmueve su delicado cuerpo, como la suave brisa de Nápoles agita los soberbios lirios plateados de la hierba.

¿Por qué ha enrojecido la dama? Esta pregunta no tiene respuesta, a no ser porque, habiendo salido, en su ansiosa prisa y en el terror de su corazón maternal de la intimidad de su boudoir, haya dejado de calzar sus menudos pies en sus chinelas y olvidado por completo echar sobre sus hombros de veneciana un ropaje conveniente. ¿Qué otra razón plausible podría tener su rubor, la mirada de sus ojos atrayentes, el desacostumbrado tumulto de su agitado pecho o la convulsiva

presión de su trémula mano que deja ella, mientras Mentoni vuelve al palacio, en la mano del extranjero? ¿Qué razón puede tener el tono bajo, singularmente bajo, de estas palabras sin sentido que la dama pronuncia apresuradamente al decirle adiós?

—Tú has vencido —dice ella—, o los murmullos del agua me engañan; tú has vencido. Una hora después de salir el sol estaremos juntos. ¡Así sea!

Había cesado el tumulto, se habían alejado las luces por dentro del palacio, y el extranjero, a quien ahora reconocí, estaba en pie, solo, sobre las losas. Se estremecía con una inconcebible agitación, y sus ojos miraban alrededor en busca de una góndola.

Era el menor servicio que podía yo ofrecerle, y él lo aceptó cortésmente. Habiendo conseguido un remo en el desembarcadero, nos dirigimos juntos a su residencia, mientras él recobraba rápidamente el dominio de sí mismo. Y habló de nuestras primeras y superficiales relaciones en términos, al parecer, de gran cordialidad.

Hay algunos temas sobre los cuales me complazco, y que trato con todo detalle. La persona del extranjero —permítaseme llamar con este calificativo a quien era para todo el mundo un extranjero—, la persona del extranjero es uno de esos temas. Su estatura podría ser un poco inferior a la media, aunque tenía

momentos de intensa pasión en que su talla crecía, y puede creerse esta afirmación. La simetría notable, casi insuficiente, de la figura prometía ya aquella resuelta actividad de que había él dado pruebas en el Puente de los Suspiros, más aún que el hercúleo vigor que supo emplear sin esfuerzo en ocasiones de más peligrosa necesidad. Tenía la boca y el mentón de un dios, unos ojos extraños, grandes, fluidos, cuyo tono variaba desde el puro castaño hasta el más intenso y brillante azabache, un cabello negro de rizos abundantes y una frente de anchura inusitada que mostraba a ratos el brillo luminoso del marfil; el conjunto de sus rasgos era de una regularidad clásica jamás vista, excepto acaso en el busto de mármol del emperador Cómodo. Aun así, su rostro era de esos que todos los hombres ven en algún período de sus vidas, y que no vuelven a ver ya nunca más. No poseía un carácter especial, es decir, no había en él una expresión predominante que lo fijase en la memoria; era una cara que se veía y se olvidaba en un instante, pero que se olvidaba con un vago e incesante deseo de recordarla. No era que el espíritu de cada pasión rápida se desvaneciese de cuando en cuando, mostrando su propia y clara imagen sobre el espejo de aquella cara, sino que el espejo, como tal, no conservaba ningún vestigio de la pasión una vez que la pasión había desaparecido.

Al despedirme de él la noche de nuestra aventura, me rogó de un modo que me pareció apremiante que fuese a verle a la mañana siguiente muy temprano. Poco después de despuntar

el día, me dirigí, según sus deseos, a su palazzo, uno de esos inmensos edificios de una sombría suntuosidad que se elevan por encima de las aguas del Gran Canal en las proximidades del Rialto. Fui conducido, por una ancha escalera de caracol pavimentada de mosaico, a una estancia cuyo esplendor sin igual me deslumbró al abrirse la puerta, dejándome ofuscado y aturdido ante su lujo.

Sabía yo que mi nuevo amigo era rico. El rumor público hablaba de sus bienes en términos que al azar siempre calificué de ridícula exageración. Pero, cuando miré a mi alrededor, quedé persuadido de que la fortuna de una persona en Europa no podía proporcionar aquella principesca magnificencia que brillaba y lucía en torno mío.

Aunque, como ya he dicho, hubiese salido el sol, la estancia estaba todavía brillantemente iluminada. Juzgué por esta circunstancia, así como por el aspecto de extenuación de la cara de mi amigo, que no se había él acostado durante toda la noche. En la arquitectura y el ornato de la estancia se advertía un propósito evidente de deslumbrar y asombrar. Se habían preocupado muy poco en el decorado de lo que se llama técnicamente mantenimiento de la unidad o de las reglas de nacionalidad. La mirada se paseaba de un objeto a otro, sin detenerse en ninguno, ni en los grutescos de los pintores griegos, ni en las esculturas de la mejor época italiana, ni en los colosos del inculto Egipto. Ricos tapices se estremecían por

todas partes en la estancia, con la vibración de una grave y melancólica música, cuya procedencia no se descubría. Los sentidos estaban oprimidos por mezclados y contradictorios perfumes que emanaban de unos incensarios extrañamente contorneados, unidos a innumerables lenguas rutilantes y fluctuantes de un fuego esmeralda y violáceo. Los rayos del sol reciente se esparcían sobre el conjunto a través de las ventanas, hechas todas de una sola lámina de vidrio teñido de rojo. Brillando por todos lados con mil reflejos, desde las cortinas que caían de lo alto de las cornisas como cataratas de plata fundida, la claridad del día se mezclaba al fin de lleno con la luz artificial y se extendía en masas suavizadas sobre un tapiz de rico oro de Chile, que parecía un mantel líquido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —exclamó, riendo, el propietario del palacio, cuando entré, señalándome un asiento y echándose él mismo hacia atrás cuan largo era sobre una otomana—. Veo —dijo al notar que no acababa yo de encajar la bienséance de tan singular acogida—, ¡veo que se asombra de mi estancia, de mis estatuas, de mis pinturas, de mi originalidad de concepción en lo referente a arquitectura y tapices! ¿Le emborracha por completo, eh, mi magnificencia? Pero perdóneme, mi querido señor —y aquí su tono de voz recobró un verdadero espíritu de cordialidad—, perdóneme mi risa falta de benevolencia. ¡Parecía usted tan completamente estupefacto! Además hay cosas tan en absoluto cómicas que un hombre debe reírse de ellas o morir.

¡Morir riendo es la más gloriosa de todas las muertes! Sir Tomás Moro murió riéndose, como usted recordará. También en los Absurdos, de Ravisius Textor, figura una larga lista de personajes que han tenido el mismo magnífico fin. Sabrá usted, con todo —prosiguió pensativamente—, que en Esparta (que es ahora Palaeochori), en Esparta, digo, al oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visible, hay una especie de zócalo sobre el cual están aún legibles las letras

ΛΑΕΜ.

Forman, indudablemente, parte de la palabra ΓΕΛΛΑΕΜΑ.

»Ahora bien: en Esparta había un millar de templos y altares consagrados a las mil diferentes divinidades. ¡Cuán extraño es que ese altar de la Risa haya sobrevivido a los otros! Pero en el caso presente —repuso con una singular alteración en su voz y maneras— no tenía yo derecho a divertirme a sus expensas. Debía usted de asombrarse. Europa no podría producir nada tan admirable como mi pequeño gabinete regio. Mis otras salas no son nada por el estilo; son, en suma, ultras de la insípida moda. ¿Esto es mejor que la moda, verdad? Sin embargo, esto, si se viera, haría furor entre los que serían capaces de sacrificarle su patrimonio entero. Por eso me he puesto en guardia contra semejante profanación. Con sólo una excepción, es usted el único ser humano, aparte de mí mismo y de mi valet,

que haya sido admitido en los misterios de este imperial recinto, desde que está adornado tal como lo ve.

Me incliné en señal de reconocimiento, pues la impresión abrumadora de esplendor, perfume y música, juntamente con la inesperada excentricidad de su lenguaje y maneras, me impedían expresar con palabras mi aprecio a lo que podía interpretarse como un cumplido.

—Aquí hay —prosiguió levantándose y cogiéndome del brazo para vagar alrededor de la habitación—, aquí hay cuadros desde los griegos hasta Cimabue y desde Cimabue hasta la hora actual. Muchos han sido escogidos, como usted ve, con escaso respeto a las opiniones de la Virtud. Son todos, empero, una tapicería adecuada para una estancia como ésta. Hay aquí también algunos chefs-d'œuvres del gran desconocido y hay asimismo dibujos sin terminar de artistas célebres en su día, y cuyos verdaderos nombres ha entregado la perspicacia de las Academias al silencio y a mí. ¿Qué le parece

—dijo volviéndose bruscamente, mientras hablaba—, qué le parece esta Madona della Pietà?

—¡Es un auténtico Guido —exclamé con el entusiasmo propio de mi carácter, pues había ya examinado con toda atención sus incomparables bellezas—. ¡Es un auténtico Guido! ¿Cómo ha podido usted conseguirlo? Esto es, indudablemente, en la pintura lo que Venus es en la escultura.

—¡Ah! —dijo él, reflexivo—. ¿La Venus, la bella Venus, la Venus de Médicis? Tiene ella una cabeza menuda y el cabello dorado. Una parte de un brazo izquierdo —aquí su voz se hizo tan queda, que le oía yo con dificultad

— y todo el derecho están restaurados, y la coquetería de ese brazo derecho es, a mi juicio, la quintaesencia de la afectación. ¡Deme usted Canova! El Apolo también es una copia (no cabe la menor duda sobre esto), y seré quizá ciego y tonto; pero no puedo ver en el Apolo la tan ponderada inspiración. No puedo dejar de preferirle, ¡compadézcame usted!, el Antínoo. ¿No ha sido Sócrates el que decía que el estatuario descubre su estatua en el bloque de mármol? Entonces, Miguel Ángel no es muy original en su dístico:

Non ha l'ottimo artista alcun concetto

Che un marmo solo in se non circunscriva.

Se ha observado, o se debería haber observado, que entre los modales del verdadero gentleman y los del hombre vulgar sabemos siempre ver la diferencia, sin que seamos capaces, no obstante, de determinar de un modo preciso en qué consiste tal diferencia. Pudiendo aplicarse esta observación en toda su potencia al porte exterior de mi amigo, sentí, durante aquella memorable mañana, que podía aplicarse más por entero aún a su temperamento moral, a su carácter. No puedo definir mejor aquella particularidad, que parecía asignarle un lugar tan

esencialmente aparte de todos los demás seres humanos, que designándola como un hábito de pensamiento intenso y continuo penetrando hasta sus actos más triviales, entremetiéndose en sus momentos de retozo e interviniendo hasta en sus relámpagos de alegría, como las serpientes que brotan de los ojos de esas máscaras gesticulan esculpidas en las cornisas que hay alrededor del templo de Persépolis.

Pude, a pesar de todo, observar repetidas veces, a través del tono de ligereza y de solemnidad mezcladas en que disertaba él rápidamente sobre temas de escasa importancia, cierto aire de trepidación, un poco de fervor nervioso en sus actos y en sus palabras, una excitabilidad inquieta de maneras que me pareció a veces inexplicable, y que en algunas ocasiones me llenó de alarma. Asimismo con frecuencia se detenía en mitad de una frase cuyo principio había olvidado, al parecer, y semejaba escuchar con la más profunda atención, como si a cada momento esperase algún visitante o hubiera oído ruidos que no podían existir más que en su imaginación.

Fue durante uno de esos sueños o pausas de aparente abstracción cuando, al volver una página de la bella tragedia Orfeo, del poeta y erudito político (la primera tragedia italiana nativa), que encontré junto a mí sobre una otomana, descubrí un pasaje subrayado con lápiz. Se encuentra este pasaje hacia el final del acto tercero; un pasaje de la mayor excitación pasional, un pasaje que, aunque manchado de impureza, no

puede leer ningún hombre sin sentir una nueva emoción y ninguna mujer sin un suspiro.

La página entera estaba húmeda de lágrimas recientes y entre las hojas habían intercalado los siguientes versos, escritos con una letra tan diferente a la peculiar de mi amigo, que me costó algún trabajo reconocer que era la suya:

Fuiste para mí, amor mío,

todo cuanto mi alma ansiaba... Una isla verde en el mar,
amada,

una fuente y un altar,

adornados de frutos y de flores mágicos; y todas las flores eran mías.

¡Ah, sueño harto brillante para durar!

¡Ah, rutilante Esperanza que no ha surgido sino para nublarse!

Una voz desde el Futuro grita:

«¡Adelante!», pero sobre el Pasado (¡sombrió abismo!) mi espíritu planea,

¡mudo, inmóvil, aterrado! Pues ¡ay, ay de mí! Ya está la luz de la vida apagada.

«Nunca más..., nunca más..., nunca más

—así habla el solemne océano a las arenas de la orilla

el árbol fulminado florecerá,
ni el águila abatida remontará su vuelo». Ahora todas mis horas
son un éxtasis,
y todos mis nocturnos sueños
están en la oscura mirada de tus ojos, allí donde tus pasos
fulgen
en las etéreas danzas, por los canales italianos.
¡Ay! ¡Maldita sea la hora
en que sobre las olas te llevaron
del Amor a un viejo criminal, aunque noble, y a un pecaminoso
tálamo!
¡Lejos de mí, lejos de nuestra tierra, donde llora el plateado
sauce!
Estas líneas, que estaban escritas en inglés —lengua que no
creía yo que

supiese mi amigo—, me proporcionaron una sorpresa nada
pequeña. Me daba perfecta cuenta de la amplitud de sus
conocimientos y de con qué singular placer los ocultaba a la
curiosidad, para asombrarme de semejante descubrimiento;
pero el lugar en que estaba fechado me produjo, debo
confesarlo, un gran asombro. Había escrito primero «Londres»,
y luego estaba borrado cuidadosamente, siquiera no lo

bastante para ocultar esa palabra a unos ojos escrutadores. Digo que me produjo un gran asombro, pues recordaba yo muy bien que en una conversación anterior con mi amigo le pregunté en particular si se había encontrado alguna vez en Londres con la marquesa di Mentoni (quien había residido en esa ciudad unos años antes de su casamiento), y me contestó, si no me equivoco, que no me comprendía, pues él no había estado nunca en la capital de la Gran Bretaña. Puedo también añadir que había yo oído decir en más de una ocasión (sin haber dado crédito, por supuesto, a una noticia que parecía tan improbable) que la persona de que hablo era, no sólo por su nacimiento, sino por su educación, un inglés.

—Hay un cuadro —dijo él, sin darse cuenta de mi conocimiento de esa tragedia—, hay un cuadro que no ha visto usted.

Y levantando una colgadura, descubrió un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

El arte humano no ha llegado nunca a más en la pintura de su belleza sobrehumana. La misma figura etérea que había surgido ante mí la noche anterior en las escaleras del Palacio Ducal, se alzaba ante mí de nuevo. Pero en la expresión de su rostro, que refulgía todo en una sonrisa, se ocultaba (¡anomalía incomprensible!) ese vago tinte de melancolía que es siempre inseparable de la belleza perfecta. Su brazo derecho estaba doblado sobre el pecho. Con el izquierdo señalaba ella hacia un vaso curiosamente modelado. Sólo uno de sus pies, pequeños pies de hada, era visible, tocando apenas la tierra, y casi

imperceptibles en la brillante atmósfera que parecía circundar y enmarcar su belleza, flotaban dos alas de lo más delicadas que pueden imaginarse. Mi mirada fue desde el cuadro a la cara de mi amigo, y las vigorosas palabras del Bussy d'Ambois, de Chapman, temblaron instintivamente sobre mis labios:

Se alza allí

¡cual una estatua romana! ¡Allí estará

hasta que la Muerte en mármol le convierta!

—¡Vamos! —dijo él por fin, volviéndose hacia una mesa de maciza plata labrada con riqueza, sobre la cual había unas copas fantásticamente talladas, así como dos grandes vasos etruscos, hechos conforme al mismo extraordinario modelo que el pintado en primer término en el cuadro; estaban

llenas, me pareció, de vino de Johannisberger—. ¡Vamos! —repuso bruscamente—. ¡Bebamos! Es aún temprano; pero ¡bebamos! Es, en verdad, temprano —continuó, taciturno, mientras un querubín daba con un pesado martillo de oro, en la habitación, la primera hora después de salir el sol—. Es, en verdad, temprano; pero ¿qué importa? ¡Bebamos! ¡Bebamos en ofrenda a ese solemne sol que estas llamativas lámparas y estos incensarios ansían dominar!

Y habiendo brindado con una copa llena, ingirió en rápida sucesión otras varias copas de vino.

—El sueño —prosiguió, recobrando el hilo de su conversación inconexa y enfocando la rica luz de su incensario hacia uno de los magníficos vasos—, el sueño ha sido la finalidad de mi vida, y por eso me he construido este retiro para soñar. ¿Podía haber levantado uno mejor en el corazón de Venecia? Mire usted en torno suyo: es cierto que parece una mezcolanza de ornamentos arquitectónicos. La pureza del arte jónico desentona con los dibujos antediluvianos, y las esfinges egipcias se tienden sobre tapices de oro. Pero las reglas de lugar, y en especial las de tiempo, son los espantajos que asustan a los hombres en la contemplación de la magnificencia. En otro tiempo yo mismo fui un decorador; pero esta sublimación de la tontería acabó por hartar mi alma. Todo esto es ahora lo adecuado a mi propósito. Semejante a esos incensarios árabes, mi espíritu se retuerce con el fuego, y el delirio de este decorado está hecho para las extrañas visiones de esa región de los sueños reales hacia la cual voy a partir muy pronto.

Al llegar aquí, se detuvo de repente, inclinó la cabeza sobre su pecho, pareciendo escuchar un ruido que yo no podía oír. Por último, irguiéndose, miró hacia arriba, y profirió los versos del obispo de Chichester:

¡Espérame allí! No dejaré de ir
a tu encuentro en ese hondo valle.

Un instante después, comprobando el poder del vino, se dejó caer cuan largo era sobre una otomana.

Se oyó entonces en la escalera un paso rápido, seguido inmediatamente de un fuerte golpe en la puerta. Me precipité hacia allí para evitar su repetición, cuando entró presuroso en la habitación un paje de la casa de Mentoni y balbució con una voz ahogada por la emoción, estas palabras incoherentes:

—¡Mi señora..., mi señora!... ¡Envenenada... envenenada! ¡Oh, bella..., oh, bella Afrodita!

Aturdido, salté hacia la otomana y me esforcé por despertar al durmiente para darle la noticia sobrecogedora. Pero sus miembros estaban rígidos, sus

labios lívidos... sus ojos, antes fúlgidos, apresados por la Muerte. Retrocedí hacia la mesa..., mi mano tropezó con una copa rota y ennegrecida... Y la conciencia de toda la terrible verdad relampagueó súbitamente sobre mi alma.

COLOQUIO ENTRE MONOS Y UNA

SÓFOCLES, Antígona UNA. —¿«Renacido»?

MONOS. —Sí, la más bella y mejor amada Una, «renacido». Ésta es la palabra sobre cuyo sentido místico había yo meditado tanto tiempo, rechazando la explicación del clero, hasta que la Muerte misma me descifró el secreto.

UNA. —¡La Muerte!

MONOS. —¡De qué extraña manera, dulce Una, haces eco a mis palabras! Observo también una vacilación en tus pasos, una alegre inquietud en tus ojos. Estás turbada y oprimida por la majestuosa novedad de la Vida Eterna. Sí, hablaba yo de la Muerte. ¡Y cuán singularmente resuena aquí esa palabra, la que antaño traía el terror a todos los corazones, poniendo Una sombra sobre todos los placeres!

UNA. —¡Ah, la Muerte, el espectro que se sentaba en todos los banquetes!

¡Con cuánta frecuencia, Monos, nos hemos perdido juntos en especulaciones sobre su naturaleza! ¡Qué misteriosamente realiza su obra, como una fiscalizadora de la felicidad humana, diciéndole!: «¡Hasta aquí y no más allá!». Este ferviente y recíproco amor, Monos mío, que ardía dentro de nuestros pechos, ¡cuán en vano nos jactamos de él, sintiéndonos tan felices en su primer brote que nuestra dicha se fortalecía con su fuerza! ¡Ay, creció, y con él crecía en nuestros corazones el terror a la hora aciaga que venía, veloz, a separarnos para siempre! Así, con el tiempo, llegó a ser un dolor amar. El odio hubiera sido entonces Una merced.

MONOS. —No hables ahora de esas penas, querida Una, ¡mía, mía ahora ya para siempre!

UNA. —Pero ¿el recuerdo de la tristeza pasada no constituye la alegría actual? Sin embargo, tengo mucho que hablar de las cosas que fueron. Por encima de todo ardo en deseo de conocer los incidentes de tu paso a través del oscuro Valle y de la Sombra.

MONOS. —¿Y cuándo la radiante Una pidió en balde algo a su Monos? Relataré minuciosamente todo; pero ¿en qué punto debe comenzar la

misteriosa narración?

UNA. —¿En qué punto? MONOS. —Tú lo has dicho.

UNA. —Te comprendo, Monos. La Muerte nos ha enseñado a los dos esa tendencia del hombre a definir lo indefinible. No diré, pues, que comienza en el momento de la cesación de la vida, sino que comienza con ese triste, triste instante en que, libre ya de la fiebre, quedaste sumido en un letargo sin hálito y sin movimiento, y cerré tus pálidos párpados con los dedos apasionados del amor.

MONOS. —Antes, una palabra, mi Una, referente a la condición general del hombre en aquella época. Recordarás que uno o dos sabios entre nuestros antepasados (sabios en realidad aunque no en la estimación del mundo) se atrevieron a dudar

de la propiedad del término «progreso» aplicado al adelanto de nuestra civilización. En cada uno de los períodos de cinco o seis siglos que precedieron inmediatamente a nuestra muerte, surgió alguna poderosa inteligencia luchando con audacia por esos principios cuya verdad aparece ahora, ante nuestra liberada razón, tan por entero evidente; principios que hubieran debido enseñar a nuestra especie a someterse al gobierno de las leyes naturales, en vez de intentar su intervención. A largos intervalos aparecían algunos espíritus magistrales que consideraban cada adelanto en las ciencias prácticas como un retroceso en su verdadera utilidad. A veces la inteligencia poética (inteligencia que es la más sublime de todas, lo cual sabemos ahora, ya que esas verdades de la más perdurable importancia no podían ser reveladas sino por esa analogía que habla en tonos precisos a la imaginación sola, y cuyo peso no soporta la razón desamparada); a veces, repito, esa inteligencia poética avanzó un paso en la evolución de la vaga idea de la filosofía y descubrió en la parábola mística que le contaban del árbol de la ciencia, y de su fruto prohibido que engendra la muerte, una clara advertencia de que la ciencia no convenía al hombre en la minoría de edad de su alma. Y esos hombres, los poetas, viviendo y muriendo entre el desprecio de los «utilitaristas», ásperos pedantes que se arrogaban a sí mismos un título que

sólo se hubiera podido aplicar con propiedad a los despreciados; esos hombres, los poetas, contemplaron con añoranza, pero no sin cordura, los antiguos días en que nuestros deseos eran tan simples como sutiles nuestros goces: días en que la palabra júbilo era desconocida, de tan solemne y profundo como era el tono de la felicidad: días santos, augustos y bienaventurados, en que ríos azules corrían benditos entre colinas intactas, adentrándose a lo lejos en soledades selváticas, primitivas, olorosas e inexploradas. No obstante, esas nobles excepciones del general desgobierno sólo sirvieron para fortalecerlo por medio de la oposición. ¡Ay! habíamos caído en los más aciagos días de todos nuestros días aciagos. El gran

«movimiento» (éste era el término de aquella jerigonza) avanzaba: agitación morbosa, moral y física. El Arte, las Artes, fueron elevadas al grado supremo, y una vez entronizadas, pusieron cadenas a la inteligencia que las había elevado al poder. El hombre, como no podía reconocer la majestad de la Naturaleza, se entregó a una exultación pueril en sus conquistas y dominio siempre creciente sobre los elementos de aquélla. Así, mientras se pavoneaba imaginándose un Dios, una imbecilidad infantil se abatía sobre él. Como podía suponerse desde la iniciación de su trastorno, se vio él invadido pronto por sistemas y abstracciones. Y envuelto por completo en generalidades. Entre otras ideas excéntricas, la de la igualdad

universal ganó terreno, y frente a la analogía y a Dios, a despecho de la potente y amonestadora voz de las leyes de gradación, que penetran tan visiblemente todas las cosas de la Tierra y del Cielo, se hicieron tentativas insensatas por establecer una Democracia que predominase en todo y sobre todo. Sin embargo, este mal surgió por fuerza del mal primero: la Ciencia. El hombre no podía a un mismo tiempo saber y sucumbir. Entretanto, se alzaron enormes ciudades humeantes, innumerables. Las verdes hojas se arrugaron ante el calor de los hornos. La bella faz de la Naturaleza quedó deformada como por los estragos de alguna repugnante enfermedad. Y me parece, dulce Una, que nuestro sentimiento, aunque dormido, de lo forzado y de lo traído por los cabellos, hubiera debido detenernos ahí. Pero ahora parece que hemos forjado nuestro propio aniquilamiento al pervertir nuestro gusto, o más bien al descuidar ciegamente su cultivo en las escuelas. Pues, en verdad, era en esa crisis donde el gusto solo (esa facultad que, manteniendo una posición media entre la inteligencia pura y el sentido moral, no ha podido nunca ser olvidada sin peligro), era ahora cuando sólo el gusto podía conducirnos con suavidad hacia la Belleza, hacia la Naturaleza y hacia la Vida. Pero ¡ay puro espíritu contemplativo y majestuosa intuición de Platón! ¡Ay Mousiké, que él consideraba con justicia como una educación suficiente en absoluto para el alma! ¡Ay, por desgracia para él y para ésta! Cuando los dos habíais sido más por completo olvidados o despreciados, era cuando más desesperadamente os necesitaban a los dos. Pascal, un filósofo

a quien ambos amamos, ha dicho ¡con qué verdad! que tout notre raisonnement se réduit à céder au sentiment; y no hubiera sido imposible, si la época lo hubiese permitido, que el sentimiento del natural hubiera recobrado su antiguo ascendiente sobre la brutal razón matemática de las escuelas. Pero eso no debía ser. Provocada prematuramente por excesos de ciencia, se acercaba la vejez del mundo. Es lo que la masa de la Humanidad no veía, o lo que, viviendo con vigor, aunque sin felicidad, fingía no ver. Pero, para mí, los fastos de la Tierra me habían enseñado a considerar la ruina más grande como precio de la más alta civilización. Me había yo saturado de la presciencia de nuestro destino al comparar la China simple y paciente con Asiria la arquitectónica, con Egipto astrólogo, con Nubia, más astuta que las

anteriores, madre turbulenta de todas las Artes. En la historia de esas regiones encontré un rayo del Futuro. Las artificiales individualidades de las tres últimas eran enfermedades locales de la Tierra, y su derrocamiento individual se ha debido a la aplicación del remedio local; pero para el mundo infectado en grande no veía yo por anticipado regeneración más que en la muerte. Ya que el hombre como raza no podía extinguirse, vi que debía renacer. Y era entonces, mi más bella y amada, cuando envolvíamos nuestros espíritus diario en los sueños. Era entonces cuando discurríamos en el crepúsculo sobre los días por venir, cuando la superficie de la Tierra cicatrizada por el

Arte, habiendo sufrido esa purificación que sólo podía borrar sus rectangulares obscenidades, quedaría vestida de nuevo con el verdor, las colinas y las sonrientes aguas del Paraíso, y volvería a ser al fin una morada adecuada para el hombre: para el hombre depurado por la Muerte, para el hombre cuya inteligencia ahora exaltada, no encontraría ya un veneno en la ciencia, para el hombre redimido, regenerado, bien aventurado, ahora inmortal, aunque todavía material.

UNA. —Recuerdo bien esas conversaciones, querido Monos; pero la época del ígneo derrocador no estaba tan cerca como creíamos y como la corrupción que tú has indicado nos permitía, por cierto, creer. Los hombres vivieron y murieron individualmente. Tú mismo, enfermo, pasaste por la tumba, y tu constante Una te siguió pronto. Y aunque los siglos transcurridos desde entonces, y cuya terminación nos ha devuelto uno a otra, no hayan torturado nuestros sentidos aletargados, Monos mío, eso ha representado un siglo más.

MONOS. —Di más bien un punto en el vago infinito. Indiscutiblemente, fue durante la decrepitud de la Tierra cuando fallecí. Fatigado el corazón por angustias que tenían su origen en el tumulto y en la decadencia general, sucumbí a la fiebre cruel. Después de unos pocos días de dolor y de muchos de delirios soñadores, colmados de éxtasis cuyas manifestaciones confundías tú con las del dolor, mientras yo sufría tan sólo de mi impotencia por desengañarte; después de algunos días se apoderó de mí, como tú has dicho, un letargo

sin hálito ni movimiento, y los que me rodeaban lo denominaron la Muerte. Las palabras son cosas vagas. Mi estado no me privaba de percepción. Se me parecía no muy distinto a la suma quietud de alguien que, habiendo dormido larga y profundamente, yaciendo inmóvil y postrado por completo en el solsticio de un mediodía, comienza a recobrar poco a poco conciencia, por la simple eficacia de su sueño y sin ser despertado por tumultos exteriores. Yo no respiraba ya. Se había parado el pulso. Cesó de latir el corazón. La volición no había desaparecido, pero era impotente. Los sentidos poseían una desusada actividad, aunque de un modo excéntrico, usurpando recíprocamente sus funciones al azar. El gusto y el olfato se confundían de una manera inextricable, convirtiéndose en un solo sentido anormal e intenso. El agua de rosa con que tu ternura había humedecido mis labios al final, me conmovía

con dulces fantasías de flores; flores fantásticas, mucho más bellas que todas las de la vieja Tierra, pero cuyos prototipos vemos aquí florecer a nuestro alrededor. Los párpados, transparentes y exangües, no impedían en absoluto la visión. Como la volición estaba en suspenso, no podían los globos girar en sus cuencas; pero todos los objetos dentro del campo del hemisferio visual eran percibidos con más o menos claridad: los rayos que caían sobre la retina externa o en la comisura del ojo producían un efecto más vivo que los que daban de frente o en la superficie anterior. Aun así, en el primer caso, era tan

anómalo ese efecto, que yo lo apreciaba sólo como sonido, un sonido suave o discordante, según fuesen los objetos que se presentaban a mi lado de forma luminosa u oscura, curvados o angulares en su contorno. El oído al mismo tiempo, aunque sobreexcitado, no era nada irregular en su acción, percibiendo los sonidos reales con una precisión no menos extravagante que su sensibilidad. El tacto había sufrido una modificación más especial. Recibía tardíamente sus impresiones, pero las retenía tenazmente, y de ello resultaba siempre un placer físico de los más elevados. Por eso reconocí al principio la presión de tus suaves dedos sobre mis párpados, sólo por la visión, y al cabo, largo tiempo después de haberlos tú quitado, llenaron todo mi ser de un deleite sensual inconmensurable. Digo de un sensual deleite. Todas mis percepciones eran puramente sensuales. A los materiales que proporcionaban los sentidos al cerebro pasivo no les daba la menor forma la inteligencia muerta. Había en ello un poco de dolor y mucho placer, pero ningún dolor o placer morales. Así flotaban dentro de mi oído tus vehementes sollozos con todas sus plañideras cadencias, y eran apreciados por él en todas sus variaciones de tono triste; pero eran suaves sonidos musicales y nada más; no aportaban a la extinta razón ningún indicio de las penas que los hacían nacer; mientras las abundantes y constantes lágrimas que caían sobre mi cara revelaban a los presentes un corazón destrozado, conmovían cada fibra de mi ser, causándome tan sólo arrobamiento. Y ésta era en verdad, la Muerte, de la que los circunstantes hablaban con respeto en quedos murmullos, y tú, dulce Una,

entrecortadamente, con fuertes gritos. Me ataviaron para el féretro (tres o cuatro figuras oscuras revoloteaban, atareadas, de aquí para allá). Cuando cruzaban la línea directa de mi visión me afectaban como formas; pero, cuando pasaban a mi lado, sus imágenes me impresionaban con una idea de gritos, gemidos y otras tristes expresiones de terror, de horror o de pena. Tú sola, vestida de blanco, pasabas en todas direcciones musicalmente a mi alrededor. Declinaba el día, y cuando la luz iba palideciendo, se adueñó de mí un vago malestar, una ansiedad como la que siente el durmiente cuando unos tristes y reales sonidos penetran sin cesar en sus oídos: débiles y distantes tañidos de campana, solemnes a largos pero iguales intervalos, mezclados con sueños melancólicos. Llegó la noche, y con sus sombras, un pesado desasosiego. Oprimía mis miembros como una pesada carga y era palpable.

Había también un sonido quejumbroso que, comenzando con el crepúsculo, había aumentado su vigor en la oscuridad, siendo parecido al eco distante de la resaca, pero más continuo. De pronto trajeron unas luces a la habitación, y aquella reverberación fue interrumpida inmediatamente por frecuentes y desiguales estallidos del mismo sonido, pero menos triste y menos claro. Quedó aliviada en gran parte la abrumadora opresión, y brotando de la llama de cada lámpara (pues había allí varias), fluía intacto en mis oídos un canto de una monotonía melodiosa. Y cuando, acercándote entonces, amada

Una, al lecho sobre el que yo yacía, te sentaste graciosamente a mi lado, exhalando aroma por tus dulces labios y apoyándolos sobre mi frente, se elevó en mi pecho algo mezclado con las simples sensaciones físicas que las circunstancias ponían de manifiesto, algo análogo al sentimiento mismo, un sentimiento que apreciaba y respondía a medias a tu ardiente dolor y a tu pena; pero este sentimiento no arraigaba en el corazón paralizado; parecía más bien una sombra que una realidad, y se disipó al punto, primero en una extrema quietud y luego en un placer puramente sensual, como antes. Y entonces de la ruina y del caos de los sentidos habituales pareció elevarse dentro de mí un sexto sentido absolutamente perfecto. En su ejercicio encontraba yo un ardiente deleite, un deleite, con todo, físico todavía, porque no tomaba parte en él la inteligencia. El movimiento en el ser animal había cesado por completo. Ningún músculo palpitaba, ningún nervio se estremecía, ninguna arteria latía. Pero parecíame que había surgido en mi cerebro ese algo del cual ninguna palabra puede comunicar a la simple inteligencia humana una concepción ni siquiera confusa. Déjame dominarlo, pulsación del péndulo mental. Era la encarnación moral de la idea abstracta de Tiempo. Por la absoluta igualdad de este movimiento (o de otro análogo) han sido regulados los ciclos de las órbitas celestes. Con su ayuda medí las irregularidades del reloj sobre la repisa de la chimenea, y de los relojes de los presentes. Sus tictacs llegaban, sonoros, a mis oídos. La menor desviación de la proporción exacta (y esas desviaciones eran

predominantes) me afectaba precisamente como las violaciones de la verdad abstracta afectaban en la Tierra mi sentido moral. Aunque no había en la estancia dos relojes que señalasen a la par con exactitud sus segundos, no encontraba yo dificultad en retener desde luego en mi mente los tonos y los respectivos errores momentáneos de cada uno de ellos. Y esto —este agudo, perfecto y autoexistente sentimiento de duración; este sentimiento que existía (hasta donde el hombre puede concebir que existe) independientemente de una sucesión cualquiera de hechos—, esta idea, este sexto sentido, surgiendo de las cenizas del resto, era el primer paso claro y cierto del alma no temporal hacia el umbral de la temporal Eternidad. Era medianoche y tú seguías sentada a mi lado. Todos los demás se habían marchado de la habitación de la Muerte. Habíanme depositado en el ataúd. Las lámparas ardían vacilantes; lo supe por el temblor de los cantos monótonos. Pero de repente disminuyeron en claridad

y potencia aquellos cantos. Por último, cesaron. Se disipó el perfume en mi nariz. Las formas no afectaron ya mi visión. Dejó de pesar sobre mí la opresión de la Oscuridad. Una sorda conmoción como la de la electricidad penetró mi cuerpo y fue seguida por la pérdida total de la idea del tacto. Todo cuanto el hombre llama sensación se fundió en la sola conciencia de la entidad y en el único y perdurable sentimiento de duración. El cuerpo mortal había sido al fin golpeado por la mano de la

mortal Destrucción. Sin embargo, no había desaparecido toda mi sensibilidad, pues suplían algunas de sus funciones, con una intuición letárgica, la conciencia y el sentimiento, que subsistían. Apreciaba yo el horrible cambio que se operaba ahora en la carne, y como el hombre que sueña se da a veces cuenta de la presencia corporal de alguien que se inclina sobre él, así, dulce Una, seguía yo sintiendo sordamente que estabas sentada a mi lado. Y asimismo, cuando llegaron las doce meridianas del segundo día, no estaba yo inconsciente de aquellos movimientos que te alejaron de mi lado, que me encerraron en el ataúd, que me transportaron a la carroza fúnebre, que me llevaron a la tumba, que me bajaron allí dentro, que amontonaron la tierra sobre mí, y que me dejaron en la oscuridad y la podredumbre, entregado a mis tristes y solemnes sueños con los gusanos. Y allí, en aquella prisión que tiene pocos secretos que revelar, pasaron los días, las semanas, los meses; y el alma espiaba en la estrechez cada segundo que volaba, y sin esfuerzo, registraba su vuelo, sin esfuerzo y sin objeto. Pasó un año. La conciencia del ser se había hecho a cada hora más confusa, y la de simple situación había usurpado en gran parte su puesto. La idea de entidad se había fundido con la de lugar. El angosto espacio que circundaba de cerca lo que había sido el cuerpo, era ahora ya el cuerpo mismo. Por último, como le ocurre con frecuencia al durmiente (sólo por el sueño y su mundo puede imaginarse la Muerte), por último (como algunas veces sucedía en la Tierra al hombre profundamente dormido cuando alguna claridad fugaz le

estremecía en un semidespertar, dejándole, no obstante, envuelto en sueños), así, para mí, en el apretado abrazo de la Sombra, vino esa sola luz que podía tener el poder de estremecerse: la luz del perdurable Amor. Trabajaron afanosamente unos hombres en la tumba donde yacía yo entre tinieblas. Quitaron la tierra húmeda. Sobre mis huesos convertidos en polvo bajó el ataúd de Una. Y luego todo volvió a ser el vacío. Aquella luz nebulosa se había extinguido. Aquel débil estremecimiento cesó por sí solo en la inmovilidad. Se sucedieron muchos lustros. El polvo volvió al polvo. El gusano no tenía alimento ya. Desapareció al fin por completo el sentido del ser, y en su lugar reinaron (en el lugar de todas las cosas), dominantes y perpetuos, los autócratas Lugar y Tiempo. Para aquello que no era, para lo que no tenía forma, para lo que no tenía pensamiento, para lo que no tenía sensibilidad, para lo que carecía de alma y ni poseía una partícula de materia, para toda aquella nada, y, además, para toda aquella inmoralidad, la tumba era

todavía un hogar, y las horas corrosivas, unas compañeras.

EL ÁNGEL DE LO ESTRAMBÓTICO (EXTRAVAGANCIA)

Era una fría tarde de noviembre. Acababa yo de ingerir una desusada y fuerte comida, en la cual formaba el artículo no menos importante la trufa dispéptica, y estaba sentado solo en el comedor, con los pies sobre el guardafuego y el codo sobre una mesita que había trasladado ante la lumbre, encima de la cual había unas cuantas golosinas de postre, y algunas botellas de diversos vinos espirituosos y de liqueur. Por la mañana había yo leído el Leónidas, de Glover; el Epigoniad, de Wilkie; la Peregrinación, de Lamartine; el Columbiad, de Barlow; la Sicilia, de Tuckermann, y las Curiosidades, de Griswold, y por eso, lo confieso gustoso, me sentía ahora ligeramente atontado. Me esforcé por reanimarme con ayuda de repetidas copas de Lafitte, y como todo me fallase, recurrí, desesperado, a un periódico perdido allí. Habiendo leído cuidadosamente la columna de «casas en arriendo» y la de

«perros extraviados», y luego las dos columnas de «esposas y aprendices secuestrados», atacué con gran decisión el artículo editorial. Tras de leerlo desde el comienzo hasta el fin sin comprender una sílaba, imaginé la posibilidad de que fuese chino, y lo releí desde el fin al comienzo, aunque sin obtener un resultado más satisfactorio. Estaba a punto de tirar, asqueado, Este infolio de cuatro páginas, obra feliz que no critica siquiera a los poetas.

cuando sentí atraída un tanto mi atención por el párrafo siguiente: «Los caminos de la muerte son numerosos y extraños. Un diario de Londres publica el fallecimiento de una persona

por una causa singular. Jugando al “soplardos” —una especie de cerbatana que se juega con una larga aguja encajada en un taco de lana y que se sopla contra un blanco por un canuto de hojalata—, colocó la aguja por la punta mala del tubo, y al aspirar con fuerza su aliento para lanzar de un soplo el dardo vigorosamente, atrajo la aguja al interior de su garganta. Penetró aquélla en los pulmones, y a los pocos días le quitó la vida».

Viendo lo anterior sentí mucha rabia, sin saber exactamente por qué.

—¡Esto es —exclamé— una despreciable falsedad, un pobre engaño, las heces de la inventiva de algún deplorable escritorzuelo de a cinco céntimos la línea, de algún desdichado urdidor de accidentes en Jauja! Estos mozos, conociendo la extravagante credulidad de la época, emplean su ingenio en

imaginar improbables posibilidades, accidentes estrambóticos, como ellos los llaman; pero para una inteligencia reflexiva (como la mía) —añadí, entre paréntesis, apoyando inconscientemente mi dedo índice sobre un lado de mi nariz—, para una inteligencia contemplativa semejante a la que poseo, parece evidente enseguida que el maravilloso y reciente aumento de esos «accidentes estrambóticos» es, con mucho, el más estrambótico accidente de todos. Por mi parte, me

propongo no creer en absoluto de ahora en adelante nada que sea

«singular».

—Mein Gott, deber osté estar loco para decir eso! —respondió una de las voces más notables que he oído nunca.

Al principio la tomé por un zumbido en mis oídos, tal como el que experimenta a veces un hombre muy borracho; pero, después de un segundo de reflexión, consideré el sonido como más parecido al que produce un tonel vacío cuando se le golpea con un garrote. Y en verdad, hubiera adoptado esa conclusión, de no haber sido por la articulación de las sílabas y palabras. No soy nervioso por naturaleza, y las varias copas de Lafitte que había apurado servían para animarme un poco; de modo que no sentí temblor alguno, sino que levanté simplemente los ojos con un movimiento pausado, y miré, atento, a mi alrededor, por la habitación, para descubrir el intruso. No pude, sin embargo, ver a nadie en absoluto.

—¡Hum! —prosiguió la voz, mientras continuaba mi examen—. Tener osté que estar ciego, para no me ver, grande como yo ser, al lado de osté.

A esto se me ocurrió mirar directamente ante mi nariz, y allí, en efecto, frente a mí, junto a la mesa, estaba un personaje sin describir todavía, aunque no indescriptible. Su cuerpo era un tonel de vino, o una pipa de ron, o algo por el estilo, con un verdadero aspecto falstaffiano. A su extremo inferior estaban

ajustados dos barrilitos que parecían responder al oficio de piernas. Como brazos, colgaban de la parte superior de la armazón dos botellas notablemente largas, cuyos cuellos hacían las veces de manos. Todo lo que vi que el monstruo poseía en calidad de cabeza era de esas cantinas de Hesse que parecen grandes tabaqueras, con un orificio en medio de la tapa. Esta cantina (como un embudo en la parte superior a manera de chambergo de caballero echado sobre los ojos) estaba colocada al borde de la pipa, con el orificio hacia mí, y por aquel agujero que parecía fruncido como la boca de una vieja meticulosa, la criatura aquella emitía ciertos rumores sordos y refunfuñadores, que él consideraba, por lo visto, como un habla inteligible.

—Yo decir —continuó él— quo osté deber ser borracho como un cerdo, para estar sentado ahí y no me ver; yo decir, además, que osté deber ser más torpe que un ganso para no ver lo que estar impreso en el impreso. Ser la verdad, eso ser la verdad, palabra por palabra.

—¿Quién es usted, por favor? —dije con mucha dignidad, aunque algo desconcertado—. ¿Cómo ha entrado aquí? ¿Y qué está refunfuñando?

—Cómo yo haber entrado —respondió la figura—, eso no le importar; y en cuanto a lo que yo decir, yo decir lo que me

parecer oportuno; y en cuanto a lo que yo ser, yo haber venido justamente para que osté lo ver por sí mismo.

—Es usted un borracho vagabundo —dije—, y voy a tocar la campanilla y a ordenar a mi criado que le eche a puntapiés a la calle.

—¡Je, je, je! —dijo el mozo—. ¡Ju, ju, ju! Eso no poder osté hacerlo.

—¡Que no puedo! —repuse—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que no puedo qué?

—Tocar la campanilla —replicó, esbozando una mueca con su fea boquita.

A esto, hice un esfuerzo para levantarme, con objeto de llevar a efecto mi amenaza; pero el rufián se inclinó sobre la mesa con toda intención y me atizó un golpe sobre la frente con el cuello de una de las largas botellas, tirándome hacia atrás en el sillón del que me había incorporado a medias. Me quedé completamente aturdido, y durante un momento no supe en absoluto qué hacer. Entretanto, él continuó su charla.

—Como osté ver —dijo—, lo mejor es que osté seguir quieto; y ahora osté saber quién yo ser. ¡Míreme! Yo ser el Ángel de lo Estrambótico.

—Bastante estrambótico, en efecto —me atreví a comprobar—; pero yo siempre me he figurado que un ángel tenía alas.

—¡Alas! —exclamó él muy irritado—. ¿Para qué yo tener alas?
Mein Gott! ¿Osté me tomar por un pollo?

—¡No, oh, no! —respondí, muy asustado—. Usted no es un pollo,
con seguridad.

—Estar osté quieto, o yo le volver a dar con mi puño. Ser el pollo
el que tener alas, el lechuzo tener alas, el demonio que tener
alas, el gran diablo que tener alas. El ángel no tener alas, y yo
ser el Ángel de lo Estrambótico.

—¿Y el asunto que trae aquí, conmigo, es..., es...?

—¡Mi asunto! —emitió aquella cosa—. ¡Qué hombre grosero ser
osté, que se atrever a preguntar a un gentleman, a un ángel, si
le traer un asunto!

Este lenguaje era más de lo que yo podía soportar, aun
tratándose de un ángel; por eso, armándome de valor, cogí un
salero que estaba a mi alcance y lo tiré a la cabeza del intruso.
Lo esquivó él, empero, o tuve mala puntería, pues sólo conseguí
destrozar el cristal que protegía la esfera del reloj sobre la
repisa de la chimenea. En cuanto al Ángel, comprendiendo la
intención de mi

ataque, me dio dos o tres duros golpes consecutivos sobre la
frente como antes. Esto me dejó enseguida sumiso, y me
avergüenza casi confesar que, ya fuese por dolor o por
humillación, se me saltaron las lágrimas.

—Mein Gott! —dijo el Ángel de lo Estrambótico, en apariencia muy enternecido ante mi angustia—. El pobre hombre estar muy borracho o muy afligido. No deber beber osté así, tan fuerte; deber osté echar agua en el vino. Vamos, tenga, osté beber esto, como un buen chico, ¡y no llorar más, no llorar más!

Y al decir esto, el Ángel de lo Estrambótico volvió a llenar mi copa (que contenía en su tercera parte oporto) con un líquido incoloro que vertió de una de sus manos-botellas. Observé que dichas botellas tenían etiquetas alrededor de sus cuellos, y que estas etiquetas llevaban la inscripción «Krischenwasser».

La atenta bondad del Ángel me calmó bastante, y ayudado por el agua con que había diluido mi oporto más de una vez, recobré al fin la suficiente calma para escuchar su muy extraordinario discurso. No pretendo relatar aquí cuanto él me dijo; pero recogí de sus palabras que era él el genio que presidía los contretemps de la Humanidad, y que su función consistía en provocar esos

«accidentes estrambóticos» que asombran de continuo a los escépticos. Una o dos veces, al arriesgarme a expresar mi incredulidad total con respecto a sus pretensiones, se puso muy furioso, en realidad, de tal modo, que al final consideré como la política más sabia a seguir no decir nada en absoluto, y dejarle obrar como quisiera. Habló, por tanto, largo rato, mientras yo permanecía simplemente tendido en mi sillón con los ojos cerrados, divirtiéndome en mascar uvas y en tirar los rabos por la habitación. Pero pronto, el Ángel, consideró de repente esta

conducta mía como un desprecio. Se levantó con una terrible cólera, se echó su embudo sobre los ojos, lanzó un fuerte juramento, profirió una amenaza cuyo sentido no comprendí con exactitud, y por fin me hizo un profundo saludo y salió, deseándome, con el lenguaje del arzobispo en Gil Blas, beaucoup de bonheur et un peu plus de bon sens.

Su marcha me proporcionó alivio. Las varias copas de Lafitte que había yo apurado produjeron en mí el efecto de amodorrarme, y sentí deseo de dormir una siesta de quince o veinte minutos, como es mi costumbre después de comer. A las seis tenía yo una cita importante a la cual era de todo punto indispensable que acudiese. La póliza de seguro de mi casa había expirado el día anterior; y habiendo surgido una discusión, convinimos en que a las seis me encontraría ante la junta de los directores de la Compañía para fijar los términos de una renovación. Mirando hacia el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea (pues me notaba demasiado adormecido para sacar el mío del bolsillo) tuve el gusto de ver que me quedaban aún veinticinco minutos disponibles. Eran las cinco y media; podía fácilmente llegar a la oficina de

Seguros en cinco minutos, y mi siesta acostumbrada no había excedido nunca de los veinticinco. Me sentí, pues, lo bastante tranquilo, y me dispuse a dormir inmediatamente.

Cuando lo hube hecho a mi satisfacción, miré de nuevo hacia el reloj y estuve inclinado a medias a creer en la posibilidad de los accidentes estrambóticos al ver que, en lugar de mis ordinarios quince o veinte minutos, había dormido sólo tres, y la hora señalada eran las seis menos veintisiete minutos. Reanudé mi siesta, y al cabo, cuando me desperté por segunda vez, vi, asombrado a más no poder, que seguía siendo la misma hora. Me puse en pie de un salto para examinar el reloj, y vi que se había parado. Mi reloj me informó de que eran las siete y media; había yo dormido, naturalmente, dos horas, y era ya demasiado tarde para acudir a mi cita. «No importa —me dije—; iré mañana a la oficina y me disculparé. No obstante, ¿qué puede haber ocurrido al reloj?» Al examinarlo descubrí que uno de los rabos de uva que tiré por la habitación durante el discurso del Ángel de lo Estrambótico habían pasado a través del cristal roto, alojándose, de un modo bastante extraño, en el agujero de la llave, y como sobresalía así, detuvo el giro de la aguja del horario.

«¡Ah! —supuse—. Ya veo lo que es. Este objeto lo dice por sí mismo. ¡Un accidente natural, como debe ocurrir de cuando en cuando!»

Abandoné el tema sin otra consideración, y a mi hora acostumbrada me metí en la cama. Allí, habiendo colocado una bujía sobre una mesita de lectura que tenía a la cabecera, y después de intentar recorrer con toda atención algunas páginas de la Omnipresencia de Dios, me quedé dormido por desgracia,

en menos de veinte segundos, dejando la luz encendida donde estaba.

Mis sueños fueron terriblemente agitados por las visiones del Ángel de lo Estrambótico. Parecióme que estaba a los pies de mi lecho, que descorría las cortinas, y que el cavernoso y detestable tono de una pipa de ron me amenazaba con la más amarga venganza por el desprecio con que le había tratado. Terminó su larga arenga quitándose su sombrero-embudo; y metiéndome después el tubo por la garganta, me inundó con un océano de kirschenwaser que escanciaba a oleadas incesantes de una de las largas botellas que tenía en lugar de brazos. Mi agonía resultó al final intolerable, y me desperté justo a tiempo para ver que una rata escapaba con la bujía encendida sobre la mesa, pero no lo bastante a tiempo para impedirle que huyese hacia su agujero. Muy pronto atacó mi nariz un olor fuerte y sofocante; la casa, lo percibía bien claro, estaba ardiendo. En pocos minutos estalló el incendio con violencia, y en un espacio de tiempo increíblemente corto, el edificio entero estuvo envuelto en llamas. Quedaba cortada toda salida de mi habitación, excepto la ventana. La multitud, entretanto, buscó enseguida una

larga escalera de mano y la arrimó. Gracias a este medio, bajaba yo con rapidez, y podía crearme salvado, cuando a un enorme cerdo —cuya amplia panza e incluso cuya fisonomía toda me recordaban en cierto modo al Ángel de lo

Estrambótico—, cuando a este cerdo, repito, que hasta entonces se hallaba dormitando apaciblemente en el lodo, se le metió en la cabeza que su paletilla izquierda tenía necesidad de ser rascada, y no pudo encontrar rascador más conveniente que el pie de la escalera. En un instante fui arrojado al suelo, y tuve la desgracia de fracturarme el brazo.

Este accidente, unido a la pérdida de mi seguro y a la más grave aún de mi pelo, que había ardido por completo, predispuso mi ánimo a las impresiones serias, hasta el punto de que, por último, decidí tomar esposa. Había una rica viuda que lloraba aún la pérdida de su séptimo marido, y ofrecí a su alma herida el bálsamo de mis promesas. Concedió ella, no sin resistencia, su consentimiento a mis ruegos. Me arrodillé a sus pies, lleno de gratitud y de adoración. Se ruborizó ella e inclinó hacia mí sus rizos abundantes hasta ponerlos en contacto con los que Grandjean me había proporcionado para sustituir temporalmente mi ausente pelo. No sé cómo se hizo el enredo, pero se efectuó. Me levanté sin peluquín, con un cráneo brillante, y ella, llena de desprecio y de rabia, medio sepultada por una cabellera ajena. Así tuvieron fin mis esperanzas con respecto a la viuda por un accidente que no podía yo prever, de seguro, pero que era la consecuencia natural de los acontecimientos ocurridos.

Sin desesperar, a pesar de todo, emprendí el asedio de un corazón menos implacable. De nuevo me fueron propicios los hados durante una breve temporada, pero también de nuevo se

interpuso un incidente trivial. Al encontrarme a mi prometida en una avenida donde se apiñaba la élite de la ciudad, iba a apresurarme a saludarla con una de mis mejores reverencias, cuando una partícula de alguna materia extraña, alojándose en la comisura de mi ojo, me dejó de momento completamente ciego. Antes de que hubiese podido recobrar la vista, el objeto de mi amor había desaparecido, irreparablemente ofendida por lo que ella tuvo a bien considerar como una grosería premeditada, al pasar junto a ella sin saludarla. Cuando permanecía allí aturdido por lo repentino del accidente (que podía haberle ocurrido a cualquiera, con todo, bajo el sol) y seguía incapaz de ver, fui abordado por el Ángel de lo Estrambótico, quien me ofreció su ayuda con una cortesía que no tenía yo motivo para esperar. Examinó con mucha afabilidad y pericia mi ojo estropeado, me informó de que tenía una gota en él, y (fuera lo que fuese aquella gota) me la quitó, proporcionándome un gran alivio.

Pensé entonces que era ya tiempo de morir (puesto que la suerte había decidido perseguirme), y por tanto, me dirigí hacia el río más próximo. Allí me desnudé (pues no hay razón alguna para que no muramos como hemos

nacido), y me tiré de cabeza a la corriente; el único testigo de mi destino fue un cuervo solitario que, seducido por el cebo de un trigo empapado en coñac, estaba haciendo eses, separado de sus compañeros. No bien entré en el agua cuando a aquel

pájaro se le ocurrió salir volando con las prendas más indispensables de mi vestimenta. Por eso, aplazando por el instante mi proyecto suicida, deslicé como pude mis extremidades inferiores en las mangas de mi gabán, y emprendí la persecución del malvado con la ligereza que el caso requería y que permitían las circunstancias. Pero me seguía acompañando mi mala suerte. Cuando corría a toda velocidad, con la nariz al aire, atento sólo al ladrón de mis bienes, noté de pronto que mis pies no tocaba ya terra firma; el hecho es que me había arrojado a un precipicio, y que me habría destrozado inevitablemente si, por fortuna, no hubiera asido una cuerda de arrastre que colgaba de un globo, de paso por allí.

Tan pronto como hube recobrado el sentido lo suficiente para comprender la aterradora posición en que estaba situado, o más bien colgado, me esforcé con toda la potencia de mis pulmones por hacer conocer dicha posición al aeronauta que se hallaba por encima de mí. Pero durante un largo rato me esforcé en vano. O aquel imbécil no podía o no quería el muy miserable verme. Mientras, se elevaba rápidamente la máquina, en tanto que mis fuerzas disminuían más rápidamente aún. Estaba ya a punto de resignarme con mi destino, y de dejarme caer a plomo en el mar, cuando se sintió mi ánimo repuesto de repente al oír una voz cavernosa que venía de lo alto, y que parecía tararear con pereza un aria de ópera. Mirando hacia arriba, vi al Ángel de lo Estrambótico. Se apoyaba, cruzado de brazos, sobre el borde de la barquilla; con la pipa en la boca, de

la que extraía apacibles bocanadas, parecía estar en términos excelentes consigo mismo y con el universo. Me sentía demasiado exhausto para hablar; de modo que me limité a mirarle con aire suplicante.

Durante algunos minutos, aunque mirándome cara a cara, no dijo nada. Por último, llevando con cuidado su pipa de espuma de mar de la comisura derecha a la izquierda de su boca, condescendió a hablar.

—¿Quién ser osté? —preguntó—. ¿Y qué diablos hacer osté ahí?

A este rasgo de descaro, de crueldad y de simulación, no pude replicar más que lanzando esta palabra:

—¡Auxilio!

—¡Auxilio! —repitió como un eco el granuja—. No ser yo el que auxiliar a osté. Aquí tener la fotella. ¡Auxiliarse osté mismo, y que el diablo le lleve!

Y con estas palabras dejó caer una gruesa botella de kirschenwasser que, al darme justamente en la coronilla, me hizo imaginar que se habían hecho

papilla mis sesos. Impresionado con esta idea, estaba a punto de soltar presa y de exhalar gustoso el alma, cuando fui detenido por el grito del Ángel, ordenándome que me sostuviese.

—¡Cogerse osté fien! —dijo—. No se precipitar osté, ¿oye?
¿Querer osté coger otra fotella o estar osté despejado y haber
recobrado los sentidos?

Me apresuré ante esto a mover dos veces la cabeza: una,
negativamente, queriendo dar a entender que prefería por el
momento no coger más botellas, y otra, afirmativamente,
significando así que estaba despejado, y que gozaba, en
verdad, de todos mis sentidos. Gracias a lo cual, apacigüé algo
al Ángel.

—Y ahora, ¿me creer osté por fin? ¿Crear osté, ahora en la
posibilidad de lo estrambótico?

Moví de nuevo la cabeza, asintiendo.

—¿Y osté creer en mí, el Ángel de lo Estrambótico? Afirmé de
nuevo.

—¿Y osté reconocer que ser osté un ciego porracho y un loco?
Asentí nuevamente.

—Ponga osté entonces su mano derecha en el bolsillo izquierdo
de su pantalón como para mostrar su sumisión al Ángel de lo
Estrambótico.

Esto, por razones muy obvias, me pareció completamente
imposible de realizar. En primer lugar, mi brazo izquierdo se me
partió al caer de la escalera, y de haber soltado presa con mi
mano derecha, me hubiese caído sin remedio. En segundo
lugar, no tenía pantalones, desde que salí corriendo detrás del

cuervo. Me vi, por tanto, obligado, con harto sentimiento mío, a mover la cabeza negativamente, intentado así dar a entender al Ángel que encontraba inoportuno en aquel momento cumplir su petición tan razonable. Sin embargo, no bien dejé de mover la cabeza:

—¡Váyase osté entonces al diablo! —rugió el Ángel de lo Estrambótico.

Al pronunciar estas palabras cortó con un afilado cuchillo la cuerda de arrastre de la que estaba yo colgado, y como sucedió que en aquel instante pasábamos por encima mismo de mi propia casa (la cual, durante mis peregrinaciones, había sido convenientemente reconstruida), caí de cabeza por la amplia chimenea y fui a parar al hogar del comedor.

Al recobrar el sentido (pues la caída me había atolondrado del todo) vi que eran casi las cuatro de la madrugada. Yacía donde hube de caer desde el globo. Mi cabeza descansaba entre las ascuas de un fuego apagado, mientras mis pies reposaban sobre el naufragio de una mesita volcada, junto a los restos de unos postres variados, mezclados con un periódico, algunas copas rotas, unas

botellas hechas añicos y un jarro vacío de Schiedam Kirschenwasser. Así se vengó el Ángel de lo Estrambótico.

REVELACIÓN MESMÉRICA

Aunque la duda pueda envolver aún la exposición razonada del mesmerismo, sus sobrecogedores hechos están ahora casi universalmente admitidos. Los que dudan de estos hechos son meros incrédulos de profesión, una casta inútil y desacreditada. Sería perder el tiempo por completo intentar probar hoy día que el hombre, por el simple ejercicio de su voluntad, puede impresionar a su semejante, arrojándole en una situación anormal, cuyos fenómenos se asemejan con tanta exactitud a la muerte, o por lo menos, que se parecen más a ella que los de cualquier otra situación normal que se halla dentro de nuestro conocimiento; que, mientras dura ese estado, la persona así impresionada emplea sólo con esfuerzo, y, por tanto, débilmente, los órganos sensoriales exteriores, y, sin embargo, percibe, con una aguda y refinada percepción, y por conductos que se suponen desconocidos, cosas fuera del alcance de los órganos físicos; que, además, sus facultades intelectuales son exaltadas y vigorizadas de modo asombroso, y, en fin, que su susceptibilidad a las impresiones aumenta con su frecuencia, mientras, en igual proporción, los fenómenos peculiares que se producen son más extensos y más pronunciados.

He dicho que sería superfluo demostrar esos hechos, que contienen las leyes del mesmerismo en sus características

generales; no impondré a mis lectores tan innecesaria demostración hoy. Mi propósito actual es, en realidad, muy diferente. Me impulsa, a despecho de un mundo de prejuicios, a referir, sin comentario, la parte esencial de un coloquio celebrado entre un magnetizado y yo.

Tenía yo desde hace largo tiempo la costumbre de magnetizar a la persona en cuestión (mister Vankirk), y la aguda susceptibilidad y la exaltación de la percepción magnética habituales se habían ya manifestado. Durante varios meses venía él padeciendo una tisis comprobada, la mayor parte de cuyos efectos crueles encontraron alivio con mis manipulaciones, y en la noche del miércoles 15 del actual fui llamado a su cabecera.

El enfermo sufría un vivo dolor en la región precordial, y respiraba con gran dificultad, teniendo todos los síntomas ordinarios del asma. En tales angustias había él encontrado generalmente alivio con la aplicación de cataplasmas de mostaza en los centros nerviosos; pero aquella noche lo intentó en vano.

Cuando entré en su habitación, me saludó con una animada sonrisa, y aunque presa de evidentes dolores físicos, me pareció estar, moralmente, de todo punto tranquilo.

—Le he enviado a buscar esta noche —dijo— no tanto para aportar un alivio a mis dolores físicos como para convencerme

respecto a ciertas impresiones psíquicas que últimamente me han ocasionado verdadera ansiedad y sorpresa. No necesito decirle lo escéptico que he sido hasta ahora sobre la cuestión de la inmortalidad del alma. No puedo negar que ha existido siempre, en esa alma que he estado negando, como un medio sentimiento vago de su propia existencia. Pero ese medio sentimiento en ningún momento se ha elevado a convicción. Mi razón no tenía nada que hacer con todo eso. Todos los esfuerzos hacia una investigación lógica sólo trajeron como resultado dejarme más escéptico que antes. Me he dedicado al estudio de Cousin. Lo estudiado en sus propias obras, así como en sus ecos europeos y americanos. He tenido en mis manos el Charles Elwood, de mister Brownson, por ejemplo. Lo he leído con profunda atención. Lo he encontrado lógico desde el principio hasta el fin: pero las partes que no son pura lógica son, por desgracia, los principales argumentos del héroe incrédulo del libro. En su resumen me pareció evidente que el razonador no había logrado siquiera convencerse a sí mismo. El final del libro ha olvidado a las claras el comienzo, como Trínculo su gobierno. En suma, no tardé mucho en darme cuenta de que, si el hombre debe hallarse intelectualmente convencido de su propia inmortalidad, no lo será nunca por las meras abstracciones que han estado durante tanto tiempo de moda entre los moralistas ingleses, franceses y alemanes. Las abstracciones pueden ser una diversión y un ejercicio, pero no se adueñan del espíritu. Por último, mientras permanezcamos sobre la Tierra, la filosofía, estoy persuadido de ello, nos

mandará siempre en vano que consideremos las cualidades como cosas. La voluntad puede asentir; el alma, el intelecto, nunca. Repito, pues, que he sentido tan sólo a medias, y nunca he creído intelectualmente. Pero en una época reciente hubo en mí cierta mayor profundidad de pensamiento hasta hacerle adquirir tan extraña semejanza con la aquiescencia de la razón, que fue difícil distinguir entre los dos. Tengo motivos para atribuir la huella de ese efecto a la influencia mesmérica. No podría explicar mejor mi idea que por la hipótesis de que la exaltación mesmérica me hace ser capaz de percibir un sistema de razonamiento que en mi existencia anormal me convence, pero que, por una plena concordancia con el fenómeno mesmérico, no se extiende, excepto por su efecto, hasta mi existencia normal. En el estado hipnótico, el razonamiento y su conclusión (la causa y su efecto) están presentes simultáneamente. En mi estado natural, al desaparecer la causa, sólo el efecto, y acaso no más en parte, permanece. Estas consideraciones me han inducido a creer que se podrían obtener algunos buenos resultados de una serie de preguntas bien pensadas que me dirigiesen estando hipnotizado. Habrá usted

advertido con frecuencia el profundo conocimiento de sí mismo mostrado por el hipnotizado, el amplio saber que exhibe sobre todos los puntos en relación con el estado mesmérico, y de este

conocimiento de sí propio podrían deducirse sugerencias para la adecuada redacción de un catecismo.

Accedí, naturalmente, a realizar aquella experiencia. En pocos pases mister Vankirk cayó en el sueño mesmérico. Su respiración se hizo enseguida más fácil, y no pareció él sufrir ningún malestar físico. Se entabló el diálogo siguiente: (V. en dicho diálogo representará al paciente, y P., a mí).

P. —¿Está usted dormido?

V. —Sí, no; preferiría dormir más profundamente.

P. —(Después de unos cuantos pases más). ¿Duerme usted ahora?

V. —Sí.

P. —¿Cómo cree usted que terminará su enfermedad actual?

V. —(Después de una larga vacilación y hablando como con esfuerzo). Debo morir.

P. —¿Le aflige a usted esa idea de muerte?

V. —(Con gran rapidez). ¡No, no!

P. —¿Le complace esa perspectiva?

V. —Si estuviese despierto, me gustaría morir; pero ahora no se trata de eso. El estado mesmérico se halla lo bastante cercano a la muerte para contentarme.

P. —Quisiera que se explicase usted mejor, mister Vankirk.

V. —También lo querría yo; pero eso requiere un esfuerzo mayor del que soy capaz de hacer. No me pregunta usted adecuadamente.

P. —¿Cómo he de interrogarle, entonces?

V. —Debe usted empezar por el comienzo.

P. —¡El comienzo! Pero ¿dónde está el comienzo?

V. —Ya sabe que el comienzo es Dios. (Esto fue dicho en un tono bajo, vacilante, con todos los signos de la más profunda veneración).

P. —¿Qué es, entonces, Dios?

V. —(Titubeando unos minutos). No puedo decirlo.

P. —¿No es Dios un espíritu?

V. —Cuando estaba yo despierto, sabía qué era lo que usted entiende por

«espíritu»; pero ahora eso parece sólo una palabra, como, por ejemplo, verdad, belleza: una cualidad, quiero decir.

P. —¿No es Dios inmaterial?

V. —No hay inmaterialidad; es ésta una simple palabra. Lo que no es materia, no es nada en absoluto, a menos que las cualidades sean cosas.

P. —¿Es Dios, pues, material?

V. —No. (Esta respuesta me dejó muy asombrado).

P. —Entonces, ¿qué es Él?

V. —(Después de una larga pausa, y balbuciente). Le veo; pero es una cosa difícil de decir. (Otra larga pausa). Él no es espíritu, pues existe. No es materia, «como usted lo entiende». Pero hay «gradaciones» de materia que los hombres no conocen; la densa empuja a la ligera, la ligera penetra a la densa. La atmósfera, por ejemplo, empuja al principio eléctrico, mientras el principio eléctrico pasa a través de la atmósfera. Estas gradaciones de materia aumentan en tenuidad o en ligereza hasta que llegamos a una materia «imparticulada» — sin partículas—, indivisible, «una»; y aquí se modifica la ley de impulsión y penetración. La materia esencial o imparticulada no sólo penetra las cosas, sino que las impele, y «es», por ende, todas las cosas en una misma. Esta materia es Dios. Lo que los hombres intentan corporeizar en la palabra «pensamiento» es esa materia en movimiento.

P. —Los metafísicos sostienen que toda acción es reducible a movimiento y pensamiento, y que este último es el origen del primero.

V. —Sí, y ahora veo la confusión de ideas. El movimiento es la acción del

«espíritu», no del «pensamiento». La materia imparticulada o Dios, en reposo, es (tan aproximadamente como nos es posible concebirlo) lo que los hombres llaman espíritu. Y el poder de

automovimiento (equivalente en efecto, a la volición humana) es, en la materia imparticulada, el resultado de su unidad y de su omnipredominio; «ahora» no lo sé, y ahora también veo claramente que no lo sabré nunca. Pero la materia imparticulada, puesta en movimiento por una ley o cualidad existentes dentro de ella misma, es pensante.

P. —¿Puede darme una idea más precisa de lo que es para usted el término materia imparticulada?

V. —Las materias que los hombres conocen escapan a los sentidos poco a poco. Tenemos, por ejemplo, un metal, un trozo de madera, una gota de agua, la atmósfera, el gas, el calórico, la electricidad, el éter luminoso. Ahora llamamos materia a todas esas cosas y abarcamos toda materia en una definición general; pero, a despecho de eso, no hay dos ideas más esencialmente diferentes que la que asignamos al metal y la que asignamos al

éter luminoso. Cuando nos fijamos en este último, sentimos una tendencia casi irresistible a clasificarle con el espíritu o con la nada. La única consideración que nos contiene es nuestra concepción de su constitución atómica, y aun aquí, tenemos necesidad de pedir ayuda a nuestra noción de un átomo, como algo poseyendo, en una infinita exigüidad, solidez, tangibilidad, peso. Suprimida la idea de la constitución atómica, no seremos capaces mucho tiempo de considerar el éter como una entidad,

o, al menos, como materia. A falta de una palabra mejor, podríamos llamarle espíritu. Demos ahora un paso más allá del luminoso éter; concibamos una materia mucho más rara que el éter, como el éter es mucho más raro que el metal, y llegaremos al fin (a despecho de todos los dogmas escolásticos) a una masa única, a una materia imparticulada. Pues aunque podamos admitir una infinita pequeñez en los átomos mismos, la infinitud de la pequeñez en los espacios entre ellos es un absurdo. Habrá un punto, habrá un grado de rareza, en donde, si los átomos son bastante numerosos, los interespacios deberán desaparecer, y la masa, juntarse. Pero habiendo quedado ahora apartada la consideración de la constitución atómica, la naturaleza de la masa se desliza inevitablemente dentro de lo que concebimos como espíritu. Claro está, sin embargo, que sigue siendo materia tan de lleno como antes. Lo cierto es que resulta tan imposible concebir el espíritu como imaginar lo que no es. Cuando nos jactamos de haber forjado su concepción, hemos engañado, en suma, nuestra inteligencia con la consideración de la materia infinitamente rarificada.

P. —Me parece que hay una insuperable objeción a esa idea de cohesión absoluta, y es la levísima resistencia experimentada por los cuerpos celestes en sus revoluciones a través del espacio, una resistencia que existe en «algún» grado —como, por cierto, se ha comprobado ahora—, pero que es tan leve, que ha pasado totalmente inadvertida incluso a la sagacidad de Newton. Sabemos que la resistencia de los cuerpos está sobre

todo en proporción con su densidad. Allí donde no hay interespacios, no puede haber paso. Un éter denso en absoluto constituiría un obstáculo infinitamente más eficaz a la marcha de una estrella que un éter de diamante o de hierro.

V. —Su objeción queda refutada con una facilidad que está, aproximadamente, en razón de su aparente irrefutabilidad. En relación con el avance de la estrella, no puede haber diferencia en que la estrella pase a través del éter o «en que el éter pase a través de ella». No hay error astronómico más inexplicable que el que concilia el retraso conocido de los cometas con la idea de su paso a través del éter; pues, por muy raro que se suponga ese éter, será un obstáculo para toda revolución sideral en un período mucho más breve que el admitido por esos astrónomos que han procurado pasar por alto un punto que juzgaban imposible de comprender. El retraso probado en la actualidad es, por otra parte, poco más o menos, el que puede esperarse de la «fricción» del éter en su paso instantáneo a través del astro. En el primer caso, la fuerza de

retraso es momentánea y completa en sí misma; en el segundo, es infinitamente creciente.

P. —Pero en todo eso, en esa identificación de la simple materia con Dios,

¿no hay nada irreverente? (Me vi obligado a repetir esta pregunta antes de que el hipnotizado pudiese comprender por completo mi pensamiento).

V. —¿Podría usted decir «por qué» la materia es menos respetada que el espíritu? Pero olvida que la materia de la que hablo es, bajo todos los aspectos, la verdadera «inteligencia» o «espíritu» de las escuelas en cuanto a sus altas facultades, y es, además, la «materia» de esas escuelas al mismo tiempo. Dios, con todos los poderes atribuidos al espíritu, no es sino la perfección de la materia.

P. —Afirma usted, entonces, que la materia imparticulada, en movimiento, es pensamiento.

V. —En general, ese movimiento es el pensamiento universal de la inteligencia universal. Este pensamiento crea. Todas las cosas creadas no son sino los pensamientos de Dios.

P. —Dice usted «en general».

V. —Sí. El espíritu universal es Dios. Para las nuevas individualidades, la «materia» es necesaria.

P. —Pero habla usted ahora de «espíritu» y de «materia» como los metafísicos.

V. —Sí, para evitar una confusión. Cuando digo «espíritu», quiero decir materia imparticulada o suprema; por «materia» entiendo todo lo demás.

P. —Ha dicho usted que «para las nuevas individualidades la materia es necesaria».

V. —Sí, pues existiendo el espíritu incorpóreo, es simplemente Dios. Para crear seres individuales, pensantes, era necesario encarnar porciones del espíritu divino. Por eso el hombre está individualizado. Despojado de la vestidura corporal, sería Dios. Ahora el movimiento especial de las porciones encarnadas de la materia imparticulada es el pensamiento del hombre, como el movimiento conjunto es el de Dios.

P. —¿Dice usted que, despojado del cuerpo, el hombre será Dios?

V. —(Después de cierta vacilación). No he podido decir eso: es un absurdo.

P. —(Consultando mis notas). Ha dicho usted que «despojado de la vestidura corporal, el hombre sería Dios».

V. —Y eso es verdad. El hombre, despojado así, «sería» Dios, estaría desindividualizado. Pero no puede estar así despojado — al menos, no lo

«estará» nunca—, pues, de otro modo, tendríamos que imaginar una acción de Dios volviendo sobre sí misma, una acción sin propósito, fútil. El hombre es una criatura. Las criaturas son los pensamientos de Dios. Y la naturaleza de un pensamiento es ser irrevocable.

P. —No comprendo. ¿Dice usted que el hombre no podrá desprenderse nunca del cuerpo?

V. —He dicho que no podrá estar nunca sin cuerpo.

P. —Explíquese.

V. —Hay dos cuerpos: el rudimentario y el cabal, correspondientes a las dos condiciones de la oruga y de la mariposa. Lo que llamamos «muerte» no es sino la metamorfosis dolorosa. Nuestra encarnación actual es progresiva, preparatoria, temporal. Nuestra encarnación futura es perfecta, suprema, inmortal. La vida final es el objetivo supremo.

P. —Pero tenemos una noción palpable de la metamorfosis de la oruga.

V. —«Nosotros», ciertamente, pero no la oruga. La materia de que está compuesto nuestro cuerpo rudimentario está al alcance de los órganos de ese cuerpo, o, más claro, nuestros órganos rudimentarios son apropiados a la materia de que está formado el cuerpo rudimentario, pero no a la de que está formado el supremo. El cuerpo supremo escapa por eso a nuestros sentidos rudimentarios, y percibimos sólo la envoltura que cae, en el declinar de la forma interior, no la forma interior misma; pero esta forma interior, lo mismo que la envoltura, es apreciable para los que han adquirido ya la vida final.

P. —Ha dicho usted repetidas veces que el estado mesmérico se parece mucho a la muerte. ¿Cómo es eso?

V. —Si digo que se parece a la muerte, quiero significar con ello que se parece a la vida final, pues cuando estoy hipnotizado los sentidos de mi vida rudimentaria están en suspenso, y yo percibo las cosas exteriores directamente, sin órganos, a través de un médium que utilizaré en la vida final o inorgánica.

P. —¿Inorgánica?

V. —Sí; los órganos son aparatos por medio de los cuales el individuo es puesto en relación sensible con clases y formas especiales de la materia, con exclusión de todas otras clases y formas. Los órganos del hombre están adaptados a su condición rudimentaria y sólo a ella; su condición ulterior, al ser inorgánica, es de una comprensión ilimitada en todos los puntos, salvo en uno: la naturaleza de la voluntad de Dios; es decir, el movimiento de la materia imparticulada. Podrá usted hacerse una idea clara del cuerpo final,

ulterior o definitivo, concibiéndolo todo cerebro. «No» es esto; pero una concepción de esta naturaleza le aproximará a la comprensión de lo que «es». Un cuerpo luminoso transmite una vibración al éter luminoso. Esas vibraciones engendran otras semejantes en la retina; éstas transmiten otras semejantes al nervio óptico. El nervio las comunica al cerebro; el cerebro también otras semejantes a la materia imparticulada, que le penetra. El movimiento de esta última es el pensamiento, del que la percepción es la primera ondulación. Ésta es la manera

como el espíritu de la vida rudimentaria comunica con el mundo exterior, y este mundo exterior está en la vida rudimentaria limitado por la idiosincrasia de sus órganos. Pero en la vida definitiva, inorgánica, el mundo exterior comunica con el cuerpo entero (que es de una sustancia que tiene afinidades con el cerebro, como ya he dicho), sin otra intervención que la de un éter infinitamente sutil, más aún que el luminoso; y el cuerpo entero vibra al unísono con este éter, poniendo en movimiento la materia imparticulada que lo penetra. Es, pues, a la ausencia de órganos idiosincrásicos a lo que debemos atribuir la percepción casi ilimitada de la vida ulterior o definitiva. Los órganos son jaulas necesarias para encerrar en ellas, hasta que tengan plumas, a los seres rudimentarios.

P. —Habla usted de «seres» rudimentarios. ¿Hay otros seres rudimentarios pensantes, además del hombre?

V. —La numerosa conglomeración de materia sutil en las nebulosas, planetas, soles y otros cuerpos que no son nebulosas ni soles ni planetas, tienen el solo objeto de proporcionar «pabulum», alimento, a los órganos idiosincrásicos de una infinidad de seres rudimentarios. Pero para la necesidad de la vida rudimentaria, antes de la vida ulterior, no hubieran existido cuerpos como éstos. Cada uno de ellos está habitado por una variedad distinta de criaturas orgánicas, rudimentarias, pensantes. En todas, los órganos varían con los caracteres del lugar ocupado. En la muerte o metamorfosis, esas criaturas, gozando de la vida ulterior —de la inmortalidad— y conociendo

todos los secretos, excepto «uno» realizan todos sus actos y se mueven en todos sentidos por su simple voluntad: habitan no las estrellas —que nos parecen los únicos mundos palpables, y para interpretación de los cuales creemos a ciegas que el espacio ha sido creado—, sino el ESPACIO mismo, ese infinito cuya inmensidad verdaderamente sustancial se traga las estrellas —sombras—, borrándolas a la percepción de los ángeles como la nada.

P. —Dice usted: «pero para la “necesidad” de la vida rudimentaria, no hubiesen sido creadas las estrellas». Y ¿por qué esa necesidad?

V. —En la vida inorgánica, así como en la materia inorgánica, generalmente, no hay nada que pueda impedir la acción de una simple «única» ley, que es la Divina Volición. La vida orgánica y la materia (compleja, sustancial y gravada por una ley) han sido ideadas con el fin de crear un

impedimento.

P. —Pero, una vez más, ¿por qué era necesario crear ese impedimento?

V. —El resultado de la ley inviolada es perfección: derecho, felicidad negativa. El resultado de la ley violada es imperfección: injusticia, dolor positivo. Merced a los impedimentos que aportan el número —la complejidad o la sustancialidad de las leyes de la vida orgánica y de la materia—

, la violación de la ley se hace, hasta cierto grado, practicable. Por eso el dolor, imposible en la vida inorgánica, es posible en la orgánica.

P. —Pero ¿con qué buen fin se hace posible ese dolor?

V. —Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente demostrará que el placer, en todos los casos, no es sino el contraste del dolor. El placer «positivo» es una simple idea. Para ser feliz hasta cierto grado, debemos haber sufrido hasta el mismo grado. No sufrir nunca sería como no haber sido nunca feliz. Pero está demostrado que en la vida inorgánica el dolor no puede existir; de aquí la necesidad del dolor en la orgánica. El dolor de la vida primitiva sobre la Tierra es la sola base de la bienaventuranza en la vida definitiva o ulterior en el Cielo.

P. —Hay todavía una de sus expresiones que me resulta imposible comprender: «la inmensidad verdaderamente “sustancial” del infinito».

V. —Eso es, probablemente, porque no posee usted un concepto bastante genérico del término «sustancia» mismo. No debemos considerarla como una cualidad, sino como un sentimiento: es la percepción, en los seres pensantes, de la adaptación de la materia a su organización. Hay muchas cosas sobre la Tierra que serían la nada para los habitantes de Venus; muchas cosas visibles y tangibles en Venus cuya existencia seríamos nosotros incapaces de apreciar en absoluto. Pero, para los seres

inorgánicos —los ángeles—, la totalidad de la materia imparticulada es sustancia; es decir, que para ellos la totalidad de lo que nosotros llamamos «espacio» es la más verdadera sustancialidad. Las estrellas, no obstante, si las consideramos por entero en su materialidad, escapan al sentido angélico exactamente en la misma proporción que la materia imparticulada, si la consideramos en su inmaterialidad, escapa al sentido orgánico.

Al pronunciar el hipnotizado estas últimas palabras en un tono débil, observé en su rostro una singular expresión que me alarmó algo y me indujo a despertarle enseguida. No bien lo había hecho, cuando, con una brillante sonrisa que iluminaba todos los rasgos, cayó hacia atrás sobre la almohada, y expiró. Noté que, menos de un minuto después tenía su cadáver toda la dura rigidez de la piedra. Su frente mostraba la frialdad del hielo. Así habría aparecido, sin duda, únicamente después de una larga presión de la mano de

Azrael. El hipnotizado, durante la última parte de su discurso, ¿se habría dirigido en realidad a mí desde el fondo de la región de las sombras?

LA POSESIÓN DE ARNHEIM O EL PAISAJE DEL JARDÍN

Desde su cuna hasta su tumba una brisa de prosperidad empujó a mi amigo Ellison. Y no empleo aquí la palabra prosperidad en su sentido simplemente mundano. La persona de quien hablo parecía nacida con la finalidad de anunciar las doctrinas de Turgot, Price, Priestley y Condorcet, para poner un ejemplo individual de lo que se ha llamado la quimera de los perfeccionistas. En la breve existencia de Ellison paréceme ver una refutación del dogma según el cual en muchas naturalezas humanas reside algún principio oculto, enemigo de la felicidad. Un examen minucioso de su carrera me ha hecho comprender que, en general, la miseria de la especie humana proviene de la violación de unas cuantas leyes de la Humanidad; que, como tal especie, tenemos en nuestro poder elementos de contento en bruto, y que aun ahora, en las presentes oscuridad y locura de todo pensamiento sobre la gran cuestión de la condición social, no es imposible que el hombre, como ser individual, pueda ser feliz en determinadas circunstancias insólitas y altamente fortuitas.

Mi joven amigo estaba también imbuido por completo de tales opiniones, y por eso es digno de observarse que el goce ininterrumpido que caracterizó su vida fuese en gran parte resultado de un previo acuerdo. Es, en verdad, evidente que, con algo menos de esa filosofía que de cuando en cuando ocupa tan bien el lugar de la experiencia, mister Ellison se hubiera visto precipitado, por el tan extraordinario éxito de su

vida, en el torbellino común del infortunio que se abre ante los hombres superdotados. Pero no es mi intención escribir un ensayo sobre la felicidad. Las ideas de mi amigo pueden resumirse en pocas palabras. No admitía más que cuatro principios, o más estrictamente, cuatro condiciones de felicidad. La que él consideraba como principal (¡es extraño decirlo!) era la simple y puramente física del ejercicio al aire libre. «La salud —decía que se puede obtener por otros medios no merece apenas ese nombre». Citaba las voluptuosidades del cazador de zorros, y señalaba a los cultivadores de la tierra cual las únicas gentes que, como clase, pueden ser consideradas justamente más felices que los otros. Su segunda condición era el amor a la mujer. Su tercera, y la de más difícil realización, era el desprecio de la ambición. Su cuarta era el objeto de una persecución incesante, y él afirmaba que, siendo iguales las otras cosas, la extensión de la felicidad alcanzable estaba en proporción con la espiritualidad de ese objeto.

Fue Ellison notable por la continua profusión con que la Fortuna volcó

sobre él sus dones. En gracia personal y en belleza superaba a todos los hombres. Su inteligencia era de esas para las cuales la adquisición del conocimiento es menos una labor que una intuición y una necesidad. Su familia era una de las más ilustres del imperio. Su esposa, la más encantadora y la más abnegada

de las mujeres. Habían sido siempre cuantiosos sus bienes; pero al alcanzar la mayoría de edad, se descubrió que el Destino había tenido en favor de él uno de esos caprichos suyos que asombran al medio social donde ocurren, y que no dejan de alterar radicalmente la constitución moral de quienes son objeto de ellos.

Parece ser que unos cien años antes de que mister Ellison llegase a su mayoría de edad falleció en una remota provincia cierto mister Seabright Ellison. Este gentleman amasó una fortuna principesca, y no teniendo parientes inmediatos, se le ocurrió la fantasía de dejar que se acumulara durante un siglo después de su muerte. Habiendo indicado él mismo minuciosa y sagazmente los diversos modos de invertirla, legó la totalidad de aquella fortuna al más cercano consanguíneo que llevase el apellido Ellison y que viviese al final de los cien años. Se hicieron varias tentativas para lograr la anulación de aquel singular legado. Su carácter *ex post facto* las llevó al fracaso; pero despertó la atención de un gobierno celoso que, finalmente, promulgó un decreto legislativo prohibiendo tales acumulaciones. Este decreto, sin embargo, no fue obstáculo para que el joven Ellison, entrara en posesión, el vigésimo primer aniversario de su nacimiento, y como heredero de su antepasado Seabright, de una fortuna que se elevaba a cuatrocientos cincuenta millones de dólares.

Cuando se conoció la cuantía de la enorme fortuna heredada, se hicieron, por supuesto, muchas conjeturas sobre la manera

de disponer de aquélla. La magnitud y la inmediata disponibilidad de dicha suma deslumbraban a cuantos pensaban en la cuestión. Se hubiera podido imaginar al poseedor de una suma apreciable cualquiera realizando una u otra cosa entre mil. Dotado de una fortuna que superaba, al fin y al cabo, la de cualquier otro ciudadano, se hubiera podido imaginarle fácilmente entregado a los excesos de las más elegantes extravagancias de su tiempo, o consagrado a intrigas políticas, o aspirando al poder ministerial, o persiguiendo un rango más elevado en la nobleza, o coleccionando en amplios museos toda clase de objetos raros o curiosos, o desempeñando el papel de Mecenas de las letras, de la ciencia o del arte, o dotando y dando su nombre a grandes instituciones de caridad. Pero, en relación con la inconcebible fortuna en poder del heredero a la sazón, aquellos objetos y todos los objetos ordinarios tangibles parecían ofrecer un campo demasiado limitado. Había que recurrir a las cifras, y éstas bastaban para confundir. Se vio que, aun sólo al 3 por ciento, la renta anual de la herencia ascendía a no menos de trece millones quinientos mil dólares, lo cual representaba un millón ciento veinticinco mil dólares al mes, o treinta y seis

mil novecientos noventa y seis dólares al día, o mil quinientos cuarenta y un dólares a la hora, o veintiséis dólares al minuto. Así el sendero trillado de las suposiciones se encontraba interrumpido por completo. Los hombres no sabían ya qué

imaginar. Algunos llegaban incluso a suponer que mister Ellison se desprendería espontáneamente, cuando menos, de la mitad de su fortuna, por representar una opulencia superflua en absoluto, y que enriquecería a toda la multitud de parientes suyos, repartiendo aquella superabundancia. En efecto, Ellison cedió a sus más cercanos la fortuna, ya inusitada, que poseía antes de aquella herencia.

Con todo, no me sorprendió ver cómo tenía desde hacía largo tiempo ideas determinadas sobre la cuestión que promovía tanta discusión entre sus amigos. No me asombró, por ende, la naturaleza de su decisión. Respecto a las caridades individuales, había él dejado satisfecha su conciencia. En cuanto a la posibilidad de una mejora cualquiera, propiamente dicha, efectuada por el hombre mismo en la condición general de la Humanidad, él le concedía (siento confesarlo) muy poca fe. En resumen, para felicidad o para desgracia suya, se replegó sobre sí mismo antes que nada.

Era un poeta en el sentido más amplio y noble. Comprendía, por añadidura, el verdadero carácter, el propósito augusto, la majestad y la dignidad supremas del sentimiento poético. Su instinto le decía que la más completa, si no la única satisfacción adecuada a este sentimiento, estribaba en la creación de nuevas formas de belleza. Algunas particularidades, ya fuera en su primera educación o en la naturaleza de su inteligencia, habían dado un tinte de eso que se llama materialismo a sus especulaciones éticas, y fue quizá esa predisposición la que le

llevó a creer que el terreno más ventajoso al final, si no el más legítimo, para el ejercicio poético está en la creación de nuevos modos de belleza puramente física. Esto le hizo no llegar a ser ni músico ni poeta, si empleamos este último término en su acepción diaria. O puede que él hubiera olvidado ser lo uno o lo otro, sin más ni más, en cumplimiento de su idea de que en el desprecio de la ambición se encuentra uno de los principios esenciales de la felicidad sobre la tierra. ¿Resulta de veras imposible que, mientras un genio de elevado orden es necesariamente ambicioso, el genio más alto aún sea el que está por encima de eso que se llama ambición? ¿Y no puede así ocurrir que hayan existido genios mucho más grandes que Milton que han permanecido por su voluntad «mudos y sin gloria»? Creo que el mundo no ha visto nunca, y que, salvo por una serie de accidentes que agujereasen el más noble rango del espíritu y le obligasen a esfuerzos ingratos, el mundo no verá nunca toda la extensión triunfante de ejecución de que es harto capaz la naturaleza humana en los más ricos dominios del arte.

Ellison no llegó a ser ni músico ni poeta, aunque no ha existido nunca un hombre más enamorado a fondo de la música y de la poesía. En otras

circunstancias que las que le rodearon, no habría sido imposible que hubiese llegado a ser un pintor. La escultura, aunque rigurosamente poética en su naturaleza, es un arte demasiado

limitado en su extensión y consecuencias para haber ocupado largo tiempo su atención. Y acabo de mencionar todos los dominios en los cuales le ha declarado capaz de difundirse la comprensión corriente del sentimiento poético. Pero Ellison sostenía que el dominio más rico, más verdadero y más natural, si no el más extenso en absoluto, había sido inexplicablemente descuidado. No se había hecho ninguna definición del jardinero-paisajista como del poeta; aun así, a mi amigo parecíale que la creación del jardín-paisaje ofrecía a la musa apropiada la más magnífica de las oportunidades. Ahí, en verdad, estaba el más bello campo para que se desplegara una imaginación aplicada a la infinita combinación de formas de nueva belleza; los elementos que intervinieran en la combinación serían, por una amplia superioridad, los más gloriosos que la tierra pueda proporcionar. En la multiplicidad de formas y de colores de las flores y de los árboles, él reconocía los esfuerzos más directos y enérgicos de la Naturaleza hacia la belleza física. Y en la dirección o concentración de ese esfuerzo —o dicho con más propiedad, en su adaptación a los ojos que habían de contemplarlo sobre esta tierra— él notaba que debía emplear los mejores medios, trabajar con el mayor aprovechamiento para el cumplimiento no sólo de su personal destino como poeta, sino también de los augustos fines para los que ha implantado la Divinidad el sentimiento poético en el hombre.

«Su adaptación a los ojos que habían de contemplarlo sobre esta tierra». En su explicación de esta frase, mister Ellison aclaraba lo que había parecido siempre un enigma. Quiero hablar del hecho (que nadie más que el ignorante discute) de que no existe en la Naturaleza combinación alguna de decoraciones tal como el pintor genial la podría producir. No se encuentran en la realidad paraísos semejantes a los que resplandecen en los lienzos de Claudio de Lorena. En el más encantador de los paisajes naturales, puede siempre descubrirse un defecto o un exceso, muchos excesos y defectos. Aunque las partes componentes puedan desafiar individualmente la elevada pericia del artista, la disposición de esas partes será siempre susceptible de mejora. En conclusión, no puede encontrarse un lugar sobre la vasta superficie de la tierra natural, en donde un ojo artístico, mirando con fijeza, no halle motivo de ofensa en lo que se llama la «composición» del paisaje. Y no obstante, ¡cuán ininteligible es esto! En todas las demás materias se nos ha enseñado certeramente a considerar la Naturaleza como suprema. En cuanto a sus detalles, nos estremecería competir con ella. ¿Quién tendría la presunción de imitar los colores del tulipán o mejorar las proporciones del lirio del valle? La crítica que dice, a propósito de escultura o de pintura, que la Naturaleza debe ser exaltada o idealizada más bien que imitada, está en un error. Ninguna combinación de elementos de belleza humana, en pintura o en escultura, puede

hacer más que acercarse a la belleza viva y respirante. Sólo en el paisaje está el principio de la verdadera crítica que ha sentido su verdad allí, y es el espíritu temerario de generalización el que la ha impulsado a declarar que era cierto en todos los dominios del arte. Digo que habiendo sentido su verdad allí, pues el sentimiento no es afectación ni quimera. Las matemáticas no proporcionan demostraciones más absolutas que las que el artista extrae del sentimiento de su arte. No sólo él cree, sino que sabe positivamente que tales y cuales arreglos de materia, en apariencia arbitrarios, constituyen sólo la verdadera belleza. Sus razones, empero, no han sido maduradas en la expresión. Queda esto para un análisis más hondo que todos los que se han hecho en el mundo: investigar esas razones y expresarlas de lleno. Sin embargo, el artista ve confirmadas sus opiniones intuitivas por la voz de todos sus hermanos. Supongamos una «composición» que sea defectuosa, supongamos que se haga una corrección en su simple arreglo de forma, supongamos que esa corrección sea sometida a todos los artistas del mundo: cada uno de ellos admitirá la necesidad de ella. Y aún más: para remediar la composición defectuosa, cada miembro aislado de la hermandad habrá sugerido una corrección idéntica.

Repito que sólo en el arreglo del paisaje es susceptible de ensalzamiento la naturaleza física, y que, por consiguiente, esta susceptibilidad de mejora en ese único punto representaba un misterio que era yo incapaz de resolver. Mis propios

pensamientos sobre ese tema descansaban en la idea de que la primitiva intención de la Naturaleza debería haber arreglado la superficie de la Tierra de manera a realizar en todos los puntos el sentimiento humano de la perfección en la belleza, en lo sublime o en lo pintoresco, pero que esa primitiva intención había quedado frustrada por las conocidas perturbaciones geológicas, perturbaciones de forma y de colores agrupados, en cuya corrección o aquietamiento reside el alma del arte. La fuerza de esta idea se encontraba muy debilitada, no obstante, por la necesidad en que iba envuelta de considerar esas perturbaciones como anormales e inadaptadas a un fin cualquiera. Fue Ellison quien sugirió que eran pronósticos de muerte. Lo explicó así:

—Admitamos que la inmortalidad terrenal del hombre haya sido la primera intención. Tenemos entonces el primitivo arreglo de la superficie de la Tierra adaptado a su estado feliz, estado no existente, sino preconcebido. Las perturbaciones han sido los preparativos para su condición mortal concebida posteriormente.

»Ahora bien —decía mi amigo—: lo que consideramos como una exaltación del paisaje puede en realidad serlo, aunque sólo desde el punto de vista moral o humano. Cada alteración del decorado natural produciría acaso un defecto en el cuadro, si suponemos ese cuadro visto en grande, en masa,

desde algún punto distante de la superficie de la Tierra, aunque no más allá de los límites de su atmósfera. Se comprende con facilidad que el perfeccionamiento de un detalle, examinado desde muy cerca, podría al mismo tiempo perjudicar un efecto general o más claramente observado. Tal vez exista una clase de seres, humanos en otro tiempo, pero ahora invisibles a la Humanidad, a quienes, desde lejos, nuestro desorden pueda parecer orden, y nuestra carencia del elemento pintoresco, pintoresquismo; en una palabra, los ángeles terrestres, dotados de un sentimiento de lo bello refinado por la muerte, y para cuyas miradas, más en particular que para las nuestras, Dios haya querido desplegar los amplios jardines-paisajes de los hemisferios.

En el curso de la discusión mi amigo citó algunos párrafos de un escritor que ha tratado del jardín-paisaje, y al cual se incluye entre quienes han abordado el tema certeramente:

«No hay, en puridad, más que dos estilos de paisaje-jardín: el natural y el artificial. El uno intenta evocar la belleza original de la campiña, adaptando sus medios al decorado circundante, cultivando árboles que estén en armonía con las colinas o con las tierras vecinas, descubriendo y llevando a la práctica esas relaciones delicadas de tamaño, proporción y color que, ocultas para el observador vulgar, se revelan por todas partes al estudiante experto de la Naturaleza. El resultado del estilo natural en el jardinaje se manifiesta más bien en la ausencia de todos los defectos e incongruencias, en el predominio de una

sana armonía y de un orden, que en la creación de maravillas o milagros cualesquiera. El estilo artificial comprende tantas variedades como gustos diferentes que satisfacer. Guarda cierta relación general con los diversos estilos de arquitectura. Existen las majestuosas avenidas y los retiros de Versalles, las terrazas italianas, y un viejo estilo inglés mezclado y vario, que tiene cierta relación con el gótico doméstico o con la arquitectura isabelina inglesa. Pese a cuanto pueda decirse contra los abusos del paisaje-jardín artificial, la mezcla del arte puro en el decorado del jardín añade a éste una gran belleza. Ésta es, en parte, grata a los ojos, por la manifestación de un orden y de una intención, y en parte, moral. Una terraza, con una vetusta balaustrada cubierta de musgo, evoca enseguida ante los ojos las bellas formas que pasaron por allí en otros días. La más ligera manifestación de arte es una prueba de la solicitud y del interés humano».

—Por lo que ya he observado —dijo Ellison— comprenderá usted que rechazo la idea ahí expresada de recordar la belleza original de la campiña. La belleza original no es nunca tan grande como la que el hombre puede introducir. Naturalmente, todo depende de la elección de un sitio idóneo. Lo que se dice del descubrimiento y de la puesta en práctica de las delicadas relaciones de tamaño, proporción y color, es una de esas simples maneras vagas de hablar que sirven para encubrir la inexactitud del pensamiento. La

frase citada puede significar algo o nada, y no sirve de guía en modo alguno. Que la verdad resultante del estilo natural de la jardinería se manifiesta más bien en la ausencia de todos los defectos e incongruencias que en la creación de maravillas o milagros especiales, es una de esas proposiciones mejor adaptadas a la comprensión rastrera de la multitud que a los férvidos sueños del hombre de genio. El mérito negativo indicado pertenece a esa crítica cojitranca que, en literatura, elevaría a Addison hasta la apoteosis. Bien mirado, esa virtud que consiste en la mera supresión del vicio apela directamente a la inteligencia, y puede por tanto, ser circunscrita a la regla; pero la virtud más elevada, que llamea en creación, no puede ser apreciada más que en sus resultados. La regla sólo se aplica a los méritos negativos, a las excelencias de abstención. Más allá de esa regla el arte crítico sólo puede sugerir. Pueden enseñarnos a construir un Catón; pero no nos enseñarán nunca a concebir un Partenón o un Infierno. Sin embargo, hecha la cosa, realizado el milagro, la facultad de comprenderlo se hace universal. Los sofistas de la escuela negativa, quienes, a causa de su incapacidad creadora, se mofan de la creación, son ahora los que la aplauden más ruidosamente. Lo que en su condición embrionaria de principio afrentaba su razón gazmoña no deja nunca, en su madurez de realización, de arrancar admiración a su instinto natural de belleza.

»Las observaciones del autor sobre el estilo artificial —prosiguió Ellison— son menos censurables. Mezclar arte puro en el

decorado de un jardín añade a éste una gran belleza. Es justo, como lo es también la observación referente al sentimiento del interés humano. El principio expresado es incontrovertible, pero puede que exista algo más allá. Puede que exista un objeto en relación con el principio, un objeto inalcanzable por los medios que poseen ordinariamente los individuos, y que, no obstante, si se alcanzara, daría al paisaje-jardín un encanto que superaría el que puede darle un sentimiento puramente humano. Un poeta, disponiendo de recursos pecuniarios, podría, mientras conservase la idea necesaria de un arte, de una cultura, o, según la expresión del autor, de un interés, imbuir de tal modo sus propósitos con tan exacta y nueva belleza, que comunicasen al espectador el sentimiento de una intervención espiritual. Se concibe que, para conseguir tal resultado, debe él asegurar todos los beneficios del interés o del propósito mientras aligera su obra de la rigidez, de la técnica del arte mundano. En el más árido de los desiertos, en el más salvaje de los decorados de la pura naturaleza, se manifiesta el arte de un creador; aun así, este arte sólo se manifiesta por reflexión; no posee en modo alguno la clara fuerza de un sentimiento. Supongamos ahora ese sentido del designio del Todopoderoso rebajado en un grado, puesto en armonía o adaptado al sentido del arte humano, formando una especie intermedia entre los dos; imaginemos, por ejemplo, un paisaje en que se combinen la vastedad y lo definitivo, en que la reunión de la belleza, de la

magnificencia y de la rareza sugieran la idea de cuidados, de cultura y de superintendencia por parte de seres superiores emparentados, a pesar de todo, con la Humanidad. Entonces el sentimiento de interés estará preservado, mientras el arte envuelto en él le dará el aspecto de una naturaleza intermediaria o secundaria, una naturaleza que no es Dios ni una emanación de Dios, sino que es la naturaleza tal como sería si saliese de las manos de los árboles que vuelan entre el hombre y Dios.

Fue consagrado su enorme fortuna a la incorporación de tal visión; fue en el ejercicio físico sin trabas al aire libre asegurado por la vigilancia personal de sus planes, en el objeto incesante hacia el cual tendían esos planes, en la elevada espiritualidad de ese objeto, en el desprecio de toda ambición que le permitía a él sentirla de verdad, en las fuentes perennes con que veía recompensada, sin posibilidad de saciarla, la pasión dominante de su alma, su sed de belleza; y fue, por encima de todo, en la simpatía de una mujer femenina de veras, cuya belleza y cuyo amor envolvían su existencia en la purpúrea atmósfera del Paraíso, donde Ellison creyó encontrar y encontró la exención de las inquietudes ordinarias de la Humanidad, con una gran cantidad de felicidad positiva, superior a la que ha resplandecido nunca en los sueños de madame De Staël.

Desespero de dar al lector una idea clara de las maravillas que mi amigo logró realizar. Quisiera describirlas; pero me descorazona la dificultad de la descripción, y vacilo entre el

detalle y las generalidades. Quizá el mejor sistema sería reunir las dos en sus extremos.

Mister Ellison consideraba, por de contado, como el primer paso la elección de localidad; y apenas comenzó a pensar en esto, cuando la exuberante naturaleza de las islas del Pacífico atrajo su atención. En realidad, él había decidido mentalmente un viaje a los mares del Sur, cuando una noche de reflexión le indujo a abandonar aquella idea.

—Si fuese yo un misántropo —decía—, me convendría ese lugar. Su aislamiento completo, su lejanía y la dificultad que presenta de acceso y de salida serían, en un caso tal, el encanto de los encantos; pero yo no soy Timón. Deseo el sosiego, pero no la depresión de la soledad. Quiero conservar en mí cierto dominio sobre la extensión y la duración de mi descanso. Habrá horas frecuentes en que tendré necesidad también de la simpatía de lo poético para lo que he de hacer. Dejadme entonces buscar un sitio no demasiado distante de una ciudad populosa, cuya proximidad, además, facilitará la ejecución de mis planes.

Ellison, en busca de un lugar adecuado de tal situación, viajó durante varios años, y me permitió que le acompañase. Mil sitios que me entusiasmaban fueron rechazados por él sin vacilación, por razones que me

probaron, al final, que estaba en lo cierto. Llegamos, por último, a una elevada meseta de una belleza y de una fertilidad

maravillosas, desde la cual se dominaba una perspectiva panorámica de una extensión no menor que la del Etna, y que a juicio de Ellison y al mío propio, superaba por todos los verdaderos elementos de lo pintoresco esa vista tan afamada que se goza desde la montaña italiana.

—Sé —dijo el viajero con un suspiro de hondo deleite después de haber contemplado aquel cuadro, y extasiarse durante casi una hora—, sé que aquí, en mis circunstancias, el noventa y nueve por ciento de los hombres más descontentadizos se darían por satisfechos. Este panorama es realmente glorioso, y me deleitaría con él sólo por el exceso de su esplendor. El gusto de todos los arquitectos que he conocido nunca los impulsa, por amor a la

«perspectiva», a situar las viviendas en las cumbres de las colinas. El error es obvio. La grandeza en cualquiera de sus modos, pero especialmente en el de la extensión, remueve, excita, y luego fatiga y deprime. Para un paisaje ocasional, no cabe nada mejor; para una vista constante, no hay nada peor. Y en la vista constante, la fase más censurable de grandeza es la extensión; la fase peor de la extensión es la distancia. Esto se halla en pugna con el sentimiento y con el sentido de reclusión, el sentimiento y el sentido que intentamos satisfacer «retirándonos al campo». Mirando desde la cumbre de una montaña no podemos por menos de sentirnos fuera del mundo. El hombre dolorido evita las perspectivas distantes como la peste.

Sólo hacia el final del cuarto año de nuestra búsqueda encontramos un lugar del que el propio Ellison se declaró satisfecho. Es inútil, naturalmente, decir dónde estaba situado ese lugar. La reciente muerte de mi amigo, al hacer que su hacienda estuviese abierta a cierta clase de visitantes, ha dado a Arnheim una especie de celebridad secreta y sumisa, si no solemne, parecida en cierto modo, aunque posea un grado infinitamente superior, a la que ha hecho famoso Fonthill durante tanto tiempo.

Se llegaba de ordinario a Arnheim por el río. El visitante salía de la ciudad muy temprano. Durante la tarde pasaba entre unas orillas de una belleza tranquila y doméstica, sobre las cuales pastaban innumerables ovejas, cuyos vellones moteaban de blanco el verde intenso de las ondulantes praderas. Poco a poco la idea de cultivo se hundía en una ansia puramente pastoral. Ésta se fundía con lentitud en una sensación de retiro, y ésta a su vez, en una conciencia de soledad. Al acercarse la noche, el canal se hacía más estrecho, las orillas más y más escarpadas, y estas últimas se revestían de un follaje más rico, más espeso, más sombrío. La transparencia del agua aumentaba. La corriente hacía mil recodos, de modo que no se podía divisar su brillante superficie sino a una distancia de un octavo de milla. A cada instante parecía el barco aprisionado en un círculo mágico, formado por muros de follaje

insuperables e impenetrables, con un techo de raso ultramar y sin suelo, balanceándose la quilla con admirable delicadeza sobre la de una barca fantasmal que, habiendo volcado por algún accidente, flotase en constante compañía con la barca real, a fin de sostenerla. El canal se convertía entonces en un desfiladero: aunque el término sea inaplicable, lo empleo simplemente porque el lenguaje no tiene palabra mejor para representar el rasgo más notable, no el más distintivo, del cuadro. Este carácter de desfiladero se manifestaba no más en la altura y en el paralelismo de las orillas, pues desaparecía en todos los otros rasgos. Las paredes del barranco (entre las cuales corría el agua siempre clara y tranquila) se elevaban a una altura de ciento y a veces de ciento cincuenta pies, y se inclinaban tanto una hacia otra, que no dejaban pasar la luz del día, mientras los musgos, largos y espesos como plumas, que colgaban de los arbustos entretnejidos arriba, daban a todo el abismo un aire de fúnebre tristeza. Las revueltas se hacían cada vez más frecuentes e intrincadas, y parecían con frecuencia girar sobre sí mismas, de modo que el viajero había perdido hacía largo tiempo toda idea de orientación. Además, sentíase envuelto en una exquisita sensación de rareza. El pensamiento de la naturaleza subsistía aún; pero su carácter parecía haber sufrido una modificación: era una misteriosa simetría, una estremecedora uniformidad, una mágica corrección en aquellas obras suyas. Ni una rama muerta, ni una hoja seca, ni un guijarro perdido, ni un pedazo de tierra morena se veían por ninguna parte. El agua cristalina se deslizaba sobre

el granito liso, o sobre el musgo immaculado, con una agudeza de contorno que deleitaba y al mismo tiempo aturdía la mirada.

Habiendo serpenteado por los meandros de ese canal durante algunas horas, se adensaba la oscuridad a cada instante, cuando el barco aparecía de repente obedeciendo a una inesperada virada, como si cayese desde el cielo, en una dársena circular de una extensión considerable, comparada con la anchura del barranco. Esta dársena tenía doscientas yardas de diámetro, poco más o menos, y la circundaban por todos lados, menos por uno —el que estaba inmediatamente frente al barco al penetrar éste—, unas colinas, por lo general iguales en altura a los muros del abismo, aunque con un carácter de todo punto diferente. Sus lados se inclinaban desde el borde del agua en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, y los revestía desde la base hasta la cima —sin un espacio o vacío perceptible— una cortina de los magníficos ramos de flores; apenas era visible una hoja verde entre aquel mar de olorosos y ondeantes colores. Aquella dársena tenía una gran profundidad; pero el agua era tan transparente, que el fondo, que parecía formado por una masa espesa de pequeños guijarros redondos de alabastro, se hacía bien visible en relámpagos, es decir, cada vez que la mirada lograba no ver dentro del cielo invertido la floración duplicada de las colinas. Sobre estas últimas no había árboles ni arbustos de ningún tamaño. Las impresiones producidas en el

observador eran de riqueza, calor, color, quietud, uniformidad, suavidad, delicadeza, refinamiento, voluptuosidad, y una milagrosa gama de cultivo que sugería sueños de una nueva raza de laboriosas hadas de buen gusto, magníficas y descontentadizas; pero, cuando la mirada remontaba a lo largo de la ladera multicolor, desde su fina unión con el agua hasta su vaga terminación entre los pliegues de las nubes suspendidas, era realmente difícil no imaginarse una catarata panorámica de rubíes, de zafiros, de ópalos y de ónices dorados, desplomándose en silencio desde el cielo.

El visitante, cayendo de repente en aquella bahía al salir de la oscuridad del barranco, se siente deleitado, aunque aturdido por el henchido globo del sol poniente, que él suponía ya caído a lo lejos por debajo del horizonte, pero que ahora se le enfrenta y forma la sola terminación de una limitada y diferente perspectiva vista a través de una grieta parecida a otro abismo en las colinas.

El viajero abandona entonces el barco que le ha transportado hasta tan lejos, pasa a una ligera canoa de marfil, adornada de dibujos arabescos de un rojo intenso, por dentro y por fuera. La popa y la proa de esta embarcación levantan mucho por encima del agua y terminan en agudas puntas, lo cual le da la forma general de una media luna irregular. Reposasobre la superficie de la bahía con la arrogante gracia de un cisne. En su fondo tapizado de armiño descansa un solo remo articulado de palo de áloe, pero no se ve ni criado ni remero. El huésped es

invitado a tener ánimo: los Hados cuidarán de él. Desaparece el ancho barco, y le dejan solo en la canoa, que reposa sin movimiento aparente en medio del lago. No obstante, mientras él piensa en la ruta a seguir, se da cuenta de un suave movimiento en la barca encantada. Oscila lenta alrededor de sí misma, hasta que su proa apunta hacia el sol. Avanza con una velocidad suave, pero gradualmente acelerada, conforme parece quebrarse en torno a los costados de marfil los ligeros rizos que forma, en la más divina melodía como si ofreciesen la única posible explicación de aquella deliciosa, pero melancólica música, cuya procedencia invisible busca en vano a su alrededor el viajero pasmado.

Avanza la canoa, resuelta, y se acerca a la puerta rocosa de aquella perspectiva, de tal modo, que puede él ver más claras sus profundidades. A la derecha se eleva una cadena de altas colinas vigorosa y profundamente arboladas. Sin embargo, se observa que sigue predominando el rasgo característico de exquisita limpieza, allí donde la orilla entra en el agua. No se ve ni rastro de esos habituales desechos de los ríos. A la izquierda el carácter del paisaje es más suave y más precisamente artificial. Allí emerge de la corriente la orilla en una subida muy suave, formando una ancha pradera de césped de un tejido que se parece tanto al terciopelo, y de un verde tan brillante, que podría sostener la comparación con la más pura esmeralda. Esta

meseta varía en anchura de diez a trescientas yardas, llegando desde la orilla del río hasta un muro de cincuenta pies de alto, después de una infinidad de revueltas, pero siguiendo el curso general del río, hasta perderse hacia el Oeste en la lejanía. Ese muro es de una roca continua, y ha sido formado cortando por la perpendicular el antes escarpado precipicio desde la orilla sur de la corriente; pero no queda rastro del trabajo sufrido. La piedra tallada tiene el tono de los siglos, y está profusamente cubierta y sombreada de hiedra, de roja madreSelva, de eglantina y de clemátide. La uniformidad de la cúspide y de las líneas de la base del muro está ampliamente suavizada por unos árboles ocasionales de gigantesca altura, alzándose aislados o en pequeños grupos, situados a lo largo de la meseta y en el dominio de detrás del muro, pero muy cerca de éste; de modo que pasan por encima numerosas ramas (de nogal negro sobre todo) y hunden sus extremos colgantes en el agua. Más lejos, dentro de la posesión, queda impedida la visión por un impenetrable biombo de follaje.

Se observan estas cosas mientras la canoa se acerca paulatinamente a lo que he llamado la puerta de la perspectiva. Con todo, al hallarse próximo a ésta, se desvanece su apariencia de abismo; se descubre una nueva salida desde la bahía a la izquierda, en cuya dirección continúa el muro, siguiendo el curso general de la corriente. Por esta nueva abertura no pueden los ojos penetrar muy lejos, pues la

corriente, acompañada por el muro, tuerce hacia la izquierda, hasta que son los dos tragados por el follaje.

Entretanto, se desliza mágicamente el barco por el sinuoso canal, y allí la orilla opuesta al muro resulta ser parecida a la que estaba enfrente en la perspectiva directa. Siguen cerrando el paisaje colinas altas que se elevan a veces como montañas cubiertas de una salvaje y exuberante vegetación.

El viajero, navegando hacia delante de modo suave, pero con una velocidad que aumenta levemente, después de muchos cortos recodos, encuentra su avance interrumpido, al parecer, por una gigantesca barrera o más bien por una puerta de oro bruñido, cincelada y calada con primor, según reflejan los rayos directos del sol, el cual se pone ahora de prisa entre un fulgor que semeja enguirnaldar con sus llamas toda la selva circundante. Esta puerta está encajada en el alto muro, que parece aquí cruzar el río en ángulos rectos. Sin embargo, a los pocos momentos, se ve que el brazo principal de la corriente se desliza, siempre en una suave y amplia curva, hacia la izquierda, siguiéndola el muro como antes, mientras otra corriente de un volumen considerable, separándose de la principal, se abre camino, con un ligero ondear, bajo la puerta, y se oculta así a la vista. Cae la canoa en el canal menor y se acerca a la puerta. Sus pesadas hojas se abren lenta y musicalmente. El barco se desliza entre ellas y comienza a descender, rápido, por un vasto anfiteatro todo cercado de montañas púrpura, cuyas bases están lavadas por un

río resplandeciente en toda la extensión de su circuito. Mientras, el paraíso entero de Arnheim estalla ante la vista. Fluye de allí una fascinante melodía; se experimenta la sensación opresora de un suave y extraño aroma; se divisan como en un sueño, mezcladas con los grandes y esbeltos árboles orientales — arbustos frondosos, bandadas de pájaros dorados y carmesíes, lagos orlados de lirios, praderas de violetas, de tulipanes, de amapolas, de jacintos y de tuberosas—, las largas líneas entrelazadas de los arroyuelos de plata, y surgiendo confusamente en medio de todo, una masa de arquitectura semigótica, semisarracena, que se sostiene como por milagro en el aire, resplandeciendo en la roja luz del sol con sus cien miradores, minaretes y fastigios, semejante a la obra fantasmal y conjunta de los silfos, las hadas, los genios y los gnomos.

VOLUMEN II

LA QUINTA DE LANDOR

(PARA FORMAR PAREJA CON «LA POSESIÓN DE ARNHEIM»)

Durante una excursión a pie que hice el verano último por uno o dos de los condados ribereños de Nueva York, me encontré, al declinar el día, algo desconcertado respecto a la ruta a seguir. La tierra era harto ondulante, y mi camino, desde hacía una hora, serpenteaba y serpenteaba tan intrincado en su esfuerzo por mantenerse dentro de los valles, que no sabía ya en qué dirección se enclavaba el lindo pueblo de B***, donde había yo decidido detenerme para pasar la noche. Apenas había brillado el sol —hablando con propiedad— durante el día, desagradablemente caluroso. Una niebla humosa, parecida a la del verano indio, envolvía todas las cosas y aumentaba, por supuesto, mi incertidumbre. No es que me inquietase mucho el lance. Si no llegaba al pueblo antes de ponerse el sol o antes de oscurecer, era más que posible que apareciese pronto una pequeña granja holandesa, o algo por el estilo, aunque, en realidad, las cercanías (quizá por ser éstas más pintorescas que fértiles) estuvieran despobladas a grandes trechos. En último caso, con mi mochila por almohada y mi podenco de centinela, vivaquear al aire libre era precisamente la cosa que más podría divertirme. Vagué, por tanto, bien a mis anchas — confiando mi

escopeta a Ponto—, hasta que al fin, cuando me dedicaba a comprobar si alguno de los numerosos pequeños claros que se abrían aquí y allá eran efectivos senderos, uno de ellos me condujo a una indudable carretera pública. No cabía equivocación. Se hacían de todo punto visibles los rastros de unas ruedas ligeras, y aunque los altos arbustos y la maleza, con exceso crecida, se entrecruzarán en lo alto, no había obstáculo alguno abajo ni aun para el paso de una carreta de las montañas de Virginia, el vehículo más ambicioso en su clase que conozco. Sin embargo, aquella carretera, excepto en lo de estar abierta a través del bosque —si el de bosque no es un nombre demasiado importante para tan escasa reunión de árboles— y excepto en las señales evidentes de las rodadas, no tenía el menor parecido con ninguna de las que había yo visto antes. Las rodadas de que hablo eran sólo apenas perceptibles, habiendo sido marcadas sobre una superficie compacta, aunque suavemente mojada y más semejante al terciopelo verde de Génova que a ninguna otra cosa. Era césped, sin duda, pero un césped como rara vez lo vemos fuera de Inglaterra, tan corto, tan espeso, tan liso y de un color tan intenso. Ni un solo obstáculo existía en la rodada, ni siquiera un trozo de leña o una ramita seca. Las piedras que antes obstruían la vía habían sido colocadas con cuidado —no tiradas— a lo largo de las cunetas, como para marcar sus límites en la zanja con una especie de precisión totalmente pintoresca, semiexacta y semidescuidada. Ramos de flores silvestres crecían en libertad,

con exuberancia en los espacios intermedios.

Por mi parte ignoraba qué inferir de todo aquello, naturalmente. Había allí arte, sin duda, lo cual no me sorprendía, ya que todas las carreteras, en sentido ordinario, son obras de arte; no puedo decir que causara mucho asombro el simple exceso de arte manifestado: cuanto parecía haber sido hecho aquí, podía hacerse con los «recursos» naturales (como se dice en los libros sobre el paisaje de jardinería), con muy poco trabajo y gasto. No; no era la cantidad, sino el carácter del arte lo que me impulsó a tomar asiento sobre una de aquellas piedras floridas, para contemplar por un lado y por otro, durante media hora o más, con pasmada admiración, aquella avenida de aspecto mágico. Había algo que se iba evidenciando mejor a medida que yo miraba: un artista, y uno de los de ojos más delicados con respecto a la forma, había dirigido todos aquellos arreglos. Había puesto el mayor esmero en conservar un justo medio entre la elegancia y la gracia por una parte, y lo pintoresco, en el verdadero sentido del término italiano, por otra. Había allí pocas líneas rectas, e interrumpidas con frecuencia. El mismo efecto de curva o de color aparecía habitualmente duplicado, aunque rara vez; mas desde cualquier punto de vista, por doquiera se hallaba la variedad en la uniformidad. Era una pieza de «composición» en la que el gusto del crítico más descontentadizo hubiera indicado apenas una enmienda.

Al entrar en aquella carretera torcí a la derecha, y al levantarme continué en la misma dirección. El camino era tan sinuoso, que en ningún momento pude seguir su curso más de dos o tres pasos hacia delante. Su carácter no sufría ningún cambio material.

Ahora sonó gratamente en mis oídos un murmullo de agua, y pocos instantes después, cuando torcía yo por la carretera más bruscamente que antes, divisé una especie de casa situada al pie de una suave pendiente enfrentito de mí. No podía ver nada con claridad a causa de la niebla que ocupaba todo el pequeño valle de abajo. Se levantó una leve brisa, empero, cuando iba el sol a ponerse, y mientras yo permanecía en pie sobre la cumbre de la ladera, la niebla se disipó en espirales por grados, y flotó sobre el paisaje.

Cuando éste se halló por entero ante mi vista —así, gradualmente, tal como lo describo: trozo a trozo, aquí un árbol, allí un resplandor de agua y de nuevo allá el remate de una chimenea—, no pude impedirme de imaginar que el conjunto era una de esas ingeniosas ilusiones que se exhiben con el nombre de «cuadros desvanecientes».

Entretanto, durante el rato que había tardado la niebla en desaparecer, el sol se había puesto detrás de las suaves colinas, y desde allí, como si hubiera hecho un ligero paso de balancé hacia el sur, volvió a mostrarse de lleno ante mi vista, refulgiendo con un brillo purpúreo a través de una grieta que se abrió

en el valle desde el oeste. Así, repentinamente —como al conjuro de una varita mágica—, el valle entero y cada cosa con él se hicieron brillantemente visibles.

El propio coup d'œil, cuando el sol se deslizó en la posición que he descrito, me impresionó mucho más que cuando, de niño, asistía yo a la escena final de algún espectáculo teatral bien ideado, o algún melodrama. Nada faltaba, ni siquiera la monstruosidad del color, pues la luz del sol brotaba de la grieta, toda teñida de naranja y de púrpura, mientras el intenso verde del césped en el valle se reflejaba más o menos sobre todos los objetos desde la cortina de vapor que seguía cerniéndose en lo alto, como si le costase trabajo abandonar en definitiva un cuadro tan encantadoramente bello.

El vallecillo, en el cual escudriñaba yo así por debajo de aquel dosel de niebla, no tenía más de cuatrocientas yardas de largo, en tanto que su anchura variaba de cincuenta a ciento cincuenta, o quizá hasta doscientas. Era más estrecho en su extremidad norte y se ensanchaba al avanzar hacia el sur, pero sin mucha regularidad exacta. La parte más amplia era de unas noventa yardas en el extremo sur. Las laderas que circundaban el valle no hubieran podido ser llamadas con propiedad colinas, salvo por el lado norte. Allí se elevaba un reborde escarpado de granito a una altura de unos noventa pies, y como ya he dicho, no tenía el valle en aquel punto más de cincuenta pies de ancho; pero, cuando el visitante avanzaba desde aquel risco

hacia el sur, encontraba a su derecha y a su izquierda declives menos altos, menos abruptos, menos rocosos. Todo, en una palabra, iba inclinándose y suavizándose hacia el sur, y aun así, el valle entero estaba rodeado de lomas más o menos elevadas, excepto en dos puntos. Ya he hablado de uno de ellos. Se hallaba muy hacia el norte y el oeste, allí donde el sol poniente, como he descrito antes, se abría camino en el anfiteatro a través de una recortada grieta natural abierta en el terraplén granítico; esta grieta tendría diez yardas de anchura en su parte más amplia, hasta donde la mirada podía penetrar. Parecía ascender como una calzada natural hacia los escondrijos de las montañas y de las selvas inexploradas. La otra abertura estaba situada directamente en el extremo sur del valle. Allí las laderas no eran en general más que suaves inclinaciones, extendiéndose de este a oeste y en una extensión aproximada de ciento cincuenta yardas. A la mitad de aquel espacio había una depresión cuyo nivel era el ordinario del suelo del valle. En lo tocante a vegetación, así como respecto a las demás cosas, el paisaje descendía y se suavizaba hacia el sur. Al norte, sobre el precipicio escabroso, a unos pasos del borde, se alzaban los magníficos troncos de los nogales americanos, nogales negros y castaños, entremezclados con algunos robles, y las recias ramas laterales, proyectadas por los nogales principales, se extendían sobre el borde del risco. Avanzando hacia el sur, el explorador veía al principio la misma clase de árboles, pero cada vez menos elevados y con menos carácter de Salvator; luego divisaba el

olmo apacible, al que sucedían el sasafrás y el curbaril, y después el suave tilo, el ciclamor, la catalpa, el arce, seguidos de unas variedades cada vez más graciosas y modestas. Toda la superficie de la ladera sur estaba cubierta sólo de arbustos silvestres, salvo algún sauce plateado o algún álamo blanco. En el fondo del valle mismo (pues debe recordarse que la vegetación mencionada hasta aquí crecía únicamente sobre las rocas o las laderas de las colinas) se veían tres árboles aislados. Uno era un olmo de buena altura y exquisita forma. Se alzaba vigilando la puerta sur del valle. Otro era un nogal americano mucho más grueso que el olmo, aunque los dos eran muy hermosos: parecía estar encargado de custodiar la entrada del noroeste, surgiendo de un grupo de rocas en la propia boca del barranco, proyectando su gracioso cuerpo en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. Sin embargo, a unas treinta yardas al este de dicho árbol se alzaba la gloria del valle y sin disputa el árbol más magnífico que había yo visto nunca, a excepción acaso de los cipreses del Itchiatuckanee. Era un tulípero de triple tronco —el *Liriodendron Tulipiferum*—, del orden natural de los magnolios. Sus tres troncos se separaban del tronco padre a tres pies, aproximadamente, del suelo, y apartándose de manera muy leve y gradual no estaban espaciados más de cuatro pies en el punto donde el tronco más ancho se extendía en follaje, es decir, a una altura como de ochenta pies. La altura total del tronco principal era de ciento veinte pies. Nada puede

superar en belleza la forma y el color verde lustroso, intenso, de las hojas del tulípero. En el caso presente tendrían esas hojas sus buenas ocho pulgadas de ancho, pero su gloria quedaba eclipsada en absoluto por el fastuoso esplendor de la profusa floración. ¡Figuraos, en tupido ramillete, un millón de los mayores y más resplandecientes tulipanes! Sólo así podrá el lector hacerse una idea del cuadro que quisiera describirle. Y añádase a ello la gracia firme de los puros y finamente veteados troncos como columnas, el más grueso de los cuales tenía cuatro pies de diámetro, a veinte de la tierra. Los innumerables ramos de flores, mezclándose con los de otros árboles apenas menos bellos, aunque muchísimo menos majestuosos, llenaban el valle de aromas más exquisitos que los perfumes de Arabia.

El suelo general del anfiteatro era de césped, de la misma clase que el que había yo encontrado en la carretera, y si acaso, de más deliciosa suavidad aún, más espeso, aterciopelado y milagrosamente verde. Era difícil concebir cómo se había podido alcanzar toda aquella belleza.

He hablado ya de dos aberturas en el valle. De la situada al noroeste partía un arroyuelo que descendía a lo largo del barranco, con un suave murmullo y una ligera espuma, hasta estrellarse contra el grupo de rocas junto a las cuales se alzaba el nogal americano aislado. Allí, después de circundar el árbol, se dirigía un poco hacia el nordeste, dejando el tulípero a unos veinte pies al sur, y no teniendo otra alteración en su curso

hasta llegar cerca de la mitad del camino entre los linderos este y oeste del valle. En aquel punto, después de

una serie de revueltas, torcía en ángulo recto y seguía por lo general en dirección sur, serpenteando a veces, hasta desembocar al fin en un pequeño lago de forma irregular (aunque toscamente ovalada) que se extendía refulgente cerca del extremo inferior del valle. Este pequeño lago tenía tal vez un centenar de yardas de diámetro en su parte más ancha. Ningún cristal hubiera podido ser más límpido que sus aguas. Su fondo, que se veía con claridad, estaba formado todo él con guijarros de una fulgurante blancura. Sus orillas, revestidas de ese césped esmeralda ya descrito, redondeadas más bien que cortadas en terraplén, se hundían en el claro cielo de debajo; y tan claro era aquel cielo, y reflejaba a veces tan a la perfección todos los objetos de encima, que era muy difícil determinar dónde terminaba la efectiva orilla y dónde comenzaba la reflejada. Las truchas, y otras variedades de peces de que aquella laguna parecía materialmente repleta, tenían todo el aspecto de verdaderos peces voladores. Era casi imposible creer que no estuviesen suspendidos por entero en el aire. Una ligera canoa de abedul que reposaba, plácida, sobre el agua, reflejaba en ella sus fibras más pequeñas con una fidelidad no superada por el espejo más a conciencia bruñido. Una islita grata y risueña, con sus flores en plena lozanía —en la que había el espacio suficiente para contener una casita pintoresca,

semejante a una pajarera— se elevaba sobre el lago no lejos de la orilla norte, con la cual estaba unida por medio de un puente que, aunque muy primitivo, parecía inconcebiblemente ligero. Estaba formado por una sola tabla ancha y gruesa de madera de tulípero. Tenía ésta cuarenta pies de larga, y abarcaba el espacio entre orilla y orilla con un arco reducido, pero perceptible, que prevenía toda oscilación. Del extremo sur del lago salía una continuación del arroyuelo que, después de serpentear treinta yardas quizá, pasaba al cabo por la «depresión» (ya descrita) en la mitad de la pendiente sur, y cayendo por un escarpado precipicio de un centenar de pies, se abría su tortuoso e inadvertido camino hacia el Hudson.

El lago tenía en algunos sitios treinta pies de profundidad; pero el arroyuelo rara vez pasaba de los tres, y su mayor anchura era de ocho, aproximadamente. Su fondo y orillas eran como las de la laguna, y si existía un defecto que se le pudiera achacar desde el punto de vista de lo pintoresco, era su excesiva limpieza.

La extensión del verde césped estaba realzada aquí y allá por algún brillante arbusto, tal como la hortensia, la bola de nieve común o la siringa aromática, o más a menudo, por un grupo de geranios de numerosas variedades en magnífica floración. Crecían estos últimos en tiestos cuidadosamente sepultados en la tierra, de modo a darles la apariencia de plantas indígenas. Además de todo ello, moteaba de un modo exquisito con sus ovejas el terciopelo del césped un rebaño considerable que

vagaba por el valle en compañía de tres gamos domesticados y de un gran número de patos de brillante plumaje. Un enorme mastín parecía estar vigilando a todos

aquellos animales, sin excepción.

A lo largo de las colinas del este y del oeste —donde, hacia la parte superior del anfiteatro, eran más o menos escarpados los linderos— crecía la hiedra en gran profusión, de tal modo, que sólo podía vislumbrarse algún trecho de la desnuda roca. De igual manera, el precipicio del norte estaba casi por entero revestido de viñas de una rara exuberancia; algunas brotaban del suelo en la base de la roca, y otras, de los bordes de la superficie.

La ligera elevación que formaba el lindero inferior de aquel pequeño dominio estaba coronada por un muro de piedra lisa, de una altura suficiente para impedir que los gamos se escaparan. No se observaba ninguna clase de barrera por otra parte, pues en ninguna otra parte era necesario un cercado artificial: si alguna oveja perdida, por ejemplo, hubiese intentado salir del valle por el barranco, habría encontrado interrumpido su avance, después de unas cuantas yardas, por el saliente escarpado de la roca desde donde se desplomaba la cascada que atrajo al principio mi atención cuando me acerqué a la finca. En resumen, las únicas entradas o salidas se hacían por una puerta que ocupaba un paso rocoso en la carretera, a

algunas yardas por debajo del punto en el cual me había detenido para reconocer el paisaje.

Como ya he descrito, el arroyo serpenteaba con mucha irregularidad a lo largo de todo su curso. Sus dos direcciones generales, conforme he dicho, eran al principio de oeste a este, y luego de norte a sur. En la revuelta, la corriente huía hacia atrás, haciendo una curva casi circular, de modo a formar una península que era muy parecida a una isla, y que encerraba la sexta parte de un acre. Sobre aquella península se elevaba una casa habitable, y al decir que aquella casa, como la terraza infernal que vio Vathek, «était d'une architecture inconnue dans les annales de la terre», quiero dar a entender simplemente que su taut ensemble me impresionó por el más agudo sentimiento de novedad y de limpieza —en una palabra, de poesía— (pues me sería difícil emplear otros términos que éstos precisamente, para dar una definición más rigurosa de poesía en abstracto), y no quiero decir en modo alguno que se distinguiese bajo ningún aspecto sólo por poseer un carácter outré.

En realidad, nada podía ser más sencillo, más sin pretensiones en absoluto que aquella quinta. Su maravilloso efecto consistía por completo en su artística disposición que era como la de un cuadro. Hubiese yo podido imaginar, mientras la miraba, que algún eminente paisajista la había construido con su pincel.

El punto de vista desde donde había yo contemplado el valle al principio no era ni por asomo, aunque se acercara, el mejor para examinar la casa. La describiré, por tanto, tal como la vi

después, situándome sobre el muro de piedra en el extremo sur del anfiteatro.

El edificio principal tenía veinticuatro pies de largo y dieciséis de ancho, o cosa así, y de seguro, no más. Su altura total, desde el suelo hasta el ápice del tejado, no excedía de dieciocho pies. Al extremo oeste de aquella construcción se unía otra, una tercera parte menor en todas sus proporciones: la línea de su fachada retrocedía unas dos yardas de la fachada de la mayor, y la línea de su tejado, estaba, naturalmente, mucho más baja que la del tejado contiguo. Haciendo ángulo recto con aquellos edificios, y más atrás del principal —no con exactitud en la mitad— se extendía un tercer cuerpo, muy pequeño, y en general, una tercera parte menor que el ala oeste. Los tejados de los dos mayores eran muy inclinados, describiendo desde la parhilara una larga curva cóncava y superando en cuatro pies los muros de la fachada, de modo a formar los tejados de dos galerías. Estos tejados últimos no necesitaban, por supuesto, soportes; pero como tenían el aire de necesitarlos, unos ligeros y muy bien pulidos pilares habían sido adaptados a ellos sólo en las esquinas. El tejado del ala norte era simple prolongación de una parte del tejado principal. Entre el edificio mayor y el ala oeste se elevaba una altísima y muy esbelta chimenea cuadrada de consistentes ladrillos holandeses, negros y rojos, alternados; la coronaba una ligera cornisa de ladrillos salientes. Sobre los caballetes se proyectaban los tejados también mucho:

en el edificio principal el saliente era de unos cuatro pies hacia el este y de dos hacia el oeste. La puerta principal no estaba colocada con simetría en el cuerpo principal del edificio, pues se hallaba un poco al este, con las dos ventanas al oeste. Estas últimas no bajaban hasta el suelo, sino que eran mucho más largas y estrechas que de costumbre, tenían unas sencillas hojas parecidas a puertas y unos cristales en forma de rombos, pero muy anchos. La puerta misma era de vidrieras en su mitad superior, también de cristales en forma de rombos, con una hoja movable que la protegía durante la noche. La puerta del ala oeste estaba colocada en el muro lateral y tenía una sola ventana orientada hacia el sur. El ala norte no tenía puerta exterior, y también sólo una ventana hacia el este.

El muro que sostenía el caballete oriental estaba realzado por una escalera (con balaustrada) que lo cruzaba en diagonal, con la subida hacia el sur. Bajo el techado del ancho alero saliente, aquellos escalones daban acceso a una puerta que conducía a las buhardillas, o más bien al desván, pues aquella parte no estaba iluminada más que por una sola ventana orientada hacia el norte, y parecía haber sido destinada a cuarto almacén.

Las piazzas del cuerpo principal y del ala oeste no estaban soladas, como es costumbre; pero ante las puertas y las ventanas, anchas losas de granito llanas e irregulares se encajaban en el delicioso césped, proporcionando en todo tiempo un cómodo piso. Excelentes pasos de la misma materia

—no muy bien ajustados, sino que dejaban entre las piedras frecuentes espacios por los que salía el aterciopelado césped— conducían, aquí y allá, desde la casa, a una fuente de cristal, que manaba unos cinco pasos más lejos, a la carretera o a uno

o dos pabellones situados al norte, más allá del arroyo, y completamente ocultos por algunos curbariles y catalpas.

A no más de seis pasos de la puerta principal de la quinta, se alzaba el tronco muerto de un fantástico peral, tan revestido desde la copa al pie por magníficas flores de bignonia, que exigía un minucioso examen el determinar qué especie de fenómeno podía ser aquello. De las diversas ramas de aquel árbol colgaban jaulas con diferentes clases de pájaros. En una, amplio cilindro de mimbre con un anillo en el remate, retozaba un sinsonte; en otra, una oropéndola; en una tercera, el descarado gorrión de los arrozales, mientras tres o cuatro prisiones más delicadas resonaban agudamente con el canto de los canarios.

Los pilares de la piazza estaban enguirnaldados de jazmín y de madreSelva, en tanto que del ángulo formado por el cuerpo principal y su ala oeste, enfrente, brotaba una parra de una exuberancia sin igual.

Despreciando toda contención, había trepado primero hasta el tejado inferior y luego hacia el superior, y a lo largo del borde de este último seguía retorciéndose, lanzando sus zarcillos a

derecha y a izquierda, hasta alcanzar el caballete del este, dejándose caer y arrastrándose sobre la escalera.

Toda la vivienda, con sus alas, estaba construida, conforme a la vieja moda holandesa, con alfarjías anchas y no redondeadas en los cantos. Este material posee la peculiaridad de dar a las casas el aspecto de ser más anchas en la base que en el remate, a la manera de la arquitectura egipcia, y en el caso presente, aquel efecto sumamente pintoresco estaba ayudado por numerosos tiestos de flores que circundaban casi la base de los edificios.

Las alfarjías estaban pintadas de un gris oscuro, y un artista puede imaginar sin esfuerzo hasta qué punto se fundía aquel tono neutro a maravilla con el verde vivo de las hojas de los tulíperos que sombreaban parcialmente la quinta.

Desde el sitio próximo al muro de piedra, como he descrito ya, se veían los edificios con gran facilidad —pues el ángulo sudeste se proyectaba hacia delante—; de modo que la mirada captaba enseguida la totalidad de las dos fachadas con el pintoresco caballete del este, y al mismo tiempo tenía la plural visión del ala norte, de una parte de un lindo tejado del invernadero, y casi de la mitad de un ligero puente que se arqueaba sobre el arroyo en la proximidad de los edificios principales.

No permanecí mucho tiempo sobre la cumbre de la colina, aunque sí el suficiente para contemplar por completo el paisaje

a mis pies. Era evidente que me había apartado de la carretera del pueblo, y tenía así una buena disculpa de viajero para abrir la puerta frente a mí y preguntar mi camino, en

todo caso; por lo cual, sin más rodeos, avancé.

Después de franquear la puerta, la carretera parecía extenderse sobre un reborde natural que iba descendiendo a lo largo de la pared noroeste de las rocas. Me condujo al pie del precipicio norte, y luego al puente, y bordeando el caballete del este, a la puerta de la fachada. En mi marcha observé que no se podían ver los pabellones.

Cuando torcía la esquina del caballete, el mastín saltó hacia mí, silenciosamente amenazador, con los ojos y todo el aspecto de un tigre. Le alargué mi mano, sin embargo, en prueba de amistad, y no he conocido nunca perro más sensible a aquel llamamiento hecho a su cortesía. No sólo cerró su boca y meneó su rabo, sino que me ofreció de veras su pata, después de haber extendido también sus afabilidades a Ponto.

Como no vi campanilla alguna, golpeé con mi bastón sobre la puerta, que estaba entornada. Inmediatamente avanzó una figura hacia el umbral, una joven de unos veintiocho años de edad, delgada o más bien ligera, y de una estatura superior a la mediana. Cuando se acercaba con cierta modesta decisión, con su paso de todo punto indescriptible, me dije a mí mismo: «He encontrado, de seguro, la perfección de lo natural, en oposición

a la gracia artificial». La segunda impresión que me hizo, aun siendo la más viva de las dos, fue una impresión de entusiasmo. No había penetrado nunca en el fondo de mi corazón hasta entonces una impresión novelesca tan intensa, si es que puede llamarse así, o de tal espiritualidad como la que brillaba en sus ojos muy hundidos. No sé cómo sucede esto; pero esa peculiar expresión de ojos que a veces se apodera de los labios es el hechizo más poderoso, si no el único, que capta mi atención hacia una mujer. «Novelesca», con tal que mis lectores comprendan a fondo lo que quisiera encerrar en esa palabra;

«novelesca» y «femenina» me parecen términos recíprocos, y, después de

todo, lo que el hombre ama verdaderamente en la mujer es su «femineidad». Los ojos de Annie (oí que alguien, desde el interior, la llamaba su «¡querida Annie!») eran de un «gris espiritual»; su cabello, de un castaño claro: esto fue todo lo que tuve tiempo de observar de ella.

Ante su muy cortés invitación, entré, pasando primero por un vestíbulo bastante espacioso. Habiendo venido especialmente para observar, noté que a mi derecha, al entrar, había una ventana parecida a las de la fachada de la casa; a la izquierda, una puerta conduciendo a la estancia principal, mientras enfrente de mí otra puerta abierta me permitió ver una pequeña habitación, del mismo tamaño que el vestíbulo,

arreglada para gabinete de trabajo y con una ancha ventana saliente que daba al norte.

Al pasar a la sala de confianza, me encontré con mister Landor, que tal era su nombre, como supe después; se mostraba afable, incluso cordial en sus

maneras; pero precisamente en aquel momento estaba yo más atento a observar el decorado de la casa, que tanto me había interesado, que el aspecto personal del morador.

El ala norte, lo vi entonces, era un dormitorio; su puerta abierta conducía a la sala de confianza. Al oeste de esta puerta se veía una ventana sencilla que miraba al arroyo. En el extremo oeste de esta sala de confianza había una chimenea y una puerta que daba acceso al ala oeste, donde, al parecer, se encontraba la cocina.

No puede haber nada más rigurosamente sencillo que el mobiliario de la sala de confianza. Cubría el suelo una alfombra de nudo de excelente tejido, con un fondo blanco sembrado de figuritas verdes, circulares. Las cortinas de las ventanas eran de muselina de chaconada blanca, bastante anchas, y cayendo en pliegues paralelos hasta el suelo, hasta el mismo suelo. Los muros estaban tendidos con un papel francés de gran finura, de fondo plateado, que tenía una tira de un verde pálido corriendo en zigzag sobre él. Lo realzaban en toda su superficie no más de tres exquisitas litografías de Lulien à trois crayons, colgadas

en la pared, sin marcos. Uno de estos dibujos representaba una escena de riqueza o más bien de voluptuosidad oriental; otra era una

«escena de carnaval» de un brío incomparable; el tercero era una cabeza de mujer griega, un rostro tan divinamente bello, y, sin embargo, con una expresión de vaguedad tan provocativa como nunca había atraído mi atención.

Los muebles más importantes consistían en una mesa redonda, unas cuantas sillas (incluyendo entre ellas una mecedora) y un sofá, o más bien un canapé de madera de arce lisa, pintada de un blanco crema, con un ligero fileteado verde, y el asiento de bejuco. Las sillas y la mesa «hacían juego»; pero las formas de todas habían sido, evidentemente, trazadas por el mismo cerebro que planeó el trazado de «los terrenos»: imposible concebir nada más gracioso.

Sobre una mesa había unos cuantos libros; un ancho y cuadrado frasco de cristal contenía algún nuevo perfume; una lámpara lisa, de vidrio esmerilado, astral (no solar), con una pantalla italiana, y un búcaro grande lleno de flores espléndidamente lozanas. En realidad, las flores, de magníficos colores, formaban el solo decorado de la estancia. La chimenea estaba casi repleta por un florero con brillantes geranios. Sobre una rinconera triangular, colocada en cada esquina de la habitación, había también un florero semejante, que sólo se diferenciaba de los otros en su delicioso contenido. Uno o dos bouquets más pequeños adornaban la repisa de la chimenea, y

unas violetas recién cogidas se apiñaban sobre las ventanas abiertas.

Este trabajo no tiene otro objeto que dar con detalle una descripción de la residencia de mister Landor tal como la encontré.

EL INFUNDIO DEL GLOBO

¡Asombrosas noticias «vía» Norfolk! ¡El Atlántico atravesado en tres días!

¡Triunfo señalado de la máquina voladora de mister Monck Mason! ¡Llegada a la isla Sullivan, cerca de Charleston, S. C., de los señores Mason, Roberto Holland, Henson, Harrison Ainsworth y otros cuatro, en el globo dirigible Victoria, después de una travesía de setenta y cinco horas desde un continente al otro! ¡Todos los detalles del viaje!

El siguiente jeu d'esprit con el anterior encabezamiento en magníficos titulares, bien intercalado de signos de admiración, fue publicado primeramente como un hecho auténtico en el diario New-York Sun, y en él cumplió del todo el propósito de proporcionar un alimento indigesto a los curiosos durante las pocas horas de intervalo entre dos correos de Charleston. La rebatiña por conseguir el «único periódico que traía las noticias» fue algo que supera lo más prodigioso; y en realidad,

si —como algunos afirman— el Victoria «no ha» realizado por completo el viaje registrado, sería difícil indicar una razón por la cual no pueda haberlo realizado.

¡El gran problema ha quedado resuelto al fin! El aire, lo mismo que la tierra y el océano, ha sido dominado por la ciencia, y llegará a ser para la Humanidad una vulgar y cómoda vía de comunicación. ¡El Atlántico acaba de ser atravesado en un globo! Y esto sin demasiadas dificultades, sin gran peligro aparente, con una máquina regida por completo, ¡y en el inconcebible tiempo brevísimo de setenta y cinco horas, de orilla a orilla! Gracias a la actividad de un corresponsal en Charleston, S. C., estamos en disposición de proporcionar al público un relato detallado del más extraordinario viaje que se haya realizado desde el sábado 6 del corriente, a las once de la mañana, hasta las dos de la tarde del martes 9 del corriente, por sir Everard Bringham y los señores Osborne, un sobrino de lord Bentinck, Monck Mason y Roberto Holland, los famosos aeronautas; Harrison Ainsworth, autor de Jack Seppard, etcétera; Henson, el inventor de la última y fracasada máquina voladora, y dos marineros del Woolwich; en total, ocho personas. Los detalles que se dan a continuación pueden ser considerados como auténticos y seguros bajo todos los aspectos, puesto que, con alguna leve excepción, han sido copiados al pie de la letra de los diarios reunidos de los señores Monck Mason y Harrison Ainsworth, a cuya cortesía debe también nuestro corresponsal mucha información verbal

relativa al globo mismo, a su construcción y a otros temas de interés. La única alteración en el manuscrito recibido ha sido hecha con intención de dar al relato apresurado de nuestro corresponsal, el señor Forsyth, una forma coherente e inteligible.

EL GLOBO

Dos fracasos señalados y recientes —los del señor Henson y sir Jorge Cayley— habían rebajado mucho el interés público con respecto a la navegación aérea. El proyecto del señor Henson (al principio fue considerado muy factible por todos los hombres de ciencia) se basaba sobre el principio de un plano inclinado, lanzado desde una altura por una fuerza extrínseca aplicada y continuada por la rotación de unas aspas parecidas en su forma y número a las de un molino. Pero en todos los experimentos efectuados con modelos de la Adelaide Gallery resultó que el movimiento de dichas aspas no sólo no hacía avanzar la máquina, sino que impedía realmente su vuelo. La única fuerza propulsora que mostró nunca fue el simple impulso adquirido en el descenso por el plano inclinado, y ese impulso arrastraba la máquina más lejos cuando las aspas estaban en reposo que cuando estaban en movimiento, hecho que demostraba lo suficiente su inutilidad, y a falta del poder propulsor, que era asimismo el sustentador, el aparato entero debía forzosamente descender. Estas consideraciones indujeron a sir Jorge Cayley a pensar sólo en adaptar un propulsor a una

máquina que tuviese en sí misma un poder independiente de sustentación; en una palabra, a un globo. La idea, sin embargo, no era nueva u original por parte de sir Jorge más que en lo que se refería al modo de aplicarla en la práctica. Exhibió él un modelo de su invención en la Institución Politécnica. El principio propulsor o fuerza motriz era en éste también aplicado a unas superficies no continuas o aspas, puestas en rotación. Estas aspas eran cuatro; pero resultaron de todo punto impotentes para mover el globo o para ayudarlo en su fuerza ascensional. El proyecto entero supuso, por tanto, un fracaso rotundo.

En esta coyuntura fue cuando el señor Monck Mason (cuyo viaje desde Dover hasta Weilburg en el globo Nassau excitó tan gran interés en 1837) concibió la idea de emplear el principio del tornillo de Arquímedes al proyecto de la propulsión en el aire, atribuyendo justamente al fracaso de los planos del señor Henson y de sir Jorge Cayley a la no continuidad de la superficie de las aspas independientes. Realizó su primer ensayo público en Willi's Room; pero más tarde trasladó su modelo a la Adelaide Gallery.

Como el globo de sir Jorge Cayley, el suyo era un elipsoide. Medía trece pies y seis pulgadas de largo, y seis pies ocho pulgadas de alto. Contenía trescientos veinte pies cúbicos, aproximadamente, de gas, que, si era hidrógeno puro, podían soportar veintiuna libras recién inflado el globo, antes de que el gas tuviera tiempo de alterarse o de escapar. El peso de la máquina entera y del aparato era de diecisiete libras, dejando,

pues, alrededor de cuatro libras de ahorro. Debajo del centro del globo llevaba una armadura de madera ligera, de unos nueve pies de largo, sujeta al globo mismo por una red de clase corriente. De esa armadura iba suspendida una cesta o barquilla de mimbre.

El tornillo consiste en un eje de tubo de cobre hueco, de dieciocho pulgadas de largo, a través del cual, sobre una semiespiral inclinada en un ángulo de quince grados, pasan una serie de radios de alambre de acero, de dos pies de largo, y que sobresalen así un pie por cada lado. Estos radios están conectados en sus extremidades exteriores con dos tiras de alambre aplastado, formando así el conjunto la armadura del tornillo, que está completado por un tejido de seda engrasada, cortada en triángulos y tensa de manera a presentar una superficie bastante uniforme. En cada final de sus ejes este tornillo está soportado por unos tubos de cobre que bajan desde el aro. En las puntas inferiores de esos tubos hay unos orificios en los cuales giran los pivotes del eje. Del final del eje, que está junto a la barquilla, sale una flecha de acero que une el tornillo con el piñón de una pieza de muelle mecánico fija en la barquilla. Al actuar ese muelle, el tornillo es obligado a girar con gran rapidez, transmitiendo un movimiento progresivo al conjunto. Por medio del timón puede girar con facilidad en todas direcciones. El muelle es de una gran potencia en comparación con sus dimensiones, siendo capaz de levantar

cuarenta y cinco libras sobre un cilindro de cuatro pulgadas de diámetro, después de la primera revolución, y aumentando gradualmente a medida que funciona. Pesaba, en total, ocho libras y seis onzas. El timón era una armadura ligera de caña forrada de seda, confeccionado a semejanza de una raqueta, de tres pies de largo, poco más o menos, y de un pie de anchura máxima. Su peso era de unas dos onzas. Podía girar en plano, y dirigirse de arriba abajo, lo mismo que a derecha o a izquierda, permitiendo así al aeronauta transportar la resistencia del aire que debía en una posición inclinada engendrar a su paso, a cualquier lado sobre el cual quisiera actuar, determinando de ese modo para el globo la dirección opuesta.

Este modelo (que por falta de tiempo hemos descrito forzosamente de un modo imperfecto) fue puesto en movimiento en la Adelaide Gallery, donde realizó una velocidad de cinco millas por hora, aunque, y resulta doloroso decirlo, despertó muy poco interés en comparación con la anterior y complicada máquina del señor Henson; tan decidido está el mundo a despreciar toda cosa que se presenta con un aire de sencillez. Para realizar el gran desiderátum de la navegación aérea, se suponía en general que debía aplicarse de un modo excesivamente complicado algún profundo principio de dinámica.

No obstante, el señor Mason estaba tan satisfecho del reciente éxito de su invención, que decidió construir desde luego, si era

posible, un globo de una capacidad suficiente para comprobar el problema en un viaje de alguna extensión, siendo su primitivo proyecto cruzar el canal de la Mancha, como lo había efectuado antes en el globo Nassau. Para llevar a cabo su plan, solicitó y obtuvo la ayuda de sir Everard Bringham y del señor Osborne, dos caballeros famosos por sus conocimientos científicos y en especial por el interés que

habían demostrado por los progresos de la aeronáutica. El proyecto, por deseo del señor Osborne, fue ocultado con gran secreto al público; las únicas personas a quienes se confió aquél fueron las empeñadas en la construcción de la máquina, que se efectuaba (bajo la inspección de sir Everard Bringham y de los señores Mason, Holland y Osborne) en la morada de este último, próxima a Penstruthal, en el País de Gales. El señor Henson, acompañado de su amigo el señor Ainsworth, fue admitido a examinar en privado el globo, el sábado último, cuando esos dos señores adoptaron las disposiciones finales para que fuese él incluido en la aventura. No sabemos por qué razones los dos marineros formaron también parte de la expedición; pero dentro de uno o dos días podremos dar a nuestros lectores detalles minuciosos respecto a ese extraordinario viaje.

El globo está hecho de seda, barnizada con caucho líquido. Es de amplias dimensiones, conteniendo más de 40.000 pies cúbicos de gas; pero como el gas de hulla ha sido empleado en

lugar del hidrógeno, más expansivo e inadecuado, la potencia sustentadora de la máquina, hinchado por completo el globo e inmediatamente después de haberlo sido, no llega a 2.500 libras. El gas de hulla no es sólo mucho menos costoso, sino que puede encontrarse y manejarse con mayor facilidad.

Debemos al señor Charles Green la utilización de ese gas en los procedimientos usuales de la aeronáutica. Antes de su descubrimiento, el procedimiento para hinchar un globo era no sólo excesivamente costoso, sino inseguro. Se perdían con frecuencia dos y hasta tres días en esfuerzos inútiles para proporcionarse el suficiente hidrógeno con que inflarlo, y con ese gas se producía una gran tendencia a los escapes, a causa de su extremada sutileza y de su afinidad con la atmósfera circundante. Un globo lo bastante perfecto para retener su contenido de gas hulla sin alterar su calidad ni su cantidad durante seis meses, no podría conservar una cantidad igual de hidrógeno con igual pureza durante seis semanas.

Estimando la fuerza sustentadora de dos mil quinientas libras, y los pesos reunidos de los ocupantes sólo en mil doscientas, aproximadamente, restaba un exceso de mil trescientas, de las que mil doscientas quedaban consumidas por el lastre, dispuesto en sacos de diferentes tamaños con sus respectivos pesos marcados sobre cada uno, y por el cordaje, los barómetros, telescopios, barriles conteniendo provisiones para una quincena, recipientes para el agua, capas, sacos de noche y otros varios objetos indispensables, incluyendo una cafetera

ideada para calentar café por medio de cal en polvo, para evitar en absoluto encender fuego, si no se juzgaba prudente hacerlo así. Todos esos artículos, a excepción del lastre y de unas cuantas menudencias, van colgados del aro de arriba. La barquilla es más pequeña y leve, en proporción, que la colgada en el modelo. Está hecha de un mimbre ligero, y es de una resistencia

maravillosa para una máquina tan frágil. Tiene unos cuatro pies de hondo. El timón es mucho más grande, en proporción, que el del modelo, y el tornillo es notablemente menor. El globo está, además, provisto de un rezón a modo de pequeña ancla, y de una cuerda de arrastre; esta última es de la más indispensable utilidad. Son aquí necesarias unas cuantas palabras explicativas para aquellos de nuestros lectores que no estén versados en los detalles de la aeronáutica.

Tan pronto como el globo se despega de la tierra, queda sometido a la influencia de muchas circunstancias que tienden a crear una diferencia en su peso, aumentando así o disminuyendo su fuerza ascensional. Por ejemplo, puede haber una acumulación de rocío sobre la seda, capaz de llegar hasta algunos centenares de libras; hay que arrojar entonces lastre, pues si no el aparato desciende. Arrojado este lastre, y al hacer un sol despejado que evapore el rocío, y al mismo tiempo que aumente la fuerza de expansión del gas dentro de la seda, el conjunto volverá a elevarse enseguida. Para moderar esa

ascensión, el único recurso es (o más bien era hasta la invención de la cuerda de arrastre por el señor Green) dejar escapar gas por la válvula; pero la pérdida de gas significa una pérdida proporcional en la fuerza ascensional; de tal modo, que en un período de tiempo relativamente breve el globo mejor construido tendría por necesidad que agotar todos sus recursos y caer a tierra. Éste era el gran obstáculo en los viajes largos.

La cuerda de arrastre remedia la dificultad del modo más sencillo que puede imaginarse. Es simplemente una cuerda muy larga que se deja arrastrar desde la barquilla, y cuyo efecto consiste en impedir que el globo cambie de nivel en un grado sensible. Si, por ejemplo, hay una acumulación de humedad sobre la seda, y el aparato comienza a descender, por consiguiente, no hay necesidad de arrojar lastre para remediar el aumento de peso, pues esto se remedia, o se contrarresta, en una proporción precisa, depositando sobre la tierra exactamente tanto longitud de cuerda como sea necesario. Si, por el contrario, determinadas circunstancias producen una ligereza excesiva y una ascensión precipitada, esa ligereza quedará al punto neutralizada por el peso adicional de la cuerda que se recoge, subiéndola desde tierra. Así el globo no puede subir o bajar más que dentro de muy pequeños límites, y sus recursos de gas y lastre permanecen casi intactos. Cuando se pasa por encima de una extensión de agua, se hace necesario emplear barrilitos de cobre o de madera llenos de un lastre líquido más ligero que el agua. Flotan éstos y hacen el

oficio de una cuerda sobre el suelo. Otro oficio muy importante de la cuerda de arrastre es señalar la dirección del globo. La cuerda draga, por decirlo así, ya sea sobre tierra o ya sea sobre el mar, cuando el globo está en libertad. Este último, por consiguiente, cuantas veces marcha se adelanta; así, una estimación realizada con el compás de las posiciones relativas de los dos objetos indicará siempre la dirección. De igual manera, el ángulo formado por

la cuerda con el eje vertical de la máquina indica la velocidad. Cuando no hay ángulo —en otros términos, cuando la cuerda desciende perpendicular—, es que la máquina toda está fija; pero cuanto más abierto es el ángulo, es decir, cuanto más está el globo en adelante sobre el extremo de la cuerda, mayor es la velocidad, y a la inversa.

Como el proyecto de los viajeros, al principio, era cruzar el canal de la Mancha y descender lo más cerca de París que fuera posible, habían tomado la precaución de proveerse de pasaportes visados para todas las partes del continente, especificando el carácter de la expedición, como en el caso del viaje en el Nassau, lo cual aseguraba a los intrépidos aventureros una dispensa de las usuales formalidades oficinescas; pero unos sucesos inesperados hicieron superfluos los pasaportes. La operación de hinchar el globo comenzó muy tranquilamente en la mañana del sábado, 6 del corriente, al amanecer, en el gran patio de Wheal-Vor House, residencia del

señor Osborne, a una milla, o cosa así, de Penstruthal, en Gales del Norte; y a las once y siete minutos, estando todo dispuesto para la partida, fue soltado el globo, y se elevó suave, pero constantemente, en una dirección casi sur. No se hizo uso, durante la primera media hora, del tornillo ni del timón. Nos servimos ahora del diario, tal como ha sido transcrito por el señor Forsyth conforme a los manuscritos reunidos de los señores Monck Mason y Ainsworth. El cuerpo de este diario, según lo reproducimos, está escrito de mano del señor Mason, y se le ha añadido un post-scriptum o apéndice del señor Ainsworth, quien tiene en preparación y dará a conocer muy pronto al público un informe más minucioso del viaje, y, sin duda alguna, de un interés emocionante.

EL DIARIO

Sábado, 6 de abril

Todos los preparativos que pudieran considerarse como un obstáculo han sido realizados esta noche: hemos comenzado a hinchar el globo esta mañana al amanecer; pero, a causa de una niebla espesa que cargaba de agua los pliegues de la seda y la hacía poco manejable, no nos hemos elevado antes de las once, aproximadamente. Entonces largamos todo con un gran entusiasmo y nos elevamos con suavidad, aunque sin interrupción, merced a una grata brisa del norte, que nos llevó en dirección del canal de la Mancha. Encontramos la fuerza ascensional más fuerte de lo que habíamos esperado, y como subíamos lo bastante alto para dominar todas las escolleras y

estar sometidos a la acción más cercana de los rayos solares, nuestra ascensión se hacía cada vez más rápida. Sin embargo, deseaba yo no perder gas desde el comienzo de nuestra tentativa, y decidí que había que elevarse por el momento. Recogimos hacia nosotros nuestra cuerda de arrastre; pero, aun después de haberla retirado por completo de tierra, seguimos ascendiendo muy deprisa. El globo marchaba con una seguridad singular y ofrecía un magnífico aspecto; unos diez minutos

después de nuestra partida, el barómetro señalaba una altura de quince mil pies.

El tiempo era muy hermoso, y el aspecto de la campiña a nuestros pies — uno de los más románticos desde todos los puntos de vista— era entonces sublime en particular. Las quebradas numerosas y profundas presentaban la apariencia de lagos, causa de los densos vapores que las llenaban, y las alturas y las rocas situadas al sudeste, amontonadas en un inextricable caos, se asemejan en un todo a las ciudades gigantescas de la mitología oriental. Nos acercábamos rápidamente a las montañas hacia el sur; pero nuestra elevación era más que suficiente para permitirnos franquearlas con toda seguridad. En unos minutos, planeábamos por encima de ellas a maravilla, y al señor Ainsworth, así como a los marineros, les chocó su apariencia poco elevada, vistas así desde la barquilla, y es que una gran altura en globo tiene por

resultado reducir las desigualdades de la superficie situada debajo, a un nivel casi unido. A las once y media, cuando seguíamos siempre una dirección sur, o poco menos, divisamos por primera vez el canal de Bristol, y quince minutos después, la línea de la rompiente de la costa estaba debajo de nosotros y marchábamos favorablemente sobre el mar. Decidimos entonces soltar el gas requerido para que nuestra cuerda de arrastre se deslizara sobre el agua con las boyas sujetas a ella. Lo cual quedó hecho en un minuto comenzando nosotros a descender poco a poco. Al cabo de unos veinte minutos, nuestra primera boya tocó, y al zambullirse la segunda, permanecemos a una altura fija. Estábamos todos muy inquietos por comprobar la eficacia del timón y el tornillo, y nos dispusimos a utilizarlos sin tardanza, a fin de determinar mejor aún nuestra ruta hacia el este, poniendo proa hacia París. Por medio del timón, efectuamos en un instante el cambio necesario de dirección, y nuestra ruta se halló casi en ángulo recto con el viento; después pusimos en movimiento el muelle del tornillo, y nos sentimos encantados al ver que nos llevaba dócilmente en el sentido deseado. En este momento lanzamos nueve veces un

«¡viva!» muy fuerte y arrojamos al mar una botella que contenía una tira de

pergamino con una breve reseña del principio del invento. A pesar de todo, no habíamos acabado apenas de manifestar nuestro triunfo, cuando sobrevino un accidente imprevisto que

era como para desanimarnos. La varilla de acero que unía el muelle con el propulsor quedó de repente desplazada por el extremo que terminaba en la barquilla (fue el efecto de la inclinación de la barquilla, de resultas de algún movimiento de uno de los marineros que iban con nosotros), y en un instante, se encontró suspendida y bailando fuera de nuestro alcance, lejos del pivote del eje del tornillo. Mientras nos esforzábamos por atraparla, y toda nuestra atención estaba absorbida en ello, nos encontramos envueltos en una violenta corriente de aire del este, que nos llevó con una fuerza rápida y creciente del lado del Atlántico.

Nos encontramos empujados hacia el mar a una velocidad que no era,

seguramente, menor de cincuenta o sesenta millas por hora, hasta el punto de que alcanzamos el cabo Clear, a cuarenta millas hacia el norte, antes de haber podido sujetar la varilla de acero y de tener tiempo de pensar en virar. Fue entonces cuando el señor Ainsworth hizo una proposición extraordinaria, pero que, a mi juicio, no era en modo alguno irrazonable ni quimérica, en la cual fue enseguida animado por el señor Holland; a saber: que podíamos aprovechar la fuerte brisa que nos empujaba, e intentar, en vez de dirigirnos a París, alcanzar la costa de Norteamérica. Después de una ligera reflexión, presté gustoso mi asentimiento a aquella removedora

proposición que, cosa extraña de decir, no encontró objeciones más que en los dos marineros.

Sin embargo, como estábamos en mayoría, vencimos sus recelos, y mantuvimos con resolución nuestra ruta. Nos dirigimos rectos hacia el oeste; pero como el arrastre de las boyas representaba un obstáculo material para la marcha, y dominábamos lo bastante el globo, ya fuera para subir, ya para descender, arrojamos primero cincuenta libras de lastre y por medio de una manivela recogimos del mar toda la cuerda. Comprobamos inmediatamente el efecto de esta maniobra por un prodigioso aumento de velocidad, y cuando la brisa refrescaba, avanzamos con una rapidez casi inconcebible; la cuerda de arrastre se extendía detrás de la barquilla como la estela de un navío. Es inútil decir que nos bastó un espacio de tiempo muy corto para perder de vista la costa. Pasamos por encima de innumerables barcos de guerra de todas clases, algunos de los cuales iban a barlovento; pero la mayor parte estaban anclados. Causamos entre sus tripulaciones el mayor entusiasmo, entusiasmo saboreado en grande por nosotros mismos, y en especial por nuestros dos hombres que, ahora bajo la influencia de algunas copitas de ginebra, parecían ya decididos a abandonar todos los temores y escrúpulos. Varios barcos dispararon el cañonazo de señal, y todos nos saludaron con fuertes «¡vivas!», que oíamos con una claridad sorprendente entre la agitación de gorras y pañuelos. Marchamos así todo el día, sin incidente material alguno, y cuando las primeras

sombras se amontonaban a nuestro alrededor, hicimos una estima aproximada de la distancia recorrida. No podía ser menor de quinientas millas, acaso mayor. Durante todo este tiempo el propulsor funcionó, y sin duda alguna, ayudó de una manera positiva nuestra marcha. Cuando el sol se puso, la brisa refrescó, transformándose en una verdadera borrasca. Debajo de nosotros el océano era perfectamente visible a causa de su fosforescencia. El viento sopló del este toda la noche, y nos dio los más brillantes presagios de éxito. Sufrimos no poco con el frío, y la humedad de la atmósfera nos resultaba muy penosa; pero el sitio libre en la barquilla era bastante amplio para permitirnos tendernos, y gracias a nuestras capas y a algunas mantas, salimos del paso todo lo mejor posible.

Post-scriptum (Por el señor Ainsworth). —Las últimas nueve horas han sido, indiscutiblemente, las más emocionantes de mi vida. No puedo concebir

nada más exaltador que el extraño peligro y la novedad de una aventura como ésta. ¡Quiera Dios concedernos el triunfo! No pido el triunfo por la simple salvación de mi insignificante persona, sino por amor a la ciencia humana y por la grandeza del triunfo. Y al fin y al cabo, la hazaña resulta tan a todas luces factible, que mi único asombro es que los hombres hayan tenido escrúpulos en intentarla antes. Con que un simple ventarrón como el que nos favorece ahora, con que un torbellino tempestuoso así empuje un globo durante cuatro o

cinco días (esos vientos duran a menudo más tiempo), el viajero será fácilmente transportado, en ese lapso, de una orilla a la otra. Con un ventarrón semejante, el vasto Atlántico se convierte en un simple lago. Me impresiona más, sobre todo ahora, el supremo silencio que reina en el mar debajo de nosotros, no obstante su agitación, que cualquier otro fenómeno que tenga lugar al presente. Las aguas no lanzan ningún clamor hacia los cielos. El inmenso océano llameante se agita y se atormenta sin quejas. Las olas montañosas sugieren la idea de innumerables demonios gigantescos y mudos forcejeando en una impotente agonía. Durante una noche como es ésta para mí, un hombre vive —vive un siglo entero de vida ordinaria—, y no cedería yo este arrebatado deleite por un siglo entero de esa existencia ordinaria.

Domingo 7

(Manuscrito del señor Mason)

Esta mañana hacia las diez, el ventarrón se ha calmado, convirtiéndose en una brisa de ocho o nueve nudos (para un barco en el mar), y nos ha hecho recorrer acaso treinta millas por hora o más. Sin embargo, había cambiado mucho hacia el norte, y ahora, al ponerse el sol, nos dirigimos al oeste, debido principalmente al tornillo y al timón, que responden a nuestro propósito de un modo admirable. Considero el proyecto como de todo punto satisfactorio, y la navegación aérea, fácil en todas direcciones (de no ser con un viento contrario por completo), como un problema resuelto. No habiéramos podido

hacer frente al fuerte viento de ayer; pero, al elevarnos, habríamos podido librarnos de su influencia, en caso necesario. Contra una suave brisa persistente, estoy convencido de que podríamos avanzar con el propulsor. Hoy a mediodía nos hemos elevado a una altura de casi veinticinco mil pies, soltando lastre. No hemos intentado buscar una corriente más directa; pero no hemos encontrado ninguna tan favorable como esta que nos empuja ahora. Tenemos gas abundante para cruzar esa pequeña laguna, aunque hubiese de durar el viaje tres semanas. No siento el más leve temor en cuanto al resultado. Las dificultades han sido extrañamente exageradas y falsamente interpretadas. Puedo escoger mi corriente, y aunque tuviese todas las corrientes en contra mía, podría seguir a satisfacción la marcha con el propulsor. No hemos tenido incidentes dignos de registrarse. La noche se anuncia hermosa.

P. S. (Por el señor Ainsworth). —Tengo poco que anotar, excepto el hecho

(que ha sido para mí una sorpresa completa) de que, a una altura igual a la del Cotopaxi, no he sentido ni un frío intenso ni dolor de cabeza, ni dificultad para respirar; tampoco los han sentido los señores Mason, Holland ni sir Everard. El señor Osborne se ha quejado de opresión en el pecho, pero le ha desaparecido pronto. Hemos volado a una gran velocidad durante el día, y debemos de estar a menos de la mitad de la travesía del Atlántico. Hemos pasado sobre unos veinte o

treinta barcos de diferentes clases, y todos parecían asombrados con deleite. Cruzar el océano en un globo no es tan difícil, después de todo. Omne ignotum pro magnifico. —Nota: a una altura de veinticinco mil pies, el cielo aparece casi negro, y las estrellas son bien visibles, mientras que el mar, no parece convexo (como podría suponerse), sino absoluta e inequívocamente cóncavo.

Lunes 8

(Manuscrito del señor Mason)

Esta mañana hemos sufrido de nuevo una pequeña perturbación por la varilla del propulsor, que deberá ser rehecha totalmente, por temor a un serio accidente; me refiero a la varilla de acero y no a las aspas. Estas últimas no pueden mejorarse. El viento ha soplado todo el día constante y fuerte del nordeste: hasta tal punto la Fortuna parece decidida a favorecernos. Al ir a amanecer, nos sentimos todos un tanto alarmados por algunos ruidos raros y algunas sacudidas en el globo, acompañados de la aparente y rápida parada de toda la máquina. Estos fenómenos estaban ocasionados por la expansión del gas, debido a un aumento de calor en la atmósfera y al consiguiente desmenuzamiento de las menudas partículas de hielo que se habían incrustado en la red durante la noche. Hemos arrojado varias botellas a los barcos que teníamos debajo. Una de ellas, según hemos visto, ha sido recogida por un buque grande: al parecer, uno de los que sirven la línea de Nueva York. Nos hemos esforzado por divisar su

nombre, pero no estamos seguros de haberlo logrado. El señor Osborne, con el telescopio, ha leído algo parecido a Atalanta. Son ahora las doce de la noche y seguimos casi hacia el oeste con una marcha rápida. El mar está singularmente fosforescente.

P. S. (Por el señor Ainsworth). —Son ahora las dos de la mañana. Hay casi calma, por lo que pueda juzgar; pero es muy difícil determinar este punto, dado que nos movemos tan en absoluto con el aire. No he dormido desde que salí de Wheal-Vor; pero no puedo seguir así más, y voy a echar un sueño. No podemos estar lejos de la costa americana.

Martes 9

(Manuscrito del señor Ainsworth)

Una de la tarde. Tenemos a la vista la costa baja de Carolina del Sur. El

gran problema está resuelto. ¡Hemos atravesado el Atlántico — entera y fácilmente— en un globo! ¡Alabado sea Dios! ¿Quién dirá que exista cosa alguna imposible en el futuro?

Aquí termina el diario. Algunos detalles sobre el descenso han sido comunicados por el señor Ainsworth al señor Forsyth.

Había casi una calma chicha cuando los viajeros llegaron a la vista de la costa, que fue desde luego reconocida por los dos marineros y por el señor Osborne. Este caballero tenía algunas

amistades en el fuerte Moultrie, por lo cual se decidió acto seguido descender en sus cercanías. El globo fue llevado hasta la playa (había marea baja, y la arena dura, lisa, se adaptaba admirablemente al descenso), y echada la pequeña ancla, prendió con toda firmeza al instante. Los habitantes de la isla y del fuerte se apiñaban, claro está, para ver el globo; pero sólo con muchas dificultades podían prestar crédito al viaje realizado, la travesía del Atlántico. El ancla prendió en definitiva a las dos de la tarde en punto; por tanto, el viaje entero había sido efectuado en setenta y cinco horas, o más bien en algo menos, contando de orilla a orilla. No ocurrió ningún accidente grave. No hubo que temer ningún peligro verdadero en todo ese tiempo. El globo fue desinflado y sujeto sin apuros, y cuando fueron enviados desde Charleston los manuscritos de donde se toma este relato, los tripulantes se hallaban aún en el fuerte Moultrie. Se desconocen sus propósitos ulteriores; pero podemos prometer con toda seguridad a nuestros lectores alguna información adicional, bien para el lunes o en el transcurso del próximo día, lo más tarde.

Ésta es, innegablemente, la más estupenda, la más interesante y la más importante empresa que haya sido realizada o intentada nunca por unos hombres. Inútil sería por ahora pensar en determinar qué magníficos resultados puede traer como consecuencia.

BERENICE

El infortunio es múltiple. La desdicha sobre la tierra, multiforme. Dominando el vasto horizonte cual el arco iris, son sus matices tan varios como los de ese arco, tan claros también, e incluso tan íntimamente mezclados. ¡Dominando el vasto horizonte cual el arco iris! ¿Cómo he podido obtener de la belleza un tipo de fealdad? ¿Cómo del pacto de paz, un dolor semejante? Pero lo mismo que en la ética el mal es una consecuencia del bien, así, en la realidad, de la alegría nace la pena, bien porque el recuerdo de la felicidad pasada forme la angustia de hoy, bien porque las angustias que son tengan su origen en los éxtasis que pueden haber sido.

Mi nombre de pila es Egeo; no mencionaré mi apellido familiar. Sin

embargo, no hay torreones en la comarca más ilustres que los de mi triste y vetusta casa solariega. Nuestro linaje ha sido llamado raza de visionarios; y en muchos detalles notables —en el carácter de la mansión familiar, en los frescos del salón principal, en los tapices de los dormitorios, en los cincelados de algunos pilares de la armería, pero más especialmente en la galería de cuadros antiguos, en el estilo de la biblioteca, y por último, en la particularísima naturaleza del contenido de esa

biblioteca— hay más que suficientes pruebas para justificar esa creencia.

El recuerdo de mis primeros años va unido a esa sala y a esos volúmenes, de los cuales no diré nada más. Allí murió mi madre. Allí nací. Pero sería ocioso decir que no he vivido antes, que el alma no tiene una existencia anterior. ¿Lo niega usted? No discutamos ese tema. Convencido yo mismo, no intento convencer. Allí hay, no obstante, un recuerdo de formas aéreas, de ojos espirituales y pensativos, de sonidos musicales, aunque tristes; un recuerdo que no quiere irse; un recuerdo parecido a una sombra, vago, invariable, indefinido, incierto, y como una sombra también, me veo en la imposibilidad de deshacerme de ella mientras exista el sol de mi razón.

En esa estancia nací. Despertando así de la larga noche que parecía ser, pero que no era, la nada, para caer enseguida en las verdaderas regiones de un país de hadas, en un palacio fantástico, en los extraños dominios del pensamiento y de la erudición monásticos, no es raro que haya mirado a mi alrededor con ojos espantados y ardientes, que haya malgastado mi infancia ante los libros y disipado mi juventud en sueños; pero lo que es singular, al pasar los años y cuando el mediodía de la virilidad me encontró aún en la casa de mis padres, lo que es maravilloso es ese estancamiento que cayó sobre las fuentes de mi vida, maravilloso ese total trastrocamiento que tuvo lugar en el carácter de mis más vulgares pensamientos. Las realidades del mundo me

afectaban como visiones, y sólo como visiones, mientras que las ideas desenfrenadas de la comarca soñadora llegaban a ser, en cambio, no el alimento de mi existencia diaria, sino realmente mi entera y única existencia.

Berenice y yo éramos primos, y crecimos juntos en mi casa solariega. Aun así, crecimos muy diferentes: yo, mísero de salud y sepultado en la tristeza; ella, ágil, graciosa y desbordante de energía. Para ella era el vagar por la ladera de la colina; para mí, los estudios del claustro. Yo, viviendo dentro de mi propio corazón, y entregado en cuerpo y alma a la más intensa y penosa meditación; ella, vagando despreocupada por la vida, sin pensar en las sombras de su camino o en el vuelo callado de las horas con plumaje de cuervo. ¡Berenice! Grito su nombre — ¡Berenice!—, y en las ruinas vetustas de mi memoria se agitan mil recuerdos tumultuosos a ese sonido. ¡Ah, su imagen está viva ante mí ahora, como en los primeros días de su luminoso ardor y de su alegría! ¡Oh, magnífica, y con todo, fantástica belleza! ¡Oh,

sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Y luego, luego todo es misterio y terror, y una historia que no puede contarse. Una dolencia, una fatal dolencia cayó sobre su persona como el simún; y hasta cuando yo la contemplaba, el espíritu de transformación pesaba sobre ella, penetrando su espíritu, sus hábitos, su carácter, y de la manera más sutil y terrible, ¡perturbaba incluso la identidad de su

persona! ¡Ay, el destructor venía y se iba! Y la víctima, ¿dónde está? No la conocía, o al menos, ¡no la conocía ya como Berenice!

Entre la numerosa serie de enfermedades acarreadas por aquella fatal y primera, que provocaron una revolución de un género tan terrible en el ser moral y físico de mi prima, hay que mencionar la de naturaleza más penosa y tenaz: una especie de epilepsia que terminaba con frecuencia en catalepsia, una catalepsia muy parecida a la muerte real, y de la que despertaba ella en muchos casos con un brusco sobresalto. Al mismo tiempo mi propia enfermedad —pues me han dicho que no puedo llamarla de otro modo—, mi propia enfermedad aumentaba rápidamente, tomando, por último, el carácter de una monomanía, de una forma nueva y extraordinaria, cobrando a cada hora, a cada minuto mayor energía, y adquiriendo al cabo sobre mí el más incomprensible ascendiente. Esta monomanía, si he de usar este término, consistía en una irritabilidad morbosa de esas facultades del espíritu que la ciencia metafísica denomina atentas. Es más que probable que no sea yo comprendido; pero temo de veras que no haya manera posible de dar a la mayoría de los lectores una idea adecuada de esa nerviosa intensidad de interés con la cual, en mi caso, la facultad de meditación (para no emplear términos técnicos) se ocupaba y se sumía en la contemplación de los objetos más vulgares del universo.

Meditar infatigablemente durante largas horas, con mi atención fija en algún frívolo dibujo sobre el margen o en el texto de un libro; permanecer absorto la mayor parte de un día de verano en una curiosa sombra cayendo oblicuamente sobre el tapiz o sobre el suelo; olvidarme de mí mismo durante una noche entera, espionando la firme llama de una lámpara; soñar toda una jornada con el perfume de una flor; repetir monótonamente alguna palabra vulgar, hasta que el sonido, a causa de las frecuentes repeticiones, cesara de ofrecer una idea cualquiera a la mente; perder todo sentido de movimiento o de existencia física por medio de una absoluta inmovilidad corporal, larga y persistentemente mantenida: tales eran algunas de las más comunes y de las menos perniciosas fantasías promovidas por el estado de mis facultades mentales, que no son, por supuesto, únicas, pero que desafían en verdad todo género de análisis o explicación.

A pesar de todo, no quiero ser mal interpretado. La anormal, grave y morbosa atención así excitada por objetos frívolos en su propia naturaleza no

debe confundirse en el carácter con esa tendencia meditativa común a toda la humanidad, y a la que se entregan en particular las personas de imaginación ardiente. Era no sólo, como de primera intención podría suponerse, un estado extremo o una exageración de tal tendencia, sino originaria y esencialmente preciso y distinto. En uno de esos casos el

soñador o imaginativo, al interesarse por un objeto en general no frívolo, de modo insensible pierde de vista ese objeto en un desierto de deducciones y sugerencias que de allí surgen, hasta que al término de uno de esos sueños diarios con frecuencia henchido de voluptuosidad, encuentra el incitamentum o causa primera de sus meditaciones, por entero desvanecido y olvidado. En mi caso, el objeto primario era invariablemente frívolo, aunque revistiendo, a través del medio de mi visión perturbada, una importancia reflejada e irreal. Hacía yo pocas deducciones, si es que hacía alguna, y esas pocas volvían con obstinación al objeto principal como a un centro. Las meditaciones no eran nunca placenteras; y al final del ensueño, la causa primera, lejos de estar apartada de la vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado que era el rasgo característico de mi enfermedad. En una palabra, la facultad espiritual más ejercitada con preferencia era en mí, como he dicho antes, la de la atención, y es, en el soñador diario la especulativa.

Mis libros en aquella época, si no servían en realidad para irritar aquel trastorno, participaban, como debe comprenderse, ampliamente, por su naturaleza imaginativa e inconexa, en las cualidades características del propio mal. Recuerdo bien, entre otros, el tratado de noble italiano Coelius Secundus Curio De Amplitudine Beati Regn Dei, la gran obra de San Agustín La Ciudad de Dios y el De Carne Christi, de Tertuliano, cuya paradójica sentencia:

«Mortuus est De filius; credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit; certum est quia imposible est», absorbió íntegro mi tiempo durante muchas semanas de laboriosa e infructuosa investigación.

Parecerá así que, alterada en su equilibrio por cosas triviales, mi razón mostrara semejanza con esa roca oceánica de que habla Tolomeo Hephestion, que resistía de firme los ataques de la violencia humana y al más fiero furor de las aguas y de los vientos, temblando únicamente al simple toque de la flor llamada asfódelo. Y aunque a un pensador de poca fijeza le pueda parecer fuera de duda que la alteración producida por su desdichada dolencia en la condición moral de Berenice me proporcionase muchos motivos para el ejercicio de esa intensa y anormal meditación cuya naturaleza me ha costado cierto trabajo explicar, no ocurría así en ningún caso. Durante los intervalos lúcidos de mi dolencia, me causaba su desgracia una pena real, y aquella ruina total de su bella y dulce vida conmovía hondamente mi corazón, sin que dejara yo de reflexionar, muchas veces con amargura en las maravillosas vías por las cuales había podido producirse tan de súbito una revolución tan extraña. Pero aquellas reflexiones no participaban de la idiosincrasia de mi dolencia, y eran

tales como se le hubiesen ocurrido, en circunstancias semejantes, a la masa ordinaria de la humanidad. Fiel a su propio carácter, mi enfermedad se manifestaba en los menos

importantes, pero más pavorosos cambios que tenían lugar en el estado físico de Berenice, en la singular y aterradora deformación de su identidad personal.

Al correr los días más brillantes de su incomparable belleza, con toda seguridad, no la había yo amado nunca. En la extraña anomalía de mi existencia, mis sentimientos no me han venido jamás del corazón, y mis pasiones han venido siempre de mi espíritu. A través del gris de las madrugadas, en las sombras entrecruzadas de la selva al mediodía, y en el silencio de mi biblioteca por la noche, voló ella ante mis ojos, y la vi, no como la Berenice de un sueño, no como un ser de la Tierra, tangible, sino como la abstracción de un ser semejante; no como una cosa que admirar, sino que analizar; no como un objeto de ensueño, sino como tema de una especulación tan abstrusa cual inconexa. Y ahora, ahora me estremecía en su presencia y palidecía cuando se acercaba; pero, aunque lamentando amargamente su decaído y triste estado, recordaba yo que me había amado largo tiempo, y en un mal momento le hablé de matrimonio.

Se acercaba por fin la época de nuestras nupcias cuando una tarde de invierno, uno de esos días intempestivamente cálidos, tranquilos y brumosos que son como la nodriza de la bella Alcione, me senté (creyéndome solo) en el gabinete interior de la biblioteca. Pero al levantar los ojos vi a Berenice en pie ante mí.

¿Fue mi imaginación excitada, o la influencia brumosa de la atmósfera, o el incierto crepúsculo de la estancia, o el ropaje gris que envolvía su figura lo que hizo tan vacilante y vago su contorno? No podría decirlo. Acaso había nacido durante su enfermedad. No habló ella una palabra; y yo por nada del mundo hubiera pronunciado una sílaba. Un estremecimiento helado recorrió mi persona; me oprimió una sensación de insufrible ansiedad; una devoradora curiosidad invadió mi alma, y echándome hacia atrás en el sillón, permanecí durante un rato sin respirar, inmóvil, con los ojos clavados en su figura. ¡Ay! Era excesiva su demacración, y ni un solo vestigio de su ser primero se escondía en ninguna línea de aquel contorno.

No era sino una sombra de lo que había sido. Por fin cayeron sobre su rostro mis ardientes miradas. Su frente era alta, muy pálida, y singularmente plácida; los cabellos en otro tiempo de un negro azabache, la recubrían en parte, tapando las sienas hundidas con innumerables rizos, ahora de un vivo dorado, y cuyo carácter fantástico desentonaba de un modo violento con la predominante melancolía de su rostro. Los ojos carecían de vida y de brillo, y, en apariencia, de pupilas; sin querer, aparté las mías de su fijeza vidriosa para contemplar sus delgados y arrugados labios. Se separaron, y en una sonrisa de

un especial significado, aparecieron lentamente ante mi vista los dientes de la cambiada Berenice. ¡Pluguiera a Dios que no

los hubiese contemplado nunca, o que, al verlos, hubiera muerto yo!

Me sobrecogió el ruido de una puerta que se cerraba, y al levantar los ojos vi que mi prima había salido de la estancia. Pero de la estancia agitada de mi cerebro no había salido, ¡ay!, ni siquiera salir el blanco y triste espectro de aquellos dientes. No había ni una mancha sobre su superficie, ni una sombra sobre su esmalte, ni una mella en su hilera que en aquel breve lapso de su sonrisa no se haya grabado en mi memoria. Los vi ahora más inequívocamente que los había contemplado antes. ¡Los dientes, los dientes! Estaban allí, allá y en todas partes, visibles y palpables ante mí, largos, estrechos y excesivamente blancos, con los pálidos labios arrugados enmarcándolos, como en el verdadero momento de su primero y terrible desarrollo.

Entonces sobrevino la furia plena de mi monomanía, y luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. En los objetos multiplicados del mundo exterior no tenía yo pensamientos más que para los dientes. Sentía por ellos un deseo frenético. Todos los demás temas y todos los intereses quedaron absorbidos en su sola contemplación. Ellos, sólo ellos estaban presentes a mi mirada mental, y su sola individualidad se convirtió en la esencia de mi vida espiritual. Los veía bajo todas las luces; les daba vueltas en todos sentidos; estudiaba sus características; me preocupaban sus particularidades; meditaba sobre su conformación; reflexionaba sobre la alteración de su naturaleza; me estremecía atribuyéndoles con la imaginación

una facultad de sensación y de sensibilidad, e incluso, sin ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. Se ha dicho bien de mademoiselle Sallé que «tous ses pas étaient des sentiments», y de Berenice creía yo aún más seriamente que tous ses dents étaient des idées. Des idées! ¡Ah, he aquí el pensamiento idiota que me ha perdido! Des idées! ¡Ah, por eso los codiciaba yo tan locamente! Sentía que sólo su posesión podía darme el sosiego y hacerme recobrar la razón.

Y cayó la noche así sobre mí, y entonces vinieron las tinieblas, y se detuvieron, y se disiparon, y despuntó el nuevo día, y la bruma de una segunda noche se amontonó ahora a mi alrededor, y aún seguía yo sentado, inmóvil en aquella estancia solitaria, y todavía el fantasma de los dientes mantenía su terrible ascendiente, hasta el punto de que, con la más viva y horrenda claridad, flotaba en torno, entre las luces y las sombras cambiantes de la habitación. Al cabo irrumpió en medio de mis sueños un grito de horror y de congoja, y a él, después de una pausa, sucedió un ruido de voces agitadas, mezcladas con muchos sordos gemidos de dolor o de pena. Me levanté de mi asiento, y abriendo del todo una de las puertas de la biblioteca, vi rígida en la antecámara a una doncella, deshecha en llanto, que me dijo que Berenice ¡ya no existía! Había sufrido un ataque de epilepsia en las primeras horas de la

mañana; y ahora, al caer la noche, estaba la tumba dispuesta para su ocupante, y hechos todos los preparativos para el entierro.

Me encontré de nuevo sentado en la biblioteca y solo.

Parecíame que acababa de despertarme de un confuso y agitado sueño. Vi que era ahora medianoche, y me di perfecta cuenta de que, al ponerse el sol, sería enterrada Berenice. Pero no he conservado de lo sucedido una comprensión real ni bien definida. Sin embargo, mi memoria estaba llena de horror, horror más terrible aún por ser vago, terror más terrible en su ambigüedad. Era una página espantosa del libro de mi vida, escrita toda con recuerdos oscuros, atroces e ininteligibles.

Me esforcé por descifrarlos, aunque en vano; de cuando en cuando, parecido al espíritu de un sonido muerto, diríase que retumbaba en mis oídos el grito agudo y penetrante de una voz de mujer. Había yo realizado un acto —

¿cuál?—. Me dirigía a mí mismo la pregunta en voz alta, y los ecos de la habitación me musitaban: «¿Qué has hecho?».

Sobre la mesa, a mi lado, ardía la lámpara y cerca había una cajita. No poseía un carácter notable, y la había visto antes muchas veces, pues pertenecía al médico de la familia; pero ¿cómo había venido a parar aquí, sobre mi mesa, y por qué me estremecía al mirarla? Eran, éstas, cosas de poca monta, y mis ojos al final cayeron sobre las páginas abiertas de un libro, y sobre una frase subrayada. Eran las palabras singulares, pero

sencillas, del poeta Ebn Zaiat: «Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amiae visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas». ¿Por qué al leerlas cuidadosamente se me erizaron los cabellos y mi sangre se heló en mis venas?

Dieron un golpecito en la puerta de la biblioteca, y pálido como un habitante de la tumba, entró un criado de puntillas. Sus ojos estaban trastornados de terror, y me habló con una voz trémula, ronca y muy baja.

¿Qué me dijo? Oí algunas palabras entrecortadas. Me habló de un grito espantoso que había turbado el silencio de la noche, de una reunión de toda la servidumbre de la casa, de su búsqueda en dirección de aquel sonido; luego, el tono de su voz se hizo espeluznantemente claro cuando me habló de una tumba violada, de un cuerpo desfigurado, sin la mortaja, pero respirando y palpitando aún, ¡vivo todavía!

Señaló mis ropas; estaban manchadas de barro y de sangre coagulada. Sin hablar, me cogió con suavidad de la mano: tenía señales de uñas humanas. Dirigió mi atención hacia un objeto apoyado contra la pared. Lo miré durante unos minutos: era una azada. Lanzando un grito salté hacia la mesa, y agarré la caja que había sobre ella. Pero no tuve fuerza para abrirla, y en mi temblor se me escurrió de las manos, cayó pesadamente y se hizo pedazos. De ella, con un ruido tintineante, se escaparon algunos instrumentos de cirugía dental,

mezclados con treinta y dos piecitas blancas, parecidas al marfil, que se esparcieron por el suelo aquí y allá. Eran ¡los dientes de Berenice que le había arrancado yo en su tumba!

CUATRO BESTIAS EN UNA (EL HOMBRE CAMELLO PARDAL)

Antiochus Epiphanes está considerado generalmente como el Gog del profeta Ezequiel. Este honor, debe, sin embargo, ser atribuido más bien a Cambises, el hijo de Ciro. Y, en realidad, el carácter del monarca sirio no necesita de ningún embellecimiento adventicio. Su elevación al trono, o, mejor dicho, su usurpación de la soberanía, ciento setenta y un años antes de la venida de Cristo; su tentativa de saqueo del templo de Diana en Éfeso; su implacable hostilidad contra los judíos; la violación del Santo de los Santos, y su muerte miserable en Taba, después de un reinado tumultuoso de once años, son circunstancias de un tipo sobresaliente, y, por tanto, más notables para los historiadores de su tiempo que las impías, cobardes, crueles, necias y caprichosas hazañas que hay que añadir a la suma total de su vida privada y de su reputación.

Supongamos, amable lector, que estamos ahora en el año del mundo tres mil ochocientos treinta, e imaginemos por unos minutos que nos encontramos en la más grutesca morada del hombre, en la notable ciudad de Antioquía. Es cierto que había

en Siria y otras comarcas dieciséis ciudades de ese nombre, además de ésta a que más especialmente aludo. Pero la nuestra es la que se llamaba Antioquía Epidaphne, a causa de su proximidad al pueblecito de Dafne, donde se elevaba un templo consagrado a esta divinidad. Fue edificado (aunque sobre ello exista alguna discusión) por Seleucus Nicanor, el primer rey del país después de Alejandro el Grande, en memoria de su padre, Antíoco, y llegó a ser enseguida la sede de la monarquía siria. En los tiempos florecientes del Imperio romano era la residencia ordinaria del prefecto de las provincias orientales; y muchos de los emperadores de la ciudad reina (entre los que pueden mencionarse, especialmente, a Verus y a Valens) pasaron allí la mayor parte de su tiempo. Pero advierto que hemos llegado a la ciudad misma. Subamos sobre esa muralla y dejemos caer nuestros ojos sobre la ciudad y las tierras comarcanas.

—¿Cuál es ese ancho y rápido río que se abre camino, con innumerables cascadas, por las montañas selváticas, y finalmente entre la maraña de los edificios?

—Es el Orontes, y es la única agua que se divide, a excepción del Mediterráneo, que se extiende, como un amplio espejo, doce millas aproximadamente, hacia el sur. Todos han visto el Mediterráneo; pero permitidme decir que pocos han podido echar un vistazo a Antioquía. Pocos, quiero decir, pocos son los que, como usted y yo, han gozado al mismo tiempo de los

beneficios de una educación moderna. Por eso deje de mirar el mar y dirija toda su atención a la masa de casas que se extiende debajo de nosotros. Recordará que estamos ahora en el año del mundo tres mil ochocientos treinta. Si fuese más tarde (por ejemplo, si fuese el año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y cinco) nos veríamos privados de este espectáculo extraordinario. En el siglo diecinueve, Antioquía está (es decir, Antioquía estará) en un lamentable estado de ruina. Habrá sido en ese tiempo totalmente destruida en tres épocas diferentes por tres terremotos. A decir verdad, lo poco que quedará de la primitiva, se encontrará en un estado tan desolado y ruinoso, que el patriarca trasladará su residencia a Damasco. Está bien. Veo que aprovecha usted mi consejo y que dedica la mayor parte de su tiempo a reconocer los lugares para

... alegrar vuestros ojos

con los recuerdos y las cosas famosas que más renombre dan a esta ciudad...

Le pido perdón; había olvidado que Shakespeare no florecerá antes de mil setecientos cincuenta años. Pero el aspecto de Epidaphne, ¿no justifica ese nombre de grotesco que le he dado?

—Está bien fortificada; y, en este respecto, debe tanto a la naturaleza como al arte.

—Eso es muy cierto.

—Hay una cantidad prodigiosa de imponentes palacios.

—Los hay.

—Y sus templos suntuosos y magníficos pueden ser comparados con los más prestigiosos de la antigüedad.

—Debo reconocerlo. Hay, no obstante, una infinidad de casuchas de barro y de chozas abominables. Observamos una profusión de inmundicias en todos los albañales, y a no ser por las humaredas que todo lo dominan del incienso idólatra, no cabe duda de que encontraríamos allí un intolerable hedor. ¿Ha visto usted nunca unas calles tan insoportablemente estrechas o unas casas tan milagrosamente altas? ¡Qué oscuridad dejan sus sombras sobre el suelo! Está bien que las lámparas colgantes de esas interminables columnatas permanezcan encendidas durante todo el día; en otro caso, tendríamos aquí las

tinieblas de Egipto en la época de su desolación.

—¡Es por cierto un extraño lugar! ¿Qué significa aquel singular edificio?

¡Mire! ¡Domina todos los demás y se extiende hacia el este del que creo es el palacio real!

—Es el nuevo templo del Sol, a quien adoran en Siria bajo el nombre de Elah Gabalah. Más adelante, un emperador romano muy famoso instituirá ese culto en Roma, y de él tomará su

sobrenombre, Heliogábalo. Me atrevo a afirmarle que le agradaría echar una ojeada a esa divinidad. No necesita usted mirar al cielo; su Sol no está allí; al menos, el Sol adorado por los sirios: Esa deidad se encuentra en el interior de ese edificio. Es adorada bajo la forma de un ancho pilar de piedra cuya punta termina en un cono o pirámide, con la cual se simboliza el fuego o pyr.

—¡Escuche! ¡Mire! ¿Quiénes pueden ser esos seres ridículos, semidesnudos, con las caras pintadas, que vociferan y gesticulan ante la chusma?

—Unos cuantos pocos son saltimbanquis. Otros pertenecen más particularmente a la raza de los filósofos. La mayoría, empero, sobre todo los que tratan al populacho a palos, son los principales cortesanos del palacio, ejecutando, como es su deber, alguna laudable chuscada del rey.

—Pero ¿qué hay allí? ¡Cielos! ¡La ciudad hormiguea de bestias feroces!

¡Qué terrible espectáculo! ¡Qué peligrosa singularidad!

—Terrible es, si usted quiere, aunque nada peligrosa. Cada animal, si se digna tomarse la molestia de observar, va siguiendo, muy tranquilo, a su amo. Unos cuantos, en efecto, son conducidos con una cuerda alrededor del cuello; pero son en particular las especies más pequeñas o más tímidas. El león, el tigre y el leopardo marchan completamente sueltos. Han sido domados sin dificultad para su presente profesión, y siguen a

sus respectivos amos en calidad de valets de chambre. Verdad es que hay casos en que la Naturaleza afirma su violado dominio; pero un heraldo devorado, o un toro sagrado estrangulado, son detalles de muy poca monta para ser mencionados en Epidaphne.

—Pero ¿qué tumulto extraordinario oigo? ¡Seguramente es un alboroto, incluso para Antioquía! Eso indica alguna conmoción, de un interés inusitado.

—Sí, indudablemente. El rey habrá ordenado algún nuevo espectáculo, alguna exhibición de gladiadores en el hipódromo, o quizá la matanza de los prisioneros escitas, o el incendio de su nuevo palacio, o la demolición de un hermoso templo, acaso una hoguera con algunos judíos. El griterío aumenta. Suben hacia los cielos estallidos de risa. Desgarran el aire instrumentos de viento y el clamor de un millón de gargantas. Bajemos, por amor al regocijo, y

veamos qué pasa. Por aquí, ¡cuidado! Estamos ahora en la calle principal, la llamada calle de Timarchus. El mar de gente viene a ese lado, y nos será difícil remontar la corriente. Se esparce por la avenida de Hércules, que arranca directa del palacio; por eso, muy probablemente, vendrá el rey entre los alborotadores. Sí, oigo los gritos del heraldo proclamando su llegada con la pomposa fraseología del Oriente. Podremos echar un vistazo a su persona cuando pase ante el templo de Ashimah.

Cobijémonos en el vestíbulo del santuario; estará él aquí pronto. Entretanto, examinemos esa imagen. ¿Qué es?

¡Oh! Es el dios Ashimah en persona. Verá usted cómo no es ni un cordero, ni una cabra, ni un sátiro; no tiene tampoco mucho parecido con el Pan de los arcadios. Y, no obstante, esas apariencias han sido (le pido perdón), serán atribuidas por los eruditos de las edades futuras al Ashimah de los sirios. Póngase las gafas y dígame qué es. ¿De qué se trata?

—¡Bendito sea Dios! ¡Es un mono!

—Ciertamente, un mandril; pero no es en absoluto una deidad. Su nombre es una derivación del griego simia (¡qué grandes necios son los arqueólogos!). Pero ¡mire! Mire cómo se escabulle aquel pilluelo andrajoso. ¿Adónde va?

¿Qué chilla? ¿Qué es lo que dice? ¡Oh! Dice que el rey llega en triunfo, que lleva su vestimenta de ceremonia, que viene ahora mismo de decapitar con sus propias manos ¡un millar de prisioneros israelitas encadenados! ¡Por esta hazaña el granuja le eleva hasta los cielos! ¡Atención! Aquí llega un tropel de gentes de una clase parecida. Han compuesto un himno en latín sobre la valentía del rey, y lo cantan mientras marchan:

Mille, mille, mille, mille, mille, mille,

decollavimus, unus homo!

Mille, mille, mille, mille, decollavimus! Mille, mille, mille,

vivat qui mille mille occidit! Tantum vini habet nemo quantum sanguinis effudit.

Lo cual puede ser parafraseado de este modo: Mil, mil, mil,
mil, mil, mil,

¡con un guerrero, hemos decapitado nosotros!

¡Mil, mil, mil, mil, hemos decapitado!

Mil, mil, mil.

¡Viva quien mil mató!

¡Que nos ha dado una vendimia de sangre mayor que todo el vino que produce la Siria!

—¿Oye usted ese tronar de trompetas?

—¡Sí, llega el rey! ¡Mire! ¡El pueblo está anhelante de admiración y levanta los ojos al cielo, reverente! ¡Llega, ha llegado! ¡Ahí está!

—¿Quién? ¿Dónde? ¿El rey? No le veo; le digo que no le veo.

—Debe usted de estar ciego.

—Es muy posible. Pero no veo nada más que una multitud de idiotas y de locos que se afanan en prosternarse juntos ante el gigantesco camello pardal y pugnan por aplicar un beso sobre la pezuña del animal. ¡Mire! La bestia acaba precisamente de cocear a uno de la chusma, y a otro, y a otro, y a otro.

Realmente, no puedo dejar de admirar a ese animal por el excelente uso que hace de sus patas.

—¡Una chusma! Pero ¡si son los nobles y libres ciudadanos de Epidaphne!

¿La bestia dice usted? Ande con cuidado de que no le oigan.

¿No ve que ese animal tiene un rostro de hombre? ¡Sí, mi querido señor, ese camello pardal no es otro que Antíoco Epiphanes, Antíoco el Ilustre, rey de Siria, y el más poderoso de todos los autócratas del Oriente! Verdad es que él se titula a veces Antíoco Epimanes, Antíoco el Loco; pero eso obedece a que no toda la gente resulta capaz de apreciar sus méritos. Es también cierto que está por el momento oculto en la piel de una bestia, y que desempeña lo mejor que puede el papel de un camello pardal; pero lo hace para mantener mejor su dignidad de rey. Además, el monarca es de una estatura gigantesca, y su vestimenta, por tanto, no le sienta mal ni le viene demasiado grande. Podemos, con todo, suponer que él no se la hubiera puesto más que en una ocasión de un fausto especial. Y reconocerá usted que lo es la matanza de un millar de judíos. ¡Con qué suprema dignidad marcha el monarca sobre sus cuatro patas! Como ve usted, le levantan la cola sus dos principales concubinas, Elina y Argelais; y su aspecto total sería atractivo hasta lo infinito si no fuese por sus ojos protuberantes que están a punto de salirse de la cabeza, y por el extraño color de su faz, que se convierte en algo indescriptible a causa de la cantidad de vino que ha ingerido. Sigámosle al

hipódromo, adonde se dirige, y oigamos el canto triunfal que él mismo inicia:

¿Quién es rey sino Epiphanes? Decid, ¿lo sabéis?

¿Quién es rey sino Epiphanes?

¡Bravo, bravo!

No hay más que un Epiphanes; no, no hay ningún otro.

Así, pues, derribad los templos

¡y apagad el sol!

»¡Bien y vigorosamente cantado! El populacho le saluda como Príncipe de los Poetas, Gloria del Oriente, Deleite del Universo, y, en fin, como el Más Notable de los Camellos Pardales. Le hacen repetir su expansión, y, ¿lo oye?, comienza de nuevo a cantar. Cuando llegue al hipódromo, le pondrán la corona poética, vaticinio de su victoria en los próximos Olímpicos.

—Pero, ¡buen Júpiter!, ¿qué sucede en la multitud a nuestra espalda?

—¿A nuestra espalda ha dicho usted? ¡Oh, ah! Ya lo veo. Amigo mío, ha hecho usted bien en hablar a tiempo. Pongámonos a salvo lo antes posible.

¡Aquí! Refugiémonos bajo el arco de ese acueducto y le explicaré enseguida el origen de esa agitación. Ha ocurrido lo que yo había anticipado. El singular aspecto del camello pardal

con cabeza de hombre ha ofendido, al parecer, las ideas de decoro mantenidas en general por los animales salvajes domesticados en la ciudad. Ello ha originado un motín, y como es habitual en tales ocasiones, todos los esfuerzos humanos serán inútiles para contener a la chusma. Varios sirios han sido devorados ya; pero el criterio general de los patriotas de cuatro patas es, según parece, comerse al camello pardal. El Príncipe de los Poetas, por tanto, se ha levantado sobre sus patas traseras para defender su vida. Sus cortesanos le han dejado en la estacada, y sus concubinas han seguido tan excelente ejemplo. ¡Deleite del Universo, estás en mal trance! ¡Gloria del Oriente, corres peligro de ser comido! Conque no mires tan lastimosamente tu cola; sin duda, se arrastrará por el lodo, y eso no tiene remedio. No mires hacia atrás, hacia su inevitable degradación, pero recobra tu valor, emplea tus patas con vigor ¡y escabúllete hacia el hipódromo! Recuerda que eres Antíoco Epiphanes, ¡Antíoco el Ilustre! ¡Y también Príncipe de los Poetas, Gloria del Oriente, Deleite del Universo y el Más Notable de los Camellos Pardales! ¡Cielos, qué potencia de velocidad despliegas! ¡Qué seguridad de patas desarrollas! ¡Corre, Príncipe! ¡Bravo, Epiphanes! ¡Bien lo haces, Camello Pardal! ¡Glorioso Antíoco! ¡Corre, salta, vuela! ¡Como un proyectil de catapulta se acerca al hipódromo! ¡Sal, grita, ya está allí! Bien hiciste, pues, ¡oh Gloria del Oriente!, que he de haber tardado un segundo más en llegar a las puertas del anfiteatro, no habría osezno en Epidaphne que no hubiese roído tu osamenta.

Salgamos, ¡marchémonos!, pues nuestros oídos modernos no son capaces de soportar el enorme estruendo que

va a iniciarse para celebrar la fuga del rey. ¡Escuche! Ha comenzado ya.

¡Mire! Toda la ciudad está revuelta.

—¡Es, con seguridad, la más populosa ciudad del Oriente! ¡Qué mezcla de gentes! ¡Qué revoltijo de todas las clases y de todas las edades!

¡Qué multiplicidad de sectas y de naciones! ¡Qué variedad de trajes! ¡Qué Babel de lenguas! ¡Qué gritos de animales! ¡Qué resonar de instrumentos!

¡Qué cuadrilla de filósofos!

—¡Vámonos!

—Espere un momento. Veo gran alboroto en el hipódromo. ¿Qué significa eso? Le ruego que me lo explique.

—¿Eso? ¡Oh, nada! Los nobles y libres ciudadanos de Epidaphne, al sentirse, como ellos mismos declaran, muy satisfechos de la lealtad, valentía, sabiduría y divinidad de su rey, y habiendo sido, además, testigos presenciales de su reciente agilidad sobrehumana, creen que no hacen más que cumplir con su deber ciñendo a sus sienes (además de la poética) la corona de la victoria en la carrera a pie, una corona

que es evidente que deberá obtener en la celebración de la próxima Olimpiada, y que, por tanto, le otorgan de antemano.

EL HOMBRE DE LA MULTITUD

Se ha dicho muy bien de cierto libro alemán que «er lasst sich nich lesen» (que no se deja leer). Hay secretos que no admiten ser descubiertos. Unos hombres mueren en sus lechos por la noche estrujando las manos de espectrales confesores y mirándolos lastimosamente en los ojos; mueren con desesperación en el corazón y convulsiones en la garganta, a causa del horror de los misterios que no permiten ser revelados. De cuando en cuando, ¡ay!, la conciencia humana soporta una carga de tan pesado horror, que no puede desprenderse de ella más que en la tumba. Y por eso queda sin divulgar la esencia de todo crimen.

No hace mucho tiempo, a la caída de una tarde de otoño, me hallaba yo sentado ante la amplia ventana saliente del café D***, en Londres. Durante algunos meses había estado enfermo; pero ahora me encontraba en plena convalecencia, y al recuperar mis fuerzas, me sentía en una de esas felices disposiciones de ánimo que son precisamente lo contrario del ennui; disposiciones de la más aguda apetencia, cuando desaparece la película de la visión mental, y el intelecto,

electrizado, supera su condición diaria, en tan alto grado como la ardiente y a la par cándida razón de Leibnitz supera la loca y

endeble retórica de Georgias. El mero hecho de respirar era un gozo, y ello me producía un positivo placer e incluso muchas fuentes de legítimo dolor. Cada cosa me inspiraba un tranquilo, pero inquisitivo interés. Con un cigarrillo en la boca y un periódico sobre las rodillas, me había divertido durante la mayor parte de la tarde, unas veces en examinar los anuncios, otras en observar la mezclada concurrencia del salón, y otras en contemplar la calle a través de los cristales empañados por el humo.

Esa calle es una de las principales vías de la ciudad, y había estado invadida por la multitud durante todo el día. Pero, al oscurecer, aumentó el gentío por momentos, y cuando encendieron los faroles, dos densas y continuas oleadas de gente pasaban frente a la puerta. No me había yo encontrado nunca antes en una situación semejante a la de aquel momento especial del anochecer, y el tumultuoso océano de cabezas humanas me llenaba, por eso, de una emoción deliciosa y nueva. Al cabo no puse la menor atención en las cosas que ocurrían en el local, y permanecí absorto en la contemplación de la escena de fuera.

Al principio tomaron mis observaciones un giro abstracto y general. Miraba a los transeúntes por masas, y mi pensamiento

no los consideraba más que en sus relaciones conjuntas. Pronto, empero, pasé a los detalles y examiné con minucioso interés las innumerables variedades de figura, indumentaria, aire, andares, cara y expresión fisonómica.

La mayor parte de los que pasaban tenían un porte presuroso, como adecuado a los negocios, y parecían preocupados únicamente de abrirse camino entre la multitud. Fruncían las cejas y movían los ojos rápidamente; cuando eran empujados por otros transeúntes no mostraban síntomas de impaciencia, sino que se arreglaban las ropas y se aceleraban. Otros, en mayor número aún, eran de movimientos inquietos; tenían las caras enrojecidas, hablaban y gesticulaban para sí mismos, como si se sintiesen solos a causa del amontonamiento de gentes a su alrededor. Cuando eran detenidos en su marcha, aquellos seres cesaban de pronto de murmurar, pero redoblaban sus gestos y esperaban, con una sonrisa, ausente y excesiva, el paso de las personas que les obstruían el suyo. Si los empujaban, se disculpaban, efusivos, con los autores del empujón, y parecían llenas de azoramiento. Estas dos amplias clases de gentes que acabo de mencionar no tenían ningún rasgo característico de veras. Sus ropas pertenecían a ese género que incluyo en la categoría de decente. Eran, sin duda, caballeros, comerciantes, abogados, artesanos, agiotistas, los eupátridas y el vulgo de la sociedad, hombres ociosos y hombres activamente dedicados a asuntos personales, que

regían negocios bajo su propia responsabilidad. No atraían mucho mi atención.

El grupo de los empleados era de los más evidentes, y en él distinguía yo dos divisiones notables. Había los pequeños empleados de casas de relumbrón:

unos jóvenes gentlemen de ajustadas levitas, botas relucientes, pelo lustroso, y bocas arrogantes. Dejando a un lado cierta gallardía en su porte, que podría ser denominada de despacho a falta de una palabra mejor, el carácter de aquellas personas parecía ser un facsímil exacto de lo que había constituido la perfección del bon ton doce o dieciocho meses antes. Exhibían la gracia de desecho de la clase media, y esto, creo yo, implica la mejor definición de su clase.

La división de los altos empleados de casas sólidas, o de los steady old fellows (o compañeros firmes y antiguos) era imposible de confundir. Se los reconocía por sus levitas y pantalones negros o marrones de hechura cómoda, por sus corbatas y chalecos blancos, por su calzado holgado y de sólida apariencia, con medias gruesas o botines. Tenían todos la cabeza ligeramente calva, y las orejas rectas, utilizadas hacía largo tiempo para sostener la pluma, habían adquirido un singular hábito de separación en su punta. Observé que se quitaban o se ponían sus sombreros con ambas manos, y que llevaban relojes con cortas cadenas de oro de un modelo sólido

y antiguo. Tenían la afectación de la respetabilidad, si es que puede existir realmente una afectación tan honorable.

A varios de esos individuos de arrogante aspecto, los reconocí pronto como pertenecientes a la raza de los rateros elegantes, que infesta todas las grandes ciudades. Vigilé a aquella clase media con verdadera curiosidad, y me resultó difícil imaginar cómo podrían ser confundidos con unos gentlemen por los propios gentlemen. Los puños de sus camisas, que asomaban demasiado, y su aire de excesiva franqueza los traicionaba enseguida.

Los tahúres —que descubrí en gran cantidad— eran todavía más fáciles de reconocer. Llevaban toda clase de trajes, desde el del arrojado tramposo camorrista, con chaleco de terciopelo, corbata de fantasía, cadena dorada y botones de filigrana, hasta el de pastor protestante, de tan escrupulosa sencillez, que nada podía ser menos propenso a la sospecha. Todos, sin embargo, se distinguían por cierto color moreno de su curtido cutis, por un apagamiento vaporoso del ojo, y por la palidez de sus estrechos labios. Había, además, otros dos rasgos, por los cuales podía yo siempre descubrirlos: el tono bajo y cauteloso en la conversación, y un más que ordinario estiramiento del pulgar hasta formar ángulo recto con los demás dedos. Muy a menudo, en compañía de aquellos pícaros, he observado una clase de hombres algo diferentes en su vestimenta, pero que eran pájaros del mismo plumaje. Se los puede definir como caballeros que viven de su ingenio. Parecen dividirse para

devorar al público en dos batallones: el de los dandis y el de los militares. En la primera clase los rasgos característicos son cabellos largos y sonrisas, y en la segunda, levitas halduras y ceño.

Descendiendo en la escala de lo que se llama nobleza, encontré temas de

meditación más sombríos y profundos. Vi judíos buhoneros con ojos centelleantes de halcón en rostros cuyos otros rasgos mostraban no más una expresión de abyecta humildad; porfiados mendigos profesionales empujando a pobres de mejor calaña a quienes sólo la desesperación había arrojado en público a la noche para implorar la caridad; débiles y lívidos inválidos a quienes tenía asidos con mano firme la muerte y que se retorcían y se tambaleaban entre la multitud, mirando, suplicantes, a todas las caras, como en busca de algún fortuito consuelo, de alguna esperanza perdida; modestas muchachas que volvían de una larga y prolongada labor hacia un triste hogar, y retrocedían más llorosas que indignadas ante las miradas de los rufianes cuyo contacto directo no podían evitar, a pesar suyo; ramerías de todas las clases y de todas las edades, la inequívoca belleza en el primor de su feminidad, que hacía recordar la estatua de Luciano, cuya superficie era de mármol de Paros, y cuyo interior estaba lleno de inmundicias; la leprosa harapienta, repugnante y completamente decaída; la arrugada y pintarrajeada bruja, cargada de joyas, haciendo un

último esfuerzo hacia la juventud; la adolescente pura, de formas sin acusar, pero entregada ya, por una larga camaradería, a las horrendas coqueterías de su comercio y ardiendo con frenética ambición por verse colocada al nivel de sus mayores en el vicio; innumerables e indescriptibles borrachos —algunos, andrajosos y llenos de remiendos, tambaleándose, desarticulados, con caras tumefactas y ojos empañados; otros, vistiendo ropas enteras, aunque sucias, con una fanfarronería un tanto vacilante, gruesos labios sensuales y caras rubicundas de franca apariencia; otros, vestidos con telas que en otro tiempo fueron buenas y que aun ahora estaban cepilladas con esmero—; hombres que andaban con un aire más firme y flexible de lo natural, pero cuyos rostros estaban espantosamente pálidos, cuyos ojos eran atrocemente feroces e inyectados, y que, mientras avanzaban a grandes pasos entre la multitud, agarraban con trémulos dedos todos los objetos que encontraban a su alcance; y junto a ellos, pasteleros, recaderos, cargadores de carbón, deshollinadores, tocadores de organillo, domadores de monos, vendedores de canciones, que entonaban otros mientras ellos las vendían; artesanos harapientos y obreros extenuados de todas clases, desbordantes de una ruidosa y desordenada viveza que irritaba el oído con sus discordancias y aportaba una sensación dolorosa a los ojos.

Conforme se hacía más profunda la noche, se hacía también más hondo mi interés por la escena, pues no sólo se alteraba el

carácter general de la multitud (sus rasgos más nobles desaparecían con la retirada gradual de la parte más tranquila de la gente, y los groseros se ponían más de relieve a medida que la última hora sacaba a cada especie infamante de su guarida), sino que los rayos de los faroles, débiles al principio en su lucha con el día agonizante, recobraban al cabo su ascendiente y proyectaban sobre todas las cosas una luz

incierta y deslumbradora. Todo estaba oscuro, y sin embargo, brillante, como ese ébano al cual se ha comparado el estilo de Tertuliano.

Los extraños efectos de la luz me obligaron a examinar las caras de los individuos; y aunque la rapidez con que pasaba aquel mundo luminoso ante la ventana me impidieran lanzar más de una ojeada sobre cada rostro, parecíame que, dado mi peculiar estado mental, podía con frecuencia leer en el breve intervalo de una ojeada la historia de largos años.

Con la frente pegada al cristal, estaba yo así dedicado a escudriñar la multitud, cuando de repente apareció ante mi vista una cara (que era la de un viejo decrepito, de unos sesenta y cinco o setenta años), una cara que enseguida atrajo y absorbió mi atención, a causa de la absoluta idiosincrasia de su expresión. No había yo visto nunca antes nada ni remotamente parecido a aquella expresión. Recuerdo bien que mi primer pensamiento, al verla, fue que Retzch, de haberla

observado, la hubiera preferido con mucho para sus encarnaciones pictóricas del demonio. Cuando intentaba, durante el breve instante de mi primer vistazo, efectuar algún análisis del sentimiento transmitido, noté surgir, confusas y paradójicas, en mi espíritu unas ideas de amplia potencia mental, de cautela, de ruindad, de avaricia, de frialdad, de maldad, de sed sanguinaria, de triunfo, de alegría, de excesivo terror, de intensa y suprema desesperación. Me sentí singularmente despierto, sobrecogido, fascinado.

«¡Qué extraña historia —me dije a mí mismo— está escrita en ese pecho!» Tuve entonces un vehemente deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más de él. Me puse de prisa el gabán, y cogiendo mi sombrero y mi bastón, me abrí camino por la calle y me lancé entre la multitud en la dirección que le había visto tomar, pues había desaparecido ya. Con cierta dificultad conseguí al fin divisarle, me aproximé y le seguí de cerca, aunque con precaución para no atraer su atención.

Tenía ahora una buena oportunidad de examinar su persona. Era de pequeña estatura, muy delgado y muy débil en apariencia. Sus ropas, en general, estaban sucias y harapientas; pero como pasaba de cuando en cuando bajo la fuerte claridad de un farol, observé que su ropa blanca, aunque manchada era de buena clase, y si no me engañó mi vista, a través de un desgarrón del roquelaure abrochado hasta la barbilla y adquirido en una prendería, sin duda, en que se envolvía, entreví el refulgir de un brillante y de un puñal. Estas observaciones

avivaron mi curiosidad, y decidí seguir al desconocido a donde fuera.

Era ya noche cerrada, y sobre la ciudad caía una niebla densa y húmeda que acabó en una lluvia copiosa y continua. Este cambio de tiempo tuvo un efecto raro sobre la multitud, que se agitó toda ella con una nueva conmoción

y quedó oculta por un mundo de paraguas. La ondulación, los empellones y el zumbido crecieron diez veces más. Por mi parte, no me fijé mucho en la lluvia, pues tenía aún en las venas una antigua fiebre en acecho, que hacía que la humedad me resultase un tanto peligrosamente grata. Anudé un pañuelo alrededor de mi cuello y me mantuve firme. Durante una media hora el viejo se abrió camino con dificultad por la calle, y yo anduve casi pisándole los talones para no perderle de vista. Como no volvió nunca la cabeza, no me vio. Luego torció por una calle transversal que, aun estando llena de gente, no se hallaba tan atestada como la principal de la que acababa él de venir. Aquí tuvo lugar un visible cambio en su actitud. Caminó mucho más despacio y con menos decisión que antes, vacilando mucho. Cruzó y volvió a cruzar la vía, sin finalidad aparente, y la multitud era tan espesa que a cada uno de estos movimientos me veía obligado a seguirle más de cerca. Era una calle estrecha y larga, y su paseo se prolongó casi una hora, durante la cual fueron disminuyendo los transeúntes hasta reducirse a la cantidad que se ve de ordinario a las doce del día

en Broadway, cerca del parque; hasta tal punto es grande la diferencia entre la población londinense y la de la ciudad americana más populosa. Un segundo giro nos llevó a una plaza brillantemente iluminada y desbordante de vida. Reapareció la primera actitud del desconocido. Su mentón se hundió sobre su pecho, mientras sus ojos giraron con viveza bajo sus cejas fruncidas en todos sentidos hacia cuantos le rodeaban. Apresuró el paso con regularidad e insistencia. Me sorprendió, no obstante, cuando hubo dado vuelta a la plaza, que retrocediese sobre sus pasos. Y me asombró aún más verle repetir el mismo paseo varias veces, estando a punto de que me descubriera al girar sobre sus talones con un movimiento repentino.

En aquel ejercicio consumió otra hora, al final de la cual fuimos menos obstaculizados por los transeúntes que al principio. Caía con fuerza la lluvia, refrescaba el aire, y la gente se retiraba a sus casas. Con un gesto de impaciencia, el errabundo se adentró por una calle oscura, relativamente solitaria. A lo largo de ella corrió un cuarto de milla o cosa así con una agilidad que no hubiera yo imaginado en un hombre de tanta edad, costándome mucho trabajo seguirle. En pocos minutos desembocamos en un amplio y bullicioso ferial, de cuya topografía parecía bien enterado el desconocido, quien volvió a adoptar su aparente actitud primitiva, abriéndose camino aquí y allá entre el gentío de compradores y vendedores.

Durante la hora y media, aproximadamente, que pasamos en aquel lugar, necesité mucha cautela para no perderle de vista sin atraer su atención. Por fortuna, llevaba yo chanclos de caucho, y podía moverme en un perfecto silencio. No se dio cuenta ni por un solo momento de que yo le espiaba. Entraba tienda por tienda, no preguntaba el precio de nada, ni decía una palabra, y examinaba todos los objetos con una mirada fija y ausente. Estaba yo ahora asombrado por completo de su conducta, y adopté la firme resolución

de no separarme de aquel hombre hasta haber satisfecho de alguna manera mi curiosidad con respecto a él.

Un reloj de sonora campanada dio las once y todo el público se marchó del mercado acto seguido. Un tendero, al bajar el cierre, dio un codazo al viejo, y en el mismo momento vi que recorría su cuerpo un estremecimiento. Se precipitó en la calle, miró a su alrededor durante un instante, y luego huyó con una increíble velocidad por las numerosas y tortuosas callejuelas desiertas, hasta que desembocamos de nuevo en la gran vía de donde habíamos partido, la calle donde estaba el café D***. Sin embargo, no tenía ya el mismo aspecto. Seguía estando brillantemente iluminada por el gas; pero caía furiosa la lluvia y se veían pocos transeúntes. El desconocido palideció. Dio unos pasos, pensativo, por la avenida antes populosa; luego, con un fuerte suspiro, torció en dirección del río, y adentrándose en una amplia diversidad de calles apartadas, llegó, por último,

ante uno de los principales teatros. Estaban cerrándolo, y el público salía apiñado por las puertas. Vi al viejo abrir la boca como para respirar cuando se metió entre el gentío; pero me pareció que la intensa angustia de su cara se había calmado en cierto modo. Volvió a hundir la cabeza en su pecho, y apareció tal como le había visto la primera vez. Observé que se dirigía ahora hacia el mismo lado que el público, aun cuando, en suma, no podía yo comprender la rara obstinación de sus actos.

Mientras él avanzaba, se iba desperdigando la gente, y se repitieron su malestar y vacilaciones. Durante un rato siguió de cerca a un grupo de diez o doce alborotadores; pero poco a poco, uno por uno, se fueron separando, hasta quedar reducidos sólo a tres, en una calleja estrecha y lóbrega, escasamente frecuentada. El desconocido hizo un alto, y durante un momento, pareció absorto en sus pensamientos; luego, con una agitación muy marcada, siguió con rapidez una calle que nos condujo a las afueras de la ciudad, por sitios muy diferentes de los que habíamos cruzado antes. Era el barrio más hediondo de Londres, donde todas las cosas ostentan la marca de la miseria más deplorable y del crimen más desenfrenado. A la luz débil de un farol casual veíanse casas de madera altas, antiguas, carcomidas, tambaleantes, en direcciones tan diversas y caprichosas, que apenas se divisaba entre ellas la apariencia de un paso. Los adoquines estaban esparcidos al azar, sacados de sus huecos por la profusa hierba tenaz. Horribles inmundicias se pudrían en las alcantarillas cegadas.

Toda la atmósfera rebosaba desolación. No obstante, mientras avanzábamos, se reavivaron los ruidos de la vida humana con firmeza gradual, y por último, nutridos grupos de la chusma más malvada se movieron vacilantes aquí y allá. Palpitaron de nuevo los ánimos del viejo, como una lámpara que está pronta a extinguirse. Una vez más se precipitó hacia delante con elástico paso. De repente volvimos una esquina, ardió ante nuestra vista una fulgurante luz, y nos encontramos ante uno de los enormes templos suburbanos de la Intemperancia, uno de los palacios del demonio

Ginebra.

Ahora era ya casi el alba; pero aún se apretujaba un tropel de miserables borrachos por dentro y por fuera de la fastuosa puerta. Casi con un grito de alegría se abrió paso el viejo entre ellos, readquirió enseguida su primitivo porte, y se puso a pasear arriba y abajo, sin objeto apreciable. No llevaba mucho tiempo dedicado a esta tarea, cuando un fuerte empujón hacia las puertas reveló que el dueño iba a cerrarlas por la hora. Lo que observé entonces en la cara del ser singular a quien espiaba yo tan tenazmente fue algo más intenso que la desesperación. Sin embargo, no vaciló en su carrera; pero con una energía loca, volvió sobre sus pasos de pronto hacia el corazón del poderoso Londres. Huyó largo rato con suma rapidez mientras yo le seguía con aturdido asombro, resuelto a no abandonar una investigación por la que sentía un interés de

todo punto absorbente. Salió el sol mientras seguíamos marchando, y cuando hubimos llegado otra vez al más atestado centro comercial de la populosa ciudad, la calle del café D***, presentaba ésta un aspecto de bullicio y de actividad humana casi igual al que había yo presenciado en la noche anterior. Y allí, entre la confusión que aumentaba por momentos, persistí en mi persecución del desconocido. Pero, como de costumbre, él andaba de un lado para otro, y durante todo el día no salió del torbellino de aquella calle. Y cuando las sombras de la segunda noche iban llegando, me sentí mortalmente cansado, y deteniéndome bien de frente al errabundo, le miré con decisión a la cara. No reparó en mí, y reanudó su solemne paseo, en tanto que yo, dejando de seguirle, permanecí absorto en aquella contemplación.

—Este viejo —dije por fin— es el tipo y el genio del crimen profundo. Se niega a estar solo. Es el hombre de la multitud. Sería inútil seguirle, pues no lograría saber más de él ni de sus actos. El peor corazón del mundo es un libro más repelente que el Hortulus Animae y quizá una de las grandes mercedes de Dios sea que er lasst sich nicht lesen, que no se deja leer.

ELEONORA

Provengo de una estirpe que se ha distinguido por el vigor de su fantasía y el ardor de su pasión. Los hombres me han llamado loco; pero no está esclarecida la cuestión de si la locura es o no es lo sublime de la inteligencia, de si buena parte de lo que es glorioso —todo lo que es profundo— no surge de una dolencia del pensamiento, de unos modos del espíritu exaltado a expensas del intelecto general. Los que sueñan de día tienen conocimiento de muchas cosas que escapan a los que sueñan únicamente de noche. En sus

grises visiones captan vislumbres de la eternidad y se estremecen, al despertarse, viendo que han estado al borde del gran secreto. A retazos aprenden algo de la sabiduría del bien, y más aún de la del mal. Penetran, no obstante, sin timón ni brújula, en el vasto océano de la «luz inefable» y de nuevo, como los aventureros del geógrafo Nubio *agressi sunt mare tenebrarum, quid in eo esset exploraturi*.

Digamos entonces que estoy loco. Reconozco, al menos, que hay dos condiciones distintas en mi existencia espiritual: la condición de razón lúcida, sin discusión, perteneciente al recuerdo de los sucesos que han formado la primera época de mi vida, y una condición de sombra y de duda, relacionada con el presente y con el recuerdo de lo que constituye la segunda gran época de mi existencia. Por tanto, lo que diga yo del primer período, creedlo; y a lo que pueda relatar del último tiempo, dadle crédito sólo hasta donde os parezca justo, o

dudad de él por entero; o si no podéis dudar, representad el papel de Edipo con su enigma.

La que yo amé en mi juventud, y de quien trazo ahora tranquila y claramente estos recuerdos, era la hija única de la única hermana de mi padre, fallecida hace largo tiempo. Eleonora era el nombre de mi prima. Habíamos vivido juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de la Hierba Policroma. Jamás un paso sin guía había penetrado hasta ese valle, pues se extendía a lo lejos entre una cadena de montañas gigantescas que se elevaban y dominaban todo el contorno, cerrando a la luz del sol sus más deliciosos recovecos. Ningún sendero estaba hollado en sus cercanías, y para llegar a nuestro hogar feliz se requería apartar con fuerza el follaje de miles de árboles selváticos, y aplastar la gloria de muchos millones de fragantes flores. Así vivíamos, completamente solitarios, sin conocer nada del mundo más que aquel valle, yo, mi prima y su madre.

Desde las regiones oscuras al otro lado de las montañas situadas en el extremo superior de nuestro cercado dominio, serpenteaba un estrecho y profundo río, más brillante que todo, excepto los ojos de Eleonora, y retorciéndose aquí y allá en numerosos meandros, se escapaba al fin por un desfiladero tenebroso a través de las montañas aún más oscuras que aquellas de donde había salido. Lo llamábamos el «Río del Silencio», pues parecía poseer una influencia apaciguadora en su curso. Ningún murmullo se elevaba de su lecho, y se paseaba por todas partes tan suavemente, que los granos de arena,

parecidos a perlas, que nos agradaba contemplar en la profundidad de su seno, no se movían en absoluto, sino que reposaban en una dicha inmóvil, cada cual en su antiguo sitio primitivo y refulgiendo con un brillo eterno.

La orilla del río y de muchos riachuelos deslumbradores que por diferentes caminos se deslizaban hacia su lecho; todo el espacio que se extendía desde esa orilla hasta el fondo de guijos a través de las profundidades transparentes;

todas esas partes, digo, así como toda la superficie del valle, hasta las montañas que lo rodeaban, estaban tapizadas de una hierba verde tierna, densa, corta, perfectamente igual y perfumada de vainilla, pero tan bien estrellada, en toda su extensión, de ranúnculos amarillos, de margaritas blancas, de violetas purpúreas y de asfódelos de un rojo rubí que su maravillosa belleza hablaba a nuestros corazones, con acentos refulgentes, del amor y de la gloria de Dios.

Y luego, aquí y allá, entre aquellas hierbas brotaban en macizos, como explosiones de sueños, árboles fantásticos, cuyos troncos grandes y delgados no se mantenían rectos, sino que se inclinaban graciosamente hacia la luz que visitaba a mediodía el centro del valle. Su corteza estaba moteada por el vivo brillo alternado del ébano y de la plata, más satinada que todo, excepto las mejillas de Eleonora; de tal modo que, en el verde brillante de las anchas hojas que se extendían desde sus copas

en largas líneas temblorosas, jugueteando con los céfiros, hubiera podido tomárselos por monstruosas serpientes de Siria que rendían homenaje al Sol, su soberano.

Durante quince años, Eleonora y yo, cogidos de la mano, vagamos por aquel valle antes de que penetrara el amor en nuestros corazones. Fue una noche, al final del tercer lustro de su vida y del cuarto de la mía, estando sentados, encadenados en un mutuo abrazo, bajo los árboles serpentinos, y contemplando nuestra imagen en las aguas del río del Silencio. No pronunciamos palabra alguna durante el final de aquel delicioso día, y hasta por la mañana eran nuestras palabras trémulas y raras. Habíamos sacado al dios Eros de aquellas ondas y sentíamos ahora que había inflamado en nosotros las almas ardientes de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos habían distinguido nuestra estirpe se precipitaron, numerosas, con las fantasías que la habían hecho igualmente célebre, y todas juntas soplaron una deliciosa beatitud sobre el Valle de la Hierba Policroma. Se apoderó de todas las cosas un cambio. Flores extrañas, brillantes, estrelladas, se precipitaron de los árboles donde no se había dejado ver aún ninguna flor. Las tonalidades del verde tapiz se hicieron más intensas; una por una se retiraron las blancas margaritas, y en su lugar brotaron diez asfódelos de un rojo rubí. Y estalló por todas partes la vida en nuestros senderos, pues el largo flamenco, que no conocíamos todavía, con todos los alegres pájaros de colores ardientes, desplegó su plumaje

rojo ante nosotros; peces de plata y de oro poblaron el río, de cuyo seno salió poco a poco un murmullo que llegó a henchirse, por último, en una melodía acusadora, más divina que la del arpa de Eolo, más dulce que todo, excepto la voz de Eleonora. Y entonces una nube voluminosa, que habíamos acechado largo tiempo en las regiones de Héspero, emergió de ellas, chorreante toda de rojo y de oro, e instalándose apaciblemente encima de nosotros, descendió cada vez más baja, hasta que descansaron sus bordes sobre los picos de las montañas, transformando su oscuridad en magnificencia y encerrándonos, como para la eternidad, en una

magnífica prisión de esplendor y de gloria.

Tenía Eleonora la belleza de los serafines, pues era una doncella sin artificio e inocente como la breve vida que había pasado entre las flores. Ninguna astucia encubría el fervor del amor que animaba su corazón, y escrutaba ella conmigo los más íntimos repliegues de éste, mientras vagábamos juntos por el Valle de la Hierba Policroma y hablábamos de los poderosos cambios que se habían manifestado recientemente.

Por fin, habiéndome un día hablado, deshecha en lágrimas, de la cruel transformación postrera que aguarda a la pobre Humanidad, no soñó desde entonces más que con aquel tema doloroso, mezclándolo en todos nuestros coloquios, de igual modo que en las canciones del bardo de Schiraz se presentan

las mismas imágenes obstinadamente en cada variación importante de la frase.

Había ella visto que estaba el dedo de la Muerte sobre su seno, y que, como la efímera, no había madurado perfectamente en belleza más que para morir; pero para ella todos los terrores de la tumba estaban contenidos en un pensamiento único, que me reveló un día, al anochecer, a orillas del río del Silencio. La afligía pensar que, después de haberla enterrado en el Valle de la Hierba Policroma, abandonaría yo para siempre aquellos felices retiros, y que trasladaría mi amor, que ahora era tan apasionadamente suyo por entero, hacia alguna joven mundana, frívola y vulgar. Y de cuando en cuando me arrojaba con precipitación a los pies de Eleonora y le ofrecía jurar ante ella y ante el Cielo que no contraería nunca matrimonio con una hija de la Tierra, que no sería, en modo alguno infiel a su amada memoria ni al recuerdo del ferviente afecto que ella me consagraba. E invoqué al Todopoderoso Regulador del Universo, como testigo de la piadosa solemnidad de mi voto. Y la maldición con que les supliqué que me aniquilasen Él y ella — ella una santa del Paraíso

—, si llegaba a ser perjuro, implicaba un castigo de un horror tan prodigioso,

que no puedo confiarlo al papel. Y ante mis palabras brillaron los ojos brillantes de Eleonora con un fulgor más vivo, y suspiró como si su pecho se sintiese aliviado de un peso mortal, y tembló y lloró muy amargamente; pero aceptó mi juramento

(pues ¿qué era ella sino una niña?), y mi juramento hizo más suave su lecho de muerte. Y pocos días después, al morir apaciblemente, me decía que a causa de lo que yo había hecho por el reposo de su alma, velaría por mí con esa misma alma, y que, si le estaba permitido vendría a hacerse visible a mí durante las horas de la noche; pero que, si semejante cosa sobrepasaba los privilegios de las almas en el Paraíso, ella sabría, al menos, darme frecuentes signos de su presencia, suspirando por encima de mí en las brisas de la noche o llenando el aire que yo respirase con el perfume tomado del incensario de los ángeles. Y con estas palabras en los labios, exhaló su inocente vida, marcando así el final de la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado fielmente. Pero cuando paso esta barrera formada en la ruta del tiempo por la muerte de mi bien amada, y avanzo por el segundo período de mi existencia, siento que se adensa una nube sobre mi cerebro, y yo mismo pongo en duda la perfecta cordura de mi memoria. Pero dejadme continuar. Los años se arrastraron pesadamente uno por uno, y seguí habitando en el Valle de la Hierba Policroma. Sin embargo, había tenido lugar allí un segundo cambio en todas las cosas. Las flores estrelladas se hundieron en el tronco de los árboles y no reaparecieron más. Las tonalidades del verde tapiz se apagaron, uno por uno fenecieron los asfódelos de un rojo rubí, y en su lugar brotaron por decenas las oscuras

violetas, semejantes a pupilas, que se convulsionaban dolorosamente, rebosantes siempre de lágrimas de rocío. Y se alejó de nuestros senderos la Vida, pues el largo flamenco no desplegó ya su plumaje rojo ante nosotros, sino que levantó el vuelo tristemente del valle hacia las montañas con todos los alegres pájaros de colores ardientes que habían acompañado su llegada. Y los peces de plata y de oro huyeron nadando por el desfiladero hacia el extremo inferior de nuestro dominio, y no volvieron a embellecer nunca más el delicioso río. Y aquella música acariciadora, que era más dulce que el arpa de Eolo y, que todo, excepto la voz de Eleonora, murió poco a poco en murmullos que iban debilitándose insensiblemente, hasta que el arroyo recobró todo él la solemnidad de su silencio original. Y luego, al cabo, se elevó la voluminosa nube, y abandonando las crestas de las montañas a sus antiguas tinieblas, cayó de nuevo en las regiones de Héspero, y se llevó lejos del Valle de la Hierba Policroma el espectáculo infinito de su púrpura y de su magnificencia.

Entretanto, Eleonora no había olvidado sus promesas, pues oía yo los sonidos del balanceo de los incensarios de los ángeles; y flotaban siempre, siempre, por el valle vaharadas de un perfume sagrado, y en las horas de soledad, cuando mi corazón latía con pesadez, los vientos que bañaban mi frente llegaban hasta mí cargados de quedos suspiros; y llenaban con frecuencia el aire nocturno rumores confusos; y una vez —¡oh, una sola vez!

— fui despertado de mi sueño, comparable al sueño de la muerte, por la presión de unos labios inmateriales sobre los míos.

Pero a pesar de esto, el vacío de mi corazón se negaba a ser colmado. Ansiaba el amor que lo había henchido antes hasta hacerlo rebosar. Por último, me resultó el valle doloroso, lleno de los recuerdos de Eleonora, y lo abandoné para siempre por las vanidades y los turbulentos triunfos del mundo.

Me encontré en una ciudad extranjera, donde todas las cosas servían para borrar del recuerdo los dulces sueños que soñé tanto tiempo en el Valle de la Hierba Policroma. Las pompas y faustos de una corte soberbia, y el loco clamor de las armas, y la belleza radiante de las mujeres, trastornaban y embriagaban mi cerebro. Aun así, mi alma había permanecido fiel a sus

juramentos, y seguía Eleonora dándome signos de su presencia en las silenciosas horas de la noche. De repente cesaron aquellas manifestaciones, y el mundo se tornó oscuro ante mis ojos, y me sentí aterrado por los ardientes pensamientos que se apoderaban de mí, por las terribles tentaciones que me asediaban. Porque vino de alguna distante, muy distante y desconocida comarca, a la alegre corte del rey a quien yo servía una doncella cuya belleza rindió enseguida todo mi corazón desleal, ante cuyo estrado me postré sin lucha, con la más ardiente y la más abyecta idolatría de amor. ¿Qué era

realmente mi pasión por la joven del valle, comparada con el fervor, el delirio y el éxtasis arrebatador de adoración con que difundía yo mi alma toda en lágrimas a los pies de la etérea Ermengarda? ¡Oh, cuán fúlgida era la seráfica Ermengarda! Y esta idea no dejaba espacio para ninguna otra. ¡Oh, cuán divina era la angelical Ermengarda! Y cuando me sumía en las profundidades de sus ojos memorables sólo pensaba en ellos y en ella.

Me casé con ella, sin temor a la maldición que había yo invocado; pero no recibí la visita de su amargura. Y una vez — sólo una vez en el silencio de la noche— llegaron hasta mí, a través de mi ventana, los quedos suspiros que me habían abandonado, y se modularon unidos a una dulce y familiar voz que decía:

—¡Duerme en paz! Pues reina y gobierna el Espíritu del Amor, y al acoger en tu apasionado corazón a la que se llama Ermengarda, quedas relevado, por razones que te serán dadas a conocer en el Cielo, de tus votos para con Eleonora.

EL PODER DE LAS PALABRAS

OINOS. —¡Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu con alas reciente de inmortalidad!

AGATHOS. —No has dicho nada, Oinos mío, por lo que debas pedir perdón. Ni aun aquí es el conocimiento cosa de intuición. ¡En cuanto a la sabiduría, pide sin reserva a los ángeles, que te pueda ser concedida!

OINOS. —Pero en esta existencia había yo soñado con llegar a conocer de una vez todas las cosas, y así de una vez, a la felicidad de conocerlo todo.

AGATHOS. —¡Ah, no está la felicidad en la ciencia, sino en la adquisición de la ciencia! Sabiendo para siempre, gozaríamos la bienaventuranza eterna; pero saberlo todo, sería la maldición de un demonio.

OINOS. —¿Pues no lo sabe todo el Altísimo?

AGATHOS. Ésa (ya es El Más Feliz) debe ser la única cosa que le sea a Él desconocida.

OINOS. —Pero puesto que cada hora aumenta nuestro conocimiento, ¿no debemos al final conocer todas las cosas?

AGATHOS. —¡Hunde tu mirada en las lejanías abismales! ¡Intenta que tus ojos penetren hacia abajo esas numerosas perspectivas de las estrellas, mientras nos deslizamos lentamente a través de ellas más y más, y más aún! Hasta la visión espiritual, ¿no está absolutamente detenida por las continuas murallas áureas del universo, esas murallas hechas

de las miríadas de cuerpos brillantes cuyo solo número aparece fundido en la unidad?

OINOS. —Percibo claramente que el infinito de la materia no es un sueño.

AGATHOS. —No hay sueños en el Edén; pero aquí se nos susurra que la única finalidad de ese infinito de materia es proporcionar fuentes infinitas, en las cuales pueda el alma aplacar la sed de saber que es en ella inextinguible para siempre, puesto que extinguirla sería extinguir la propia alma. Pregúntame, pues, Oinos mío, libremente y sin temor. ¡Ven! Dejaremos a la izquierda la fuerte armonía de las Pléyades, y caeremos fuera desde el trono en las praderas siderales más allá de Orión, donde, en lugar de pensamientos violetas y trinitarias, están los lechos de los soles triples y tricolores.

OINOS. —¡Y ahora, Agathos, mientras avanzamos, enséñame! ¡Háblame en los tonos familiares de la Tierra! No he comprendido lo que me insinuabas hace un momento sobre los modos y los métodos de lo que, cuando éramos mortales, acostumbrábamos a llamar Creación. ¿Quieres decir con eso que el Creador no es Dios?

AGATHOS. —Quiero decir que la Divinidad no crea. OINOS. — Explícate.

AGATHOS. —Sólo en el principio ha creado. Las criaturas aparentes que ahora, a través del universo, surgen a tan perpetuidad en el ser pueden considerarse únicamente como

mediatos o indirectos, no como directos e inmediatos resultados de la Divina Potencia Creadora.

OINOS. —Entre los hombres, Agathos mío, esa idea hubiera sido considerada herética en grado sumo.

AGATHOS. —Entre los ángeles, Oinos mío, es considerada simplemente como una verdad.

OINOS. —Por lo que puedo comprenderte hasta aquí, ciertas operaciones de lo que llamamos Naturaleza o leyes naturales darán, bajo determinadas condiciones, nacimiento a lo que tiene toda la apariencia de Creación. Poco antes de la destrucción final de la Tierra, hubo allí, lo recuerdo bien, muchos

experimentos triunfales que algunos filósofos bastante simples denominaron la creación animácula.

AGATHOS. —Los casos de que hablas, en realidad, ejemplos de la creación secundaria, de la única especie de creación que haya existido nunca desde que la primera palabra proferida dio existencia a la primera ley.

OINOS. —Los mundos siderales que estallan a cada momento desde los abismos del no ser en los cielos, esas estrellas, ¿no son, Agathos, la obra inmediata de la mano del Rey?

AGATHOS. —Déjame intentar, Oinos mío, llevarte paso a paso hacia la concepción que me propongo. Te das muy bien cuenta de que, como ningún pensamiento puede perecer, de igual

modo no existe ningún acto sin un resultado infinito. Al agitar nuestras manos, por ejemplo, cuando éramos habitantes de la Tierra, ocasionábamos una vibración en la atmósfera que la circundaba. Esta vibración se extendía infinitamente hasta dar impulso a cada partícula del aire terrestre, que desde allí en adelante, y para siempre, era puesta en acción por ese solo movimiento de la mano. Este hecho lo han conocido bien los matemáticos de nuestro globo. Ellos hicieron de los efectos especiales, creados realmente en lo fluido por impulsos especiales, el objeto de un cálculo exacto; de tal modo, que resultó fácil determinar en qué período preciso un impulso de un alcance dado podría dar la vuelta al orbe e influir (para siempre) cada átomo de la atmósfera ambiente. Por un cálculo retrógrado, no encontraron ellos dificultad, con un efecto y bajo unas condiciones dados, en determinar el valor del impulso original. Entonces los matemáticos (que vieron que los resultados de un impulso dado eran absolutamente infinitos, y que vieron también que una parte de esos resultados podían ser seguidos con exactitud por medio del análisis algebraico; que vieron asimismo la facilidad del cálculo retrógrado), esos hombres vieron, al propio tiempo, que esa especie de análisis contenía en sí mismo una capacidad de progreso indefinido, que no existían límites concebibles para su avance y aplicabilidad, excepto los del intelecto que lo ha promovido o aplicado. Pero nuestros matemáticos se detuvieron en este punto.

OINOS. —¿Y por qué, Agathos, hubieran ellos seguido avanzando?

AGATHOS. —Porque había más allá algunas consideraciones de profundo interés. De lo que sabían podían deducir que un ser de una inteligencia infinita (un ser a quien la perfección del análisis algebraico fuese revelada) no encontraría dificultad en seguir el rastro de todo impulso dado al aire (y al éter a través del aire) hasta en las más remotas consecuencias, e incluso en una época infinitamente alejada en el tiempo. Es, en efecto, demostrable que cada impulso semejante dado al aire debe al final influir sobre cada cosa individual que exista dentro del universo; y el ser dotado de una inteligencia infinita (el

ser que hemos imaginado) podría seguir el rastro de las remotas ondulaciones del impulso, seguirlas hacia arriba y hacia delante para siempre, en sus influencias sobre todas las partículas de toda materia (hacia arriba y hacia delante para siempre, en sus modificaciones de las viejas formas, o en otras palabras, en sus nuevas creaciones) hasta verlas reflejadas (ineficaces al fin) detrás del trono de la Divinidad. Y no sólo un ser semejante podría hacer eso, sino en una época cualquiera, habiéndosele proporcionado un resultado dado, podría (si uno de esos innumerables cometas fuera sometido a su examen) sin dificultad determinar, por medio del análisis retrógrado, a qué impulso original era debido. Este poder de retrogradación en su plenitud y en su perfección absoluta (esta facultad de asignar,

en todas las épocas, todos los efectos a todas las causas) es, naturalmente, prerrogativa de la Divinidad sola; pero ese poder es ejercido, en toda la variedad de grados, salvo por debajo de la perfección absoluta, por la hueste de las inteligencias angélicas.

OINOS. —Pero tú hablas simplemente de impulsos dados al aire.

AGATHOS. —Al hablar del aire me refería únicamente a la Tierra; pero la proposición general alude a los impulsos sobre el éter, que, como penetra y penetra solo todo el espacio, es, por tanto, el gran medio de creación.

OINOS. —¿Entonces es creador todo movimiento, sea cual fuere su naturaleza?

AGATHOS. —Debe ser así; pero la verdadera filosofía nos ha enseñado desde hace largo tiempo que el origen de todo movimiento es el pensamiento, y que el origen de todo pensamiento es...

OINOS. —Dios.

AGATHOS. —Te he hablado, Oinos, como a un niño de esa bella Tierra que ha perecido últimamente, de los impulsos sobre la atmósfera de la Tierra.

OINOS. —Eso has hecho.

AGATHOS. —Y mientras te hablaba así, ¿no has sentido que cruzaba por tu mente algún pensamiento referente al poder

físico de las palabras? ¿No es cada palabra un impulso sobre el aire?

OINOS. —Pero ¿por qué lloras, Agathos? ¿Y por qué, ¡oh!, por qué se abaten tus alas mientras planeamos sobre esa hermosa estrella, que es la más verdeante y la más terrible de todas las que hemos encontrado en nuestro vuelo? Sus brillantes flores se asemejan a un sueño de hadas; pero sus feroces volcanes parecen las pasiones de un corazón turbulento.

AGATHOS. —No parecen, lo son, ¡lo son! Esa ardiente estrella (hace ahora tres siglos de esto, con manos crispadas y ojos radiantes, a los pies de mi amada) la hice nacer yo, profiriéndola con algunas frases apasionadas. Sus

brillantes flores son los más dilectos de todos los sueños irrealizados, y sus volcanes furiosos son las pasiones del más turbulento y del más impío de los corazones.

LA SEMANA DE LOS TRES DOMINGOS

«¡Es usted duro de corazón, zopenco, testarudo, rancio, bruto, enmohecido, viejo bárbaro!», dije una tarde, con la imaginación, a mi tío abuelo Rumgudgeon, amenazándole con el puño, también imaginariamente.

Sólo con la imaginación. El hecho es que existía alguna contradicción trivial, precisamente por eso, entre lo que yo decía y lo que no tenía el valor de decir, entre lo que hacía y lo que a medias pensaba hacer.

Cuando abrí la puerta de la sala, el viejo cerdo marino estaba sentado con los pies sobre la repisa de la chimenea y una copa llena de oporto en una zarpa, haciendo esfuerzos enérgicos por poner en práctica la cantilena:

Remplis ton verre vide! Vide ton verre plein!

—Mi querido tío —dije, cerrando suavemente la puerta, y acercándome a él con la más zalamera de las sonrisas—, ha tenido usted siempre una bondad y una consideración tales, ha demostrado una indulgencia tan grande en tantas ocasiones, que siento que me bastará con hacerle esta pequeña insinuación para estar seguro de su completa aquiescencia.

—¡Ejem! —dijo él—. ¡Buen muchacho! ¿Y qué...?

—Estoy seguro, mi querido tío (¡que el diablo le lleve, viejo bergante!), de que no tiene usted verdadera y seriamente la intención de oponerse a mi boda con Kate. Eso es no más que una broma de las suyas, bien lo sé, ¡ja, ja, ja!, de esas tan divertidas que inventa usted mismo a cada momento.

—¡Ja, ja, ja! —exclamó él—. ¡Qué condenado! ¡Sí!

—¡Estoy seguro, naturalmente! Sé que bromea. Y ahora tío, cuanto deseamos Kate y yo por el momento, es que tenga

usted la amabilidad de aconsejarnos con respecto a la fecha, ¿sabe, tío? En una palabra, que nos diga cuándo le conviene más que se celebre la boda, ¿comprende usted?

—¿Que cuándo se celebre, bribón! ¿Qué quieres decir con eso? Mejor será que esperes a que se celebre para saberlo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju, ju! ¡Oh, ésta si que es

buena, es magnífica! ¡Qué ingenio! Pero lo que quisiera yo ahora, tío, es que me indicase usted la fecha exacta.

—¡Ah! ¿La fecha exacta?

—Sí, tío, eso, precisamente, si gusta.

—¿Para qué contestar a eso, Bobby, y no dejarlo al azar, algo así como para dentro de un año, por ejemplo? ¿Debo señalar una fecha exacta?

—Si usted gusta, una fecha exacta.

—Bueno, entonces, Bobby, hijo mío, tú eres un chico listo, ¿sabes? Y ya que quieres una fecha exacta, voy a darte gusto por una sola vez.

—¡Mi querido tío!

—¡Chis, caballere! —ahogó mi voz—. Voy a darte gusto por una sola vez. Tendrás mi consentimiento (y la pasta; no hay que olvidar la pasta).

¡Déjame pensar! ¿Cuándo lo tendrás? Hoy es domingo, ¿verdad? Bueno, pues, entonces, os casaréis exactamente (¡exactamente, fíjate!) la semana que tenga tres domingos. ¿Me oyes, caballere? ¿Por qué abres así la boca? Digo que serán tuyas Kate y su pasta la semana que tenga tres domingos, pero no antes, pillastrón, no antes, aunque me muera. Ya me conoces; soy hombre de palabra. Y ahora, ¡lárgate!

Y con esto se echó al colete su copa de oporto, mientras salía yo precipitadamente de la habitación, desesperado.

Mi tío abuelo Rumgudgeon era el «verdadero viejo gentleman inglés»; pero, a diferencia de lo que dice la canción, él tenía muchos puntos débiles. Era un hombrecillo gordo, ostentoso, arrebatado, un tanto hemisférico, con una nariz roja, un cráneo abultado, una bolsa repleta y un poderoso sentido de su propia importancia. Con el mejor corazón del mundo, se arreglaba, por una manía predominante de contradicción, para granjearse, entre los que le conocían sólo superficialmente, fama de tacaño. Como muchas personas excelentes, parecía poseído de un espíritu de tantalización que podía tomarse fácilmente a primera vista por maldad. A toda petición contestaba desde luego con un «¡No!» terminante; pero al final —muy al final— eran rarísimas las veces que se negaba a las peticiones. A todos los ataques dirigidos contra su bolsillo oponía él la más enérgica defensa; pero la suma que se le arrancaba estaba, por lo general, en razón directa con la duración del asedio y la

tenacidad de la resistencia. Nadie hacía la caridad con mayor liberalidad y de peor gana.

Por lo que respecta a las bellas artes, y en especial a la literatura, las consideraba con profundo desprecio. En esto estaba inspirado por Casimir Perier, de quien tenía la costumbre de citar la descarada pregunta *A quoi un*

poète est-il bon? con una chusca pronunciación, como si fuese el *nec plus ultra* de la agudeza lógica. Por eso mi personal afición a las musas provocaba su mayor desagrado. Me afirmó, un día en que le pedí una nueva edición de Horacio, que la traducción del *Poeta nascitur non fit* era «un indecente poeta nace para no hacer nada», observación que me produjo un gran enojo. Su aversión a «las humanidades» también había aumentado mucho últimamente a causa de una predisposición casual en favor de lo que él suponía que eran las ciencias naturales. Alguien le había abordado en la calle, confundiéndole nada menos que con el doctor Dubble L. Dee, el profesor de física experimental. Se salió él por la tangente; y por la misma época de esta historia —pues historia es ésta después de todo— mi tío abuelo Rumgudgeon era abordable y pacífico únicamente en cuestiones que estuviesen en armonía con las cabriolas de la chifladura que le dominaba. Del resto se reía él a mandíbula batiente, y su política era inflexible y fácil de entender. Pensaba, con Horsley, que «la gente no debe ocuparse de las leyes más que para obedecerlas».

Había yo vivido toda mi vida con el viejo gentleman. Mis padres, al morir, le habían dejado mi persona como un rico legado. Creo que el viejo camastrón me quería como si fuese su propio hijo, tanto casi como a su amada Kate; pero, a pesar de todo, eso no le impedía hacerme una vida de perros. Desde mi primer año hasta el quinto, me dio unas azotainas periódicas. Desde el quinto año hasta el decimoquinto, me amenazó a todas horas con el correccional. Desde los quince hasta los veinte, no pasó día en que no me prometiese dejarme sin un chelín. Era yo un pícaro loco, eso es verdad; pero entonces aquello formaba parte de mi naturaleza, constituía, palabra, mi rasgo característico. Sin embargo, en Kate tenía una fiel amiga, y yo lo sabía. Era una buena chica y me aseguró con mucha dulzura que sería mía (con la pasta y todo) cuando hubiera yo logrado sonsacar a mi tío Rumgudgeon, a fuerza de molestarle, el consentimiento necesario. ¡Pobre muchacha! Tenía ella apenas quince años, y sin aquel consentimiento, no podía entrar en posesión de su pequeño capital hasta que cinco inconmensurables estíos «hubiesen arrastrado su lenta duración». ¿Qué hacer entonces? A los quince, e incluso a los veintiuno (pues yo había pasado ya mi quinta olimpiada), cinco años en perspectiva vienen a ser lo mismo que quinientos. En vano asediábamos al viejo gentleman con nuestras machaconerías. Era una pièce de résistance (como dirían messieurs Ude y Carene) cuyo perverso capricho hubiera sido adecuado a una viga de T. Habría excitado la indignación del propio Job, el ver al viejo perro ratonero jugar con nosotros

como con dos pobres ratoncillos infelices. En su fuero interno nada deseaba él más ardientemente que nuestra boda. Era una idea que siempre había acariciado. En realidad, hubiese dado diez libras de su bolsillo (el dinero de Kate era suyo propio) por poder inventar algo parecido a pretexto para llevar a efecto nuestros naturalísimos deseos. Pero fuimos tan imprudentes, que mencionamos por primera vez la cuestión

nosotros mismos. No oponerse en tales circunstancias era, lo creo sinceramente, superior a sus fuerzas.

Ya he dicho antes que tenía él sus puntos débiles; pero, al hablar de ellos, no he querido referirme a su terquedad, que era uno de sus puntos fuertes — *assurément ce n'était pas son faible*—. Al mencionar sus flaquezas aludo a una bizarra superstición de vieja que le acosaba. Era muy versado en sueños, portentos, et id genus omne de galimatías, y excesivamente puntilloso también sobre diversos puntos de honor, y a su manera, un hombre de palabra, sin duda alguna. He aquí, en efecto, una de sus manías. No sentía escrúpulos para despreciar el espíritu de sus promesas; pero la letra la consideraba una obligación inviolable. Ahora bien de este último detalle de su carácter fue del que la ingeniosidad de Kate sacó un buen día, al poco tiempo de nuestra entrevista en el comedor, un provecho inesperado. Y habiendo así, a la manera de todos los bardos y oradores modernos, agotado en prolegomena todo el tiempo a mi alcance, y casi todo el

espacio a mi disposición, quiero resumir en pocas palabras lo que constituye el meollo entero de mi historia.

Sucedió entonces —los hados lo quisieron— que entre las amistades marinas de mi prometida hubiese dos gentlemen que acababan precisamente de arribar a las costas inglesas, después de varios años de ausencia que habían pasado cada uno de ellos viajando por el extranjero. En compañía de dichos gentlemen, mi prima y yo, puestos de acuerdo con antelación, hicimos al tío Rumgudgeon una visita en la tarde de un domingo, el 10 de octubre, tres semanas justas después de la memorable resolución que había echado abajo de tan cruel manera nuestras esperanzas. Durante cerca de media hora recayó la conversación sobre temas corrientes; pero al final logramos, con toda naturalidad, darle el siguiente giro:

CAPITÁN PRATT. —Bueno; he estado ausente un año exactamente. Hoy hace un año justo, a fe mía —¡déjeme ver, sí!—; es hoy el 10 de octubre. Recordará usted, mister Rumgudgeon, que le visité este mismo día hace un año para despedirme. Y dicho sea de paso, resulta que, por algo parecido a una coincidencia, ¿no es cierto?, nuestro amigo el capitán Smitherton, aquí presente, ha estado él también ausente un año justo, ¡un año que se cumple hoy!

SMITHERTON. —¡Sí! Un año justo, sin otra fracción. Recordará usted, mister Rumgudgeon, que le visité con el capitán Pratt el año pasado, este mismo día, para presentarle mis respetos al partir.

EL TÍO. —¡Sí, sí, sí, lo recuerdo muy bien, y es extraño, de veras! Partieron ustedes dos hace exactamente un año. ¡Una coincidencia muy rara, en verdad! Es, ni más ni menos, lo que el doctor Dubble L. Dee llamaría una extraordinaria reunión de acontecimientos. El doctor Dub...

KATE. —(Interrumpiéndole). Con seguridad, papá, es algo extraño; pero luego el capitán Pratt y el capitán Smitherton no han seguido la misma ruta, lo cual constituye una diferencia, como sabes.

EL TÍO. —¡Yo no sabía semejante cosa, tunanta! ¿Cómo iba a saberlo?

Creo que eso hace la cuestión más notable, y el doctor Dubble L. Dee...

KATE. —Sí, el capitán Pratt ha dado la vuelta al cabo de Hornos, y el capitán Smitherton ha doblado el cabo de Buena Esperanza.

EL TÍO. —¡Eso mismo! El uno ha ido hacia el este y el otro hacia el oeste, picarona, y los dos han dado la vuelta entera al mundo. Entre paréntesis, el doctor Dubble L. Dee...

YO. —(Apresuradamente). Capitán Pratt debía usted venir mañana por la noche —con Smitherton— a pasarlo con nosotros, y podría contarnos todo lo referente a su viaje, jugar una partida de whist y...

PRATT. —¿De whist, mi querido joven? Se olvida usted de que mañana es domingo. Cualquier otra noche...

KATE. —¡Oh, no, ca! Roberto no está tan loco como todo eso. Es hoy domingo.

EL TÍO. —¡Con seguridad, con seguridad!

PRATT. —Les pido perdón a los dos, pero no puedo estar tan equivocado.

Sé que mañana es domingo porque...

SMITHERTON. —(Muy sorprendido). ¿En qué están ustedes pensando?

Fue domingo ayer, por si no lo saben.

TODOS. —Hoy es domingo; sé lo que digo. PRATT. —¡Oh, no! Mañana será domingo.

SMITHERTON. —Se han vuelto locos todos ustedes, uno por uno. Estoy tan seguro de que ayer fue domingo como de que estoy sentado sobre esta silla.

KATE. —(Levantándose, presurosa). Ya veo, ya lo veo todo. Papá, ésa es una opinión tuya acerca de lo que sabes. Déjame, y os lo explicaré a todos en un minuto. Es una cosa sencillísima, realmente. El capitán Smitherton dice que ayer era domingo, y así fue; tiene razón. Mi primo Bobby, el tío y yo decimos que hoy es domingo; y así es, y tenemos razón. El capitán Pratt sostiene que mañana será domingo; así será, y también él tiene razón. El

hecho es, que tenemos todos razón, y por eso es la semana de los tres domingos.

SMITHERTON. —(Después de una pausa). Dicho sea de paso, Pratt, Kate se halla completamente en lo cierto. ¡Qué locos estamos los dos! Mister

Rumgudgeon, la cuestión es ésta: la Tierra, como usted sabe, tiene veinticuatro mil millas de circunferencia. Ahora bien: el globo terrestre gira sobre su propio eje, y en esta rotación, en esta revolución, recorre esas veinticuatro mil millas de longitud yendo de este a oeste en veinticuatro horas justas. ¿Me comprende usted, mister Rumgudgeon?

SMITHERTON. —(Cortándole la palabra). Bien, señor; esto lo hace a una velocidad de mil millas por hora. Ahora, suponga usted mi buque en una situación a mil millas al este. Por supuesto, me encontraré con un adelanto de una hora justa sobre la salida del sol. Veré el sol levantarse una hora antes que usted. Avanzando en la misma dirección otras mil millas, adelantaré la hora de salida dos horas; otras mil, y tendré un adelanto de tres horas, y así sucesivamente hasta que haya dado la vuelta entera al globo, regresando a este sitio y recorrido así veinticuatro mil millas al este. Entonces tendré un adelanto sobre la salida del sol en Londres no menos de veinticuatro horas; es decir, que tendré un día de adelanto sobre la hora inglesa. Comprendido, ¿no?

EL TÍO. —Pero Dubble L. Dee...

SMITHERTON. (Hablando muy fuerte). El capitán Pratt, por el contrario, cuando haya navegado mil millas al este de su situación, tendrá una hora, y cuando haya recorrido veinticuatro mil millas al oeste, tendrá veinticuatro horas, o sea un día, de retraso sobre la hora de Londres. Por eso, para mí, ayer fue domingo; por eso, para ustedes, es hoy domingo, y por eso, para Pratt, mañana será domingo. Y hay aún más, mister Rumgudgeon: es absolutamente cierto que todos tenemos razón, pues no puede existir razón filosófica determinada para que la idea de uno de nosotros tenga preferencia sobre la de los otros.

EL TÍO. —¡Se me va la cabeza! Bueno, Kate; bueno, Bobby. Ésta es una opinión mía, como decía. Pero soy hombre de palabra — ¡grabaos bien esto!

—. Muchacho, la chica será tuya (con la pasta y todo) cuando quieras.

¡Conforme, por Júpiter! ¡Tres domingos en ristra! Me voy a preguntar a Dubble L. Dee su opinión sobre esto.

CONVERSACIÓN DE EIROS CON CHARMIÓN

EIROS. —¿Por qué me llamas Eiros?

CHARMIÓN. —Así te llamarás siempre, de ahora en adelante. Debes olvidar también mi nombre terrestre y denominarme Charmión.

EIROS. —¡No es realmente un sueño!

CHARMIÓN. —Para nosotros ya no hay sueños; pero dejemos esos misterios hasta pronto. Me regocija ver que tienes aspecto vital y racional. Ya ha desaparecido de tus ojos la nube de la sombra. Levanta el corazón y no temas nada. Han pasado los días asignados al estupor, y mañana quiero iniciarte yo mismo en las alegrías plenas y en las maravillas de tu nueva existencia.

EIROS. —En verdad no siento estupor alguno. Me han abandonado la violenta náusea y la terrible oscuridad, y no oigo ya ese sonido insensato, impetuoso, horrible, parecido a la «voz de unas crecidas aguas». Sin embargo, están aturdidos mis sentidos, Charmión, con la agudeza de penetración de lo nuevo.

CHARMIÓN. —En pocos días desaparecerá eso del todo, pero te comprendo plenamente y siento por ti. Hace ahora diez años terrestres que sufrí lo que tú sufres, y con todo, persiste aún en mí el recuerdo de aquello. Has sufrido ahora todo el dolor que tenías que sufrir en el Edén.

EIROS. —¿En el Edén? CHARMIÓN. —En el Edén.

EIROS. —¡Oh, Dios! ¡Ten piedad de mí, Charmión! Estoy oprimido por la majestad de todas las cosas: de lo desconocido, ahora ya conocido; del teórico Futuro, fundido con el augusto y cierto Presente.

CHARMIÓN. —No te aferres ahora a tales pensamientos. Mañana hablaremos de eso. Tu espíritu vacila, y su agitación encontrará alivio en el ejercicio de los simples recuerdos. No mires ni alrededor ni hacia delante, sino hacia atrás. Ardo de impaciencia por oír los detalles de ese acontecimiento estupendo que te ha arrojado entre nosotros. Háblame de eso. Conversemos de cosas familiares en el antiguo lenguaje familiar de ese mundo que ha perecido tan espantosamente.

EIROS. —¡Lo más espantosamente, lo más espantosamente! Y esto no es, en verdad, un sueño.

CHARMIÓN. —Ya no hay sueños. ¿Fui muy llorada, Eiros mío?

EIROS. —¿Llorada, Charmión? ¡Oh, profundamente! Hasta la última hora de todas se cernió una nube de intensa tristeza y de piadoso dolor sobre tu casa.

CHARMIÓN. —Háblame de esa última hora. Recuerdo que, fuera del hecho escueto de la catástrofe misma, no sé nada. Cuando, saliendo de entre la humanidad, pasé dentro de la Noche a través de la Tumba, en ese período, si no recuerdo mal, la calamidad que os aniquiló fue totalmente inesperada. Pero, realmente, conocía yo muy poco de la filosofía especulativa de aquellos días.

EIROS. —Esa calamidad individual fue, como dices, inesperada por completo; pero hacía largo tiempo que análogos infortunios habían sido tema de discusión entre los astrónomos. No necesito apenas decirte, amiga mía, que, hasta que nos abandonaste, se ponían de acuerdo los hombres para comprender esos pasajes de las muy Sagradas Escrituras en que se habla de la destrucción final de todas las cosas por el fuego, como refiriéndose únicamente a la Tierra. Pero, con respecto al agente inmediato de la ruina, estaba perpleja la especulación desde esa época en que la ciencia astronómica había despojado a los cometas de sus ígneos terrores. Había quedado bien probada la moderadísima densidad de aquellos cuerpos. Los habían observado en su paso entre los satélites de Júpiter, sin que produjesen alteración sensible alguna en las masas o en las órbitas de esos planetas secundarios. De mucho tiempo atrás mirábamos a aquellos viajeros como vaporosas creaciones de una tenuidad inconcebible, y totalmente incapaces de dañar nuestro sólido globo, aun en caso de colisión. Pero no se temía esa colisión en modo alguno, pues se conocían con exactitud los elementos de todos los cometas. Lo de que entre ellos tuviéramos que buscar el agente de la amenazadora destrucción ígnea se consideraba desde hacía muchos años como una idea inadmisibile. Pero en aquellos últimos días eran extrañamente abundantes entre la humanidad las maravillosas y ardientes fantasías, y aunque

sólo prevaleció aquel temor sobre algunos ignorantes, cuando los astrónomos anunciaron un nuevo cometa, aquel anuncio se acogió en general con no sé qué agitación y desconfianza. Fueron inmediatamente calculados los elementos del extraño orbe, y los observadores reconocieron por unanimidad que su trayectoria, en el perihelio, debía traerle a una proximidad muy inmediata a la Tierra. Hubo dos o tres astrónomos, de importancia secundaria, que sostuvieron resueltamente que era inevitable un contacto. No puedo expresarte bien el efecto de ese informe sobre la gente. Durante unos días se negaron a creer una afirmación que la inteligencia humana, consagrada desde hacía tanto tiempo a consideraciones mundanas, no podía captar en modo alguno. Pero la verdad de un hecho de una importancia vital se abre camino muy pronto en los espíritus, hasta en los más obtusos. A la postre vieron todos los hombres que la ciencia astronómica no mentía, y esperaron al cometa. Al principio su aproximación no fue rápida en apariencia, ni tuvo su aspecto un carácter inusitado. Era de un rojo oscuro y tenía una cola apenas perceptible. Durante siete u ocho días no vimos un aumento material en su diámetro aparente, sino sólo una alteración parcial en su color. Entretanto, quedaron descartados los asuntos ordinarios de los hombres, y todos los intereses, absorbidos por una discusión predominante entablada entre los filósofos con respecto a la naturaleza de los cometas. Hasta los hombres de más crasa ignorancia elevaron sus torpes facultades hacia tales

consideraciones. Los sabios no emplearon entonces su inteligencia —su alma

— en aliviar aquel temor ni en sostener algunas teorías favoritas. Buscaron,

ansiaron nociones ciertas. Gimieron por una ciencia perfecta. La verdad se elevó en la pureza de su fuerza y de excesiva majestad, y los sabios se inclinaron y adoraron.

»Era una opinión que perdía a todas horas terreno entre los sabios la de que resultase un daño material para nuestro globo o para sus habitantes del temido contacto, y los sabios tenían ahora libre poder para regir la razón y la fantasía de la multitud. Quedó demostrado que la densidad del núcleo del cometa era mucho menos que la de nuestro más raro gas, y el paso inofensivo de semejante visitante entre los satélites de Júpiter fue un punto sobre el cual se insistió a porfía, y que sirvió mucho para aliviar el terror. Con un celo inflamado por el miedo, insistieron los teólogos sobre las profecías bíblicas, y las explicaron al pueblo con rectitud y una sencillez de que no habían dado ejemplo antes. La destrucción final de la Tierra debía realizarse por medio del fuego, según adelantaron con un espíritu que reforzaba por todas partes la convicción, y lo de que los cometas no eran de naturaleza ígnea (todos los hombres lo sabían ahora) constituía una verdad que los descargaba en gran parte del temor a la inmensa calamidad

predicha. Es de observar que los prejuicios populares y los errores vulgares referentes a la peste y la guerra — errores que volvían a prevalecer a cada aparición de un cometa— fueron en esta ocasión desconocidos. Como por un repentino esfuerzo convulsivo, la razón había derrocado de un solo golpe a la superstición de su trono. La más débil inteligencia había extraído vigor del interés excesivo.

»Eran puntos de laboriosa discusión los de que podían originarse de aquel contacto unos desastres menores. Los sabios hablaban de ligeras perturbaciones geológicas, de probables alteraciones de clima, y en consecuencia, de vegetación, así como de posibles influencias magnéticas y eléctricas. Muchos de ellos sostenían que no se produciría ningún efecto visible o sensible en manera alguna. Mientras tenían lugar aquellas discusiones, el objeto mismo de ellas avanzaba progresivamente, ensanchando de modo visible su diámetro y aumentando su brillo. Ante su proximidad, la Humanidad palideció. Todas las operaciones humanas quedaron en suspenso. Hubo una fase notable en el curso del sentimiento general, y fue cuando el cometa alcanzó al fin un tamaño que superaba al de toda aparición que se recordara. El mundo entonces, privado de la esperanza amplia de que podían equivocarse los astrónomos, sintió toda la certeza de su infortunio. Había perdido el terror su carácter quimérico. Los corazones más valientes de nuestra raza latían con violencia en los pechos. Pocos días bastaron, no obstante, para fundir

aquellas primeras pruebas en sensaciones más intolerables aún. No podíamos ahora ya aplicar al meteoro extraño ninguna de las nociones habituales. Sus atributos históricos habían desaparecido. Nos oprimía por la terrible novedad de la emoción. Lo veíamos no como un fenómeno astronómico en los cielos, sino como una pesadilla sobre nuestros corazones,

como una sombra sobre nuestros cerebros. Había tomado con una rapidez inconcebible el aspecto de un gigantesco manto de llama clara extendido siempre por todos los horizontes. Un día aún, y los hombres respirarían con mayor libertad. Era evidente que estábamos ya bajo la influencia del cometa, y sin embargo, vivíamos. Gozábamos incluso de una flexibilidad de miembros y de una viveza de espíritu insólitas. La excesiva tenuidad del objeto de nuestro terror era aparente, pues todos los cuerpos celestes se dejaban ver con claridad a través de él. Al mismo tiempo estaba sensiblemente alterada nuestra vegetación, y esta circunstancia predicha aumentó nuestra fe en la previsión de los sabios. Una profusión extraordinaria de follaje, desconocida de todo punto antes, estalló sobre todo el reino vegetal. Pasó otro día, y la calamidad no se cernía aún del todo sobre nosotros. Era ahora evidente que su núcleo debía ser el primero en alcanzarnos. Se operó un violento cambio en todos los hombres, y la primera sensación de dolor fue la señal enloquecida de la lamentación y del horror generales. Consistía aquella primera sensación de dolor en una fuerte opresión

sobre el pecho y los pulmones, y en una insoportable sequedad de la piel. No podía negarse que nuestra atmósfera estaba radicalmente afectada, la conformación de esta atmósfera y las posibles modificaciones a que podía hallarse sujeta fueron entonces temas de discusión. El resultado de la investigación produjo un estremecimiento eléctrico del más intenso terror en el corazón universal del hombre. Se sabía desde largo tiempo atrás que el aire que nos circundaba estaba compuesto de gases de oxígeno y de nitrógeno en la proporción de veintiuna partes de oxígeno por setenta y nueve de nitrógeno. El oxígeno, principio de combustión y vehículo del calor, era absolutamente necesario para el sostenimiento de la vida animal, y el más poderoso y enérgico agente de la naturaleza. El nitrógeno, por el contrario, era inadecuado para mantener la vida o la combustión animal. Un inusitado exceso de oxígeno debía traer como consecuencia, y así había sido comprobado, una elevación de los espíritus animales tal como la que habíamos experimentado últimamente. La prosecución, el desarrollo de la idea, había engendrado el terror. ¿Qué resultado debía tener una extracción total del nitrógeno? Una combustión irresistible, que lo devorase todo, omnipotente, inmediata; la realización por entero, en todos sus menores y terribles detalles, de las llameantes y hórridas profecías del Libro Sagrado. ¿Necesito describirte, Charmión, el frenesí que se desencadenó entonces en la Humanidad? Aquella tenuidad del cometa, que nos había inspirado al principio esperanza, se convertía ahora en fuente de la desesperación más amarga. En su impalpable naturaleza

gaseosa percibíamos claramente la consumación del Destino. Entretanto, pasó otro día, llevándose consigo la última sombra de Esperanza. Jadeábamos en la rápida modificación del aire. La sangre roja saltaba, tumultuosa, en sus estrechos conductos. Un furioso delirio se apoderó de todos los hombres; y con los brazos tendidos rígidos hacia los cielos amenazadores, temblaban, lanzando fuertes gritos.

Pero sobre nosotros estaba ahora el núcleo del exterminador; aún aquí, en el Edén, me estremezco al hablar de ello. Seré breve, breve como la destrucción que nos aniquiló. Durante un momento sólo hubo una impetuosa y fantástica luz que tocaba y penetraba todas las cosas. Luego —¡prosternémonos, Charmión, ante la excesiva majestad del gran Dios!—, luego hubo un sonido atronador y penetrante, como si saliese de la propia boca de ÉL, mientras, la masa entera que circundaba de éter, y en la cual vivíamos, estalló en el acto con una especie de intensa llamarada, cuya extraordinaria brillantez y cuyo ardor insuperable no tienen nombre ni aun entre los ángeles, en el alto cielo del conocimiento puro. Así acabó todo.

MORELLA

Consideraba yo a mi amiga Morella con un sentimiento de profundo, aunque muy singular afecto. Habiéndola conocido casualmente hace muchos años, mi alma, desde nuestro primer encuentro, ardió con un fuego que no había conocido antes jamás; pero no era ese fuego el de Eros, y representó para mi espíritu un amargo tormento la convicción gradual de que no podría definir su insólito carácter ni regular su vaga intensidad. Sin embargo, nos tratamos, y el Destino nos unió ante el altar; jamás hablé de pasión, ni pensé en el amor. Ella, aun así, huía de la sociedad, y dedicándose a mí, me hizo feliz. Asombrarse es una felicidad, y una felicidad es soñar.

La erudición de Morella era profunda. Como espero mostrar, sus talentos no eran de orden vulgar, y su potencia mental era gigantesca. Lo percibí, y en muchas materias fui su discípulo. No obstante, pronto comprendí que, quizá a causa de haberse educado en Pressburgo, ponía ella ante mí un gran número de esas obras místicas que se consideran generalmente como la simple escoria de la literatura alemana. Esas obras, no puedo imaginar por qué razón, constituían su estudio favorito y constante, y si en el transcurso del tiempo llegó a ser el mío también, hay que atribuirlo a la simple, pero eficaz influencia del hábito y del ejemplo.

Con todo esto, si no me equivoco, pero tiene que ver mi razón. Mis convicciones, o caigo en un error, no estaban en modo alguno basadas en el ideal, y no se descubriría, como no me

equivoque por completo, ningún tinte del misticismo de mis lecturas, ya fuese en mis actos o ya fuese en mis pensamientos.

Persuadido de esto, me abandoné sin reserva a la dirección de mi esposa, y me adentré con firme corazón en el laberinto de sus estudios. Y entonces — cuando, sumiéndome en páginas aborrecibles, sentía un espíritu aborrecible

encenderse dentro de mí— venía Morella a colocar su mano fría en la mía, y hurgando las cenizas de una filosofía muerta, extraía de ellas algunas graves y singulares palabras que, dado su extraño sentido, ardían por sí mismas sobre mi memoria. Y entonces, hora tras hora, permanecía al lado de ella, sumiéndome en la música de su voz, hasta que se infestaba de terror su melodía, y una sombra caía sobre mi alma, y palidecía yo, y me estremecía interiormente ante aquellos tonos sobrenaturales. Y así, el gozo se desvanecía en el horror, y lo más bello se tornaba horrendo, como Hinnom se convirtió en Gehena.

Resulta innecesario expresar el carácter exacto de estas disquisiciones que, brotando de los volúmenes que he mencionado, constituyeron durante tanto tiempo casi el único tema de conversación entre Morella y yo. Los enterados de lo que se puede llamar moral teológica las concebirán fácilmente, y los ignorantes poco comprenderían, en todo caso. El vehemente panteísmo de Fichte, la palingenesia modificada de

los pitagóricos, y por encima de todo, las doctrinas de la Identidad tal como las presenta Schelling, solían ser los puntos de discusión que ofrecían mayor belleza a la imaginativa Morella. Esta identidad llamada personal, la define con precisión mister Locke, creo, diciendo que consiste en la cordura del ser racional. Y como por persona entendemos una esencia inteligente, dotada de razón, y como hay una conciencia que acompaña siempre al pensamiento, es ésta la que nos hace a todos ser eso que llamamos nosotros mismos, diferenciándonos así de otros seres pensantes y dándonos nuestra identidad personal. Pero el principium individuationis — la noción de esa identidad que en la muerte se pierde o no para siempre— fue para mí en todo tiempo una consideración de intenso interés, no sólo por la naturaleza pasmosa y emocionante de sus consecuencias, sino por la manera especial y agitada como la mencionaba Morella.

Pero realmente había llegado ahora un momento en que el misterio del carácter de mi esposa me oprimía como un hechizo. No podía soportar por más tiempo el contacto de sus pálidos dedos, ni el tono profundo de su palabra musical, ni el brillo de sus melancólicos ojos. Y ella sabía todo esto, pero no me reconvenía. Parecía tener conciencia de mi debilidad o de mi locura, y sonriendo, las llamaba el Destino. Parecía también tener conciencia de la causa, para mí desconocida, de aquel gradual desvío de mi afecto; pero no me daba explicación alguna ni aludía a su naturaleza. Sin embargo, era ella mujer, y

se consumía por días. Con el tiempo, se fijó una mancha roja constantemente sobre sus mejillas, y las venas azules de su pálida frente se hicieron prominentes. Llegó un instante en que mi naturaleza se deshacía en compasión; pero al siguiente encontraba yo la mirada de sus ojos pensativos, y entonces sentíase mal mi alma y experimentaba el vértigo de quien tiene la mirada sumida en algún aterrador e insondable abismo.

¿Diré que anhelaba yo con un deseo fervoroso y devorador el momento de la muerte de Morella? Así era; pero el frágil espíritu se aferró en su envoltura de barro durante muchos días, muchas semanas y muchos meses tediosos, hasta que mis nervios torturados lograron triunfar sobre mi mente, y me sentí enfurecido por aquel retraso, y con un corazón demoníaco, maldije los días, las horas, los minutos amargos, que parecían alargarse y alargarse a medida que declinaba aquella delicada vida, como sombras en la agonía de la tarde.

Pero una noche de otoño, cuando permanecía quieto el viento en el cielo, Morella me llamó a su lado. Había una oscura bruma sobre toda la tierra, un calor fosforescente sobre las aguas, y entre el rico follaje de la selva de octubre, hubiérase dicho que caía del firmamento un arco iris.

—Éste es el día de los días —dijo ella, cuando me acerqué—: un día entre todos los días para vivir o morir. Es un día hermoso

para los hijos de la tierra y de la vida, ¡ah, y más hermoso para las hijas del cielo y de la muerte!

Besé su frente, y ella prosiguió:

—Voy a morir, y a pesar de todo, viviré.

—¡Morella!

—No han existido nunca días en que hubieses podido amarme; pero a la que aborreciste en vida la adorarás en la muerte.

—¡Morella!

—Repito que voy a morir. Pero hay en mí una prenda de ese afecto, ¡ah, cuán pequeño!, que has sentido por mí, por Morella. Y cuando parta mi espíritu, el hijo vivirá, el hijo tuyo, el de Morella. Pero tus días serán días de dolor, de ese dolor que es la más duradera de las impresiones, como el ciprés es el más duradero de los árboles. Porque han pasado las horas de tu felicidad, y no se coge dos veces la alegría en una vida, como las rosas de Paestum dos veces en un año. Tú no jugarás ya más con el tiempo el juego del Teyo; pero, siéndote desconocidos el mirto y el vino, llevarás contigo sobre la tierra tu sudario, como hace el musulmán en la Meca.

—¡Morella! —exclamé—. ¡Morella! ¿Cómo sabes esto?

Pero ella volvió su rostro sobre la almohada, un leve temblor recorrió sus miembros, y ya no oí más su voz.

Sin embargo, como había predicho ella, su hijo —el que había dado a luz al morir, y que no respiró hasta que cesó de alentar

su madre—, su hijo, una niña, vivió. Y creció extrañamente en estatura y en inteligencia, y era de una semejanza perfecta con la que había desaparecido, y la amé con un amor más ferviente del que creí me sería posible sentir por ningún habitante de la Tierra.

Pero, antes de que pasase mucho tiempo, se ensombreció el cielo de aquel puro afecto, y la tristeza, el horror, la aflicción, pasaron veloces como nubes. He dicho que la niña creció extrañamente en estatura y en inteligencia. Extraño, en verdad, fue el rápido crecimiento de su tamaño corporal; pero terribles, ¡oh, terribles!, fueron los tumultuosos pensamientos que se amontonaron sobre mí mientras espía el desarrollo de su ser intelectual.

¿Podía ser de otra manera, cuando descubría yo a diario en las concepciones de la niña las potencias adultas y las facultades de la mujer, cuando las lecciones de la experiencia se desprendían de los labios de la infancia y cuando veía a cada hora la sabiduría o las pasiones de la madurez centellear en sus grandes y pensativos ojos? Como digo, cuando apareció evidente todo eso ante mis sentidos aterrados, cuando no le fue ya posible a mi alma ocultárselo más, ni a mis facultades estremecidas rechazar aquella certeza, ¿cómo puede extrañar que unas sospechas de naturaleza espantosa y emocionante se deslizaran en mi espíritu, o que mis pensamientos se volvieran, despavoridos, hacia los cuentos extraños y las impresionantes

teorías de la enterrada Morella? Arranqué a la curiosidad del mundo un ser a quien el Destino me mandaba adorar, y en el severo aislamiento de mi hogar, vigilé con una ansiedad mortal cuanto concernía a la criatura amada.

Y mientras los años transcurrían, y mientras día tras día contemplaba yo su santo, su apacible, su elocuente rostro, mientras examinaba sus formas que maduraban, descubría día tras día nuevos puntos de semejanza en la hija con su madre, la melancólica y la muerta. Y a cada hora aumentaban aquellas sombras de semejanza, más plenas, más definidas, más inquietantes y más atrozmente terribles en su aspecto. Pues que su sonrisa se pareciese a la de su madre podía yo sufrirlo, aunque luego me hiciera estremecer aquella identidad demasiado perfecta; que sus ojos se pareciesen a los de Morella podía soportarlo, aunque, además, penetraran harto a menudo en las profundidades de mi alma con el intenso e impresionante pensamiento de la propia Morella. Y en el contorno de su alta frente, en los bucles de su sedosa cabellera, en sus pálidos dedos que se sepultaban dentro de ella, en el triste tono bajo y musical de su palabra, y por encima de todo —¡oh, por encima de todo!— en las frases y expresiones de la muerta sobre los labios de la amada, de la viva, encontraba yo pasto para un horrendo pensamiento devorador, para un gusano que no quería perecer.

Así pasaron dos lustros de su vida, y hasta ahora mi hija permanecía sin nombre sobre la tierra. «Hija mía» y «amor mío»

eran las denominaciones dictadas habitualmente por el afecto paterno, y el severo aislamiento de sus días impedía toda relación. El nombre de Morella había muerto con ella. No hablé nunca de la madre a la hija; érame imposible hacerlo. En realidad, durante el breve período de su existencia, la última no había recibido ninguna impresión del mundo exterior, excepto las que la hubieran proporcionado los

estrechos límites de su retiro.

Pero, por último, se ofreció a mi mente la ceremonia del bautismo en aquel estado de desaliento y de excitación, como la presente liberación de los terrores de mi destino. Y en la pila bautismal dudé respecto al nombre. Y se agolparon a mis labios muchos nombres de sabiduría y belleza, de los tiempos antiguos y de los modernos, de mi país y de los países extranjeros, con otros muchos, muchos delicados de nobleza, de felicidad y de bondad. ¿Qué me impulsó entonces a agitar el recuerdo de la muerta enterrada? ¿Qué demonio me incitó a suspirar aquel sonido cuyo recuerdo real hacía refluir mi sangre a torrentes de las sienes al corazón? ¿Qué espíritu perverso habló desde las reconditeces de mi alma, cuando, entre aquellos oscuros corredores, y en el silencio de la noche, musité al oído del santo hombre las sílabas «Morella»?

¿Qué ser más demoníaco retorció los rasgos de mi hija, y los cubrió con los tintes de la muerte cuando estremeciéndose ante

aquel nombre apenas audible, volvió sus límpidos ojos desde el suelo hacia el cielo, y cayendo prosternada sobre las losas negras de nuestra cripta ancestral, respondió: «¡Aquí estoy!»?

Estas simples y cortas sílabas cayeron claras, fríamente claras, en mis oídos, y desde allí, como plomo fundido, se precipitaron silbando en mi cerebro. Años, años enteros pueden pasar; pero el recuerdo de esa época,

¡jamás! No desconocía yo, por cierto, las flores y la vid; pero el abeto y el ciprés proyectaron su sombra sobre mí noche y día. Y no conservé noción alguna de tiempo o de lugar, y se desvanecieron en el cielo las estrellas de mi destino, y desde entonces se ensombreció la tierra, y sus figuras pasaron junto a mí como sombras fugaces, y entre ellas sólo vi una: Morella. Los vientos del firmamento suspiraban un único sonido en mis oídos, y las olas en el mar murmuraban eternamente: «Morella». Pero ella murió, y con mis propias manos la llevé a la tumba; y reí con una risa larga y amarga al no encontrar vestigios de la primera Morella en la cripta donde enterré la segunda.

LA ESFINGE

Durante el terrible reinado del cólera en Nueva York, había yo aceptado la invitación de un pariente para pasar dos semanas

con él en el retiro de su cottage ornée, a orillas del Hudson. Teníamos allí a nuestro alrededor todos los recursos ordinarios de las diversiones veraniegas, y vagando por los bosques, tomando apuntes, paseando en bote, pescando, bañándonos, dedicándonos a la música o a la lectura, hubiéramos podido pasar el tiempo bastante entretenidos, sin las pavorosas noticias que todas las mañanas nos llegaban de la populosa ciudad. No pasaba un día que no nos trajese la noticia del

fallecimiento de algún amigo. Entonces, como la fatalidad aumentaba, esperábamos enterarnos a diario de la pérdida de algún ser querido. Y al final temblábamos al acercarse cualquier mensajero. El propio aire del sur nos parecía oler a muerte. Aquel pensamiento paralizador se adueñaba, en verdad, de mi alma por entero. No podía yo hablar, pensar ni soñar en ninguna otra cosa. Era mi anfitrión de un temperamento menos excitable, y aunque con el ánimo muy deprimido, se esforzaba por reanimarme. Su inteligencia, dotada de una gran filosofía, no estaba afectada nunca por quimeras. Si bien bastante sensible a la influencia del terror, no le inquietaban sus sombras.

Sus esfuerzos por despertarme del estado de tristeza anormal en que me sumía, se veían frustrados en gran parte por ciertos libros que hube de encontrar en su biblioteca. Eran éstos de un carácter que hacía germinar cualquiera de las semillas de superstición hereditaria que permanecían latentes en mi pecho.

Había yo leído aquellos libros sin que él lo supiera, y por eso se sentía perplejo con frecuencia ante las violentas impresiones que ejercían sobre mi imaginación.

Uno de mis temas favoritos era la creencia popular en los presagios, una creencia que, en aquella época de mi vida, estaba dispuesto a defender casi en serio. Sobre ese tema sosteníamos largas y animadas discusiones: él demostraba la sinrazón de la fe en tales cuestiones, y yo afirmaba que el sentimiento popular brotando con absoluta espontaneidad —es decir, sin apariencias de sugestión—, poseía en sí mismo elementos evidentes de verdad y tenía derecho a un gran respeto.

El hecho es que, al poco tiempo de mi llegada a la quinta, me sucedió allí un incidente tan de todo punto inexplicable y con un carácter tan portentoso, que se podía disculpar el que lo considerase yo como un presagio. Me aterró, y al mismo tiempo me trastornó y me dejó tan perplejo, que transcurrieron muchos días antes de que pudiese tener ánimos para comunicar el caso a mi amigo.

Casi al anochecer de un día sumamente caluroso, estaba yo sentado con un libro en la mano, ante la ventana abierta, alcanzando un lejano panorama de las orillas del río, una vista de una montaña distante, cuya superficie, cercana a mi posición, estaba desprovista, por eso que se llama un derrumbamiento, de la parte principal de sus árboles. Mis pensamientos habían vagado despacio desde el libro que tenía

delante a la tristeza y desolación de la vecina ciudad. Al levantar mis ojos de la página, cayeron sobre la superficie desnuda de la montaña, y sobre un objeto, sobre un monstruo viviente de horrorosa conformación que se abrió camino rápidamente desde la cumbre hacia la parte inferior, desapareciendo al cabo en la espesa selva de abajo. Cuando aquel ser se mostró primero a mi vista, dudé de mi propia razón, o al menos, de la evidencia de mis propios ojos; y pasaron muchos minutos antes de que pudiese

convencerme a mí mismo de que no estaba loco ni soñaba. Sin embargo, al describir al monstruo (que vi con claridad, y que vigilé con toda tranquilidad durante el tiempo de su avance) temo que mis lectores encuentren mayor dificultad en quedar convencidos de esos puntos que la que encontré yo mismo.

Estimando el tamaño del ser en comparación con el diámetro de los grandes árboles cerca de los cuales pasaba —aquellos pocos y colosales de la selva que habían escapado a la furia del desplome de tierra—, deduje que era mayor que cualquier barco de línea en activo. Digo barco de línea porque la forma del monstruo sugería esa idea; el casco de uno de nuestros setenta y cuatro puede dar una noción muy pasable de su contorno general. Estaba la boca del animal al extremo de una trompa de unos sesenta o setenta pies de largo, con el grosor de la de un elefante ordinario. Cerca del arranque de esta trompa tenía una inmensa cantidad de pelos negros e hirsutos,

más de los que puede tener el pelaje de una manada de búfalos, y proyectándose desde esos pelos hacia abajo y hacia los lados, salían dos fulgurantes colmillos parecidos a los del jabalí, pero de un tamaño infinitamente mayor. Extendidas hacia delante, paralelas a la trompa, ostentaba a cada lado una gigantesca asta de treinta o cuarenta pies de largo, al parecer, de puro cristal y en forma de prisma perfecto, que reflejaban de la manera más magnífica los rayos del sol poniente. El tronco estaba conformado como una cuña con la punta hacia tierra. Desde éste se extendían dos pares de alas — cada una de unas cien yardas de largo—, un par colocado encima de otro, y todo él cubierto de densas escamas metálicas; cada escama tendría como unos diez o doce pies de diámetro. Observé que los pares superiores e inferiores de alas estaban unidos por una fuerte cadena. Pero la principal singularidad de aquella horrible bestia era la imagen de una calavera que cubría casi toda la superficie de su pecho, y que estaba trazada con exactitud en un blanco deslumbrador sobre el color terroso del cuerpo, como si hubiese sido cuidadosamente dibujada por un artista. Mientras contemplaba yo aquel animal terrorífico, y en particular el aspecto de su pecho, con un sentimiento de horror y de temor, con un sentimiento de maldad cercana que me era imposible reprimir por ningún esfuerzo de la razón, vi la enorme boca en la extremidad de la trompa abrirse de repente, brotando de ella un sonido tan fuerte y expresivo de temor, que sobrecogió mis nervios como un toque de difuntos; y cuando el monstruo

desapareció en la falda de la montaña, caí desmayado al punto sobre el suelo.

Al volver en mí, mi primer impulso, naturalmente, fue comunicar a mi amigo lo que acababa de ver y de oír; pero no podría explicar qué sentimiento de repugnancia me impidió hacerlo a la postre.

Por último, una noche, tres o cuatro días después del suceso, estábamos sentados juntos en la estancia desde la cual vi la aparición; ocupaba yo el

mismo sitio ante la misma ventana, y él estaba tendido sobre un sofá cerca de mí. La asociación de lugar y de tiempo me impulsó a darle cuenta del fenómeno. Me escuchó hasta el final —al principio se reía de buena gana— y luego adoptó un gesto serio con exceso, como si mi locura estuviese fuera de toda sospecha. En aquel momento tuve de nuevo una clara visión del monstruo, el cual, con un estremecimiento de terror absoluto, señalé entonces a su atención. Miró él ávidamente, sosteniendo que no se veía nada, aunque señalara yo con toda minuciosidad la carrera del animal mientras se abría camino bajando por la superficie pelada de la montaña.

Sentíame ahora harto alarmado, pues consideraba aquella visión como un presagio de mi muerte, o peor aún, como el síntoma precursor de un ataque de locura. Me eché vivamente hacia atrás en mi silla, y durante unos minutos escondí mi cara

entre las manos. Cuando descubrí mis ojos, no era ya visible la aparición.

Mi anfitrión, no obstante, recobró hasta cierto punto la tranquilidad de conducta, y me interrogó muy minuciosamente respecto a la conformación de aquel ser imaginario. Cuando estuvo plenamente informado sobre aquella cuestión, suspiró a fondo, como si se sintiera descargado de un peso intolerable, y empezó a hablarme, con una calma que me parecía cruel, de varios puntos de filosofía especulativa que habían constituido antes temas de discusión entre nosotros. Recuerdo que insistió con mucho empeño (entre otras cosas) en la idea de que la causa principal del error en todas las investigaciones humanas está en el riesgo que corre la inteligencia rebajando o atribuyendo un valor excesivo a la importancia de un objeto, por una simple medición errónea de su proximidad.

—Para evaluar correctamente, por ejemplo —dijo—, la influencia ejercida sobre la Humanidad a lo largo del tiempo por la consumada difusión de la Democracia, no dejará de representar un dato la distancia de la época en que tal difusión pudo efectuarse. Aun así, ¿puede usted indicarme un escritor que haya escrito sobre el gobierno que pensara nunca en esa rama especial del tema, digno siempre de discusión?

Hizo aquí una pausa que duró un momento, se dirigió hacia una librería y sacó un tratado corriente de historia natural. Me rogó entonces que cambiase de asiento con él, pues así podía ver mejor los pequeños caracteres de la impresión; sentóse en mi

sillón ante la ventana, y abriendo el libro, prosiguió su disertación en el mismo tono de antes.

—Pero por su excesiva minuciosidad —repuso— al describir el monstruo, puedo en todo momento probarle lo que era. En primer lugar, permítame leerle una descripción, para chicos de escuela, del género sphinx, de la familia crepuscularia del orden lepidóptera y de la clase insecta o insectos. La

descripción dice así:

»“Cuatro alas membranosas cubiertas de pequeñas escamas coloreadas, de aspecto metálico; boca formando una trompa enrollada, debida a una prolongación de la quijada, sobre cuyos lados se encuentran rudimentos de palpos vellosos; las alas inferiores están adheridas a las superiores por unos pelos tiesos; antenas en forma de porra prolongada, prismática; abdomen puntiagudo. La Esfinge de Calavera causa un gran terror entre el vulgo, y al mismo tiempo, el tono triste del lamento que profiere y esa imagen de la muerte que muestra sobre su coselete”.

Cerró el libro, recostándose sobre el sillón en la misma postura que tenía yo en el momento de contemplar al «monstruo».

—¡Ah! Ése era —exclamó luego—, ése era, subiendo por la superficie de la montaña, y admito que se trata de un ser de aspecto muy notable. Con todo, no era en modo alguno tan grande ni estaba tan distante como usted imaginó; porque el

hecho es que, cuando serpeaba subiendo por ese hilo que una araña había tejido a través del marco de la ventana, tendría el dieciseisavo de una pulgada de longitud máxima, y estaría a una distancia también de un dieciseisavo de pulgada de su pupila.

UNA NARRACIÓN DE JERUSALÉN

—Vayamos presurosos hacia las murallas —dijo Abel-Phittim, a Buzi- Ben-Leví y a Simeón el Fariseo, el décimo día del mes Thammuz, en el año del mundo tres mil novecientos cuarenta y uno—, marchemos presurosos hacia las murallas lindantes con la puerta de Benjamín, que está en la ciudad de David, y que dominan el campamento de los incircuncisos. Porque es la última hora de la cuarta vela y ha salido el sol, y los idólatras, en cumplimiento de la promesa de Pompeyo, deben esperarnos con los corderos para los sacrificios.

Simeón, Abel-Phittim y Buzi-Ben-Leví eran los gizbarim o subrecaudadores de las ofrendas en la ciudad santa de Jerusalén.

—En verdad —contestó el fariseo—, hemos de apresurarnos, pues esta generosidad en los gentiles es inusitada, y la

inconstancia ha sido siempre un atributo de los adoradores de Baal.

—Que sean inconstantes y traidores es tan cierto como el Pentateuco — dijo Buzi-Ben-Leví—; pero eso es únicamente con el pueblo de Adonai.

¿Cuándo se ha visto que los amonistas fuesen contra sus propios intereses?

¡Me parece que no es un gran rasgo de generosidad concedernos corderos para

el altar del Señor, ofreciendo a cambio treinta siclos de plata por cabeza!

—Olvidas, sin embargo, Ben-Leví —replicó Abel-Phittim—, que el romano Pompeyo, que asedia ahora impío la ciudad del Altísimo, no tiene la seguridad de que no apliquemos los corderos comprados para el altar al sustento del cuerpo más bien que al del espíritu.

—¡Vamos, por las cinco puntas de mi barba —exclamó el fariseo, que pertenecía a la secta llamada de los Magulladores (un pequeño grupo de santos cuya manera de magullarse y de desgarrarse los pies contra el empedrado era desde hacía largo tiempo una espina y un reproche para los devotos menos celosos, un obstáculo para los viandantes menos iluminados)—,

por las cinco puntas de esta barba que, como sacerdote, me está prohibido afeitarme!

¿Hemos vivido para ver que llegará un día en que el advenedizo blasfemador e idólatra de Roma nos acusará de aplicar a los apetitos de la carne los más santos y consagrados elementos?
¿Hemos vivido para ver que llegará un día en que...?

—Dejemos de inquirir los motivos del filisteo —interrumpió Abel-Phittim

—, pues hoy día nos aprovechamos por vez primera de su avaricia y de su generosidad; será mejor que nos apresuremos a ir a las murallas, por temor a que os falten las ofrendas para el altar, cuyo fuego no pueden extinguir las lluvias del cielo y cuyos pilares de humo no puede derribar ninguna tempestad.

La parte de la ciudad hacia la cual se aceleraban nuestros dignos gizbarim, y que llevaba el nombre de su arquitecto, el rey David, estaba considerada como el barrio mejor fortificado de Jerusalén, y se hallaba situada sobre la abrupta y alta colina de Zeón. Allí, una zanja ancha, profunda, circular, abierta en la sólida roca, estaba defendida por una muralla de gran reciedumbre, levantada sobre su borde interior. Decoraban esta muralla, a trechos regulares, unas torres cuadradas de mármol blanco; la más baja tenía sesenta y la más alta ciento veinte codos de altura. Pero en la proximidad de la puerta de Benjamín dejaba de levantarse la muralla al borde del foso. Por el contrario, entre el nivel de la zanja y la base de aquélla se

alzaba perpendicularmente una roca de doscientos cincuenta codos de altura, formando parte del escarpado monte Moriah. De modo que cuando Simeón y sus compañeros llegaron a la cúspide, a la torre llamada Adoni-Bezel —la más alta de todas las que circundan Jerusalén y lugar acostumbrado para parlamentar con el ejército sitiador—, vieron debajo el campamento enemigo a una altura que superaba en muchos pies la de la pirámide de Cheops, y en algunos, la del templo de Belus.

—En verdad —suspiró el fariseo, mientras miraba con vértigo al precipicio

—, los incircuncisos son como las arenas a la orilla del mar, como las langostas en el desierto. El valle del Rey se ha convertido en el valle de

Adomin.

—Y con todo —añadió Ben-Leví—, no puedes señalarme un filisteo; no, ni uno solo, desde Aleph a Tau, desde el desierto hasta el almenaje, que parezca mayor que la letra jod.

—¡Bajad la cesta con los siclos de plata! —gritó entonces un soldado romano, con voz áspera y ronca que parecía salir de los dominios de Plutón—; bajad la cesta con esa moneda maldita cuyo nombre destroza la boca de un noble romano si lo pronuncia! ¿Es así como demostráis vuestra gratitud a Pompeyo, nuestro dueño, quien, con su indulgencia, ha

consentido en escuchar vuestras inoportunidades idólatras? El dios Febo, que es un verdadero dios, está en marcha en su carro desde hace una hora, ¿y no deberíais hallaros sobre las murallas al salir el sol? ¡Edepol!, ¿crees tú que nosotros, los conquistadores del mundo, no tenemos nada mejor que hacer que estar de vigilancia en las murallas de cada perrera para traficar con los perros de la tierra? ¡Bajad el cesto, os digo, y mirad bien que vuestro fraude sea de brillante color y de peso exacto!

—¡El Elohim! —exclamó el fariseo, mientras los discordante acentos del centurión retumbaban entre las escabrosidades del precipicio y venían a desvanecerse contra el templo—. ¡El Elohim!, ¿quién es el dios Febo? ¿A quién invoca el blasfemador? ¡Tú, Buzi-Ben-Leví, que eres experto en las leyes de los gentiles, y que has residido entre los que se mancillan con los teraphims! ¿Es de Nergal de quien habla el idólatra, o de Ashimah, o de Nibhaz, o de Tartak, o de Adrama lech, o de Succoth-Benith, o de Dagon, o de Baal-Perith, o de Baal Peor, o de Baal-Zebub?

—No es de ninguno de éstos, por cierto; pero ten cuidado y no dejes escurrir demasiado velozmente la cuerda entre tus dedos, pues podría el mimbre engancharse en aquel saliente del despeñadero de allí abajo, y volcarías de un modo calamitoso las cosas sagradas del santuario.

Con ayuda de algún mecanismo toscamente construido, fue entonces descendido con cuidado el pesado cesto entre la

multitud, y desde su pináculo vertiginoso podían ver a los romanos apretarse confusos alrededor; pero, a causa de la gran altura y de la niebla predominante, no podían distinguir con claridad sus operaciones.

Había transcurrido ya media hora.

—¡Llegaremos con retraso! —suspiró el fariseo, mirando hacia el abismo, al expirar aquel tiempo—; ¡llegaremos con retraso! Seremos expulsados de nuestro empleo por los katholim.

—Nunca más —repuso Abel-Phittim—, nunca más nos festejaremos con la grasa de la tierra; nunca más serán perfumadas nuestras barcas con incienso,

ni estarán ceñidos nuestros riñones con el finísimo lino del Templo.

—¡Raca! —juró Ben-Leví—. ¡Raca! ¡Tienen intención de robarnos el dinero del mercado! ¡Oh, santo Moisés!, ¿están pesando los siclos del tabernáculo?

—¡Al fin han hecho la señal! —gritó el fariseo—. ¡Al fin han hecho la señal! ¡Tira, Abel-Phittim! ¡Y tú, Buzi-Ben-Leví, tira también! Pues, por lo visto, los filisteos retienen aún el cesto, ¡o si no, el Señor ha ablandado sus corazones y los ha hecho colocar en él un animal de buen peso!

Y los gizbarim tiraban, mientras se balanceaba el fardo pesadamente al subir entre la niebla que seguía aumentando.

—¡Maldito sea, maldito sea! —tal fue la exclamación que brotó de los labios de Ben-Leví cuando, al cabo de una hora, se hizo confusamente visible un objeto en el extremo de la cuerda—. ¡Maldito sea! ¡Es un carnero padre de los sotos de Engedi, tan rugoso como el valle de Josafat!

—Es el primer parido del rebaño —dijo Abel-Phittim—. ¡Lo conozco por el balido de su boca y por la curva inocente de sus miembros! Sus ojos son más bellos que las joyas del Pectoral, y su carne es como la miel del Hebrón.

—Es un ternero cebado en los pastos de Basteán —dijo el fariseo—. ¡Los gentiles se han portado admirablemente con nosotros! ¡Elevemos nuestras voces en un salmo! ¡Demos gracias con el sistro y el salterio, con el arpa y la trompeta, con la cítara y el sacabuche! Sólo cuando hubo llegado el cesto a pocos pies de los gizbarim un sordo gruñido traicionó a sus oídos un cerdo de un tamaño musitado.

—¡Vamos, El Emanu! —exclamó lentamente el trío, con los ojos levantados hacia el cielo; y como soltaron su presa, el puerco liberado, al caer, escapó corriendo entre los filisteos—. ¡El Emanu! ¡Dios sea con nosotros!

¡Ésta es la carne innombrable!

GUILLERMO WILSON

Permítaseme, por el momento, llamarme Guillermo Wilson. La blanca página que ahora está ante mí no debe ser manchada por mi verdadero nombre. Ha sido ya éste con exceso objeto de desprecio y de horror, de abominación para mi estirpe. ¿No han divulgado su incomparable infamia los indignos vientos por las más distantes regiones del globo? ¡Oh, el más abandonado proscrito de todos los proscritos!, ¿no has muerto por siempre para la tierra, para sus honores, para sus flores, para sus doradas aspiraciones?

¿Y no está suspendida eternamente una nube densa, lúgubre e ilimitada entre tus esperanzas y el cielo?

No quisiera, aunque pudiese, sepultar hoy día aquí una lista de mis últimos años de inefable miseria y de imperdonable crimen. Esta época —estos últimos años— ha adquirido una repentina magnitud en vileza, cuyo sólo origen es mi actual intención determinar. Los hombres, por lo general, caen en la vileza por grado. De mí se desprendió toda virtud de un golpe, como una capa, en un instante. De una maldad relativamente vulgar he pasado, con la zancada de un gigante, a unas enormidades mayores que las de un Heliogábalo. Sean indulgentes conmigo mientras relato qué azar, qué suceso único originó esa acción perversa. Se acerca la Muerte, y la sombra que la precede ha proyectado una influencia calmante sobre mi espíritu. Aspiro, al

pasar por el sombrío valle, a la simpatía —iba casi a decir a la piedad— de mis semejantes. Quisiera gustoso hacerles creer que he sido, en cierto modo, el esclavo de las circunstancias que superan toda intervención humana. Desearía que descubriesen fuera de mí, en los detalles que voy a darles, algún pequeño oasis de fatalidad en un desierto de error. Quisiera que concediesen —lo cual ellos no pueden abstenerse de conceder— que, a pesar de que antes de ahora han existido grandes tentaciones, jamás el hombre ha sido tentado así, cuando menos, y en verdad, nunca ha caído así. ¿Y por eso no ha sufrido así nunca?

¿No he vivido realmente en un sueño? ¿Y no fenezco ahora víctima del horror

y del misterio de las más extrañas visiones sublunares?

Soy descendiente de una raza que se ha distinguido en todo tiempo por un temperamento imaginativo y fácilmente excitable, y en mi primera infancia demostré que había heredado de lleno el carácter familiar. Cuando aumenté en edad, ese carácter se desarrolló con más fuerza; llegó a ser, por muchas razones, motivo de seria inquietud para mis amigos, y un perjuicio positivo para mí mismo. Crecí voluntarioso, entregado a los más salvajes caprichos, y fui presa de las pasiones más irrefrenables. Propensos a la debilidad, y abrumados por defectos constitucionales análogos a los míos propios, poco pudieron hacer mis padres para refrenar las perversas inclinaciones que me distinguían. Fracasaron por

completo algunos débiles y mal dirigidos esfuerzos por su parte, y, como es lógico, constituyeron un triunfo total por la mía.

Desde entonces era mi voz ley en el hogar, y a una edad en que pocos niños han dejado sus andadores, fui abandonado a mi propio gobierno y llegué a ser, excepto de nombre, el dueño de mis actos.

Mis primeros recuerdos de la vida escolar van unidos a una amplia y extravagante casa de estilo isabelino en un brumoso pueblo de Inglaterra, donde había numerosos árboles gigantescos y retorcidos, y cuyas casas todas eran sumamente vetustas. A fe mía, era un lugar semejante a un sueño, apaciguador del espíritu aquella vieja y venerable ciudad. En este instante

mismo siento con la imaginación el estremecimiento refrescante de sus densamente sombrías avenidas, respiro la fragancia de sus mil arboledas y me sobrecoge de nuevo con indefinible deleite la nota profunda y baja de la campana de la iglesia, rompiendo a cada hora con su tañido lento y repentino la quietud de la atmósfera oscura en que se sumía y se amodorraba la calada aguja gótica.

Hallo quizá tanto placer como me es posible experimentar ahora viviendo esos minuciosos minutos de la escuela y sus inquietudes. Sumido en el infortunio como estoy —infortunio, ¡ay!, demasiado real—, se me perdonará que busque un alivio,

aunque ligero y pasajero, en la futilidad de esos pocos y extravagantes detalles. Por otra parte, aun siendo éstos de todo punto triviales, y hasta ridículos en sí mismos, adquieren en mi mente una importancia circunstancial, por ir unidos a una época y un lugar en los que reconozco las primeras advertencias del Destino, que desde entonces me han envuelto en absoluto con su sombra. Dejadme, pues, que recuerde.

La casa, como he dicho, era vieja e irregular; los terrenos circundantes, amplios, y un alto y sólido muro de ladrillos, rematado con una capa de mortero y de vidrios rotos, la cercaban por completo. Esta muralla carcelaria formaba el límite de nuestra posesión; no veíamos el otro lado más que tres veces por semana —una vez cada sábado por la tarde, cuando, acompañados por dos profesores de estudios, nos permitían dar cortos paseos en fila por algunos de los campos vecinos—, y dos veces los domingos, cuando íbamos formados de la misma manera a los oficios matutinos y vespertinos en la única iglesia del pueblo. El director de nuestra escuela era el pastor de aquella iglesia. ¡Con qué profundo espíritu de admiración y de perplejidad acostumbraba yo a mirarle desde nuestro alejado banco en el coro, cuando subía él, con paso solemne y lento, al púlpito! Aquel hombre venerable, de cara tan modestamente bondadosa, con unas vestiduras tan lustrosas y tan clericalmente ondeantes, con una peluca tan minuciosamente empolvada, tan rígido y alto, ¿podía ser el mismo que, hacía un momento con cara agría y ropas

manchadas de tabaco, hacía cumplir, palmeta en mano, las leyes draconianas de la escuela? ¡Oh, gigantesca paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En una esquina del macizo muro se abría, torva, una puerta más sólida aún. Estaba claveteada y reforzada con cerrojos de hierro, y rematada por un borde dentado, también de hierro. ¡Qué impresiones de profundo terror inspiraba! No la abrían nunca, excepto para las tres periódicas salidas y entradas que he mencionado ya; entonces, en cada rechinamiento de sus potentes goznes, encontrábamos una plenitud de misterios, un mundo de temas para observaciones solemnes o para meditaciones más solemnes aún.

El extenso recinto era de forma irregular, con varias divisiones. De éstas,

tres o cuatro de las mayores constituían el patio de recreo. Estaba alisado y cubierto de una fina y dura grava. Recuerdo bien que no había en él ni árboles ni bancos, ni nada parecido. Naturalmente, estaba situado en la parte posterior de la casa. Ante la fachada se extendía un pequeño parterre plantado de boj es y otros arbustos; pero, en realidad, sólo cruzábamos aquella sagrada división en raras ocasiones, tales como la primera llegada a la escuela o la salida definitiva, o quizá cuando un pariente o un amigo nos había hecho llamar, o

cuando corríamos muy alegres hacia nuestra casa en Navidades o para las vacaciones de verano.

Pero la casa, ¡qué carácter tan arcaico tenía! Para mí era un verdadero palacio encantado. No acababan nunca sus recovecos y sus incomprensibles subdivisiones. Era difícil, en cualquier momento, decir con certeza en cuál de sus dos pisos se encontraba uno. De una habitación a otra se tenía la seguridad de hallar tres o cuatro escalones que subir o que bajar. Luego las ramas laterales resultaban innumerables — inconcebibles—, y daban vueltas de tal modo sobre sí mismas, que nuestras ideas más exactas respecto a la casa entera no eran muy diferentes de aquellas con que considerábamos el infinito. Durante los cinco años de mi estancia allí, no fui nunca capaz de determinar con precisión en qué remota localidad se enclavaba el pequeño dormitorio que me estaba asignado con otros dieciocho o veinte colegiales.

La sala de estudios era la más grande de la casa, y no puedo dejar de creer que del mundo. Era muy larga, estrecha y lúgubrememente baja, con unas puntiagudas ventanas góticas y un techo de roble. En un lejano ángulo que inspiraba terror había un recinto cuadrado de ocho o diez pies, abarcando el sanctum «durante las horas de estudio» de nuestro subdirector el reverendo doctor Bransby. Era una sólida construcción, con una puerta maciza; antes que abrirla en ausencia del domine, hubiéramos todos preferido perecer por la peine forte et dure. En otros dos ángulos había otras dos casillas, menos

respetadas, en suma, pero que causaban también un gran terror. Una era la tribuna del profesor de «humanidades», otra la del profesor de inglés y matemáticas. Esparcidos aquí y allá por la sala, cruzándose y volviendo a cruzarse con una infinita irregularidad, había incontables bancos y pupitres, negros, antiguos, deteriorados por el tiempo, atestados a más no poder de numerosos y manchados libros, y asimismo adornados con iniciales, nombres enteros, figuras grotescas y otras labores de cortaplumas, que habían perdido del todo la escasa forma original que les pudo corresponder como parte en días ya antiguos. A un extremo de la sala había un enorme cubo lleno de agua, y en otro, un reloj de estupendas dimensiones.

Rodeado por los macizos muros de aquella venerable escuela, pasé sin tedio o repulsión, empero, los años del tercer lustro de mi vida. El cerebro fecundo de la infancia no requiere un mundo exterior de incidentes con que

ocuparse o divertirse, y la monotonía en apariencia triste de una escuela estaba henchida de la más intensa excitación que mi juventud en sazón ha obtenido de la lujuria, o mi plena virilidad del crimen. A pesar de todo, debo creer que mi primer desarrollo intelectual fue, en conjunto, poco corriente e incluso muy outré. En general, los acontecimientos de la primera infancia dejan rara vez sobre la humanidad, en la madurez, una impresión definida. Todo es sombra gris —débil e irregular recuerdo—, un confuso embrollo de débiles placeres y de penas

fantasmagóricas. En mí no ocurre así. Tengo que haber sentido en mi infancia con la energía de un hombre cuanto encuentro ahora grabado en mi memoria con líneas tan vivas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Aun así, en realidad —en la realidad según la entiende el mundo—, ¡qué pequeño era allí el recuerdo! El despertar por la mañana, la orden de acostarse por la noche, el estudio, la lección dicha en clase, las semivacaciones periódicas, las visitas de inspección; el patio de recreo con sus riñas, sus pasatiempos, sus intrigas; todo esto, por un hechizo olvidado hacía largo tiempo, contenía un desbordamiento de sensaciones, un universo de emociones variadas, y de las más apasionantes y renovadoras excitaciones. Oh, le bon temps, que ce siècle de fer. En verdad, el ardor, el entusiasmo y la impetuosidad de mi carácter hicieron pronto de mí un tipo señalado entre mis condiscípulos, y lentamente, pero por gradaciones naturales, me dieron un ascendiente sobre todos los que no eran mayores que yo en edad; sobre todos, con una sola excepción. Esta excepción estaba en la persona de un colegial, que sin parentesco alguno conmigo, llevaba el mismo nombre de pila y el mismo apellido que yo; circunstancia, en fin, poco notable, pues no obstante una noble ascendencia, el mío era uno de esos apellidos vulgares que parecen haber sido, por derecho de prescripción, desde tiempo inmemorial, propiedad común de la multitud. En este relato me he llamado a mí mismo por eso Guillermo Wilson, un nombre ficticio que no es muy

diferente del auténtico. Sólo mi homónimo, entre esos que en la fraseología escolar componían

«nuestra pandilla», se atrevía a competir conmigo en los estudios de clase o en

los deportes y riñas del recreo, a negar una absoluta credulidad a mis afirmaciones o a una sumisión a mi voluntad, y bien mirado a impedir mi arbitraria dictadura en todo lo que fuese. Si hay en la tierra un despotismo omnímodo, es el despotismo de un niño de genio dominante sobre los espíritus menos enérgicos de sus compañeros.

La rebeldía de Wilson era para mí causa de suma perturbación, tanto más cuanto que, a pesar de la fanfarronería con que me creía en el deber de demostrarle a él y a sus pretensiones, sentía yo que en el fondo le temía, y no podía impedirme de pensar en la igualdad que él mantenía tan fácilmente conmigo, como prueba de su auténtica superioridad, pues me costaba un perpetuo esfuerzo no ser dominado. Sin embargo, esta superioridad —o más bien esta igualdad— sólo era reconocida por mí; nuestros condiscípulos, por

una inexplicable ceguera, no parecían sospecharla siquiera.

Realmente, su rivalidad, su resistencia, y en especial su impertinente y tenaz intervención en mis propósitos, no se habían traslucido más que en privado. Parecía él desprovisto, además de la ambición que me impulsaba, y de la apasionada

energía por medio de la cual era yo capaz de sobresalir. En esta rivalidad se hubiera podido suponer que le movía tan sólo un deseo caprichoso de ponerme obstáculos, de sorprenderme, de mortificarme, aunque algunas veces no podía yo dejar de notar, con un sentimiento compuesto de asombro, humillación y resentimiento, que él mezclaba a sus ofensas, a sus insultos, a sus contradicciones, cierta inadecuada y de fijo mal acogida afectuosidad de maneras. Únicamente podía yo concebir esta conducta singular como debida a una consumada suficiencia que asumía un aire vulgar de amparo y protección.

Acaso era este último rasgo en la conducta de Wilson, unido a la identidad de nuestro nombre, y a la simple coincidencia de haber ingresado en la escuela el mismo día, lo que puso en circulación entre las clases más adelantadas de la escuela la noticia de que éramos hermanos. De costumbre, los alumnos de estas clases no se enteran con mucha exactitud de las cuestiones relacionadas con los de las clases elementales. He dicho antes, o debería haberlo dicho, que Wilson no estaba en el grado más remoto, unido a mí por vínculos familiares. Pero, seguramente, de haber sido hermanos hubiéramos sido gemelos; porque, después de haber salido de casa del doctor Brasby, supe, por casualidad, que mi homónimo había nacido el 19 de enero de 1813, lo cual supone una notable similitud, ya que ese día es precisamente el de mi nacimiento.

Puede parecer extraño que, a pesar de la continua ansiedad que me causaba la rivalidad de Wilson y su intolerable espíritu

de contradicción, no sintiese por él un odio cabal. Teníamos, con toda seguridad, casi a diario una disputa, en la cual, otorgándome, condescendiente, la palma de la victoria, se esforzaba por hacerme notar que era él quien la había merecido; pero un sentimiento de orgullo por mi parte y una verdadera dignidad por la suya nos mantenía siempre en eso que se llaman «relaciones correctas». A despecho de éstas, había en nuestros temperamentos muchos puntos para congeniar a fondo, los cuales hubiesen despertado en mí un sentimiento que sólo nuestra situación tal vez impedía madurar en amistad. Es difícil, en resumidas cuentas, definir o incluso describir mis sentimientos verdaderos con respecto a él. Formaban una abigarrada y heterogénea mezcla de cierta petulante animosidad que no era lo que se dice odio, de cierta estimación, de bastante respeto y mucho temor, con un mundo de inquieta curiosidad. Importa decir, para el moralista, por añadidura, que Wilson y yo éramos los más inseparables de los compañeros.

Fue, sin duda, el estado anómalo de las relaciones que existían entre nosotros lo que hizo que todos mis ataques contra él (y eran muchos, francos o encubiertos) tomasen el camino de la burla o de la ironía (el cual mortifica si

cobra el aspecto de la simple chacota) antes que el de una hostilidad más seria y determinada. Pero no lograban mis esfuerzos a este respecto un éxito uniforme, ni siquiera cuando

estaban mis planes más ingeniosamente combinados, pues mi homónimo tenía en su carácter mucho de esa austeridad llena de reserva y calma que, aun gozando con la mordedura de sus propias burlas, no enseña nunca el talón de Aquiles y se niega en absoluto a reírse de ellas. No podía yo encontrar en él más que un solo punto vulnerable, que estribaba en un detalle físico que, como resultado quizá de una enfermedad constitucional, evitaría cualquier antagonista menos encarnizado en sus fines que yo mismo: mi rival padecía una debilidad en los órganos de la garganta o guturales que le impedían elevar nunca la voz por encima de un murmullo muy bajo. No dejaba yo de sacar de este defecto el mísero provecho que estaba a mi alcance.

Las represalias de Wilson eran de más de una especie, empleaba una forma de broma que me turbaba más allá de todo límite. Es una cuestión que no he podido nunca resolver cómo su sagacidad descubrió en un principio que una cosa tan mínima podía molestarme; pero, una vez que lo descubrió, puso en ejecución aquella molestia. Siempre sentí aversión por mi inelegante patronímico y por mi apellido tan vulgar, si no plebeyo. Esas sílabas eran un veneno para mis oídos, y cuando el día mismo de mi llegada se presentó en la escuela un segundo Guillermo Wilson, le odié por llevar aquel apelativo, y me molestó doblemente el nombre porque lo llevaba un extraño, un extraño que sería causa de que lo oyese yo pronunciar con repetición, que estaría de continuo en mi presencia, y cuyos actos, en la rutina ordinaria de las cosas de

la escuela, serían inevitablemente a causa de tan detestable coincidencia, confundidos a menudo con los míos.

El sentimiento de vejación engendrado así, se hizo más fuerte a cada circunstancia que tendía a mostrar la semejanza moral o física entre mi rival y yo. No había yo descubierto aún el hecho notable de que fuéramos de la misma edad; pero vi que éramos de la misma talla y noté que teníamos un singular parecido en el contorno general y en nuestros rasgos. Me exasperaba también el rumor referente a nuestro parentesco, al que prestaban crédito en las clases superiores. En una palabra, nada podía molestarme más (aunque ocultase yo escrupulosamente tal molestia) que cualquier alusión a una similitud de espíritu, persona o nacimiento existente entre nosotros. Por cierto que no tenía yo razón para creer que esa similitud (a excepción de la cuestión del parentesco, y en el caso del propio Wilson) hubiera sido nunca tema de comentarios u observada siquiera por nuestros condiscípulos. Era evidente que él la observaba en todos sus aspectos, y con tanta atención como yo; pero lo de que hubiese podido descubrir en semejante circunstancia una mina tan rica de contrariedades, no puede atribuirse, como he dicho antes, más que a su perspicacia nada corriente.

Me daba la réplica con una perfecta imitación de mí mismo en palabras y gestos, y desempeñaba admirablemente su papel. Mi traje era fácil de copiar, y se apropió sin dificultad mis

andares y mi porte general; a pesar de su defecto constitucional, ni siquiera mi voz se le había escapado. No intentaba imitar, por supuesto, mis tonos altos, pero la clave era idéntica, y su murmullo singular se convertía en el verdadero eco de mi propia voz.

No intentaré exponer hasta qué extremo me atormentaba este exquisito retrato (pues no puedo llamarlo con exactitud caricatura). No tenía yo más que un consuelo, y era que la imitación, por lo visto, sólo la notaba yo, y que no tenía que sufrir sino las sonrisas extrañamente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido en mi pecho el efecto deseado, parecía reírse entre dientes de la picadura que me había infligido y mostrarse en especial desdeñoso del aplauso público que el éxito de sus ingeniosos esfuerzos le hubiera conquistado enseguida. Durante varios meses fue un enigma que no pude resolver cómo en la escuela no adivinaron de veras su intención ni percibieron su manera de llevarla a cabo, ni compartieron su alegría burlona. Quizá no era francamente perceptible la gradación de su copia, o más bien, debía yo mi seguridad al aire de maestría del copista quien, despreciando la letra (que es todo lo que los obtusos pueden ver en una pintura), no expresaba más que el espíritu pleno de su original, para mi personal meditación y pena.

He hablado ya más de una vez del aire molesto de protección que había él adoptado conmigo, y de su frecuente y oficiosa intervención en mis determinaciones. Esa intervención tomaba

a veces el desagradable carácter de consejo, consejo que no me daba abiertamente, sino que sugería, que insinuaba. Lo recibía yo con una repugnancia que adquiría fuerza a medida que aumentaba por mi parte en años. Sin embargo, quiero hacerle la simple justicia de reconocer que en esa época lejana no recuerdo una sola ocasión en que las sugerencias de mi rival hayan participado de esos errores o locuras tan corrientes a su edad, desprovista de madurez y de experiencia; que su sentido moral, en fin, si no sus aptitudes generales, y su sabiduría mundana, eran más agudos que los míos, y que sería yo hoy día un hombre mejor, y en consecuencia, más feliz, si no hubiera rechazado tan a menudo los consejos incluidos en aquellos significativos murmullos que me inspiraban entonces un odio tan cordial y un desprecio tan amargo.

Por eso llegué a ser a la larga muy rebelde a su odiosa intervención, y aborrecí cada día más lo que yo consideraba intolerable arrogancia suya. He dicho ya que en los primeros años de nuestra convivencia como condiscípulos, mis sentimientos respecto a él hubiesen podido convertirse fácilmente en amistad; pero en los últimos meses de mi estancia en la escuela, aunque la impertinencia de sus maneras habituales hubiera, sin duda, disminuido en cierto modo, mis sentimientos en una proporción casi semejante, eran sobre

todo de positivo odio. En una ocasión él lo percibió, creo yo, y desde entonces me rehuyó o simuló rehuirme.

Hacia aquella misma época, si no recuerdo mal, en un violento altercado que tuvimos, perdió él su acostumbrada cautela hablando y obrando con una franqueza de conducta más bien extraña a su carácter. Entonces descubrí o me imaginé descubrir en su acento, en su aire, y en su aspecto general, algo que al principio me hizo estremecer y que luego me interesó profundamente, trayendo a mi espíritu visiones oscuras de mi primera infancia, recuerdos extraños, confusos y apiñados de un tiempo en que la propia memoria no había nacido todavía. Como mejor puedo describir la sensación que me oprimió es diciendo que érame difícil desprenderme de la creencia de que había conocido ya al ser que tenía delante en una época muy lejana, en un pasado remoto. Esta ilusión, empero, se disipó tan de súbito como había surgido, y la menciono sólo para marcar el día de mi última conversación con mi singular homónimo.

La enorme y vieja casa, entre sus incontables subdivisiones, tenía varias grandes estancias, que comunicaban unas con otras, donde dormían la mayor parte de los estudiantes. Había, además (como debía ocurrir por fuerza en un edificio tan torpemente proyectado), muchos pequeños recovecos o escondrijos, sobrantes de la construcción, y la ingeniosidad económica del doctor Bransby los había utilizado también como dormitorios, aunque, por ser simples gabinetes, sólo tenían capacidad para un individuo. Uno de esos cuartitos lo ocupaba Wilson.

Cierta noche, hacia el final de mi quinto año en la escuela, e inmediatamente después del altercado con Wilson a que he aludido, aprovechando que todo estaba sumido en el sueño, me levanté de mi lecho, y con una lámpara en la mano, me deslicé por un laberinto de estrechos corredores desde mi dormitorio al de mi rival. Había yo maquinado a sus expensas una de aquellas bromas malignas en las que fracasara hasta entonces sin cesar. Tenía el propósito de llevar a cabo mi plan y decidí hacerle sentir toda la maldad de que estaba henchido. Llegué a su gabinete, entré sin ruido, dejando la lámpara, con una pantalla, en el umbral. Avancé un paso y escuché el ruido de su respiración apacible. En la seguridad de que estaba dormido, volví a la puerta, cogí la lámpara y con ella me acerqué a la cama. Las cortinas estaban corridas alrededor y las separé con suavidad y lentitud para ejecutar mi plan. Cayó de lleno sobre el durmiente una luz viva, y mis ojos en el mismo momento se fijaron en su cara. Miré, y un entumecimiento, una sensación de hielo penetraron al instante en mi ser. Palpitó mi corazón, vacilaron mis rodillas y todo mi espíritu fue presa de un horror sin causa, pero intolerable. Respirando anhelosamente, bajé la lámpara más cerca aún de su cara. ¿Eran aquéllos, aquéllos los rasgos de Guillermo Wilson? Comprobé que sí lo eran, pero temblé como en un acceso febril, imaginando que no lo eran.

¿Qué había en ellos para confundirme de aquel modo? Le contemplaba con fijeza, mientras se perdía mi cerebro en un

caos de pensamientos incoherentes. No se me aparecía así — no, por cierto— en la viveza de sus horas despiertas.

¡El mismo nombre! ¡Los mismos rasgos! ¡La llegada en el mismo día a la escuela! ¡Y luego, su tenaz e insensata imitación de mi paso, de mi voz, de mi traje, de mis maneras! ¿Cabía, pues, en los límites de la posibilidad humana, que lo que veía yo ahora fuese simple resultado de la práctica habitual de aquella sarcástica imitación? Sobrecogido de terror y con un estremecimiento, apagué la lámpara, salí en silencio del cuarto y abandoné luego la vieja escuela para no volver a ella nunca más.

Después de un lapso de varios meses, que pasé en casa de mis padres en plena ociosidad, entré como estudiante en Eton. Aquel breve intervalo fue suficiente para debilitar mis recuerdos de los sucesos de la escuela del doctor Bransby, o al menos, para operar un cambio importante en la naturaleza de los sentimientos que me los recordaban. La realidad —la tragedia— del drama no existía ya. Podía ahora encontrar motivos para dudar del testimonio de mis sentidos, y rara vez recordaba aquel tema sin asombrarme de hasta dónde puede llegar la humana credulidad y sin sonreír ante la fuerza de imaginación que poseía yo por herencia. La vida que hacía en Eton no era a propósito para disminuir aquella especie de escepticismo. El torbellino de desenfrenada locura en que me sumí tan inmediata como temerariamente lo barrió todo, excepto la espuma de mis horas pasadas, y absorbió de un golpe toda

impresión sólida o seria, no dejando en mi memoria sino las veleidades de mi pasada existencia.

No deseo, empero, trazar aquí el curso de mi miserable desenfreno, un desenfreno que desafiaba las normas y eludía la vigilancia de la institución. Tres años de locura, pasados sin provecho, no habían podido darme más que vicios arraigados, aumentando hasta un grado inaudito mi desarrollo corporal, cuando después de una semana de disipación desalmada invité a un pequeño grupo de los más disolutos estudiantes a una francachela secreta en mis habitaciones. Nos reunimos a hora avanzada de la noche, pues nuestra orgía debía prolongarse hasta la mañana. Corría el vino en libertad, y no carecíamos de otras seducciones acaso más peligrosas, hasta el punto de que, cuando el alba aparecía débilmente por el oriente, nuestras delirantes extravagancias llegaban al colmo. Enardecido hasta la locura por las tartas y la embriaguez, me obstinaba en pronunciar un brindis indecente sobre toda ponderación, cuando distrajeron mi atención de pronto la violenta manera de entreabrirme una puerta y la voz anhelante de un criado desde fuera. Me dijo que una persona, al parecer con mucha prisa, quería hablarme en el vestíbulo.

Singularmente excitado por el vino, aquella inesperada interrupción me causó más placer que sorpresa. Salí tambaleándome, y a los pocos pasos llegué

al vestíbulo de la casa. En aquella estancia baja y pequeña no había ninguna lámpara, y no recibía más luz que la sombra débil del amanecer que penetraba por la ventana cimbrada. Al poner el pie en el umbral, percibí la figura de un joven de talla aproximada a la mía, vestido con una bata de casimir blanco, de la hechura de moda, como la que llevaba yo en aquel momento. Aquella débil luz me permitía ver, pero no pude distinguir los rasgos de su cara. Apenas entré, se precipitó hacia mí, y cogiéndome del brazo con un gesto de impaciencia petulante, murmuró las palabras «Guillermo Wilson» en mi oído. Me despejé por completo en un instante.

Había no sé qué en las maneras del extranjero y en el temblor nervioso de su dedo levantado, poniéndose entre mis ojos y la luz, que me llenó de un ilimitado asombro; pero no fue aquello lo que me produjo una conmoción tan violenta. Era la absoluta y reprobatoria solemnidad contenida en la pronunciación singular, baja, sibilante, de aquel nombre, y, sobre todo, el carácter, el tono, la clave de aquellas pocas, sencillas, familiares, y aun así, susurradas sílabas, que trajeron mil recuerdos acumulados de los pasados días y agitaron mi alma como las descargas de una pila eléctrica. Antes de que hubiese podido recobrar mis sentidos, había desaparecido él.

Aunque este acontecimiento no dejara de producir un efecto muy vivo sobre mi trastornada imaginación, fue desvaneciéndose. Durante varias semanas, tan pronto me afanaba en una seria investigación como permanecía envuelto

en una nube de meditación morbosa. No pretendí disfrazar mi percepción de la identidad del singular individuo que intervenía con tanta tenacidad en mis asuntos y me acosaba con sus insinuantes consejos. Pero

¿quién, sí, quién era aquel Wilson? ¿Y de dónde venía? ¿Y cuál era su propósito? Sobre ninguno de estos extremos pude obtener satisfacción; comprobé simplemente, con respecto a él, que una repentina desgracia familiar le había hecho abandonar la escuela del doctor Bransby la tarde del día en que yo me escapé. Pero, después de una breve temporada, dejé de pensar en ello, por estar absorbida toda mi atención en un proyectado traslado a Oxford. Allí pronto me fue posible —la incalculable vanidad de mis padres me proporcionó un equipo y una pensión que me permitieron entregarme a discreción al lujo, tan dilecto ya a mi corazón— competir en derroches con los más arrogantes herederos de los más ricos condados de la Gran Bretaña.

Incitado por tales medios al vicio, mi temperamento constitucional irrumpió con redoblado ardor, y en la loca ceguera de mis orgías pisoteé hasta los más corrientes frenos del decoro. Pero sería absurdo detenerme en detalles de mis extravagancias. Bastará con decir que superé las prodigalidades de Herodes, y que, dando nombre a una multitud de nuevas locuras, añadí un abundante apéndice a la larga lista de los vicios por entonces habituales en la más disoluta universidad de Europa.

Parecerá difícil creer que hubiese yo rebajado tan en absoluto el rango de nobleza, que intentase familiarizarme con los más viles artes del jugador profesional llegando a ser un adepto de esa despreciable ciencia, que la practicase habitualmente como medio de acrecer mi ya enorme renta a expensas de mis condiscípulos de espíritu más débil. Y, sin embargo, así ocurrió. La enormidad misma de esa ofensa a todo sentimiento honorable demostrado era sin duda la principal, si no la única razón de la impunidad con que la perpetraba. ¿Quién, realmente, entre mis compañeros más depravados, no habría negado el evidente testimonio de sus sentidos antes que sospechar tal conducta en el alegre, el franco, el generoso Guillermo Wilson, el más noble y el más liberal camarada en Oxford, aquel cuyas locuras (decían sus parásitos) no eran sino las locuras de una juventud y de una imaginación sin trabas, cuyos errores no eran sino inimitables caprichos, cuyos vicios más negros tan sólo suponían una despreocupada y soberbia extravagancia?

Había yo seguido dos años ya con éxito aquella línea de conducta, cuando llegó a la universidad un joven parvenu de la nobleza —Glendinning—, rico, según el rumor público, como Herodes Atticus, cuya riqueza había sido adquirida sin esfuerzo. Pronto descubrí su escasa inteligencia, y claro está le consideré como el sujeto más adecuado para mis trapacerías. Le insté con frecuencia a que jugase, y me dediqué, con las artes

usuales del jugador, a dejarle ganar sumas considerables para apresarle más eficazmente en mis redes. Por fin, bien madurado mi plan, me reuní con él (abrigando la resuelta intención de que aquel encuentro fuera el último y decisivo) en las habitaciones de un condiscípulo (mister Preston), que tenía igual intimidad con nosotros dos, pero que, debo hacerle esta justicia, no tenía la menor sospecha de mi propósito. Por dar a aquello un aspecto mejor, me di maña a fin de reunir allí un grupo de ocho o diez personas, y procuré con todo cuidado que la introducción de las barajas pareciese casual, y se hiciera a propuesta de mi proyectada víctima. Para abreviar, en tan vil cuestión no se omitió ninguna de las bajas tretas tan usuales en semejantes ocasiones; maravilla que haya gentes tan estúpidas, que se dejen atrapar en ellas.

Habíamos prolongado nuestra velada hasta muy avanzada la noche, y al cabo me las compuse para dejar a Glendinning como único adversario mío. El juego era, además, el mío preferido, el ecarté. El resto de los reunidos, interesados por la magnitud de nuestra partida, habían dejado sus cartas y formaban corro a nuestro alrededor. El parvenu a quien había yo inducido con mis manejos, durante la primera parte de la noche, a beber en abundancia, barajaba entonces, repartía o jugaba de una rara manera nerviosa, para lo cual influía en parte su embriaguez, según pensé, aunque no la explicaba del todo. En muy breve tiempo érame deudor de una crecida suma, y tras de un sorbo de oporto, hizo precisamente lo que yo en

frío había previsto: me propuso doblar nuestra ya extravagante apuesta. Con una bien simulada apariencia de

desgana, y sólo después de que mi repetida negativa le hubo incitado a proferir unas agrias palabras que dieron a mi consentimiento el aspecto de un pique, accedí, por último. El resultado, naturalmente, no dejó de probar lo bien atrapada que estaba en mis redes la presa: en menos de una hora había él cuadruplicado su deuda. Desde hacía un rato su cara había perdido el color florido que le prestaba el vino, pero entonces vi con verdadero asombro que había adquirido una palidez de lo más espantosa. He dicho, con asombro. Glendinning, según mis informes minuciosos, era riquísimo, y las sumas que había perdido hasta aquel momento, aunque considerables, no podían, suponía yo, preocuparle en serio, y menos aún afectarle de un modo tan violento. La idea que se ofreció desde luego a mi espíritu fue que estaba trastornado por el vino que acababa de ingerir; y más bien con el propósito de defender mi propia conducta a los ojos de mis compañeros que por un motivo desinteresado, iba a insistir con ahínco en interrumpir la partida. Entonces algunas palabras pronunciadas cerca de mí entre los presentes y una exclamación de Glendinning, que revelaba una completa desesperación, me hicieron comprender que había yo provocado su ruina total, en unas circunstancias que, convirtiéndole en objeto de compasión para todos, le habrían protegido hasta de los malos oficios de un demonio.

Resulta difícil de decir cuál iba a ser entonces mi conducta. El deplorable estado de mi víctima hacía que pesara sobre todos un aire de embarazosa tristeza, y reinó un profundo silencio por unos momentos, durante los cuales no pude impedir que mis mejillas enrojecieran bajo las miradas ardientes de desprecio o de reproche que me dirigían los menos depravados de la reunión. Confesaré incluso que durante un instante mi pecho se sintió aliviado de un intolerable peso de angustia por la repentina y extraordinaria interrupción que sobrevino. Las grandes y pesadas hojas de la puerta se abrieron de par en par de golpe, con un impulso tan violento y vigoroso, que apagaron, como por arte mágico, todas las bujías de la estancia. Pero su última claridad me permitió aún entrever que había entrado un extraño, de mi propia altura, aproximadamente, y embozado todo en una capa. Sin embargo, la oscuridad era en aquel momento absoluta, y sólo podíamos sentir que se hallaba en medio de nosotros. Antes de que ninguno pudiese dominar el enorme asombro en que nos había sumido aquella brusquedad, oímos la voz del intruso.

—Señores —dijo en un bajo, claro, e inolvidable murmullo que me sobrecogió hasta el tuétano—, señores, no intento disculpar mi conducta, porque, al obrar así, no hago más que cumplir con un deber. Ignoran ustedes, sin duda, el verdadero carácter de la persona que ha ganado esta noche al ecarté una crecida suma a lord Glendinning. Quiero por eso proporcionarles un procedimiento rápido y decisivo para obtener estos informes

tan necesarios. Sírvanse examinar a su gusto la vuelta de su bocamanga izquierda, y los varios paquetitos que podrán encontrar en los bolsillos un tanto espaciosos de su

bordada bata.

Mientras hablaba, era tan profundo el silencio, que se hubiera oído caer un alfiler sobre el suelo. Al terminar, salió de pronto y tan bruscamente como había entrado. ¿Puedo describir, describiré mis sensaciones? ¿Podré decir que sentí todos los horrores del condenado? Tenía, de seguro, poco tiempo para reflexionar. Varias manos me clavaron con rudeza en mi sitio, y, fueron traídas enseguida unas luces. A esto siguió un registro de mi persona. En la vuelta de mi bocamanga se encontraron todas las cartas esenciales del ecarté y en los bolsillos de mi bata, cierto número de barajas exactamente iguales a las usadas en nuestras reuniones, con la sola excepción de las mías, que eran de esas llamadas por los técnicos redondeadas, pues en ellas están los triunfos un tanto combados en los bordes superiores, y las otras cartas, un poco convexas por los lados. Gracias a esta disposición, la víctima que corta, como suele hacerse, a lo largo de la baraja, lo hace siempre de manera a dar a su contrario un triunfo, mientras que el tahúr, al cortar a lo ancho, no dará, con seguridad, a su víctima nada que pueda redundar en ventaja suya durante la partida.

Una explosión de indignación ante aquel descubrimiento me hubiera afectado menos que el silencio despreciativo o la calma sarcástica con que fue acogido.

—Señor Wilson —dijo nuestro anfitrión, inclinándose para recoger bajo sus pies un costosísimo gabán de rara piel—, señor Wilson, esto le pertenece. (El tiempo era frío, y al salir de mis habitaciones me había echado por encima de la bata un gabán, que me quité al llegar al teatro de la partida). Supongo que es innecesario buscar aquí —añadió mirando los pliegues de la prenda con una amarga sonrisa— cualquier otra nueva prueba de su destreza. A la verdad, ya tenemos bastantes. Espero que comprenderá usted la necesidad de abandonar Oxford, o en todo caso, de salir enseguida de mis habitaciones.

Rebajado, humillado hasta el polvo como me sentía entonces, es probable que reaccionara ante aquel lenguaje irritante con alguna inmediata violencia personal, si no hubiera estado fija toda mi atención por el momento en un hecho del género más pasmoso. El gabán que había yo traído era de una rica piel, de una rareza y de un precio que no me atrevo a concretar. Su hechura era, además, de mi propia creación, pues me mostraba descontentadizo hasta un grado absurdo de presunción en cuestiones de aquella frívola naturaleza. Por eso, cuando mister Preston me tendió el que había recogido del suelo, cerca de la puerta de la habitación, vi con un estupor que bordeaba el terror cómo tenía ya el mío al brazo (donde me lo había echado, sin duda inconscientemente), y que el que me presentaba era

una exacta imitación en todos y cada uno de sus más minuciosos detalles. El ser singular que me había descubierto de tan desastrosa manera iba envuelto, lo recordaba yo, en una capa, y ninguno de los presentes había traído gabán, con mi sola excepción.

Conservando alguna presencia de ánimo, cogí el que me presentaba Preston, y lo puse, sin que lo notasen, sobre el mío; salí de la habitación con un gesto ceñudo de amenaza y de reto, y a la mañana siguiente, al amanecer, inicié un viaje precipitado de Oxford al continente, en una completa agonía de horror y de vergüenza.

Huí yo en vano. Mi destino maldito me ha perseguido triunfante, demostrando, en realidad, que únicamente había comenzado entonces el ejercicio de su misterioso poder. Apenas puse el pie en París, tuve una nueva prueba del detestable interés que Wilson se tomaba por mis asuntos. Transcurrieron los años sin que experimentase yo ningún alivio. ¡Miserable! En Roma, ¡con qué inoportuna y a la par espectral oficiosidad se interpuso entre mi ambición y yo! ¡Y en Viena, y también en Berlín, y en Moscú!

¿Dónde, en verdad, no encontré una amarga razón para maldecirle desde el fondo de mi corazón? Ante su impenetrable tiranía, huí a la postre, sobrecogido de pánico, como ante la peste, y hasta el fin de la tierra huí en vano.

Y siempre, siempre, en secreta comunión con mi espíritu me repetía yo las preguntas: «¿Quién es él? ¿De dónde viene? ¿Y cuál es su objeto?». Pero no encontraba respuesta. Y a la sazón escrutaba con minucioso cuidado las formas, los métodos y los rasgos característicos de su impertinente intromisión. Pero hasta en eso encontraba muy poco que pudiera servir de base a una conjetura. Era, por cierto, notable que en ninguno de los numerosos casos en que se había cruzado últimamente en mi camino, sólo lo hubiera hecho para frustrar mis planes o trastornar unos actos que, de lograr éxito, no hubiesen tenido otro resultado que un amargo daño. ¡Pobre justificación, a fe mía, aquélla para una autoridad con tanto imperio usurpada! ¡Pobre compensación para los derechos naturales del libre arbitrio, negados de modo tan tenaz e insultante!

Me había yo visto también obligado a observar que mi torturador, desde hacía una larga temporada (mientras mantenía escrupulosamente con maravillosa habilidad su capricho de aparecer vestido igual que yo), había logrado, al efectuar sus variadas intromisiones en mi voluntad, que yo no viese en ningún momento los rasgos de su cara. Lo que Wilson pudiera ser era, en suma, el colmo del fingimiento o de la locura. ¿Podía él suponer un instante que en mi censor en Eton, en el destructor de mi honor en Oxford, en el que frustró mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles, o lo que llamó falsamente mi avaricia en Egipto; que en aquel ser, mi principal enemigo y mi genio maléfico,

dejase yo de reconocer al Guillermo Wilson de mis días de la escuela, al homónimo, al compañero, al rival, al odiado y temido rival de la institución del doctor Bransby? ¡Imposible! Pero dejad que me apesure hacia la última y memorable escena del drama.

Hasta entonces había yo sucumbido indolentemente a aquella impetiosa dominación. El sentimiento de profundo respeto con que templaba de ordinario el carácter elevado, la majestuosa sabiduría, la aparente omnipresencia y omnipotencia de Wilson, unido al terror que me inspiraban algunos otros rasgos de su naturaleza, habían creado en mí hasta entonces la idea de mi completa debilidad e impotencia, aconsejándome una implícita, aunque amarga y contrariada sumisión a su arbitraria voluntad. Pero en los últimos tiempos me había entregado de lleno al vino, y su influjo enloquecedor sobre mi temperamento hereditario me hacía cada vez más intolerante a toda dominación. Comencé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Y fue sólo mi imaginación la que me indujo a creer que, al aumentar mi propia firmeza, sufriría la de mi atormentador una disminución proporcional a aquélla? Es posible; empezaba yo ahora a sentir la inspiración de una esperanza ardiente, y al final alimenté en lo más secreto de mi pensamiento una sombría y desesperada resolución de no someterme por más tiempo a aquella esclavitud.

Fue en Roma, durante el Carnaval de 18..., al que yo asistía durante una mascarada que se celebraba en el palazzo del duque napolitano Di Broglio. Había abusado más que de costumbre del vino, y ahora la sofocante atmósfera de los salones atestados me excitaba hasta un extremo insoportable.

Además, la dificultad de abrirme paso entre el gentío contribuyó no poco a excitar mi mal humor, pues buscaba yo con ansiedad (no diré por qué motivo indigno) a la joven, a la alegre, a la bella esposa del viejo y chocheante Di Broglio. Con una confianza harto despreocupada me había ella confiado previamente el secreto del disfraz que llevaría, y como acababa de divisarla, tenía prisa por llegar hasta ella. En aquel momento, sentí una mano que se posaba ligera sobre mi hombro, y aquel inolvidable, bajo y maldito murmullo en mi oído.

Invadido por un rabia frenética me volví de repente hacia aquel que me había interrumpido y le cogí con violencia por el cuello. Iba vestido como yo esperaba, con un traje igual en absoluto al mío; llevaba una capa española de terciopelo azul, y suspendido de un cinturón carmesí un estoque. Un antifaz de seda negra cubría por completo su cara.

—Bandido —dije con una voz enronquecida por la rabia, y cada sílaba que pronunciaba parecía un nuevo alimento para mi furia—. ¡Bandido, impostor, maldito villano! ¡No irás tras mis pasos hasta la muerte! ¡Sígueme, o te atravieso donde estás!

Y me abrí camino por el salón de baile hacia una pequeña antesala contigua, arrastrándole irresistiblemente conmigo.

Al entrar, le empujé lejos de mí. Se tambaleó contra el muro, mientras yo

cerraba la puerta con un juramento, ordenándole que desenvainase. Vaciló un instante; luego con un leve suspiro sacó su espada en silencio y se puso en guardia.

El combate fue breve, sin duda. Estaba yo enloquecido por toda clase de excitaciones, y sentía en mi solo brazo la energía y la fuerza de una multitud. En pocos segundos le empujé con la simple fuerza de la muñeca contra el panel de madera, y teniéndole así a mi merced, hundi en su pecho mi espada con brutal ferocidad repetidas veces.

En aquel momento alguien tocó la cerradura de la puerta. Me apresuré a prevenir una intrusión y volví al punto hacia mi adversario tendido. Pero ¿qué lenguaje humano podría describir adecuadamente aquel asombro, aquel horror que me invadió ante el espectáculo que se presentó a mi vista? El breve instante en que aparté los ojos había bastado para producir, al parecer, un cambio material en la disposición de la parte alta y más alejada de la habitación. Un amplio espejo —en mi confusión, eso me pareció al principio

— se levantaba ahora, allí donde no había yo divisado nada antes, y cuando me dirigí hacia él en el colmo del terror, mi

propia imagen, pero con los rasgos muy pálidos y salpicados de sangre, avanzó hacia mí con un paso débil y vacilante.

Digo que así me pareció, aunque no lo era en realidad. Era mi adversario, era Wilson el que estaba ante mí, en su agonía. Su antifaz y su capa yacían donde los había arrojado, sobre el suelo. ¡Ni un hilo en todo su traje ni una línea en todos los rasgos notables y singulares de su rostro que no fuesen hasta la más absoluta identidad, los míos propios!

Era Wilson, pero sin hablar ya con un murmullo, hasta el punto de que me hubiese podido imaginar que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—Has vencido y yo sucumbo. Pero de aquí en adelante tú también has muerto; ¡has muerto para el Mundo, para el Cielo y para la Esperanza! En mí existías tú, y mira en mi muerte, por esta imagen que es la tuya, cuán enteramente te has asesinado a ti mismo.

EL CAJÓN OBLONGO

Hace algunos años tomé pasaje desde Charleston (Carolina del Sur) para la ciudad de Nueva York en el precioso paquebote Independencia, mandado por el capitán Hardy. Nos haríamos a

la vela el 15 de junio, si el tiempo lo permitía; y el 14, subí a bordo para arreglar algunas cosas en mi camarote.

Supe que íbamos a tener un gran número de pasajeros, incluyendo una

cantidad inusitada de señoras. En la lista figuraban varios conocidos míos, y entre otros nombres me alegró ver el de mister Cornelio Wyatt, un joven artista por quien sentía una cordial amistad. Habíamos sido condiscípulos en la Universidad de C***, donde estuvimos mucho tiempo juntos. Tenía el temperamento característico del genio, y era una mezcla de misantropía, de sensibilidad y de entusiasmo. A estas cualidades iba unido el corazón más sincero que haya latido nunca en un pecho humano.

Observé que su nombre figuraba sobre la puerta de tres camarotes, y al repasar la lista de los pasajeros vi que había tomado pasaje para él, su esposa y sus dos hermanas. Los camarotes eran bastante espacuosos, y cada uno tenía dos literas, una encima de otra. Estas literas, eran, con seguridad, tan sumamente estrechas, que apenas cabía en ellas una persona, a pesar de lo cual no pude comprender por qué había tres camarotes para aquellas cuatro personas. Precisamente en aquella época sufría yo uno de esos estados de ánimo decaídos que tornan a un hombre curioso hasta la anormalidad por las bagatelas, y confieso avergonzado que me dedicaba a hacer

una serie de conjeturas descorteses y absurdas acerca de la cuestión del camarote sobrante. Aquello no era asunto mío, por cierto; pero me dediqué con la mayor tenacidad a intentar resolver el enigma. Por último llegué a una conclusión que me asombró de no haber encontrado antes: «Será para un criado, naturalmente

—me dije—. ¡Qué tonto he sido al no ocurrírseme antes una solución tan

clara!». Y repasé de nuevo la lista; pero vi entonces sin lugar a dudas, que no figuraba en el grupo ningún criado, aunque, en realidad, su primera intención fue traerse uno, pues las palabras «y criado» habían sido escritas y luego tachadas. «¡Oh! Exceso de equipaje, con seguridad —me dije entonces—; algo que no querrá llevar en la bodega, algo que deseará tener a la vista... ¡Ah, ya sé! Un cuadro o cosa parecida... Y esto es lo que ha estado tratando con Nicolino, el judío italiano». Esta idea me satisfizo, y por el momento prescindí de mi curiosidad.

Conocía muy bien a las dos hermanas Wyatt, que eran unas muchachas de lo más amable e inteligente. Habíase él casado recientemente, y aún no conocía yo a su esposa. Sin embargo, hablaba de ella a menudo en mi presencia, con su acostumbrado estilo entusiástico. La describía como poseedora de una belleza, un ingenio y una cultura insuperables. Estaba yo, por tanto, ansiando conocerla.

El día en que visité el barco (el 14), Wyatt y su familia se proponían también visitarlo —según me informó el capitán—, y permanecí a bordo una hora más de lo que pensaba, esperando ser presentado a la recién casada; pero al cabo de ese tiempo llegó una disculpa. «La señora W*** estaba un poco indispuesta, y aplazaba su llegada a bordo hasta el día siguiente, a la hora de zarpar».

Al otro día, yendo de mi hotel al muelle, me encontré al capitán Hardy, quien me dijo que «a causa de las circunstancias (frase estúpida, pero adecuada) creía él más bien que el Independencia no se haría a la vela hasta dentro de un día o dos, y que cuando todo estuviese preparado me lo mandaría a decir». Esto me pareció extraño, pues había una fuerte brisa del sur; pero como «las circunstancias» no eran inmediatas, no tuve más remedio que volver a mi alojamiento y consumir mi impaciencia en el ocio.

Durante casi una semana no recibí el esperado mensaje del capitán. Con todo, llegó, al fin, e inmediatamente subí a bordo. El barco estaba atestado de pasajeros, y había allí ese bullicio que precede a la leva de anclas. El grupo de los Wyatt llegó unos diez minutos después que yo. Allí venían las dos hermanas, la mujer y el artista, éste en uno de sus habituales ataques de misantropía. Sin embargo, como yo estaba acostumbrado a aquello, no le presté gran atención. No me presentó siquiera a su esposa; este acto de cortesía tuvo que llevarlo a cabo, de

modo obligado, su hermana Mariana, muchacha muy dulce e inteligente, que nos presentó en breves y presurosas palabras.

Un espeso velo cubría el rostro de la señora Wyatt; y cuando lo levantó, para devolverme el saludo, confieso que me quedé profundamente asombrado. Lo habría estado mucho más, empero, si una larga experiencia no me hubiera inducido a desconfiar de las entusiásticas descripciones de mi amigo el artista cuando se complacía en hacer comentarios sobre la belleza de la mujer. Si se trataba del tema de la belleza, sabía yo muy bien con cuánta facilidad se remontaba él a las regiones del más puro ideal.

La verdad es que no pude impedirme de considerar a la señora Wyatt como una mujer rotundamente fea. Si no de una fealdad positiva, no estaba, creo, muy lejos de ello. Vestía, eso sí, con exquisito gusto, y no dudé entonces de que había cautivado el corazón de mi amigo por las gracias más duraderas de la inteligencia y del espíritu. Dijo ella muy pocas palabras, y pasó enseguida a su camarote con mister Wyatt.

Resurgió entonces mi antigua curiosidad. Allí no había ningún criado; era un hecho establecido. Miré, por tanto, el equipaje adicional. Con algún retraso llegó después en un carro, al muelle, un cajón oblongo de pino, que parecía ser lo que esperaban. A raíz de su llegada nos hicimos a la vela; en breve tiempo pasamos la barra y nos encontramos en alta mar.

El cajón o caja en cuestión era, como he dicho, oblongo. Tenía seis pies, aproximadamente, de largo, y dos y medio de ancho; lo examiné con detenimiento, porque me gusta la precisión. Su forma, pues, era especial, y tan pronto como lo hube visto, comprobé la exactitud de mis conjeturas. Llegué a la conclusión, según se recordará, de que aquel equipaje adicional de mi amigo el artista sería de cuadros, uno por lo menos, pues sabía que había estado

varias semanas en tratos con Nicolino, y ahora había allí un cajón que, por su forma, no podía, probablemente, contener más que una copia de La última cena, de Leonardo; una copia de esta Última cena, hecha por Rubini el menor en Florencia, sabía yo que estaba hacía tiempo en poder de Nicolino.

Consideré este punto, por ende, bastante aclarado. Me reí mucho entre dientes pensando en mi perspicacia. Era la primera vez que Wyatt me ocultaba sus secretos artísticos; pero intentaba, evidentemente, adelantarse a mi sorpresa y pasar de contrabando un buen cuadro en Nueva York, ante mis narices, con la esperanza de que no me enterara del asunto. Decidí tomarlo a broma, entonces y en lo sucesivo.

Aun así, cierto detalle me preocupaba un poco. No llevaron el cajón al camarote suplementario. Fue depositado en el del propio Wyatt, y allí quedó, además, ocupando casi el suelo entero, con excesiva incomodidad, sin duda, para el artista y su mujer, y más aún porque la brea o la pintura con que estaba

rotulado en grandes mayúsculas desprendía un olor fuerte, desagradable y que se me antojaba especialmente repugnante. Sobre la tapa estaban pintadas las palabras: Señora Adelaida Curtis, Albany, Nueva York. A cargo del señor Cornelio Wyatt. Este lado hacia arriba. Manéjese con cuidado.

Entonces tuve el convencimiento de que la señora Adelaida Curtis, de Albany, era la madre de la esposa del artista; pero luego consideré la dirección entera como una mistificación destinada a mí en particular. Inferí de ello, por supuesto, que la caja y su contenido no irían nunca más al norte de lo que estaba el estudio de mi misantrópico amigo, en la calle Chambers, de Nueva York.

Durante los tres o cuatro días primeros tuvimos buen tiempo, aunque el viento era de proa; viramos hacia el norte, y enseguida perdimos de vista la costa. Los pasajeros estaban, en consecuencia, de buen humor y muy sociables. Debo exceptuar, no obstante, a Wyatt y a sus hermanas, que se comportaron secamente, y no puedo por menos de pensar que con descortesía hacia el resto del pasaje. No tomé muy en cuenta la conducta de Wyatt. Parecía más triste de lo habitual en él —en realidad estaba malhumorado—; pero, tratándose de él, me hallaba preparado a cualquier excentricidad. En cuanto a sus hermanas, no podía disculparlas. Se recluyeron en sus camarotes durante la mayor parte de la travesía, y se negaron en redondo, aunque las insté repetidamente, a relacionarse con cualquiera de las personas de a bordo.

La señora Wyatt se mostró más agradable. Es decir, era habladora, y ser habladora es algo encomiable en el mar. Llegó a tener una gran intimidad con la mayoría de las señoras, y con profundo asombro mío, demostró una inequívoca disposición a coquetear con los hombres. A todos nos divirtió muchísimo. Y digo «divirtió», aunque apenas sé cómo explicarme. La verdad es que pronto noté que se reían, con más frecuencia, de ella que con ella. Los

caballeros la mencionaban poco; pero las señoras la calificaron enseguida de

«corazón tierno, de aspecto más bien insignificante, de ignorante por completo y decididamente vulgar». Causaba verdadero asombro pensar cómo se había dejado atrapar Wyatt en tal matrimonio. Su fortuna era la solución general; pero yo sabía que no era ésa en absoluto la solución, pues Wyatt me contó que ella no le había aportado un dólar ni esperanza alguna de que le viniesen por ninguna parte. «Se había casado —dijo— por amor y sólo por amor, y su esposa era más que digna de su amor». Cuando pensaba en aquellas expresiones por parte de mi amigo, confieso que me sentía desconcertado de un modo indescriptible. ¿Sería posible que tuviese trastornada la razón? ¿Qué otra cosa podía yo pensar? ¡Él, tan refinado, tan culto, tan exigente, con una percepción tan exquisita de lo defectuoso y con una apreciación tan sutil de la belleza! Aquella mujer parecía estar muy enamorada de él —

especialmente durante su ausencia—, poniéndole en ridículo con frecuentes citas de lo que había dicho su «amado esposo, mister Wyatt». Parecía tener siempre la palabra

«marido» —según una de sus delicadas expresiones— «en la punta de la

lengua». Entretanto, todos a bordo observaban que él la huía del modo más categórico, y que la mayoría de las veces se encerraba solo en su camarote, donde, en suma, podía decirse que vivía de continuo, dejando a su mujer en plena libertad de divertirse como mejor le pareciese en compañía de los pasajeros de la cámara principal.

Por lo que vi y oí, saqué la conclusión de que el artista, por algún inexplicable capricho del destino, o quizá en un arrebatado entusiástico de pasión imaginaria, se sintió incitado a unirse con una persona completamente inferior a él, y de que, como consecuencia natural, había sobrevenido un rápido descontento. Le compadecí desde el fondo de mi corazón, pero no pude por ese motivo perdonarle del todo su reserva en la cuestión de La última cena. Por lo cual decidí vengarme.

Un día salió a cubierta, y cogiéndole del brazo, como solía hacer, nos pusimos a pasear hacia proa y hacia popa. Sin embargo, su tristeza (que consideré muy natural por las mencionadas circunstancias) parecía haber llegado a su plenitud. Habló poco, y eso a disgusto, con evidente esfuerzo.

Me aventuré a contarle un chiste o dos, e hizo una hastiada tentativa por sonreír.

¡Pobre muchacho!... Pensando en su mujer, me asombré de que pudiera él tener ánimo siquiera para poner cara alegre. Por último, me arriesgué a un ataque en lo vivo. Decidí lanzar una serie de insinuaciones encubiertas o indirectas acerca del cajón oblongo, sólo para que él notase gradualmente que no era yo blanco o víctima de su pequeña y divertida mistificación. Mi primera observación fue a modo de andanada desde una batería oculta. Dije algo sobre la «forma especial de aquel cajón», y al pronunciar estas palabras sonreí con gesto de enterado, guiñé un ojo y le di un suave toque en las costillas con el índice.

La manera como acogió Wyatt esta broma inocente me convenció desde luego de que estaba loco. Al principio me miró con fijeza, como si le fuese imposible comprender la gracia de mi comentario; pero en cuanto pareció abrirse mi chanza un lento camino en su cerebro, sus ojos parecieron, en la misma proporción, salirse de sus órbitas. Luego se puso muy rojo, después palideció atrozmente, y a continuación, como si le divirtiese mucho lo que había yo insinuado, prorrumpió en una franca y ruidosa carcajada que, para asombro mío, prolongó con vigor cada vez más creciente durante diez minutos o más. Y a modo de final, se desplomó cuan largo era sobre la cubierta. Cuando corrí a levantarlo, tenía todo el aspecto de un muerto.

Pedí socorro, y con mucha dificultad le hicimos volver en sí. Después de recobrar el sentido, habló con incoherencia durante un rato. Por último, le sangramos y le metimos en la cama. A la mañana siguiente estaba del todo repuesto en lo que se refería sólo a su salud física. De su cabeza no diré nada, por supuesto. Durante el resto de la travesía huí de él, por consejo del capitán, quien pareció compartir de lleno mi opinión acerca de su locura, aunque me advirtió que no dijese nada a bordo sobre el particular a nadie.

Ocurrieron acto seguido desde aquel ataque de Wyatt varios incidentes que contribuyeron a aumentar la curiosidad que ya me devoraba. Entre otras cosas, ésta: sintiéndome nervioso, bebí demasiado té verde muy cargado y dormí mal por la noche; en puridad, no puedo decir que durmiese nada durante dos noches. Ahora bien: mi camarote daba a la cámara principal o comedor, al igual de los de todos los hombres solos a bordo. Los tres camarotes de Wyatt estaban situados en la cámara posterior, separada de la principal por una delgada puerta corredera, que no se cerraba nunca de noche. Como tuvimos viento casi sin cesar y la brisa no era muy fuerte, el barco se escoraba a sotavento de un modo considerable, y siempre que el costado de estribor se inclinaba a sotavento, aquella puerta corredera entre las cámaras resbalaba y se abría, quedando así, sin que nadie se molestara en cerrarla. Pero mi litera se hallaba en una posición tal, que cuando la puerta de mi propio camarote estaba abierta como la

corredera en cuestión (y la mía lo estaba siempre a causa del calor), podía yo ver con claridad la cámara posterior, y precisamente, además, aquella parte de ella donde estaban situados los camarotes de mister Wyatt. Pues bien: durante dos noches (no consecutivas), encontrándome despierto, vi muy bien a la señora Wyatt, hacia las once de la noche, salir con cautela del camarote de mister Wyatt, y entrar en el otro suplementario, donde permaneció hasta el amanecer, hora en que la llamó su esposo y ella salió de allí. Resultaba patente que estaban virtualmente separados. Tenían cuartos aparte, sin duda en espera de un divorcio más definitivo, y ahí residía, pensé, después de todo, el misterio del camarote suplementario.

Hubo otra circunstancia que me interesó mucho. Durante las dos noches de

insomnio en cuestión, e inmediatamente después de penetrar la señora Wyatt en el camarote suplementario, atrajeron mi atención ciertos ruidos extraños, cautos y sofocados en el de su marido. Después de escucharlos un rato con reflexiva atención, logré por fin averiguar su origen. Aquellos ruidos los producía el artista intentando abrir la caja oblonga con ayuda de un escoplo y un martillo, este último envuelto, para amortiguar su ruido, con alguna materia de lana o de algodón.

De esta manera me figuré que podría acechar a satisfacción el momento preciso en que él levantase la tapa, y que podría asimismo apreciar cuando él la quitara por completo y la depositara sobre la litera inferior en su camarote; esto último lo supe, por ejemplo, gracias a ciertos ligeros golpes producidos al chocar la tapa contra los bordes de madera de la litera, cuando intentó colocarla muy suavemente allí, por no haber sitio para ella en el suelo. Después de esto hubo un silencio de muerte, y ya no oía nada más en ningún momento hasta cerca del amanecer, a no ser, empero, que mencione un leve sollozo o un murmullo, tan contenido, que era casi inaudible, aunque pudo suceder que este último ruido se produjera más bien en mi imaginación. Digo que parecía un sollozo o un suspiro, pero, por de contado, podía no ser ni lo uno ni lo otro. Creo más bien que era un zumbido en mis oídos. Sin duda, mister Wyatt, de acuerdo con su costumbre, estaba sólo dedicado a una de sus chifladuras, entregado a uno de sus arrebatos de entusiasmo artístico. Habría abierto su cajón oblongo, a fin de recrear sus ojos en el tesoro pictórico contenido allí. A pesar de todo, no había en esto nada para hacerle sollozar. Repito, pues, que debió de ser un simple capricho de mi propia fantasía, perturbada por el té verde del bueno del capitán Hardy. Precisamente antes de amanecer, y cada una de esas dos noches de que he hablado, oí con claridad a mister Wyatt colocar de nuevo la tapa sobre la caja oblonga y meter los clavos en los orificios primeros, utilizando el martillo forrado.

Hecho lo cual, salió de su camarote, vestido por completo, y llamó a la puerta del de la señora Wyatt.

Llevábamos siete días en el mar, y estábamos ahora frente al cabo de Hatteras, cuando sobrevino un tremendo vendaval del sudoeste. En cierto modo estábamos preparados para ello, pues el tiempo se había mostrado amenazador desde hacía poco. Se dispuso todo para capearlo abajo y arriba, y como el viento refrescó rápidamente, permanecemos, en fin, al abrigo de la maricangalla y de la cofa del trinquete, ambos con dobles rizos.

En esta posición navegamos con bastante seguridad durante cuarenta y ocho horas, demostrando el buque poseer excelentes condiciones marineras en muchos aspectos, y sin embarcar agua en cantidad notable. Al final de este período, no obstante, el vendaval se convirtió en huracán, y haciendo jirones una de nuestras velas de atrás y ocasionando una inundación varias enormes olas que rompieron en cubierta una tras otra. En aquel accidente perdimos tres

hombres que cayeron por la borda con la cocina y con casi todas las amuradas de babor. Apenas recobramos los sentidos, se hizo trizas el velacho; entonces izamos una vela de estay contra borrascas, y con ella nos arreglamos bien durante algunas horas, manteniéndose el barco con mucha mayor firmeza que antes.

A todo esto continuaba el vendaval, y no descubríamos señales de que cesara. El aparejo no era el conveniente y estaba muy forzado; y al tercer día del vendaval, a cosa de las cinco de la tarde se vino abajo nuestro palo de mesana en un fuerte bandazo de barlovento. Por espacio de una hora o más, intentamos desprendernos de él en vano, a causa del enorme balanceo del barco, y antes de poder conseguirlo, vino a popa el carpintero y anunció que había cuatro pies de agua en la bodega. Para agravar nuestro apuro, encontramos las bombas obstruidas y casi inservibles.

Todo fue entonces trastorno y desesperación; pero se hizo un esfuerzo para aligerar el barco, tirando por la borda toda la parte de carga que era posible y cortando los dos mástiles que quedaban. Esto se realizó al cabo, pero no pudo hacerse aún nada con las bombas, y entretanto, la vía de agua aumentaba con rapidez.

Al ponerse el sol decreció el vendaval en violencia sensiblemente, y como se calmó con él el mar, abrigamos todavía esperanzas de salvarnos en los botes. A las ocho de la noche, se abrieron las nubes a barlovento, y gozamos la ventaja de una luna llena, lo cual fue una gran suerte que sirvió maravillosamente para alegrar nuestros ánimos decaídos.

Después de un trabajo increíble, conseguimos por fin arriar el bote al costado sin ningún accidente material, y dentro se apiñaron toda la tripulación y la mayor parte de los pasajeros. Este grupo partió al punto, y después de muchos sufrimientos,

arribaron a la postre, sanos y salvos, a la ensenada de Ocracoke, al tercer día del naufragio.

Catorce pasajeros, con el capitán, quedaron a bordo, resueltos a confiar su suerte al botiquín de popa. Lo arriamos sin dificultad, aunque sólo por un milagro evitamos que zozobrase al tocar el agua. Ya a flote, entraron en él el capitán y su esposa, mister Wyatt y su familia, un oficial mexicano, su esposa, sus cuatro hijos y yo, más un criado negro.

No teníamos sitio, naturalmente, para nada, excepto para unos cuantos instrumentos de todo punto necesarios, algunas provisiones y las ropas que llevábamos puestas. Nadie pensó siquiera en salvar otra cosa. Y cuál no fue el asombro de todos cuando, habiéndonos alejado unas brazas del buque, mister Wyatt se levantó en la cámara del bote y pidió fríamente al capitán Hardy que hiciese retroceder la embarcación ¡con objeto de recoger en el buque su cajón oblongo!

—Siéntese, mister Wyatt —respondió el capitán, con cierta severidad—; si no se sienta y permanece quieto, nos hará volcar. Nuestra borda está casi en el agua ahora.

—¡La caja! —vociferó mister Wyatt, en pie todavía—. ¡La caja, digo! Capitán Hardy, no puede usted negarme esto. Su peso es insignificante; no es nada, nada en absoluto. ¡Por la madre que le dio el ser, por amor de Dios, por su esperanza de salvación, le suplico que vuelva para recoger el cajón!

El capitán pareció conmovido durante un momento por la fervorosa imploración del artista; pero recobró su severa compostura, y dijo simplemente:

—Mister Wyatt, está usted loco. No puedo escucharle. Siéntese, repito, o hará zozobrar el bote. ¡Quieto, agárrenle, cójanle! ¡Está a punto de saltar por la borda! ¿Ven? Ya lo sabía: ¡se ha tirado al mar!

Al decir esto el capitán, mister Wyatt, en efecto, saltó del bote, y como estábamos aún a sotavento del buque naufrago, consiguió, con un esfuerzo casi sobrehumano, asirse a una cuerda que colgaba de las cadenas de proa. Un momento después estaba a bordo, y se precipitaba frenéticamente dentro de la cámara.

Mientras, habíamos sido arrastrados a popa del barco, y estando en absoluto fuera de sotavento nos encontramos a merced de un tremendo mar, todavía encrespado. Hicimos un denodado esfuerzo para retroceder; pero nuestro pequeño bote era como una pluma bajo el soplo de la tempestad. Nos dimos cuenta en una ojeada de que era irremisible la sentencia de muerte del infortunado artista.

Como nuestra distancia del barco naufrago aumentaba rápidamente, vimos que el loco (pues sólo como tal podíamos considerarle) salía de la escalera de la cámara, arrastrando con una fuerza que parecía gigantesca el pesado cajón oblongo. En tanto que le contemplábamos con asombro, dio él a toda prisa

varias vueltas con una cuerda de tres pulgadas primero alrededor de la caja y luego en torno a su cuerpo. Un instante después, los dos, cuerpo y caja, caían al mar y desaparecían de súbito para siempre.

Permanecimos un rato tristemente, sin remar, con los ojos clavados en aquel sitio. Al fin, bogamos de nuevo hacia adelante. Durante una hora reinó el silencio. Por último, aventuré una observación.

—¿Ha notado usted, capitán, lo repentinamente que se han hundido? ¿No es esto una cosa muy singular? Confieso que abrigaba una débil esperanza de que se salvase al final, cuando le vi atarse a la caja y arrojar al mar.

—Se han hundido, como era natural —respondió el capitán— y cual si

fuesen una bala. Sin embargo, saldrán otra vez a la superficie, pero no hasta que la sal se disuelva.

—¡La sal! —exclamé.

—¡Silencio! —dijo el capitán, señalando a la esposa y a las hermanas del difunto—. Ya hablaremos de esto en una ocasión más oportuna.

Sufrimos mucho, y nos salvamos en una tabla; pero nos favoreció la suerte, así como a nuestros compañeros de la chalupa. Desembarcamos al cabo, más muertos que vivos,

después de cuatro días de intensas angustias, en la playa frontera a la isla Roanoke. Permanecimos allí una semana, sin ser maltratados por los saqueadores de náufragos, y al fin, conseguimos pasaje para Nueva York.

Como un mes después del naufragio del Independencia me encontré casualmente al capitán Hardy en Broadway, nuestra conversación versó, por supuesto, sobre aquel desastre, y en particular sobre el triste destino del pobre Wyatt. Así, pude enterarme de los siguientes detalles.

El artista había tomado pasaje para él, su mujer, sus dos hermanas y un criado. Su esposa era, realmente, como parecía, la más cariñosa y la más perfecta de las mujeres. En la mañana del 14 de junio (el día en que visité por primera vez el barco) aquella dama cayó enferma de repente y falleció. Su joven marido sintió un dolor frenético; pero las circunstancias le impedían diferir su viaje a Nueva York. Era necesario llevar el cadáver de su adorada esposa, y por otra parte, sabía muy bien que el prejuicio universal le impedía hacerlo a las claras. De diez pasajeros, nueve se hubiesen negado a embarcar antes que tomar pasaje en compañía de un cadáver.

Ante semejante dilema, el capitán Hardy dispuso que el cadáver, después de haber sido embalsamado parcialmente, y acondicionado con una gran cantidad de sal, en un cajón de tamaño adecuado, fuese conducido a bordo como una mercancía. No se dijo nada del fallecimiento de aquella señora, y como se sabía muy bien que mister Wyatt había tomado

pasaje para su esposa, se hizo preciso que alguna persona la representara durante la travesía. Convencieron fácilmente a la doncella de la difunta para que lo hiciese. El camarote suplementario, tomado primero para esta joven en vida de su señora, fue entonces retenido nada más. En aquel camarote la seudoesposa dormía por las noches. Durante el día desempeñó, lo más hábilmente que pudo, el papel de su señora, cuya persona, lo cual fue objeto de minuciosa averiguación, era desconocida para todos los pasajeros a bordo.

Mi propia equivocación provino, y era bastante explicable, de un temperamento atolondrado con exceso, demasiado investigador y harto impulsivo. Pero estos últimos tiempos es raro que pueda yo dormir a pierna

suelta por la noche. Hay un rostro que me alucina y da vueltas, sugestionándome. Hay una risa histérica que resuena para siempre en mis oídos.

EL JUGADOR DE AJEDREZ DE MAELZEL

Ninguna exhibición de ese género ha llamado tanto la atención general como el Jugador de Ajedrez de Maelzel. En todas partes donde lo han visto ha provocado una intensa curiosidad en

cuantas personas piensan. Sin embargo, la cuestión de su modus operandi no está aún resuelta. Nada se ha escrito sobre este tema que pueda considerarse como decisivo; y, en efecto, encontramos por todas partes hombres dotados del genio de la mecánica, de una gran agudeza general y de una inteligencia discriminativa, que no sienten escrúpulos en declarar que el autómatas es una pura máquina cuyos movimientos no tienen relación alguna con la acción humana, y que es, por consiguiente, fuera de toda comparación, el más asombroso invento de la Humanidad. Y esto sería indudable si fuese cierta la suposición de aquéllos. Adoptando esta hipótesis, sería torpemente absurdo comparar el Jugador de Ajedrez con cualquier otra cosa semejante, moderna o antigua. No obstante, han existido muchos y maravillosos autómatas. En las cartas de Brewster sobre la Magia natural encontramos una lista de los más notables de aquéllos, entre los cuales puede citarse primero, como habiendo existido positivamente, la carroza inventada por monsieur Camus para diversión de Luis XIV, niño entonces.

Se llevaba una mesa de unos cuatro pies cuadrados, aproximadamente, a la habitación preparada para la exhibición. Sobre esta mesa se colocaba una carroza de madera, de seis pulgadas de largo, tirada por dos caballos de la misma materia. Como uno de los cristales de la portezuela estaba bajado, se veía una dama sobre el asiento posterior. En el pescante un cochero empuñaba las riendas, y detrás, un

lacayo y un paje ocupaban sus puestos ordinarios. Monsieur Camus tocaba entonces un resorte; enseguida el cochero hacía restallar su látigo, y los caballos avanzaban con su paso natural a lo largo del borde de la mesa, arrastrando la carroza detrás. Cuando llegaban todo lo lejos que era posible en aquella primera dirección, efectuaban bruscamente un giro a la izquierda, y el vehículo reanudaba su marcha en ángulo recto, siempre a lo largo del borde de la mesa. La carroza continuaba así hasta que llegaba ante el sillón ocupado por el joven príncipe. Entonces se detenía; el paje bajaba y abría la portezuela; la dama se apeaba y presentaba una petición a su soberano. Luego volvía a subir a la carroza. El paje levantaba el estribo y ocupaba de nuevo su puesto; el cochero fustigaba sus caballos, y la carroza daba la vuelta

hacia su primera posición.

El Mago de monsieur Maillardet merece asimismo ser resaltado. Copiamos la reseña siguiente de las Cartas ya citadas del doctor Brewster, quien ha tomado su información principalmente de la Enciclopedia de Edimburgo:

«Una de las piezas mecánicas más populares que hayamos visto es el Mago construido por monsieur Maillardet, cuya especialidad consiste en responder a ciertas preguntas dadas. Una figura vestida de mago aparece sentada al pie de un muro, con una varita en la mano derecha y con un libro en la otra.

Cierto número de preguntas, preparadas de antemano, están escritas en unos medallones ovalados; una vez que el espectador separa las que ha elegido, para las cuales solicita una respuesta, y las coloca en un cajón destinado a guardarlas, el cajón se cierra mediante un resorte hasta que la respuesta es transmitida. El mago se levanta entonces de su asiento, inclina la cabeza, describe unos círculos, y consultando su libro, como preocupado por un profundo pensamiento, lo yergue a la altura de su rostro. Fingiendo así meditar sobre la pregunta planteada, alza su varita y da con ella en el muro, encima de su cabeza; se abren las dos hojas de una puerta y dejan ver una respuesta adecuada a la pregunta. La puerta vuelve a cerrarse; el Mago recobra su primera actitud, y el cajón se abre para devolver el medallón. Estos medallones son veinte, conteniendo todos preguntas diferentes, a las cuales el Mago contesta con respuestas oportunas, de un modo asombroso. Los medallones están hechos con finas láminas de cobre, de forma elíptica, todas de un exacto parecido. Algunos llevan una pregunta escrita sobre cada cara, y en este caso, el Mago responde sucesivamente a las dos. Si el cajón se vuelve a cerrar sin que haya sido depositado un medallón en él, el Mago se levanta, consulta su libro, menea la cabeza y se sienta de nuevo; las dos hojas de la puerta siguen cerradas y el cajón aparece vacío. Si se ponen dos medallones juntos en el cajón, no se obtiene respuesta más que para el colocado debajo. Cuando la máquina está montada, el funcionamiento puede durar una hora o cosa así, y durante este tiempo, el autómata puede

responder a unas cincuenta preguntas. El inventor afirmaba que los medios por los cuales actuaban los diversos medallones sobre la máquina, para dar respuestas adecuadas a las preguntas escritas, eran sumamente sencillos».

El Pato de Vaucanson resultaba más notable todavía. Era de un volumen natural, e imitaba tan a la perfección al animal vivo, que todos los espectadores tenían la ilusión de que lo estaba. Reproducía, dice Brewster, todas las actitudes y todos los gestos de la vida: comía y bebía con avidez; realizaba todos los movimientos de cabeza y de garganta propios del pato, y como éste, enturbiaba mucho el agua que sorbía con su pico. Lanzaba también el grito gutural del animal con la veracidad del natural. En su estructura anatómica, el artista había desplegado la mayor habilidad. Cada hueso del pato

real tenía su parejo en el autómata, y las alas eran anatómicamente exactas. Cada cavidad, apófisis o curva, estaba imitada al detalle, y cada hueso actuaba con movimiento propio. Cuando echaban trigo ante él, el animal alargaba el cuello para picotearlo, lo tragaba y lo digería.

Si esas máquinas revelaban ingenio, ¿qué hemos de pensar de la máquina de calcular de mister Babbage? ¿Qué hemos de pensar de un mecanismo de madera y metal que no sólo puede calcular las tablas astronómicas y náuticas hasta cualquier punto dado, sino también confirmar la certeza matemática de

sus operaciones, con la facultad de corregir posibles errores? ¿Qué hemos de pensar de un mecanismo que no sólo puede realizar todo eso, sino que también imprime materialmente los resultados de sus cálculos complicados, no bien han sido obtenidos, y sin la más ligera intervención de la inteligencia humana? Se responderá quizá que una máquina tal como la que describimos está, sin comparación posible, muy por encima del Jugador de Ajedrez de Maelzel. En modo alguno; es, por el contrario, muy inferior, con tal que hayamos admitido primero (lo que podría ser admitido razonablemente un solo instante) que el Jugador de Ajedrez es una pura máquina y realiza sus operaciones sin ninguna intervención humana inmediata. Los cálculos aritméticos o algebraicos son, por su naturaleza, fijos y determinados. Aceptados ciertos datos, producen ciertos resultados de un modo necesario e inevitable. Estos resultados no dependen de nada ni sufren la influencia de nada más que de los datos primeramente aceptados. Y la cuestión a resolver marcha o debería marchar hacia la solución final por una serie de puntos infalibles que no son susceptibles de cambio alguno ni están sometidos a ninguna modificación. Una vez admitido esto, podemos sin dificultad concebir la posibilidad de construir una pieza mecánica que, tomando su punto de partida en los datos de la cuestión a resolver, prosiga sus movimientos regular, progresivamente, sin desviación alguna, hacia la solución solicitada, puesto que esos movimientos, por complejos que se los suponga, no han podido nunca ser concebidos más que finitos y determinados. Pero en el caso del

Jugador de Ajedrez existe una inmensa diferencia. Aquí no hay marcha determinada. Ninguna jugada en el ajedrez es resultado necesario de otra jugada cualquiera. Por ninguna disposición especial de las piezas en un momento cualquiera de la partida, podemos afirmar su disposición futura en otro momento cualquiera. Supongamos el primer movimiento de una partida de ajedrez en yuxtaposición con los datos de un problema algebraico, y captaremos desde luego la enorme diferencia que los distingue. En el caso de los datos algebraicos, el segundo paso de la cuestión depende por completo, inevitablemente, del siguiente. Es creado por el dato. Es preciso que sea el que es, y no otro. Pero el primer movimiento en una partida de ajedrez no va por fuerza seguido de un segundo movimiento determinado. Mientras el problema algebraico avanza hacia la solución, la certeza de sus operaciones sigue siendo inalterada. Como el

segundo paso no es sino consecuencia de los datos, el tercero es asimismo una consecuencia del segundo, el cuarto del tercero, el quinto del cuarto, y así sucesivamente, sin ninguna alternativa posible, hasta el final. Pero en el juego de ajedrez, la incertidumbre de la jugada siguiente está en proporción con la marcha de la partida. Se han hecho unos cuantos movimientos, pero no se ha realizado ningún paso cierto. Diferentes espectadores podrán aconsejar diferentes movimientos. Todo depende, por tanto, del juicio variable de los jugadores. Ahora bien: aun concediendo (lo cual no puede concederse) que los

movimientos del autómeta jugador de ajedrez sean en sí mismos determinados, se verían necesariamente interrumpidos y alterados por la voluntad no determinada de su adversario. No hay, pues, analogía alguna entre las operaciones del Jugador de Ajedrez y las de la máquina de calcular de mister Babbage; y si nos complace llamar al primero una pura máquina, nos veremos obligados a admitir que es, sin comparación posible, el más extraordinario invento de la Humanidad. Aun así, su primer introductor, el barón Kempelen, no sentía escrúpulos en declararle «una pieza mecánica muy ordinaria, una bagatela cuyos efectos parecían tan sólo maravillosos por la audacia de su concepción y la feliz elección de los medios adoptados para favorecer la ilusión». Pero es inútil insistir sobre este punto. Resulta cierto por completo que las operaciones del autómeta están reguladas por la mente y no por otra cosa. Se puede incluso decir que esta afirmación es susceptible de una demostración matemática a priori. La única cuestión a resolver es, pues, la manera de producirse la intervención humana. Antes de entrar en este tema, será, sin duda, conveniente trazar aquí la historia y la descripción muy breve del Jugador de Ajedrez, para comodidad de aquellos de nuestros lectores que no hayan tenido nunca ocasión de presenciar la exhibición de mister Maelzel.

El autómeta Jugador de Ajedrez fue inventado en 1769, por el barón Kempelen, un noble de Presburgo, en Hungría, que posteriormente lo cedió con el secreto de sus operaciones a su

actual propietario. Poco tiempo después de su terminación, fue expuesto en Presburgo, en París, en Viena y en otras ciudades del continente. En 1783 y en 1784 fue transportado a Londres por mister Maelzel. En estos últimos años, el autómata ha visitado las principales ciudades de Estados Unidos. En todas partes donde lo han visto, ha suscitado la más viva curiosidad, y se han hecho numerosas tentativas, por hombres de todas clases, para penetrar el misterio de sus movimientos. El grabado que antecede da una representación pasadera de la figura que los ciudadanos de Richmond han podido contemplar hace unas semanas. Con todo, el brazo derecho debería extenderse más hacia delante sobre la caja; debería también verse un tablero, y, en fin, el cojín no debería divisarse tanto como la mano que sostiene la pipa. Han sido hechas algunas alteraciones sin importancia en el traje del Jugador de Ajedrez desde que está en propiedad de mister Maelzel; así, al principio, no llevaba plumero.

A la hora señalada para la exhibición, se descorre una cortina, o bien se abre una puerta de dos hojas, y la máquina rueda a unos doce pies de los espectadores más próximos, entre los cuales y aquélla (la máquina) queda tendida una cuerda. Se ve una figura vestida a la turca y sentada, con las piernas cruzadas, ante una gran caja que parece hecha de madera de arce, y que le sirve de mesa. El exhibidor hace rodar, si se lo piden, la máquina hacia no importa qué punto designado, o

incluso la cambia varias veces de sitio durante el curso de la partida. El fondo de la caja o cajón está bastante elevado por encima del suelo, merced a ruedecitas o pequeños cilindros de cobre, sobre los cuales se mueve, y los espectadores pueden ver así toda la parte de espacio comprendida debajo del autómata. La silla en la cual se halla sentada la figura está fija permanentemente a la caja. Sobre el remate de ésta hay un tablero, fijo también permanentemente. El brazo derecho del Jugador de Ajedrez está extendido cuan largo es hacia delante, formando ángulo recto con su cuerpo, y apoyado con una postura indolente en el borde del tablero. La mano está vuelta con la palma hacia arriba. El tablero tiene dieciocho pulgadas en cuadro. El brazo izquierdo de la figura está doblado por el codo, y la mano izquierda sostiene una pipa. Un cortinaje o paño verde oculta la espalda del turco y recubre en parte la cara anterior de los hombros. La caja, a juzgar por su aspecto exterior, está dividida en cinco compartimientos: tres armarios de igual tamaño y dos cajones que ocupan la parte del cofre colocada debajo de los armarios. Las observaciones anteriores se refieren al aspecto del autómata contemplado en un primer vistazo, cuando se lleva a presencia de los espectadores.

Mister Maelzel anuncia entonces a la reunión que va a poner ante su vista la maquinaria del autómata. Sacando del bolsillo un manojo de llaves, abre con una de ellas la puerta marcada con el número 1 en el grabado de la página 546, y presenta el armario completamente abierto al examen de todos los

espectadores. Ese hueco está en apariencia lleno de ruedas, piñones, palancas y demás mecanismos, amontonados y apretados unos contra otros de modo que la mirada no puede penetrar más que a una corta distancia entre ese conjunto. Dejando esta puerta abierta del todo, Maelzel pasa entonces por detrás de la caja, y levantando el paño de la espalda de la figura abre otra puerta colocada justo detrás de la primera ya abierta. Teniendo una bujía encendida delante de esa puerta, y cambiando al mismo tiempo la máquina de sitio varias veces, hace penetrar así una viva luz por todo el armario, que aparece entonces lleno, lleno en absoluto de mecanismos. Una vez que los espectadores están plenamente convencidos de este hecho, Maelzel empuja la puerta posterior, la vuelve a cerrar, saca la llave de la cerradura, deja caer de nuevo el paño de la figura y vuelve a colocarse delante. La puerta marcada con el número 1 ha quedado abierta, como se recordará. Mister Maelzel abre ahora el cajón colocado bajo los armarios en la parte baja del cofre, pues aunque

sean dos en apariencia los cajones, no hay más que uno en realidad, ya que los dos tiradores y los dos agujeros de la llave sólo están allí de adorno. Una vez abierto por completo este cajón se ve un pequeño cojín, con una colección entera de piezas de ajedrez, fijos en un bastidor, de manera a sostenerse perpendicularmente. Dejando abierto este cajón, así como el armario número 1, Maelzel abre la puerta número 2, y la número

3, que no son, como se ve entonces, más que las hojas de una misma puerta que se abre sobre un solo y mismo compartimiento (es decir, a la derecha del espectador) existe una pequeña parte separada, de un ancho de seis pulgadas, ocupada por mecanismos. En cuanto al compartimiento principal (al referirnos a esa parte de la caja visible después de la abertura de las puertas 2 y 3, la llamaremos siempre el compartimiento principal), está revestido de una tela oscura y no contiene otros mecanismos que dos piezas de acero, en forma de cuarto de círculo, colocadas cada una de ellas en uno de los ángulos superiores de detrás del compartimiento. Un pequeño saliente, de unas ocho pulgadas en cuadro, recubierto asimismo de una tela oscura, se eleva de la base del compartimiento cerca del ángulo más distante a la izquierda del espectador. Dejando abiertas las puertas 2 y 3, así como el cajón y la puerta 1, el exhibidor se dirige hacia la parte de detrás del compartimiento principal, y abriendo allí otra puerta ilumina muy bien todo el interior, introduciendo en ese hueco una bujía encendida. Una vez expuesta así en apariencia toda la caja al examen del público, Maelzel, dejando siempre las puertas y el cajón abiertos, vuelve por completo al autómata y expone la espalda del turco levantando el paño. Una puerta como de diez pulgadas en cuadro se abre en los riñones de la figura, y otra, más pequeña, en el muslo izquierdo. El interior de la figura, visto así por esas aberturas, parece repleto de mecanismos. En general, todo espectador queda en lo sucesivo convencido de que ha visto y examinado simultáneamente

todas las partes constitutivas del autómata, y la idea de que una persona haya podido, durante una exhibición tan total del interior quedar allí escondida, es rechazada al punto, si es que ha podido ser aceptada, por todos los presentes como absurda en extremo.

Mister Maelzel, volviendo a colocar la máquina en su primera posición, informa ahora a la reunión de que el autómata jugará una partida de ajedrez con quien esté dispuesto a medirse con él. Una vez aceptado el reto, colocan una mesita para el contrincante, muy cerca de la cuerda, pero en una de sus puntas, para no privar de la visión del autómata a ninguna persona. De un cajón de esa mesa sacan un juego de ajedrez, y, por lo general, aunque no siempre, dispone Maelzel las piezas con su propia mano sobre el tablero, que consiste simplemente en cuadrados pintados sobre la mesa, dentro del número habitual. Sentado ya el adversario, Maelzel se dirige hacia el cajón de la mesa, saca de él el almohadón, que pone, como apoyo, debajo del brazo izquierdo del autómata, después de haberle quitado la pipa de la mano. Cogiendo

después de este mismo cajón el juego de ajedrez del autómata, coloca las piezas sobre el tablero situado ante la figura. Luego empuja las puertas y las cierra, dejando el manojito de llaves colgado en la puerta número 1. Cierra igualmente el cajón, y, por último, da cuerda a la máquina introduciendo una llave en un agujero colocado en su extremo izquierdo (izquierda del

espectador). Comienza la partida, haciendo el autómata el primer movimiento. La duración de esta partida queda también limitada a media hora; pero si no ha terminado al expirar ese plazo, y si el adversario pretende poder vencer al autómata, mister Maelzel rara vez se opone a su continuación. No fatigar a la reunión es el motivo ostensible, y, sin duda, cierto, de esa limitación del tiempo. Naturalmente, se adivina que a cada movimiento hecho por el adversario en su propia mesa, mister Maelzel, actuando como representante del adversario, ejecuta idéntico movimiento sobre la caja del autómata. De igual modo, cuando el turco juega, el movimiento correspondiente es ejecutado en la mesa del adversario por mister Maelzel, quien actúa entonces como representante del autómata. De esta manera es necesario que el exhibidor pase con frecuencia de una mesa a otra. También a menudo vuelve hacia la figura para recoger las piezas que ha ido tomando y que deposita sucesivamente sobre la caja, a la izquierda del tablero (a su propia izquierda). Cuando el autómata vacila en relación con el movimiento a ejecutar, se ve a veces al exhibidor colocarse muy cerca de su derecha, y poner, como al desgaire, su mano de cuando en cuando sobre la caja. Tiene, además, una manera de restregar los pies sobre el suelo, calculada para insinuar en los espíritus, que son más astutos que sagaces, la sospecha de una connivencia entre la máquina y él. Estas particularidades son, por lo visto, meros trucos de mister Maelzel, o si es consciente de todas ellas, las pone en práctica con objeto de provocar en

los espectadores esa falsa idea de que no hay en el autómata más que puro mecanismo.

El turco juega con la mano izquierda. Todos los movimientos del brazo son ejecutados en ángulo recto. Así la mano (que está enguantada y doblada de un modo natural) va a buscar directamente la pieza que debe moverse; luego, por último, cae sobre ella, y en muchos casos, los dedos la cogen sin dificultad. Algunas veces, empero, si la pieza no está precisa y exactamente en el sitio que debe ocupar, el autómata fracasa en su esfuerzo por asirla. Cuando este accidente se produce, no hace él un segundo esfuerzo, sino que el brazo continúa su movimiento en la dirección primeramente intentada, como si los dedos se hubieran apoderado de la pieza. Habiendo así señalado el sitio donde debió ser hecho el movimiento, el brazo se retira hacia el almohadón, y Maelzel ejecuta el movimiento marcado por el autómata. A cada movimiento de la figura se oye moverse la maquinaria. Durante el curso de la partida, el turco, de cuando en cuando, mueve los ojos como si examinara el tablero, menea la cabeza y pronuncia la palabra ehec (check) cuando es necesario. Si

el adversario hace una falsa jugada, golpea vivamente sobre la caja con los dedos de su mano derecha, sacude enérgicamente la cabeza y, volviendo a colocar en su primer sitio la pieza movida por equivocación, se adjudica a sí mismo el derecho de efectuar la jugada siguiente. Cuando ha ganado la partida,

balancea la cabeza con aire de triunfo, mira, complacido, a los espectadores a su alrededor, y retirando su brazo izquierdo todo lo que puede, deja sólo descansar sus dedos sobre el almohadón. En general, queda vencedor el turco; una o dos veces ha sido derrotado. Terminada la partida, Maelzel exhibe de nuevo, si lo desean, la maquinaria de la caja, del mismo modo que al comienzo. La máquina rueda hacia atrás, y una cortina la oculta a la vista de la reunión.

Se han hecho varias tentativas para resolver el misterio del autómeta. La opinión más generalizada, opinión adoptada a menudo por hombres que debían tener más inteligencia, ha sido, como ya hemos dicho, que la acción humana inmediata no intervenía sobre ella; en otras palabras: que la máquina era puramente una máquina y nada más. Algunos, sin embargo, han sostenido que el propio exhibidor regulaba los movimientos de la figura por medios mecánicos que actuaban sobre los pies de la caja. Otros a su vez han hablado confidencialmente de un imán. De la primera de esas opiniones no tenemos por el presente otra cosa que decir sino lo que ya hemos dicho. En cuanto a la segunda, bastará con repetir lo que hemos afirmado antes, a saber: que la máquina rueda sobre unos cilindros, siendo, a petición de todo espectador, empujada hacia cualquier sitio de la sala, hasta durante el curso de la partida. La suposición de un imán es igual de insostenible, pues si un imán sirviese de agente, otro imán escondido en el bolsillo de un espectador alteraría el mecanismo entero. El exhibidor,

no obstante, consentirá en que quede sobre la caja el imán más poderoso durante toda la exhibición.

El primer ensayo de explicación escrita del secreto, el primer ensayo, al menos, del que tengamos noticia, fue hecho en un grueso panfleto impreso en París en 1785. La hipótesis del autor se reducía a esto: que un enano hacía mover la máquina.

Suponía él que ese enano se escondía durante la apertura de la caja, metiendo sus piernas en dos cilindros huecos que parecían estar (aunque no lo estaban) entre la maquinaria del armario número 1, mientras su cuerpo permanecía por entero fuera de la caja y cubierto por el paño del turco. Cuando las puertas estaban cerradas, el enano encontraba medio de hacer pasar su cuerpo dentro de la caja, ya que el ruido de una parte de la maquinaria le permitía hacerlo sin ser oído, así como cerrar la puerta por la cual había entrado. Al ser el interior del autómata exhibido así, y no descubriendo allí a ninguna persona, los espectadores, dice el autor de ese panfleto, quedan convencidos de que no hay nadie dentro de la máquina. Toda la hipótesis es demasiado visiblemente absurda para merecer un comentario o una refutación, y por eso sabemos que atrajo muy poco la atención.

En 1789 fue publicado en Dresde, por monsieur I. F. Freyhere, un libro que contenía un nuevo ensayo de explicación del misterio. El libro de monsieur Freyhere era notablemente voluminoso y copiosamente ilustrado con grabados en color. La suposición

de él era que «un muchacho listo, muy delgado y alto para su edad (lo suficiente para poder esconderse en un cajón colocado debajo mismo del tablero)» jugaba la partida de ajedrez y efectuaba todas las evoluciones del autómeta. Esta idea, aunque más necia aún que la del autor parisiense, tuvo una mejor acogida, y fue, hasta cierto punto, adoptada como la verdadera solución del milagro, hasta el momento en que el inventor puso fin a la discusión autorizando un minucioso examen de la parte superior de la caja.

Tan singulares ensayos de explicación fueron seguidos de otros no menos singulares. En estos últimos años, por cierto, un escritor anónimo, aunque siguiendo una vía de razonamiento muy poco filosófico, ha conseguido dar con una solución plausible, pese a que no podamos considerarla como la única absolutamente verdadera. Su ensayo fue publicado primero en un semanario de Baltimore, ilustrado con grabados y llevando por título: Una tentativa de análisis del autómeta Jugador de Ajedrez de mister Maelzel. Creemos que ese ensayo es la edición primera del panfleto al que hace alusión sir David Brewster en sus Cartas sobre la magia natural, y que él no vacila en declarar que es una perfecta y satisfactoria explicación. Los resultados de este análisis son, en suma, y sin duda alguna, exactos; pero para que Brewster haya decidido ver en ellos una perfecta y satisfactoria explicación, hay que suponer que los ha leído de una manera distraída y precipitada. En el compendio de este ensayo, presentado en las Cartas

sobre la magia natural, es de todo punto imposible llegar a una conclusión clara con respecto a la perfección o imperfección del análisis, a causa de la mala distribución y de la deficiencia de las cartas de referencia utilizadas. El mismo defecto se encuentra en la Tentativa..., etcétera, tal como la hemos leído en su primera forma. La solución consiste en una serie de explicaciones minuciosas (acompañadas de grabados en madera, todo ello ocupando un gran número de páginas), cuyo objeto es demostrar la posibilidad de cambiar los compartimientos de la caja, de modo que un ser humano, oculto en el interior, pueda cambiar partes de su cuerpo de un lugar a otro de la caja durante la exhibición de la maquinaria, hurtándose así a la atención de los espectadores. No hay lugar a dudas, como ya hemos hecho observar y como vamos a intentar probar, de que el principio, o más bien el resultado de esa explicación no sea el único cierto. Hay una persona escondida en la caja durante todo el tiempo empleado en mostrar el interior de ésta. Aun así, rechazamos toda la farragosa descripción de la manera según la cual deben moverse los compartimientos para prestarse a los movimientos de la persona oculta. La rechazamos como una pura teoría admitida a priori, y a la cual deberían adaptarse después las circunstancias. No hemos llegado ni podemos llegar a esa teoría por ningún razonamiento

inductivo. La manera cualquiera de efectuarse ese traslado es lo que escapa, naturalmente, a la observación en cada momento de la exhibición. Mostrar que no es imposible que ciertos movimientos se efectúen de cierta manera, no es en absoluto mostrar que hayan sido realmente ejecutados de esa manera. Pueden existir una infinidad de métodos distintos por medio de los cuales lleguen a obtenerse los mismos resultados. La probabilidad de que sólo el método supuesto resulte ser el exacto, está por ende, en la relación de la unidad con el infinito. Pero, en realidad, ese punto particular —la movilidad de los compartimientos— no tiene importancia alguna. Es perfectamente inútil consagrar siete u ocho páginas a querer probar lo que ninguna persona de buen sentido negará, a saber: que el potente genio mecánico del barón Kempelen ha podido descubrir los medios necesarios para cerrar una puerta o hacer resbalar un entrepaño por un agente humano asimismo a su servicio y en contacto inmediato con el entrepaño o la puerta, así como todas las operaciones ejecutadas de modo a escapar por entero a la observación de los espectadores, como lo muestra el autor del Ensayo y como intentaremos nosotros mostrarlo con más exactitud.

En nuestra tentativa de una explicación del autómata, nos esforzaremos primero por mostrar cómo se efectúan sus operaciones, y describiremos después, lo más brevemente posible, la naturaleza de las observaciones de donde hemos deducido nuestro resultado.

Es necesario, para hacer comprender bien la cuestión, que repitamos aquí en pocas palabras la rutina adoptada por el exhibidor para enseñar el interior de la caja, rutina de la cual no se aparta él nunca en ningún punto ni en ningún detalle. Lo primero, abre la puerta número 1. Dejándola abierta, vuelve detrás de la caja y abre una puerta situada precisamente frente a la puerta número 1. Ante esta puerta de detrás de él sostiene una bujía encendida. Empuja entonces la puerta de detrás, la cierra, y volviendo por delante, abre el cajón en toda su longitud. Hecho esto, abre las puertas números 2 y 3 (las dos hojas) y descubre el interior del compartimiento principal, el cajón y la puerta del armario número 1, vuelve por detrás y abre la puerta posterior del compartimiento principal. Para cerrar otra vez la caja no observa ningún orden especial, salvo que cierra siempre la puerta de hojas antes que el cajón.

Supongamos ahora que, cuando la máquina es rodada a presencia de los espectadores, esté ya escondido dentro un hombre. Su cuerpo se coloca detrás de la maraña de mecanismos en el armario número 1 (ya que la parte posterior de este aparato mecánico está preparado para resbalar en masa desde el compartimiento principal hasta el armario número 1, cuando la ocasión lo requiere), y sus piernas quedan extendidas en el compartimiento principal. Cuando Maelzel abre la puerta número 1, el hombre escondido no corre riesgo de ser descubierto, pues la mirada más perspicaz no puede penetrar más allá de

dos pulgadas en aquella oscuridad. Pero el caso es muy diferente cuando está abierta la puerta detrás del armario número 1.

Una luz brillante penetra entonces en el armario, y sería descubierto el cuerpo del hombre si hubiera permanecido allí. Pero no sucede así. La llave colocada en la cerradura de la puerta de detrás ha sido una señal a cuyo ruido la persona oculta inclina su cuerpo hacia delante hasta un ángulo lo más agudo posible, metiéndose por entero o poco menos en el compartimiento principal. Pero es ésta una postura molesta en la cual no se puede permanecer mucho tiempo. Por eso vemos que Maelzel cierra la puerta detrás de él. Hecho esto, nada impide que el cuerpo del hombre recobre su primera posición, pues ha quedado el armario lo bastante en sombra para arrostrar el examen. Es entonces abierto el cajón, y las piernas de la persona escondida caen por detrás, en el hueco que ocupaba hace un momento. No hay, pues, ninguna parte del hombre en el compartimiento principal, ya que su cuerpo está colocado detrás de la maquinaria del armario número 1, y sus piernas, en el espacio ocupado antes por el cajón. El exhibidor puede, por tanto, ahora mostrar a su antojo el compartimiento principal. Esto es lo que hace — abriendo las dos puertas, la de enfrente y la de detrás—, y no se ve allí a nadie. Los espectadores están ahora convencidos de que todo el conjunto de la caja se halla expuesto a sus miradas, así como todas las

partes, en un solo y mismo instante. Pero, en verdad, no sucede así. No ven ni el espacio comprendido detrás del cajón abierto, ni el interior del armario número 1, cuya puerta de enfrente ha cerrado Maelzel virtualmente al cerrar la de detrás. Habiendo hecho entonces girar la máquina sobre sí misma, levantado el paño del turco, abierto las puertas de la espalda y del muslo y mostrado el tronco del autómeta lleno de mecanismos, vuelve a colocarlo todo en su primera posición y cierra las puertas. El hombre está ahora en libertad de moverse. Se incorpora lo suficiente dentro del cuerpo del turco para que sus ojos se hallen al nivel del tablero. Es muy probable que se siente sobre el pequeño bloque cuadrado, ese saliente que se ha visto en una esquina del compartimiento principal, cuando las puertas estaban abiertas. En esta posición ve el tablero a través del pecho del turco, que es de gasa. Llevando su brazo derecho delante de su pecho, hace mover el pequeño mecanismo necesario para dirigir el brazo izquierdo y los dedos de la figura. Este mecanismo está colocado justo debajo del hombro izquierdo del turco, y puede así ser fácilmente alcanzado por la mano derecha del hombre escondido, si suponemos que su brazo derecho está doblado sobre el pecho. El movimiento de la cabeza, de los ojos y del brazo derecho de la figura, tanto como el sonido eche, son producidos por otro mecanismo interior, que actúa a voluntad el hombre de dentro. El conjunto de esta maquinaria, es decir, todo el mecanismo esencial de la máquina, se halla, muy probablemente, contenido en el

pequeño armario (de unas seis pulgadas de ancho) que está a la derecha (derecha del espectador) del compartimiento

principal.

En este análisis de las operaciones del autómata hemos evitado deliberadamente aludir a la manera de moverse los compartimientos, y se comprenderá sin esfuerzo que esta cuestión carece de importancia, puesto que la habilidad del más vulgar carpintero puede resolverla por una infinidad de medios, y ya hemos mostrado que, de cualquier modo que se realice la operación, tiene lugar fuera de la vista del espectador.

Nuestro resultado se basa sobre las siguientes observaciones, efectuadas durante nuestra frecuente asistencia a las exhibiciones de Maelzel:

1. ^a Los movimientos del turco no tienen lugar a intervalos regulares de tiempo, sino que están ajustados también a los movimientos del adversario, aunque este punto (la regularidad), tan importante en toda clase de aparatos mecánicos, hubiese podido ser fácilmente resuelto limitando el tiempo concedido a los movimientos del adversario. Por ejemplo, si ese límite era de tres minutos, los movimientos del autómata podrían tener lugar a intervalos cualesquiera, más largos de tres minutos. Por consiguiente, el hecho de la irregularidad, cuando la regularidad hubiera podido ser tan pronto conseguida, aporta la prueba de

que carece de importancia en la acción del autómeta; en otras palabras: que el autómeta no es una pura máquina.

2. ^a Cuando el autómeta está a punto de mover una pieza, puede observarse un claro movimiento debajo mismo del hombro izquierdo, movimiento que agita de un modo leve el paño que recubre la parte delantera del hombro izquierdo. Este movimiento precede invariablemente en unos dos segundos al movimiento del brazo mismo; y el brazo no se mueve nunca, en ningún caso, sin ese movimiento preparatorio del hombro. Dejemos ahora que el adversario mueva una pieza, y que Maelzel ejecute el movimiento correspondiente, como de costumbre, sobre el tablero del autómeta. Dejemos que el adversario vigile de cerca al autómeta hasta descubrir ese movimiento preparatorio del hombro. En cuanto haya descubierto ese movimiento, y antes de que el brazo mismo lo inicie, dejemos que retire su pieza, como si advirtiera un error en su maniobra. Se verá entonces que el movimiento del brazo, que, en otros casos, sucede enseguida al del hombro, queda contenido, no se realiza, aunque Maelzel no haya efectuado aún sobre el tablero del autómeta ningún ademán correspondiente a la retirada del antagonista. En este caso, es evidente que el autómeta estaba a punto de hacer un movimiento, y que, si no lo ha hecho, ha sido por un efecto producido por la retirada del adversario y sin intervención alguna de Maelzel.

Este hecho prueba de lleno: 1.º Que la intervención de Maelzel ejecutando los movimientos del adversario sobre el tablero del

autómata no es esencial para los movimientos de este último;
2.º Que sus movimientos —los del

autómata— están regulados por la mente de alguna persona que ve el tablero del contrincante, y 3.º Que sus movimientos no están regulados por la mente de Maelzel, que se hallaba vuelto de espaldas hacia el adversario cuando éste efectuaba su movimiento de retirada.

3. ^a El autómata no gana indefectiblemente la partida. Si la máquina fuese una pura máquina, no sería éste el caso y debería ganar siempre. Una vez descubierto el principio por el cual puede una máquina jugar una partida de ajedrez, la extensión del mismo principio debería hacerla capaz de ganar una partida y, en una mayor extensión, debería hacerla capaz de ganar todas las partidas, es decir, de vencer a cualquier adversario en una partida. Una ligera reflexión convencerá a quienquiera que sea de que no es más difícil, en lo que se refiere al principio de las operaciones necesarias, hacer una máquina que gane todas las partidas de hacer una que gane sólo una. Si, en consecuencia, consideramos el Jugador de Ajedrez como una máquina, debemos suponer (lo cual es muy improbable) que su inventor ha preferido dejarla incompleta a hacerla perfecta, suposición que resulta aún más absurda si pensamos que, dejándola incompleta, proporcionaría un argumento contra la posibilidad de que sea una pura máquina, y éste es el verdadero argumento que aducimos ahora.

4. ^a Cuando la situación de la partida es difícil o compleja, no vemos nunca al turco agitar la cabeza o mover los ojos. Tan sólo lo hace cuando su movimiento próximo está muy claro o cuando la partida se halla en tales circunstancias que el hombre colocado dentro del autómatas no tiene necesidad de reflexionar. Ahora bien: esos movimientos peculiares de la cabeza y de los ojos son habituales en las personas sumidas en meditación, y el ingenioso barón Kempelen habría adaptado esos movimientos (si la máquina fuera una pura máquina) a las ocasiones adecuadas para su exhibición, es decir, a las ocasiones de complejidad. Pero el caso que sucede es el inverso, y el inverso se ajusta precisamente a nuestra suposición de que hay un hombre en el interior. Cuando está sumido en meditación ante el juego, no tiene tiempo de pensar o de poner en movimiento el mecanismo del autómatas por el cual mueve éste la cabeza y los ojos. Sin embargo, cuando el juego está claro, tiene tiempo de mirar a su alrededor, y por lo mismo, vemos agitarse la cabeza y girar los ojos.

5. ^a Cuando se da vuelta a la máquina para permitir a los espectadores que examinen la espalda del turco, y cuando se levanta el paño y se abren las puertas del tronco y del muslo, el interior del primero se ve repleto de mecanismos. Examinando estos mecanismos mientras el autómatas estaba en movimiento —es decir, mientras toda la máquina se movía sobre sus ruedecillas—, nos ha parecido que ciertas partes de la

maquinaria cambiaban de forma y de posición hasta un grado demasiado grande para ser explicado

por las leyes de la perspectiva; y otros exámenes subsiguientes nos han convencido de que esas alteraciones sucesivas debían atribuirse a unos espejos colocados en el interior del tronco. La introducción de unos espejos en la maquinaria no puede tener por intención ejercer influencia alguna sobre la maquinaria misma. Su acción —sea la que sea— debe estar relacionada necesariamente con la mirada del espectador. De lo cual inferimos acto seguido que esos espejos estaban colocados para multiplicar ante la vista los diversos mecanismos del tronco de manera a dar la apariencia de que éste se halla lleno de mecanismos. La deducción directa de esto es que la máquina no es una pura máquina. Pues, si lo fuese, el inventor, lejos de desear que su mecanismo pareciera complejo y de emplear un engaño para darle esa apariencia, hubiera estado particularmente deseoso de convencer a los que presenciaban su exhibición de la sencillez de los medios por los cuales conseguía tan maravillosos resultados.

6. ^a El aspecto exterior, y sobre todo la actitud del turco, no son, si se los considera como imitaciones de la vida, más que unas imitaciones muy medianas. La fisonomía no revela inventiva, y es superada, en cuanto al parecido con la cara humana, por las más vulgares figuras de cera. Los ojos giran en la cabeza sin naturalidad, y sin los movimientos

correspondientes de los labios o de las cejas. El brazo especialmente realiza sus operaciones de una manera demasiado rígida, desmañada, convulsiva y rectangular. Ahora bien: todo esto es el resultado de la ineptitud de Maelzel para hacerlo mejor, o de una negligencia intencionada —ya que hay que desechar la negligencia accidental—, cuando vemos que todo el tiempo del ingenioso propietario está ocupado en perfeccionar sus máquinas. De fijo, no debemos atribuir a ineptitud ese aspecto carente de vida, pues todos los restantes autómatas de Maelzel prueban su perfecta habilidad para imitar los movimientos y particularidades de la vida con la más asombrosa exactitud. Sus volatineros, por ejemplo, son inimitables. Cuando el clown ríe, sus labios, sus ojos, sus cejas y párpados, todos los rasgos de su rostro, están realmente imbuidos de las expresiones apropiadas. En él y en su compañero cada gesto posee una soltura tan completa, está tan exento de todo vestigio de artificialidad, que, si no fuese por lo diminuto de su tamaño, y por el hecho de permitir que los espectadores se lo pasen de unos a otros antes de su exhibición en la cuerda, sería difícil convencer a cualquier reunión de personas de que esos autómatas de madera no son criaturas vivas. No podemos pues, dudar de la destreza de mister Maelzel, y debemos por fuerza suponer que él ha conseguido adrede el que su Jugador de Ajedrez siguiera teniendo la misma figura artificial y deshumanizada que el barón Kempelen (sin duda, también intencionadamente) le había dado en un principio. Es fácil de imaginar cuál era este propósito. Si el

autómata imitase la vida en sus movimientos, el espectador se vería más inclinado a atribuir sus operaciones a su verdadera causa (es decir, a la acción

humana desde dentro) que lo está ahora, cuando las desmañadas y rectangulares maniobras inspiran la idea de una pura máquina sin ayuda alguna.

7. ^a Cuando, poco tiempo antes del comienzo de la partida, el autómata es mostrado por el exhibidor como de costumbre, un oído familiarizado en cierto grado con los sonidos producidos por el funcionamiento de un sistema de maquinaria, no deja de descubrir instantáneamente que el eje que hace girar la llave en la caja del Jugador de Ajedrez no puede estar conectado con un peso ni con un muelle, ni con un mecanismo cualquiera. Por lo cual nuestra deducción es la misma que en nuestra última observación. La cuerda no es esencial para las operaciones del autómata, y sólo la da el exhibidor con objeto de suscitar en los espectadores la falsa idea de un mecanismo.

8. ^a Cuando se le pregunta explícitamente a Maelzel: «¿Es el autómata una pura máquina o no?», él responde en cada caso lo mismo: «No quiero decir nada sobre eso». Pues bien: la notoriedad del autómata y la gran curiosidad que ha despertado en todas partes, se deben a la opinión predominante de que es una pura máquina más que a cualquier otra circunstancia. Naturalmente, el propietario tiene, por tanto,

interés en presentarlo como una pura máquina. ¿Y qué medio más obvio y más eficaz puede haber para impresionar a los espectadores con esta idea deseada, que una declaración positiva y explícita a tal efecto? Por otra parte, ¿qué medio más obvio y más eficaz puede haber para provocar la incredulidad en que el autómatas sea una pura máquina que negar tal declaración explícita? Porque la gente razona, como es lógico, así:

«Maelzel tiene interés en presentar la cosa como una pura máquina; se niega a hacerlo directamente con palabras, aunque no tiene escrúpulo y está, sin duda, ansioso de hacerlo indirectamente por sus actos; si fuese realmente tal como él quiere presentarlo con sus actos, aprovecharía gustoso el testimonio más directo de las palabras. La conclusión es que en la conciencia que él tiene de que la cosa no es una pura máquina está la razón de su silencio; sus actos no pueden complicarle en una falsedad, y sus palabras, sí».

9. ^a Cuando, al exhibir el interior de la caja, Maelzel ha abierto la puerta número 1, y también la que está inmediatamente detrás, coloca una bujía encendida en la puerta de atrás (como antes hemos dicho) y mueve toda la máquina de un lado para otro con el propósito de convencer a la reunión de que el armario número 1 está lleno en absoluto de mecanismos. Cuando la máquina es movida así, resulta visible, para un observador atento, que mientras la parte de la maquinaria próxima a la puerta número 1 permanece

perfectamente firme e inmovible, la parte posterior oscila de modo muy leve con los movimientos de la máquina. Esta circunstancia fue la que primero suscitó en nosotros la sospecha de que la parte más distante de la maquinaria estaba dispuesta de modo que resbalase con facilidad en masa desde su

posición cuando el caso lo requiriese. Este caso, como ya hemos declarado, se presenta cuando el hombre escondido dentro coloca su cuerpo en una postura erguida después de cerrada la puerta de detrás.

10. ^a Sir David Brewster afirma que la figura del turco es de tamaño natural, aunque, en realidad, supera con mucho el tamaño ordinario. Nada más fácil que errar en nuestras nociones de magnitud. El cuerpo del autómatas está de ordinario aislado, y no teniendo medios inmediatos para compararlo con ninguna forma humana, nos permitimos considerarlo como si tuviese unas dimensiones ordinarias. Sin embargo, este error puede corregirse observando al Jugador del Ajedrez cuando, como sucede algunas veces, el exhibidor se acerca a él. Seguramente, mister Maelzel, no es muy alto; pero cuando se aproxima a la máquina, su cabeza resulta estar a dieciocho pulgadas lo menos por debajo de la cabeza del turco, aunque este último, como se recordará, está en postura sedente.

11. ^a La caja detrás de la cual está colocado el autómatas tiene justos tres pies seis pulgadas de largo por dos pies cuatro pulgadas de profundidad y dos pies seis pulgadas de alto. Estas dimensiones son muy suficientes para el acomodo de un hombre de un tamaño muy por encima del normal, y el compartimiento principal sólo es de una capacidad que le permite contener un hombre ordinario en la posición que hemos indicado, y que puede ser la adoptada por la persona escondida. Como éstos son los hechos, y quienquiera que los ponga en duda puede comprobarlos enseguida con el cálculo, nos parece innecesario insistir sobre ellos. Sugeriremos únicamente que aunque el remate de la caja sea en apariencia una tabla de unas tres pulgadas de espesor, el espectador puede convencerse agachándose para mirar por debajo mientras el compartimiento principal está abierto, y ver que es, en realidad, muy delgada. Puede ser también juzgada con error la altura del cajón por quienes la examinen de un modo muy precipitado. Hay un espacio de tres pulgadas o cosa así entre la parte superior del cajón tal como se ve desde fuera y el fondo del armario, un espacio que debe ser incluido en la altura del cajón. Estos artificios, que hacen que el espacio comprendido en la caja parezca menos grande, se relacionan con el propósito, por parte del inventor, de impresionar a la reunión con una falsa idea, a saber: que ningún ser humano puede acomodarse dentro de la caja.

12. ^a El interior del compartimiento principal está forrado de tela. Suponemos que esta tela tiene un doble objeto. Una parte de ella puede formar, cuando está muy tirante, las únicas divisiones que sea necesario modificar durante los cambios de posición del hombre, a saber: la división entre la pared posterior del compartimiento principal y la pared posterior del armario número 1, y luego entre el compartimiento principal y el espacio de detrás del cajón cuando está abierto. De imaginar que es éste el caso, la

dificultad de mover las divisiones desaparece al punto, sí es que realmente puede suponerse que exista tal dificultad en alguna ocasión. El segundo objeto de la tela es amortiguar y hacer confusos todos los ruidos ocasionados por los movimientos de la persona que está dentro.

13. ^a El adversario (como hemos observado antes) no puede jugar en el tablero del autómeta, pero está sentado a cierta distancia de la máquina. La razón que nos darían, probablemente, de esta circunstancia, es que si el adversario estuviese colocado de otra manera, su persona se interpondría entre la máquina y el espectador, y quitaría a este último vista. Pero tal dificultad podría obviarse fácilmente, bien elevando los asientos de la reunión o bien volviendo hacia ella el extremo de la caja durante la partida. La verdadera causa de esta restricción es acaso muy diferente. Si el adversario se encontrase sentado en contacto con la caja estaría expuesto a

ser descubierto el secreto al captar un oído fino el ruido de la respiración del hombre escondido.

14. ^a Aunque mister Maelzel, al mostrar el interior de la máquina, se aparte algunas veces de la rutina que hemos indicado, nunca, en ningún caso, se aparta tanto de ella como para imposibilitar nuestra solución. Por ejemplo, se le ha visto abrir lo primero de todo el cajón, pero nunca abrir el compartimiento principal sin cerrar antes la puerta posterior del armario número 1; nunca abre el compartimiento principal sin sacar primero el cajón, ni cierra nunca el cajón sin cerrar antes el compartimiento principal; no abre nunca la puerta posterior del armario número 1 estando abierto el compartimiento principal, y la partida de ajedrez no comienza jamás hasta que toda la máquina está cerrada. Ahora bien: si se observa que nunca, ni en un solo caso, se aparta mister Maelzel de la rutina que hemos señalado como necesaria a nuestra solución, es éste uno de los argumentos más poderosos que la corroboran; pero el argumento resulta reforzado hasta lo infinito si hemos de considerar debidamente la circunstancia de que, si él se aparta algunas veces de la rutina, no se aparta nunca tanto como para imposibilitar la solución.

15. ^a Durante la exhibición hay seis bujías sobre la mesa del autómeta. Y surge, por supuesto, la pregunta: «¿Por qué emplear tantas, cuando una sola bujía, o todo lo más dos, serían ampliamente suficientes para proporcionar a los espectadores una visión clara del tablero, en una sala, por otra

parte, tan bien iluminada como lo está siempre esa sala, cuando, además, si imaginamos que la máquina es una pura máquina, no hay necesidad de tanta luz, o en realidad, de ninguna, para permitirle a él efectuar sus operaciones, y cuando, sobre todo, hay una sola bujía colocada sobre la mesa del adversario?». La primera y más obvia deducción es que se necesita una luz tan fuerte para que pueda el hombre ver a través de la materia transparente (gasa fina, lo más probable) que forma el pecho del turco. Pero, cuando examinamos la

disposición de las bujías, se nos presenta desde luego otra razón. Hay seis bujías (como hemos dicho antes) en total. Tres de ellas están a cada lado de la figura. Las más alejadas de los espectadores son las más largas; las de en medio, dos pulgadas, aproximadamente, más cortas, y las más cercanas al público, unas dos pulgadas más cortas aún; las bujías colocadas en un lado diferente, más en alto de las colocadas en el opuesto, en una proporción de dos pulgadas: es decir, que la bujía más larga de uno de los lados es unas tres pulgadas más corta que la más larga del otro, y así sucesivamente. Se ve, pues, que no hay dos bujías de la misma altura, y también aumenta en alto grado la dificultad de comprobar la materia del pecho de la figura (contra la que está en particular dirigida la luz) por el efecto deslumbrador del complicado cruce de los rayos, cruce que se produce al colocar todos los centros de irradiación a diferentes niveles.

16. ^a Mientras el Jugador de Ajedrez estuvo en poder del barón Kempelen, se observó más de una vez, primero, que un italiano del séquito del barón no estaba nunca visible durante una partida jugada por el turco, y segundo, que cuando cayó gravemente enfermo este italiano, fue interrumpida la exhibición hasta que curó. Este italiano declaraba una ignorancia total del juego del ajedrez, aunque todos los restantes del séquito jugasen bien. Análogas observaciones se han hecho desde que el autómata ha sido adquirido por Maelzel. Hay un hombre, Schlumberger, que le acompaña dondequiera que vaya, pero que no tiene otra ocupación conocida que la de ayudarlo a embalar y a desembalar el autómata. Este hombre viene a ser de una talla mediana y tiene los hombros notablemente encorvados. No sabemos si declara saber jugar al ajedrez o no. Pero es de todo punto cierto que no se le ha visto nunca durante la exhibición del Jugador de Ajedrez, aunque se le vea con frecuencia precisamente antes y precisamente después de la exhibición. Además, hace algunos años, Maelzel visitó Richmond con sus autómatas y los exhibió, creemos, en la casa que ocupa ahora monsieur Bossieux con una academia de baile. Schlumberger cayó de repente enfermo, y durante su enfermedad no se efectuó ninguna exhibición del Jugador de Ajedrez. Estos hechos son conocidos por muchos conciudadanos nuestros. La razón explicativa de la suspensión de las representaciones del Jugador de Ajedrez no fue la enfermedad de Schlumberger. Dejamos las deducciones de todo esto, sin más comentario, al lector.

17. ^a El turco juega con su brazo izquierdo. Una circunstancia tan notable no puede ser accidental. Brewster no le da a esto la menor importancia, limitándose, según creemos, a hacer constar el hecho. Los más recientes autores de tratados sobre el autómatas parecen no haber observado ese detalle ni por asomo, y no hacen referencia a él. El autor del folleto citado por Brewster lo menciona, pero reconoce su incapacidad para explicarlo. No obstante, es evidente que de tales relevantes discrepancias o incongruencias se

pueden hacer deducciones (si es posible hacerlas en absoluto) que nos conduzcan a la verdad.

La circunstancia de que el autómatas juegue con su mano izquierda puede no tener relación con las operaciones de la máquina, considerada simplemente como tal. Cualquier dispositivo mecánico que hiciera mover de cualquier manera dada el brazo izquierdo de la figura, podría, a la inversa, hacerle mover de igual modo el derecho. Pero estos principios no pueden extenderse hasta la organización humana, donde existe una marcada y radical diferencia en la conformación y, en todo caso, en las facultades de los brazos derecho e izquierdo. Reflexionando sobre este último hecho, relacionamos, como es natural, la incongruencia evidente del Jugador de Ajedrez con la particularidad de la organización humana. Y entonces hemos de imaginar una especie de inversión, pues el Jugador de Ajedrez juega precisamente como no jugaría un

hombre. Estas ideas, una vez aceptadas, bastan para sugerirnos la noción de un hombre escondido dentro. Unos cuantos pasos imperceptibles más nos conducirán, por fin, al resultado. El autómata juega con su brazo izquierdo porque en esas circunstancias el hombre de dentro sólo puede jugar con el suyo derecho, un desiderátum lógico. Imaginemos, por ejemplo, que el autómata jugase con su brazo derecho. Para llegar al mecanismo que mueve el brazo, y que, como hemos explicado antes, está justamente debajo del hombro, sería necesario que el hombre de dentro utilizara su brazo derecho en una postura sumamente molesta y embarazosa (a saber: levantándolo contra su cuerpo, estrechamente oprimido entre éste y el costado del autómata), o que utilizase su brazo izquierdo, doblándolo sobre su pecho. En ningún caso obraría con la requerida facilidad o precisión. Por el contrario, jugando el autómata, como lo hace actualmente, con el brazo izquierdo, desaparecen todas esas dificultades. El brazo derecho del hombre de dentro se dobla sobre su pecho, y los dedos de su mano derecha actúan, sin constricción alguna, sobre el mecanismo del hombro de la figura.

No creemos que pueda presentarse objeción alguna razonable contra esta solución del autómata Jugador de Ajedrez.

EL POZO Y EL PÉNDULO

Estaba agotado, agotado hasta no poder más, por aquella larga agonía. Cuando, por último, me desataron y pude sentarme, noté que perdía el conocimiento. La sentencia, la espantosa sentencia de muerte, fue la última frase claramente acentuada que llegó a mis oídos. Luego, el sonido de las voces de los inquisidores me pareció que se apagaba en el indefinido zumbido

de un sueño. El ruido aquel provocaba en mi espíritu una idea de rotación, quizá a causa de que lo asociaba en mis pensamientos con una rueda de molino. Pero aquello duró poco tiempo, porque, de pronto, no oí nada más. No obstante, durante algún rato pude ver, pero ¡con qué terrible exageración! Veía los labios de los jueces vestidos de negro: eran blancos, más blancos que la hoja de papel sobre la que estoy escribiendo estas palabras; y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su dura expresión, de su resolución inexorable, del riguroso desprecio al dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino salían aún de aquellos labios. Los vi retorcerse en una frase mortal; les vi pronunciar las sílabas de mi nombre, y me estremecí al ver que el sonido no seguía al movimiento.

Durante varios momentos de espanto frenético vi también la blanda y casi imperceptible ondulación de las negras

colgaduras que cubrían las paredes de la sala, y mi vista cayó entonces sobre los siete grandes hachones que se habían colocado sobre la mesa. Tomaron para mí, al principio, el aspecto de la caridad, y los imaginé ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme. Pero entonces, y de pronto, una náusea mortal invadió mi alma, y sentí que cada fibra de mi ser se estremecía como si hubiera estado en contacto con el hilo de una batería galvánica. Y las formas angélicas convertíanse en insignificantes espectros con cabeza de llama, y claramente comprendí que no debía esperar de ellos auxilio alguno. Entonces, como una magnífica nota musical, se insinuó en mi imaginación la idea del inefable reposo que nos espera en la tumba. Llegó suave, furtivamente; creo que necesité un gran rato para apreciarla por completo. Pero en el preciso instante en que mi espíritu comenzaba a sentir claramente esa idea, y a acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia; los grandes hachones se redujeron a la nada; sus llamas se apagaron por completo, y sobrevino la negrura de las tinieblas; todas las sensaciones parecieron desaparecer como en una zambullida loca y precipitada del alma en el Hades. Y el Universo fue sólo noche, silencio, inmovilidad.

Estaba desvanecido. Pero, no obstante, no puedo decir que hubiese perdido la conciencia del todo. La que me quedaba, no intentaré definirla, ni describirla siquiera. Pero, en fin, todo no estaba perdido. En medio del más profundo sueño..., ¡no! En medio del delirio..., ¡no! En medio del desvanecimiento..., ¡no! En

medio de la muerte..., ¡no! Si fuera de otro modo, no habría salvación para el hombre. Cuando nos despertamos del más profundo sueño, rompemos la telaraña de algún sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde es tan delicado este tejido, que no recordamos haber soñado.

Dos grados hay, al volver del desmayo a la vida: el sentimiento de la existencia moral o espiritual y el de la existencia física. Parece probable que

si, al llegar al segundo grado, hubiéramos de evocar las impresiones del primero, volveríamos a encontrar todos los recuerdos elocuentes del abismo trasmundano. ¿Y cuál es ese abismo? ¿Cómo, al menos, podremos distinguir sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado primer grado no acuden de nuevo al llamamiento de la voluntad, no obstante, después de un largo intervalo, ¿no aparecen sin ser solicitadas, mientras, maravillados, nos preguntamos de dónde proceden? Quien no se haya desmayado nunca no descubrirá extraños palacios y casas singularmente familiares entre las ardientes llamas; no será el que contemple, flotando en el aire, las visiones melancólicas que el vulgo no puede vislumbrar; no será el que medite sobre el perfume de alguna flor desconocida, ni el que se perderá en el misterio de alguna melodía que nunca hubiese llamado su atención hasta entonces.

En medio de mis repetidos e insensatos esfuerzos, en medio de mi enérgica tenacidad en recoger algún vestigio de ese estado de vacío, hubo instantes en que soñé triunfar. Tuve momentos breves, brevísimos, en que he llegado a condensar recuerdos que en épocas posteriores mi razón lúcida me ha afirmado no poder referirse sino a ese estado en que parece aniquilada la conciencia. Muy confusamente me presentan esas sombras de recuerdos grandes figuras que me levantaban, transportándome silenciosamente hacia abajo, aún más hacia abajo, cada vez más abajo, hasta que me invadió un vértigo espantoso a la simple idea del infinito en descenso.

También me recuerdan no sé qué vago espanto que experimentaba el corazón, precisamente a causa de la calma sobrenatural de ese corazón. Luego, el sentimiento de una repentina inmovilidad en todo lo que me rodeaba, como si quienes me llevaban, un cortejo de espectros, hubieran pasado, al descender, los límites de lo ilimitado, y se hubiesen detenido, vencidos por el hastío infinito de su tarea. Recuerda mi alma más tarde una sensación de insipidez y de humedad; después, todo no es más que locura, la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

De pronto vuelven a mi alma un movimiento y un sonido: el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos. Luego, un intervalo en el que todo desaparece. Luego, el sonido de nuevo, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante penetradora de mi ser. Después la simple conciencia

de mi existencia sin pensamiento, sensación que duró mucho. Luego, bruscamente, el pensamiento de nuevo, un temor que me producía escalofríos y un esfuerzo ardiente por comprender mi verdadero estado. Después, un vivo afán de caer en la insensibilidad. Luego, un brusco renacer del alma y una afortunada tentativa de movimiento. Entonces, el recuerdo completo del proceso, de los negros tapices, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desmayo. Y el olvido más completo en torno a lo que ocurrió más tarde.

Únicamente después, y gracias a la constancia más enérgica, he logrado recordarlo vagamente.

No había abierto los ojos hasta ese momento. Pero sentía que estaba tendido de espaldas y sin ataduras. Extendí la mano y pesadamente cayó sobre algo húmedo y duro. Durante algunos minutos la dejé descansar así, haciendo esfuerzos por adivinar dónde podía encontrarme y lo que había sido de mí. Sentía una gran impaciencia por hacer uso de mis ojos, pero no me atreví. Tenía miedo de la primera mirada sobre las cosas que me rodeaban. No es que me aterrorizara contemplar cosas horribles, sino que me aterraba la idea de no ver nada.

A la larga, con una loca angustia en el corazón, abrí rápidamente los ojos. Mi espantoso pensamiento hallábase, pues, confirmado. Me rodeaba la negrura de la noche eterna. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me

sofocaba. La atmósfera era intolerablemente pesada. Continué acostado tranquilamente e hice un esfuerzo por emplear mi razón. Recordé los procedimientos inquisitoriales, y, partiendo de esto, procuré deducir mi posición verdadera. Había sido pronunciada la sentencia, y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. No obstante, ni un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto.

A pesar de todas las ficciones literarias, semejante idea es absolutamente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me encontraba y cuál era mi estado? Sabía que los condenados a muerte morían con frecuencia en los autos de fe. La misma tarde del día de mi juicio habíase celebrado una solemnidad de especie. ¿Me habían llevado, acaso, de nuevo a mi calabozo para aguardar en él el próximo sacrificio que había de celebrarse meses más tarde? Desde el principio comprendí que esto no podía ser. Inmediatamente había sido puesto en requerimiento el contingente de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados, en Toledo, estaba empedrado y había en él alguna luz.

Repentinamente, una horrible idea aceleró mi sangre en torrentes hacia mi corazón, y durante unos instantes caí de nuevo en mi insensibilidad. Al volver en mí, de un solo movimiento me levanté sobre mis pies, temblando convulsivamente en cada fibra. Desatinadamente, extendí mis brazos por encima de mi cabeza y a mi alrededor, en todas direcciones. No sentí nada. No obstante, temblaba a la idea de

dar un paso, pero me daba miedo tropezar contra los muros de mi tumba. Brotaba el sudor por todos mis poros, y en gruesas gotas frías se detenía sobre mi frente. A la larga, se me hizo intolerable la agonía de la incertidumbre y avancé con precaución, extendiendo los brazos y con los ojos fuera de sus órbitas, con la esperanza de hallar un débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo estaba vacío y negro. Respiré con mayor libertad. Por fin, me pareció evidente que el destino que me habían reservado

no era el más espantoso de todos.

Y entonces, mientras precavidamente continuaba avanzando, se confundían en masa en mi memoria mil vagos rumores que sobre los horrores de Toledo corrían. Sobre esos calabozos contábanse cosas extrañas. Yo siempre había creído que eran fábulas; pero, sin embargo, eran tan extraños, que sólo podían repetirse en voz baja. ¿Debía morir yo de hambre, en aquel subterráneo mundo de tinieblas, y qué muerte más terrible quizá me esperaba? Puesto que conocía demasiado bien el carácter de mis jueces, no podía dudar de que el resultado era la muerte, y una muerte de una amargura escogida. Lo que sería, y la hora de su ejecución, era lo único que me preocupaba y me aturdía.

Mis extendidas manos encontraron, por último, un sólido obstáculo. Era una pared que parecía construida de piedra,

muy lisa, húmeda y fría. La fui siguiendo de cerca, caminando con la precavida desconfianza que me habían inspirado ciertas narraciones antiguas. Sin embargo, esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar la dimensión de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y volver al punto de donde había partido sin darme cuenta de lo perfectamente igual que parecía la pared. En vista de ello busqué el cuchillo que guardaba en uno de mis bolsillos cuando fui conducido al tribunal. Pero había desaparecido, porque mis ropas habían sido cambiadas por un traje de grosera estameña.

Con objeto de comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la pared. Sin embargo, la dificultad era bien fácil de ser solucionada, y, no obstante, al principio, debido al desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Rasgué una tira de la orla de mi vestido y la coloqué en el suelo en toda su longitud, formando un ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas mi camino en torno a mi calabozo, al terminar el circuito tendría que encontrar el trozo de tela. Por lo menos, esto era lo que yo creía; pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo. Tambaleándome, anduve durante algún rato. Después tropecé y caí. Mi gran cansancio me decidió a continuar tumbado, y no tardó el sueño en apoderarse de mí en aquella posición.

Al despertarme y alargar el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro con agua. Estaba demasiado agotado para reflexionar

en tales circunstancias, y bebí y comí ávidamente. Tiempo más tarde reemprendí mi viaje en torno a mi calabozo, y trabajosamente logré llegar al trozo de estameña. En el momento de caer había contado ya cincuenta y dos pasos, y desde que reanudé el camino hasta encontrar la tela, cuarenta y ocho. De modo que medía un total de cien pasos, y suponiendo que dos de ellos constituyeran una yarda, calculé en unas cincuenta yardas la circunferencia de mi calabozo. Sin embargo, había

tropezado con numerosos ángulos en la pared, y esto impedía el conjeturar la forma de la cueva, pues no había duda alguna de que aquello era una cueva.

No ponía gran interés en aquellas investigaciones, y con toda seguridad estaba desalentado. Pero una vaga curiosidad me impulsó a continuarlas. Dejando la pared, decidí atravesar la superficie de mi prisión. Al principio procedí con extrema precaución, pues el suelo, aunque parecía ser de una materia dura, era traidor por el limo que en él había. No obstante, al cabo de un rato logré animarme y comencé a andar con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta.

De esta forma avancé diez o doce pasos, cuando el trozo rasgado que quedaba de orla se me enredó entre las piernas, haciéndome caer de bruces violentamente.

En la confusión de mi caída no noté al principio una circunstancia no muy sorprendente y que, no obstante, segundos después, hallándome todavía en el suelo, llamó mi atención. Mi barbilla apoyábase sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza, aunque parecían colocados a menos altura que la barbilla, no descansaban en ninguna parte. Me pareció, al mismo tiempo, que mi frente se empapaba en un vapor viscoso y que un extraño olor a setas podridas llegaba hasta mi nariz. Alargué el brazo y me estremecí descubriendo que había caído al borde mismo de un pozo circular cuya extensión no podía medir en aquel momento. Tocando las paredes precisamente debajo del brocal, logré arrancar un trozo de piedra y la dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes. Chocaba en su caída contra las paredes del pozo. Lúgubrementemente, se hundió por último en el agua, despertando ecos estridentes. En el mismo instante dejóse oír un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta abierta y cerrada casi al mismo tiempo, mientras un débil rayo de luz atravesaba repentinamente la oscuridad y se apagaba enseguida.

Con toda claridad vi la suerte que se me preparaba, y me felicité por el oportuno accidente que me había salvado. Un paso más, y el mundo no me hubiera vuelto a ver. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía ese mismo carácter que había yo considerado como fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía

no tenían otra alternativa que la muerte, con sus crueles agonías físicas o con sus abominables torturas morales. Esta última fue la que me había sido reservada. Mis nervios estaban abatidos por un largo sufrimiento, hasta el punto que me hacía temblar el sonido de mi propia voz, y me consideraba por todos motivos una víctima excelente para la clase de tortura que me aguardaba.

Temblando, retrocedí a tientas hasta la pared, decidido a dejarme morir antes que afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda

multiplicaba mi imaginación. En otra situación de ánimo hubiese tenido el suficiente valor para concluir con mis miserias de una sola vez, lanzándome a uno de aquellos abismos; pero en aquellos momentos era yo el más perfecto de los cobardes. Por otra parte, me era imposible olvidar lo que había leído con respecto a aquellos pozos, de los que se decía que la extinción repentina de la vida era una esperanza cuidadosamente excluida por el genio infernal de quien los había concebido.

Durante algunas horas me tuvo despierto la agitación de mi ánimo. Pero, por último, me adormecí de nuevo. Al despertarme, como la primera vez, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed abrasadora, y de un trago vacié el cántaro. Algo debía de tener aquella agua, pues apenas bebí sentí unos irresistibles deseos de dormir. Caí en un sueño

profundo parecido al de la muerte No he podido saber nunca cuánto tiempo duró; pero, al abrir los ojos, pude distinguir los objetos que me rodeaban. Gracias a una extraña claridad sulfúrea, cuyo origen no pude descubrir al principio, podía ver la magnitud y aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado mucho con respecto a sus dimensiones. Las paredes no podían tener más de veinticinco yardas de circunferencia. Durante unos minutos, ese descubrimiento me turbó grandemente, turbación en verdad pueril, ya que, dadas las terribles circunstancias que me rodeaban, ¿qué cosa menos importante podía encontrar que las dimensiones de mi calabozo? Pero mi alma ponía un interés extraño en las cosas nimias, y tenazmente me dediqué a darme cuenta del error que había cometido al tomar las medidas de aquel recinto. Por último se me apareció como un relámpago la luz de la verdad. En mi primera exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer. En ese instante debía encontrarme a uno o dos pasos del trozo de tela. Realmente, había efectuado casi el circuito de la cueva. Entonces me dormí, y al despertarme, necesariamente debí de volver sobre mis pasos, creando así un circuito casi doble del real. La confusión de mi cerebro me impidió darme cuenta de que había empezado la vuelta con la pared a mi izquierda y que la terminaba teniéndola a la derecha.

También me había equivocado por lo que respecta a la forma del recinto. Tanteando el camino, había encontrado varios

ángulos, deduciendo de ello la idea de una gran irregularidad; tan poderoso es el efecto de la oscuridad absoluta sobre el que sale de un letargo o de un sueño. Los ángulos eran, sencillamente, producto de leves depresiones o huecos que se encontraban a intervalos desiguales. La forma general del recinto era cuadrada. Lo que creía mampostería parecía ser ahora hierro u otro metal dispuesto en enormes planchas, cuyas suturas y juntas producían las depresiones.

Toda la superficie de aquella construcción metálica estaba embadurnada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de

la superstición sepulcral de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, con formas de esqueleto y otras imágenes de horror más realista, llenaban en toda su extensión las paredes. Me di cuenta de que los contornos de aquellas monstruosidades estaban suficientemente claros, pero que los colores parecían manchados y estropeados por efecto de la humedad del ambiente. Vi entonces que el suelo era de piedra. En su centro había un pozo circular, de cuya boca había yo escapado, pero no vi que hubiese alguno más en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había cambiado mucho durante mi sueño. Ahora, de espaldas, estaba acostado cuan largo era sobre una especie de armadura de madera muy baja. Estaba atado con

una larga tira que parecía de cuero. Enrollábase en distintas vueltas en torno a mis miembros y a mi cuerpo, dejando únicamente libres mi cabeza y mi brazo izquierdo. Sin embargo, tenía que hacer un violento esfuerzo para alcanzar el alimento que contenía un plato de barro que habían dejado a mi lado sobre el suelo. Con verdadero terror me di cuenta de que el cántaro había desaparecido, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que el plan de mis verdugos consistía en exasperar esta sed, puesto que el alimento que contenía el plato era una carne cruelmente salada.

Levanté los ojos y examiné el techo de mi prisión. Hallábase a una altura de treinta o cuarenta pies y parecíase mucho, por su construcción, a las paredes laterales. En una de sus caras llamó mi atención una figura de las más singulares. Era una representación pintada del Tiempo, tal como se acostumbra representarle, pero en lugar de la guadaña tenía un objeto que a primera vista creí se trataba de un enorme péndulo como los de los relojes antiguos. No obstante, algo había en el aspecto de aquella máquina que me hizo mirarla con más detención.

Mientras la observaba directamente, mirando hacia arriba, pues hallábase colocada exactamente sobre mi cabeza, me pareció ver que se movía. Un momento después se confirmaba mi idea. Su balanceo era corto y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza, y, sobre todo, con extrañeza, la observé durante unos minutos. Cansado, al cabo, de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un ruido leve atrajo mi atención. Miré al suelo y vi algunas enormes ratas que lo cruzaban. Habían salido del pozo que yo podía distinguir a mi derecha. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel, a toda prisa, con voraces ojos y atraídas por el olor de la carne. Me costó gran esfuerzo y atención apartarlas.

Transcurrió media hora, tal vez una hora —pues apenas imperfectamente podía medir el tiempo—, cuando, de nuevo, levanté los ojos sobre mí. Lo que

entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda, y, como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor. Pero, principalmente, lo que más me impresionó fue la idea de que había descendido visiblemente. Puede imaginarse con qué espanto observé entonces que su extremo inferior estaba formado por media luna de brillante acero, que, aproximadamente, tendría un pie de largo de un cuerno a otro. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba, y el filo inferior, evidentemente afilado como una navaja barbera. También parecía una navaja barbera, pesado y macizo, y ensanchábase desde el filo en una forma ancha y sólida. Se ajustaba a una gruesa varilla de cobre, y todo ello silbaba moviéndose en el espacio.

Ya no había duda alguna con respecto a la suerte que me había preparado la horrible ingeniosidad monacal. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; del pozo, cuyos horrores habían sido reservados para un hereje tan temerario como yo; del pozo, imagen del infierno, considerado por la opinión como la Última Tule de todos los castigos. El más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en él, y yo sabía que el arte de convertir el suplicio en un lazo y una sorpresa constituía una rama importante de aquel sistema fantástico de ejecuciones misteriosas. Por lo visto, habiendo fracasado mi caída en el pozo, no figuraba en el demoníaco plan arrojarme a él. Por tanto, estaba destinado, y en este caso sin ninguna alternativa, a una muerte distinta y más dulce. ¡Más dulce! En mi agonía, pensando en el uso singular que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

¿Para qué contar las largas, las interminables horas de horror, más que mortales, durante las que conté las vibrantes oscilaciones del acero? Pulgada a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente, efectuando un descenso sólo apreciable a intervalos, que eran para mí más largos que siglos. Y cada vez más, cada vez más, seguía bajando, bajando.

Pasaron días, tal vez muchos días, antes de que llegase a balancearse lo suficientemente cerca de mí para abanicarme con su aire acre. Hería mi olfato el olor del acero afilado. Rogué al Cielo, cansándolo con mis súplicas, que hiciera descender más rápidamente el acero. Enloquecí, me volví frenético, hice

esfuerzos para incorporarme e ir al encuentro de aquella espantosa y movable cimitarra. Y luego, de pronto, se apoderó de mí una gran calma y permanecí tendido, sonriendo a aquella muerte brillante, como podría sonreír un niño a un juguete precioso.

Transcurrió luego un instante de perfecta insensibilidad. Fue un intervalo muy corto. Al volver a la vida no me pareció que el péndulo hubiera descendido una altura apreciable. No obstante, es posible que aquel tiempo hubiese sido larguísimo. Yo sabía que existían seres infernales que tomaban nota de mi desvanecimiento y que a su capricho podían detener la vibración.

Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles, como resultado de una enorme inanición. Aun entre aquellas angustias, la naturaleza humana suplicaba el sustento. Con un esfuerzo penoso, extendí mi brazo izquierdo tan lejos como mis ligaduras me lo permitían, y me apoderé de un pequeño sobrante que las ratas se habían dignado dejarme. Al llevarme un pedazo a los labios, un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza, se alojó en mi espíritu. No obstante, ¿qué había de común entre la esperanza y yo? Repito que se trataba de un pensamiento informe. Con frecuencia tiene el hombre pensamientos así, que nunca se completan. Me di cuenta de que se trataba de un pensamiento de alegría, de esperanza, pero comprendí también que había muerto al nacer. Me esforcé

inútilmente en completarlo, en recobrarlo. Mis largos sufrimientos habían aniquilado casi por completo las ordinarias facultades de mi espíritu. Yo era un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi cuerpo. Vi que la cuchilla había sido dispuesta de modo que atravesara la región del corazón. Rasgaría la tela de mi traje, volvería luego y repetiría la operación una y otra vez. A pesar de la gran dimensión de la curva recorrida —unos treinta pies, más o menos— y la silbante energía de su descenso, que incluso hubiera podido cortar aquellas murallas de hierro, todo cuanto podía hacer, en resumen, y durante algunos minutos, era rasgar mi traje.

Y en este pensamiento me detuve. No me atrevía a ir más allá de él. Insistí sobre él con una sostenida atención, como si con esta insistencia hubiera podido parar allí el descenso de la cuchilla. Empecé a pensar en el sonido que produciría ésta al pasar sobre mi traje, y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de la tela sobre los nervios. Pensé en todas esas cosas, hasta que los dientes me rechinaron.

Más bajo, más bajo aún. Deslizábase cada vez más bajo. Yo hallaba un placer frenético en comparar su velocidad de arriba abajo con su velocidad lateral. Ahora, hacia la derecha; ahora, hacia la izquierda. Después se iba lejos, lejos, y volvía luego, con el chillido de un alma condenada, hasta mi corazón con el andar furtivo del tigre. Yo aullaba y reía alternativamente, según me dominase una u otra idea.

Más bajo, invariablemente, inexorablemente más bajo. Movíase a tres pulgadas de mi pecho. Furiosamente, intenté libertar con violencia mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Únicamente podía mover la mano desde el plato que habían colocado a mi lado hasta mi boca; sólo esto, y con un gran esfuerzo. Si hubiera podido romper las ligaduras por encima del codo, hubiese cogido el péndulo e intentado detenerlo, lo que hubiera sido como intentar detener una avalancha.

Siempre más bajo, incesantemente, inevitablemente más bajo. Respiraba con verdadera angustia, y me agitaba a cada vibración. Mis ojos seguían el vuelo ascendente de la cuchilla y su caída, con el ardor de la desesperación más enloquecida; espasmódicamente, cerrábanse en el momento del descenso sobre mí. Aun cuando la muerte hubiera sido un alivio, ¡oh, qué alivio más indecible! Y, sin embargo, temblaba con todos mis nervios al pensar que bastaría que la máquina descendiera un grado para que se precipitara sobre mi pecho el hacha afilada y reluciente. Y mis nervios temblaban, y hacían encoger todo mi ser a causa de la esperanza. Era la esperanza, la esperanza triunfante aún sobre el potro, que dejábase oír al oído de los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que diez o doce vibraciones, aproximadamente, pondrían el acero en inmediato contacto con mi traje. Y con

esta observación entróse en mi ánimo la calma condensada y aguda de la desesperación. Desde hacía muchas horas, desde hacía muchos días, tal vez, pensé por vez primera. Se me ocurrió que la tira o correa que me ataba era de un solo trozo. Estaba atado con una ligadura continuada. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna, efectuada en cualquier lugar de la correa, tenía que desatarla lo suficiente para permitir que mi mano la desenrollara de mi cuerpo. ¡Pero qué terrible era, en este caso, su proximidad! El resultado de la más ligera sacudida había de ser mortal. Por otra parte, ¿habrían previsto o impedido esta posibilidad los secuaces del verdugo? ¿Era probable que en el recorrido del péndulo atravesasen mi pecho las ligaduras? Temblando al imaginar frustrada mi débil esperanza, la última, realmente, levanté mi cabeza lo bastante para ver bien mi pecho. La correa cruzaba mis miembros estrechamente, juntamente con todo mi cuerpo, en todos sentidos, menos en la trayectoria de la cuchilla homicida.

Aún no había dejado caer de nuevo mi cabeza en su primera posición, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que sólo sabría definir, aproximadamente, diciendo que era la mitad no formada de la idea de libertad que ya he expuesto, y de la que vagamente había flotado en mi espíritu una sola mitad cuando llevé a mis labios ardientes el alimento. Ahora, la idea entera estaba allí presente, débil, apenas viable, casi indefinida, pero,

en fin, completa. Inmediatamente, con la energía de la desesperación, intenté llevarla a la práctica.

Hacia varias horas que cerca del caballete sobre el que me hallaba acostado se encontraba un número incalculable de ratas. Eran tumultuosas, atrevidas, voraces. Fijaban en mí sus ojos rojos, como si no esperasen más que mi inmovilidad para hacer presa. «¿A qué clase de alimento —pensé— se habrán acostumbrado en este pozo?»

Menos una pequeña parte, y a pesar de todos mis esfuerzos para impedirlo, habían devorado el contenido del plato. Mi mano se acostumbró a un

movimiento de vaivén hacia el plato; pero a la larga, la uniformidad maquinal de ese movimiento le había restado eficacia. Aquella plaga, en su voracidad, dejaba señales de sus agudos dientes en mis dedos. Con los restos de la carne aceitosa y picante que aún quedaba, froté vigorosamente mis ataduras hasta donde me fue posible hacerlo, y hecho esto retiré mi mano del suelo y me quedé inmóvil y sin respirar.

Al principio, lo repentino del cambio y el cese del movimiento hicieron que los voraces animales se asustaran. Se apartaron alarmados y algunos volvieron al pozo. Pero esta actitud no duró más de un instante. No había yo contado en vano con su glotonería. Viéndome sin movimiento, una o dos de las más atrevidas se encaramaron por el caballete y olisquearon la

correa. Todo esto me pareció el prelude de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo. Agarráronse a la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada las asustaba el movimiento regular del péndulo. Lo esquivaban y trabajaban activamente sobre la engrasada tira. Se apretaban moviéndose y se amontonaban incesantemente sobre mí. Sentía que se retorcían sobre mi garganta, que sus fríos hocicos buscaban mis labios.

Me encontraba medio sofocado por aquel peso que se multiplicaba constantemente. Un asco espantoso, que ningún hombre ha sentido en el mundo, henchía mi pecho y helaba mi corazón como un pesado vómito. Un minuto más, y me daba cuenta de que la operación habría terminado. Sobre mí sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio habían de estar cortadas. Con una resolución sobrehumana, continué inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos. Mis sufrimientos no habían sido vanos. Sentí luego que estaba libre. En pedazos, colgaba la correa en torno de mi cuerpo. Pero el movimiento del péndulo efectuábase ya sobre mi pecho. La estameña de mi traje había sido atravesada y cortada la camisa. Efectuó dos oscilaciones más, y un agudo dolor atravesó mis nervios. Pero había llegado el instante de salvación. A un ademán de mis manos, huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y aplastándome contra el banquillo, me deslicé fuera del abrazo

de la tira y del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento estaba libre.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas había escapado de mi lecho de horror, apenas hube dado unos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la máquina infernal y la oí subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible. Aquélla fue una lección que llenó de desesperación mi alma. Indudablemente, todos mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Había escapado de la muerte bajo una determinada agonía, sólo para ser entregado a algo peor que la muerte misma, y bajo otra nueva forma. Pensando en ello, fijé convulsivamente mis ojos en las paredes de hierro que

me rodeaban. Algo extraño, un cambio que en un principio no pude apreciar claramente se había producido con toda evidencia en la habitación. Durante varios minutos en los que estuve distraído, lleno de ensueños y de escalofríos, me perdí en conjeturas vanas e incoherentes.

Por primera vez me di cuenta del origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura, que extendíase en torno del calabozo en la base de las paredes, que, de ese modo, parecían, y en efecto lo estaban, completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella abertura, aunque como puede imaginarse, inútilmente. Al

levantarme desanimado, se descubrió a mi inteligencia, de pronto, el misterio de la alteración que la celda había sufrido.

Había tenido ocasión de comprobar que, aun cuando los contornos de las figuras pintadas en las paredes fuesen suficientemente claros, los colores parecían alterados y borrosos. Ahora acababan de tomar, y tomaban a cada momento, un sorprendente e intensísimo brillo, que daba a aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más firmes que los míos. Pupilas demoníacas, de una viveza siniestra y feroz, se clavaban sobre mí desde mil sitios distintos, donde yo anteriormente no había sospechado que se encontrara ninguna, y brillaban cual fulgor lúgubre de un fuego que, aunque vanamente, quería considerar completamente imaginario.

¡Imaginario! Me bastaba respirar para traer hasta mi nariz un vapor de hierro enrojecido. Extendíase por el calabozo un olor sofocante. A cada momento reflejábese un ardor más profundo en los ojos clavados en mi agonía. Un rojo más oscuro se extendía sobre aquellas horribles pinturas sangrientas. Estaba jadeante; respiraba con grandes esfuerzos. No había duda con respecto al deseo de mis verdugos, los más despiadados, los más demoníacos de todos los hombres.

Me aparté lejos del metal ardiente, dirigiéndome al centro del calabozo. Frente a aquella destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo llegó a mi alma como un bálsamo. Me lancé hacia sus mortales bordes. Dirigí mis miradas hacia el fondo.

El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más ocultas. No obstante durante un minuto de desvarío, mi espíritu negóse a comprender la significación de lo que veía. Al fin, aquello penetró en mi alma, a la fuerza, triunfalmente. Se grabó a fuego en mi razón estremecida. ¡Una voz, una voz para hablar! ¡Oh horror! ¡Todos los horrores, menos ése! Con un grito, me aparté del brocal, y, escondido mi rostro entre las manos, lloré con amargura.

El calor aumentaba rápidamente, y levanté una vez más los ojos, temblando en un acceso febril. En la celda habíase operado un segundo cambio, y ése efectuábase, evidentemente, en la forma. Como la primera vez,

intenté inútilmente apreciar o comprender lo que sucedía. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición era rápida, y dos veces la había frustrado. No podía luchar por más tiempo con el rey del espanto. La celda había sido cuadrada. Ahora notaba que dos de sus ángulos de hierro eran agudos, y, por tanto, obtusos los otros dos. Con un gruñido, con un sordo gemido, aumentaba rápidamente el terrible contraste.

En un momento, la estancia había convertido su forma en la de un rombo. Pero la transformación no se detuvo aquí. No deseaba ni esperaba que se parase. Hubiera llegado a los

muros al rojo para aplicarlos contra mi pecho, como si fueran una vestidura de eterna paz. «¡La muerte! —me dije—.

¡Cualquier muerte, menos la del pozo!» ¡Insensato! ¿Cómo no pude comprender que el pozo era necesario, que aquel pozo único era la razón del hierro candente que me sitiaba?

¿Resistiría yo su calor? Y aun suponiendo que pudiera resistirlo, ¿podría sostenerme contra su presión?

Y el rombo se aplastaba, se aplastaba, con una rapidez que no me dejaba tiempo para pensar. Su centro, colocado sobre la línea de mayor anchura, coincidía precisamente con el abismo abierto. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible.

Llegó, por último, un momento en que mi cuerpo, quemado y retorcido, apenas halló sitio para él, apenas hubo lugar para mis pies en el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un fuerte y prolongado grito de desesperación. Me di cuenta de que vacilaba sobre el brocal, y volví los ojos...

Pero he aquí un ruido de voces humanas. Una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos. Los muros de fuego echáronse hacia atrás precipitadamente. Un brazo alargado me cogió el mío, cuando, ya desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. Las tropas francesas habían entrado en Toledo. La Inquisición hallábase en poder de sus enemigos.

EL GATO NEGRO

Ni espero ni quiero que se dé crédito a la historia más extraordinaria, y, sin embargo, más familiar, que voy a referir. Tratándose de un caso en el que mis sentidos se niegan a aceptar su propio testimonio, yo habría de estar realmente loco si así lo creyera. No obstante, no estoy loco, y, con toda seguridad, no sueño. Pero mañana puedo morir y quisiera aliviar hoy mi espíritu. Mi inmediato deseo es mostrar al mundo, clara, concretamente y sin comentarios,

una serie de simples acontecimientos domésticos que, por sus consecuencias, me han aterrorizado, torturado y anonadado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. A mí casi no me han producido otro sentimiento que el de horror; pero a muchas personas les parecerán menos terribles que insólitos. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasma al estado de lugar común. Alguna inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, encontrará tan sólo en las circunstancias que relato con terror una serie normal de causas y de efectos naturalísimos.

La docilidad y humanidad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de favoritos. Casi todo el tiempo lo pasaba con ellos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de goce. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel y sagaz no requieren la explicación de la naturaleza o intensidad de los goces que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que con frecuencia ha tenido ocasión de comprobar la amistad mezquina y la frágil fidelidad del Hombre natural.

Me casé joven. Tuve la suerte de descubrir en mi mujer una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi gusto por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionármelos de la especie más agradable. Tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y un gato.

Era este último animal muy fuerte y bello, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que era, en el fondo, algo supersticiosa, hablando de su inteligencia, aludía frecuentemente a la antigua creencia popular que consideraba

a todos los gatos negros como brujas disimuladas. No quiere esto decir que hablara siempre en serio sobre este particular, y lo consigno sencillamente porque lo recuerdo.

Plutón —llamábase así el gato— era mi predilecto amigo. Sólo yo le daba de comer, y adondequiera que fuese me seguía por la casa. Incluso me costaba trabajo impedirle que me fuera siguiendo por las calles.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento —me sonroja confesarlo—, por causa del demonio de la intemperancia, sufrió una alteración radicalmente funesta. De día en día me hice más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Empleé con mi mujer un lenguaje brutal, y con el tiempo la afligí incluso con

violencias personales. Naturalmente, mi pobre favorito debió de notar el cambio de mi carácter. No solamente, no les hacía caso alguno, sino que los maltrataba.

Sin embargo, por lo que se refiere a Plutón, aún despertaba en mí la consideración suficiente para no pegarle. En cambio, no sentía ningún escrúpulo en maltratar a los conejos, al mono e incluso al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino. Pero iba secuestrándome mi mal, porque, ¿qué mal admite una comparación con el alcohol? Andando el tiempo, el mismo Plutón, que envejecía y, naturalmente, se

hacía un poco hurraño, comenzó a conocer los efectos de mi perverso carácter.

Una noche, en ocasión de regresar a casa completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí, pero él, horrorizado por mi violenta actitud, me hizo en la mano, con los dientes, una leve herida. De mí se apoderó repentinamente un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Pareció como si, de pronto, mi alma original hubiese abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca, saturada de ginebra, se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, cogí al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo... Me cubre el rubor, me abrasa, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, hube recuperado la razón, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté un sentimiento mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen que había cometido. Pero, todo lo más, era un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió sus acometidas. Volví a sumirme en los excesos, y no tardé en ahogar en el vino todo el recuerdo de mi acción.

Curó entretanto el gato lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es cierto, un aspecto espantoso. Pero después, con el tiempo, no pareció que se daba cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa; pero, como debí suponerlo,

en cuanto veía que me aproximaba a él, huía aterrorizado. Me quedaba aún lo bastante de mi antiguo corazón para que me afligiera aquella manifiesta antipatía en una criatura que tanto me había amado anteriormente. Pero este sentimiento no tardó en ser desalojado por la irritación. Como para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de perversidad, espíritu del que la filosofía no se cuida ni poco ni mucho.

No obstante, tan seguro como que existe mi alma, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de esas indivisibles primeras facultades o sentimientos que dirigen el carácter del hombre... ¿Quién no se ha sorprendido numerosas veces cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla?

¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar lo que es la ley, simplemente porque comprendemos que es la Ley?

Digo que este espíritu de perversidad hubo de producir mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, me impulsaba a continuar y últimamente a llevar a efecto el suplicio que había infligido al inofensivo animal. Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón

desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que él me había amado, y porque reconocía que no me había dado motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque sabía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía a mi alma inmortal, hasta el punto de colocarla, si esto fuera posible, lejos incluso de la misericordia infinita del muy terrible y misericordioso Dios.

En la noche siguiente al día en que fue cometida una acción tan cruel, me despertó del sueño el grito de: «¡Fuego!». Ardían las cortinas de mi lecho. La casa era una gran hoguera. No sin grandes dificultades, mi mujer, un criado y yo logramos escapar del incendio. La destrucción fue total. Quedé arruinado y me entregué desde entonces a la desesperación.

No intento establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a la atrocidad y el desastre. Estoy por encima de tal debilidad. Pero me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón. Visité las ruinas el día siguiente al del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta sola excepción la constituía un delgado tabique interior, situado casi en la mitad de la casa, contra el que se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí la fábrica había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a haber sido renovada recientemente. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas examinaban una parte del muro con atención viva y minuciosa. Excitaron mi curiosidad las palabras: «extraño», «singular», y

otras expresiones parecidas. Me acerqué y vi, a modo de un bajorrelieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con una exactitud realmente maravillosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas hube visto esta aparición —porque yo no podía considerar aquello más que como una aparición—, mi asombro y mi terror fueron extraordinarios. Por fin vino en mi amparo la reflexión. Recordaba que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, el jardín fue invadido inmediatamente por la muchedumbre, y el animal debió de ser descolgado por alguien del árbol y arrojado a mi cuarto por una ventana abierta. Indudablemente se hizo esto con el fin de despertarme. El

derrumbamiento de las restantes paredes habían comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido. La cal del muro, en combinación con las llamas y el amoníaco del cadáver, produjo la imagen tal como yo la veía.

Aunque prontamente satisficé así a mi razón, ya que no por completo mi conciencia, no dejó, sin embargo, de grabar en mi imaginación una huella profunda el sorprendente caso que acabo de dar cuenta. Durante algunos meses no pude liberarme del fantasma del gato, y en todo este tiempo nació en mi alma una especie de sentimiento que se parecía, aunque

no lo era, al remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal y a buscar en torno mío, en los miserables tugurios que a la sazón frecuentaba, otro favorito de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Hallábame sentado una noche, medio aturdido, en un bodegón infame, cuando atrajo repentinamente mi atención un objeto negro que yacía en lo alto de uno de los inmensos barriles de ginebra o ron que componían el mobiliario más importante de la sala. Hacía ya algunos momentos que miraba a lo alto del tonel, y me sorprendió no haber advertido el objeto colocado encima. Me acerqué a él y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como Plutón, al que se parecía en todo menos en un pormenor: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, pero éste tenía una señal ancha y blanca, aunque de forma indefinida, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas puse en él mi mano, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento de mi atención. Era, pues, el animal que yo buscaba. Me apresuré a proponer al dueño su adquisición, pero éste no tuvo interés alguno por el animal. Ni le conocía ni le había visto hasta entonces.

Continué acariciándole, y cuando me disponía a regresar a mi casa, el animal se mostró dispuesto a seguirme. Se lo permití, e inclinándome de cuando en cuando, caminamos hacia mi casa acariciándole. Cuando llegó a ella se encontró como si fuera la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Por mi parte, no tardó en formarse en mí una antipatía hacia él. Era, pues, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué sucedió esto, pero su evidente ternura me enojaba y casi me fatigaba. Paulatinamente, estos sentimientos de disgusto y fastidio acrecentaron hasta convertirse en la amargura del odio. Yo evitaba su presencia. Una especie de vergüenza, y el recuerdo de mi primera crueldad, me impidieron que lo maltratara. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de tratarle con violencia; pero gradual, insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible, y a eludir en silencio, como si huyera de la peste, su odiosa

presencia.

Sin duda, lo que aumentó mi odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana del siguiente día de haberlo llevado a casa. Como Plutón, también él había sido privado de uno de sus ojos. Sin embargo, esta circunstancia contribuyó a hacerle más grato a mi mujer, que, como he dicho ya, poseía grandemente la ternura de sentimientos que fue en otro tiempo mi rasgo característico y el frecuente manantial de mis placeres más sencillos y puros.

Sin embargo, el cariño que el gato me demostraba parecía crecer en razón directa de mi odio hacia él. Con una tenacidad imposible de hacer comprender al lector, seguía

constantemente mis pasos. En cuanto me sentaba, acurrucábase bajo mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus caricias espantosas. Si me levantaba para andar, metíase entre mis piernas y casi me derribaba, o bien, clavando sus largas y agudas garras en mi ropa, trepaba por ellas hasta mi pecho. En esos instantes, aun cuando hubiera querido matarle de un golpe, me lo impedía en parte el recuerdo de mi primer crimen; pero, sobre todo, me apresuro a confesarlo, el verdadero terror del animal.

Este terror no era positivamente el de un mal físico, y, no obstante, me sería muy difícil definirlo de otro modo. Casi me avergüenza confesarlo. Aun en esta celda de malhechor, casi me avergüenza confesar que el horror y el pánico que me inspiraba el animal habíanse acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar. Mi mujer, no pocas veces, había llamado mi atención con respecto al carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia perceptible entre el animal extraño y aquel que había matado yo. Recordará, sin duda, el lector que esta señal, aunque grande, tuvo primitivamente una forma indefinida. Pero lenta, gradualmente, por fases imperceptibles y que mi razón se esforzó durante largo tiempo en considerar como imaginaria, había concluido adquiriendo una nitidez rigurosa de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar nombrarlo. Era, sobre todo, lo que me hacía mirarle

como a un monstruo de horror y repugnancia, y lo que, si me hubiera atrevido, me hubiese impulsado a librarme de él. Era ahora, digo, la imagen de una cosa abominable y siniestra: la imagen ¡de la horca! ¡Oh lúgubre y terrible máquina, máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era entonces, en verdad, un miserable, más allá de la miseria posible de la Humanidad. Una bestia bruta, cuyo hermano fue aniquilado por mí con desprecio; una bestia bruta engendraba en mí, en mí, hombre formado a imagen del Altísimo, tan grande e intolerable infortunio. ¡Ay! Ni de día ni de

noche conocía yo la paz del descanso. Ni un solo instante, durante el día, dejábame el animal. Y de noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños lleno de indefinible angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio de la cosa sobre mi rostro, y su enorme peso, encarnación de una pesadilla que yo no podía separar de mí y que parecía eternamente posada en mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco que había de bueno en mí. Infames pensamientos convirtiéronse en mis íntimos; los más sombríos, los más infames de todos los pensamientos. La tristeza de mi humor de costumbre se acrecentó hasta hacerme aborrecer a todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. ¡Ay! Era mi paño de lágrimas de siempre. La más paciente víctima de las repentinas,

frecuentes e indomables expansiones de una furia a la que ciegamente me abandoné desde entonces.

Para un quehacer doméstico, me acompañó un día al sótano de un viejo edificio en el que nos obligara a vivir nuestra pobreza. Por los agudos peldaños de la escalera me seguía el gato, y, habiéndome hecho tropezar de cabeza, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha y olvidando en mi furor el espanto pueril que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal, que hubiera sido mortal si le hubiera alcanzado como quería. Pero la mano de mi mujer detuvo el golpe. Una rabia más que diabólica me produjo esta intervención. Liberé mi brazo del obstáculo que lo detenía y le hundí a ella el hacha en el cráneo. Mi mujer cayó muerta instantáneamente, sin exhalar siquiera un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que no podía hacerlo desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el riesgo de que se enteraran los vecinos. Asaltaron mi mente varios proyectos. Pensé por un instante en fragmentar el cadáver y arrojar al suelo los pedazos. Resolví después cavar una fosa en el piso de la cueva. Luego pensé arrojarlo al pozo del jardín. Cambié la idea y decidí embalarlo en un cajón, como una mercancía, en la forma de costumbre, y encargarme a un mandadero que se lo llevase de casa. Pero, por último, me detuve ante un proyecto que consideré el más factible. Me

decidí a emparedarlo en el sótano, como se dice que hacían en la Edad Media los monjes con sus víctimas.

La cueva parecía estar construida a propósito para semejante proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado de costumbre, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos en toda su extensión por una capa de yeso que no dejó endurecer la humedad.

Por otra parte, había un saliente en uno de los muros, producido por una chimenea artificial o especie de hogar que quedó luego tapado y dispuesto de la misma forma que el resto del sótano. No dudé que me sería fácil quitar los

ladrillos de aquel sitio, colocar el cadáver y emparedarlo del mismo modo, de forma que ninguna mirada pudiese descubrir nada sospechoso.

No me engañó mi cálculo. Ayudado por una palanca, separé sin dificultad los ladrillos, y, habiendo luego aplicado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esta postura hasta poder restablecer sin gran esfuerzo toda la fábrica a su estado primitivo. Con todas las precauciones imaginables, me procuré una argamasa de cal y arena, preparé una capa que no podía distinguirse de la primitiva y cubrí escrupulosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, vi que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con el mayor

cuidado barrí el suelo y recogí los escombros, miré triunfalmente en torno mío y me dije: «Por lo menos, aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso».

Mi primera idea, entonces, fue buscar al animal que había sido el causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento hubiera podido encontrarle, nada hubiese evitado su destino. Pero parecía que el artificioso animal, ante la violencia de mi cólera, habíase alarmado y procuraba no presentarse ante mí, desafiando mi mal humor. Imposible describir o imaginar la intensa, la apacible sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestable criatura. En toda la noche no se presentó, y ésta fue la primera que gocé desde su entrada en la casa, durmiendo tranquila y profundamente. Sí; dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, sin embargo. Como un hombre libre, respiré una vez más. En su terror, el monstruo había abandonado para siempre aquellos lugares. Ya no volvería a verle nunca. Mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción. Incoóse una especie de sumario que apuró poco las averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día después de haberse cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de

policía y procedió de nuevo a una rigurosa investigación del local. Sin embargo, confiado en lo impenetrable del escondite, no experimenté ninguna turbación.

Los agentes quisieron que les acompañase en sus pesquisas. Fue explorado hasta el último rincón. Por tercera o cuarta vez bajaron por último a la cueva. No me alteré lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sótano de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me paseé indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar la casa. Era

demasiado intenso el júbilo de mi corazón para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente su convicción con respecto a mi inocencia.

—Señores —dije, por último, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Deseo a todos ustedes una buena salud y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, señores, tienen ustedes aquí una casa muy bien construida —apenas sabía lo que hablaba, en mi furioso deseo de decir algo con aire deliberado—. Puedo asegurar que ésta es una casa excelentemente construida. Estos muros... ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están contruidos con una gran solidez.

Entonces, por una fanfarronada frenética, golpeé con fuerza, con un bastón que tenía en la mano en ese momento, precisamente sobre la pared del tabique tras el cual yacía la esposa de mi corazón.

¡Ah! Que por lo menos Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio. Apenas hubo hundido en el silencio el eco de mis golpes, me respondió una voz desde el fondo de la tumba. Era primero una queja, velada y entrecortada como el sollozo de un niño. Después, enseguida, se hinchó en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal e inhumano. Un alarido, un aullido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede brotar del infierno, horrible armonía que surgiera al unísono de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios que gozaban en la condenación.

Sería una locura expresar mis pensamientos. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Durante un instante detuviéronse en los escalones los agentes. El terror los había dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos atacaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya y cubierto de sangre coagulada, apareció, rígido, a los ojos de los circunstantes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y llameando el único ojo, se posaba el odioso animal cuya astucia me llevó al asesinato y cuya reveladora voz me entregaba al verdugo. Yo había emparedado al monstruo en la tumba.

EL MISTERIO DE MARÍA ROGET

(UNA CONSECUENCIA DE «LOS CRÍMENES DE LA RUE MORGUE»)

Pocas personas existen, incluso entre los pensadores más serenos, que no hayan creído alguna vez en lo sobrenatural, enfrentándose a ciertas

coincidencias tan extraordinarias, que la inteligencia se siente incapaz de considerarlas como tales. Semejantes sentimientos, ya que esta semicreencia a que aludo jamás posee la energía perfecta del pensamiento, no pueden ser reprimidos sino difícilmente, a no ser que no se les atribuya a la ciencia del azar o, técnicamente, al cálculo de probabilidades. Éste, en esencia, es puramente matemático. Así, nos encontramos con la anomalía de la ciencia más rigurosamente exacta aplicada a la sombra y a la espiritualidad de lo que de más impalpable se encuentra en el mundo de la especulación.

Los extraordinarios pormenores que se me invita a publicar forman, como veremos, por lo que se refiere a la sucesión de épocas, la primera parte de una serie de coincidencias apenas imaginables, cuya parte secundaria o última hallarán los

lectores en el reciente asesinato de María Cecilia Rogers cometido en Nueva York.

Cuando hace casi un año, en un pequeño artículo titulado «Los crímenes de la rue Morgue», describía algunos rasgos salientes del carácter moral de mi amigo C. Auguste Dupin, no se me ocurrió entonces que tiempo más tarde habría de ocuparme de nuevo de este asunto. No perseguía otra intención que la de describir su temperamento, conseguido perfectamente a través de la extraña serie de circunstancias que se concertaron para esclarecer la idiosincrasia del crimen. Hubiese podido añadir nuevos ejemplos, pero nada más hubiera probado. No obstante, algunos acontecimientos recientes, por su sorprendente desarrollo, despertaron en mi memoria, de pronto, algunos nuevos pormenores que supongo revestirán cierta apariencia de confesión obtenida violentamente. Enterado una vez de cuanto recientemente se me ha contado, muy extraño sería, en verdad, que guardase silencio con respecto a lo que pude ver y oír hace mucho tiempo.

Después de la terminación de la tragedia ocurrida con la muerte de madame L'Espanaye y su hija, el señor Dupin borró de su espíritu aquel asunto y se sumergió de nuevo en sus acostumbrados y sombríos ensimismamientos. Inclinado siempre a la abstracción, no tardó su carácter en ahuyentarme; y, continuando domiciliados en nuestro piso del faubourg Saint-Germain, prescindimos de toda ocupación relacionada con el porvenir, adormeciéndonos tranquilamente en el presente y

tejiendo nuestros ensueños sobre la molesta trama del mundo exterior.

Pero duraron poco estos ensueños. Se adivinará fácilmente que el papel que mi amigo representó en el drama de la rue Morgue había llamado la atención de la policía parisiense. El nombre de Dupin llegó a ser muy familiar entre sus agentes. Comoquiera que no sólo el prefecto, sino, a excepción de mí, cualquier otra persona ignoraba el sencillo carácter de las deducciones de que se había valido mi amigo para desvanecer el misterio de aquel crimen, no era extraño que se considerara milagroso el caso, o que se tuvieran las

facultades analíticas de Dupin como las que crearon el prestigio maravilloso de la intuición.

Sin duda, su franqueza le hubiera impulsado a disuadir a todo curioso del error en que se encontraba. Pero su indolencia fue causa de que un asunto, cuya importancia e interés había cesado para él desde hacía largo tiempo, volviese a ser removido. Ocurrió así que Dupin se convirtió en el foco luminoso hacia el que convergieron las miradas de la policía, y en distintas circunstancias la Prefectura efectuó gestiones para utilizar sus aptitudes. Uno de estos casos, y de los más notables, fue el asesinato de una joven llamada María Roget.

Ocurrió el hecho unos dos años aproximadamente después del drama de la rue Morgue. María, cuyo nombre y apellido serán,

sin duda, motivo de atención por su semejanza con los de una joven y desgraciada extranjera, era la hija única de la viuda Estelle Roget. Durante la niñez de la joven murió su padre, y desde esta época hasta dieciocho meses antes del asesinato a que esta narración se refiere, madre e hija vivieron juntas constantemente en la rue Pavée Saint-André, donde madame Roget, ayudada por su hija, regentaban una pensión.

Transcurrió así el tiempo, hasta que la joven cumplió los veintidós años, momento en que su belleza despertó la atención e interés de un perfumista establecido en la planta baja del Palais Royal, y cuya clientela componíase, sobre todo, de audaces aventureros que infestaban aquellos lugares. Monsieur Le Blanc comprendía las ventajas que la presencia de la hermosa joven podía proporcionar a su establecimiento, y sus proposiciones fueron aceptadas por ella sin dificultad, a pesar de que en el espíritu de madame Roget se produjo algo más que una simple vacilación.

Las esperanzas del comerciante tuvieron éxito, y no tardaron en prestar notoriedad a sus salones los encantos de la linda grisette. Apenas transcurrido un año, los admiradores de la joven quedáronse sumidos en la mayor congoja. De pronto, María había desaparecido del establecimiento. Monsieur Le Blanc no supo explicar esta ausencia, y madame Roget enloqueció de terror y zozobra. Inmediatamente, los periódicos tomaron cartas en el asunto, y la policía se dispuso a efectuar serias averiguaciones, cuando un día, transcurrida apenas una

semana, reapareció María sana y salva tras el mostrador de la perfumería, como de costumbre, pero con su aspecto levemente entristecido. Todas las investigaciones que se efectuaron, a excepción de las de carácter privado, se suspendieron. Monsieur Le Blanc, entonces como antes, no sabía absolutamente nada de lo ocurrido. Tanto María como su madre contestaron a cuantas preguntas se les dirigieron diciendo que la joven había pasado aquella última semana en el campo, en casa de un pariente suyo. Decayó, pues, el interés con respecto a este asunto, y éste fue olvidado por casi todo el mundo; pero la joven, con el deseo de sustraerse a la impertinencia de la curiosidad, se

despidió, en definitiva, del perfumista y se refugió en la casa de su madre, en la rue Pavée Saint-André.

Transcurrieron apenas cinco meses después de su regreso a su casa, cuando de nuevo los amigos de la joven volvieron a alarmarse por otra repentina desaparición suya. Transcurrieron tres días sin que nada se supiera de ella. Al cuarto fue descubierto su cadáver flotando en el Sena, cerca de la orilla y ante el barrio de la rue Saint-André, en un lugar situado cerca de los solitarios alrededores de la barrière du Boule.

Lo horrible del asesinato, porque desde un principio se evidenció que se trataba de un asesinato, la juventud y belleza de la víctima y, sobre todo, su anterior notoriedad, uníase para

producir una intensa conmoción en el sensible espíritu de los parisienses. No recuerdo otro caso parecido que hubiese producido tan vivo y general afecto. Durante algunas semanas, las graves cuestiones políticas del día se olvidaron en la discusión de este único y apasionante asunto. El prefecto llevó a cabo desacostumbrados esfuerzos, y la policía de París puso en actividad todos sus recursos.

Cuando fue descubierto el cadáver estábanse muy lejos de suponer que el asesino pudiera tardar en sustraerse a las investigaciones que inmediatamente se ordenaron. Hasta pasada una semana no se creyó necesario ofrecer una recompensa, y aun entonces ésta se limitó a mil francos. Sin embargo, las pesquisas continuaron sin interrupción, bien que sin acierto, y se interrogó a gran número de individuos, aunque sin obtener resultado alguno. A pesar de ello, la falta absoluta de una pista en este misterio no hacía más que aumentar la excitación pública. Pasado el sexto día, se creyó oportuno doblar la recompensa que se había ofrecido primeramente, y poco a poco, como transcurriera otra semana sin que se llevase a cabo descubrimiento alguno y se convirtieran en alboroto las prevenciones que París había tenido siempre contra la policía, el prefecto se decidió a prometer, por su cuenta y riesgo, la suma de veinte mil francos «por la delación del asesino», o, en el caso de que hubiera varias personas complicadas en el crimen, «por la delación de cada una de ellas». En el bando en que la recompensa se anunciaba prometíase, además, una total

amnistía a todo cómplice que espontáneamente declarara en contra de su coautor. Y en todos los lugares en que fue fijado este documento oficial se añadió un cartel particular procedente de una determinada junta de ciudadanos que ofrecía, además de la suma prometida por la Prefectura, diez mil francos más. En conjunto, ascendía la recompensa a treinta mil francos, lo que, en realidad, constituye una cantidad extraordinaria, teniendo en cuenta la humilde condición de la víctima y lo frecuentes que son en las grandes poblaciones los delitos de esta naturaleza.

Desde entonces nadie dudó de que no tardaría en ser aclarado el misterio de aquel crimen. Pero, a pesar de que en uno o dos casos las detenciones que

se practicaron parecieron prometer alguna claridad, no pudo descubrirse nada que acusara a los sospechosos, quienes no tardaron en ser puestos en libertad. Por extraño que esto parezca, desde el hallazgo del cadáver habían transcurrido ya tres semanas. Tres semanas sin que se hiciera luz alguna sobre el suceso, y no había llegado todavía a nuestros oídos la más leve referencia de un asunto que tan apasionadamente excitaba la curiosidad pública.

Consagrados a investigaciones que reclamaban toda nuestra atención desde hacía casi un mes, ni Dupin ni yo habíamos pisado la calle, ni recibido visita alguna, ni dado siquiera una

leve ojeada a los más importantes artículos políticos de los periódicos. Trajo la primera noticia del crimen el señor C*** en persona. Vino a vernos el 13 de julio de 18..., a primera hora de la tarde, y estuvo con nosotros hasta muy entrada la noche. Se hallaba evidentemente malhumorado por el fracaso de los esfuerzos en descubrir a los asesinos. Con una actitud exclusivamente parisiense, afirmaba que su reputación se encontraba en tela de juicio, y que su honor se hallaba comprometido en aquel lance. Por otra parte, la opinión había fijado en él sus ojos y estaba dispuesto a no regatear ningún sacrificio para conseguir la aclaración del misterio. Terminó su discurso, hasta cierto punto divertido, con una cortés alusión o lo que le pareció conveniente llamar tacto de Dupin, e hizo a éste una proposición directa, y en verdad muy generosa, cuyo valor no tengo derecho a revelar, aunque tampoco tiene relación alguna con el objeto del presente relato.

Como mejor pudo, mi amigo rechazó el cumplido, pero aceptó inmediatamente la proposición, aunque, bien es verdad, las ventajas de ésta habían de ser absolutamente incondicionales. Puntualizado este extremo, el prefecto, desde el primer momento, se extendió en explicar sus opiniones particulares, mezclándolas con abundantes comentarios acerca de las declaraciones del proceso, que todavía nosotros desconocíamos. Discurría prolijamente, y, sin duda alguna, incluso con gran eficiencia, cuando, al azar, me permití una observación acerca de la noche que avanzaba, invitándonos a

dormir. Dupin, apoltronado en su sillón de costumbre, era la viva encarnación del silencio atentísimo y respetuoso. Durante la entrevista había mantenido puestas las gafas, y como yo dirigiera de cuando en cuando una mirada tras sus cristales verdes, tuve la convicción de que, por silencioso que hubiera estado, no habría sido su sueño menos profundo durante las siete u ocho horas últimas, tan pesadas, que precedieron a la marcha del prefecto.

A la mañana siguiente logré en la Prefectura una información de las declaraciones obtenidas hasta aquel momento, y en distintas redacciones de periódicos, un ejemplar de cada uno de los números en que habían aparecido informaciones cualesquiera relativas a tan penoso asunto, desde su origen hasta el último momento. Después de haber efectuado una selección con

respecto a lo positivamente falso, el conjunto de informes se redujo a lo siguiente:

María Roget había abandonado la casa de su madre en la rue Pavée Saint- André el domingo día 22 de junio de 18..., alrededor de las nueve de la mañana. Al salir, dio cuenta a monsieur Jacques Saint-Eustache, y sólo a él, de su intención de pasar el día en compañía de una tía suya que vivía en la rue des Dromes. Esta calle es un pasaje corto y estrecho, pero muy concurrido, situado no lejos de la orilla del Sena y a unas dos millas en línea

recta de la pensión de madame Roget. Saint-Eustache, que era el prometido de María y vivía en la misma casa, donde comía también, había de ir a buscar a su novia al oscurecer y acompañarla a su domicilio. Pero durante la tarde llovió abundantemente, y creyendo que la muchacha se quedaría en casa de su tía durante toda la noche, como ya en otras ocasiones y circunstancias análogas lo había hecho, no creyó necesario cumplir su promesa. Al avanzar la noche, madame Roget —que estaba muy enferma y contaba setenta años de edad— manifestó su temor de que tal vez «no volviera a ver nunca más a María»; pero en ese momento nadie dio importancia a la frase.

Se comprobó el lunes que la joven no había ido a la rue des Dromes, y una vez hubo transcurrido todo el día sin tener noticias suyas, se organizó una exploración, aunque tardía, por distintos lugares de la ciudad y sus alrededores. No obstante, hasta el cuarto día de su desaparición nada se supo de importancia con respecto a la joven. Aquel día —miércoles 25 de junio— un tal monsieur Beauvais, que, juntamente con otro amigo, iba en busca de las huellas de María, al pasar cerca de la barrière du Roule, por la margen opuesta de la rue Pavée, tuvo noticias de que por unos pescadores, que lo habían encontrado flotando sobre las aguas, acababa de ser transportado un cadáver a la orilla. Al ver el cuerpo, Beauvais, tras una corta vacilación, declaró que se trataba del cadáver de

la joven empleada en la perfumería. Su amigo la reconoció antes.

Tenía el rostro lleno de sangre oscura, que en parte surgía de la boca. Como ocurre en los casos de las personas simplemente ahogadas, no se advertía espuma y tampoco decoloración en el tejido celular. En torno a su garganta veíanse algunas contusiones y señales de dedos. Los brazos estaban pegados al pecho y rígidos. Tenía la mano derecha crispada, y la izquierda medio abierta. En la muñeca de esta última veíanse las señales de dos excoriaciones circulares; según parece producidas por cuerdas, o una cuerda, a la que se hubiese dado más de una vuelta. Una parte de la muñeca derecha tenía también bastantes rasguños, y lo mismo la espalda; pero, sobre todo, los omóplatos. Los pescadores, para transportar el cadáver hasta la orilla, lo habían atado con una cuerda, pero no era ésta la que había producido aquellas excoriaciones. La carne del cuello estaba tumefacta, pero no veíanse en ella

cortaduras ni contusiones que pudiesen parecer producidas por golpes. Estrechamente apretado en torno al cuello se encontró un trozo de cordón. Al principio no pudo distinguirse. Estaba completamente hundido en la carne y sujeto por un nudo escondido precisamente bajo la oreja izquierda. Sólo esto hubiera bastado para producirle la muerte. El informe de los médicos garantizaba firmemente la virtud de la muerte. Según dijeron, había sido dominada por la fuerza bruta. Al ser hallado,

el cadáver encontrábase en tales condiciones que por parte de sus amigos no podía haber la menor dificultad en su identificación.

El vestido estaba roto y en gran desorden. De su traje había sido rasgada de abajo arriba, desde el borde hasta la cintura, una tira de un pie de ancho, sin que hubiera sido arrancada del todo, y daba tres vueltas en torno al talle, sujetándose a la espalda por una especie de nudo sólidamente hecho. La enagua era de suave muselina, y una tira, de unas dieciocho pulgadas de largo, había sido arrancada completamente, pero con una gran limpieza y de una forma muy regular. La tira ceñía el cuello de la muerta, aunque flojamente, y terminaba en un nudo apretado. Sobre la banda de muselina y el trozo de cordón uníanse los lazos de un sombrero que quedaba colgando. El nudo que los cerraba no es el clásico que hacen las mujeres, sino corredizo y a estilo marinero.

Después de su identificación, el cadáver no fue depositado, según se acostumbraba, en la Morgue (por otra parte, esta formalidad era innecesaria), sino que fue sepultado rápidamente, no lejos del lugar de la orilla donde había sido hallado. Gracias a las gestiones de Beauvais, no se dio publicidad al asunto, y transcurrieron siete días antes de que se produjera el menor revuelo. No obstante, por último, una gran revista semanal removi6 el asunto. Se exhum6 el cadáver y se orden6 se incoase de nuevo el sumario. Mas nada pudo averiguarse que no se conociera ya. Sin embargo, se mostraron

a su madre y a sus amigos las ropas de la difunta, quienes las reconocieron sin dificultad, manifestando que eran las mismas que llevaba al salir de su casa.

La excitación por parte del público aumentaba de hora en hora. Varios individuos fueron detenidos y puestos seguidamente en libertad por no aparecer cargos contra ellos. Sobre todo, Saint-Eustache pareció sospechoso. Al principio no supo dar exacta cuenta del modo en que había empleado el domingo, en cuya mañana María había salido de su casa. Pero, por último, presentó a monsieur G*** testimonios que explicaban satisfactoriamente el uso que había hecho de cada hora de la mañana del citado día. Como transcurría el tiempo sin que se aportara ningún nuevo hallazgo, comenzaron a circular rumores contradictorios, y los periodistas dieron rienda suelta a su imaginación. Una, entre todas las hipótesis, atrajo particularmente la atención. Admitía ésta que María Roget no había muerto, y que el cadáver hallado en el

Sena era el de otra desgraciada. Considero útil ofrecer al lector algunos fragmentos relacionados con una insinuación semejante, que transcribo literalmente, de L'Étoile, periódico dirigido, por lo común, con gran habilidad:

«Mademoiselle Roget salió de casa de su madre en la mañana del domingo 22 de junio de 18..., con el ostensible propósito de ir a ver a su tía, o a otro pariente cualquiera, a la rue des Dromes.

Desde aquella hora no se sabe que nadie la haya visto. No se tiene de ella rastro alguno ni ninguna noticia.

»No se ha presentado nadie declarando haberla visto aquel día, una vez cruzado el umbral de la casa de su madre.

»Ahora bien: aunque no tengamos la evidencia de que María Roget viviera aún el domingo día 22 de junio después de las nueve de la mañana, la tenemos de que existía hasta dicha hora. El miércoles, al mediodía, encontróse el cuerpo de una mujer flotando junto a la orilla del río, cerca de la barrière du Roule. Aun suponiendo que María Roget hubiera sido arrojada al agua tres horas más tarde de la salida de casa de su madre, nunca serían más de tres días los que transcurrieron en el momento de su marcha, tres días justos. Pero no es lógico imaginar que el asesinato, si es que ha muerto asesinada, hubiera podido consumarse con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche. Quienes cometen tan terribles crímenes eligen las tinieblas y no la luz.

»Así, pues, vemos que si el cuerpo hallado en el río es el de María Roget, no hubiera podido permanecer en el agua más de dos días y medio, o tres, a lo sumo. Demuestra la experiencia que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan de seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver, al que se hiciera reventar y que asciende antes de que la inmersión haya durado, cuando

menos, cinco o seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo. Y nos preguntamos ahora: ¿Qué es lo que, en el caso presente, ha hecho desviar el curso de la Naturaleza?

»Si el cuerpo, en estado de descomposición, permaneció junto a la orilla hasta la noche del martes, encontraríase allí alguna huella de los asesinos. También resulta muy dudoso que el cadáver hubiera podido ascender tan pronto a la superficie, aun en el caso de que lo arrojasen al río dos días después de la muerte. Por último, es demasiado improbable que los criminales que cometen un asesinato como el que se les atribuye hayan arrojado al agua el cuerpo sin un peso cualquiera que lo mantuviese sumergido, cuando tan fácil era tomar una precaución semejante».

El periodista se extiende tratando de demostrar que el cuerpo debe de haber permanecido en el agua «no solamente tres días, sino cuando menos, cinco veces tres días», porque, dado su estado de descomposición, le costó a

Beauvais gran trabajo reconocerlo. No obstante, este último extremo era completamente falso. Continúo copiando:

«¿Cuáles son, pues, los hechos en que monsieur Beauvais se funda para manifestar que no duda de que se trate del cadáver de María Roget? Según declara, ha desgarrado la manga del vestido y encontrado señales que la identificaban.

Generalmente, ha supuesto el público que tales señales consistiesen en una especie de cicatriz. Pero monsieur Beauvais pasó la mano por el brazo y encontró vello, característica, según creemos, tan poco atrayente como puede suponerse, y tan poco convincente como hallar un brazo en una manga. Aquella noche, Beauvais no regresó a su casa, pero el miércoles por la tarde, a las siete, dirigió dos letras a madame Roget para decirle que seguía su curso el sumario relativo a la muerte de su hija. Aun admitiendo que madame Roget, por su edad y su dolor, no pudiera personarse en el lugar del suceso, lo que en verdad es demasiado conceder, sin duda alguna hubiese encontrado a alguien capaz de comprender la importancia de ir allí a continuar las investigaciones, y con más razón aún si estaban seguros de que el cadáver era el de María. Pero nadie fue, ni se ha dicho ni oído nada en la rue Pavée Saint- André con respecto a este asunto, que hubiera podido llegar incluso a oídos del vecindario de dicha casa. Monsieur Saint-Eustache, el novio y futuro esposo de María, se había alojado en el mismo domicilio de la madre, y declaró no haber oído hablar del hallazgo del cadáver de su prometida hasta la mañana siguiente, cuando monsieur Beauvais, personalmente, le vio en su habitación y le enteró de ello. No deja de sorprender que una noticia de tanta importancia hubiese sido recibida con tanta tranquilidad».

De este modo pretende el periódico sugerir cierta falta de interés en los parientes y amigos de María Roget, lo cual sería

absurdo en el caso en que creyeran que el cadáver encontrado era realmente el de la joven. En suma: L'Étoile se propone insinuar que María, en connivencia con sus amigos, ausentóse de la capital por razones que comprometían su virtud, y que estos amigos, al descubrir en el Sena un cadáver con cierta semejanza a la joven, aprovecharon la ocasión para impresionar al público con la noticia de su muerte. Pero L'Étoile ha procedido con demasiada precipitación, ya que claramente ha sido probado que no existió la falta de interés a que alude; que la anciana madame Roget hallábase tan excesivamente débil y conmovida que le hubiera sido completamente imposible ocuparse de nada; que Saint- Eustache, lejos de recibir la noticia con frialdad, quedó aturdido por la aflicción, y que dio tales muestras de desesperación, que monsieur Beauvais creyó conveniente encargarse a un pariente y amigo que le vigilara e impidiera presenciar la autopsia que había de seguir a la exhumación. Además, aunque afirme L'Étoile que el cuerpo se ha vuelto a enterrar a costa del Estado, que la familia ha rechazado el ventajoso ofrecimiento de una sepultura particular y que a la ceremonia no asistió ningún miembro de la familia; aunque L'Étoile,

repito, afirme todo esto para asegurar la impresión que trata de producir, todo ello ha sido refutado ampliamente. En uno de los posteriores números del mismo periódico se intentó hacer

recaer las sospechas sobre el propio Beauvais. El redactor decía:

«En este asunto acaba de producirse un cambio. Según nuestros informes, en cierta ocasión, mientras madame B*** hallábase en casa de madame Roget, monsieur Beauvais, que salía, dijo que iría un gendarme, y que ella, madame B***, tuviese cuidado de no decir ni una sola palabra al gendarme hasta que él hubiera regresado, y le dejase encargado del asunto.

»En la presente situación parece que monsieur Beauvais oculta en su cerebro el misterio del hecho. No es posible dar un solo paso sin monsieur Beauvais. Por cualquier lado que se vaya se tropezará con él.

»Caprichosamente ha dispuesto que nadie, excepto él, intervenga en el sumario, y en forma harto incongruente, si ha de darse crédito a sus recriminaciones, ha prescindido de los parientes. Se ha mostrado muy obstinado en la idea de que se impida a los parientes ver el cadáver».

A las sospechas acumuladas de tal modo contra Beauvais, pareció dar cierto viso de verosimilitud el siguiente hecho: Pocos días antes de la desaparición de la muchacha, alguien que fue a visitarle a su despacho, durante la ausencia de aquél, halló una rosa colocada en el ojo de la cerradura y la palabra Marie escrita sobre una pizarra colocada a la altura de la mano.

La impresión general, cuando menos tal como pudimos deducirla de las informaciones periodísticas, era que María había sido víctima de una banda de furiosos forajidos que la condujeron a orillas del río, maltratándola y asesinándola. No obstante, un diario de gran influencia, Le Commercial, combatió apasionadamente esta creencia popular. Extracto de sus columnas uno o dos pasajes:

«Nos hallamos persuadidos de que el sumario, hasta el momento actual, ha seguido una falsa pista, tanto cuanto que se ha dirigido a la barrière du Roule. No es posible que una joven, conocida por varios millares de personas, como era María, hubiese podido recorrer tan largo trayecto sin hallar a alguien a quien su rostro no fuera familiar. Cualquiera que la hubiese visto lo recordaría fácilmente, porque la joven hacía simpática a cuantos la trataban. Salió de su casa, precisamente, a una hora en que las calles se hallan muy concurridas.

»No es posible que haya llegado a la barrière du Roule o la rue des Dromes sin haber sido reconocida, cuando menos, por una docena de personas, y, no obstante, en ninguna declaración se afirma que la hayan visto más que en el umbral de la casa de su madre, ni en ellas tampoco hay prueba alguna de que haya salido tan lejos, de no ser el testimonio relativo a la intención expresada

por ella misma. Un trozo de su vestido aparecía desgarrado, ceñido alrededor de ella y anudado; de este modo, el cadáver pudo ser transportado como un paquete, y si el asesinato se cometió en la barrière du Roule no era necesario tomar tales medidas. La circunstancia de que se haya encontrado el cadáver flotando cerca de la barrière no prueba que fuese ése el lugar desde donde lo arrojaron al agua.

»Un trozo de las enaguas de la desventurada joven, de dos pies de largo y uno de ancho, fue arrancado y ceñido en torno a su cuello, y anudado sobre la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos que ni siquiera tendrían pañuelos de bolsillo».

Uno o dos días antes de que el prefecto nos visitara, la policía obtuvo un informe muy importante, que parecía destruir la argumentación planteada por Le Commercial, cuando menos en su parte de mayor interés. Dos chicos, hijos de una tal madame Deluc, merodeando por el bosque cerca de la barrière du Roule, entraron al azar en un recinto apartado, lleno de maleza, donde hallaron tres o cuatro grandes piedras que formaban una especie de silla con respaldo y asiento. Sobre la piedra superior se hallaban unas enaguas, y sobre la segunda, un chal de seda. Se encontraron también allí una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo, en el cual veíase bordado el nombre de Marie Roget.

En los espinos de los alrededores se descubrieron algunos jirones de ropa. El suelo hallábase pisoteado, y la maleza,

aplastada. Advertíase las características huellas de una lucha. Se descubrió, además, que entre la espesura y el río estaban derribadas las empalizadas, y que la tierra ofrecía huellas parecidas a las que puede producir un cuerpo pesado al ser arrastrado.

Un semanario, Le Soleil, hizo acerca de este hallazgo los comentarios siguientes, que no eran más que los ecos de los sentimientos de toda la Prensa parisiense:

«Evidentemente, estos objetos han permanecido allí durante tres o cuatro semanas, cuando menos. Hallábanse completamente mojados por la acción de la lluvia y apelmazados por la humedad. En torno a ellos había crecido el césped, cubriéndolos en parte. La seda de la sombrilla era sólida; pero las varillas estaban cerradas, y la parte superior de la tela había sufrido los rigores de la humedad, de tal modo, que al abrir la sombrilla se rasgó.

»Los jirones de ropa hallados en los espinos tendrían unas tres pulgadas de ancho por tres de largo. Uno de ellos pertenecía al borde del traje y estaba remendado. El otro era un trozo de falda, pero no del borde. Parecían más bien tiras arrancadas, y colgaban de un zarzal a un pie del suelo.

»No cabe duda de que se ha descubierto, por fin, el teatro de tan abominable crimen».

Inmediatamente después de haberse realizado este descubrimiento apareció un nuevo testigo. Madame Deluc declaró ser la dueña de un merendero situado al borde de la carretera, no lejos de la margen del río opuesta a la barrière du Roule. En aquel lugar, los alrededores son solitarios, muy solitarios. Todos los domingos se reúnen allí los sujetos más sospechosos de la ciudad, quienes atraviesan el río en barca.

Aproximadamente, hacia las tres del domingo en cuestión, llegó al ventorro una joven acompañada por un hombre de rostro cetrino. Durante un rato estuvieron solos. Después, al marcharse se dirigieron hacia algún espeso bosquecillo de las cercanías. A madame Deluc le llamó la atención el vestido de la joven. Por su semejanza con el de una parienta suya, ya difunta, y, sobre todo, el chal. Una vez la pareja se hubo marchado, apareció en el ventorro una pandilla de malandrines que produjeron gran alboroto. Comieron y bebieron sin pagar, y siguieron después la misma dirección de los jóvenes.

Regresaron al merendero al oscurecer, y más tarde cruzaron el río rápidamente.

El mismo día, después de anochecido, madame Deluc y su hijo mayor oyeron unos gritos de mujer en los alrededores del ventorro. Eran gritos penetrantes, pero duraron poco tiempo. Madame Deluc reconoció no sólo el chal hallado en la espesura sino también el vestido el cadáver. Un conductor de omnibús, llamado Valence, declaró que también había visto a María Roget atravesar el Sena en barca, aquel mismo domingo, en

compañía de un joven cetrino. Valence conocía a María y no podía equivocarse en su identificación. También los parientes de María reconocieron los objetos hallados en el bosquecillo.

Esta serie de declaraciones e informes que recogí en los periódicos, por encargo de Dupin, comprendía un punto extremo de la mayor importancia. Inmediatamente después del hallazgo de los aludidos restos, se halló en las cercanías del lugar, que se creía entonces haber sido teatro del crimen, el cuerpo inanimado o casi inanimado de Saint-Eustache, el prometido de María. A su lado se encontró un frasco con la etiqueta «láudano». El aliento del hombre acusaba envenenamiento. Murió sin haber pronunciado una palabra. Se le encontró una carta en la que brevemente se expresaba su amor a María y su firme propósito de suicidio.

—No creo necesario decirle —comentó Dupin al terminar la lectura de las notas— que es éste un caso bastante más complicado que el de la rue Morgue, del cual se diferencia en un punto muy importante. Esto es un ejemplo del crimen cruel, pero ordinario. No hallamos en él nada que sea particularmente exagerado o excesivo. Le ruego que se fije en que, por esta razón, ha parecido sencillo el misterio, aunque aquél sea precisamente el motivo por el cual hubo de considerarse como más difícil de resolver.

»Por esto, desde un principio, se consideró superfluo ofrecer una recompensa. Los pedantes auxiliares de G*** eran demasiado superiores para comprender cómo y por qué podía haberse cometido semejante crimen. Su imaginación les permitía idear un modo (o varios), un motivo (o varios), y como no era imposible que uno de tan numerosos medios y motivos fuese el único cierto, creyeron como demostrado que el real había de ser uno de aquéllos. Pero la facilidad con que concibieron ideas tan diferentes, y hasta el carácter verosímil con que cada una estaba revestida, debieron haber sido tomados por indicios de la dificultad antes que de la facilidad atribuida a la explicación del enigma. Ya le hice a usted notar que, saliéndose fuera del plan ordinario de las cosas, debe la razón encontrar su camino, o no lo encontrará nunca en la investigación de la verdad, y que en casos como éste lo importante no es decir: “¿Qué hechos son los que se presentan?”, sino: “¿Qué hechos son los que se presentan que no se presentaron antes?”.

»En las investigaciones llevadas a cabo en casa de madame L’Espanaye, los agentes de G*** se desanimaron y confundieron ante esta misma singularidad que para una inteligencia bien constituida hubiera sido el presagio más firme del éxito. Y esta misma inteligencia habríase sumido en la desesperación por el carácter corriente de todos cuantos hechos se ofrecen al examen en el caso de la joven perfumista, y que nada positivo

han revelado todavía, de no ser la presunción de los funcionarios de la Prefectura.

»En el caso de madame L'Espanaye y de su hija, desde el principio de nuestra investigación, no hubo para nosotros la menor duda de que había sido cometido un asesinato. Desde luego, quedaba excluida toda idea de suicidio. En el caso actual también tenemos que eliminarla. El cadáver encontrado en la barrière du Roule ha sido hallado en circunstancias que no nos autorizan ninguna vacilación con respecto a extremo tan importante. Pero se ha insinuado que dicho cadáver no es el de María Roget, cuyo asesino, o asesinos, están todavía por descubrir, por cuyo hallazgo se ofrece una recompensa y que hoy constituye el único motivo de nuestras relaciones con el prefecto. Tanto usted como yo conocemos bien a este señor. En él no debemos confiar demasiado. Lo mismo que si, tomando como punto de referencia el cadáver hallado y siguiendo la pista de un criminal, descubrimos que el cuerpo no es el de María, igualmente si tomamos por punto de referencia a la joven, viva aún, volvemos a encontrarla no asesinada, nuestro trabajo, en uno u otro caso, es estéril, puesto que tenemos que entendernos con G***. Por tanto, puesto que conviene a nuestra propia causa, si no a la de la justicia, es indispensable que nuestros primeros pasos sean de comprobación de la identidad del cadáver, en el caso de que corresponda a la desaparecida María Roget.

»Las argumentaciones de L'Étoile han hallado público eco.

Incluso el

periódico está convencido de su trascendencia, según se deduce de la forma en que comienza uno de los reportajes del asunto en cuestión. “Algunos diarios de la mañana —dice— hablan del decisivo artículo de L'Étoile en su número del lunes”. A mi entender, no me parece tal artículo decisivo más que por lo que se refiere al interés del redactor. No debemos olvidar que, por lo general, el fin que nuestros periódicos persiguen es el de impresionar a sus lectores y atraer la atención, antes que favorecer la causa de la verdad. Este último objetivo no se persigue, de no ser que coincida con el primero. El periódico que concuerda con la opinión general, por bien fundamentada que ésta esté, no consigue el crédito del público. El vulgo considera como profundo a quien propugna contradicciones que se hallan en contra de la opinión general. Tanto en lógica como en literatura, el epigrama es el género más inmediato y universalmente apreciado. En los dos casos, según el orden del mérito, es el género más inferior.

»Digo con esto que el carácter entre epigramático y melodramático de esta suposición (la de que María Roget vive todavía) es el que ha inspirado a L'Étoile antes que ningún otro aceptable, asegurándole así entre el público una favorable acogida. Examinemos ahora los puntos principales de la

argumentación de este periódico y fijémonos en la incoherencia que desde el principio la inspira.

»Por lo pronto, el periodista desea demostrarnos, teniendo en cuenta el corto intervalo transcurrido entre la desaparición de María y el hallazgo del cadáver flotante, que éste no puede ser el de ella. Para el argumentador, lo fundamental es reducir dicho intervalo desde el principio a la duración más pequeña posible. Persiguiendo sin razonamiento este fin, desde el comienzo se lanza a una pura suposición. “Es insensato imaginar —dice— que el crimen, si es que ha muerto asesinada, se haya podido consumir con la rapidez suficiente para permitir a los asesinos arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Inmediatamente, y de la forma más natural, nosotros preguntamos: ¿Por qué?

¿Por qué es insensato imaginar que el asesinato se haya cometido cinco minutos después que la joven abandonase el domicilio de su madre? ¿Por qué es insensato imaginar que se cometió el crimen a una hora cualquiera del día? Los crímenes se cometen a todas horas. Pero aun cuando este asesinato se haya cometido en un instante cualquiera, entre las nueve de la mañana del domingo y las doce menos cuarto de la noche, siempre habría quedado tiempo bastante para “arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Por tanto, la suposición se reduce a esto: el crimen no ha podido perpetrarse el domingo, y si a L'Étoile le permitimos suponer esto, podemos concederle todas las libertades posibles.

»Puede admitirse que el citado párrafo que comenzaba así: “Es insensato imaginar que el crimen..., etcétera”, aunque impreso de esta forma por

L'Étoile, fue realmente concebido por el periodista bajo esta otra forma: “Es insensato imaginar que el crimen, si es que se ha cometido un crimen, haya podido consumarse con la suficiente rapidez para permitir a los criminales arrojar el cuerpo al río antes de la medianoche”. Decimos nosotros que es insensato suponer eso, y al mismo tiempo suponer, como quisiéramos, que el cuerpo no fuese arrojado al agua sino pasada la medianoche, opinión hasta cierto punto mal deducida, pero que no es tan completamente irrazonada como la aparecida en el periódico.

»Si simplemente se me hubiera propuesto —continuó Dupin— refutar este extremo de la teoría argumentada por L'Étoile, lo habría dejado tal como estaba. Pero nosotros nada tenemos que ver con L'Étoile, sino con la verdad. En realidad, la frase no tiene más que un sentido, que he aclarado perfectamente. Pero es imprescindible que vayamos tras las simples palabras buscando una idea que dichas palabras dan evidentemente a entender, aunque de un modo positivo no la expresen. La intención del periodista era la de manifestar que resultaba poco probable, cualquiera que fuese el momento del día o de la noche del domingo en que el asesinato se cometiera, que los

criminales se hubiesen arriesgado a transportar el cuerpo hasta la orilla antes de la medianoche.

»Precisamente en esto se funda la suposición de que me quejo. Se cree que el asesinato se cometió en tal sitio y en determinada circunstancia, y que necesariamente hubo de llevar el cuerpo a la orilla. Pero el crimen podía haberse perpetrado en la orilla o en el río mismo, y, por tanto, el lanzamiento del cuerpo al agua, hecho al que fue necesario proceder en cualquier instante del día o de la noche, habría de resultar la operación más inmediata y fácil. Comprenderá usted que yo no sugiero aquí nada que me parezca probable o que esté de acuerdo con mi propia opinión. Hasta este instante no he hecho referencia a los elementos de la causa. Sencillamente quiero prevenir a usted acerca del tono general de las insinuaciones de L'Étoile, y despertar su atención con respecto al carácter de prejuicio que desde el primer momento revelan.

»Habiendo prescrito así un límite de acuerdo con sus ideas preconcebidas, y suponiendo que era de María el cuerpo hallado, no hubiese podido permanecer en el agua, de no ser durante un espacio muy breve de tiempo. Por esto el periódico viene a decir:

»“Demuestra la experiencia que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan un período de unos seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver al que se hiciera reventar, y que asciende antes que la

inmersión haya durado, cuando menos de cinco a seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo”.

»Tácitamente han admitido estas afirmaciones todos los periódicos de París, excepto Le Moniteur, que insiste en rebatir la parte del párrafo relativa a los cuerpos de los ahogados citando cinco o seis casos en que los cuerpos de personas evidentemente ahogadas se han hallado flotando después de un espacio de tiempo menor del fijado por L'Étoile. Sin embargo, hay algo excesivamente antifilosófico en el intento de Le Moniteur, rechazando la general afirmación de L'Étoile, citando algunos casos particulares en contra de aquéllos, aun cuando hubiese sido posible traer a colación cincuenta casos en vez de cinco cadáveres hallados en la superficie del agua al cabo de dos o tres días, los cincuenta ejemplos hubieran podido considerarse como simples excepciones de la regla de L'Étoile, hasta que esta misma regla fuera refutada definitivamente. Admitida (y Le Moniteur no la niega, sino que insiste tan sólo en las excepciones), la argumentación de L'Étoile conserva toda su fuerza, porque no pretende deducir más que una cuestión de probabilidad con respecto a si un cuerpo puede ascender a la superficie en menos de tres días, posibilidad que continuará en favor de L'Étoile hasta que los ejemplos alegados tan infaliblemente alcancen un número bastante para combatir una regla opuesta.

»Comprenderá usted inmediatamente que toda argumentación así se dirige contra la regla misma; y con este objeto debemos hacer el razonado análisis de ésta. Ahora bien: por lo general, el cuerpo humano no es ni mucho más ligero ni mucho más pesado que el agua del Sena; es decir, el peso específico del cuerpo humano en sus condiciones naturales es igual al del volumen de agua dulce que desaloja. Los cuerpos de los individuos gruesos y robustos, de pequeño esqueleto y, por lo general, los de todas las mujeres, son más ligeros que los de los individuos delgados y de esqueleto grande, y, generalmente, los de todos los hombres; y el peso específico del agua de un río sufre alguna influencia del flujo del mar. No obstante, prescindiendo de la marea, puede asegurarse que muy pocos cuerpos humanos se sumergen del todo en el agua dulce, aun por su propio acuerdo. Al caer en un río, son aptos, en su mayoría, para flotar si dejan que se establezca el equilibrio conveniente entre el peso específico del agua y el suyo mismo; es decir, si se dejan sumergir completamente exceptuando las menores partes posibles. La mejor posición para el hombre que no sabe nadar es la vertical de la persona que camina por tierra; la cabeza completamente echada hacia atrás y sumergida, dejando al nivel del agua tan sólo la boca y las narices. En estas condiciones, todos podremos flotar sin dificultades y sin esfuerzo alguno. Sin embargo, es evidente que el peso de los cuerpos y el del volumen de agua desalojado se hallan entonces rigurosamente equilibrados, y la menor cosa bastará para que uno u otro prepondere. Un brazo, por ejemplo,

elevado por encima del agua y, por consiguiente, privado de apoyo, es un peso adicional suficiente para sumergir por completo la cabeza, mientras que un socorro accidental del más ínfimo trozo de madera nos permitirá que la levantemos lo suficiente para

mirar en torno nuestro.

»Ahora bien: en los esfuerzos que efectúa una persona que no practica la natación, los brazos, invariablemente, se agitan en el aire, al mismo tiempo que la cabeza insiste en conservar su acostumbrada posición de perpendicularidad. Con ello se produce la inmersión de la boca y la nariz, y como consecuencia de los esfuerzos para respirar debajo del agua, el que ésta se introduzca en los pulmones. El estómago la absorbe en gran cantidad y el cuerpo aumenta de peso, reforzado en virtud de la diferencia de densidad que existe entre el aire que distendía primitivamente estas cavidades y el líquido que las llena luego. Es regla general que esta diferencia basta para sumergir a un cuerpo, pero no en los casos de individuos de pequeño esqueleto, que poseen una cantidad normal de grasa y materia fofa, porque esta clase de personas flotan incluso después de ahogados.

»El cuerpo, que suponemos se encuentra en el fondo del río, continuará en él hasta que, por una circunstancia cualquiera, su peso específico se haga menor que el del volumen de agua que

desaloja. Este efecto puede ser producido por la descomposición o por otra causa. La primera produce los gases que distienden los tejidos celulares y da a los cadáveres esa hinchazón de tan espantoso aspecto. Cuando llega la distensión a un punto en que el volumen del cuerpo ha aumentado sensiblemente sin el correspondiente crecimiento de masa o de peso, su peso específico es menor que el del agua desalojada y determina su reaparición inmediata en la superficie. Pero, por numerosas circunstancias, la descomposición puede modificarse e incluso acelerarse o retardarse por una serie de agentes, como, por ejemplo, el calor o el frío de la estación, por la impregnación mineral o por la pureza del agua, por su mayor o menor profundidad, por la corriente o estancamiento más o menos sensible y por la naturaleza y estado original del cuerpo, según estuviera libre de una enfermedad o inficionado por ella antes de la muerte. Resulta evidente, pues, que no podemos fijar con exactitud la época en que el cuerpo deberá elevarse a consecuencia de la descomposición. En condiciones determinadas, este resultado puede producirse en una hora. Otras, no puede producirse del todo. Se conocen ciertas infusiones químicas que permiten preservar para siempre de la corrupción a todo el sistema animal; el bicloruro de mercurio es una de ellas. Aparte de la descomposición, puede producirse, no obstante, y se produce generalmente un gas en el estómago por fermentación acética de las materias vegetales, o por otras razones en otras cavidades, suficiente para producir una distensión que eleve el cuerpo a la superficie. El efecto que

produce el cañonazo es de simple vibración. Puede librar al cuerpo del limo o lógamo pegajoso en que se encuentra sepultado, permitiéndole de esta manera elevarse cuando ya otros agentes lo hayan preparado, o bien vencer la adherencia de determinadas partes putrefactas del sistema celular, facilitando la distensión de las cavidades bajo la influencia gaseosa.

»Encontrándonos, pues, ante toda la filosofía del asunto, nos es posible comprobar las afirmaciones de L'Étoile. “Demuestra la experiencia —dice este periódico— que los cuerpos ahogados o arrojados inmediatamente al agua después de una muerte violenta necesitan de seis a diez días para que una determinada descomposición los eleve a la superficie. Un cadáver, al que se hiciera reventar y que asciende antes que la inmersión haya durado, cuando menos, cinco o seis días, se sumerge de nuevo si se le abandona a sí mismo”.

»Ahora, todo lo transcrito se nos aparece como una serie de inconsecuencias e incoherencias. La experiencia no demuestra siempre que los cuerpos de los ahogados necesiten cinco o seis días para que una determinada descomposición les permita flotar otra vez juntas, la ciencia y la experiencia demuestran que el momento de su reaparición sobre la superficie es, y necesariamente debe de serlo, imposible de ser determinado. Por otra parte, si un cuerpo asciende a la superficie del agua por haber reventado, no se sumergirá de nuevo, aun cuando se

le abandone a sí mismo todas las veces en que la descomposición haya alcanzado el grado necesario para permitir el escape de los gases que se produzcan. Sin embargo, quiero llamar su atención con respecto a la distinción establecida entre los cuerpos de los ahogados y los de las personas que son arrojadas al agua “inmediatamente después de una muerte violenta”. Aunque el redactor admita esta distinción, incluye, sin embargo, ambos casos en la misma categoría. He demostrado ya cómo el cuerpo de un hombre que se ahoga alcanza un peso específico más considerable que el del volumen de agua que desaloja, y también he probado que no se sumergiría completamente sin los movimientos por los cuales saca por encima del agua los brazos y los esfuerzos que para respirar hace debajo de ella, los cuales hacen que el líquido ocupe el espacio que en los pulmones se llena de aire.

»Sin embargo, estos movimientos y esfuerzos no los efectuaría un cuerpo que hubiese sido arrojado al agua “inmediatamente después de una muerte violenta”. En último caso, la regla general es que el cuerpo no debe hundirse completamente, hecho que L'Étoile ignora con toda evidencia. Cuando la descomposición ha llegado a un punto muy avanzado, cuando la carne se ha desprendido en gran cantidad de los huesos, entonces, únicamente, y nunca antes, vemos que desaparece el cuerpo bajo el agua.

»Ahora bien: ¿qué pensamos de ese razonamiento por el que el cadáver hallado no puede ser el de María Roget porque se

encontró flotando después de un intervalo tan sólo de tres días? Si María se ahogó, siendo mujer, no pudo hundirse; y si se sumergió, pudo reaparecer al cabo de veinticuatro horas, o antes. Pero no supone nadie que la joven haya muerto ahogada, y de haber sido muerta antes de haber sido arrojada al río, habría flotado y hubiese podido ser descubierta en cualquier época posterior.

»Pero afirma L'Étoile: "Si el cuerpo, en estado de descomposición, permaneció junto a la orilla hasta la noche del martes, encontraríase allí alguna huella de los asesinos".

»De pronto, es muy difícil comprender la intención del periodista. Pretende prevenir lo que cree pueda ser objeción a su teoría; es decir, que el cuerpo, habiendo permanecido dos días en la orilla, debió descomponerse rápidamente, más rápidamente que habiendo estado sumergido en el agua. Supone, en este caso, que el cuerpo pudo reaparecer en la superficie el miércoles, pero sólo en estas condiciones. Tiene, pues, un gran interés en demostrar que el cuerpo no ha permanecido en la orilla, porque, en este caso, "encontraríase allí alguna huella de los asesinos". Me parece que esta deducción le hará sonreír a usted. Usted no puede comprender, ni yo tampoco, cómo la permanencia más o menos larga del cuerpo en la orilla habría podido multiplicar las huellas de los asesinos.

»El periódico continúa: “Por último, es demasiado improbable que los criminales que cometen un asesinato como el que se les atribuye hayan arrojado al agua el cuerpo sin un peso cualquiera que le arrastrara al fondo, cuando tan fácil era tomar una precaución semejante”.

»Fíjese usted en qué irrisoria confusión de ideas incurre. Nadie, ni aun L'Étoile, niega que se haya cometido un crimen en el cuerpo encontrado. Las señales de violencia son demasiado evidentes. El único fin que persigue nuestro razonador es tan sólo el de demostrar que éste no es el cuerpo de María. Intenta probar que María no ha sido asesinada, pero no, en cambio, que el cadáver pertenezca a una mujer no asesinada. No obstante, su observación demuestra tan sólo este último extremo. Nos hallamos ante un cuerpo al que no ha sido atado peso alguno. Los asesinos, al arrojarla al agua, no habrían dejado de hacerlo. Luego no han sido los criminales los que lo han arrojado al río. Si es que puede probarse, esto es lo único probado. Por lo que respecta a la identificación, todavía no se ha tratado de ella, y a L'Étoile le parece muy molesto contradecir ahora lo que admitía un momento antes: “Nos hallamos perfectamente convencidos —dice— de que el cadáver encontrado es el de una mujer asesinada”.

»Aun en esta parte de su tema, no es sólo este caso en el que nuestro razonador argumenta, sin darse cuenta de ello, contra sí mismo. Como ya he dicho, su principal objeto es el de reducir todo lo posible el espacio de tiempo transcurrido entre la

desaparición de María y el hallazgo del cadáver. No obstante, insiste en el pormenor de que nadie vio a la joven desde el momento en que abandonó la casa de su madre. “No tenemos —dice— la evidencia de que María Roget viviera aún el domingo día 22 de junio, después de las nueve de la mañana”.

»Como, evidentemente, es recusable su razonamiento, por haber sido concebido de antemano, mejor habría hecho abandonando este aspecto de la cuestión, porque si se encontraba a alguien que hubiese visto a María, ya el lunes o el martes, el intervalo a que se refiere sería muy corto, y, dado su modo de razonar, disminuiría la posibilidad de que el cuerpo pudiera corresponder al de la grisette. No obstante, es divertido observar cómo L'Étoile insiste en el extremo ya dicho, con la sólida convicción de que va a robustecer sus argumentaciones generales.

»Examinemos ahora de nuevo la parte de la argumentación correspondiente a la identificación del cadáver efectuada por Beauvais. Por lo que se refiere al vello del brazo, L'Étoile evidencia claramente su mala fe. Sólo siendo un imbécil, monsieur Beauvais, hubiese podido alegar lo del vello del brazo para comprobar la identidad de un cuerpo. Ningún brazo carece de vello. La mayor parte de las expresiones de L'Étoile son una sencilla confusión de las frases del testigo, quien, necesariamente, ha debido de hablar de alguna particularidad del vello; de la coloración, cantidad, dimensión o sitio.

»Dice el periódico: “Su pie era pequeño, y hay miles de pies pequeños. La liga y el zapato no constituyen tampoco elementos de prueba, porque ambos se venden en gran número. Lo mismo puede decirse de las flores de su sombrero. Un hecho en el que monsieur Beauvais insiste grandemente es que el broche de la liga había sido cambiado de sitio para cortarla. Pero esto no prueba nada, porque la mayor parte de las mujeres llevan consigo siempre un par de ligas que ajustan al tamaño de sus piernas, en lugar de probárselas en la tienda donde las compran”.

»Al llegar aquí, resulta muy difícil suponer con sentido común al razonador. Si monsieur Beauvais, buscando el cuerpo de María, descubrió un cadáver que se parecía a ella por las proporciones generales y el aspecto, ha podido creer con toda razón, aun prescindiendo de la cuestión del traje; que había llegado al término de sus investigaciones. Y si, además del detalle de las proporciones generales y de contorno, halló en el brazo del cadáver un vello observado ya en el de María, su convencimiento pudo, lógicamente, reforzarse en proporción con la particularidad o carácter insólito de esta característica. Si el pie de María era pequeño y los del cadáver eran pequeños igualmente, la probabilidad de que éste fuera el de María debe aumentar no simplemente en proporción geométrica y acumulativa.

»A todo esto añádanse los zapatos, que se vio llevaba el día en que desapareció, y a pesar de que los zapatos se venden a

miles, se dará usted cuenta de que la probabilidad aumenta de tal modo, que raya en certidumbre. Lo que por sí solo no habría de constituir un elemento de identificación, se convierte ahora, por suposición aseguradora, en la prueba más firme. Por

último, concedamos que las flores del sombrero correspondan a las que llevaba la joven desaparecida, y nada más tendremos que desear. Una sola de estas flores, repito, y nada más tendríamos que desear. Sin embargo, ¿qué diríamos entonces si tuviéramos dos, o tres, o más? Cada sucesiva unidad es un testimonio múltiple, una prueba no sumada a la anterior, sino multiplicada por ciento o por mil.

»Descubrimos ahora en la muerta unas ligas semejantes a las que usaba la viva. El continuar esta información, realmente, es para enloquecer. Pero nos hallamos con que estas ligas se han acortado por haber cambiado el broche de sitio, lo mismo que María había hecho con las suyas antes de abandonar su casa. Dudar aún es demencia o hipocresía. Cuanto dice L'Étoile con respecto a la reducción o achicamiento de la liga, que debe considerarse, según creo, como un caso frecuente, no prueba otra cosa que su obstinación en el error. La elasticidad de una liga de broche es suficiente para demostrar el carácter excepcional del achicamiento. En muy raras ocasiones lo que está hecho para ajustar bien necesita un arreglo. La indicada reducción que requirieron las ligas de María sólo pudo ser debida, en el sentido más estricto de la palabra, a consecuencia

de un accidente. Sólo ellas habrían bastado para comprobar la identificación de un cadáver.

»Pero lo importante no es que el cadáver tenga las ligas de la mujer desaparecida, o bien sus zapatos, o su sombrero, o las flores de éste, o sus pies, o una señal particular en el brazo, o su aspecto, o sus proporciones generales. Lo importante es que el cadáver tiene todas y cada una de estas cosas colectivamente. Si se hubiera probado que L'Étoile ha concebido en realidad, en circunstancias parecidas, una duda, no tendría para el caso que expone necesidad alguna de una convicción de lunático inquiriendo. Ha querido hacer alarde de su sagacidad convirtiéndose en eco de las habladurías de los leguleyos, cuya mayoría se limita, a su vez, a copiar los preceptos rectangulares de los sumarios.

»Debo advertir a usted de paso que mucho de lo que rechaza un tribunal como prueba es para la inteligencia lo mejor en materia probatoria. Porque, basándose en los principios generales en materia de pruebas (los principios generales reconocidos que se hallan en los códigos), el tribunal no se aviene a aceptar particulares razones. Tan obstinada adhesión al principio, lo determinado, desde lo riguroso hasta la excepción contradictoria, es un seguro medio de esperar, en largo espacio de tiempo, el máximum de verdad que está permitido esperar. La práctica, por tanto, es, en conjunto, filosófica. Pero no es menos cierto que en determinados casos produce grandes errores.

»Por lo que respecta a las insinuaciones formuladas contra Beauvais, se destruyen de un soplo. Usted conoce perfectamente el carácter de ese caballero. Es un hombre oficioso, de espíritu inclinado a lo novelesco y de

poco juicio. Toda persona así se verá impelida fácilmente, en un caso de emoción real, a conducirse de un modo que pueda parecer sospechoso a los ojos de gentes demasiado sutiles o maliciosas. Monsieur Beauvais, según se deduce de las notas que hemos recogido, ha celebrado diversas entrevistas con el director de L'Étoile, a quien sorprendió al atreverse a indicar la idea de que, a pesar de su opinión, el cadáver era positivamente el de María. “Insiste — dice el periódico— en afirmar que se trata del cuerpo de María, pero no puede añadir circunstancia alguna a las que ya hemos comentado para hacer que los demás compartan esta creencia”. Ahora bien: sin insistir sobre este particular, para hacer que los demás compartan esta creencia y suministrar una prueba más fehaciente que las conocidas, observemos una cosa: es fácil suponer a un hombre convencido perfectamente en un caso de esta naturaleza, pero incapaz, sin embargo, de formular una sola razón para convencer a una segunda persona.

»Nada hay tan vago como las impresiones relacionadas con la identidad de un individuo. Toda persona conoce a su vecino, y, no obstante, pocos casos se dan de que el primero que llegue esté dispuesto a dar una razón de tal reconocimiento. El

redactor de L'Étoile no tiene, pues, derecho a que le sorprenda la opinión no razonada de monsieur Beauvais.

»Las sospechosas circunstancias que le rodean están de acuerdo con mi hipótesis de un carácter entremetido, minucioso y novelesco, antes que con la insinuación del periodista con respecto a su culpabilidad. Admitiendo la interpretación más amable, no tenemos inconveniente alguno en explicarnos el porqué de la rosa colocada en el agujero de la cerradura, la palabra “María” en la pizarra; el por qué se descarta a los parientes varones, la oposición a dejarles ver el cadáver, la recomendación que se hizo a madame B*** de que no hablara con el gendarme hasta que él (Beauvais) volviera, y, finalmente, hasta la aparente resolución de no permitir a nadie, excepto a él mismo, intervenir en el sumario. Creo incontestable que Beauvais era uno de los adoradores de María; que ésta había coqueteado con él y que él aspiraba a demostrar que gozaba completamente de su intimidad y su confianza. No diré nada más sobre este particular. Y como la evidencia rechaza por completo la afirmación de L'Étoile por lo que respecta a su acusación de apatía en relación a la madre y los demás parientes, actitud inconcebible con esta suposición (la de creer en la identidad del cuerpo de la perfumista), procedamos ahora como si el problema de la identidad hubiera sido resuelto a nuestra más completa satisfacción.

—¿Qué opina usted —le pregunté entonces— de las opiniones de Le Commercial?

—Que, por su carácter, son más dignas de atención que otra cualquiera de las que han sido expuestas sobre el mismo asunto. Las deducciones de las

premisas son filosóficas y sutiles, pero en dos puntos, por lo menos, se basan en una imperfecta observación. Le Commercial quiere dar a entender que una banda de cobardes forajidos se apoderó de María, no lejos de la puerta de la casa donde vivía su madre. «No es posible —dice— que una joven, conocida por varios millares de personas como era María, haya podido recorrer tan largo trayecto sin hallar a alguien a quien su rostro fuera familiar». Ésta es la reflexión de un hombre que vive en París hace mucho tiempo, un hombre público, cuyas idas y venidas por la ciudad casi siempre se han reducido a la vecindad de las oficinas públicas. Sabe perfectamente que él apenas puede dar una docena de pasos más allá de su bureau sin que alguien le conozca y le aborde.

»Midiendo la extensión del conocimiento que mantiene con los demás, y éstos con él, comparo su popularidad con la del perfumista. No encuentro una diferencia notable entre las dos, y fácilmente llego a la conclusión de que María, en sus paseos por la ciudad, tuviese tal predisposición a ser reconocida como a él le ocurre en lo suyo. Para ella no podría ser tan legítima esta conclusión si sus paseos hubieran tenido el mismo carácter invariable y metódico, y se limitaran a una determinada región, como ocurre con los de él. Con intervalos regulares, él se mueve

yendo y viniendo por una zona limitada, llena de individuos a quienes sus ocupaciones, semejantes a la suya, impulsan de un modo natural a interesarse por él y observar su persona,

»En general, los paseos de María podían atribuirse a una naturaleza vagabunda. En el caso que nos ocupa, hay que considerar como muy posible que haya seguido un trayecto más distanciado que de costumbre de sus caminos corrientes. El paralelo que hemos supuesto existente en el espíritu de *Le Commercial* no podría mantenerse, excepto en el caso de dos individuos que atravesasen toda la población. Considerado entonces que las relaciones personales son las mismas, las probabilidades serán también idénticas para aquellos que encuentran un igual número de conocidos. Opino, por mi parte, que no es solamente posible, sino infinitamente probable, que, a cualquier hora del día, María ha seguido cualquiera de los numerosos caminos que conducen desde su casa a la de su tía, sin hallar a un solo individuo a quien conociera o de quien fuese conocida. Para juzgar bien este asunto, para juzgarlo con toda claridad, no es muy preciso pensar en la gran desproporción que existe entre las amistades personales del individuo más conocido de París y el vecindario todo de esta ciudad.

»Pero si la insinuación de *Le Commercial* pareciera conservar alguna fuerza todavía, ésta disminuiría en cuanto tomásemos en consideración la hora en que la joven abandonó su casa. “Salió de su casa —dice *Le Commercial*— precisamente a una hora en que las calles se hallan muy concurridas”. ¿Cómo? Eran

las nueve de la mañana. A esta hora, todos los días de la semana, excepto

el domingo, las calles, es cierto, están muy concurridas. Pero a las nueve de la mañana del domingo, nadie, por lo general, ha salido todavía de su casa, porque se prepara para ir a la iglesia. Muy poco observador habrá de ser el hombre que no haya advertido el solitario aspecto que ofrece una población todos los domingos, de ocho a diez de la mañana. De diez a once, las calles están llenas de gente, pero nunca a una hora tan temprana como la que se ha dicho.

»Además, otro extremo parece desmentir el espíritu observador de Le Commercial. Dice: “Un trozo de las enaguas de la desventurada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, fue arrancado y ceñido en torno a su cuello y anudado sobre la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho realizado, sin duda, por unos forajidos que ni siquiera tendrían pañuelos de bolsillo”. Más tarde observaremos si esta idea carece o no de fundamento; pero con las palabras “forajidos que no tienen pañuelos de bolsillo”, alude el periodista a la peor clase de malhechores. No obstante, este tipo de ellos es el que siempre lleva pañuelo de bolsillo, aun cuando le falte la camisa. En estos últimos años usted habrá tenido ocasión de observar cuán indispensable se ha hecho el pañuelo de bolsillo para el perfecto salteador.

—Y acerca del artículo de Le Soleil, ¿qué debemos pensar? —le pregunté.

—Que es una verdadera lástima que su redactor no sea un loro, porque hubiera sido el más ilustre de su especie. Sencillamente, ha repetido distintos fragmentos de las opiniones individuales ya conocidas, espigando, con loable industria, en los periódicos. «Evidentemente —dice— estos objetos han permanecido allí durante tres o cuatro semanas, cuando menos... No cabe duda de que se ha descubierto, por fin, el teatro de tan abominable crimen». Los hechos, anunciados de nuevo por Le Soleil, no bastan, ni mucho menos, para desvanecer mis dudas personales sobre este asunto. Habremos de examinarlos más particularmente, relacionándolos con otro aspecto de la cuestión.

»Vamos a ocuparnos ahora de otras investigaciones. En el examen del cadáver no ha dejado usted de advertir una gran negligencia. El extremo de la identificación no cabe duda de que ha sido resuelto fácilmente o ha debido serlo, cuando menos. Pero hay que aclarar otros puntos. ¿Fue el cuerpo de cualquier modo despojado? ¿Llevaba la muerta algunos adornos de bisutería cuando abandonó su casa? Y de llevarlos, ¿fueron encontrados junto al cadáver? Estos importantes pormenores han sido admitidos absolutamente en la información judicial, y también existen otros de igual trascendencia, que para nada han llamado la atención. Vamos a intentar convencernos investigándolos personalmente.

»La causa de Saint-Eustache, evidentemente, ha de ser examinada de

nuevo. No tengo sospecha alguna contra este individuo; pero procedamos metódicamente. Con toda escrupulosidad comprobaremos la validez de las declaraciones referentes a los lugares donde fue visto el domingo. Muchas veces, esta clase de testimonios escritos son un medio de mistificación. Si nada encontramos en ellos que rectificar, prescindamos de Saint-Eustache. Aunque contribuya su suicidio a corroborar las sospechas, en el caso en que se hallara una superchería en los affidavits, si no hay superchería alguna no es una circunstancia inexplicable o que tenga que desviarnos de la línea del análisis ordinario.

»En el plan que le propongo a usted ahora, prescindamos de los ocultos móviles del drama y concentraremos nuestra atención en su forma aparente. En las investigaciones como éstas se comete muy a menudo el error de limitar el sumario a los hechos inmediatos, prescindiendo totalmente de los superficiales. La deplorable rutina de los procedimientos limita el proceso y la discusión en el dominio del relativo aparente. No obstante, la experiencia ha demostrado, y lo probará siempre la verdadera filosofía, que una parte muy importante de la verdad, tal vez la mayor, surge de elementos en apariencia no relacionados con el asunto. Precisamente por el espíritu, ya que no por la letra, de este principio, la ciencia moderna ha llegado

a tener en cuenta lo imprevisto. Pero tal vez no me comprenda usted. La Historia, ciencia humana, nos muestra de modo tan continuo que los más numerosos e importantes descubrimientos los debemos a los hechos superficiales, fortuitos o accidentales, que ha concluido por hacerse necesario en todo cálculo del progreso futuro conceder un espacio no sólo muy amplio, sino lo mayor posible, a las invenciones que resultarán del azar y que por completo escapan a las previsiones corrientes. Ha dejado ya de ser filosófico el sistema de apoyar en lo que ha sido una visión de lo que debe ser. Como una parte fundamental ha de admitirse el accidente. Del azar hacemos materia para un cálculo riguroso. Lo inconcebible y lo inesperado lo sometemos a las fórmulas matemáticas de las escuelas.

»Repito que es un hecho positivo el que la mayor parte de la verdad nace de lo superficial, de lo indirecto; y, apoyándome sencillamente en el principio que implica este hecho, quisiera en el presente caso desviar el sumario del camino trillado y estéril del suceso mismo, y llevarlo hacia las circunstancias contemporáneas de que se encuentra rodeado. En tanto usted comprueba la validez de los affidavits, examinaré yo los periódicos de un modo más general que el que usted ha verificado. Nos hemos limitado hasta ahora a reconocer el campo de la investigación; pero realmente sería raro que un comprensivo examen de los diarios, tal como me propongo

efectuar, no aportase algunos pormenores que imprimieran al sumario una nueva dirección.

De acuerdo con la idea de Dupin, me puse a comprobar escrupulosamente

los affidavits. El resultado de este examen fue la firme convicción de su validez, y, por tanto, de la inocencia de Saint-Eustache. Mi amigo se consagraba al mismo tiempo a examinar escrupulosamente, con una minuciosidad que me parecía enteramente superflua, las colecciones de distintos periódicos. Una semana después pudo ofrecerme los siguientes recortes:

«Hace aproximadamente tres años y medio se produjo una emoción semejante a consecuencia de la desaparición de la misma María Roget de la perfumerie que monsieur Le Blanc posee en el Palais Royal. Sin embargo, al cabo de una semana, reapareció en su acostumbrado comptoir, con su habitual aspecto, si se exceptúa una leve palidez que casi nunca tenía. Tanto su madre como monsieur Le Blanc declararon que había ido al campo a visitar a una amiga, y el suceso no tardó en ser olvidado. Creemos que su actual ausencia es una travesura del mismo carácter, y que dentro de una semana o de un mes la veremos de nuevo entre nosotros».

(Evening Paper, lunes, 23 de junio).

«Cierta diario de la tarde recuerda en su número de ayer la primera misteriosa desaparición de mademoiselle Roget. Se ha

sabido que durante su ausencia de una semana de la perfumerie de Le Blanc hallábase en compañía de un joven oficial de Marina, muy conocido por sus depravadas costumbres. Supónese que, con motivo de un disgusto, volvió a verla casualmente en su casa. Conocemos el nombre del lotario en cuestión, que actualmente se halla con permiso en París. Pero, por razones fáciles de comprender, nos abstenemos de revelar su identidad».

(Le Mercure, martes, 24 de junio, por la mañana).

«En los alrededores de esta población se cometió ayer uno de los crímenes más atroces. Un caballero, acompañado de su esposa e hija, solicitó, a la caída de la tarde, para atravesar el río, los servicios de seis jóvenes que, sin rumbo fijo, maniobraban en una lancha cerca de un ribazo del Sena. Una vez llegados a la orilla opuesta, saltaron a tierra los tres pasajeros, y se habían ya alejado de la lancha hasta perderla de vista, cuando la hija del caballero se dio cuenta de que se había olvidado en ella la sombrilla. Retrocedió en su busca y fue asaltada entonces por la cuadrilla de hombres, transportada al río, amordazada, maltratada vergonzosamente y abandonada por último en un lugar de la orilla, poco distante del lugar donde se había embarcado en la lancha con sus padres. Por el momento, los forajidos han escapado a la persecución de la policía, pero ésta se encuentra ya sobre su pista y no tardarán algunos en ser capturados».

(Morning Paper, 25 de junio).

«Se han recibido uno o dos comunicados que tienen por objeto acusar a

Mennais del odioso crimen cometido recientemente. Mas comoquiera que este señor, según el sumario, ha demostrado su inocencia, y como las razones de quienes nos han enviado estos comunicados parecen más apasionadas que sagaces, creemos conveniente abstenernos de su publicación».

(Morning Paper, 28 de junio).

«Pareciendo proceder de distintos orígenes, hemos recibido varios comunicados escritos con cierta firmeza que impulsan a aceptar como hecho indudable que la desventurada María Roger fue víctima de una de las numerosas cuadrillas de facinerosos que los domingos infestan los alrededores de la población. Nuestra opinión se inclina decididamente al lado de esta hipótesis. En breve haremos lo posible por exponer a nuestros lectores algunos de estos argumentos».

(Evening Paper, martes, 21 de junio).

«Uno de los barqueros agregados al servicio del fisco vio el lunes en el Sena una lancha vacía a merced de la corriente. Las velas, recogidas, yacían en el fondo de la barca. El barquero la remolcó hasta la oficina de navegación. Pero al día siguiente la lancha fue desamarrada y desapareció, sin que este hecho fuese advertido por ninguno de los empleados. El timón se encuentra depositado en la citada oficina de navegación».

(Le Diligence, jueves, 26 de junio).

Leyendo estos recortes, no sólo me parecieron extraños al asunto de que se trataba, sino que no podía imaginar ningún medio de coordinarlos, y esperaba obtener de Dupin una determinada explicación.

—No figura en mis cálculos —me dijo— insistir con respecto al primero y segundo de estos recortes. Los he copiado tan sólo para demostrarle a usted la gran negligencia de la policía, que, si he de creer al prefecto, todavía no se ha preocupado lo mínimo por el referido oficial de Marina. No obstante, sería insensato afirmar que carecemos del derecho de suponer cierta relación entre la primera y la segunda desapariciones de María. Admitamos que su primera fuga produjo una riña entre los dos amantes, y el regreso de la traicionada joven. Podremos observar también un segundo rapto (si es que sabemos que se ha cometido un segundo rapto) como indicio de nuevas tentativas efectuadas por parte del traidor antes que como resultados de nuevos intentos llevados a cabo por parte de un segundo individuo. Esta segunda huida podemos considerarla más bien como reconciliación o arreglo de un antiguo amour que como el principio de uno nuevo.

»Pueden ocurrir dos casos: o el que se fugó una vez con María le propuso una nueva evasión, o bien María aceptó las proposiciones de otro individuo. Pero encontramos diez probabilidades contra una en favor de la primera de

estas suposiciones. Permítame que antes de continuar llame su atención sobre la particularidad de que el tiempo transcurrido entre el primer rapto que se conoce y el segundo supuesto excede en muy poco de la duración ordinaria de los cruceros que efectúan nuestros buques de guerra.

»El amante, interrumpido probablemente en su primera infamia por la necesidad de hacerse a la mar enseguida, ¿aprovechó el primer momento a su regreso para renovar las criminales tentativas, no realizadas hasta entonces por completo o, cuando menos, no cumplidas en absoluto por él? Nada sabemos de todo esto. Dirá usted tal vez que, en el segundo caso, el rapto que hemos supuesto no se ha cometido. Ciertamente, no. Pero ¿no es dable afirmar que no hubiera una tentativa frustrada?

»A excepción de Saint-Eustache, y tal vez de Beauvais, nada sabemos de ningún pretendiente oficial conocido y decente, ni tampoco de que se haya hablado de ningún otro. ¿Quién es, pues, el misterioso amante de quien los parientes (al menos la mayoría de ellos) no han oído hablar nunca, pero que vuelve la mañana del domingo a encontrar a María, cuya confianza se ha granjeado de tal manera, que ésta no vacila en reunirse con él, hasta que comienzan a descender las sombras del crepúsculo en los solitarios bosquecillos de la barrière du Roule? ¿Quién es, repito, ese misterioso amante de quien la mayoría de los parientes no ha oído hablar? ¿Qué significado tienen esas

extrañas palabras pronunciadas por madame Roget en la mañana de la desaparición de María: “Temo no volver a verla más”?

»Pero si no podemos suponer si esa señora tuviese conocimiento del proyecto de fuga de su hija, ¿no podemos imaginar que ésta lo hubiera concebido? Saliendo de su casa, dio a entender que iba de visita a casa de una tía suya, a la rue de Dromes, y encargó a Saint-Eustache que la recogiera a la caída de la tarde. Claro es que, de primera impresión, esta particularidad parece estar en pugna con mi opinión. Pero meditemos un poco. Sabemos que María volvió a encontrar positivamente a su amante, y con él atravesó el río, y que llegó a una hora muy avanzada, cerca de las tres de la madrugada, a la barrière du Roule. Pero, al tolerar que la acompañase tal individuo, con un deseo cualquiera, conocido o desconocido de su madre, María debió pensar, sin duda alguna, en el propósito que había manifestado al salir de su casa, como también en la inquietud y recelos que habían de producirse en el ánimo de su prometido, Saint-Eustache, cuando, al ir a recogerla a la hora que habían convenido, a la rue des Dromes, viera que no había llegado aún, y, además, cuando, de regreso a la pensión con una noticia tan alarmante, se enterara de su prolongada ausencia de la casa. Repito que María debió de pensar en todo esto, teniendo en cuenta la alarma de Saint-Eustache y las sospechas de todos sus amigos. Es posible que no tuviera valor

para regresar y desmentir las sospechas, aun cuando éstas, para ella, tenían poca importancia, si la

suponemos con la intención de no volver.

»Podemos imaginar que razonó de este modo: “Estoy citada con una persona para escaparme con ella, o bien para otros planes que nadie, excepto yo, conoce. Es necesario evitar toda posibilidad de ser sorprendida. Haré creer que voy de visita a casa de mi tía, y que pasaré el día a su lado, en la rue des Dromes. Le diré a Saint-Eustache que no me recoja hasta la noche, y de esta manera mi ausencia de casa, prolongada todo el tiempo posible y sin provocar sospechas ni inquietudes, tendrá una explicación, y con ello ganaré más tiempo que con otro plan cualquiera. Si le encargo a Saint-Eustache que vaya a buscarme al anochecer, probablemente no se presentará antes. Pero, en cambio, si dejo de rogarle que vaya a buscarme, se acortará el tiempo de que dispongo para la fuga, puesto que a una hora más temprana esperará mi regreso, y mi ausencia despertará antes su inquietud. Por tanto, si él pudiera comprender mi intención de regresar y no tuviera yo más perspectiva que un sencillo paseo con la persona en cuestión, no sería oportuno suplicar a Saint-Eustache que fuese a buscarme, porque al llegar comprendería que me había burlado de él, hecho este que podría ocultarle para siempre marchándome de casa sin darle cuenta de mi propósito, volviendo antes que llegara la noche y diciendo entonces que

había ido a ver a mi tía a la rue des Dromes. Pero como mi plan es el de no volver nunca, o, cuando menos, hasta después de algunas semanas, o bien hasta que haya logrado ocultar determinadas cosas, lo único, pues, que debe preocuparme es la necesidad de ganar tiempo”.

»Desde el primer momento habrá usted observado en sus apuntes que la opinión general con respecto a este desdichado suceso es la de que María fue víctima de una banda de desalmados. En determinados casos, la opinión popular debe ser tenida en cuenta, porque cuando se manifiesta de una forma esencialmente espontánea, hay que considerarla como un fenómeno semejante a la intuición, que es la idiosincrasia del hombre de talento. De cien casos, en noventa y nueve me inclinaría en favor de sus juicios. Pero es muy importante el hecho de que no encontremos huellas palpables de una sugestión exterior. La opinión, por tanto, debe ser rigurosamente el pensamiento personal del público, y a menudo es muy difícil establecer esta distinción y mantenerla. En el presente caso supongo que esta opinión pública con respecto a una partida de desalmados ha sido inspirada por el suceso paralelo y secundario de que se da cuenta en el tercero de mis recortes.

»Todo París está intrigado con el hallazgo del cadáver de María, una joven conocida y bella. El cuerpo ha sido encontrado flotando en el río y con señales de violencia. Se ha averiguado ahora que, en la misma época en que se supone fue asesinada

la perfumista, una cuadrilla de jóvenes rufianes cometió un atentado análogo al sufrido por ella, aunque no de tanta importancia, en la persona de otra joven. ¿Sorprenderá, acaso, que el primer suceso conocido

inspirase el juicio popular con respecto al segundo, todavía por conocer? Este juicio esperaba una dirección, y el atentado que se conocía la indicaba con mucha oportunidad. También María fue encontrada en el río, en el mismo río donde se cometió el atentado conocido. La relación de estos dos acontecimientos tenía en sí algo tan evidente, que hubiera sido un milagro que el pueblo olvidara advertirlo y consignarlo. Mas, concretamente, uno de los dos atentados, conocido por la forma en que fue realizado, es indicio de que el otro, cometido en una época que casi coincide, no se realizó del mismo modo. Realmente, ha de considerarse como un milagro que mientras una cuadrilla de desalmados cometía en un determinado lugar un atentado inaudito, se hallase en la misma localidad, en la misma población y en la misma circunstancia, a otra cuadrilla semejante empleando los mismos medios y los mismos procedimientos, cometiendo un crimen de carácter exactamente parecido y precisamente en la misma época. ¿En qué otra cosa, téngalo usted en cuenta, podría la opinión pública, sugestionada accidentalmente, impulsarnos a creer en algo que no fuera esta maravillosa serie de coincidencias?

»Antes de ir más lejos, estudiemos el supuesto lugar de los asesinatos en los sotos de la barrière du Roule. El bosquecillo, muy tupido, hállase, es cierto, a regular distancia de una carretera pública. Se ha dicho que dentro de él existen tres o cuatro anchas piedras, que forman una especie de asiento con respaldo. En la piedra superior se han encontrado unas enaguas, y en la segunda, un chal de seda. Se han hallado también una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo, que tenía bordado el nombre de “María Roget”. Entre las zarzas de los alrededores se han encontrado prendidos algunos jirones del vestido. La tierra estaba removida, aplastados los matorrales y veíase en todo huellas de una lucha violenta.

»A pesar del júbilo con que la Prensa acogió el descubrimiento de este lugar y de la unanimidad con que se supuso fuera el teatro del crimen, hay que admitir que existe más de una justificada razón para dudar de ello. Si el verdadero teatro se hallase, como indica Le Commercial, en las cercanías de la rue Pavée Saint-André, los autores del crimen, que suponemos se encuentran todavía en París, habrían recelado, naturalmente, de la opinión pública, dirigida tan vivamente sobre la verdadera pista. Todo espíritu nada vulgar hubiese experimentado la inmediata necesidad de llevar a cabo una tentativa cualquiera para distraer esa atención. Como el sotillo de la barrière du Roule había ya despertado sospechas, pudo lógicamente inspirar la idea de que se abandonaran allí los objetos de que se trata.

»Diga lo que diga Le Soleil, no existe prueba real de que tales objetos hayan permanecido en aquel paraje más de un escaso número de días, mientras que es más que admisible que no hubieran podido encontrarse allí sin despertar la atención, durante los veinte días transcurridos entre el trágico

domingo y de la tarde en que unos muchachos los encontraron. “Se hallaban completamente enmohecidos por la acción de la lluvia”, dice Le Soleil, deduciendo esta opinión de los periódicos que hablaron antes, “y pegados por la humedad. El césped había crecido en torno a ellos y los cubría en parte. La seda de la sombrilla era sólida, pero estaban cerradas las varillas y la parte superior, en la cual la tela plegada sufrió los efectos de la humedad: se rasgó en cuanto la abrieron”. Por lo que respecta al hecho de que el césped “había crecido en torno a los objetos, hasta cubrirlos en parte”, es evidente que no pudo comprobarse sino por las declaraciones de los dos niños, hechas de acuerdo con lo que recordaban, porque los recogieron y los llevaron a la casa antes de ser vistos por una tercera persona. Pero el césped, sobre todo bajo una temperatura cálida y húmeda, como la de la época del asesinato, crece hasta una altura de dos o tres pulgadas en un solo día.

»Una sombrilla abandonada en un lugar cubierto de césped puede, en sólo una semana, desaparecer bajo la hierba, que ha crecido con rapidez. Por lo que respecta al enmohecimiento, sobre el que con tanta obstinación insiste el director de Le

Soleil, puesto que emplea esta palabra por lo menos tres veces en el breve párrafo transcrito, ¿les que realmente ignora la naturaleza de tal enmohecimiento? ¿Necesitará saber tal vez que es una de las numerosas variedades de fungus, cuya característica más conocida es la de crecer y morir en veinticuatro horas?

»Así, a la primera impresión, vemos que lo que tan aparatosamente se ha alegado para mantener la idea de que los objetos permanecieron en el bosque “durante tres a cuatro semanas”, cuando menos, es completamente nulo, si es que hemos de considerarlo como elemento de prueba. Por otra parte, es muy difícil creer que tales objetos hayan podido continuar en aquel lugar durante más de una semana, durante un intervalo mayor que el que existe de domingo a domingo. Cuantos conocen medianamente los alrededores de París saben cuán difícil es hallar en ellos un refugio solitario, excepto a gran distancia de los suburbios. No es posible imaginar un rincón inexplorado o visitado raramente en estos bosques y sotillos. Que intente cualquier verdadero amante de la Naturaleza, condenado por sus obligaciones al polvo y al calor de esta gran metrópoli, saciar su sed de soledad, aun durante los días laborables, entre estas bellezas naturales y campestres que nos rodean. Antes que haya podido dar un par de pasos romperá el nascente encantamiento la voz o irrupción personal de algún chiquillo o de una banda de pilluelos borrachos. Buscará inútilmente el silencio bajo las más espesas frondas.

»En estos lugares es, precisamente, donde abunda la crápula, donde son más profanados los templos. Con el corazón lleno de desencanto regresará el paseante inmediatamente a París, como si volviera a una cloaca de menos grosera impureza y, por tanto, menos odiosa. Si los alrededores de la ciudad se

encuentran tan infestados durante toda la semana, ¡cómo no lo estarán los domingos! Entonces es cuando, mejor que nunca, libre de las ataduras del trabajo o privado de las ocasiones corrientes favorables al delito, el pilluelo de la capital va hacia las afueras, no por amor a la naturaleza campestre, que desprecia con vehemencia, sino por huir de las trabas y convenciones sociales. No va en busca del aire puro y los árboles verdes sino de la absoluta libertad del campo. En el ventorro, al borde de la carretera o a la sombra del bosque, sin que lo juzguen otras miradas distintas de las de sus dignos compañeros, se entrega a los furiosos excesos de una falsa alegría, hija de la libertad y del alcohol.

»No anticipo nada que no salte a la vista de todo imparcial observador cuando repito que el hecho de que tales objetos hubieran permanecido sin descubrirse durante un período mayor que el que media de un domingo a otro, en un bosquecillo cualquiera de París, deba ser considerado como si fuese un milagro.

»Pero no nos faltan motivos para sospechar que tales objetos fueron dejados en el sotillo en cuestión con el propósito de desviar la atención del verdadero lugar en que se cometió el crimen. Permítame usted, antes que nada, hacerle notar la fecha del hallazgo. Relaciónela con la del quinto de mis recortes en la lista de periódicos que he confeccionado, y verá usted que al descubrimiento siguen casi inmediatamente los urgentes comunicados dirigidos al diario de la tarde.

»Aunque con modificaciones, estos comunicados, procedentes, en apariencia, de distinto origen, tendían todos hacia el mismo fin: el de atraer la atención sobre una pandilla de forajidos, a quienes acusar como autores del atentado, y también sobre los alrededores de la barrière du Roule como lugar en que se cometió el hecho. El que los niños encontrasen estos objetos a consecuencia de dichos comunicados, y luego que se encauzara en este sentido la opinión pública, no es, naturalmente, lo que puede sorprendernos, sino que podría suponerse legítimamente que si los niños no encontraron antes estos objetos es porque todavía no se hallaban en el bosquecillo, porque fueron abandonados en una época posterior: la de la fecha o una muy poco anterior a la de los comunicados, y esto fue hecho por los mismos asesinos, autores también de los comunicados de que se trata.

»Ese bosquecillo es raro, demasiado raro. Su frondosidad es insólita. En el centro de sus murallas naturales hallábanse tres extraordinarias piedras, que constituían un asiento con su

respaldo. Este bosquecillo tan artístico encuéntrase en las cercanías, a pocas varas de distancia, de la vivienda de madame Deluc, cuyos hijos tienen la costumbre de inspeccionar cuidadosamente la espesura en busca de cortezas de sasafrás. ¿Sería temerario apostar mil contra uno a que no pasaba día sin que por lo menos cualquiera de

esos muchachos se escondiera en ese verde salón y se creyera rey sentándose en ese trono natural? Quienes no se atrevan a apostar, o no han sido niños nunca o no conocen la naturaleza infantil. Lo repito. Es inmensamente difícil comprender cómo hubiesen logrado permanecer tales objetos en el bosquecillo más de uno o dos días sin que nadie los hubiese descubierto, existiendo, por otra parte, importantes razones para sospechar, a pesar de la dogmática ignorancia de Le Soleil, que fueron dejados allí en fecha relativamente tardía.

»Sin embargo, para creer que esto haya ocurrido de este modo, existen otras razones más poderosas que todas cuantas acabo de exponerle. Permítame que llame ahora su atención con respecto a la colocación tan artificiosa de los objetos. En la piedra superior hallábanse unas enaguas; en la segunda, un chal de seda; en torno, esparcidos, una sombrilla, unos guantes y un pañuelo de bolsillo con el nombre de “María Roget” bordado. Esta colocación, tal como está efectuada, ha debido, naturalmente, idearla un espíritu poco sutil, deseoso de encontrar la que fuera natural. Pero no es en absoluto una

disposición realmente natural. Más me hubiera gustado ver esos objetos diseminados todos por el suelo, y pisoteados.

»En el breve recinto del bosquecillo casi hubiera sido imposible que las enaguas y el chal conservaran sobre las piedras su colocación, expuestos a las conmociones de una violencia entre varias personas. Se dice que “había señales de lucha; la tierra aparecía hollada y aplastados los zarzales”; pero tanto las enaguas como el chal yacían como sobre tablas. “Los jirones de ropa que colgaban de las zarzas tenían unas tres pulgadas de ancho por seis de largo. Uno de ellos era parte del volante o borde del vestido, que estaba remendado. Parecían tiras arrancadas”. Sin darse cuenta de ello, aquí Le Soleil emplea una frase en extremo sospechosa. Tal como los describe, estos jirones parecen tiras arrancadas, pero intencionadamente y por una mano. Es un accidente extrañísimo que un trozo de vestido como el del que hablamos pueda ser arrancado enteramente por la acción de una espina.

»Dada la naturaleza del tejido, una espina o clavo que se enganchara en él lo desgarraría en forma rectangular, dividiéndole en dos rasgaduras longitudinales, formando un ángulo recto, y viéndose el sitio por donde se clavó la espina. Pero es casi imposible de comprender que el pedazo se arrancara completamente. Yo no he visto nunca eso, y supongo que usted tampoco. Para arrancar así un trozo de tela es necesario casi siempre que actúen dos fuerzas distintas en sentidos diferentes. Si, por ejemplo, la tela presenta dos bordes,

si es un pañuelo y quiere arrancarse una tira, solamente entonces bastará una fuerza única. Pero en el caso de que se trata, se habla de un traje que no ofrece sino un solo lado, y arrancar un pedazo de en medio, que no presenta lado alguno, sería casi milagroso que pudiesen hacerlo varias espinas, y menos aún una sola. Pero incluso cuando la tela presenta un borde,

será necesario que actúen dos espinas, una en dos direcciones distintas y la otra en una sola, y, a pesar de todo, es necesario suponer que no esté ribeteado el borde, porque entonces esto resultaría imposible.

»Ya hemos visto cuán grandes y numerosos obstáculos impiden que la sencilla acción de las espinas arranquen los jirones. No obstante, se nos invita a suponer que no sólo un trozo, sino varios, se han arrancado de este modo. Y uno de ellos era el borde del vestido. El otro, una parte de la falda, pero no el ribete; es decir había sido arrancado por completo por la acción de las espinas, precisamente de la mitad y no del borde de la falda. Digo que estas cosas, plausiblemente, no pueden ser creídas. No obstante, si las consideramos en conjunto, constituyen un motivo menos de evidente sospecha que la única circunstancia, tan sorprendente, de que los asesinos hubieran podido abandonar tales objetos en el bosque, teniendo, como tuvieron la precaución de llevarse el cadáver.

»A pesar de todo, usted no habrá comprendido por completo mi idea, y cree que mi deseo es el de negar que el bosque haya sido el lugar del crimen. Posible es que en él ocurriera algo grave; pero parece más verosímil aceptar que la desgracia haya ocurrido precisamente en casa de madame Deluc. Pero, en definitiva, ésta es una particularidad de secundaria importancia. Nos hemos propuesto descubrir a los autores del crimen y no el lugar en que se cometió. A pesar de su minuciosidad, todos los argumentos que he aportado tienden únicamente a demostrar a usted lo insensato de las afirmaciones tan impetuosas y rotundas de Le Soleil, y, como inmediata consecuencia, llevarle, por el camino más lógico, a otro: a estudiar si el asesinato ha sido o no obra de una banda.

»Aludiendo sencillamente a los raros pormenores que dio el cirujano al declarar en el sumario, yo impugnaría este extremo. Me bastará decir que sus conclusiones, por lo que respecta al número de los supuestos malhechores, han sido ridiculizadas por completo, dada su falsedad y por estar desprovistas completamente de fundamento, según todos los anatomistas más prestigiosos de París. No aseguro que materialmente el hecho no haya podido ocurrir como él dice, pero no encuentro suficientes razones para su conclusión. ¿No existían muchas más para sustentar otra teoría?

»Reflexionemos ahora con respecto a las huellas de la lucha. Preguntémonos qué es lo que se pretende demostrar con ello.

¿La presencia de una banda? ¿Acaso no prueban mucho mejor aún la ausencia de una banda?

¿Qué clase de lucha lo bastante violenta, lo suficientemente prolongada, para dejar huellas en todas direcciones, hemos de suponer entre una débil joven indefensa y la banda de forajidos a que se alude? Unos brazos vigorosos, oprimiéndola en silencio, hubiesen bastado para que la víctima quedara absolutamente indefensa, pasiva y a su discreción. Advertirá usted que

nuestras razones contra el bosquecillo, supuesto como lugar del suceso, no se dirigen principalmente sino como al lugar de un atentado cometido por más de un individuo. Si supusiéramos un hombre solo, encarnizado en una violación, entonces, y solamente entonces, cabría admitir una lucha de carácter violento y obstinado para dejar tan visibles huellas. Además, hemos indicado ya las sospechas que resultan del hecho de que los objetos reseñados antes hubiesen podido permanecer en el bosquecillo donde fueron hallados.

»Casi parece imposible que estas pruebas del crimen se abandonaran por accidente en el sitio donde fueron descubiertas. Se tuvo bastante presencia de ánimo, y se ha supuesto así, para llevarse el cadáver, y, no obstante, una prueba concluyente, más aún que el cadáver mismo, cuyas facciones pudieron alterarse con rapidez a consecuencia de la

descomposición, queda expuesta descaradamente en el teatro del crimen. Me refiero al pañuelo de bolsillo con el nombre de la difunta. Si ello es un accidente, no se debe éste a una banda. Nos lo podemos explicar tan sólo como obra de un individuo. Veamos cómo: Un individuo es quien ha cometido el asesinato. Solo, con el espectro de la difunta, se encuentra aterrorizado ante el cadáver inmóvil. Se ha extinguido el furor de su pasión, y ahora, en su ánimo, comienza a alentar el natural horror del crimen cometido. Su espíritu carece de esta confianza que inevitablemente inspira la presencia de varios cómplices. El asesino está solo con la muerta. Tiembla horrorizado. Sin embargo, es preciso ocultar el cadáver en algún lugar. Lo lleva al río; pero tras de sí deja las huellas del crimen; y como le es difícil, ya que no imposible, transportarlo todo de una vez, podrá regresar luego para recoger lo que no ha podido llevar consigo. Pero en su trabajoso viaje al río, los temores que le asaltaban aumentan. Rodean su camino rumores de vida. Una docena de veces oye, o le parece oír, los pasos de alguien que le espía. Le aterran incluso las luces de la ciudad. Por último, tras largas y frecuentes pausas, llenas de infinita angustia, llega al borde del río, y, tal vez valiéndose de una barca, se libera de su siniestro fardo. Pero ahora, ¿qué tesoro del mundo, qué amenaza de castigo tendría suficiente poder para obligar a este criminal solitario a que regresara, a través de su peligroso y abrumador camino hacia el terrible bosque poblado desde ese instante de lúgubres recuerdos? No vuelve, y deja que sigan su curso las consecuencias. No puede regresar, como quisiera.

Su única idea es la de huir con toda rapidez. Abandona para siempre la amedrentadora espesura y escapa como si le amenazara la cólera del Cielo.

»Pero ¿y si supusiéramos una banda de asesinos? El ser varios les hubiera inspirado audacia, en el caso en que sea verdad que la audacia pudo faltar alguna vez del corazón de un miserable empedernido, y se supone que la banda está compuesta de miserables empedernidos. Como digo, su número les habría evitado el terror irrazonado y la turbación que de acuerdo con mi hipótesis acometió al solitario individuo. Si usted quiere, podemos admitir la

posibilidad de una ligereza en uno, dos o tres de estos individuos. El cuarto hubiera tenido en cuenta el descuido. Nada hubiesen podido dejar tras de sí, porque el ser varios les permitía llevárselo todo en una misma vez, sin que tuvieran necesidad de volver.

»Fíjese usted ahora en la particularidad de que en la falda del cadáver descubierto se había desgarrado una tira de arriba abajo, como, de un pie de ancho, y desde el borde de la cintura, pero que esta tira no había sido arrancada, sino que daba tres vueltas alrededor del talle y se ceñía a la espalda por una especie de nudo. Esto fue hecho con el evidente propósito de conseguir un asidero que permitiese el traslado del cadáver. En

este caso, ¿una banda de forajidos hubiese tenido que recurrir a tal extremo?

»Tratándose de tres o cuatro hombres, las mismas extremidades de la víctima hubieran facilitado los medios de traslado, no sólo suficientes, sino que, además, hubieran sido cómodos. Se trata, pues, de la invención de un solo individuo, y esto nos lleva a considerar el siguiente hecho: entre el sotillo y el río se ha descubierto que las empalizadas hallábanse caídas y que la tierra conservaba huellas, como si se hubiera arrastrado por ella un objeto pesado.

¿Acaso una banda se habría molestado en derribar una empalizada y arrastrar sobre ella un cadáver, cuando levantándolo pudo hacerlo pasar fácilmente por encima? ¿Una banda de criminales no hubiese evitado arrastrar un cadáver, de no ser que hubiera querido dejar un evidente rastro?

»Una vez llegados a este punto, hemos de volver a una observación de Le Commercial en la que ya antes me había fijado. Este periódico dice: “Un jirón de una de las faldas de la desventurada joven había sido arrancado y ceñido en torno a su cuello y anudado a la nuca, probablemente con objeto de ahogar sus gritos, hecho efectuado, sin duda, por los miserables, que no debían tener siquiera un pañuelo de bolsillo”.

»He indicado ya que el verdadero granuja no deja de llevar nunca pañuelo de bolsillo, pero no me propongo llamar su atención con respecto a esta particularidad. No es por falta de

pañuelo, ni aun para el fin que ha supuesto Le Commercial para lo que aquel jirón fue empleado. Lo prueba el pañuelo que se abandonó en el bosquecillo, y lo que demuestra que la intención de impedir los gritos no existió, es que esa tira se ha empleado preferentemente en lo que habría dado mejores resultados para el fin propuesto. Ahora bien: el sumario, al hablar de ella, dice “que se encontró ceñida a su cuello, adaptada de un modo muy flojo y sujeta por un apretado nudo”. Hasta estos términos son vagos, pero difieren esencialmente de los de Le Commercial. La tira era de unas dieciocho pulgadas de ancho, y, plegada y enrollada en sentido longitudinal, debía formar una especie de cuerda bastante fuerte, aun cuando fuese de muselina.

»Mi conclusión es ésta: el asesino solitario, habiendo transportado el cadáver a determinada distancia desde el bosquecillo o de otro lugar cualquiera, valiéndose de la tira anudada en torno a la cintura, vio que el peso, aun a pesar de este sistema, agotaba sus fuerzas. Decidió entonces arrastrar el cuerpo, y ahí están las huellas que lo confirman. Para conseguir este propósito era necesario sujetar algo semejante a una cuerda a una de las extremidades, y preferentemente en torno al cuello, porque la cabeza serviría así para impedir que el cuerpo se arrastrase. Evidentemente, pensó entonces el asesino en usar la tira ceñida en torno a la cintura, lo que, sin duda, hubiera hecho de no haber sido por estar arrollada alrededor del cuerpo por el apretado nudo que la remataba y la idea de

que no estaba arrancada por completo del vestido. Le era más fácil sacar una nueva tira de las enaguas, y lo hizo así, anudándola en torno al cuello y arrastrando de esta forma a su víctima hasta el río. Esta tira, cuya facilidad consistía en estar al alcance inmediato de la mano, pero que no respondía sino imperfectamente a esta misión, fue empleada tal como está y demuestra que la necesidad de servirse de ella ocurrió en circunstancias en que no había modo de recuperar el pañuelo; es decir, según hemos supuesto, luego de haber abandonado el bosque, de haber sido en el bosque y entre el trayecto comprendido entre éste y el río.

»Pero dirá usted que la declaración de madame Deluc señala especialmente la presencia de una banda de forajidos en las cercanías del bosque a la hora, o alrededor de la hora, en que el asesinato fue cometido. De acuerdo. Me atrevería incluso a creer que había una docena de bandas como las que ha descrito madame Deluc, y que se encontraban en aquellos lugares hacia la misma hora en que ocurrió la tragedia. Pero la banda que atrajo la señalada animadversión de madame Deluc, aunque su declaración sea un tanto tardía y bastante sospechosa, es la única nombrada por esa digna y escrupulosa dama, banda que comió sus pasteles y se bebió su aguardiente sin preocuparse de pagárselo. Et hinc illoæ irœ?

»Pero ¿cuáles son los términos concretos de la declaración de madame Deluc? «Una pandilla de granujas apareció, armó un alboroto de mil diablos, bebió y comió sin pagar, siguió el

mismo camino del joven y de la muchacha y volvió a la posada al oscurecer, y después vadeó el río precipitadamente».

»Pues bien: esta precipitación pudo parecer mucho mayor a los ojos de madame Deluc, que, con dolor e inquietud, pensaba en su cerveza y sus pasteles robados, cerveza y pasteles por los cuales conservó hasta el último momento la esperanza de que le fueran pagados. De otro modo, y puesto que se hacía tarde, ¿por qué dio tanta importancia a tanta prisa? Nada debe sorprender que una banda aunque esté compuesta por pillos, ponga determinado empeño en regresar apresuradamente, cuando tiene que atravesar un río en frágiles embarcaciones y cuando amenaza la tempestad y la noche se

aproxima.

»He dicho se aproxima porque aún no era de noche. Los castos ojos de madame Deluc se fijaron en la irritante precipitación de los forajidos al oscurecer. Pero, según han contado madame Deluc y su hijo mayor, oyeron por la noche gritos de mujer en las cercanías del ventorro. ¿De qué términos se vale madame Deluc para fijar el momento del día en que esos gritos se produjeron? Según ella, poco después de oscurecer; pero ese poco después de oscurecer es, por lo menos, la noche, y la palabra oscurecer supone aún el día.

»No hay duda alguna, por tanto, de que la banda abandonó la barrière du Roule antes de haberse oído los gritos que

casualmente (?) oyó madame Deluc. Aunque, en los numerosos informes del sumario, estas dos expresiones distintas se citen invariablemente, como yo mismo lo hago en nuestra conversación, ningún periódico ni ningún sabueso de la policía ha advertido hasta ahora la gran contradicción en que incurren.

»Únicamente tengo que añadir un argumento contra esa famosa banda, pero cuyo peso es, cuando menos para mí, absolutamente irresistible. En el caso de ofrecer una buena recompensa y el indulto a todo delator de sus cómplices, ni por un instante se puede pensar que un individuo cualquiera de una banda de malhechores o de una asociación de hombres de cualquier especie no hubiera ya traicionado a sus cómplices desde hacía mucho tiempo. A todo individuo de una banda de esta clase antes le atemoriza la idea de una posible traición que le seduce la tentación de obtener una recompensa. Cualquiera de ellos traiciona para que no le traicionen. En fin, la mejor garantía de un secreto es la de que no se divulgue. Los horrores de estos asuntos tenebrosos sólo son conocidos por uno o dos seres humanos y por Dios.

»Reunamos ahora los hechos, pobres, es verdad, pero positivos, de nuestro largo análisis, ya se trate de un fatal accidente en el ventorro de madame Deluc o de un asesinato cometido en el bosque de la barrière du Roule por un amante

o al menos por un amigo íntimo y secreto de la difunta. Este amigo es de rostro cetrino, lo cual, teniendo en cuenta el nudo corredizo de la cintura y el de las cintas del sombrero, delata a

un marino. Su amistad con la difunta (joven un poco casquivana, es cierto, pero no abyecta) nos lo denuncia como un hombre superior por un empleo a un simple marino. Por otra parte, los comunicados urgentes, muy bien escritos, que fueron dirigidos a los periódicos, contribuyen de una forma notable a robustecer nuestra hipótesis. El hecho de una fuga anterior, revelada por Le Mercure, nos obliga a hacer de un mismo individuo el marino y el oficial de Marina, ya conocido por haber hecho incurrir en falta a la desventurada.

»Muy oportunamente se nos ofrece aquí otra consideración, que es la que

se refiere a la duración de la ausencia del citado individuo de tez cetrina. Insistamos con respecto a este punto; es decir, a su tez sombría y tostada. Una tez levemente tostada es lo que ha podido, únicamente, constituir el solo punto de recuerdo común existente entre Valence y madame Deluc. Ahora bien: ¿por qué este hombre está ausente? ¿Fue asesinado por la banda? De haber ocurrido así, ¿por qué no es posible hallar más huellas de la muchacha asesinada? Para los dos crímenes se supone el mismo escenario. Pero el cadáver de él, ¿dónde se encuentra? Sin duda alguna, los asesinos habrían hecho desaparecer a los dos del mismo modo. No, no puede asegurarse que el hombre viva todavía y que lo que le impide darse a conocer es el temor de ser acusado como autor del crimen.

»En este momento, tardíamente ya, es cuando podemos suponer que una consideración semejante pese vivamente en él, puesto que un testigo asegura haberle visto con María. Pero este temor no hubiera influido en modo alguno en la época del crimen. La primera intención de un hombre inocente hubiera sido la de denunciar el hecho y ayudar al descubrimiento de los malhechores. Así lo aconsejaría un interés bien entendido. Le vieron con la joven. Cruzó el río con ella en una barca. Hasta a un tonto, la denuncia de los asesinos hubiera parecido el más seguro medio de escapar a las sospechas. En ningún modo podemos suponerle, en la noche fatal del domingo, inocente y no enterado del crimen. No obstante, únicamente en circunstancias imposibles podríamos comprender que, estando vivo, hubiese faltado al deber de denunciar a los criminales.

»¿De qué medios disponemos para llegar a la verdad? A medida que vayamos avanzando los veremos multiplicarse, concretarse. Analicemos ahora la historia, vieja ya, de una primera fuga. Pasemos a enterarnos de la vida de este oficial, como también de las circunstancias actuales que le rodean y de los lugares en que se encontraba precisamente en la época del crimen. Con todo cuidado, comparemos entre sí los distintos comunicados dirigidos al diario de la tarde, en los que se acusaba a una banda de malhechores.

»Hecho esto, cotejemos el estilo y la letra de estos comunicados con la letra y el estilo de los manuscritos que fueron dirigidos al periódico de la mañana en época anterior y que tan

enérgicamente insistían con respecto a la culpabilidad de Mennais. Después, comparémoslos con los manuscritos conocidos del oficial. Mediante un interrogatorio más minucioso, intentemos obtener de madame Deluc y de sus hijos, así como de Valence, el conductor del ómnibus, algún informe más concreto con respecto al aspecto físico y costumbres del hombre de la tez cetrina. Mediante varias preguntas formuladas hábilmente, sin duda alguna podrá obtenerse de alguno de aquellos testigos informes relativos a este punto concreto, o bien a otros; informes que los mismos testigos poseen, probablemente sin saberlo.

»Sigamos luego el rastro de la barca que fue recogida por el barquero en la mañana del lunes 23 de junio, y que por descuido del oficial de servicio desapareció sin timón del embarcadero en época anterior al descubrimiento del cadáver. Con la perseverancia y cuidado convenientes seguiremos con toda atención a la barca, porque no sólo el barquero que se hizo cargo de ella podría reconocerla, sino que tenía en su poder el timón. No es posible que nadie, sea quien sea, abandone deliberadamente y sin causa justificada el timón de un barco de vela. Tampoco se publicó aviso alguno con respecto al descubrimiento del mismo. En silencio, fue conducido a las oficinas de Navegación, y desapareció también en silencio. Ahora bien: ¿cómo se explica que el dueño, o el arrendatario de la barca pudiera, sin un anuncio público, en una

fecha tan próxima como el martes por la mañana, saber que la barca fue hallada el lunes, de no ser que le supongamos relacionado en algún modo con la Marina, relaciones personales y continuas, resultantes del conocimiento de los intereses más nimios en las más leves noticias locales?

»Al hablar del asesino solitario que arrastraba su fúnebre carga hacia la orilla, he insinuado que debió procurarse una embarcación. Comprendemos ahora que María Roget fue arrojada desde un barco. Lógicamente, ocurrió así el hecho. El cadáver no debió confiarse a las aguas bajas de la orilla. Las señales particulares descubiertas en la espalda y hombros de la víctima denuncian las traviesas del fondo de un barco.

»El hecho de que se haya encontrado el cadáver sin un peso corrobora nuestra idea, puesto que de haber sido arrojado desde la orilla se lo hubieran atado. Podremos explicarnos su falta únicamente suponiendo que el criminal no hubiera tomado la precaución de procurárselo antes de arrastrar el cuerpo de la víctima. Incontestablemente, debió advertir su distracción cuando llegó el momento de confiar el cadáver al río. Pero ya no tenía a su alcance nada con que remediar este error, y prefirió arriesgarlo todo antes que volver a la ribera maldita. Libre una vez de su fúnebre carga, el asesino debió regresar precipitadamente hacia la población. Saltó entonces a tierra en algún muelle desierto; pero ¿podría abandonar la barca en un lugar seguro? Para pensar en semejante tontería se sentía más apremiado que lo corriente. Aun cuando la hubiese amarrado a

un muelle, hubiera creído dejar allí una prueba comprometedora contra él. Su resolución más lógica debió de ser la de apartar lo más lejos posible de sí todo lo que guardara la menor relación con su delito. No sólo debió de huir del muelle, sino que procuró que la barca no se quedara en él, y la lanzó, sin duda alguna, a la deriva.

»Continuemos nuestra idea. A la mañana siguiente, el criminal debió de experimentar un horror indescriptible. Hallábase en un lugar adonde, tal vez, su deber le llamaba con frecuencia. Por la noche, sin atreverse a pedir el timón, hizo que desapareciera. Ahora bien: ¿dónde se encuentra esa barca sin

timón? Vamos a descubrirlo, y que sea ella una de nuestras primeras pesquisas. Con la primera aclaración que consigamos se iniciará la aurora de nuestra victoria. Con rapidez, de la que nosotros mismos nos asombraremos, esta barca nos llevará hacia el hombre que la usó en la noche del fatal domingo. La confirmación se aumentará con la propia confirmación, y seguiremos la pista del criminal.

Por razones que no tenemos en cuenta, ni de las que damos razón, pero que saltan a la vista de nuestros numerosos lectores, nos hemos permitido suprimir aquí, del manuscrito que nos ha sido enviado, la parte en que se desmenuza la investigación realizada a consecuencia del indicio aparentemente tan ligero que había descubierto Dupin.

Creemos oportuno manifestar tan sólo que el resultado apetecido se logró, y que cumplió el prefecto, aunque no sin repugnancia, los términos de su contrato con el caballero. El artículo de mister Poe concluye así:

«Se comprenderá fácilmente que hablo de simples coincidencias y nada más. Debe bastar cuanto he dicho acerca de este asunto. Mi corazón no posee fe alguna con respecto a lo sobrenatural. Ningún hombre capaz de pensar puede sentirse inclinado a negar que la Naturaleza y Dios forman un todo único. Que Éste, habiendo creado a aquélla, puede a su voluntad gobernarla o modificarla, es cosa también fuera de toda duda. He dicho a su voluntad, porque es una cuestión de voluntad y no de poder, como lógicos absurdos han supuesto. No se trata de que la Divinidad no pueda modificar sus leyes; pero, imaginando una necesidad posible de modificación, la insultamos. Desde el origen han sido creadas estas leyes para abarcar todas las contingencias que puedan contenerse en lo futuro, porque para Dios es presente.

»Repito que hablo sencillamente de estas cosas como de coincidencias. Unas palabras más todavía. En el presente relato se hallará motivo sobrado para establecer un paralelo entre el destino de la desgraciada Mary Cecile Rogers, por lo menos en cuanto ha sido posible conocer, y el de una tal María Roget, hasta determinada época de su historia; paralelo éste cuya minuciosa y sorprendente exactitud se efectúa para confundir la razón. En efecto, todo esto sorprenderá. Pero que ni un solo

instante se suponga que al continuar la triste historia de María desde el punto en cuestión, y continuando hasta su desenlace en misterio que la rodeaba, he tenido el interés secreto de sugerir una extensión del paralelo o de insinuar que las medidas que fueron adoptadas en París con objeto de descubrir al asesino de una obrera, o las fundadas en un método de razonamiento semejante, hayan de producir un resultado parecido.

»Porque, por lo que respecta a la última parte de la suposición, hemos de considerar que la más insignificante variación de los elementos de los dos problemas podrían engendrar graves errores de cálculo, desviando absolutamente las dos corrientes de acontecimientos. Del mismo modo que un

error, en aritmética, juzgado aisladamente, puede ser inapreciable, por la fuerza acumuladora de la multiplicación produce a la larga un resultado terriblemente distante de la realidad. Y por lo que se refiere a la primera parte, no olvidemos que este mismo cálculo de probabilidades que he invocado veda toda idea de extensión del paralelo, con un rigor tanto más imperioso cuanto que el paralelo ha sido ya más extendido y exacto. Aquélla es una proposición no normal, que aun cuando pueda parecer resurgir del dominio del pensamiento general, del pensamiento que nada tiene que ver con las matemáticas, hoy sólo ha sido comprendido por los matemáticos. Por ejemplo, nada es hoy más difícil para

convencer al lector profano de que si un jugador de dados ha vuelto dos veces el seis, una tras otra, constituya este hecho una razón suficiente para apostar en grande qué a la tercera vez o golpe no volverá a sacar la misma cifra.

»Por lo general, una opinión de esta índole suele, desde luego, ser rechazada por la inteligencia. No puede comprenderse cómo dos golpes ya jugados, desaparecidos en el pasado, pueden influir en el que solamente existe en el futuro. La posibilidad de tener el seis parece ser, precisamente, la que en cualquier momento era; es decir, sometida tan sólo a la influencia de los distintos golpes que pueden volcar los dados. Parece tan perfectamente evidente esta reflexión, que todo esfuerzo llevado a cabo para contrarrestarla se acoge más frecuentemente con una sonrisa burlona que con una cortés condescendencia. El error en cuestión, y es un craso error, fuente en ocasiones de perjuicios, no puede ser criticado dentro de los límites de que aquí dispongo, y los filósofos no lo necesitan. Basta decir tan sólo que este error constituye una parte integrante de una ilimitada serie de sorpresas con las que tropieza la razón a lo largo de su camino, por la propensión funesta de buscar la verdad en los pormenores».

ELEGANCIAS

Soy, o, mejor dicho, era un gran hombre. Pero no soy el autor de Junios ni tampoco el hombre de la Máscara de Hierro, ya que mi nombre es, según supongo, Robert Jones, y nací en algún lugar de la ciudad de Fum-Fudge.

El primer acto de mi vida fue cogermela nariz con las dos manos. Al ver esto, mi madre me llamó genio, mi padre lloró de alegría y me regaló un tratado de Nasología. Lo dominé a fondo antes de llevar pantalones.

Desde entonces comencé a presentir mi camino en las ciencias, y no tardé en comprender que todo hombre, mientras sea poseedor de una nariz suficientemente notable, puede, si se deja llevar por ella, alcanzar la dignidad

de un hombre superior. Pero mi atención no se limitó solamente a la teoría pura. Todas las mañanas tiraba dos veces de mi nariz y bebía media docena de copitas.

Alcanzada mi mayoría de edad, me preguntó mi padre un día si quería seguirle a su despacho.

—Hijo mío —me dijo, cuando nos sentamos—, ¿cuál es la principal finalidad de tu vida?

—El estudio de la Nasología, señor —le contesté.

—¿Y qué es la Nasología, Robert?

—Es la ciencia de las narices, padre mío —le dije.

—¿Y puedes decirme —me preguntó— cuál es el sentido de la palabra nariz?

—La nariz, padre mío —contesté, bajando la voz—, ha sido definida de muy diversos modos por un millar de autores —al llegar aquí saqué el reloj—: Ahora son las doce del día, o falta muy poco para que lo sean. Por tanto, disponemos de tiempo, de aquí hasta medianoche, para echar una ojeada a todas. Empezaré, pues. Según Bartholinus, la nariz es una protuberancia, esa giba, esa excrecencia, esa...

—Bien, Robert —me interrumpió el bondadoso anciano—. Me ha aniquilado la inmensidad de tus conocimientos. Sí, por mi alma; estoy realmente aniquilado.

Al llegar a estas palabras cerró los ojos y colocó la mano sobre su corazón.

—Acércate —me dijo; y después, me cogió del brazo—. Desde ahora puede darse por terminada tu educación. Hora es ya de que te lances al mundo, y creo que lo mejor que debes hacer es seguir, lisa y llanamente, a tu nariz. Así, así, así... —y a puntapiés me hizo descender la escalera hasta llegar a la puerta—. Así, sal de mi casa, y que Dios te proteja.

Como yo sentía en mi interior la divina inspiración, consideré este accidente como una suerte. Me pareció que el consejo paternal era bueno, y decidí seguir a mi nariz. Tiré de ella dos o tres veces y redacté un folleto sobre Nasología.

Todo Fum-Fudge se alborotó.

—¡Asombroso genio! —dijo el Quarterly.

—¡Soberbio fisiólogo! —dijo el Westminster.

—¡Hábil muchacho! —dijo el Foreign.

—¡Excelente escritor! —dijo el Edinburgh.

—¡Profundo pensador! —dijo el Dublin.

—¡Un gran hombre! —dijo el Bentley.

—¡Alma divina! —dijo el Fraser.

—¡Uno de los nuestros! —dijo el Blackwood.

—¿Quién será? —preguntó mister Bas-Bleu.

—¿Qué será? —dijo la gruesa miss Bas-Bleu.

—¿Dónde estará? —dijo la pequeña miss Bas-Bleu.

Pero yo no presté atención alguna a todo aquel vulgo, y me dirigí al estudio de un artista.

La duquesa de Bendita-sea-mi-alma era el modelo para su retrato; el marqués de Así-y-así cuidaba del perro faldero de la duquesa; el conde de Esto-y-aquello jugaba con el frasco de sales de la dama, y su alteza real No-me-toques inclinábase sobre el respaldo de su sillón.

Me acerqué al artista y le mostré mi nariz.

—¡Oh, hermosísima! —suspiró Su Gracia.

—¡Oh, socorro! —balbució el marqués.

—¡Oh, chocante! —murmuró el conde.

—¡Oh, abominable! —gruñó su alteza real.

—¿Cuánto quiere usted por ella? —preguntó el artista.

—¡Por su nariz! —exclamó Su Gracia.

—Mil libras —dije, sentándome.

—¿Mil libras? —preguntó el artista, pensativo.

—Mil libras —contesté.

—Es muy bella —dijo con éxtasis.

—Mil libras —le dije.

—¿La garantiza usted? —preguntó, volviéndome la nariz a la luz.

—La garantizo —dije, sonándomela fuertemente.

—¿Es el original auténtico? —preguntó, tocándola respetuosamente.

—¡Cómo! —exclamé, torciéndola a un lado.

—¿No se la han copiado nunca? —preguntó estudiándola al microscopio.

—No —repuse, enderezándola de nuevo.

—¡Admirable! —exclamó el artista, aturdido por la belleza de la maniobra.

—Mil libras —dije.

—¿Mil libras? —dijo.

—Exactas —dije.

—¿Mil libras? —dijo.

—Justamente —dije.

—Las tendrá —dijo—. ¡Qué pieza más rara!

Inmediatamente me firmó un talón al portador y tomó un apunte de mi nariz. Alquilé una habitación en la calle Jermyn y dediqué a su majestad la noventa y nueve edición de mi «Nasología», con un retrato de la trompa.

Me invitó a comer el príncipe de Gales, ese perverso libertino en pequeño. Todos éramos triunfadores y recherchés.

Entre nosotros había un neoplatónico. Citó a Pórfido, a Hamblico, a Plotino, a Próculo, a Hierocles, a Máximo de Tiro y a Siriano.

También había allí un profesor de «perfectibilidad humana». Citó a Turgot, a Price, a Priestley, a Condorcet, a De Staël y el Ambitious Student in Ill- Health.

Estaba allí sir Positivo Paradoja. Observó que todos los locos eran filósofos, y que todos los filósofos eran locos.

Estaba allí don Aestheticus Ethix. Habló del fuego, de la unidad y de los átomos; del alma doble y preexistente; de la afinidad y de la antipatía; de la inteligencia primitiva y de la homoomería.

Estaba allí don Teólogo Teología. Disertó sobre Eusebio y Ario. Habló también sobre la herejía y el Concilio de Nicea; sobre el puseísmo y el consustancialismo; sobre Homousios y Homouioisios.

Estaba allí Fricasé de la Rocher de Cancale. Habló de Muriton, de la roja lengua; de las coliflores en salsa veloute; del carnero a la Santa Menegilda; del escabeche a lo San Florentino, y de salsas de naranja en mosa ques.

Se encontraba allí Bibulus O'Bumper. Expresó su opinión sobre Latour y el Markbrunnen; sobre el Mosseaux y el Chambertin; sobre el Richbourg y el Saint-George; sobre el Haubrion, el Leonville y el Medoc; sobre el Narsac y el Preignac; sobre el Grave, el Sauterne, el Lafitte y el Saint-Peray. Manifestó su incompetencia con respecto al Clos de Vougeot y se vanaglorió de distinguir a ojos cerrados el jerez del amontillado.

Estaba allí el signor Tintontintino, de Florencia. Habló de Cimabue, Arpino, Carpaccio y Agostino; de las tinieblas del Caravaggio, de la suavidad del Albano, del colorido del Tiziano, de las robustas comadres de Rubens y de las chocarrerías de Jan Steen.

Estaba allí el rector de la Universidad de Fum-Fudge. Dijo que la luna se llamaba Bendis en Tracia; Bubastis, en Egipto; Diana, en Roma, y Artemisa en Grecia.

Estaba allí un Gran Turco de Estambul. No había quién le convenciera de que los ángeles no eran caballos, gallos y toros. Estaba seguro de que existía en el sexto cielo alguien que tenía sesenta mil cabezas, y que la tierra la sostenía una vaca azul celeste con una gran cantidad de cuernos verdes.

Estaba allí el Delfín Poligloto. Nos habló de la suerte que habían corrido las noventa y tres tragedias perdidas de Esquilo; las cincuenta y cuatro oraciones de Isaías; los trescientos noventa y un discursos de Lisias; los ciento ochenta tratados de Teofrasto; el octavo libro de las secciones cónicas de Apolonio; los himnos y ditirambos de Píndaro, y las cuarenta y cinco tragedias de Homero el joven.

Estaba allí Ferdinand Fitz Fósil Feldespato. Habló de los fuegos subterráneos y de las capas terciarias; de los aeriformes, los fluidiformes y los solidiformes; del cuarzo y de la marga; del esquisto y el chorlo; del yeso y la diorita; del talco y la caliza; de la blenda y de la hornblenda; del micasquisto y de la almendrilla; del ciánito y la lepidolita; del hematites y la tremolita; del antimonio y de la calcedonia; del manganeso y de todo cuanto queráis.

Estaba yo allí. Hablé de mí, de mí, de mí y de mí; de Nasología, de mi folleto y de mí. Mostré mi nariz y hablé de mí.

—¡Felicísimo hombre! ¡Hombre milagroso! —exclamó el príncipe.

—¡Soberbia! —dijeron los invitados.

Y, a la mañana siguiente, Su Gracia Bendita-sea-mi-alma me hizo una visita.

—¿Vendrá usted a Almack, linda criatura? —me dijo, dándome una palmada en la barbilla.

—Por mi honor que sí —le contesté.

—¿Con toda su nariz? —preguntó.

—Tan cierto como que estoy vivo —le contesté.

—Entonces, tome esta tarjeta de invitación, mi vida. ¿Podré contar con usted?

—Con todo mi corazón, querida duquesa.

—¿Quién le habla a usted de su corazón? Le digo si irá usted con toda su nariz.

—Sin que le falte un ápice, amor mío —le dije.

Por tanto, me tiré de la nariz una o dos veces y partí para Almack. Los salones rebosaban de gente.

—¡Ya llega! —dijo uno en la escalera.

—¡Ya llega! —dijo otro un poco más arriba.

—¡Ya llega! —dijo otro, más arriba aún.

—¡Ya ha llegado! —exclamó la duquesa—. ¡Ya ha llegado el amorcito!

Con sus dos manos se apoderó tenazmente de mí y me besó en la nariz tres veces. Una gran agitación conmovió instantáneamente a toda la concurrencia.

—Diávolo! —exclamó el conde Capricornutti.

—¡Dios guarda! —murmuró don Stiletto.

—Mille tonnerres! —profirió el príncipe de Grenouille.

—Tousand teufel! —gruñó el elector de Bluddennuff.

Las cosas no podían quedar así. Me enfadé. Me volví bruscamente a Bluddennuff y le dije:

—Sir, es usted un mamarracho.

—Sir —repuso él, después de una pausa—. Donner und Blitzen!

No esperaba más. Nuestras tarjetas se cambiaron. A la mañana siguiente le rebané la nariz en Chalk-Farm y me fui a casa de mis amigos.

—Bête! —exclamó el primero.

—¡Memo! —exclamó el segundo.

—¡Idiota! —exclamó el tercero.

—¡Burro! —exclamó el cuarto.

—¡Necio! —exclamó el quinto.

—¡Tonto! —exclamó el sexto.

—¡Fuera! —dijo el séptimo.

Todo esto me mortificó grandemente y me fui a ver a mi padre.

—Padre —le pregunté—, ¿cuál es la principal finalidad de mi vida?

—Hijo mío —me contestó—, continúa ahora y siempre el estudio de la Nasología; pero interviniendo en la nariz del Elector has ido más allá de tu fin. Tienes una nariz muy bella, es cierto; pero Bluddennuff ya no posee ninguna. A ti te abuchean, y él se ha convertido en el héroe del día. Comprendo que, en Fum-Fudge, la grandeza de un hombre de moda está íntimamente relacionada con la dimensión de su trompa. Pero, ¡por Dios!, ya no hay rivalidad posible con un elegante que carece completamente de ella.

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

Nada tengo que decir de mi patria ni de mi familia. A ambas me hicieron extraño malos procedimientos y la acumulación de los años. Tuve el beneficio de una educación poco corriente, gracias a mi patrimonio, y la inclinación contemplativa de mi espíritu me hizo apto para clasificar, según un método, todo ese instructivo material reunido y amasado por un estudio precoz. Las obras de los filósofos alemanes me proporcionaron, sobre todo, infinitos goces, no por admiración a su locura elocuente,

sino por el deleite que, gracias a mis costumbres de análisis rigurosos, experimentaba sorprendiendo sus equivocaciones. Muchas veces se me ha reprochado el genio agrio y la carencia de imaginación. Me hizo célebre el pirronismo de mis opiniones.

En realidad, me temo que una gran inclinación por la filosofía física haya llenado mi espíritu de uno de los defectos más frecuentes de este siglo, o sea la costumbre de relacionar con los principios de esta ciencia las circunstancias menos susceptibles de semejante relación. Por tanto, nadie menos expuesto que yo a dejarse arrastrar fuera de la jurisdicción severísima de la verdad por los ignes fatui de la superstición. Ante el temor de que la increíble narración que voy a efectuar se considere como el frenesí de una imaginación cruda, y no como la experiencia positiva de un espíritu para el que no existieron nunca imaginativas ensoñaciones, considero oportuno este preámbulo.

Transcurridos muchos años desaprovechados en un largo y lejano viaje, me embarqué en 18..., en Batavia, en la rica y populosa isla de Java, para pasear por el archipiélago de la Sonda. Me embarqué como simple pasajero, ya que no me impulsaba otro móvil distinto de mi nerviosa inestabilidad, siempre tentadora como un mal espíritu.

Aproximadamente, nuestro barco desplazaba las cuatrocientas toneladas. Había sido construido en Bombay y llevaba un cargamento de algodón, lana y aceite de las Laquedivas. También llevábamos algún otro cargamento distinto de éste:

azúcar de palma, cocos y unas cajas de opio. El navío había sido groseramente estibado, y, en consecuencia, navegaba mal lastrado.

Durante algunos días navegamos a lo largo de la costa oriental de Java, sin más incidentes que el encuentro de algunos islotes, para engañar la monotonía de nuestra ruta.

Una tarde, apoyado en la borda de la toldilla, observé una nube singularísima aislada hacia el noroeste. Distinguíase tanto por su color como por ser la primera que tuvimos ocasión de ver desde nuestra partida de Batavia. Hasta la puesta del sol la examiné atentamente. Entonces extendióse de este a oeste, dibujando en el horizonte una línea precisa de vapor que asemejaba a una especie de costa muy baja. El aspecto rojo oscuro de la luna y el extraño carácter del mar no tardaron en distraer mi atención. El mar había experimentado un cambio rápido, pareciendo el agua más transparente que de costumbre. Distinguíase el fondo con toda claridad, y, sin embargo, al arrojar la sonda, comprobamos que nos hallábamos a una altura de quince brazas. El aire se hizo intolerablemente cálido y se cargó de exhalaciones espirales parecidas a las que despiden un hierro al rojo.

Cedió toda la brisa con la noche y nos envolvió una calma absoluta. Sin el menor movimiento sensible, ardía hacia atrás la llama de una vela, y un cabello sostenido entre el pulgar y el

índice caía recto, sin efectuar oscilación alguna. No obstante, como dijera el capitán que no advertía síntoma alguno peligroso, y como derivábamos hacia tierra, nos tranquilizamos. Se cargaron las velas y anclamos. No se puso vigía de cuarto, y la tripulación, compuesta en su mayoría de malayos, acostóse sobre el puente. No del todo tranquilo, descendí a mi camarote. Tenía el presentimiento de que iba a ocurrir una desgracia. Todos aquellos síntomas hacían temer un simún. Pero cuando se lo dije al capitán, se encogió de hombros y me volvió la espalda sin contestarme. Comoquiera que no pudiese conciliar el sueño, subí a medianoche a cubierta.

Al pisar el último escalón me aterró un rumor profundo, semejante al que produce la rápida evolución de una rueda de molino, y antes de que pudiera averiguar su causa, observé que el navío temblaba, sacudido con violencia. Un golpe de mar lo tumbó de costado, y la ola, al pasar sobre nosotros, barrió la cubierta. El mismo ímpetu del viento contribuyó a salvar el buque, aun cuando se hundió casi completamente en el agua. Comoquiera que quedasen libres sus mástiles, se levantó lentamente, vaciló un momento bajo la violenta presión de la tempestad y, por último, quedóse como había estado.

Me libré de la muerte milagrosamente. Aturdido por el fuerte choque del agua, al volver a mí me encontré entre el timón y el codaste. Penosamente conseguí ponerme en pie, y, al mirar a mi alrededor, supuse que nos hallábamos en una rompiente, en cuyo abismo nos encontrábamos metidos, puesto que el

torbellino del mar aquel era espantoso. Oí unos momentos más tarde la voz de un viejo sueco que había embarcado unos minutos antes que el barco abandonara el puerto. A gritos le llamé y, tambaleándose, acudió a mí.

No tardamos en descubrir que éramos los únicos supervivientes del siniestro. Todo lo que se hallaba sobre cubierta, a excepción de nosotros dos, había sido arrojado al mar por la borda. El capitán y los marineros perecieron durante su sueño, porque el agua inundó sus cabinas.

Nada podíamos hacer nosotros solos para salvar a la nave, ni tampoco nos dejaba en ello pensar la seguridad que teníamos de perecer de un momento a otro. Estrujados por el huracán, huíamos. El agua precipitábase por las visibles brechas; pero, no obstante, nos dimos cuenta de que las bombas funcionaban y que el cargamento no había sufrido demasiado. Durante cinco días y cinco noches enteras, en los cuales vivimos de porciones de azúcar de palma, que conseguimos con gran dificultad en el castillo de proa, el barco continuó su huida con una rapidez incalculable ante las corrientes de aire que se sucedían espantosamente, y que, sin igualar el primer ímpetu del simún, eran, sin embargo, mucho más terribles que ninguna tempestad conocida.

Durante los cuatro primeros días nuestra ruta, excepto pequeñas variaciones, fue la de sudeste, en dirección a la costa

de Nueva Holanda. Al quinto día aumentó el frío, ya que el viento procedía del norte. El sol, con un amarillento y enfermizo resplandor, ascendió unos grados en el horizonte, sin proyectar una luz franca. No veíase nube alguna, y, sin embargo, enfriábase el viento. Enfriábase y soplaba con violencia. Casi al mediodía despertó nuestra atención el aspecto del sol. En realidad, no despedía verdadera luz, sino una especie de sombrío y triste fulgor sin reflexión, como si estuvieran polarizados todos sus rayos. Antes de que se hundiera en el turgente mar, su fuego central desapareció súbitamente, como si una inexplicable potencia lo hubiese apagado de pronto. Cuando se sumergió en el insondable océano no era más que un disco pálido y plateado.

Esperamos inútilmente la llegada del sexto día, pero este día aún ha llegado para mí; para el sueco no llegó jamás. A partir de entonces, nos envolvieron las más espesas tinieblas. No nos era posible distinguir un objeto a veinte pasos del buque. Una noche eterna nos envolvía, y ni siquiera la aliviaba el resplandor fosforescente del mar, al que los trópicos nos habían acostumbrado. A pesar de que la tempestad continuaba, rabiosa y enfurecida, nos dimos cuenta también de que no sentíamos ninguna apariencia de resaca ni de las cabrillas blanquecinas que nos acompañaron y sacudieron días antes. En torno nuestro, el horror y la oscuridad impenetrable, y el negro desierto de ébano líquido.

Lentamente infiltrábase en el espíritu del viejo sueco un supersticioso pánico, y mi alma hundíase en muda estupefacción. Abandonamos completamente las reparaciones y cuidados del buque, y, abrazados al palo de mesana, mirábamos amargamente la oceánica inmensidad. No teníamos medio alguno para calcular el tiempo. No podíamos formar la más insignificante

conjetura con respecto a nuestra situación. Pero estábamos convencidos de haber derivado mucho más al sur que ninguno de los navegantes anteriores, y nos sorprendía no hallar el natural obstáculo del hielo. Cada minuto parecía ser el último, y cada ola, la postrera que habíamos de ver. En realidad, sólo por un milagro nos libramos de ser absorbidos por la marejada.

Mi compañero hablaba de la ligereza del cargamento y recordaba la excelente cualidad del navío. Pero yo, de antemano, había renunciado a la vida, y melancólicamente me preparaba para morir. Nada podía detener más tiempo de una hora a la muerte, porque a cada nuevo avance del buque, aquel mar negro y prodigioso adquiría un aspecto más lúgubre y fatal.

A veces, a una altura mayor que la del albatros, nos faltaba la respiración, y otras descendíamos vertiginosamente al fondo de un líquido infierno, donde parecía no existir ni el aire ni el sonido.

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero hirió siniestramente la noche. «¡Vea usted!

¡Vea usted! ¡Dios Todopoderoso!»; me gritó al oído. Una luz roja, de tristes y sombríos resplandores, flotaba sobre la vertiente del inmenso abismo en el que estábamos sepultados y dejaba caer sobre el buque un vacilante reflejo. Levanté la mirada y vi entonces un espectáculo que heló la sangre en mis venas. A una vertiginosa altura, precisamente sobre nosotros, y sobre la misma cresta del precipicio, navegaba un gigantesco buque, que desplazaría tal vez cuatro mil toneladas.

Aunque hallábase encaramado en lo alto de una ola que tendría unas cien veces su altura, parecía de mucha mayor dimensión que un buque de línea o de la Compañía de las Indias. Su inmenso casco era de un negro intenso, que no aclaraba ninguno de los habituales ornamentos de un buque. Una sencilla hilera de cañones devolvía la luz de innumerables faroles de combate que se balanceaban en el aparejo, reflejada en sus superficies pulidas. Pero lo que más agudizó nuestro asombro y horror fue verle navegar con las velas desplegadas en medio de aquel mar sobrenatural y tempestuoso. Durante un momento, momento de supremo horror, vaciló sobre el abismo. Tembló luego, se inclinó y, por fin, se deslizó por la pendiente.

No puedo comprender cómo tuve sangre fría para dominar el espanto. Retrocediendo cuanto pude, esperé impávido la catástrofe que debía aplastarnos. Nuestro barco no luchaba ya

con el mar, y hundíase de proa lentamente. Así, pues, el gigantesco y misterioso buque chocó con esa parte del nuestro que hallábase ya bajo el agua, dando como inevitable resultado el brusco lanzamiento de mi cuerpo entre el cordaje de su arboladura.

Cuando caí, la nave tuvo un momento de reposo; viró luego rápidamente, y tal vez por esto, que produjo la confusión natural, hizo que mi presencia

pasara inadvertida. No me costó gran trabajo escapar por la escotilla principal sin ser visto, y pude ocultarme en el rincón más apartado y oscuro de la cala. No sabría decir cómo ni por qué lo hice. Me indujo a ello un vago sentimiento de miedo que se apoderó de mi espíritu ante el aspecto de los nuevos navegantes. No recuerdo a raza ninguna que ofrezca aquellos caracteres de rareza indefinible y que pueda provocar tantos motivos de duda y de desconfianza. Apenas me hube ocultado, sentí un ruido de pasos. Un hombre pasó ante mi escondite. No pude ver su rostro, pero sí observar su aspecto general. Tenía todas las características de un ser débil y viejo. Bajo el peso de los años, doblábanse sus rodillas, y un constante temblor sacudía todo su cuerpo. Con voz débil y cascada, hablaba consigo mismo algunas palabras de un idioma incomprensible, mientras se afanaba en un rincón, revolviendo en una pila de instrumentos de extrañas formas y de cartas marinas en mal estado. Sus gestos y ademanes eran una mezcla singular de la

torpeza de una segunda infancia y de la solemne dignidad de un dios. Al cabo de un momento volvió a cubierta, y ya no le vi más.

Se ha apoderado de mi alma un sentimiento que no tengo palabras para expresar, una sensación que se resiste al análisis, que no encuentra traducción posible en los léxicos pretéritos y cuya clave me temo mucho no pueda descifrarse en lo por venir. Para un espíritu como el mío es un verdadero suplicio esta consideración. Tengo el presentimiento de que nunca podré revelar la significación verdadera de mis ideas. No obstante, en cierto modo es lógico que estas ideas resulten indefinibles, puesto que brotan de fuentes inéditas en absoluto. A mi alma se ha incorporado un nuevo sentimiento, una nueva entidad.

Hace mucho tiempo que pisé por primera vez la cubierta de este buque terrible, y los rayos de mi destino, según creo, se concentran cada vez más.

¡Oh gentes incomprensibles! Sin verme, pasan a mi lado sumidos en meditaciones cuya naturaleza no me es posible adivinar. Sería una gran locura por mi parte ocultarme a ellos porque no pueden verme. Hace un momento pasé ante el segundo de a bordo; poco antes, me aventuré hasta el camarote del capitán, en donde conseguí medios para escribir lo que antecede y seguirá a esto. Tengo la intención de continuar este diario de cuando en cuando. Es cierto que no encontraré ocasión alguna de transmitirlo al mundo, pero, por

lo menos, lo intentaré. En último caso, guardaré el manuscrito en una botella y la echaré al mar.

Últimamente he hecho algunas observaciones sobre la estructura del barco. Aunque se encuentra muy bien armado, no creo que se trate de un buque de guerra. Tanto su arboladura como su tripulación rechazan esta idea. Sé perfectamente lo que no es, pero me es imposible explicar lo que es. Examinando la extraña y singular forma de este buque, sus colosales

proporciones, su prodigiosa colección de velas, su proa severamente sencilla y su popa de un recargado estilo, creo a veces que la sensación de cosas del todo desconocidas cruza por mi espíritu como un relámpago, y se mezcla siempre a estas sombras flotantes de la memoria el inexplicable recuerdo de antiguas crónicas extranjeras y de siglos muy pretéritos.

Cuidadosamente, he examinado todo el maderamen del buque. Está construido con materiales totalmente desconocidos para mí. Me parecen impropios para el uso al cual han sido destinados. Me refiero a su gran porosidad, considerada independientemente del natural desgaste, consecuente de una larga navegación por estos mares y de la podredumbre de la vejez. Tal vez se encuentre demasiado sutil la observación que voy a hacer; pero me parece que esta madera se parecería demasiado al roble español, si éste pudiera ser dilatado por medios artificiales.

Releyendo la frase anterior, recuerdo el curioso apotegma de un viejo lobo de mar holandés. «Es positivo —decía siempre que dudaban de su veracidad

—, como es positivo que hay un mar donde engorda el buque como el cuerpo viviente de un marino».

Hace cerca de una hora he tenido la audacia de deslizarme entre un grupo de individuos de la tripulación. No se han dado cuenta de mi presencia, y aunque me encuentro en medio de ellos, ninguno parece tener el menor sentido de mi estancia a su lado. Como el que por primera vez vi en la cala, todos presentaban el aspecto de hombres viejísimos. Sus rodillas temblaban, débiles; la decrepitud había encorvado sus espaldas; la rugosa piel temblaba con el viento; sus voces eran cascadas y opacas; los ojos destilaban las brillantes lágrimas seniles, y parecían huir con la tempestad sus grises cabellos. En torno suyo, por cualquier parte de la cubierta se encuentran esparcidos instrumentos matemáticos de formas antiquísimas y de empleo desusado.

He hablado más arriba de la curvatura del ala del trinquete. En este tiempo, el barco, navegando con las velas desplegadas al viento, continuaba su terrible curso hacia el sur, sacudido y zarandeado por el más espantoso infierno líquido que haya podido concebir nunca el cerebro humano. He abandonado la cubierta porque no podía permanecer en ella. Sin embargo, la tripulación no parece sufrir lo más mínimo. Considero como un milagro de milagros que el mar no nos haya absorbido para

siempre. Sin duda, estamos condenados a bordear eternamente la eternidad, sin hundirnos de forma definitiva en los abismos. Como las golondrinas marítimas, nos deslizamos sobre las olas, mil veces más altas y espantosas que ninguna de las conocidas; y otras olas colosales levantan por encima de nosotros sus crestas como demonios del abismo que no pudieran pasar de simples amenazas y a quienes les estuviera prohibido el destruirnos. He terminado por atribuir esta suerte perpetua a la

única causa natural que pueda legitimar un efecto semejante. Supongo que el buque está sostenido por alguna fuerte corriente o remolino subterráneo.

En su propio camarote, frente a frente, he visto al capitán. Pero, según esperaba, no me ha prestado la menor atención. Aunque, realmente, nada a primera vista hay en él de superior o de inferior al hombre, el asombro que sentí al verle estaba impregnado de respeto y de supersticioso terror. Poco más o menos, tiene mi estatura; es proporcionado y de robusto aspecto. Pero esta constitución no anuncia un vigor extraordinario. Lo más singular es la expresión de su rostro, la intensa, terrible y sugestiva evidencia de la vejez, tan entera, tan absoluta, que conforme le miro más, crea en mi espíritu un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco rugosa, parece llevar la huella de un millar de años; sus cabellos grises archivan el pasado, y sus ojos, más grises aún, son como sibilas del porvenir. El suelo de su camarote está cubierto de extraños

volúmenes in folio con cantoneras de hierro, instrumentos científicos fuera de uso y antiguos mapas de estilo completamente olvidado. Tiene la cabeza apoyada sobre las manos, y su mirada inquieta y ardiente devora un pergamino que lleva firma y sellos reales. Como aquel marinero que vi por primera vez en la cala, hablaba consigo mismo, murmurando en voz baja algunas sílabas en una lengua extranjera. Aunque me hallaba muy cerca de él, me parecía como si su voz llegase a mis oídos desde una milla de distancia.

Tanto el buque como su contenido están impregnados por el espíritu de otras épocas. Los tripulantes se deslizan como sombras de siglos sepultados. En sus ojos alienta la inquietud de ardientes pensamientos. Cuando, al cruzarse conmigo, iluminan sus manos las luces lívidas de los faroles, siento algo que no sentí jamás, aunque estuvo toda mi vida llena de la locura de las antigüedades, aun cuando me bañé en la sombra de las columnas ruinosas de Balbec, Tadmor y Persépolis; tanto, que mi propia alma concluyó por ser también una ruina.

Cuando miro en torno mío, me avergüenzo de los terrores pasados. Si la tempestad hasta ahora me hizo temblar de horror, ¿qué sensación y qué palabras para expresarla habría de necesitar ahora ante la batalla del viento y del océano, batalla para la cual los vulgares conceptos de tornado y simún no pueden darnos la menor idea? Literalmente, el buque ha quedado hundido en las tinieblas de una noche eterna, en un caos de aguas y de espumas; pero a la distancia circular de una

legua, aproximadamente, podemos advertir, por intervalos y bien distintamente, grandiosos bloques de hielo que ascienden hacia el desolado cielo como murallas del universo.

Tal como había supuesto, la nave se halla, indudablemente, sobre una corriente, si así puede llamarse a una marejada que muge y aúlla a través de las glaciales blancuras y que en la parte sur produce el estruendoso rumor mil

veces más precipitado que el de una catarata que cayese verticalmente.

No es posible concebir el horror de mis sensaciones. No obstante, la curiosidad por desvelar el misterio de esta espantosa región es más potente que el terror y me reconcilia incluso con el aspecto odioso de la muerte. Indudablemente, nos precipitamos en busca de un incomunicable secreto cuyo conocimiento no puede alcanzarse sino a costa de la vida. Acaso esta corriente nos conduce al Polo. Por extraña que parezca esta suposición, hay que rendirse a su evidencia.

Sobre el puente, inquieta y estremecida, pasea la tripulación. Todos sus rostros tienen una expresión nueva, más parecida al calor de la esperanza que a la apatía de la desesperación.

Como llevamos desplegadas todas las velas, y el viento nos empuja, hay momentos en que el navío se escapa fuera del mar. De pronto, ¡horror de horrores!, el hielo que nos rodea se abre súbitamente a derecha e izquierda y damos vertiginosas

vueltas en inmensos círculos concéntricos en torno a los bordes gigantescos de un grandioso anfiteatro, cuyos muros se prolongan más allá de las tinieblas y del espacio. Pero no me queda ya tiempo para soñar mi destino. Rápidamente, los círculos se estrechan. Nos hundimos en el abrazo cada vez más apretado del torbellino, y a través del horrible mugir del océano y de la tempestad, la nave tiembla, y, ¡oh Dios mío!, se hunde.

El Manuscrito hallado en una botella fue publicado por primera vez en 1831. Muchos años más tarde tuve ocasión de ver los mapas de Mercator, en los cuales se ve al océano precipitarse por cuatro embocaduras en el abismo norte del Polo, siendo absorbido por las entrañas de la tierra; incluso el Polo está representado por una roca negra elevándose a prodigiosa altura.

LA ISLA DEL HADA

La musique est le seul des talents qui jouissent de lui même; tous les autres veulent des temoins, dice Marmontel en sus Contes moraux, que nuestros traductores se obstinan en titular Moral Tales, como burla de su espíritu. Marmontel confunde aquí el placer que se deriva de oír sonidos agradables con la facultad de crearlos. La música, como ningún otro talent, no es

capaz de producir un goce completo si no existe una segunda persona que aprecie la ejecución.

Esta facultad de producir efectos, de los cuales no se goce plenamente en la soledad, no le es particular; es común a todas las demás artes. La idea que no ha podido concebir claramente el raconteur, o que en su expresión ha

sacrificado al amor nacional del rasgo de ingenio, es, indudablemente, la idea muy sostenible de que la música de más elevado estilo es la que de modo más perfecto se siente cuando nos encontramos absolutamente solos. La proposición, bajo esta forma, sería admisible desde el primer momento por quienes aman la lira por el amor de la lira y por sus ventajas espirituales. Pero hay un placer al alcance siempre de la humanidad decaída, y es acaso el único que quizá debe aún más que la música a la sensación accesoria del aislamiento. Quiero hablar de la felicidad sentida en la contemplación de una escena de la Naturaleza. Realmente, el hombre que quiere contemplar frente a frente la gloria de Dios sobre la tierra, debe contemplar en la soledad a esta gloria. Al menos por mi parte, la presencia no de la vida humana tan sólo, sino de la vida, bajo cualquier otra forma que la de los seres verdeantes que cruzan por el suelo y no tienen voz, es para el paisaje un oprobio; está en contraposición con el genio de la especie.

En efecto, con toda verdad, me complace contemplar los sombríos valles y las rocas grises, y las aguas que sonríen en silencio, y los bosques que suspiran en afanoso sueño, y las orgullosas y vigilantes montañas que miran desde arriba. Me seduce contemplar todas estas cosas por lo que son: miembros gigantescos de una vasta totalidad animada y sensitiva, un todo cuya estructura

—la de la esfera— es la más perfecta y comprensiva de todas las estructuras; cuya ruta transcurre en compañía de otros planetas; cuya docilísima servidora es la luna; cuyo dueño mediatizado es el sol; cuya vida es la eternidad; cuyo pensamiento es el de un dios; cuyo deleite es el conocimiento; cuyo destino piérdese en la inmensidad; para quien somos una noción correspondiente a la que tenemos de los animaculae que infectan el cerebro; un ser, por ende, que consideramos inanimado y puramente material, apreciación muy semejante a la que estos animaculae deben hacer de nosotros.

Nuestros telescopios e investigaciones matemáticas, a pesar de la superchería del clero más ignorante, nos confirman de todo punto en que el espacio, y, por tanto, el volumen, constituye una importante consideración a los ojos del Omnipotente. Las órbitas descritas por las estrellas son las más apropiadas a la evolución sin conflicto del mayor número de cuerpos posible. Las formas de éstos están exactamente elegidas para contener, bajo una determinada superficie, la mayor cantidad de materia, y están dispuestas de modo que puedan recibir una

población más numerosa de la que hubiesen podido poseer las mismas superficies dispuestas de otro modo.

Y, a pesar de que el espacio sea infinito, no puede hallarse argumento alguno en contra de esta idea: la de que el volumen tiene valor a los ojos de Dios. Porque, para llenar ese espacio, puede haber un infinito material, y puesto que claramente vemos que dotar la materia de vitalidad es un principio, y, por lo que podemos juzgar, el principio fundamental en las operaciones de

la Divinidad, ¿es lógico suponerlo confinado en el orden de la pequeñez donde diariamente se revela a nosotros y excluirle de las regiones de lo grandioso?

Del mismo modo que descubrimos círculos dentro de círculos, en número sin fin, evolucionando todos en torno a un centro único e infinitamente distante, que es la Divinidad, ¿no podemos suponer analógicamente y del mismo modo a la vida en la vida, a lo menor en lo mayor, y contenido todo en el espíritu divino? En suma: nos equivocamos fatalmente por fatuidad, figurándonos que el hombre, en sus destinos temporales o futuros, es más importante en el universo que ese vasto «cieno del valle» que cultiva y desprecia y al que niega un alma por la razón poco convincente de que no la ve en funcionamiento.

Estas ideas, y otras semejantes, siempre han dado a mis meditaciones entre las montañas y los bosques, cerca de los ríos y del océano, un tinte que no dejarán de llamar fantástico los hombres vulgares. Mis vagabundas excursiones por paisajes de este género han sido muchas, singularmente curiosas y con frecuencia solitarias. Y el interés con que he vagado a través de un valle profundo y sombrío, o contemplando el cielo reflejado en numerosos y límpidos lagos, ha sido un interés sumamente aumentado por el pensamiento de que yo erraba y admiraba solo. ¿Quién es el francés charlatán que, aludiendo a la conocida obra de Zimmerman, dijo: la solitude est une belle chose; mais il faut quelqu'un pour vous dire que la solitude est une belle chose? Como epigrama es perfecto, pero la necesidad no existe.

Durante uno de mis solitarios paseos en una región muy lejana de montañas, entrelazadas con otras montañas, meandros de ríos melancólicos, lagos sombríos y durmientes, me hallé cerca de un arroyuelo en cuyo centro encontrábase una isla. Llegué de pronto, en el mes de junio, mes en el que el follaje es abundante, y me tendí en el suelo, bajo las ramas de un oloroso arbusto de especie desconocida para mí. Me adormecí contemplando el panorama, y me di cuenta de que no podía verlo bien de otro modo, porque tenía el carácter de una visión. A todos lados, con excepción del oeste, donde estaba el sol a punto de desaparecer, elevábanse las verdeantes murallas del bosque. El riachuelo, que efectuaba un brusco desvío,

perdiéndose repentinamente de mi vista, parecía no poder escapar de su cárcel, pero hubiérase dicho que hacia el este estaba absorbido por el profundo verdor de los árboles. Acostado como estaba, con la mirada fija en el cielo, me parecía que del lado opuesto caía en el valle, sin intermitencia y sin ruido, una magnífica cascada de oro y púrpura expelida por las fuentes occidentales del cielo.

Aproximadamente en el centro de la estrecha perspectiva que alcanzaba mi mirada, reposaba en el seno del arroyuelo una isla circular de un verde magnífico. La ribera y su imagen estaban de tal modo fundidas que el conjunto

parecía suspendido en el aire... El agua transparente imitaba de tal manera un espejo, que era casi imposible adivinar en qué lugar del tapiz de esmeralda comenzaba su dominio el cristal.

Mi posición me permitía abarcar de una sola mirada los extremos oriental y occidental del islote, y observé en sus aspectos una diferencia singularmente señalada. La parte oeste era un radiante harén de bellezas de jardín. Se abrasaba y enrojecía bajo la pupila oblicua del sol, y sonreía extáticamente a través de todas sus flores. El césped era corto, elástico, oloroso y esmaltado de asfódelos. Los árboles eran ligeros, alegres, rectos, brillantes, esbeltos y graciosos, orientales por el follaje y su forma, con una capa pulida, luciente y de varios colores. Hubiérase dicho que un profundo sentimiento de

alegría y de vida circulaba por todas partes; y aunque en los cielos no soplara brisa alguna, parecían agitados por incontables mariposas que se hubiesen podido confundir con tulipanes alados en sus graciosas fugas y vuelos en zigzag.

Al otro lado, en la parte oriental de la isla, todo se hallaba sumergido en la más densa sombra. Una melancolía sombría, pero llena de belleza y de calma, envolvía allí todas las cosas. Los árboles eran de un color negruzco, de forma y actitud lúgubres, retorciéndose como espectros solemnes, traduciendo ideas de tedio mortal y de muerte prematura. El césped tenía allí el tinte sombrío del ciprés, y sus briznas inclinaban lánguidamente las puntas; elevábanse, dispersos, numerosos y toscos montículos, bajos y angostos, no demasiado largos, que tenían aspecto de tumbas, pero que no lo eran, aunque en torno suyo treparan la hiedra y el romero. Sobre el agua caía pesadamente la sombra de los árboles, y allí parecía enterrarse, impregnando de oscuridad las profundidades del líquido elemento. Imaginé que cada sombra, a medida que descendía más y más el sol en el horizonte, separábase a disgusto del tronco que le había dado nacimiento y era absorbida por el arroyuelo, en tanto que otras sombras nacían a cada momento de los árboles, ocupando el lugar de sus predecesoras difuntas.

Una vez húbose apoderado esta idea de mi imaginación, la excitó vigorosamente, y a continuación me perdí en ensoñaciones: «Si hubo alguna vez una isla encantada —me dije—, ésta, a buen seguro, lo es. Es el lugar de cita de las pocas

graciosas hadas que sobrevivieron a la destrucción de su raza. Estas verdes tumbas, ¿son, acaso, las tuyas? Sus dulces vidas, ¿se acaban como las de la Humanidad? ¿O es, acaso, su muerte una especie de consunción melancólica? ¿Entregan sus vidas a Dios poco a poco, agotando lentamente su sustancia hasta la muerte, del mismo modo que estos árboles entregan sus sombras una tras otra? Lo que el árbol que se agota es al agua que aspira su sombra y se vuelve más negra que la presa que devora, ¿no sería, tal vez, la vida del hada en relación a la muerte que la rompe?».

Mientras así soñaba, con los ojos semicerrados, en tanto el sol descendía

velozmente hacia su ocaso y corrían torbellinos de viento en torno a la isla, llevando en su seno grandes, resplandecientes y blancas escamas que se habían desprendido de los sicomoros, escamas que una intensa imaginación hubiera podido convertir, gracias a sus múltiples posiciones sobre el agua, en objetos tales que la hubieran deleitado; mientras soñaba de este modo, me pareció que la figura de una de esas mismas hadas en quienes yo había soñado se destacaba en la parte luminosa y occidental de la isla y avanzaba lentamente hacia las tinieblas. Estaba erguida sobre un bote singularmente frágil, y lo movía con un timón fantasma.

Mientras hallóse bajo el influjo de los rayos demorados, su actitud pareció reflejar la alegría; pero su fisonomía se alteró por la pena cuando pasó a la región de las sombras.

Lentamente, fue deslizándose sobre el agua. Dio poco a poco la vuelta a la isla y entró en la región de la luz. «El ciclo que acaba de desarrollar el hada —continué, soñando siempre— corresponde a un breve año de su vida. Ha pasado por su invierno y estío. Se ha acercado a la muerte un año. He visto muy bien que cuando entraba en la región de la oscuridad, la sombra se desprendía de ella y era absorbida por el agua tenebrosa, haciendo su negrura aún más negra».

Y de nuevo apareció el bote con el hada; pero en su actitud había más meditación e indecisión, y menos elástica alegría. De nuevo navegó desde la luz a la oscuridad, que se hacía más intensa a cada minuto, y de nuevo su sombra, destacándose, cayó en el ébano líquido y fue absorbida por las tinieblas. Hizo aún muchas veces el circuito de la isla, mientras el sol precipitábase hacia su ocaso. Y cada vez que salía a la luz, había más tristeza en su persona; tornábase más débil y más abatida, y más indistinta, y cada vez que pasaba a la oscuridad destacábase en ella un espectro más oscuro, que era sumergido por una sombra más negra. Por último, cuando el sol hubo desaparecido totalmente, el hada, ahora puro fantasma de sí misma, entró, pobre inconsolable, con su bote, en la región del río de ébano. No puedo decir si volvió a salir alguna vez,

porque cayeron las tinieblas sobre todas las cosas, y jamás vi su mágica figura.

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

En el examen de las facultades e impulsos de la prima mobilia del alma humana, los frenólogos olvidaron mencionar una tendencia que, aun cuando existe visiblemente como sentimiento primitivo, radical e irreductible, ha sido también admitida por los moralistas que les precedieron. Ninguno en la pura arrogancia de la razón la hemos tenido en cuenta. Hemos permitido que

escapase su existencia a nuestros sentidos tan sólo por falta de credulidad, de fe, ya sea fe en la Revelación o en la Cábala. Jamás se nos ocurrió pensar en ello, precisamente por causa de su carácter de supererogación. No hemos experimentado la necesidad de comprobar esta inclinación, esta tendencia. No nos era posible imaginar su necesidad, ni tampoco adquirir la noción de este primur mobile, y aunque hubiese penetrado a la fuerza en nosotros, no hubiéramos podido comprender nunca cuál era su misión en la economía de las cosas humanas, temporales o eternas.

No podemos negar que la frenología, y una gran parte de las ciencias metafísicas, han sido concebidas a priori. El intelectual o el lógico pretende, más que el inteligente y observador, comprender los designios de Dios, dictarle sus planes. Después de haber profundizado de este modo y a su gusto en las intenciones de Jehová, y de acuerdo con ellas, ha construido sus innumerables y caprichosos sistemas. En frenología, por ejemplo, hemos empezado estableciendo, y por cierto de una forma muy natural, que era designio de la Divinidad el que el hombre comiera. Más tarde, asignamos al hombre un órgano, de alimentivenes, y este órgano es aquel por el cual la Divinidad obliga al hombre, de grado o por fuerza, a comer. En segundo lugar, decidido ya que por designio de Dios debe el hombre perpetuar su especie, nos vemos forzados a descubrir un órgano de amatividad. Ocurrió lo mismo con los de combatividad y, en suma, con todo órgano que representa una inclinación, un sentimiento moral o una facultad de pura inteligencia. En este orden de los principios de la acción humana, los spurzheimistas, con o sin razón, se han limitado a seguir en principio las huellas determinadas por sus predecesores, deduciendo y estableciendo cada cosa con arreglo al destino preconcebido del hombre y fijando como base las intenciones de su Creador.

Mucho más prudente y seguro hubiera sido establecer nuestra clasificación

—ya que nos es absolutamente necesario clasificarla— en los actos que el hombre ejecuta habitualmente, y en aquellos que de forma ocasional lleva a efecto, ocasionalmente siempre, antes que fundarla en la hipótesis de que la Divinidad misma es la que obliga a su realización. Si no nos es posible comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo podremos comprenderle en los impenetrables pensamientos suyos que dan vida a esas obras? Si tampoco nos es posible imaginarle en sus creaciones objetivas, ¿de qué forma habremos de concebirle en sus modos sustantivos y fases de creación?

La inducción a posteriori hubiese obligado a la frenología a admitir, como primitivo e innato principio de la acción humana, un algo paradójico que, a falta de un término más significativo, llamaremos perversidad. Esto, teniendo en cuenta el sentido que aquí le atribuimos, es realmente un mobile sin causa, una causa sin mobile. Bajo su poder obramos sin una finalidad inteligible. Si esto aparece como una contradicción en los términos, podemos modificar la

proposición diciendo que bajo su influjo obramos por la razón de que no deberíamos hacerlo.

Teóricamente, no puede existir una razón más irrazonable; pero, en realidad, no hay otra más poderosa. En condiciones determinadas, llega a ser absolutamente irresistible para ciertos espíritus. No es mi vida para mí una cosa más cierta que

esta proposición. La seguridad del pecado, o del error, que trae consigo un acto cualquiera, es frecuentemente, la única fuerza invencible que nos impulsa, y nos impulsa sola a ejecutarlo. Esta tendencia obsesionante de hacer el mal por el mal mismo no admitirá análisis ni resolución alguna en ulteriores elementos. Es un movimiento radical, primitivo, elemental. Supongo que se dirá que, si insistimos en ciertos actos porque sabemos que no deberíamos insistir en ellos, nuestro proceder no es más que una modificación de aquella que, por lo general, deriva de la combatividad frenológica.

Una simple observación bastaría para descubrir la falsedad de semejante idea. La combatividad frenológica se deduce y resulta de la existencia de la necesidad de defensa personal. Es nuestra protección contra la injusticia. Su principio protege nuestro bienestar. Y, sí, al mismo tiempo que se verifica su desarrollo, se produce exaltadamente en nosotros el deseo del bienestar. De aquí resulta que éste debiera excitarse simultáneamente con todo principio que fuera tan sólo una modificación de la combatividad. Pero en el caso de este algo que llamo perversidad, no sólo no se despierta el deseo de bienestar, sino que, además, parece un sentimiento singularmente contradictorio.

Todo hombre que llame a su propio corazón encontrará al fin y al cabo la mejor respuesta al sofisma de que se trata. Todo el que leal y celosamente consulte e interroge a su alma, no se atreverá a negar la radicalidad absoluta de la tendencia a que

nos referimos, tan característica como incomprensible. Por ejemplo, no hay hombre que, en determinados momentos, no haya experimentado un vivo deseo de atormentar con circunloquios a quien le escucha. Quien habla, sabe de sobra lo que desagrada. Tiene la mejor intención de agradar. Con frecuencia es lacónico, claro y concreto en sus razonamientos. Brota de sus labios un lenguaje tan breve como luminoso. Por tanto, sólo con gran trabajo puede violentarlo. Teme y conjura el mal humor de aquel a quien se dirige. No obstante, le asalta la idea de que podría despertar la cólera si recurriera a determinados incisos y paréntesis. Basta este simple pensamiento. El impulso se convierte en veleidad; ésta crece y se transforma en deseo; el deseo degenera al cabo en necesidad irresistible y ésta se satisface, con gran pesar y molestia de quien habla, y prescindiendo de todas las consecuencias.

Tenemos una labor, una misión que cumplir, y hemos de llevarla a término rápidamente. Sabemos que su demora es nuestra ruina. La más importante crisis de nuestra vida reclama con perentoriedad la acción y energía

inmediatas. La impaciencia de comenzar la tarea nos abrasa y consume. El saborear anticipadamente el éxito inflama nuestro espíritu. Es necesario que emprendamos hoy mismo esta tarea, y, sin embargo, la diferimos para mañana.

¿Por qué? No hay otra explicación, de no ser la que nos hace dar cuenta de que esto es perverso. Utilicemos la palabra, sin comprender el principio. Llega mañana, y también la ansiedad impaciente de cumplir con nuestro deber. Pero con ella llega asimismo un vivo deseo anónimo de retardar otra vez, deseo indudablemente terrible, porque es impenetrable su naturaleza. Cuando más pasa el tiempo, el deseo es más fuerte. Sólo nos queda una hora para la acción. Esa hora es nuestra. Temblamos ante la violencia del conflicto que se plantea en nosotros. La batalla entre lo positivo y lo indefinido, entre la sustancia y la sombra. Pero si llega la lucha a tal punto, se impone la sombra y nos debatimos vanamente. Suena el reloj. Su campanada es el toque de agonía de nuestra felicidad, y, al mismo tiempo, para la sombra que tan largamente nos ha aterrado, el cántico desvelador, la diana del victorioso gallo de los fantasmas. Huye la sombra. Desaparece. Somos libres. Renace la antigua energía. Ahora trabajaremos. Pero, ¡ay!, es demasiado tarde.

Nos hallamos al borde de un precipicio. Contemplamos el abismo. Sentimos vértigo y malestar. Nuestra primera intención es retroceder ante el riesgo. Pero, inexplicablemente, no nos movemos de allí. Paulatinamente, el malestar, el vértigo y el horror se confunden en un nebuloso e indefinible sentimiento. De forma gradual, insensible, la nube adquiere forma, lo mismo que el vapor de la botella de la que surgía el genio de Las mil y una noches. Pero, al borde del precipicio, de nuestra nube, se levanta, cada vez más palpable, una forma mil veces más

terrible que el genio, que cualquier fabuloso demonio. No obstante, es sólo un pensamiento. Pero un horrible pensamiento. Un pensamiento que hiela hasta la propia médula de nuestros huesos y les inculca la feroz delicia de su horror. Sencillamente, es esta idea:

¿cuáles serían nuestras sensaciones durante el transcurso de una caída verificada desde tal altura?

Y por la sencilla razón de que esta caída —este anonadamiento fulminante

— implica la más horrible, la más odiosa de cuantas odiosas y horribles imágenes de la muerte y del sufrimiento puede nuestra mente haber concebido, por esta sencilla razón, la deseamos con mayor intensidad. Y porque nuestro raciocinio nos aleja violentamente de la orilla, por esta misma razón nos acercamos a ella con mayor ímpetu. En la Naturaleza no hay pasión más diabólicamente impaciente que la del hombre que, temblando al borde de un precipicio, piensa arrojarse a él.

Permitírsele, intentar pensarlo un solo momento, es, inevitablemente, perderse, porque la reflexión nos ordena que nos abstengamos de ello, y por esto mismo, repito, no nos es posible. Si no encontramos un brazo amigo que nos detenga, o si somos incapaces de un repentino esfuerzo para apartarnos lejos del abismo, nos arrojamos a él, nos

aniquilamos.

Si examinamos estos actos y otros semejantes, encontraremos que nacen tan sólo del espíritu de perversidad. Los perpetrados, sencillamente, porque reconocemos que no debíamos perpetrarlos. Ni en uno ni en otro caso existe un principio inteligible, y ciertamente podríamos considerar esta perversidad como una instigación directa del demonio, de no haber reconocido que algunas veces colabora en la realización del bien.

Si me he extendido tanto en todo esto ha sido para contestar en cierta manera a vuestra pregunta, para explicaros la razón por la que estoy aquí, y para ofreceros algo que parezca una justificación cualquiera de los hierros que me encadenan y de la celda de condenados que ocupó. Si hubiese sido menos prolijo, no se me hubiera entendido completamente, o, como el vulgo, me hubierais considerado loco. Comprenderéis ahora fácilmente que soy una de las numerosas víctimas del demonio de la perversidad.

No creo posible que se haya planeado un acto con una deliberación más perfecta. Durante semanas, durante meses enteros, medité en los procedimientos del asesinato. Prescindí de mil planes porque la realización de cada uno traía consigo una probabilidad de revelación. Por fin, leyendo un día unas memorias francesas, hallé la historia de una enfermedad casi mortal que padeció madame Pilau, a causa de una bujía accidentalmente envenenada. Bruscamente, asaltó la idea mi imaginación. Sabía que mi víctima acostumbraba leer en el

lecho, y también que la alcoba era pequeña y mal ventilada. Pero no quiero cansaros con pormenores ociosos. No particularizaré en los fáciles ardidés por medio de los cuales sustituí, en la palmatoria de su alcoba, la vela que allí había por otra preparada por mí... Por la mañana hallóse muerto al hombre en el lecho, y la resolución del coroner fue la siguiente: «Muerto por visitación de Dios».

Heredé su fortuna, y durante varios años todo marchó perfectamente. Jamás por mi mente cruzó la idea de su descubrimiento. Había destruido personalmente los restos de la fatal bujía, y no dejé el menor indicio que pudiera servir para venderme o hacerme sospechoso de asesinato. No es posible imaginar cuán profunda y magnífica satisfacción dilató mi pecho en la consciencia de mi absoluta seguridad. Durante mucho tiempo me acostumbré a gozar de ese sentimiento, que me proporcionaba un placer más positivo que todos cuantos beneficios puramente materiales conseguí con mi crimen. Llegó, por fin, una época en la cual el sentimiento de gozo se fue transformando, por una gradación casi imperceptible, en una idea que no me abandonaba y triunfaba sobre mí. Triunfaba, precisamente, porque no me abandonaba. Apenas podía librarme de ella un solo momento. Con frecuencia ocurre que el oído se fatiga, o la memoria se obsesiona, por una especie de repique en nuestros oídos del estribillo de una canción vulgar o de algún insignificante

fragmento de ópera. No cesará la tortura, aunque la canción sea excelente, o amable el fragmento de ópera. Del mismo modo, cuando daba por terminadas mis reflexiones sobre mi seguridad, me repetía constantemente y en voz baja esta frase: «Estoy libre».

Un día paseando al azar por las calles, me sorprendió darme cuenta de que estaba murmurando casi en voz alta las acostumbradas sílabas. En un acceso de petulancia, las repetí y les di entonces esta nueva forma: «Estoy libre, estoy libre, sí, siempre que no sea tan estúpido que yo mismo me delate».

Apenas hube terminado de pronunciar estas palabras, cuando experimenté en mi corazón la entrada de un frío glacial. Yo tenía ya alguna experiencia con respecto a estos arrebatos de perversidad cuya índole extraña he explicado, no sin esfuerzo, y recordaba perfectamente que jamás había sabido resistir a sus triunfantes ataques. En ese momento, la fortuita sugestión nacida en mí mismo de que yo podía ser lo bastante estúpido para confesar el asesinato que había cometido, surgía ante mí como la misma sombra de quien había asesinado, y me lanzaba hacia la muerte.

Al principio intenté esforzarme en ahuyentar aquella pesadilla de mi espíritu. Anduve enérgicamente, más deprisa, cada vez más deprisa, y terminé echando a correr. Experimentaba un embriagador deseo de gritar con todas mis fuerzas. A cada ola que sucesivamente se producía en mi pensamiento, me acongojaba un nuevo terror, porque, ¡ay!, comprendía muy bien,

demasiado bien, que, en aquella situación, pensar era perderme. Aceleré aún más mi paso. Casi a saltos, como un loco, crucé las calles llenas de gente. Por último, la gente llegó a alarmarse y echó a correr tras de mí. Entonces me di cuenta de que mi destino se había consumado. Si me hubiera sido posible arrancarme la lengua, lo hubiera hecho. Pero sonó a mis oídos una voz ruda, y una mano más ruda aún me sujetó por un hombro.

Me volví y abrí la boca para respirar. Durante un instante conocí todas las angustias de la sofocación. Me quedé ciego, sordo, ebrio, y entonces, pensé, algún demonio invisible golpeó en mi espalda con su ancha mano. El secreto que durante tanto tiempo había aprisionado escapó de mi espíritu.

Dicen que hablé. También dicen que me expresé con gran claridad, con extraña energía y apasionada precipitación, como si tuviera miedo de que me interrogasen antes de haber pronunciado las breves, pero importantes frases que me ponían en manos del verdugo y me entregaban al infierno. Una vez hube revelado todo lo necesario para la completa convicción de la justicia, caí consternado, desvanecido.

Pero ¿por qué decir más? Hoy arrastro estas cadenas, y estoy aquí. Mañana estaré en libertad. Pero ¿dónde?

EL RETRATO OVALADO

El castillo en el cual mi criado había decidido penetrar, aun cuando fuese por la fuerza, antes que permitirme, hallándome gravemente herido, pasar una noche al raso, era uno de esos grandes edificios, mezcla de melancolía y grandeza, que durante tanto tiempo han erguido su ceñuda frente por entre los Apeninos, no tanto en la realidad como en la fantasía de mister Radcliffe.

Según todas las apariencias, había sido temporalmente abandonado, y en fecha muy reciente, por su dueño. Nos instalamos en una de las habitaciones más reducidas y menos suntuosamente arregladas. Estaba situada en una apartada torre del castillo. Su decorado era rico, pero ajado y viejo. De sus paredes colgaban tapices y adornábanse con diversos y multiformes trofeos heráldicos, así como con una insólita cantidad de pinturas modernas de gran viveza encuadradas en ricos marcos con arabescos de oro. Tal vez a causa de mi debilidad febril, incipiente en ese instante, sentí un vivo interés por estos cuadros que estaban colgados no sólo de las superficies principales de las paredes, sino también de los numerosos rincones que la extraña arquitectura del castillo hacía necesarios.

Le ordené a Pedro que cerrase los pesados postigos de la habitación, puesto que ya era de noche, que encendiese los brazos de un gran candelabro que se hallaba colocado junto a la cabecera de mi cama, y que descorriese, de par en par, las cortinas de terciopelo negro que también rodeaban mi lecho.

Deseaba que se hiciera todo aquello para que, al menos, si no llegaba a conciliar el sueño, pudiese distraerme alternativamente en la contemplación de aquellos cuadros y entregarme a la atenta lectura de un pequeño volumen que habíamos hallado sobre la almohada y que contenía la crítica y descripción de cada uno.

Durante largo rato, muy largo rato, estuve leyendo, y devota, muy devotamente, contemplé los cuadros. Las horas transcurrieron rápida y maravillosamente. Y llegó la profunda medianoche. Me desagradaba la posición del candelabro, y extendiendo la mano dificultosamente, con objeto de no despertar a mi criado adormecido, lo coloqué de modo que sus rayos incidiesen plenamente sobre el libro.

Pero este cambio produjo un efecto completamente inesperado. Los resplandores de las numerosas bujías (porque había muchas) se proyectaron entonces en un nicho de la habitación que hasta ese momento había sido dejado en sombras por una de las columnas de la cama. Distinguí, vivamente iluminado, un cuadro que hasta ese momento me había pasado inadvertido. Era el retrato de una niña que apenas si empezaba a ser mujer. Dirigí una rápida ojeada a aquella pintura, y cerré los ojos. ¿Por qué? En un principio no

pude comprenderlo; pero mientras mis ojos continuaban cerrados analicé en mi espíritu la razón que tenía para haberlo

hecho. Fue un movimiento involuntario, para ganar tiempo y pensar, para asegurarme de que mis ojos no me habían engañado, para calmar y dominar mi fantasía y entregarme luego a una contemplación más serena y auténtica. Pocos momentos después, volví a mirar de nuevo fijamente a la pintura.

Ni podía ni quería dudar lo que vi entonces claramente, porque el primer resplandor de las bujías sobre el lienzo había disipado el soñoliento estupor de mis sentidos y me había devuelto de pronto a la vida despierta.

Ya he dicho que el retrato era el de una joven. Reducíase a la cabeza y los hombros, pintados según esa técnica que suele llamarse estilo de vignette, al modo de las cabezas predilectas de Sully. El seno, los brazos e incluso los bucles de sus radiantes cabellos, fundíanse imperceptiblemente en la vaga, pero profunda sombra que servía de fondo al conjunto. El marco era ovalado, magníficamente dorado, y afiligranado con arabescos.

Como obra de arte, no podía encontrarse nada más admirable que la pintura misma. Pero ni la factura de la obra, ni la inmortal belleza de aquel semblante, podían haber sido lo que tan repentinamente y con tal vehemencia me había impresionado entonces, y menos aún que mi fantasía, conmovida en su duermevela, hubiese confundido aquella cabeza con la de un ser vivo. Me di cuenta en el acto que los pormenores del dibujo, el estilo de vignette y el aspecto del marco, hubiesen disipado inmediatamente semejante idea y me

hubieran evitado toda otra distracción, aun cuando fuera momentánea. Reflexionando seriamente con respecto a aquello, tal vez durante una hora, permanecí medio tendido, medio sentado, con la mirada fija en aquel retrato. Por último, satisfecho de haber acertado con el secreto real del efecto que producía sobre mí, me acosté completamente de espaldas sobre el lecho.

Había adivinado que el encanto de aquella pintura consistía en una absoluta semejanza con la vida en su expresión, que primero me había estremecido y, finalmente, me desconcertó, subyugándome y anonadándome. Con profundo y respetuoso temor, dejé de nuevo el candelabro en su posición primitiva. Una vez húbose apartado de mi vista el motivo de mi intensa agitación, busqué afanosamente el volumen que contenía el análisis de las pinturas y su historia. Volví las hojas hasta que encontré el número que correspondía al retrato ovalado, y leí el impreciso y singular relato que sigue:

«Era una joven de particular belleza y no menos amable que llena de jovialidad. Pero malhadada fue la hora en que vio, amó, casó y vivió con el pintor. Él, apasionado, estudioso, austero y teniendo ya una esposa en su arte; ella, joven de rara belleza y no menos amable que llena de jovialidad, sólo luz y sonrisa, y juguetona como un cervatillo, amante y cariñosa para todas las

cosas de este mundo. Odiaba solamente el arte, que era su rival; temía sólo a la paleta, a los pinceles y a otros desagradables utensilios que la privaban de la presencia de su adorado. Fue, pues, algo terrible para ella oír al pintor hablar de deseo de retratar también a su joven esposa. Pero ésta era humilde y obediente. Y, dócilmente, posó, sentada, durante largas semanas, en la sombría y alta habitación de la torre, donde filtrábase la luz sobre el lienzo sólo desde arriba. Pero él, el pintor, ponía toda su afición en la obra, que adelantaba de hora en hora y de día en día. Y era él un hombre apasionado, vehemente y caprichoso, que perdíase siempre en fantasías. Tanto, que no quería ver cómo aquella luz, que vertíase tan tristemente en aquella torre solitaria, marchitaba visiblemente, a los ojos de todo el mundo y excepcionalmente a los suyos, la salud y el alma de su mujer. Y, sin embargo, ella no cesaba de sonreírle, sin lamentarse nunca, porque veía que el pintor, que tenía un gran prestigio, experimentaba un ferviente y abrasador goce en su tarea, y afanábase día y noche en pintar a la que tanto lo amaba, pero que a diario desalentábase más y enflaquecía. Y, en verdad, quienes contemplaban el retrato hablaban en voz queda de su semejanza, como de una prodigiosa maravilla y como una prueba no sólo del talento del pintor, sino de su profundo amor por aquella a quien pintaba de forma tan excelsa. Pero hacia el fin, cuando acercábase más la obra a su término, no se dejó a nadie visitar la torre, porque el pintor había enloquecido en el ardor de su tarea, y rara vez apartaba sus ojos del lienzo, ni tan siquiera para mirar el rostro

de su mujer. Y no quería ver que los colores que dejaba en el lienzo los arrancaba de las mejillas de la que se hallaba sentada frente a él. Y cuando hubieron transcurrido muchas semanas, y muy poco quedaba por hacer, excepto un toque sobre los labios y una pincelada sobre los ojos, vaciló el espíritu de la mujer, como la llama que va a extinguirse en una lámpara. Y el toque fue dado, y fue dada también la pincelada. Y por un instante quedóse extático el pintor ante la obra que acababa de realizar. Mas un momento después, cuando todavía lo contemplaba, se estremeció de horror, palideció y quedóse despavorido, y gritó en voz alta: “¡En verdad que es la vida misma!”. Y volvió bruscamente los ojos a su amada: ¡Estaba muerta!».

EL BARRIL DE AMONTILLADO

Lo mejor que pude había soportado las mil injurias de Fortunato. Pero cuando llegó al insulto, juré vengarme. Vosotros, que conocéis tan bien la naturaleza de mi carácter, no llegaréis a suponer, no obstante, que pronunciara la menor palabra con respecto a mi propósito. A la larga, yo sería vengado. Éste era ya un punto establecido definitivamente. Pero la misma decisión con

que lo había resuelto excluía toda idea de peligro por mi parte. No solamente tenía que castigar, sino castigar impunemente. Una injuria queda sin reparar cuando su justo castigo perjudica al vengador. Igualmente queda sin reparación cuando éste deja de dar a entender, a quien le ha agraviado, que es él quien se venga.

Es preciso entender bien que ni de palabra, ni de obra, di a Fortunato motivo alguno para que sospechara de mi buena voluntad hacia él. Continué, como de costumbre, sonriendo en su presencia, y él no podía advertir que mi sonrisa, entonces tenía como origen en mí la idea de arrebatarle la vida.

Aquel Fortunato tenía un punto débil, aunque, en otros aspectos era un hombre digno de toda consideración, y aun de ser temido. Se enorgullecía siempre de ser un entendido en vinos. En realidad, pocos italianos tienen el verdadero talento de los catadores. En la mayoría, su entusiasmo se adapta con frecuencia a lo que el tiempo y la ocasión requieren, con objeto de dedicarse a engañar a los millionaires ingleses y austriacos. En pintura y piedras preciosas, Fortunato, como todos sus compatriotas, era un verdadero charlatán; pero, en cuanto a vinos añejos, era sincero. Con respecto a esto, yo no difería extraordinariamente de él. También yo era muy experto en lo que se refiere a vinos italianos, y siempre que se me presentaba ocasión compraba gran cantidad de éstos.

Una tarde, casi al anochecer, en plena euforia del Carnaval, encontré a mi amigo. Me cogió con excesiva cordialidad,

porque había bebido mucho. El buen hombre estaba disfrazado de payaso. Llevaba un traje muy ceñido, un vestido con listas de colores y coronaba su cabeza con un sombrerito cónico adornado con cascabeles. Me alegré tanto de verle, que creí no haber estrechado jamás su mano como en aquel momento. Le dije:

—Querido Fortunato, le encuentro a usted muy a propósito. Pero ¡qué buen aspecto tiene usted hoy! El caso es que he recibido un barril de algo que llaman amontillado y tengo mis dudas.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y en pleno Carnaval!

—Por eso mismo le digo que tengo mis dudas —contesté—, e iba a cometer la tontería de pagarlo como si se tratara de un exquisito amontillado, sin consultarle. No había modo de encontrarle a usted, y temía perder la ocasión.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y he de pagarlo.

—¡Amontillado!

—Pero como supuse que estaba usted muy ocupado, iba ahora a buscar a Luchesi. Él es un buen entendido. Él me dirá...

—Luchesi es incapaz, por sí mismo, de distinguir el amontillado del jerez.

—Y, no obstante, hay imbéciles que creen que su paladar puede competir con el de usted.

—Vamos, vamos allá.

—¿Adónde?

—A sus bodegas.

—No, mi querido amigo. No quiero abusar de su amabilidad. Preveo que tiene usted algún compromiso. Luchesi...

—No tengo ningún compromiso. Vamos.

—No, amigo mío. Aunque usted no tenga compromiso alguno, veo que tiene usted mucho frío. Las bodegas son terriblemente húmedas; materialmente están cubiertas de salitre.

—A pesar de todo, vamos. No importa el frío. ¡Amontillado! Le han engañado a usted, y Luchesi no sabe distinguir el jerez del amontillado.

Diciendo esto, Fortunato se cogió a mi brazo. Me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome bien al cuerpo mi roquelaire, me dejé conducir por él hasta mi palacio.

Los criados no estaban en la casa. Habían escapado para celebrar la festividad de Carnaval. Ya, antes, les había dicho

que no volvieran hasta la mañana siguiente, y les había dado órdenes concretas para que no estorbaran por la casa. Estas órdenes eran suficientes, de sobra lo sabía yo, para asegurarme la inmediata desaparición de ellos en cuanto volviera las espaldas.

Cogí dos velas de sus candelabros, entregué a Fortunato una de ellas y le guié, haciéndole encorvarse a través de distintos aposentos, por el abovedado pasaje que conducía a la bodega. Bajé delante de él una larga y tortuosa escalera, recomendándole que adoptara precauciones al seguirme. Llegamos, por fin, a los últimos peldaños y nos encontramos, uno frente a otro, sobre el suelo húmedo de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su gorro cónico resonaban a cada una de sus zancadas.

—¿Y el barril? —preguntó.

—Está más allá —le contesté—. Pero aquí tiene usted esos blancos festones de telaraña que brillan en las paredes de la cueva.

Se volvió hacia mí y me miró con sus nubladas pupilas, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿Salitre? —me preguntó, por fin.

—Salitre —le contesté—. ¿Hace mucho tiempo que tiene usted esa tos?

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!...

A mi pobre amigo le fue imposible contestar hasta pasados unos minutos.

—No es nada —dijo, por fin.

—Venga —le dije enérgicamente—. Volvámonos. Su salud es preciosa, amigo mío. Es usted rico, respetado, admirado, querido. Es usted feliz, como yo lo he sido en otro tiempo. No debe usted malograrse. Por lo que a mí respecta, es distinto. Vámonos. Podría usted enfermarse y no quiero cargar con esa responsabilidad. Además, cerca de aquí vive Luchesi...

—Basta —me dijo—. Esta tos no tiene ninguna importancia. No tenga usted cuidado. No me matará. No me moriré de tos.

—Verdad, verdad —le contesté—. Realmente, no era mi intención alarmarle sin motivo, pero debe tomar precauciones. Un trago de este Medoc le defenderá de la humedad.

Y diciendo esto rompí el cuello de una botella que se hallaba en una larga fila de otras análogas, tumbadas en el húmedo suelo.

—Beba —le dije, ofreciéndole el vino.

Llevóse la botella a los labios, mirándome de soslayo. Hizo una pausa y me saludó con familiaridad.

Los cascabeles sonaron.

—Bebo —dijo— a la salud de los enterrados que descansan en torno nuestro.

—Y yo por la larga vida de usted.

De nuevo se cogió de mi brazo y continuamos nuestro camino.

—Estas cuevas —me dijo— son muy grandes.

—Los Montresors —le contesté— era una grande y numerosa familia.

—He olvidado cuáles son sus armas.

—Un gran pie de oro en campo de azur. El pie aplasta a una serpiente rampante, cuyos dientes se clavan en el talón.

—¿Y cuál es la divisa?

—Nemo me impune lacessit.

—¡Muy bien! —dijo.

Brillaba el vino en sus ojos y retiñían los cascabeles. También se caldeó mi fantasía a causa del Medoc. Por entre las murallas formadas por montones de esqueletos, mezclados con barriles y toneles, llegamos a los más profundos recintos de las catacumbas. Me detuve de nuevo, y esta vez me atreví a coger a Fortunato de un brazo, más arriba del codo.

—El salitre —le dije—. Vea usted cómo va aumentado. Como si fuera musgo, cuelga de las bóvedas. Ahora estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran por entre los

huesos. Venga usted. Volvamos antes que sea muy tarde. Esos...

—No es nada —dijo—. Continuemos. Pero primero echemos otro traguito de Medoc.

Rompí un frasco de vino de De Grave y se lo ofrecí. Lo vació de un trago. Sus ojos llamearon con ardiente fuego. Se echó a reír y tiró la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Le miré sorprendido. Él repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprende usted? —preguntó.

—La verdad que no —le contesté.

—Entonces, ¿no es usted de la hermandad?

—¿Cómo?

—¿No pertenece usted a la masonería?

—Sí, sí —dije—; sí, sí.

—¿Usted? ¡Imposible! ¿Un masón?

—Un masón —repliqué.

—A ver, un signo —dijo.

—Éste —le contesté, sacando de debajo de mi roquelaire una paleta de albañil.

—Usted bromea —exclamó, retrocediendo unos pasos—. Pero, en fin, vamos por el amontillado.

—Bien —dije, guardando otra vez la herramienta bajo la capa y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse pesadamente en él y seguimos nuestro camino en busca del

amontillado.

Pasamos primero por debajo de una serie de bajísimas bóvedas, bajamos, avanzamos luego, descendimos después y llegamos a una profunda cripta, donde la impureza del aire hacía enrojecer más que brillar nuestras velas.

En lo más apartado de la cripta descubriase otra menos espaciosa. En sus paredes habían sido alineados restos humanos de los que se amontonaban en la cueva de encima de nosotros, tal como en las catacumbas de París. Tres lados de aquella cripta interior estaban también adornados del mismo modo. Del cuarto habían sido retirados los huesos y yacían esparcidos por el suelo, formando en un rincón un montón de cierta altura.

Dentro de la pared, que había quedado así descubierta por el desprendimiento de los huesos, veíase todavía otra cripta o recinto interior, de unos cuatro pies de profundidad y tres de anchura, y con una altura de seis o siete. No parecía haber sido construida para un uso determinado, sino que formaba sencillamente un hueco entre dos de los enormes pilares que

servían de apoyo a la bóveda de las catacumbas, y se apoyaba en una de las paredes de granito macizo que las circundaban.

En vano, Fortunato, levantando su vela casi consumida, trataba de penetrar la profundidad de aquel recinto. La debilitada luz nos impedía distinguir el fondo.

—Adelántese —le dije—. Ahí está el amontillado. Si aquí estuviera Luchesi...

—Es un ignorante —interrumpió mi amigo, avanzando con inseguro paso y seguido inmediatamente por mí.

En un momento llegó al fondo del nicho, y, al hallar interrumpido su paso por la roca, se detuvo atónito y perplejo.

Un momento después había yo conseguido encadenarlo al granito. Había en su superficie dos argollas de hierro, separadas horizontalmente una de otra por unos dos pies.

Rodear su cintura con los eslabones, para sujetarlo, fue cuestión de pocos segundos. Estaba demasiado aturdido para ofrecerme resistencia. Saqué la llave y retrocedí, saliendo fuera del recinto.

—Pase usted la mano por la pared —le dije— y no podrá menos de sentir el salitre. Está, en efecto, muy húmeda. Permítame que le ruegue se vuelva atrás. ¿No viene usted? Entonces no me queda más remedio que abandonarle; pero debo antes prestarle algunos cuidados que está en mi mano hacer.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, no vuelto todavía de su asombro.

—Cierto —repliqué—, el amontillado.

Y diciendo estas palabras, me ataré en aquel montón de huesos a que

antes he aludido. Apartándolos a un lado, no tardé en dejar al descubierto una cierta cantidad de piedra de construcción y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta, empecé activamente a tapar la entrada del nicho.

Apenas había colocado el primer trozo de mi obra de albañilería cuando me di cuenta de que la embriaguez de Fortunato se había disipado en gran parte. El primer indicio que tuve de ello fue un gemido apagado y salió de la profundidad del nicho.

No era ya el grito de un hombre embriagado. Se produjo luego un largo y obstinado silencio. Encima de la primera hilada coloqué la segunda, la tercera y la cuarta. Y oí entonces las furiosas sacudidas de las cadenas. El ruido se prolongó unos minutos, durante los cuales, para deleitarme con él, interrumpí mi tarea y me senté en cuclillas sobre los huesos. Cuando se apaciguó, por fin, aquel rechinamiento, cogí de nuevo la paleta y acabé, sin interrupción, la quinta, sexta y séptima hiladas. La pared se hallaba entonces a la altura de mi pecho. De nuevo me detuve, y, levantando la vela por encima de la obra que había ejecutado, dirigí la luz sobre la figura que se hallaba en el interior.

Una serie de fuertes y agudos gritos salió de repente de la garganta del hombre encadenado, como si quisiera rechazarme con violencia hacia atrás. Durante un momento vacilé y me estremecí. Saqué mi espada y empecé a tirar estocadas por el interior del nicho. Pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Puse la mano sobre la maciza pared de la cueva y respiré satisfecho. Volví a acercarme a la pared y contesté entonces a los gritos de quien clamaba. Los repetí, los acompañé y los vencí en extensión y en fuerza. Así lo hice, y el que gritaba acabó por callarse.

Ya era medianoche, y llegaba a su término mi trabajo. Había dado fin a las octava, novena y décima hiladas. Había terminado casi la totalidad de la onцена, y quedaba tan sólo una piedra que colocar y revocar. Tenía que pelear con su peso. Sólo parcialmente se colocaba en la posición necesaria.

Pero entonces salió del nicho una risa ahogada, que me puso los pelos de punta. Se emitía con una voz tan triste, que con dificultad la identifiqué con la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Buena broma, amigo, buena broma! ¡Lo que nos reiremos luego en el palacio, ¡je, je, je!, a propósito de nuestro vino. ¡Je, je, je!

—El amontillado —dije.

—¡Je, je, je! Sí, el amontillado. Pero ¿no se nos hace tarde? ¿No estarán esperándonos en el palacio lady Fortunato y los demás? Vámonos.

—Sí —dije—; vámonos ya.

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—Sí —dije—; por el amor de Dios.

En vano me esforcé en obtener respuesta a aquellas palabras.

Me impacienté y llamé en voz alta:

—¡Fortunato!

No hubo respuesta, y volví a llamar:

—¡Fortunato!

Tampoco me contestaron. Introduje una vela por el orificio que quedaba y la dejé caer en el interior. Me contestó sólo un cascabeleo. Sentí una presión en el corazón, sin duda causada por la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Con muchos esfuerzos coloqué en su sitio la última piedra y la cubrí con argamasa. Volví a levantar la antigua muralla de huesos contra la nueva pared. Durante medio siglo nadie los ha tocado. In pace requiescat.

LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA

Durante mucho tiempo, la «Muerte Roja» había devastado la región. Jamás pestilencia alguna fue tan fatal y espantosa. Su

avatar era la sangre, el color y el horror de la sangre. Se producían agudos dolores, un súbito desvanecimiento y, después, un abundante sangrar por los poros y la disolución del ser. Las manchas purpúreas por el cuerpo, y especialmente por el rostro de la víctima, desechaban a ésta de la Humanidad y la cerraban a todo socorro y a toda compasión. La invasión, el progreso y el resultado de la enfermedad eran cuestión de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, intrépido y sagaz. Cuando sus dominios perdieron la mitad de su población, reunió a un millar de amigos fuertes y de corazón alegre, elegidos entre los caballeros y las damas de su corte, y con ellos constituyó un refugio recóndito en una de sus abadías fortificadas. Era una construcción vasta y magnífica, una creación del propio príncipe, de gusto excéntrico, pero grandioso. Rodeábala un fuerte y elevado muro, con sus correspondientes puertas de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, se sirvieron de hornillos y pesadas mazas para soldar los cerrojos, decidieron atrincherarse contra los súbitos impulsos de la desesperación del exterior e impedir toda salida a los frenesíes del interior.

La abadía fue abastecida copiosamente. Gracias a tales precauciones los cortesanos podían desafiar el contagio. El mundo exterior, que se las compusiera como pudiese. Por lo demás, sería locura afligirse o pensar en él.

El príncipe había provisto aquella mansión de todos los medios de placer. Había bufones, improvisadores, danzarines, músicos, lo bello en todas sus formas, y había vino. En el interior existía todo esto, además de la seguridad. Afuera, la «Muerte Roja».

Ocurrió a finales del quinto o sexto mes de su retiro, mientras la plaga hacía grandes estragos afuera, cuando el príncipe Próspero proporcionó a su millar de amigos un baile de máscaras de la más insólita magnificencia.

¡Qué voluptuoso cuadro el de ese baile de máscaras!

Permítaseme describir los salones donde tuvo efecto. Eran siete, en una hilera imperial. En muchos palacios estas hileras de salones constituyen largas perspectivas en línea recta cuando los batientes de las puertas están abiertos de par en par, de modo que la mirada llega hasta el final sin obstáculo. Aquí, el caso era muy distinto, como se podía esperar por parte del duque y de su preferencia señaladísima por lo bizarro. Las salas estaban dispuestas de modo tan irregular que la mirada solamente podía alcanzar una cada vez. Al cabo de un espacio de veinte o treinta yardas encontrábase una súbita revuelta, y en cada esquina, un aspecto diferente.

A derecha e izquierda, en medio de cada pared, una alta y estrecha ventana gótica comunicaba con un corredor cerrado que seguía las sinuosidades del aposento. Cada ventanal estaba hecho de vidrios de colores que armonizaban con el tono dominante de la decoración del salón para el cual se abría. El que ocupaba el extremo oriental, por ejemplo, estaba

decorado en azul, y los ventanales eran de un azul vivo. El segundo aposento estaba ornado y guarnecido de púrpura, y las vidrieras eran purpúreas. El tercero, enteramente verde, y verdes sus ventanas. El cuarto, anaranjado, recibía la luz a través de una ventana anaranjada. El quinto, blanco, y el sexto, violeta. El séptimo salón estaba rigurosamente forrado por colgaduras de terciopelo negro, que revestían todo el techo y las paredes y caían sobre un tapiz de la misma tela y del mismo color. Pero solamente en este aposento el color de las vidrieras no correspondía al del decorado.

Los ventanales eran escarlata, de un intenso color de sangre. Ahora bien: no veíase lámpara ni candelabro alguno en estos siete salones, entre los adornos de las paredes o del techo artesonado. Ni lámparas ni velas; ninguna claridad de esta clase, en aquella larga hilera de habitaciones. Pero en los corredores que la rodeaban, exactamente enfrente de cada ventana, levantábase un enorme trípode con un brasero resplandeciente que proyectaba su claridad a través de los cristales coloreados e iluminaba la sala de un modo deslumbrante. Producíase así una infinidad de aspectos cambiantes y fantásticos. Pero en el salón de poniente, en la cámara negra, la claridad del brasero, que se reflejaba sobre las negras tapicerías a través de los cristales sangrientos, era terriblemente siniestra y prestaba a las fisonomías de los

imprudentes que penetraban en ella un aspecto tan extraño, que muy pocos bailarines tenían valor para pisar su mágico recinto.

También en este salón erguía, apoyado contra el muro de poniente, un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo movía con un tictac sordo, pesado y monótono. Y cuando la minutería completaba el circuito de la esfera e iba a sonar la hora, salía de los pulmones de bronce de la máquina un sonido claro, estrepitoso, profundo y extraordinariamente musical, pero de un timbre tan particular y potente que, de hora en hora, los músicos de la orquesta veíanse obligados a interrumpir un instante sus acordes para escuchar el sonido. Los valsistas veíanse forzados a cesar en sus evoluciones.

Una perturbación momentánea recorría toda aquella multitud, y mientras sonaban las campanas notábase que los más vehementes palidecían y los más sensatos pasábanse las manos por la frente, pareciendo sumirse en meditación o en un sueño febril. Pero una vez desaparecía por completo el eco, una ligera hilaridad circulaba por toda la reunión. Los músicos mirábanse entre sí y reíanse de sus nervios y de su locura, y jurábanse en voz baja unos a otros que la próxima vez que sonaran las campanadas no sentirían la misma impresión. Y luego, cuando después de la fuga de los sesenta minutos que comprenden los tres mil seiscientos segundos de la hora desaparecida, cuando llegaba una nueva campanada del reloj

fatal, se producía el mismo estremecimiento, el mismo escalofrío y el mismo sueño febril.

Pero, a pesar de todo esto, la orgía continuaba alegre y magnífica. El gusto del duque era muy singular. Tenía una vista segura por lo que se refiere a colores y efectos. Despreciaba el decoro de moda. Sus proyectos eran temerarios y salvajes, y sus concepciones brillaban con un esplendor bárbaro. Muchas gentes lo consideraban loco. Sus cortesanos sabían perfectamente que no lo era. Sin embargo, era preciso oírlo, verlo, tocarlo, para asegurarse de que no lo estaba.

En ocasión de esta gran fête, había dirigido gran parte de la decoración de los muebles, y su gusto personal había dirigido el estilo de los disfraces. No hay duda de que eran concepciones grotescas. Era deslumbrador, brillante. Había cosas chocantes y cosas fantásticas, mucho de lo que después se ha visto en Hernani. Había figuras arabescas, con miembros y aditamentos inapropiados.

Delirantes fantasías, atavíos como de loco. Había mucho de lo bello, mucho de lo licencioso, mucho de lo bizarro, algo de lo terrible y no poco de lo que podría haber producido repugnancia. De un lado a otro de las siete salas pavoneábase una muchedumbre de pesadilla. Y esa multitud —la pesadilla— contorsionábase en todos sentidos, tiñéndose del color de los salones, haciendo que la música pareciera el eco de sus propios pasos.

De pronto, repica de nuevo el reloj de ébano que se encuentra en el salón de terciopelo. Por un instante queda entonces todo parado; todo guarda silencio, excepto la voz del reloj. Las figuras de pesadilla quédanse yertas, paradas. Pero los ecos de la campana se van desvaneciendo. No han durado sino un instante, y, apenas han desaparecido, una risa leve mal reprimida se cierne por todos lados. Y una vez más, la música suena, vive en los ensueños.

De un lado a otro, retuércense más alegremente que nunca, reflejando el color de las ventanas distintamente teñidas y a través de las cuales fluyen los rayos de los trípodes. Pero en el salón más occidental de los siete no hay ahora máscara ninguna que se atreva a entrar, porque la noche va transcurriendo. Allí se derrama una luz más roja a través de los cristales color de sangre, y la oscuridad de las cortinas teñidas de negro es aterradora. Y a los que pisan la negra alfombra llégales del cercano reloj de ébano un más pesado repique, más solemnemente acentuado que el que hiere los oídos de las máscaras que se divierten en las salas más apartadas.

Pero en estas otras salas había una densa muchedumbre. En ellas latía febrilmente el corazón de la vida. La fiesta llegaba a su pleno arrebató cuando, por último, sonaron los tañidos de medianoche en el reloj. Y, entonces, la música cesó, como ya he dicho, y apaciguáronse las evoluciones de los danzarines. Y, como antes, se produjo una angustiosa inmovilidad, en todas

las cosas. Pero el tañido del reloj había de reunir esta vez doce campanadas. Por esto ocurrió tal vez, que, con el mayor tiempo, se insinuó en las meditaciones de los pensativos que se encontraban entre los que se divertían mayor cantidad de pensamientos. Y, quizá por lo mismo, varias personas entre aquella muchedumbre, antes que se hubiesen ahogado en el silencio los postreros ecos de la última campanada, habían tenido tiempo para darse cuenta de la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces no había llamado la atención de nadie. Y al difundirse en un susurro el rumor de aquella nueva intrusión, se suscitó entre todos los concurrentes un cuchicheo o murmullo significativo de asombro y desaprobación. Y luego, finalmente, el terror, el pavor y el asco.

En una reunión de fantasmas como la que he descrito puede muy bien suponerse que ninguna aparición ordinaria hubiera provocado una sensación como aquélla. A decir verdad, la libertad carnavalesca de aquella noche era casi ilimitada. Pero el personaje en cuestión había superado la extravagancia de un Herodes y los límites complacientes, no obstante, de la moralidad equívoca e impuesta por el príncipe. En los corazones de los hombres más temerarios hay cuerdas que no se dejan tocar sin emoción. Hasta en los más depravados, en quienes la vida y la muerte son siempre motivo de juego, hay cosas con las que no se puede bromear. Toda la concurrencia pareció entonces sentir profundamente lo inadecuado del traje y de las maneras del

desconocido. El personaje era alto y delgado, y estaba envuelto en un sudario que lo cubría de la cabeza a los pies.

La máscara que ocultaba su rostro representaba tan admirablemente la rígida fisonomía de un cadáver, que hasta el más minucioso examen hubiese descubierto con dificultad el artificio. Y, sin embargo, todos aquellos alegres locos hubieran soportado, y tal vez aprobado aquella desagradable broma. Pero la máscara había llegado hasta el punto de adoptar el tipo de la «Muerte Roja». Sus vestiduras estaban manchadas de sangre, y su ancha frente, así como sus demás facciones, se encontraban salpicadas con el horror escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero se fijaron en aquella figura espectral (que con pausado y solemne movimiento, como para representar mejor su papel, pavoneábase de un lado a otro entre los que bailaban), se le vio, en el primer momento, conmoverse por un violento estremecimiento de terror y de asco. Pero, un segundo después, su frente enrojeció de ira.

—¿Quién se atreve —preguntó con voz ronca a los cortesanos que se hallaban junto a él—, quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema?

¡Apoderaos de él y desenmascararle, para que sepamos a quién hemos de ahorcar en nuestras almenas al salir el sol!

Ocurría esto en el salón del Este, o cámara azul, donde hallábase el príncipe Próspero al pronunciar estas palabras.

Resonaron claras y potentes a través de los siete salones, pues el príncipe era un hombre impetuoso y fuerte, y la música había cesado a un ademán de su mano.

Ocurría esto en la cámara azul, donde hallábase el príncipe rodeado de un grupo de pálidos cortesanos. Al principio, mientras hablaba, hubo un ligero movimiento de avance de este grupo hacia el intruso, que, en tal instante, estuvo también al alcance de sus manos, y que ahora, con paso tranquilo y majestuoso, acercábase cada vez más al príncipe. Pero por cierto terror indefinido, que la insensata arrogancia del enmascarado había inspirado a toda la concurrencia, nadie hubo que pusiera mano en él para prenderle, de tal modo que, sin encontrar obstáculo alguno, pasó a una yarda del príncipe, y mientras la inmensa asamblea, como obedeciendo a un mismo impulso, retrocedía desde el centro de la sala hacia las paredes, él continuó sin interrupción su camino, con aquel mismo paso solemne y medurado que le había distinguido desde su aparición, pasando de la cámara azul a la purpúrea, de la purpúrea a la verde, de la verde a la anaranjada, de ésta a la blanca, y llegó a la de color violeta antes de que se hubiera hecho un movimiento decisivo para detenerle.

Sin embargo, fue entonces cuando el príncipe Próspero, exasperado de ira y vergüenza por su momentánea cobardía, se lanzó precipitadamente a través de las seis cámaras, sin que nadie lo siguiera a causa del mortal terror que de

todos se había apoderado. Blandía un puñal desenvainado, y se había acercado impetuosamente a unos tres o cuatro pies de aquella figura que se batía en retirada, cuando ésta, habiendo llegado al final del salón de terciopelo, volvióse bruscamente e hizo frente a su perseguidor. Sonó un agudo grito y la daga cayó relampagueante sobre la fúnebre alfombra, en la cual, acto seguido, se desplomó, muerto, el príncipe Próspero.

Entonces, invocando el frenético valor de la desesperación, un tropel de máscaras se precipitó a un tiempo en la negra estancia, y agarrando al desconocido, que manteníase erguido e inmóvil como una gran estatua a la sombra del reloj de ébano, exhalaron un grito de terror inexpresable, viendo que bajo el sudario y la máscara de cadáver que habían aferrado con energía tan violenta no se hallaba forma tangible alguna.

Y, entonces, reconocieron la presencia de la «Muerte Roja». Había llegado como un ladrón en la noche, y, uno por uno, cayeron los alegres libertinos por las salas de la orgía, inundados de un rocío sangriento. Y cada uno murió en la desesperada postura de su caída.

Y la vida del reloj de ébano extinguióse con la del último de aquellos licenciosos. Y las llamas de los trípodes se extinguieron. Y la tiniebla, y la ruina, y la «Muerte Roja» tuvieron sobre todo aquello ilimitado dominio.

EL DIABLO EN EL CAMPANARIO

Todos saben de una manera vaga que el lugar más bello del mundo es —o era, desgraciadamente— el pueblo holandés de Vondervotteimittiss. No obstante, como se encuentra a cierta distancia de todas las grandes vías, en una situación, por decirlo así, extraordinaria, probablemente lo haya visitado un corto número de mis lectores. Por esta razón, considero oportuno, para entretenimiento de aquellos que no hayan podido hacerlo, entrar en algunos pormenores con respecto a él. Y esto es realmente tanto más necesario cuanto que, si me propongo relatar los calamitosos acontecimientos por los que últimamente ha pasado su territorio, es sólo con la esperanza de conquistar para sus habitantes la simpatía popular. Ninguno de quienes me conocen dudará de que el deber que me impongo no sea ejecutado con toda la habilidad de que soy capaz, con esa rigurosa imparcialidad, escrupulosa comprobación de los hechos y la ardua confrontación de autoridades que deben distinguir siempre a aquel que aspira al título de historiador.

Gracias a la ayuda conjunta de monedas, manuscritos e inscripciones, estoy autorizado a afirmar positivamente que el pueblo de Vondervotteimittiss

existió siempre, desde su fundación, precisamente en las mismas condiciones en que hoy se encuentra. Por lo que respecta a la fecha de su origen, me es singularmente penoso no poder hablar sino con esa precisión indefinida con que los matemáticos se ven a veces obligados a conformarse con determinadas fórmulas algebraicas. La fecha —me está permitido hablar así—, habida cuenta de su prodigiosa antigüedad, no puede ser menor que una cantidad determinable cualquiera.

Con respecto a la etimología del nombre Vondervotteimittiss, confieso, no sin pena, estar en duda. Entre una serie de opiniones sobre este delicado punto, muy sutiles algunas de ellas, otras muy eruditas y otras lo suficientemente en oposición, no hallo ninguna que pueda considerar satisfactoria. Tal vez la idea de Grogswigy, que coincide casi con la de Kroutaplenttey, deba aceptarse prudentemente. Está concebida en los siguientes términos: Vondervotteimittiss; Vonder lege Donder, Votte mittiss; quasi und Bleitziz, Bleitziz, obsol, pro Blitzen. A decir verdad, esta etimología encuentra, de hecho, bastante confirmación en algunas señales de fluido eléctrico que pueden verse todavía en lo alto del campanario del ayuntamiento.

Sea como fuere, no es mi intención comprometerme en una tesis de esta importancia, y le ruego al lector ávido de informaciones que consulte los Orationculæ de Rebus Proæter-Vetoris, de Dundergutz; que vea, también, Bunderbuzzard, De

Derivationibus, de la página 27 a la 1.010, infolio, edición gótica, caracteres rojos y negros, con llamadas y signaturas, y que consulte también las normas marginales del autógrafo de Stuffundpuff, con los subcomentarios de Gruntundguzzell.

A pesar de la oscuridad que envuelve de este modo la fecha de la fundación de Vondervotteimittiss y de la etimología de su nombre, no cabe duda, como ya he dicho, de que ha existido siempre tal como lo vemos en la actualidad. El más viejo hombre del lugar no recuerda ni la más leve diferencia en el aspecto de una parte cualquiera de él, y, en realidad, la simple sugestión de tal posibilidad sería considerada como un insulto. El pueblo está situado en un valle perfectamente circular, cuya circunferencia mide, poco más o menos, un cuarto de milla, y está rodeado completamente por lindas colinas, cuyas cimas jamás pensaron sus habitantes hollar con su planta. No obstante, éstos dan una excelente razón de su proceder, por cuanto creen que no hay absolutamente nada al otro lado.

Alrededor del lindero del valle —que es completamente liso y pavimentado en toda su extensión con ladrillos planos— hay una ininterrumpida fila de sesenta pequeñas casas. Se apoyan por detrás sobre las colinas, y, por tanto, todas miran al centro de la llanura, que se encuentra justamente a sesenta yardas de la puerta delantera de cada casa. Cada una de éstas tiene a la entrada un jardincillo, con una avenida circular, un reloj solar y

veinticuatro coles.

Las mismas construcciones son tan absolutamente iguales, que es imposible distinguir una de otra. A causa de su extrema antigüedad, el estilo arquitectónico es un tanto extravagante; pero por esta razón, es todavía notablemente pintoresco. Estas casas están construidas con pequeños ladrillos, bien endurecidos al fuego, rojos, con cantos negros, de tal modo, que las paredes parecen un tablero de ajedrez de grandes proporciones. Los remates están vueltos del lado de la fachada y poseen cornisas tan grandes como el resto de la casa en los bordes de los tejados y en las puertas principales. Las ventanas son estrechas y de amplio alféizar, y sus vidrieras están formadas por cristales pequeñísimos y muchos trocitos de madera. El tejado está recubierto por una gran cantidad de tejas de puntas arrolladas. La madera es toda de un color sombrío, totalmente tallada, pero de dibujos poco variados, puesto que, desde tiempos inmemoriales, los tallistas de Vondervotteimittiss no han sabido esculpir más que dos objetos: un reloj y una col. Ahora bien: hay que reconocer que esto lo hacen admirablemente, y lo prodigan con singular ingeniosidad en cualquier sitio que puedan encontrar el cincel.

Las habitaciones son tan parecidas a la parte interior como a la externa, y los muebles son todos de un solo modelo. El piso está pavimentado con baldosas cuadradas. Las sillas y mesas son de madera negra, con patas torneadas, delgadas y finas por abajo. Las chimeneas son largas y altas, y no solamente poseen

relojes y coles esculpidos en la superficie de su parte frontal, sino que, además, sostienen en medio de la repisa un auténtico reloj que produce un prodigioso tictac, con los floreros, cada uno de los cuales contiene una col, situados en los extremos a modo de batidores. Entre cada col y el reloj se encuentra, además, un muñeco chino, panzudo, con un gran agujero en medio de la barriga, a través del cual puede verse la esfera de un reloj.

Los lares son amplios y profundos, con retorcidos morrillos. Continuamente arde un gran fuego sobre el que se encuentra una enorme marmita llena de sauerkraut y carne de cerdo, incesantemente vigilada por la dueña de la casa. Ésta es una gruesa y vieja señora, de ojos azules y colorado rostro, que se toca con un inmenso gorro semejante a un pilón de azúcar, adornado con cintas purpúreas y amarillas; su traje es de mezclilla anaranjada, larguísimo por detrás y de estrecha cintura, por otros conceptos demasiado corto, porque deja descubierta la mitad de la pierna. Éstas son un poco gruesas, lo mismo que los tobillos, pero están cubiertas por un lindo par de medias verdes. Sus zapatos, de cuero rosado, están atados con un lazo de cintas amarillas dispuesto en forma de col. En su mano izquierda tiene un pesado relojito holandés, y con la derecha maneja una gran cuchara para el sauerkraut y la carne de cerdo. A su lado se encuentra un gato gordo y

manchado, que exhibe en la cola un relojillo de cobre dorado de repetición, que «los chiquillos» le han atado allí como juego.

En cuanto a estos chicos, los tres están en el jardín, cuidando del cerdo. Todos tienen dos pies de altura, se tocan con tricornios y visten chalecos purpúreos que les llegan casi a los muslos, calzones de piel de gamo, medias rojas de lana, zapatones con gruesas hebillas de plata y largas blusas con grandes botones de nácar. Cada uno tiene una pipa en la boca y un abultado reloj en la mano derecha. Una bocanada de humo, una mirada al reloj; una mirada al reloj, una bocanada de humo. Así están. El cerdo, que es corpulento y perezoso, se entretiene unas veces en mordiscar las hojas que han caído de las coles y otras en querer morderse el relojito dorado que aquellos pícaros han atado también al rabo de este personaje, con objeto de embellecerle tanto como al gato.

Exactamente enfrente de la puerta de entrada, en una poltrona de amplio respaldo forrado de cuero, con patas torneadas y finas, como las de las mesas, se ha instalado el viejo propietario de la casa. Es un viejecillo excesivamente hinchado, con grandes ojos redondos y una enorme doble papada. Su indumentaria se parece a la de los muchachos, y nada más tengo que decir sobre este particular. Toda diferencia consiste en que su pipa es un poco mayor que la de aquéllos, y, por tanto, puede lanzar más humo. Lo mismo que ellos, tiene un reloj, que guarda en el bolsillo. A decir verdad, tiene algo que hacer más importante que vigilar un reloj, y esto es lo que voy a

explicar. Está sentado, con la pierna derecha sobre la rodilla izquierda. Tiene semblante grave y conserva siempre uno por lo menos de sus ojos el semblante fijo en cierto objeto muy interesante del centro de la llanura.

Este objeto está situado en el campanario del ayuntamiento. Los miembros del Consejo son todos unos hombrecillos achaparrados, adiposos e inteligentes, con ojos gruesos como salchichas y enormes papadas. Visten trajes mucho más largos, y las hebillas de sus zapatos son mucho mayores que las del resto de los habitantes de Vondervotteimittiss. Desde que residio en el pueblo han celebrado varias sesiones extraordinarias, y han tomado estos tres importantes acuerdos:

«Es un crimen alterar el buen viejo ritmo de las cosas».

«No existe nada tolerable, excepto Vondervotteimittiss».

«Juramos eterna fidelidad a nuestros relojes y a nuestras coles».

Sobre el salón de sesiones se encuentra el campanario, y en el campanario o torre está, y siempre ha estado, desde tiempo inmemorial, el orgullo y maravilla del pueblo: el gran reloj de la aldea de Vondervotteimittiss. Y hacia ese objeto están vueltos los ojos de los viejos caballeros que se encuentran

sentados en poltronas forradas de cuero.

El gran reloj tiene siete esferas, una sobre cada una de las siete caras del campanario, de modo que se le puede observar cómodamente desde todos los barrios. Estas esferas son enormes y blancas, y las agujas, pesadas y negras. En la torre está empleado un hombre cuya sola misión consiste en cuidar de la misma; pero tal función es la más perfecta de las sinecuras, porque desde tiempos inmemoriales el reloj de Vondervotteimittiss jamás ha necesitado de sus servicios. Hasta esos últimos días, la simple suposición de semejante cosa era considerada como una herejía.

Desde los más antiguos tiempos que los archivos registran, las horas habían sonado regularmente en la gran campana, y, en realidad, lo mismo acontecía con todos los demás relojes, grandes y pequeños, de la aldea. Nunca existió lugar comparable a éste en señalar con tanta exactitud y regularidad las horas. Cuando el voluminoso mazo juzgaba llegado el momento de decir:

«¡Las doce!», todos sus obedientes servidores abrían simultáneamente sus gargantas y respondían como un solo eco. En resumen, los buenos burgueses estaban encantados con su sauerkraut, pero orgullosos de sus relojes.

Todas las personas que disfrutaban de sinecuras son objeto de mayor o menor veneración, y como el campanero de Vondervotteimittiss poseía la más perfecta de ellas, es el más perfectamente respetado de todos los mortales. Es el principal dignatario de la aldea, e incluso sus mismos cerdos le

contemplan reverentemente. La cola de su casaca es mucho mayor. Su pipa, las hebillas de sus zapatos, sus ojos y su estómago son mucho mayores que los de ningún otro viejo caballero de la aldea, y en cuanto a su papada, es no solamente doble, sino triple.

Describo el feliz estado de Vondervotteimittiss. ¡Ay, qué gran lástima que tan delicioso cuadro estuviese condenado a sufrir un día una cruel transformación!

Hace muchísimo tiempo que ha sido aceptado y comprobado por los habitantes más sabios de la aldea un proverbio según el cual «nada bueno puede venir de allende las colinas». Y, en realidad, hay que creer que estas palabras contenían en sí algo profético. Faltaban cinco minutos para el mediodía de anteayer cuando, en lo alto de la cresta de las colinas del lado este, surgió un objeto de extraño aspecto. Semejante acontecimiento era propio para despertar la atención universal, y cada uno de los viejos hombrecillos, sentados en sus poltronas tapizadas de cuero, volvió uno de sus ojos, desorbitado por el espanto, hacia el fenómeno, continuando con el otro fijo sobre el reloj del campanario.

Faltaban sólo tres minutos para el mediodía cuando se comprobó que el singular objeto en cuestión era un pequeño jovencillo que parecía extranjero.

Descendía por la colina con una enorme rapidez, de modo que todos pudieron verle muy pronto fácilmente. Era, realmente, el más precioso hombrecillo que se había visto jamás en Vondervotteimittis. Tenía el rostro negro como el humo, larga nariz ganchuda entre los ojos, que parecían lentejas; enorme boca y magnífica hilera de dientes, que parecía muy interesado en exhibir riéndose de oreja a oreja. Añádase a esto patillas y bigote, y no creo que nada más quedase por ver en su rostro. Tenía la cabeza descubierta, y su cabellera había sido cuidadosamente arreglada con papillotes para rizarla. Componíase su indumentaria de una casaca ajustada y colgante, que terminaba en una especie de cola de golondrina —por uno de cuyos bolsillos dejaba colgar una larga punta de un pañuelo blanco—; de unos calzones de casimir negro, medias negras y unos escaarpines que parecían medio zapatos, cuyos cordones consistían en enormes lazos de raso negro. Bajo uno de sus brazos llevaba un chapeau-de-bras, y bajo el otro, un violín casi cinco veces mayor que él. En su mano izquierda tenía una tabaquera de oro, de donde continuamente cogía pulgaradas de rapé con la actitud más vanidosa del mundo, mientras saltaba descendiendo la colina y dando toda clase de pasos fantásticos. ¡Bondad divina! Era un gran espectáculo para los honrados burgueses de Vondervotteimittis.

Hablando claramente: el pícaro reflejaba en su rostro, a pesar de su sonrisa, un audaz y siniestro carácter. Mientras se dirigía apresuradamente hacia el pueblo, el aspecto singularmente

extraño de sus escarpines bastó para despertar muchas sospechas; y más de un burgués que le contempló en ese día hubiese dado algo por dirigir una ojeada bajo el pañuelo de blanca batista que colgaba de tan irritante modo del bolsillo de su casaca con cola de golondrina. Pero lo que despertó principalmente una justa indignación fue el hecho de que aquel miserable botarate, mientras ejecutaba tan pronto un fandango como una pirueta, no guardaba una regla en su danza y no poseía ni la menor noción de lo que se llama llevar el compás.

Mientras tanto, los buenos habitantes del pueblo ni habían aún tenido tiempo para abrir del todo sus ojos cuando, exactamente medio minuto antes del mediodía, se precipitó el tunante, como os digo, en medio de aquella buena gente, hizo aquí un chasseur, allí un balancez, y después de una pirouette y un pas-de-zephyr, se dirigió como una flecha a la torre del ayuntamiento, donde el campanero fumaba estupefacto con una actitud de dignidad y temor. Pero el pillastruelo le agarró primero de la nariz, se la sacudió y tiró de ella, le puso sobre la cabeza su gran chapeau-de-bras, hundiéndoselo hasta la boca, y después, levantando su enorme violín, le golpeó con él durante tanto rato y con tal violencia, que, dado que el vigilante estaba muy gordo y el violín era amplio y hueco, se hubiese jurado que todo un regimiento con enormes tambores redoblaba diabólicamente en la torre del campanario de Vondervotteimittiss.

No se sabe a qué desesperado acto de venganza hubiese impulsado aquel indignante ataque a los aldeanos, de no haber sido por el importantísimo hecho de faltar medio segundo para el mediodía. Iba a sonar la campana y era de absoluta y suprema necesidad que todos consultasen sus relojes. Era indudable, sin embargo, que, exactamente en ese instante, el pillo que se había introducido en la torre quería algo que se relacionaba con la campana, y metíase donde nadie le llamaba. Pero como empezaba a tocar, nadie tenía tiempo de vigilar las maniobras del traidor, porque cada uno de los hombres del pueblo era todo oídos contando las campanadas.

—Una... —dijo el reloj.

—Una... —replicó cada uno de los viejos hombrecillos de Vondervotteimittiss, en cada sillón tapizado de cuero.

—Una... —dijo el reloj de su mujer. Y:

—Una... —dijeron los relojes de los niños y los relojillos dorados colgados de las colas del gato y el cerdo...

—Dos... —continuó la pesada campana. Y:

—¡Dos! —repitieron todos los ecos mecánicos.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —dijo la campana.

—¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho!

¡Nueve! ¡Diez!— respondieron los otros.

—¡Once! —dijo la grande.

—¡Once! —aprobó toda la pequeña gente.

—¡Doce! —dijo la campana.

—¡Doce! —contestaron ellos, perfectamente satisfechos y dejando caer sus voces a compás.

—¡Han dado las doce! —dijeron todos los viejecillos, guardando de nuevo sus relojes.

Sin embargo, la gran campana no había acabado aún.

—¡Trece! —dijo.

—¡Trece! —exclamaron todos los viejecillos, palideciendo y dejando caer las pipas de sus bocas, mientras descabalgaban sus piernas derechas de sus

rodillas izquierdas—. ¡Trece! —gimotearon—. ¡Trece! ¡Trece! ¡¡Dios santo, son las trece!!

¿Describiré la espantosa escena que se originó? Todo Vondervotteimittis estalló de repente en un lamentable tumulto.

—¿Qué le ocurrirá a mi barriga? —gritaron todos los niños—. ¡Tengo hambre desde hace una hora!

—¿Qué les pasará a mis coles? —exclamaron todas las mujeres—. ¡Deben de estar cocidas desde hace una hora!

—¿Qué le ocurre a mi pipa? —juraron todos los viejecillos—. ¡Rayos y truenos! Debe de estar apagada desde hace una hora.

Y volvieron a chupar sus pipas con gran rabia. Se arrellanaron en sus sillones y aspiraron el humo con tal prisa y ferocidad, que inmediatamente quedó el valle velado por una nube impenetrable.

Mientras tanto, las coles iban adquiriendo tonalidades purpúreas, y parecía que el mismo viejo diablo en persona se apoderase de todo lo que tenía forma de reloj. Los relojes tallados sobre los muebles poníanse a bailar como si estuvieran embrujados, mientras que los que se encontraban sobre las chimeneas apenas si podían contener su furor y se obstinaban en un toque incesante: «¡Trece! ¡Trece! ¡Trece!». Y el vaivén y movimiento de sus péndulos era tal, que resultaba verdaderamente espantoso de ver.

Lo peor era que los gatos y los cerdos no podían soportar más el desarreglo de los relojillos de repetición atados a sus colas, y ostensiblemente lo demostraban huyendo hacia la plaza, arañándolo y revolviéndolo todo, maullando y gruñendo, produciendo un espantoso aquelarre de maullidos y gruñidos, lanzándose a la cara de las personas, metiéndose debajo de las faldas, produciendo la más terrible algarabía y la más tremenda confusión que persona sensata pudiera imaginar. En cuanto al miserable tunante instalado en la torre, hacía evidentemente todo lo posible por lograr que la situación fuera más aflictiva. De cuando en cuando podía vislumbrársele en medio del humo. Continuaba siempre allí, en la torre, sentado sobre el cuerpo del campanero, que yacía de espaldas.

El infame conservaba entre sus dientes la cuerda de la campana, sacudiéndola sin parar con su cabeza, de izquierda a derecha, y produciendo tal barullo, que mis oídos se estremecen aún ahora al recordarlo. Descansaba sobre sus rodillas el enorme violín, que rascaba sin acorde ni compás con sus dos manos, procurando fingir horrorosamente, ¡oh infame payaso!, que estaba tocando la canción de «Juddy O’Flannagan and Paddy O’Rafferty».

Como las cosas habían llegado a tan lamentable estado, abandoné con

repugnancia el lugar, y ahora dirijo un llamamiento a todos los amantes de la hora exacta y del buen sauerkraut. Marchemos en masa hacia el pueblo y restauremos el antiguo orden de cosas en Vondervotteimittiss, expulsando de la torre a aquel bellaco.

SOMBRA (PARÁBOLA)

Vosotros que me leéis, estáis todavía entre los vivos. Yo, que escribo ahora, estaré, desde hace mucho tiempo, en viaje por la región de las sombras. Porque, en verdad, sucederán extraordinarias cosas. Muchas secretas cosas serán reveladas,

y pasarán muchos siglos antes de que se revisen estas notas por los hombres. Y cuando éstos las hayan visto, unos no creerán, otros dudarán de ellas y pocos hallarán materia de meditación en los caracteres que con un estilete de hierro grabo en estas tablillas.

Había sido un año de terror, lleno de sentimientos todavía más intensos que el terror, y para los cuales no hay nombre en la Tierra. Porque habíanse producido muchos prodigios y señales de todos los lados, en la tierra y en el mar. Y las negras alas de la peste habíanse desplegado, amplias. No obstante, quienes entendían en la ciencia de los astros, no ignoraban que los cielos tenían un aspecto de hecatombe. Y para mí, el griego Oínos, entre otros, era evidente que llegábamos a la rotación de esos setecientos noventa y cuatro años en que, entrando en Capricornio, el planeta Júpiter llevaba a cabo su conjunción con el anillo rojo del terrible Saturno. Si no me engaño, el singular espíritu de los cielos ponía de manifiesto su poderío, no sólo sobre la Tierra, sino, además, sobre las almas, pensamientos y meditaciones de la Humanidad.

Una noche nos hallábamos siete en un noble palacio, situado en una sombría ciudad llamada Ptolemais. Y los siete nos sentábamos en torno de unos frascos de purpúreo vino de Chios. Y nuestra estancia no tenía otra entrada que una alta puerta de bronce. Y la puerta había sido decorada por el artífice Corinnos. Y fabricada había sido con extraña hechura, y cerrada por dentro. Había, asimismo, negras colgaduras

protegiendo esta triste estancia y privándonos de ver el aspecto de la luna, de las lúgubres estrellas y de las calles sin gente. Pero el presentimiento y el recuerdo del azote no se habían eclipsado de nosotros con facilidad.

Había en torno nuestro, cerca de nosotros, cosas de las cuales no puedo claramente dar cuenta. Cosas materiales y espirituales. Había pesadez en la atmósfera, sensación de asfixia y de angustia. Y, sobre todo, había ese terrible

modo de vivir que sufren las gentes nerviosas cuando están los sentidos vivos y despiertos cruelmente, y adormecidas y tristes las facultades del espíritu. Y un mortal peso nos oprimía. Extendíase sobre nuestros miembros, sobre los muebles de la estancia, sobre los vasos en que bebimos el vino de Chíos. Y parecían todas las cosas oprimidas y postradas en esta dejadez. Todo, menos las llamas de las siete lámparas de bronce que daban luz a nuestra orgía. Prolongándose en delgados filamentos luminosos, permanecían así, y pálidas e inmóviles ardían. Y en la redonda mesa de ébano, en torno a la cual nos hallábamos, y a la que el resplandor convertía en espejo, contemplaba cada uno de los invitados la palidez de su propia fisonomía y el fulgor inquieto de los sombríos ojos de sus camaradas.

No obstante, reíamos violentamente y nos hallábamos de un modo histérico contentos a nuestra manera. Y cantábamos las

canciones de Anacreonte, que no son sino locura. Y bebíamos con abundancia, aunque la púrpura del vino nos hiciera recordar la de la sangre. Porque en la estancia hallábase, además, un octavo personaje: el joven Zoilo. Y estaba muerto. Yacía extendido y cubierto con un sudario. Era el genio y demonio de la escena.

¡Ah! No compartía nuestra diversión, aunque su figura, convulsionada por la enfermedad, y sus ojos, en los cuales sólo a medias la muerte había extinguido el ardor de la peste, parecían adquirir tanto interés en nuestra alegría como los muertos son capaces de tomar en la alegría de aquellos que deben morir. Pero aunque yo, Oínos, sintiese fijos en mí los ojos del cadáver, esforzábame, empero, en no comprender la amargura de su expresión.

Y mirando obstinadamente la profundidad del espejo de ébano, cantaba con alta y sonora voz las canciones de Teos, el poeta. Poco a poco cesó mi canto. Y los ecos, continuándose en la distancia por entre las negras colgaduras de la sala, tornáronse débiles, indistintos, y se desvanecieron luego.

Y he aquí que, de las profundidades de esas negras cortinas donde moría el rumor de las canciones, surgió una sombra negra, sin forma. Una sombra negra semejante a la que proyecta la luna junto al cuerpo de un hombre cuando se encuentra en la línea del horizonte más próxima a la Tierra. Pero no era la sombra de un hombre, ni la de un dios, ni la de ser conocido alguno. Y después de haber temblado un instante

entre los cortinajes, recta y visible, se fijó al fin sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, indefinida y sin forma. No era la sombra de un hombre, ni la de un dios, ni siquiera la de un dios de Grecia, ni la de un dios de Caldea, ni la de un dios de Egipto. Y descansaba la sombra sobre la gran puerta de bronce, y bajo el friso cimbrado. Y no se movía. Y no pronunciaba palabra. Pero se definía y fijaba cada vez más. Y permanecía inmóvil. Y la puerta, en la cual la sombra reposaba, si no recuerdo mal, hallábase junto a los pies del joven Zoilo amortajado. Pero nosotros, los siete compañeros, habiendo visto la sombra

cuando salió de entre las cortinas, no nos atrevíamos a contemplarla con fijeza, sino que bajábamos nuestra mirada y escrutábamos siempre las profundidades del espejo de ébano. Y yo, Oínos, al fin, me aventuré a pronunciar algunas palabras en voz baja y le pregunté a la sombra su morada y su nombre. Y la sombra me contestó: «Soy SOMBRA. Y mi morada hállase al lado de las catacumbas de Ptolemais, y cerca de las llanuras infernales y sombrías que rodean el lago impuro de Caronte». Y entonces, los siete nos incorporamos sobre nuestros asientos, llenos de terror, y permanecimos temblorosos, estremecidos y horrorizados. Porque el timbre de voz de la sombra no era el de un individuo solo, sino el de multitud de seres. Y esta voz, que cambiaba sus inflexiones de sílaba a sílaba, resonaba confusa

en nuestros oídos, imitando los acentos conocidos y familiares de miles y miles de amigos desaparecidos.

SILENCIO (FÁBULA)

—Escúchame —dijo el demonio, colocando su mano sobre mi cabeza—. La región de que te hablo es una región lúgubre. Se halla en Libia, junto a las orillas del Zaire. Allí no se encuentra descanso ni silencio.

»Las aguas del río son de un tinte azafranado y enfermizo. No corren hacia el mar, sino que eternamente se mueven, bajo la pupila roja del sol, con un movimiento convulsivo y tumultuoso. A ambas orillas de este río de fangoso cauce extiéndese, en una distancia de muchas millas, un pálido desierto de gigantescos nenúfares. Uno hacia otro, anhelan en esta soledad y dirigen hacia el cielo sus largos cuellos espectrales. A uno y otro lado inclinan sus eternas cabezas. De ellos sale un rumor confuso que se parece al rugido de un torrente subterráneo. El uno hacia el otro suspiran, pero se halla una frontera en su imperio, y ésta es una selva densa, oscura y horrible.

»Como las olas en torno de las Hébridias, los arbustos están allí en perpetua agitación, y, no obstante, no hay viento en el cielo. Y los enormes árboles primitivos se balancean continuamente a

uno y a otro lado, con un estrépito impresionante. Y de sus altas copas, gota a gota, se filtra un inacabable rocío. Extrañas flores venenosas se retuercen a sus pies en un agitado duermevela. Y sobre sus cabezas, con un suave rumor, nubes de plomo se precipitan hacia el oeste, hasta que como una catarata se vierten detrás del muro ardiendo del horizonte. Pero, a pesar de ello, no hay fuerte viento y a ambas orillas del Zaire no existe el silencio ni la calma.

»De noche era y caía la lluvia. Y cuando caía, era lluvia; pero, caída ya, era

sangre. Y yo encontrábame en medio de la marisma, y cerca de los nenúfares gigantescos. Y caía la lluvia sobre mi cabeza. Y suspiraban los nenúfares, uno hacia otro, en su desolación solemne.

»Y de pronto, a través del leve velo de la fúnebre niebla, se levantó la luna. Y era roja. Y mis ojos se fijaron entonces en una gran roca gris que se alzaba en la margen del río y a la que el fulgor de la luna iluminaba. Y la roca era gris, y siniestra, y altísima... Y la roca era gris. En su frente de piedra había unos caracteres grabados. Y avancé hacia ella por la marisma de nenúfares, hasta que me encontré cerca de la orilla, para poder leer los caracteres grabados en la piedra. Pero no podía descifrarlos. Me decidí a retroceder, y la luna brilló entonces con

un rojo más vivo. Y me volví y miré otra vez hacia la roca. Y miré de nuevo los caracteres. Y los caracteres decían: Desolación.

»Y entonces miré hacia arriba. En lo alto de la roca había un hombre en pie. Y, para espiar sus acciones, me escondí entre los nenúfares. Y el hombre era imponente y majestuoso, y desde los hombros hasta los pies envolvíase en la toga de la antigua Roma. Y su silueta era indistinta, pero sus rasgos eran los de la divinidad. Porque, a pesar del velo de la noche, y de la niebla, y de la luna, y del rocío, los rasgos de su rostro fulguraban. Y era su frente ancha y pensativa. Y nublados estaban sus ojos por las cavilaciones. Y en las arrugas de sus mejillas leía las fábulas del tedio, del cansancio y del disgusto de la Humanidad. Y leía también un gran deseo por la soledad.

»Y sentóse el hombre sobre la roca, y en su mano apoyó su cabeza, y sobre la desolación que le rodeaba paseó su mirada. Contempló los arbustos inquietos siempre, y los grandes y primitivos árboles. Y miró a lo alto, a las nubes y a la luna roja. Y yo, escondido, estaba al amparo de los nenúfares, y observaba los actos del hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y el hombre apartó del cielo su mirada y la fijó sobre el lúgubre Zaire, y sobre las aguas amarillas, y sobre las legiones pálidas de nenúfares. Y escuchaba el hombre los suspiros de los nenúfares y el murmullo que surgía de las aguas. Y yo hallábame en acecho en mi escondite, y observaba los actos del

hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y entonces me hundí en las simas lejanas de la marisma, y anduve a través del bosque susurrante de nenúfares. Y llamé a los hipopótamos que vivían en las lejanas profundidades de la marisma. Y los hipopótamos escucharon mi llamada, y, con los rinocerontes, vinieron hasta la roca. Y rugieron, sonora y espantosamente, bajo la luna. Y yo continuaba oculto en mi escondrijo y observaba los actos del hombre. Y temblaba el hombre en la soledad. Pero avanzaba la noche, y el hombre continuaba sentado sobre la

roca.

»Y maldije entonces a los elementos con la maldición del tumulto. Y una tempestad horrible se formó en el cielo, donde apenas momentos antes corría un solo de brisa. Y el cielo se volvió lívido bajo la violencia de la tempestad. Y azotaba la lluvia la cabeza del hombre, y se desbordaban las olas del río. Y el río, torturado, saltaba convertido en espuma. Y crujían los nenúfares en sus tallos.

»Y el bosque se agitaba al viento, y se desplomaba el trueno, y centelleaba el relámpago. Y yo estaba siempre oculto en mi escondrijo para observar los actos del hombre. Y el hombre temblaba en la soledad. Y, a pesar de todo, avanzaba la noche. Y el hombre continuaba sentado sobre la roca.

»Y entonces me irrité y maldije, con la maldición del silencio, el río y los nenúfares, y al viento, y al bosque, y al cielo, y al trueno, y a los suspiros de los nenúfares. Y por la maldición fueron castigados y se tornaron mudos. Y cesó la luna en su trabajosa ruta por el cielo. Y el trueno expiró, y no centelleó el relámpago. Y quedáronse quietas las nubes. Y descendieron las aguas de su lecho, y descansaron. Y cesaron de agitarse los árboles, y ya no suspiraron los nenúfares. Y no se elevó el menor rumor, ni la sombra de un sonido, en todo aquel gran desierto sin límites. Y volví a leer los caracteres grabados sobre la roca. Y habían cambiado. Y decían ahora esta palabra: Silencio.

»Y mis ojos se fijaron entonces en el rostro del hombre. Y estaba pálido de miedo. Y levantó apresuradamente la cabeza que tenía entre las manos y se incorporó sobre la roca. Y aguzó entonces los oídos. Pero en todo aquel desierto sin límites se oyó voz alguna. Y los caracteres grabados sobre la roca decían: «Silencio». Y el hombre se estremeció, y volvióse de espaldas, y huyó lejos, lejos, apresuradamente, y ya no le vi más.

Ahora bien: se encuentran bellos cuentos en los libros de magia, en los tristes libros de los magos, en esos libros que están encuadernados en piel. Digo que hay allí magníficas historias del cielo y de la tierra, y del fiero mar, y de los genios que han reinado sobre él, sobre la tierra y también sobre el cielo sublime. Hay, asimismo, gran sabiduría en las palabras que han sido dictadas por las sibilas. Y sagradas cosas fueron escuchadas en

otro tiempo por las hojas sombrías que temblaban alrededor de Dodona.

Pero tan cierto como que Alá está vivo, considero a esta fábula, que el demonio me ha relatado cuando se sentó a mi lado en la sombra del sepulcro, como la más maravillosa de todas. Y cuando el demonio hubo concluido su historia, se abismó en las profundidades del sepulcro y comenzó a reír. Y yo no pude reír con él, y me maldijo por eso. Y el búho, que continúa en el sepulcro por toda la eternidad, salió de él, y púsose a los pies del demonio, y le miró a la cara fijamente.

EL CORAZÓN REVELADOR

¡De veras! Soy muy nervioso. Tremendamente nervioso. Lo he sido siempre; pero ¿por qué decís que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, pero no los ha destruido ni embotado. De todos ellos, el más agudo era el del oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra y bastantes del infierno. ¿Cómo, entonces, he de estar loco? Atención. Observad con qué salud, con qué calma puedo contaros toda esta historia.

Es imposible explicar cómo la idea penetró originariamente en mi cerebro. Pero, una vez concebida, me acosó día y noche. Motivo, no había ninguno. Nada tenía que ver con ello la pasión. Yo quería al viejo. Nunca me había hecho daño. Jamás me

insultó Su oro no despertó en mí la menor codicia. Creo que era su ojo. Sí, esto era. Uno de sus ojos se parecía al de un buitre. Un ojo azul pálido, con una catarata. Cuantas veces caía ese ojo sobre mí se helaba mi sangre. Y así, lentamente, gradualmente, se me metió en la cabeza la idea de matar al anciano y librarme para siempre, de este modo, del ojo aquel.

Ahora viene la dificultad. Me creeréis loco. Los locos nada saben de cosa alguna. Pero si me hubieseis visto, si hubierais visto con qué sabiduría procedí, con qué precaución, con qué cautela, con qué disimulo puse manos a la obra...

Nunca estuve tan amable con él como durante toda la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, recorría el pestillo de su puerta y la abría, ¡oh!, muy suavemente. Y entonces, cuando la había abierto lo suficientemente para que pasara mi cabeza, introducía por la abertura una linterna sorda, bien cerrada, bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad. Después metía la cabeza. ¡Oh! Os hubierais reído viendo con qué habilidad metía la cabeza. La movía lentamente, muy, muy lentamente, con miedo de turbar el sueño del anciano. Por lo menos, necesitaba una hora para introducir toda mi cabeza por la abertura y ver al viejo acostado en su cama.

¡Ah! ¿Hubiera sido tan prudente un loco?

Entonces, cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, abría con precaución mi linterna —¡oh, con qué cuidado, con

qué cuidado!—, porque la charnela rechinaba un poco. La abría justamente lo necesario para que un hilo imperceptible de luz incidiera sobre el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a las doce, precisamente. Pero encontraba siempre el ojo cerrado, y así, fue imposible realizar mi propósito, porque no era el anciano el que me molestaba, sino su maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su cuarto y hablábale valerosamente,

llamándole por su nombre con voz cordial, interesándome por cómo había pasado la noche. Estáis viendo, pues, que había de ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches precisamente a las doce, le observaba durante su sueño.

En la octava noche abrí la puerta con mayor precaución que antes. La aguja de un reloj se mueve más deprisa que lo que se movía entonces mi mano. Jamás como aquella noche pude darme tanta cuenta de la magnitud de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas podía dominar mi sensación de triunfo. Pensar que estaba allí abriendo la puerta poco a poco, y que él ni siquiera soñaba en mis acciones o mis pensamientos secretos... A esta idea se me escapó una risita, y tal vez me oyese, porque se movió de pronto en su lecho como si fuera a despertarse. Tal vez creáis ahora que me retiré. Pues no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, tan espesas eran las tinieblas —porque las ventanas estaban cerradas cuidadosamente por miedo a los ladrones—, y seguro de que él

no podía ver la puerta entreabierta, continué empujándola un poco más, siempre un poco más.

Había introducido mi cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de hierro estañado y el anciano se incorporó en su lecho preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil y nada dije. Durante toda una hora no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a acostarse. Continuaba sentado en la cama, escuchando, exactamente lo mismo que yo lo había hecho durante noches enteras, oyendo a las arañas de la pared.

De pronto oí un débil gemido. Me di cuenta de que se trataba de un lamento de terror mortal. No era un lamento de dolor o tristeza, ¡oh, no!, era el murmullo sordo y ahogado que escapa de lo íntimo de un alma oprimida por el espanto. Yo ya conocía bien ese murmullo. Muchas noches, precisamente al filo de la media noche, cuando todos dormían, irrumpía en mi propio pecho, excavando con su eco terrible los terrores que me consumían. Digo que lo conocía bien. Sabía lo que estaba sintiendo el viejo y sentía piedad por él, aunque la risa llenase mi corazón. Sabía que él continuaba despierto desde que, habiendo oído el primer rumor, se movió en la cama. Sus temores habían ido siempre en aumento. Procuraba persuadirse de que eran infundados. Habíase dicho a sí mismo: «No es nada. El viento en la chimenea. Un ratón que corre por el

entarrimado», o: «Simplemente un grillo que canta». Sí; procuró calmarse con estas hipótesis. Pero fue todo inútil. Fue todo inútil, porque la muerte que se aproximaba había pasado ante él con su gran sombra negra, envolviendo con ella a su víctima. Y era la influencia fúnebre de su sombra no vista lo que le hacía sentir —aunque no viera ni escuchara nada—,

lo que le hacía sentir la presencia de mi cabeza en su cuarto.

Después de haber esperado largo rato, con toda paciencia, sin oír que se acostara de nuevo, me aventuré a abrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco como si nada. La abrí tan furtivamente, tan furtivamente, como no podréis imaginároslo, hasta que, al fin, un único y pálido rayo, como un hilo de telaraña, salió por la ranura y descendió sobre su ojo de buitre.

Estaba abierto, enteramente abierto y, al verlo, me encolericé. Lo vi con nitidez perfecta. Todo él, de un azul mate y cubierto por una horrorosa nube que me helaba la medula de los huesos. Pero no podía ver ni la cara ni el cuerpo del anciano, como por instinto, precisamente sobre el maldito lugar.

¿No os he dicho ahora que apenas es una hiperestesia de los sentidos aquello que consideráis locura? Entonces, os digo, un rumor sordo, ahogado, continuo, llegó a mis oídos, semejante al producido por un reloj envuelto en algodón. Inmediatamente reconocí ese sonido. Era el corazón del viejo, latiendo. Excitó mi furor como el redoble del tambor excita el valor del soldado.

Me dominé, no obstante, y continué sin moverme. Apenas respiraba. Tenía quieta en las manos la linterna. Esforzábame en conservar el rayo de luz fijo sobre el ojo. Al mismo tiempo, el palpito infernal del corazón era cada vez más fuerte, más apresurado, y, sobre todo, más sonoro. El pánico del anciano debió de ser tremendo. Este latir, ya lo he dicho, volvíase cada vez más fuerte, minuto a minuto. ¿Me oís bien? Ya os he dicho que era nervioso. Realmente lo soy, y entonces, en pleno corazón de la noche, en medio del temible silencio de aquella vieja casa, un ruido tan extraño hizo penetrar en mí un pavor irresistible. Durante algunos minutos me contuve y continué tranquilo. Pero la pulsación hacíase cada vez más fuerte, siempre más fuerte.

Creí que el corazón iba a estallar, y era que una nueva angustia se apoderaba de mí: el rumor podía ser oído por algún vecino. Había sonado la hora del viejo. Con un gran alarido, abrí de pronto la linterna y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, uno solo. En un momento le derribé al suelo, depositando sobre él el tremendo peso del lecho. Sonreí entonces, complacido, viendo tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos, el corazón, sin embargo, latió con un sonido ahogado. A pesar de todo, ya no me atormentaba. No podía oírse a través de las paredes. Por fin, cesó. El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo. Sí; estaba muerto, muerto como una piedra. Puse mi mano sobre su corazón y estuve así durante algunos minutos. No advertí latido

alguno. Estaba muerto como una piedra. En adelante, su ojo no me atormentaría más.

Si insistís en considerarme loco, vuestra opinión se desvanecerá cuando os describa las inteligentes precauciones que tomé para esconder el cadáver.

Avanzaba la noche y yo trabajaba con prisa, pero en silencio. Lo primero que hice fue desmembrar el cuerpo. Corté la cabeza. Después, los brazos. Después, las piernas.

Enseguida arranqué tres tablas del entarimado y lo coloqué todo bajo el piso de madera. Después volví a poner las tablas con tanta habilidad y destreza, que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiese podido descubrir allí nada alarmante. Nada había que lavar. Ni una mancha, ni una mancha de sangre. No se me escapó pormenor alguno. Una cubeta lo hizo desaparecer todo... ¡Ah! ¡Ah!

Cuando terminé todas estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir confiado, porque ¿qué era lo que tenía que temer entonces? Entraron tres hombres, que se presentaron a mí cortésmente como agentes de policía. Un vecino había oído un grito durante la noche y le hizo despertar la sospecha de que se había cometido un crimen. En la delegación había sido

presentada una denuncia, y aquellos caballeros —los agentes— habían sido enviados para practicar un reconocimiento.

Sonreí, porque ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a aquellos caballeros.

—El grito —les dije— lo había lanzado yo, soñando. El viejo —añadí— está de viaje por la comarca.

Conduje a mis visitantes por toda la casa. Les invité a que buscaran, a que buscaran bien. Por fin, los conduje a su cuarto. Les mostré sus tesoros, en seguridad perfecta, en perfecto orden. Entusiasmado con mi confianza, les llevé unas sillas a la habitación y les supliqué que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia del triunfo absoluto coloqué mi propia silla exactamente en el lugar que ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos. Mi actitud les había convencido. Sentíame singularmente bien. Sentáronse y hablaron de cosas familiares, a las que contesté jovialmente. Pero, al poco rato, me di cuenta de que palidecía y deseé que se fueran. Me dolía la cabeza y me parecía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados y prosiguiendo la conversación. El zumbido hízose más claro. Persistió y volviósese cada vez más perceptible. Empecé a hablar copiosamente, para libertarme de tal sensación. Pero ésta resistió, reiterándose de tal modo, que no tardé en descubrir, por último, que el rumor no nacía en mis oídos.

Sin duda, me puse entonces muy pálido. Pero seguía hablando sin tino, elevando el tono de mi voz. El ruido aumentaba siempre. ¿Qué podía hacer?

Era un ruido sordo, ahogado, continuo, semejante al producido por un reloj

envuelto en algodón. Respiraba con dificultad. Los agentes nada oían aún.

Hablé más deprisa, con mayor vehemencia. Pero el rumor crecía incesantemente. Me levanté y discutí sobre tonterías, con voz muy alta y violenta gesticulación. Pero el rumor crecía, crecía siempre. ¿Por qué ellos no se querían marchar? Comencé a andar de un lado para otro de la habitación, pesadamente, dando grandes pasos, como exasperado por sus observaciones. Pero el rumor crecía incesantemente. ¡Oh Dios! ¿Qué podía yo hacer? Echaba espumarajos, desvariaba, pateaba. Movía la silla en que estaba sentado y la hacía resonar sobre el suelo. Pero el rumor lo dominaba todo y crecía indefinidamente. Hacíase más fuerte cada vez, más fuerte, siempre más fuerte. Y los hombres continuaban hablando, bromeando, sonriendo. ¿Sería posible que nada oyeran? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Estaban oyendo, estaban sospechando! ¡Sabían! ¡Estaban divirtiéndose con mi terror! Así lo creí y lo creo ahora. Pero había algo peor que aquella burla. No podía tolerar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. Me di cuenta de que era preciso gritar o

morir, porque entonces... ¿Lo oís? ¡Escuchad! ¡Cuán alto, cuán alto, siempre más alto, siempre más alto!

—¡Miserables! —exclamé—. ¡No disimulen por más tiempo! ¡Lo confieso todo! ¡Arranquen esas tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su horroroso corazón!

LOS CRÍMENES DE LA RUE MORGUE

Las condiciones mentales que suelen considerarse como analíticas son, en sí mismas, de difícil análisis. Las consideramos tan sólo por sus defectos. De ellas conocemos, entre otras cosas, que son siempre, para el que las posee, cuando se poseen en grado extraordinario, una fuente de vivísimos goces. Del mismo modo que el hombre fuerte disfruta con su habilidad física, deleitándose en ciertos ejercicios que ponen en acción a sus músculos, el analista goza con esa actividad intelectual que se ejerce en el hecho de desentrañar. Consigue satisfacción hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se desvive por los enigmas, acertijos y jeroglíficos y en cada una de las soluciones muestra un sentido de agudeza que parece al vulgo una penetración sobrenatural. Los resultados obtenidos por un solo espíritu y la esencia de su procedimiento adquieren, realmente, la apariencia total de una intuición.

Esta facultad de resolución está, tal vez, muy fortalecida por los estudios matemáticos, y, especialmente por esa importantísima rama de ellos que, con ninguna propiedad y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido

llamada per excellence análisis. Y, no obstante, calcular no es intrínsecamente analizar. Un ajedrecista, por ejemplo, lleva a cabo lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, no está lo suficientemente comprendido.

Yo no intento escribir un tratado en estas líneas, sino que prologo únicamente un relato muy singular, con observaciones efectuadas a la ligera. Usaré, por tanto, de esta ocasión para asegurar que las facultades más importantes de la inteligencia reflexiva trabajan con mayor decisión y provecho en el sencillo juego de damas que en toda esa frivolidad primorosa del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen, cada una, distintos y raros movimientos, con diversos y variables valores, o que tan sólo es complicado, se toma equivocadamente, error muy común, por profundo. La atención, aquí es poderosamente puesta en juego. Si un solo instante flaquea, se comete un descuido, cuyos resultados implican pérdida o derrota.

Comoquiera que los movimientos posibles no son solamente variados, sino complicados, las posibilidades de estos descuidos son múltiples; de cada diez casos, nueve triunfa el

jugador más capaz de reconcentración y no el más perspicaz. En el juego de damas, por el contrario, donde los movimientos son únicos y de muy poca variación, las posibilidades de descuido son menores, y como la atención queda relativamente distraída, las ventajas que consigue cada una de las partes lo son por una perspicacia superior.

Para ser menos abstractos, supongamos, por ejemplo, un juego de damas cuyas piezas se han reducido a cuatro reinas y donde no es posible el descuido. Evidentemente, en este caso, la victoria, hallándose los jugadores en absoluta igualdad de condiciones, puede decidirse en virtud de un movimiento calculado resultante de un determinado esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analista consigue penetrar en el espíritu de su contrario. Por tanto, se identifica con él, y a menudo descubre de una ojeada el único medio —a veces, en realidad, absurdamente sencillo—, en virtud del cual puede inducirle a error o llevarlo a un cálculo equivocado.

Desde hace largo tiempo se ha citado el whist por su acción sobre la facultad calculadora. Se ha visto que hombres de gran inteligencia han encontrado en él un goce aparentemente inexplicable, mientras abandonaban el ajedrez como una frivolidad. No hay duda que no hay juego alguno que, en relación con éste, haga trabajar la facultad analítica. El mejor jugador de ajedrez del mundo no puede ser más que el mejor jugador de ajedrez. Pero la habilidad, en el whist, implica ya

capacidad para el triunfo en todas las demás importantes empresas en las que la inteligencia se enfrenta con la inteligencia. Cuando digo habilidad, me refiero a esa perfección en el juego que lleva consigo una comprensión de todas las fuentes de donde se deriva una legítima ventaja. Estas fuentes no sólo son diversas, sino también multiformes.

Frecuentemente se hallan en las profundidades del pensamiento, y son por entero inaccesibles para las inteligencias ordinarias. Observar atentamente es recordar distintamente.

Y desde este punto de vista, el jugador de ajedrez capaz de intensa concentración jugará muy bien al whist, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el puro mecanismo del juego, son suficientes y generalmente inteligibles. Por esto, el poseer una buena memoria y jugar de acuerdo con el libro son comúnmente puntos considerados como el cumplimiento total del jugador excelentemente. Pero en aquellos casos que se encuentran fuera de los límites de la pura regla, es donde el talento del analista se demuestra. En silencio, realiza una porción de observaciones y deducciones. Posiblemente, sus compañeros harán otro tanto, y la diferencia en la extensión de la información adquirida no se basará tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación.

Lo principal, lo importante, es saber lo que debe ser observado. Nuestro jugador no se reduce únicamente al juego, y aunque éste sea el objeto actual de su atención, habrá de prescindir de determinadas deducciones originadas al considerar objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara cuidadosamente con la de cada uno de sus contrarios. Se fija en el modo de distribuir las cartas a cada mano, con frecuencia calculando triunfo por triunfo y tanto por tanto, observando las miradas de los jugadores a su juego. Se da cuenta de cada una de las variaciones de los rostros, a medida que adelanta el juego recogiendo gran número de ideas por las diferencias que observa en las distintas expresiones de seguridad, sorpresa, triunfo o desagrado. En la manera de recoger una baza juzga si la misma persona podrá hacer la que sigue. Reconoce la carta jugada en el ademán con que se deja sobre la mesa. Una palabra casual o involuntaria; la forma accidental con que cae una carta, o el volverla sin querer, con la ansiedad o la indiferencia que acompañan la acción de evitar que sea vista; la cuenta de las bazas y el orden de su colocación; la perplejidad, la duda, el entusiasmo o el temor, todo ello facilita a su percepción, intuitiva en apariencia, indicaciones del verdadero estado de cosas. Cuando se han dado las dos o tres primeras vueltas, conoce completamente los juegos de cada uno, y, desde aquel momento, echa sus cartas con tal absoluto dominio de propósitos como si los demás jugadores las tuvieran vueltas hacia él.

La facultad analítica no debe confundirse con el simple ingenio, porque mientras el analista es, necesariamente, ingenioso, el hombre ingenioso está, con frecuencia, notablemente incapacitado para el análisis. La facultad constructiva o de combinación con que, por lo general, se manifiesta el ingenio, y a la que los frenólogos, equivocadamente, a mi parecer, asignan un órgano aparte, suponiendo que se trata de una facultad primordial, se ha visto

tan a menudo en individuos cuya inteligencia bordeaba, por otra parte, la idiotez, que ha llamado la atención general entre los escritores de temas morales. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay una diferencia mucho mayor, en efecto, que entre la fantasía y la imaginación, aunque de un carácter rigurosamente análogo. En realidad, se observará fácilmente que el hombre ingenioso es siempre fantástico, mientras que el verdadero imaginativo nunca deja de ser analítico. El relato que sigue a continuación podrá servir en cierto modo al lector para ilustrarle en una interpretación de las proposiciones que acabo de anticipar.

Encontrándome en París durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí allí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Pertenece este joven caballero a una excelente, es decir, ilustre familia; pero por una serie de adversos sucesos habíase quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió la energía de su carácter y renunció a sus ambiciones mundanas, lo mismo que

a procurar el restablecimiento de su hacienda. Con el beneplácito de sus acreedores, quedó todavía en posesión de un pequeño resto de su patrimonio, y con la renta que éste le producía encontró el medio, gracias a una economía rigurosa, de subvenir a las necesidades de su vida, sin preocuparse en absoluto por lo más superfluo. En realidad, su único lujo eran los libros, y en París éstos son fáciles de adquirir.

Nuestro conocimiento tuvo efecto en una oscura biblioteca de la rue Montmartre, donde nos puso en estrecha intimidad la coincidencia de buscar los dos un muy raro y al mismo tiempo notable volumen. Nos vimos con frecuencia. Yo me había interesado vivamente por la sencilla historia de su familia, que me contó con todo pormenor, con la ingenuidad y abandono con que un francés se explaya en sus confidencias cuando habla de sí mismo. Por otra parte, me admiraba el número de sus lecturas, y, sobre todo, me llegaba al alma el vehemente afán y la viva frescura de su imaginación. La índole de las investigaciones que me ocupaban entonces en París me hicieron comprender que la amistad de un hombre semejante era para mí un inapreciable tesoro.

Con esta idea me confié sin rebozo a él. Por último, convinimos en que viviríamos juntos todo el tiempo que durase mi permanencia en la ciudad, y como mis asuntos económicos se desenvolvían menos embarazosamente que los suyos, me fue permitido participar en los gastos de alquilar y amueblar de acuerdo con el carácter algo fantástico y melancólico de

nuestro común temperamento, una vieja y grotesca casa abandonada hacía ya mucho tiempo, en virtud de ciertas suposiciones que no quisimos averiguar. Lo cierto es que la casa se estremecía como si fuera a hundirse en un retirado y desolado rincón del faubourg Saint-Germain.

Si hubiera sido conocida por la gente la rutina de nuestra vida en aquel lugar, nos hubieran tomado por locos, aunque de especie inofensiva. Nuestra

reclusión era completa. No recibíamos visita alguna. En realidad, el lugar de nuestro retiro era un secreto guardado cuidadosamente para mis antiguos camaradas, y ya hacía mucho tiempo que Dupin había cesado de frecuentar o hacerse visible en París. Vivíamos sólo para nosotros.

Una rareza del carácter de mi amigo —no sé cómo calificarla de otro modo

— consistía en estar enamorado de la noche. Pero con esta bizarrerie, como con todas las demás suyas, condescendía yo tranquilamente, y me entregaba a sus singulares caprichos con un perfecto abandono. No siempre podía estar con nosotros la negra divinidad, pero sí podíamos falsear su presencia. En cuanto la mañana alboreaba, cerrábamos inmediatamente los macizos postigos de nuestra vieja casa y encendíamos un par de bujías perfumadas intensamente, y que no daban más que un resplandor muy pálido y débil. En medio de esta tímida

claridad, entregábamos nuestras almas a sus ensueños; leíamos, escribíamos o conversábamos hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos entonces cogidos del brazo a pasear por aquellas calles, continuando la conversación del día y rondando por doquier hasta muy tarde, buscando a través de las estrafalarias luces y sombras de la populosa ciudad esas innumerables excitaciones mentales que no puede procurar la tranquila meditación.

En circunstancias tales, yo no podía menos de notar y admirar a Dupin, aunque ya, por la rica imaginación de que estaba dotado, me sentía preparado a esperarlo, un talento particularmente analítico. Por otra parte, parecía deleitarse intensamente en ejercitarlo, ya que no concretamente en ejercerlo, y no vacilaba en confesar el placer que ello le producía. Vanagloriábase ante mí, burlonamente, de que muchos hombres, para él, llevaban ventanas en sus pechos, y acostumbraba apoyar tales afirmaciones usando de pruebas muy sorprendentes y directas de su íntimo conocimiento hacia mí.

En tales momentos, sus maneras eran glaciales y abstraídas. Quedábanse sus ojos sin expresión, mientras su voz, por lo general ricamente atenorada, elevábase hasta un timbre atiplado, que hubiera parecido petulante de no ser por la ponderada y completa claridad, de su pronunciación. A menudo, viéndolo en tales disposiciones de ánimo, meditaba yo

acerca de la antigua filosofía del Alma Doble, y me divertía la idea de un doble Dupin: el creador y el analítico.

Por cuanto acabo de decir, no hay que creer que estoy contando algún misterio o escribiendo una novela. Mis observaciones a propósito de este francés no son más que el resultado de una inteligencia hiperestesiada o enferma, tal vez. Un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de sus observaciones durante la época a que aludo.

Íbamos una noche paseando por una calle larga y sórdida, cercana al Palais

Royal. Al parecer, cada uno de nosotros se había sumido en sus propios pensamientos, y por lo menos durante quince minutos ninguno pronunció una sola sílaba. De pronto Dupin rompió el silencio con estas palabras:

—En realidad, ese muchacho es demasiado pequeño y estaría mejor en el Théâtre des Variétés.

—No cabe duda —repliqué, sin fijarme en lo que decía y sin observar en aquel momento, tan absorto había estado en mis reflexiones, el modo extraordinario con que mi interlocutor había hecho coincidir sus palabras con mis meditaciones.

Un momento después me repuse y experimenté un profundo asombro.

—Dupin —dije gravemente—, lo que ha sucedido excede mi comprensión. No vacilo en manifestar que estoy asombrado y que apenas puedo dar crédito a lo que he oído. ¿Cómo es posible que usted haya podido adivinar lo que estaba pensando?

Diciendo esto, me interrumpí, para asegurarme, ya sin ninguna duda, de que él sabía realmente en quién pensaba:

—¿En Chantilly? —preguntó—. ¿Por qué se ha interrumpido usted? Usted pensaba que su escasa estatura no era la apropiada para dedicarse a la tragedia.

Esto era precisamente lo que había constituido el tema de mis reflexiones. Chantilly era un ex zapatero remendón de la calle Saint-Denis, apasionado por el teatro y que había estudiado el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillon de este título. Pero sus esfuerzos habían provocado la burla del público.

—Dígame usted, por Dios —exclamé—, por qué método, si es que hay alguno, ha penetrado usted en mi alma en este caso.

Realmente, estaba yo mucho más asombrado de lo que hubiese querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —contestó mi amigo— quien le ha llevado a usted a la conclusión de que el remendón de suelas no tiene la suficiente estatura para representar el papel de Jerjes et id genus omne.

—¿El vendedor de frutas? Me asombra usted. No conozco a ninguno.

—Sí; es ese hombre con quien ha tropezado usted al entrar en esta calle, hará unos quince minutos, aproximadamente.

Recordé entonces que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba sobre la cabeza una gran banasta de manzanas, estuvo a punto de hacerme caer, sin pretenderlo, cuando pasábamos de la calle C*** a la calleja en que ahora nos encontrábamos. Pero yo no podía comprender la relación de este hecho con Chantilly.

No había por qué suponer charlatanerie alguna en Dupin.

—Se lo explicaré —me dijo—. Para que pueda usted darse cuenta de todo claramente, vamos a repasar primero en sentido inverso el curso de sus meditaciones desde este instante en que le estoy hablando hasta el de su recontre con el vendedor de frutas. En sentido inverso, los más importantes eslabones de la cadena se suceden de esta forma: Chantilly, Orion, doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, los adoquines y el vendedor de frutas.

Existen pocas personas que no se hayan entretenido, en cualquier momento de su vida, en recorrer en sentido inverso las etapas por las cuales han sido conseguidas ciertas conclusiones de su inteligencia. Frecuentemente es una ocupación llena de interés, y el que la prueba por primera vez se

asombra de la aparente distancia ilimitada y de la falta de ilación que parece median desde el punto de partida hasta la meta final. Júzguese, pues, cuál no sería mi asombro cuando escuché lo que el joven francés acababa de decir, y no pude menos de reconocer que había dicho verdad. Continuó después de este modo:

—Si bien recuerdo, en el momento en que íbamos a dejar la calle C*** hablábamos de caballos. Éste era el último tema que discutimos. Al entrar en esta calle, un vendedor de frutas, que llevaba una gran banasta sobre la cabeza, pasó velozmente ante nosotros y lo empujó a usted contra un montón de adoquines, en un lugar donde la calzada se encuentra en reparación. Usted puso el pie sobre una de las piedras sueltas, resbaló y se torció levemente el tobillo. Aparentó usted cierto fastidio o mal humor, murmuró unas palabras, volvióse para observar el montón de adoquines y continuó luego caminando en silencio. Yo no prestaba particular atención a lo que usted hacía; pero, desde hace mucho tiempo, la observación se ha convertido para mí en una especie de necesidad.

»Caminaba usted con los ojos fijos en el suelo, atendiendo a los baches y rodadas del empedrado, por lo que deduje que continuaba usted pensando todavía en las piedras. Procedió así hasta que llegamos a la callejuela llamada Lamartine, que, a modo de prueba, ha sido pavimentada con tarugos sobrepuestos y acoplados sólidamente. Al entrar en ella, su rostro se iluminó, y me di cuenta de que se movían sus labios.

Por este movimiento no me fue posible dudar que pronunciaba usted la palabra «estereotomía», término que tan pretenciosamente se aplica a esta especie de pavimentación. Yo estaba seguro de que no podía usted pronunciar para sí la palabra «estereotomía» sin que esto le llevara a pensar en los átomos, y, por consiguiente, en las teorías de Epicuro.

»Y comoquiera que no hace mucho rato discutíamos este tema, le hice notar a usted de qué modo tan singular, y sin que ello haya sido muy notado, las vagas conjeturas de ese noble griego han encontrado en la reciente

cosmogonía nebular su confirmación. He comprendido por esto que no podía usted resistir a la tentación de levantar sus ojos a la gran nebulosa de Orión, y con toda seguridad he esperado que usted lo hiciera. En efecto, usted ha mirado a lo alto, y he adquirido entonces la certeza de haber seguido correctamente el hilo de sus pensamientos. Ahora bien: en la amarga tirada sobre Chantilly, publicada ayer en el Musée, el escritor satírico, haciendo mortificantes alusiones al cambio de nombre del zapatero al calzarse el coturno, citaba un verso latino del que hemos hablado nosotros con frecuencia. Me refiero a éste:

Perdidit antiquum litera prima sonum.

»Yo le había dicho a usted que este verso se relacionaba con la palabra Orion, que en un principio escribíanse Urion. Además, por determinadas discusiones un tanto apasionadas que

tuvimos acerca de mi interpretación, tuve la seguridad de que usted no la habría olvidado. Por tanto, era evidente que asociaría usted las dos ideas: Orion y Chantilly, y esto lo he comprendido por la forma de la sonrisa que he visto en sus labios. Ha pensado usted, pues, en aquella inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento, usted había caminado con el cuerpo encorvado, pero a partir de ese momento se irguió usted, recobrando toda su estatura. Este movimiento me ha confirmado que pensaba usted en la diminuta figura de Chantilly, y ha sido entonces cuando he interrumpido sus meditaciones para observar que, por tratarse de un hombre de baja estatura, estaría mejor Chantilly en el Théâtre des Varietés.

Poco después de esta conversación, hojeábamos una edición de la tarde de la Gazette des Tribunaux cuando llamaron nuestra atención los siguientes titulares: Extraordinarios crímenes.

«Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del quartier Saint- Roch fueron despertados por una serie de espantosos gritos que parecían proceder del cuarto piso de una casa de la rue Morgue, ocupada, según se dice, por una tal madame L’Espanaye y su hija mademoiselle Camille L’Espanaye. Después de algún tiempo empleado en infructuosos esfuerzos para poder penetrar buenamente en la casa, se forzó la puerta de entrada con palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos acompañados de dos gendarmes. En ese momento cesaron los gritos; pero en cuanto aquellas

personas llegaron apresuradamente al primer rellano de la escalera, se distinguieron dos o más voces ásperas que parecían disputar violentamente y proceder de la parte alta de la casa. Cuando la gente llegó al segundo rellano, cesaron también aquellos rumores y todo permaneció en absoluto silencio. Los vecinos recorrieron todas las habitaciones precipitadamente. Al llegar, por último a una gran sala situada en la parte posterior del cuarto piso, cuya puerta hubo de ser forzada, por estar cerrada interiormente con llave, ofrecióse a los circunstantes un espectáculo que sobrecogió sus ánimos, no sólo de horror sino de asombro.

»Hallábase la habitación en violento desorden, rotos los muebles y diseminados en todas direcciones. No quedaba más lecho que la armadura de una cama, cuyas partes habían sido arrancadas y tiradas por el suelo. Sobre una silla se encontró una navaja barbera manchada de sangre. Había en la chimenea dos o tres largos y abundantes mechones de pelo cano, empapados en sangre y que parecían haber sido arrancados de raíz. Sobre el suelo se encontraron cuatro napoleones, un zarcillo adornado con un topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de metal d'Alger y dos sacos conteniendo, aproximadamente, cuatro mil francos en oro. En un rincón halláronse los cajones de un bureau, abiertos, y, al parecer, saqueados, aunque quedaban en ellos algunas cosas. Encontróse también un cofrecillo de hierro bajo la cama, no

bajo su armadura. Hallábase abierto y la cerradura contenía aún la llave. En el cofre no se encontraron más que unas cuantas cartas viejas y otros papeles sin importancia.

»No se encontró rastro alguno de madame L’Espanaye; pero comoquiera que se notase una anormal cantidad de hollín en el hogar, se efectuó un reconocimiento de la chimenea, y — horroriza decirlo— se extrajo de ella el cuerpo de su hija, que estaba colocado cabeza abajo y que había sido introducido por la estrecha abertura hacia una altura considerable. El cuerpo estaba todavía caliente. Al examinarlo, se comprobaron en él numerosas excoriaciones, ocasionadas, sin duda, por la violencia con que el cuerpo había sido metido allí y por el esfuerzo que hubo de emplearse para sacarlo. En su rostro veíanse profundos arañazos, y en la garganta, cárdenas magulladuras y hondas huellas producidas por las uñas, como si la muerte se hubiera verificado por estrangulación.

»Después de un minucioso examen efectuado en todas las habitaciones, sin que se lograra ningún descubrimiento nuevo, los presentes se dirigieron a un pequeño patio pavimentado, situado en la parte posterior del edificio, donde hallaron el cadáver de la anciana señora, con el cuello cortado de tal modo, que la cabeza se desprendió del tronco al levantar el cuerpo. Tanto éste como la cabeza estaban tan horriblemente mutilados, que apenas conservaban apariencia humana.

»Que sepamos, no se ha obtenido hasta el momento el menor indicio que permita aclarar este horrible misterio».

El diario del día siguiente daba algunos nuevos pormenores:

«La tragedia de la rue Morgue. —Gran número de personas han sido interrogadas con respecto a tan extraordinario y horrible affaire (la palabra affaire no tiene todavía en Francia el poco significado que se le da entre nosotros), pero nada ha podido deducirse que dé alguna luz sobre ello. Damos a continuación todas las declaraciones más importantes que se han obtenido:

»Pauline Dubourg, lavandera, declara haber conocido desde hace tres años a las víctimas y haber lavado para ellas durante todo este tiempo. Tanto la madre como la hija parecían vivir en buena armonía y profesarse mutuamente un gran cariño. Pagaban con puntualidad. Nada se sabe acerca de su género de vida y medios de existencia. Supone que madame L’Espanaye decía la buenaventura para ganar el sustento. Tenía fama de poseer algún dinero escondido. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando la llamaban para recoger la ropa, ni cuando la devolvía. Estaba segura de que las señoras no tenían servidumbre alguna. Salvo el cuarto piso, no parecía que hubiera muebles en ninguna parte de la casa.

»Pierre Moreau, estanquero, declara que es el habitual proveedor de tabaco y de rapé de madame L’Espanaye desde hace cuatro años. Nació en su vecindad y ha vivido siempre allí. Hacía más de seis años que la muerta y su hija vivían en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente a su

estadía, el piso había sido ocupado por un joyero, que alquilaba a su vez las habitaciones interiores a distintas personas. La casa era propiedad de madame L'Esplanade. Descontenta por los abusos de su inquilino, se había trasladado al inmueble de su propiedad, negándose a alquilar ninguna parte de él. La buena señora chocheaba a causa de la edad. El testigo había visto a su hija unas cinco o seis veces durante los seis años. Las dos llevaban una vida muy retirada, y era fama que tenían dinero. Entre los vecinos había oído decir que madame L'Esplanade decía la buena ventura, pero él no lo creía. Nunca había visto pasar la puerta a nadie, excepto a la señora y a su hija, una o dos veces a un recadero y ocho o diez a un médico.

»En esta misma forma declararon varios vecinos, pero de ninguno de ellos se dice que frecuentara la casa. Tampoco se sabe que la señora y su hija tuvieran parientes vivos.

Raramente estaban abiertos los postigos de los balcones de la fachada principal. Los de la parte trasera estaban siempre cerrados, a excepción de las ventanas de la gran sala posterior del cuarto piso. La casa era una finca excelente y no muy vieja.

»Isidoro Muret, gendarme, declara haber sido llamado a la casa a las tres de la madrugada, y dice que halló ante la puerta principal a unas veinte o treinta personas que procuraban entrar en el edificio. Con una bayoneta, y no con una barra de hierro, pudo, por fin, forzar la puerta. No halló grandes dificultades en abrirla, porque era de dos hojas y carecía de cerrojo y pasador en su parte alta. Hasta que la puerta fue

forzada, continuaron los gritos, pero luego cesaron repentinamente. Daban la sensación de ser alaridos de una o varias personas víctimas de una gran angustia. Eran fuertes y prolongados, y no gritos breves y rápidos. El testigo subió rápidamente los escalones. Al llegar al primer rellano oyó dos voces que disputaban acremente. Una de éstas era áspera, y la otra, aguda, una voz muy extraña. De la primera pudo

distinguir algunas palabras, y le pareció francés el que las había pronunciado. Pero evidentemente, no era voz de mujer.

Distinguió claramente las palabras “sacre” y “diable”. La aguda voz pertenecía a un extranjero, pero el declarante no puede asegurar si se trataba de hombre o mujer. No pudo distinguir lo que decían, pero supone que hablasen español. El testigo declaró el estado de la casa y de los cadáveres como fue descrito ayer por nosotros.

»Henry Duval, vecino, y de oficio platero, declara que él formaba parte del grupo que entró primeramente en la casa. En términos generales, corrobora la declaración de Muset. En cuanto se abrieron paso, forzando la puerta, la cerraron de nuevo, con objeto de contener a la muchedumbre que se había reunido a pesar de la hora. Éste opina que la voz aguda sea la de un italiano, y está seguro de que no era la de un francés. Duda, en cambio, de que se tratase de una voz masculina, admitiendo que pueda ser la de una mujer. No conoce el italiano. No pudo distinguir las palabras, pero, por la

entonación del que hablaba, está convencido de que era un italiano. Conocía a madame L’Espanaye y a su hija. Con las dos había conversado con frecuencia. Estaba seguro de que la voz no correspondía a ninguna de las dos mujeres.

»Odenheimer, restaurateur. Voluntariamente, el testigo se ofreció a declarar. Como no hablaba francés, fue interrogado haciéndose uso de un intérprete. Nació en Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el momento en que se oyeron los gritos. Se detuvo durante unos minutos, diez, probablemente. Eran fuertes y prolongados y producían horror y angustia. Fue uno de los que entraron en la casa. Corrobora las declaraciones anteriores en todos sus pormenores, excepto uno: está seguro de que la voz aguda era la de un hombre, de un francés. No pudo distinguir claramente las palabras que había pronunciado. Estaban dichas en alta voz y con rapidez, con cierta desigualdad, pronunciadas según suponía, con miedo y con ira al mismo tiempo. La voz era áspera, no tan aguda como áspera. Realmente, no puede asegurar que fuese una voz aguda. La voz grave dijo varias veces: “Sacre”, “diable”, y una vez sola “Mon Dieu”.

»Jules Mignaud, banquero, de la Casa Mignaud et Fils, de la rue Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Madame L’Espanaye tenía algunos intereses. Había abierto una cuenta corriente en su casa de banca en la primavera del año... (ocho años antes). Con frecuencia había ingresado pequeñas cantidades. No retiró ninguna hasta tres días antes de su muerte. La retiró

personalmente, y la suma ascendía a cuatro mil francos. La cantidad fue pagada en oro, y se encargó a un dependiente que la llevara a su casa.

»Adolphe Le Bon, dependiente de la Banca Mignaud et Fils, declara que en el día de autos, al mediodía, acompañó a madame L'Esplanaye a su domicilio con los cuatro mil francos, distribuidos en dos pequeños talegos. Al abrirse la puerta apareció mademoiselle L'Esplanaye. Ésta cogió uno de los

saquitos, y la anciana señora el otro. Entonces, él saludó y se fue. En aquellos momentos no había nadie en la calle. Era una calle apartada, muy solitaria.

»William Bird, sastre, declara que fue uno de los que entraron en la casa. Es inglés. Ha vivido dos años en París. Fue uno de los primeros que subieron por la escalera. Oyó las voces que disputaban. La gruesa era de un francés. Pudo oír algunas palabras, pero ahora no puede recordarlas todas. Oyó claramente “sacre” y “Mon Dieu”. Por un momento se produjo un rumor, como si varias personas peleasen. Ruido de riña y forcejeo. La voz aguda era muy fuerte, más que la grave. Está seguro de que no se trataba de la voz de ningún inglés, sino más bien la de un alemán. Podía haber sido la de una mujer. No entiende el alemán.

»Cuatro de los testigos mencionados arriba, nuevamente interrogados, declararon que la puerta de la habitación en que

fue encontrado el cuerpo de mademoiselle L'Españay se hallaba cerrada por dentro cuando el grupo llegó a ella. Todo se hallaba en un silencio absoluto. No oíanse ni gemidos ni ruidos de ninguna especie. Al forzar la puerta, no se vio a nadie. Tanto las ventanas de la parte posterior como las de la fachada estaban cerradas y aseguradas fuertemente por dentro con sus cerrojos respectivos. Entre las dos salas se hallaba también una puerta de comunicación, que estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo estaba cerrada por dentro con llave. Una pequeña estancia de la parte delantera del cuarto piso, a la entrada del pasillo, estaba abierta también, puesto que tenía la puerta entornada. En esta sala se hacinaban camas viejas, cofres y objetos de esta especie. No quedó una sola pulgada de la casa sin que hubiese sido registrada cuidadosamente. Se ordenó que tanto por arriba como por abajo se introdujeran deshollinadores por las chimeneas. La casa constaba de cuatro pisos, con buhardillas (mansardes). En el techo hallábase, fuertemente asegurada, una puerta de escotillón, y parecía no haber sido abierta durante muchos años. Por lo que respecta al intervalo de tiempo transcurrido entre las voces que disputaban y el acto de forzar la puerta del piso, las afirmaciones de los testigos difieren bastante. Unos hablan de tres minutos, y otros amplían este tiempo a cinco. Costó mucho forzar la puerta.

»Alfonzo Garcio, empresario de pompas fúnebres, declara que habita en la rue Morgue, y que es español. También formaba

parte del grupo que entró en la casa. No subió la escalera, porque es muy nervioso y temía los efectos que podía producirle la emoción. Oyó las voces que disputaban. La grave era de un francés. No pudo distinguir lo que decían, y está seguro de que la voz aguda era de un inglés. No entiende el idioma, pero se basa en la entonación.

»Alberto Montani, confitero, declara haber sido uno de los primeros en subir la escalera. Oyó las voces aludidas. La grave era de un francés. Pudo distinguir varias palabras. Parecía que este individuo reconviniere a otro. En

cambio, no pudo comprender nada de la voz aguda. Hablaba rápidamente y de forma entrecortada. Supone que esta voz fuera la de un ruso. Corrobora también las declaraciones generales. Es italiano. No ha hablado nunca con ningún ruso.

»Interrogados de nuevo algunos testigos, certificaron que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para que permitieran el paso de una persona. Cuando hablaron de “deshollinadores”, refirieron a las escobillas cilíndricas que con ese objeto usan los limpiachimeneas. Las escobillas fueron pasadas de arriba abajo por todos los tubos de la casa. En la parte posterior de ésta no hay paso alguno por donde alguien hubiese podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L’Espanaye estaba tan fuertemente introducido

en la chimenea, que no pudo ser extraído de allí sino con la ayuda de cinco hombres.

»Paul Dumas, médico, declara que fue llamado hacia el amanecer para examinar los cadáveres. Yacían entonces los dos sobre las correas de la armadura de la cama, en la habitación donde fue encontrada mademoiselle L'Españay. El cuerpo de la joven estaba muy magullado y lleno de excoriaciones. Se explican suficientemente estas circunstancias por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Sobre todo, la garganta presentaba grandes excoriaciones. Tenía también profundos arañazos bajo la barbilla, al lado de una serie de lívidas manchas que eran, evidentemente, impresiones de dedos. El rostro hallábase horriblemente descolorido, y los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y seccionada parcialmente. Sobre el estómago se descubrió una gran magulladura, producida, según se supone, por la presión de una rodilla. Según monsieur Dumas, mademoiselle L'Españay había sido estrangulada por alguna persona o personas desconocidas. El cuerpo de su madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna derecha y del brazo estaban, poco o mucho, quebrantados. La tibia izquierda, igual que las costillas del mismo lado, estaban hechas astillas. Tenía todo el cuerpo con espantosas magulladuras y descolorido. Es imposible certificar cómo fueron producidas aquellas heridas. Tal vez un pesado garrote de madera, o una gran barra de hierro —alguna silla—, o una

herramienta ancha, pesada y roma, podrían haber producido resultados semejantes. Pero siempre que hubieran sido manejados por un hombre muy fuerte. Ninguna mujer podría haber causado aquellos golpes con clase alguna de arma. Cuando el testigo la vio, la cabeza de la muerta estaba totalmente separada del cuerpo y, además, destrozada. Evidentemente, la garganta había sido seccionada con un instrumento afiladísimo, probablemente una navaja barbera.

»Alexandre Etienne, cirujano, declara haber sido llamado al mismo tiempo que el doctor Dumas, para examinar los cuerpos. Corroboró la declaración y

las opiniones de éste.

»No han podido obtenerse más pormenores importantes en otros interrogatorios. Un crimen tan extraño y tan complicado en todos sus aspectos no había sido cometido jamás en París, en el caso que se trate realmente de un crimen. La policía carece totalmente de rastro, circunstancia rarísima en asuntos de tal naturaleza. Puede asegurarse, pues, que no existe la menor pista».

En la edición de la tarde afirmaba el periódico que reinaba todavía gran excitación en el quartier Saint-Roch; que, de nuevo, se habían investigado cuidadosamente las circunstancias del crimen, pero que no se había obtenido ningún resultado. A última hora anunciaba una noticia que

Adolphe Le Bon había sido detenido y encarcelado, pero ninguna de las circunstancias ya expuestas parecía acusarle.

Dupin demostró estar particularmente interesado en el desarrollo de aquel asunto; cuando menos, así lo deducía yo por su conducta, porque no hacía ningún comentario. Tan sólo después de haber sido encarcelado Le Bon me preguntó mi parecer sobre aquellos asesinatos.

Yo no pude expresarle sino mi conformidad con todo el público parisiense, considerando aquel crimen como un misterio insoluble. No veía el modo con que pudiera darse con el asesino.

—Por interrogatorios tan superficiales no podemos juzgar nada con respecto al modo de encontrarlo —dijo Dupin—. La policía de París, tan elogiada por su perspicacia, es astuta, pero nada más. No hay más método en sus diligencias que el que las circunstancias sugieren. Exhiben siempre las medidas tomadas, pero con frecuencia ocurre que son tan poco apropiadas a los fines propuestos, que nos hacen pensar en monsieur Jourdain pidiendo su robe-dechambre, pour mieux entendre la musique. A veces no dejan de ser sorprendentes los resultados obtenidos. Pero, en su mayor parte, se consiguen por mera insistencia y actividad. Cuando resultan ineficaces tales procedimientos, fallan todos sus planes. Vidocq, por ejemplo, era un excelente adivinador y un hombre perseverante; pero como su inteligencia carecía de educación se desviaba con frecuencia por la misma intensidad de sus investigaciones. Disminuía el

poder de su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de ver, probablemente, una o dos circunstancias con una poco corriente claridad; pero al hacerlo perdía necesariamente la visión total del asunto. Esto puede decirse que es el defecto de ser demasiado profundo. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad, yo pienso que, en cuanto a lo que más importa conocer, es invariablemente superficial. La profundidad se encuentra en los valles donde la buscamos, pero no en las cumbres de las montañas, que es desde donde las vemos. Las variedades y

orígenes de esta especie de error tienen un magnífico ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Dirigir a una estrella una rápida ojeada, examinarla oblicuamente, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina (que son más sensible a las débiles impresiones de la luz que las anteriores), es contemplar la estrella distintamente, obtener la más exacta apreciación de su brillo, brillo que se oscurece a medida que volvemos nuestra visión de lleno hacia ella. En el último caso, caen en los ojos mayor número de rayos, pero en el primero se obtiene una receptibilidad más afinada. Con una extrema profundidad, embrollamos y debilitamos el pensamiento, y aun lo confundimos. Podemos, incluso, lograr que Venus se desvanezca del firmamento si le dirigimos una atención demasiado sostenida, demasiado concentrada o demasiado directa.

»Por lo que respecta a estos asesinatos, examinemos algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formar de ellos una opinión. Una investigación como ésta nos procurará una buena diversión —a mí me pareció impropia esta última palabra, aplicada al presente caso, pero no dije nada—, y, por otra parte, Le Bon ha comenzado por prestarme un servicio y quiero demostrarle que no soy un ingrato. Iremos al lugar del suceso y lo examinaremos por nuestros propios ojos. Conozco a G***, el prefecto de policía, y no me será difícil conseguir el permiso necesario.

Nos fue concedida la autorización y nos dirigimos inmediatamente a la rue Morgue. Es ésta una de esas miserables callejuelas que unen la rue Richelieu y la de Saint-Roch. Cuando llegamos a ella, eran ya las últimas horas de la tarde, porque este barrio se encuentra situado a gran distancia de aquel en que nosotros vivíamos. Pronto hallamos la casa, porque aún había ante ella varias personas mirando a las ventanas con vana curiosidad. Era una casa como tantas de París. Tenía una puerta principal, y en uno de sus lados había una casilla de cristales con un bastidor corredizo en la ventanilla, y parecía ser la loge de concierge. Antes de entrar, nos dirigimos calle arriba, torciendo por un callejón, y, torciendo de nuevo, pasamos a la fachada posterior del edificio. Dupin examinó durante todo este rato los alrededores, así como la casa, con una atención tan cuidadosa, que me era imposible comprender su finalidad.

Volvimos luego sobre nuestros pasos, y llegamos ante la fachada de la casa. Llamamos a la puerta, y después de mostrar nuestro permiso, los agentes de guardia nos permitieron la entrada. Subimos las escaleras, hasta llegar a la habitación donde había sido encontrado el cuerpo de mademoiselle L'Españay y donde se hallaban aún los dos cadáveres. Como de costumbre, había sido respetado el desorden de la habitación. Nada vi de lo que se había publicado en la Gazette des Tribunaux. Dupin lo analizaba todo minuciosamente, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Pasamos inmediatamente a otras habitaciones, y bajamos luego al patio. Un gendarme

nos acompañó a todas partes, y la investigación nos ocupó hasta el anochecer, marchándonos entonces. De regreso a nuestra casa, mi compañero se detuvo unos minutos en las oficinas de un periódico.

He dicho ya que las rarezas de mi amigo eran muy diversas, y que Je les menageais: esta frase no tiene equivalente en inglés. Hasta el día siguiente, a mediodía, se negó a toda conversación sobre los asesinatos. Entonces me preguntó de pronto si yo había observado algo particular en el lugar del hecho.

En su manera de pronunciar la palabra «particular» había algo que me produjo un estremecimiento sin saber por qué.

—No, nada de particular —le dije—; por lo menos, nada más de lo que ya sabemos por el periódico.

—Mucho me temo —me replicó— que la Gazette no haya logrado penetrar en el insólito horror del asunto. Pero dejemos las necias opiniones de este papelucho. Yo creo que si este misterio se ha considerado como insoluble, por la misma razón debería ser fácil de resolver, y me refiero al outre carácter de sus circunstancias. La policía se ha confundido por la ausencia aparente de motivos que justifiquen no el crimen, sino la atrocidad con que ha sido cometido. Asimismo, les confunde la aparente imposibilidad de conciliar las voces que disputaban con la circunstancia de no haber sido hallada arriba sino a mademoiselle L’Espanaye asesinada y no encontrar la forma de que nadie saliera del piso sin ser visto por las personas que subían por las escaleras. El extraño desorden de la habitación; el cadáver metido con la cabeza hacia abajo en la chimenea; la mutilación espantosa del cuerpo de la anciana, todas estas consideraciones, con las ya descritas y otras no dignas de mención, han sido suficientes para paralizar sus facultades, haciendo que fracasara por completo la tan traída y llevada perspicacia de los agentes del gobierno. Han caído en el grande, aunque común error de confundir lo insospechado con lo abstruso. Pero precisamente por estas desviaciones de lo normal es por donde ha de hallar la razón su camino en la investigación de la verdad, en el caso en que ese hallazgo sea posible. En investigaciones como la que estamos realizando

ahora no hemos de preguntarnos tanto si ha ocurrido como qué ha ocurrido que no había ocurrido jamás hasta ahora.

Realmente, la sencillez con que yo he de llegar, o he llegado ya, a la solución de este misterio, se halla en razón directa con su aparente falta de solución según el criterio de la policía.

Con mudo asombro, fijé la mirada en mi amigo.

—Estoy esperando ahora —continuó diciéndome, mirando a la puerta de nuestra habitación— a un individuo que, aun cuando seguramente no ha cometido esta carnicería, bien puede estar, en cierta medida, complicado en ella. Es probable que resulte inocente de la parte más desagradable de los crímenes cometidos. Creo no equivocarme en esta suposición, porque en ella

se funda mi esperanza de descubrir el misterio. Yo espero a este individuo aquí, en esta habitación, y de un momento a otro. Cierto es que puede no venir, pero lo probable es que venga. Si viene, hay que detenerlo. Aquí hay unas pistolas, y los dos sabemos para qué sirven cuando las circunstancias lo requieren.

Sin saber lo que me hacía, ni lo que oía, tomé las pistolas, mientras Dupin continuaba hablando como si monologara. Dirigíanse sus palabras a mí, pero su voz, no muy alta, tenía esa entonación empleada frecuentemente en hablar con una

persona que se halla un poco distante. Sus pupilas inexpresivas miraban fijamente hacia la pared.

—La experiencia ha demostrado plenamente que las voces que disputaban

—dijo—, oídas por quienes subían las escaleras, no eran las de las dos mujeres. Este hecho descarta el que la anciana hubiese matado primero a su hija y se hubiera suicidado después. Hablo de esto únicamente por respeto al método; porque, además, la fuerza de madame L’Espanaye no hubiera conseguido nunca arrastrar el cuerpo de su hija por la chimenea arriba, tal como fue hallado. Por otra parte, la naturaleza de las heridas excluye totalmente la idea de suicidio. Por tanto el asesinato ha sido cometido por terceras personas, y las voces de éstas son las que se oyeron disputar. Permítame que le haga notar no todo lo que se ha declarado con respecto a estas voces, sino lo que hay de particular en las declaraciones. ¿No ha observado usted nada en ellas?

Yo le dije que había observado que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era de un francés, había un gran desacuerdo por lo que respecta a la voz aguda, o áspera, como uno de ellos la había calificado.

—Esto es evidencia pura —dijo—, pero no lo particular de esa evidencia. Usted no ha observado nada característico, pero, no obstante, había algo que observar. Como ha notado usted, los testigos estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. En ello

había unanimidad. Por lo que respecta a la voz aguda, consiste su particularidad no en el desacuerdo, sino en que, cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés intentan describirla, cada uno de ellos opinan como si fuese la de un extranjero. Cada uno está seguro de que no es la de un compatriota, y cada uno la compara, no a la de un hombre de una nación cualquiera cuyo lenguaje conoce, sino todo lo contrario. Supone el francés que era la voz de un español y que «hubiese podido distinguir algunas palabras de haber estado familiarizado con el español». El holandés sostiene que fue la de un francés, pero sabemos que, por no conocer este idioma, el testigo había sido interrogado por un intérprete. Supone el inglés que la voz fue la de un alemán, pero añade que no entiende el alemán. El español «está seguro» que es la de un inglés, pero «considera, por la entonación, tan sólo que lo es, ya que no tiene ningún conocimiento del idioma». El italiano cree

que es la voz de un ruso, pero jamás ha tenido conversación alguna con un ruso. Otro francés difiere del primero, y está seguro de que la voz era de un italiano; pero aunque no conoce este idioma, como el español, «está seguro, por su entonación».

»Ahora bien: ¡cuán extraña debía de ser aquella voz para que tales testimonios pudieran darse de ella, en cuyas reflexiones, ciudadanos de cinco grandes naciones europeas, no pueden reconocer nada que les sea familiar! Tal vez usted diga que puede muy bien haber sido la voz de un asiático o la de

africano; pero ni los asiáticos ni los africanos se ven frecuentemente por París. Pero, sin decir que esto no sea posible, quiero dirigir su atención nada más que sobre tres puntos. Uno de los testigos describe aquella voz como «más áspera que aguda»; otros dicen que es “rápida y desigual”; en este caso, no hubo palabras, no hubo sonido que tuviera semejanza alguna con palabras, que ningún testigo menciona como inteligibles.

»Ignoro qué impresión —continuó Dupin— puede haber causado en su entendimiento, pero no dudo en manifestar que las legítimas deducciones efectuadas con sólo esta parte de los testimonios conseguidos (la que se refiere a las voces graves y agudas), bastan por sí mismas para motivar una sospecha que bien puede dirigirnos en todo ulterior avance en la investigación de este misterio. He dicho “legítimas deducciones”, pero así no queda del todo explicada mi intención. Quiero únicamente manifestar que esas deducciones son las únicas apropiadas, y que mi sospecha se origina inevitablemente en ellas como una conclusión única. No diré todavía cuál es esa sospecha. Tan sólo deseo hacerle comprender a usted que para mí tiene fuerza bastante para dar definida forma (determinada tendencia) a mis investigaciones en aquella habitación.

»Mentalmente, trasladémonos a aquella sala. ¿Qué es lo primero que hemos de buscar allí? Los medios de evasión utilizados por los asesinos. No hay necesidad de decir que ninguno de los dos creemos en este momento en

acontecimientos sobrenaturales. Madame y mademoiselle L’Espanaye no han sido, evidentemente, asesinadas por espíritus. Quienes han cometido el crimen fueron seres materiales y escaparon por procedimientos materiales. ¿De qué modo? Afortunadamente, sólo hay una forma de razonar con respecto a este punto, y ésta habrá de llevarnos a una solución precisa. Examinemos, pues, uno por uno, los posibles medios de evasión.

»Cierto es que los asesinos se encontraban en la alcoba donde fue hallada mademoiselle L’Espanaye, o, cuando menos, en la contigua, cuando las personas subían por las escaleras. Por tanto, sólo hay que investigar las salidas de estas dos habitaciones. La policía ha dejado al descubierto los pavimentos, los techos y la mampostería de las paredes en todas partes. A su vigilancia no hubieran podido escapar determinadas salidas secretas. Pero yo no me fiaba de

sus ojos y he querido examinarlo con los míos. En efecto, no había salida secreta. Las puertas de las habitaciones que daban al pasillo estaban cerradas perfectamente por dentro. Veamos las chimeneas. Aunque de anchura normal hasta una altura de ocho o diez pies sobre los hogares, no puede, en toda su longitud, ni siquiera dar cabida a un gato corpulento. La imposibilidad de salida por los ya indicados medios, es, por tanto, absoluta. Así pues no nos quedan más que las ventanas. Por la de la alcoba que da a la fachada principal no hubiera

podido escapar nadie sin que la muchedumbre que había en la calle lo hubiera notado. Por tanto, los asesinos han de haber pasado por las de la habitación posterior. Llevados, pues, de estas deducciones y, de forma tan inequívoca, a esta conclusión, no podemos, según un minucioso razonamiento, rechazarla, teniendo en cuenta evidentes imposibilidades. Nos queda sólo por demostrar que esas evidentes “imposibilidades” en realidad no lo son.

»En la habitación hay dos ventanas. Una de ellas no está obstruida por los muebles, y está completamente visible. La parte inferior de la otra la oculta a la vista la cabecera de la pesada armazón del lecho, estrechamente pegada a ella. La primera de las dos ventanas está fuertemente cerrada y asegurada por dentro. Resistió a los más violentos esfuerzos de quienes intentaron levantarla. En la parte izquierda de su marco veíase un gran agujero practicado con una barrena, y un clavo muy grueso hundido en él hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana se encontró otro clavo semejante, clavado de la misma forma, y un vigoroso esfuerzo para separar el marco fracasó también. La policía se convenció entonces de que por ese camino no se había efectuado la salida, y por esta razón consideró superfluo quitar aquellos clavos y abrir las ventanas.

»Mi examen fue más minucioso, por la razón que acabo ya de decir, ya que sabía era preciso probar que todas aquellas aparentes imposibilidades no lo eran realmente.

»Continué razonando así a posteriori. Los asesinos han debido de escapar por una de estas ventanas. Suponiendo esto, no es fácil que pudieran haberlas sujetado por dentro, como se las ha encontrado, consideración que, por su evidencia, paralizó las investigaciones de la policía. No obstante, las ventanas estaban cerradas y aseguradas. Era, pues, preciso que pudieran cerrarse por sí mismas. No había modo de escapar a esta conclusión. Fui directamente a la ventana no obstruida, y con cierta dificultad extraje el clavo y traté de levantar el marco. Como yo suponía, resistió a todos los esfuerzos. Había, pues, evidentemente, un resorte escondido, y este hecho, corroborado por mi idea, me convenció de que mis premisas, por muy misteriosas que apareciesen las circunstancias relativas a los clavos, eran correctas. Una minuciosa investigación me hizo descubrir pronto el oculto resorte. Lo oprimí y, satisfecho con mi descubrimiento, me abstuve de abrir la ventana.

»Volví entonces a colocar el clavo en su sitio, después de haberlo

examinado atentamente. Una persona que hubiera pasado por aquella ventana podía haberla cerrado y haber funcionado solo el resorte. Pero el clavo no podía haber sido colocado. Esta conclusión era clarísima, y restringía mucho el campo de mis investigaciones. Los asesinos debían, por tanto, haber escapado por la otra ventana.

»Suponiendo que los dos resortes fueran iguales, como era posible, debía, pues, haber una diferencia entre los clavos, o, por lo menos, en su colocación. Me subí sobre las correas de la armadura del lecho, y por encima de su cabecera examiné minuciosamente la segunda ventana. Pasando la mano por detrás de la madera descubrí y apreté el resorte, que, como yo había supuesto, era idéntico al anterior. Entonces examiné el clavo. Era del mismo grueso que el otro, y aparentemente estaba clavado de la misma forma, hundido casi hasta la cabeza.

»Tal vez diga usted que me quedé perplejo, pero si abriga semejante pensamiento es que no ha comprendido bien la naturaleza de mis deducciones. Sirviéndome de una palabra deportiva, no me he encontrado ni una vez “en falta”. El rastro no se ha perdido. No se ha perdido ni un solo instante. En ningún eslabón de la cadena ha habido un defecto. Hasta su última consecuencia he seguido el secreto. Y la consecuencia era el clavo. En todos sus aspectos, he dicho, aparentaba ser análogo al de la otra ventana; pero todo era nada (tan decisivo como parecía) comparado con la consideración de que en aquel punto terminaba mi pista. “Debe de haber algún defecto en este clavo”, me dije. Lo toqué, y su cabeza con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó en la mano. El resto quedábase en el orificio donde se había roto. La rotura era antigua, como se deducía del óxido de sus bordes, y al parecer,

había sido producida por un martillazo que hundió una parte de la cabeza del clavo en la superficie del marco.

»Volví entonces a colocar cuidadosamente aquella parte en el lugar de donde la había separado, y su semejanza con un clavo intacto fue completa. La rotura era inapreciable. Apreté el resorte y levanté suavemente unas pulgadas el marco. Con él subió la cabeza del clavo, quedando fija en su agujero. Cerré la ventana y era otra vez perfecta la apariencia del clavo entero.

»Hasta aquí estaba resuelto el enigma. El asesino había huido por la ventana situada a la cabecera del lecho. Al bajar por sí misma, luego de haber escapado por ella, o tal vez al ser cerrada deliberadamente, habíase quedado sujeta por el resorte, y la sujeción de éste había engañado a la policía, confundiéndola con la del clavo, por lo cual se había considerado innecesario proseguir la investigación.

»El problema era ahora saber cómo había bajado el asesino. Sobre este punto me sentía satisfecho de mi paseo en torno al edificio. Aproximadamente

a cinco pies y medio de la ventana en cuestión, pasa la cadena de un pararrayos. Por ésta hubiera sido imposible a cualquiera llegar hasta la ventana, y ya no digamos entrar. Sin embargo, al examinar los postigos del cuarto piso, vi que eran de una especie particular, que los carpinteros parisienses llaman ferrades, especie poco usada hoy, pero hallada frecuentemente

en las casas antiguas de Oyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta normal (sencilla y no de dobles batientes), excepto que su mitad superior está enrejada o trabajada a modo de celosía, por lo que ofrece un agarradero excelente para las manos. En el caso en cuestión, estos postigos tienen una anchura de tres pies y medio, más o menos. Cuando los vimos desde la parte posterior de la casa, los dos estaban abiertos hasta la mitad; es decir, formaban con la pared un ángulo recto. Es probable que la policía haya examinado, como yo, la parte posterior del edificio; pero al mirar las ferrades en el sentido de su anchura (como deben de haberlo hecho), no se han dado cuenta de la dimensión de este sentido, o cuando menos no le han dado la necesaria importancia. En realidad, una vez se convencieron de que no podía efectuarse la huida por aquel lado, no la examinaron sino superficialmente.

»Sin embargo, para mí era claro que el postigo que pertenecía a la ventana situada a la cabecera de la cama, si se abría totalmente, hasta que tocara la pared, llegaría hasta unos dos pies de la cadena del pararrayos. También estaba claro que con el esfuerzo de una energía y un valor insólito podía muy bien haberse entrado por aquella ventana con ayuda de la cadena. Llegado a aquella distancia de dos pies y medio (supongamos ahora abierto el postigo), un ladrón hubiese podido encontrar en el enrejado un sólido asidero, para que luego, desde él, soltando la cadena y apoyando bien los pies contra la pared, pudiera lanzarse rápidamente, caer en la habitación y atraer

hacia sí violentamente el postigo, de modo que se cerrase, y suponiendo, desde luego, que se hallara siempre la ventana abierta.

»Tenga usted en cuenta que me he referido a una energía insólita, necesaria para llevar a cabo con éxito una empresa tan arriesgada y difícil.

»Mi propósito es el de demostrarle, en primer lugar, que el hecho podía realizarse, y muy principalmente llamar su atención sobre el carácter muy extraordinario, casi carácter sobrenatural, de la agilidad necesaria para su ejecución.

»Me replicará usted, sin duda, valiéndose del lenguaje de la ley, que para “defender mi causa” debiera más bien prescindir de la energía requerida en ese caso antes que insistir en valorarla exactamente. Esto es realizable en la práctica forense, pero no en la razón. Mi objetivo final es la verdad tan sólo, y mi propósito inmediato conducir a usted a que compare esa insólita energía de que acabo de hablarle con la peculiarísima voz aguda (o áspera) y desigual, con respecto a cuya nacionalidad no se han hallado ni siquiera dos testigos que

estuviesen de acuerdo, y en cuya pronunciación no ha sido posible descubrir una sola sílaba.

A estas palabras comenzó a formarse en mi espíritu una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Parecíame llegar al límite de la comprensión, sin que todavía pudiera comprender, lo mismo

que esas personas que se encuentran algunas veces en el borde de un recuerdo y no son capaces de llegar a conseguirlo. Mi amigo continuó sus razonamientos.

—Habrà usted visto —me dijo— que he retrotraído la cuestión del modo de salir al de entrar. Mi plan es demostrarle que ambas cosas se han efectuado de la misma manera y por el mismo sitio. Volvamos ahora a la habitación. Estudiemos todos sus aspectos. Según se ha dicho, los cajones del bureau han sido saqueados, aunque han quedado en ellos algunas prendas de vestir. Esta conclusión es absurda. Es una simple conjetura, muy necia, por cierto, y nada más. ¿Cómo es posible saber que todos esos objetos encontrados en los cajones no eran todo lo que contenían? Madame L’Espanaye y su hija vivían una vida excesivamente retirada. No se trataban con nadie, salían rara vez y, por consiguiente, tenían pocas ocasiones para cambiar de vestido. Los objetos que se han encontrado eran de tan buena calidad, por lo menos, como cualquiera de los que posiblemente hubiesen poseído esas señoras. Si un ladrón hubiera cogido alguno, ¿por qué no los mejores, o por qué no todos? En fin, ¿hubiese abandonado cuatro mil francos en oro para cargar con un fardo de ropa blanca? El oro fue abandonado. Casi la totalidad de la suma mencionada por monsieur Mignaud, el banquero, ha sido hallada en el suelo, en los saquitos.

»Insisto, por tanto, en querer descartar de su pensamiento la idea desatinada de un motivo, engendrada en el cerebro de la

policía por esa declaración que se refiere a dinero entregado a la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que éstas (entrega del dinero y asesinato) se presentan constantemente en nuestra vida sin despertar siquiera nuestra atención momentánea. Por lo general, las coincidencias son otros tantos motivos de error en el camino de esa clase de pensadores educados de tal modo que nada saben de la teoría de probabilidades, esa teoría a la cual las más memorables conquistas de la civilización humana deben lo más glorioso de su saber. En este caso, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de haber sido entregado tres días antes hubiese podido parecer algo más que una coincidencia. Corroboraría la idea de un motivo. Pero, dadas las circunstancias reales en que nos hallamos, si hemos de suponer que el oro ha sido el móvil del hecho, también debemos imaginar que quien lo ha cometido ha sido tan vacilante y tan idiota, que ha abandonado al mismo tiempo el oro y el motivo.

»Fijados bien en nuestro pensamiento los puntos sobre los cuales yo he llamado su atención: la voz peculiar, la insólita agilidad y la sorprendente falta

de motivo en un crimen de una atrocidad tan singular como éste, examinemos por sí misma esta carnicería. Nos encontramos con una mujer estrangulada con las manos y metida cabeza abajo en una chimenea. Normalmente los criminales no emplean semejantes procedimientos de

asesinato. En el violento modo de introducir el cuerpo en la chimenea habrá usted de admitir que hay algo excesivamente exagerado, algo que está en desacuerdo con nuestras corrientes nociones con respecto a los actos humanos, aun cuando supongamos que los autores de este crimen sean los seres más depravados. Por otra parte, piense usted cuán enorme debe de haber sido la fuerza que logró introducir tan violentamente el cuerpo hacia arriba en una abertura como aquélla, por cuanto los esfuerzos unidos de varias personas apenas si lograron sacarlo de ella.

»Fijemos ahora nuestra atención en otros indicios que ponen de manifiesto este vigor maravilloso. Había en el hogar unos espesos mechones de cabellos grises humanos. Habían sido arrancados de cuajo. Sabe usted la fuerza que es necesaria para arrancar de la cabeza aun cuando no sean más que veinte o treinta cabellos a la vez. Tan bien como yo, usted habrá visto aquellos mechones. Sus raíces ensangrentadas (¡qué espantoso espectáculo!) tenían adheridos fragmentos de cuero cabelludo, segura prueba de la prodigiosa fuerza que ha sido necesaria para arrancar un millar de cabellos a la vez. La garganta de la anciana no sólo estaba cortada, sino que tenía la cabeza completamente separada del tronco, y el instrumento para esta operación fue una sencilla navaja barbera.

»Le ruego que se fije también en la brutal ferocidad de tal acto. No es necesario hablar de las magulladuras que aparecieron en el cuerpo de madame L'Espanaye. Monsieur Dumas y su

honorable colega monsieur Etienne han declarado que habían sido producidas por un instrumento romo. En ello, estos señores están en lo cierto. El instrumento ha sido, sin duda alguna, el pavimento del patio sobre el que la víctima ha caído desde la ventana situada encima del lecho. Por muy sencilla que parezca ahora esta idea, escapó a la policía, por la misma razón que le impidió notar la anchura de los postigos, porque, dada la circunstancia de los clavos, su percepción estaba cerrada herméticamente a la idea de que las ventanas hubieran podido ser abiertas.

»Si ahora, como añadidura a todo esto, ha reflexionado usted bien acerca del extraño desorden de la habitación, hemos llegado ya al punto de combinar las ideas de agilidad maravillosa, fuerza sobrehumana, bestial ferocidad, carnicería sin motivo, una grotesquerie en lo horrible, extraña en absoluto a la Humanidad, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de distintas naciones y desprovista de todo silabeo que pudiera advertirse distinta e inteligiblemente. ¿Qué se deduce de todo ello? ¿Cuál es la impresión que ha producido en su imaginación?

Al hacerme Dupin esta pregunta sentí un escalofrío.

—Un loco ha cometido ese crimen —dije—, algún lunático furioso que se habrá escapado de alguna Maison de Santé vecina.

—En algunos aspectos —me contestó— no es desacertada su idea. Pero hasta sus más feroces paroxismos, las voces de los locos no se parecen nunca a esa voz peculiar oída desde la escalera. Los locos pertenecen a una nación cualquiera, y su lenguaje, aunque incoherente, es siempre articulado. Por otra parte, el cabello de un loco no se parece al que yo tengo en la mano. De los dedos rígidamente crispados de madame L’Espanaye he desenredado este pequeño mechón. ¿Qué puede usted deducir de esto?

—Dupin —exclamé, completamente desalentado—, ¡qué cabello más raro!

No es un cabello humano.

—Yo no he dicho que lo fuera —me contestó—. Pero antes de decidir con respecto a este particular, le ruego que examine este pequeño diseño que he trazado en un trozo de papel. Es un facsímil que representa lo que una parte de los testigos han declarado como cárdenas magulladuras y profundos rasguños producidos por las uñas en el cuello de mademoiselle L’Espanaye, y que los doctores Dumas y Etienne llaman una serie de manchas lívidas evidentemente producidas por la impresión de los dedos.

»Comprenderá usted —continuó mi amigo, desdoblado el papel sobre la mesa y ante nuestros ojos— que este dibujo da idea de una presión firme y poderosa. Aquí no hay deslizamiento visible. Cada dedo ha conservado, quizá hasta la

muerte de la víctima, la terrible presa en la cual se ha moldeado. Pruebe usted ahora de colocar sus dedos, todos a un tiempo, en las respectivas impresiones, tal como las ve usted aquí.

Lo intenté en vano.

—Es posible —continuó— que no efectuemos esta experiencia de un modo decisivo. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y la garganta humana es cilíndrica. Pero aquí tenemos un tronco de leña cuya circunferencia es, poco más o menos, la de la garganta. Arrolle a su superficie este diseño y volvamos a efectuar la experiencia.

Lo hice así, pero la dificultad fue todavía más evidente que la primera vez.

—Ésta —dije— no es la huella de una mano humana.

—Ahora, lea este pasaje de Cuvier —continuó Dupin.

Era una historia anatómica, minuciosa y general, del gran orangután salvaje de las islas de la India Oriental. Son harto conocidas de todo el mundo la gigantesca estatura, la fuerza y agilidad prodigiosa, la ferocidad salvaje y las facultades de imitación de estos mamíferos. Comprendí entonces, de pronto,

todo el horror de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos —dije, cuando hube terminado la lectura— está de acuerdo perfectamente con este dibujo. Creo

que ningún animal, excepto el orangután de la especie que aquí se menciona, pueda haber dejado huellas como las que ha dibujado usted. Este mechón de pelo ralo tiene el mismo carácter que el del animal descrito por Cuvier. Pero no me es posible comprender las circunstancias de este espantoso misterio. Hay que tener en cuenta, además, que se oyeron disputar dos voces, e, indiscutiblemente, una de ellas pertenecía a un francés.

—Cierto, y recordará usted una expresión atribuida casi unánimemente a esa voz por los testigos; la expresión Mon Dieu. Y en tales circunstancias, uno de los testigos, Montani, el confitero, la identificó como expresión de protesta o reconvención. Por tanto, yo he fundado en estas voces mis esperanzas de la completa resolución de este misterio. Indudablemente, un francés conoce el asesinato. Es posible, y, en realidad, más que posible, probable, que sea él inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. Puede habersele escapado el orangután, y puede haber seguido su rastro hasta la habitación. Pero, dadas las agitadas circunstancias que se hubieran producido, pudo no haberle sido posible capturarlo de nuevo. Todavía anda suelto el animal. No es mi propósito continuar estas conjeturas, y las califico así porque no tengo derecho a llamarlas de otro modo, ya que los atisbos de reflexión en que se fundan apenas alcanzan la suficiente base para ser apreciables incluso para mi propia inteligencia, y, además, porque no me es posible hacerlas

inteligibles para la comprensión de otra persona. Llamémoslas, pues, conjeturas, y considerémoslas así. Si, como yo supongo, el francés a que me refiero es inocente de tal atrocidad, este anuncio que, a nuestro regreso, dejé en las oficinas de Le Monde, un periódico consagrado a intereses marítimos y muy buscado por los marineros, nos lo traerá a casa.

Me entregó el periódico, y leí:

«Captura. —En el Bois de Boulogne se ha encontrado, a primeras horas de la mañana del día... de los corrientes (la mañana del crimen), un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marino perteneciente a la tripulación de un navío maltés) podrá recuperar el animal, previa su identificación, pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al número... de la rue... faubourg Saint- Germain..., tercero».

—¿Cómo ha podido usted saber —le pregunté a Dupin— que el individuo de que se trata es marinero y está enrolado en un navío maltés?

—Yo no lo conozco —repuso Dupin—; no estoy seguro de que exista. Pero tengo aquí este pedacito de cinta que, a juzgar por su forma y su

grasiento aspecto, ha sido usado, evidentemente, para anudar los cabellos en forma de esas largas guerres a que tan aficionados son los marineros. Por otra parte, este lazo saben

anudarlo muy pocas personas, y es característico de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos. No puede pertenecer a ninguna de las dos víctimas. Todo lo más, si me he equivocado en mis deducciones con respecto a este lazo, es decir, pensando que ese francés sea un marinero enrolado en un navío maltés, no habré perjudicado a nadie diciendo lo que digo en el anuncio. Si me he equivocado supondrá él que algunas circunstancias me engañaron, y no se tomará el trabajo de inquirirlas. Pero, si acierto, habremos dado un paso muy importante. Aunque inocente del crimen, el francés habrá de conocerlo, y vacilará entre si debe responder o no al anuncio y reclamar o no el orangután. Sus razonamientos serán los siguientes: «Soy inocente; soy pobre; mi orangután vale mucho dinero, una verdadera fortuna, para un hombre que se encuentra en mi situación. ¿Por qué he de perderlo con un vano temor al peligro? Lo tengo aquí, a mi alcance. Lo encontraron en el Bois de Boulogne, a mucha distancia del escenario de aquel crimen. ¿Quién sospecharía que un animal ha cometido semejante acción? La policía está despistada. No ha obtenido el menor indicio. Dado el caso de que sospecharan del animal, sería imposible demostrar que yo tengo conocimiento del crimen, ni mezclarme en él por el sólo hecho de conocerlo. Además, me conocen. El anunciante me señala como dueño del animal. No sé hasta qué punto llega este conocimiento. Si soslayo en reclamar una propiedad de tanto valor, y que, además, se sabe que es mía, concluiré haciendo sospechoso al animal. No es prudente llamar la atención sobre mí ni sobre él.

Contestaré, por tanto, a este anuncio, recobraré mi orangután y lo encerraré hasta que se haya olvidado por completo este asunto».

En este instante oímos pasos en la escalera.

—Esté preparado —me dijo Dupin—. Coja sus pistolas, pero no haga uso de ellas ni las enseñe, hasta que yo le haga una seña.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa. El visitante entró sin llamar y subió algunos peldaños de la escalera. Ahora, sin embargo, parecía vacilar. Le oímos descender. Dupin se precipitó hacia la puerta, pero en este instante le oímos subir de nuevo. Ahora ya no retrocedía por segunda vez, sino que subió con decisión y llamó a la puerta de nuestro piso.

—Adelante —dijo Dupin con voz satisfecha y alegre.

Entró un hombre. A no dudarlo, era un marinero. Un hombre alto, fuerte, musculoso, con una expresión de arrogancia no del todo desagradable. Su rostro, muy atezado, estaba oculto en más de su mitad por las patillas y el mustachio. Estaba provisto de un grueso garrote de roble, y no parecía llevar otras armas. Saludó, inclinándose torpemente, pronunciando un «buenas

tardes» con acento francés, el cual, aunque bastardeado levemente por el suizo, daba a conocer claramente su origen parisiense.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le aseguro que casi se lo envidio. Es un hermoso animal, y, sin duda alguna, de mucho precio. ¿Qué edad cree usted que tiene?

El marinero suspiró hondamente, como quien se alivia de un enorme peso, y contestó luego con firme voz:

—No puedo decírselo, pero no creo que tenga más de cuatro o cinco años.

¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Esta habitación no reúne condiciones para ello. Está en una cuadra de alquiler en la rue Dubourg, cerca de aquí. Mañana por la mañana, si usted quiere, podrá recuperarlo. Supongo que vendrá usted preparado para demostrar su propiedad.

—Sin duda alguna, señor.

—Mucho sentiré tener que separarme de él —dijo Dupin.

—No pretendo que se haya usted tomado tantas molestias para nada, señor

—dijo el hombre—. Ni pensarlo. Estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal, mientras sea razonable.

—Bien —contestó mi amigo—. Todo esto es, sin duda, muy justo. Veamos. ¿Qué voy a pedirle? ¡Ah, ya sé! Se lo diré ahora. Mi gratificación será ésta: ha de decirme usted cuanto sepa con respecto a los asesinatos de la rue Morgue.

Estas últimas palabras las dijo Dupin con voz muy baja y con una gran tranquilidad. Con análoga tranquilidad se dirigió hacia la puerta, la cerró y guardóse la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola y, sin mostrar agitación alguna, la dejó sobre la mesa.

La cara del marinero enrojeció como si se hallara en un arrebató de sofocación. Se levantó y empuñó su bastón. Pero inmediatamente se dejó caer sobre la silla, con un temblor convulsivo y con el rostro de un cadáver. No dijo una sola palabra, y de todo corazón lo compadecí.

—Amigo mío —dijo Dupin bondadosamente—, le aseguro a usted que se alarma sin motivo alguno. No es nuestro propósito causarle el menor daño. Le doy a usted mi palabra de honor, de caballero y francés, que nuestra intención no es perjudicarle. Sé perfectamente que nada tiene usted que ver con las atrocidades de la rue Morgue. Sin embargo, no puedo negar que, en cierto modo, está usted complicado. Por cuanto le digo comprenderá usted perfectamente que, con respecto a este asunto, poseo excelentes medios de información, medios en los cuales no hubiera usted pensado jamás. El caso

está ya claro para nosotros. Nada ha hecho usted que haya podido evitar. Naturalmente, nada que lo haga a usted culpable. Nadie puede acusarle de haber robado, pudiendo haberlo hecho con toda impunidad, y no tiene tampoco nada que ocultar. También carece de motivos para hacerlo. Además,

por todos los principios del honor, está usted obligado a confesar cuanto sepa. Se ha encarcelado a un inocente, a quien se acusa de un crimen cuyo autor solamente usted puede señalar.

Cuando Dupin hubo pronunciado estas palabras, ya el marinero había recobrado un poco su presencia de ánimo. Pero toda su arrogancia había desaparecido.

—¡Que Dios me ampare! —dijo, después de una breve pausa—. Le diré cuanto sepa sobre este asunto; pero estoy seguro de que no creerá usted ni la mitad siquiera. Estaría loco si lo creyese. Sin embargo, soy inocente, y aunque me cueste la vida le hablaré con franqueza.

En resumen, fue esto lo que nos contó:

Había hecho recientemente un viaje al archipiélago Índico. Él formaba parte de un grupo que desembarcó en Borneo, y pasó al interior para una excursión de placer. Entre él y un compañero suyo habían dado captura al orangután. Su compañero murió, y el animal quedó de su exclusiva pertenencia. Después de muchas molestias producidas por la ferocidad indomable del cautivo, durante el viaje de regreso consiguió por fin alojarlo en su misma casa, en París, donde, para no atraer sobre él la curiosidad insoportable de los vecinos, lo recluyó cuidadosamente, con objeto de que curase de una herida que se había producido en un pie con una astilla, a bordo de su buque. Su proyecto era venderlo.

Una noche, o, mejor dicho, una mañana, la del crimen, al volver de una francachela celebrada con algunos marineros, encontró al animal en su alcoba. Habíase escapado del cuarto contiguo, donde él creía tenerlo seguramente encerrado. Se hallaba sentado ante un espejo, teniendo una navaja de afeitar en una mano. Estaba todo enjabonado, intentando afeitarse, operación en la que probablemente había observado a su amo a través del ojo de la cerradura. Aterrado, viendo tan peligrosa arma en manos de un animal tan feroz y sabiéndole muy capaz de hacer uso de ella, el hombre no supo qué hacer durante unos segundos. Frecuentemente había conseguido dominar al animal en sus accesos más furiosos utilizando un látigo, y recurrió a él también en aquella ocasión. Pero al ver el látigo, el orangután saltó de repente fuera de la habitación, echó a correr escaleras abajo y, viendo una ventana, desgraciadamente abierta, salió a la calle.

El francés, desesperado, corrió tras él. El mono, sin soltar la navaja, parábase de cuando en cuando, se volvía y le hacía muecas, hasta que llegaba

el hombre cerca de él. Entonces escapaba de nuevo. La persecución duró así un buen rato. Hallábanse las calles en completa tranquilidad, porque serían las tres de la madrugada. Al descender por un pasaje situado detrás de la rue Morgue, la atención del fugitivo fue atraída por una luz procedente de la ventana abierta de la habitación de madame L'Esplanaye, en el

cuarto piso de la casa. Se precipitó hacia la casa, y al ver la cadena del pararrayos, trepó ágilmente por ella, agarróse al postigo, que estaba abierto de par en par hasta la pared, y apoyándose en ésta se lanzó sobre la cabecera de la cama. Apenas toda esta gimnasia duró un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, había rechazado contra la pared el postigo, que de nuevo quedó abierto.

El marinero estaba entonces contento y perplejo. Tenía grandes esperanzas de capturar ahora al animal, que podría escapar difícilmente de la trampa donde se había metido, de no ser que lo hiciera por la cadena, donde él podría salirle al paso cuando descendiese. Por otra parte, le inquietaba grandemente lo que pudiera ocurrir en el interior de la casa, y esta última reflexión le decidió a seguir persiguiendo al fugitivo. Para un marinero no es difícil trepar por una cadena de pararrayos. Pero una vez hubo llegado a la altura de la ventana, cerrada entonces, se vio en la imposibilidad de alcanzarla. Lo más que pudo hacer fue dirigir una rápida ojeada al interior de la habitación. Lo que vio le sobrecogió de tal modo de terror, que estuvo a punto de caer. Fue entonces cuando se oyeron los terribles gritos que despertaron, en el silencio de la noche, al vecindario de la rue Morgue. Madame L'Esplanaye y su hija, vestidas con sus camisonas, estaban, según parece, arreglando algunos papeles en el cofre de hierro ya mencionado, que había sido llevado al centro de la habitación. Estaba abierto, y esparcido su contenido por el suelo. Sin duda, las víctimas se hallaban de

espaldas a la ventana, y, a juzgar por el tiempo que transcurrió entre la llegada del animal y los gritos, es probable que no se dieran cuenta inmediatamente de su presencia. El golpe del postigo debió de ser verosímilmente atribuido al viento.

Cuando el marinero miró al interior, el terrible animal había asido a madame L'Españay por los cabellos, que, en aquel instante, tenía sueltos, por estarse peinando, y movía la navaja ante su rostro, imitando los ademanes de un barbero. La hija yacía inmóvil en el suelo, desvanecida. Los gritos y esfuerzos de la anciana (durante los cuales estuvo arrancando el cabello de su cabeza) tuvieron el efecto de cambiar los probables propósitos pacíficos del orangután en pura cólera. Con un decidido movimiento de su hercúleo brazo le separó casi la cabeza del tronco. A la vista de la sangre, su ira se convirtió en frenesí. Con los dientes apretados y despidiendo llamas por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la hija y clavó sus terribles garras en su garganta, sin soltarla hasta que expiró. Sus extraviadas y feroces miradas se fijaron entonces en la cabecera del lecho, sobre la cual la cara de su amo, rígido por el horror, apenas se distinguía en la oscuridad. La furia de la bestia, que recordaba

todavía el terrible látigo, convirtiéndose instantáneamente en miedo. Comprendiendo que lo que había hecho le hacía acreedor de un castigo, pareció deseoso de ocultar su sangrienta acción. Con la angustia de su agitación y

nerviosismo, comenzó a dar saltos por la alcoba, derribando y destrozando los muebles con sus movimientos y levantando los colchones del lecho. Por fin, apoderóse del cuerpo de la joven y, a empujones, lo introdujo por la chimenea en la posición en que fue encontrado. Después se lanzó sobre el de la madre y lo precipitó de cabeza por la ventana.

Al ver que el mono se acercaba a la ventana con su mutilado fardo, el marinero retrocedió horrorizado hacia la cadena, y, más que agarrándose, dejándose deslizar por ella, se fue inmediata y precipitadamente a su casa, con el temor de las consecuencias de aquella horrible carnicería, y abandonando gustosamente, tal fue su horror, toda preocupación por lo que pudiera sucederle al orangután. Así, pues, las voces oídas por la gente que subía las escaleras fueron sus exclamaciones de horror y espanto, mezcladas con los diabólicos charloteos del animal.

Poco me queda que añadir. Antes del amanecer debió de huir el orangután de la alcoba utilizando la cadena del pararrayos. Maquinalmente cerraría la ventana al pasar por ella. Tiempo más tarde fue capturado por su dueño, quien lo vendió por una fuerte suma para el Jardin des Plantes. Después de haber contado cuanto sabíamos, añadiendo algunos comentarios por parte de Dupin, en el bureau del prefecto de policía, Le Bon fue puesto inmediatamente en libertad. El funcionario, por muy inclinado que estuviera en favor de mi amigo, no podía disimular de modo alguno su mal humor, viendo el giro que el

asunto había tomado, y permitiéndose unas frases sarcásticas con respecto a la corrección de las personas que se mezclaban en las funciones que a él le correspondían.

—Déjele que diga lo que quiera —me dijo luego Dupin, que no creía oportuno contestar—. Déjele que hable. Así aligerará su conciencia. Por lo que a mí respecta, estoy contento de haberle vencido en su propio terreno. No obstante, el no haber acertado la solución de este misterio no es tan extraño como él supone, porque, realmente, nuestro amigo el prefecto es lo suficientemente agudo para pensar sobre ello con profundidad. Pero su ciencia carece de base. Todo él es cabeza, mas sin cuerpo como las pinturas de la diosa Laverna, o, por mejor decir, todo cabeza y espalda, como el bacalao. Sin embargo, es una buena persona. Le aprecio particularmente por un truco maestro de canto, al cual debe su reputación de hombre de talento. Me refiero a su modo de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas.

InfoLibros.org

